

10
10A
A
LA

57

INSTITUTO NACIONAL DE LECTURA

BIBLIOTECA

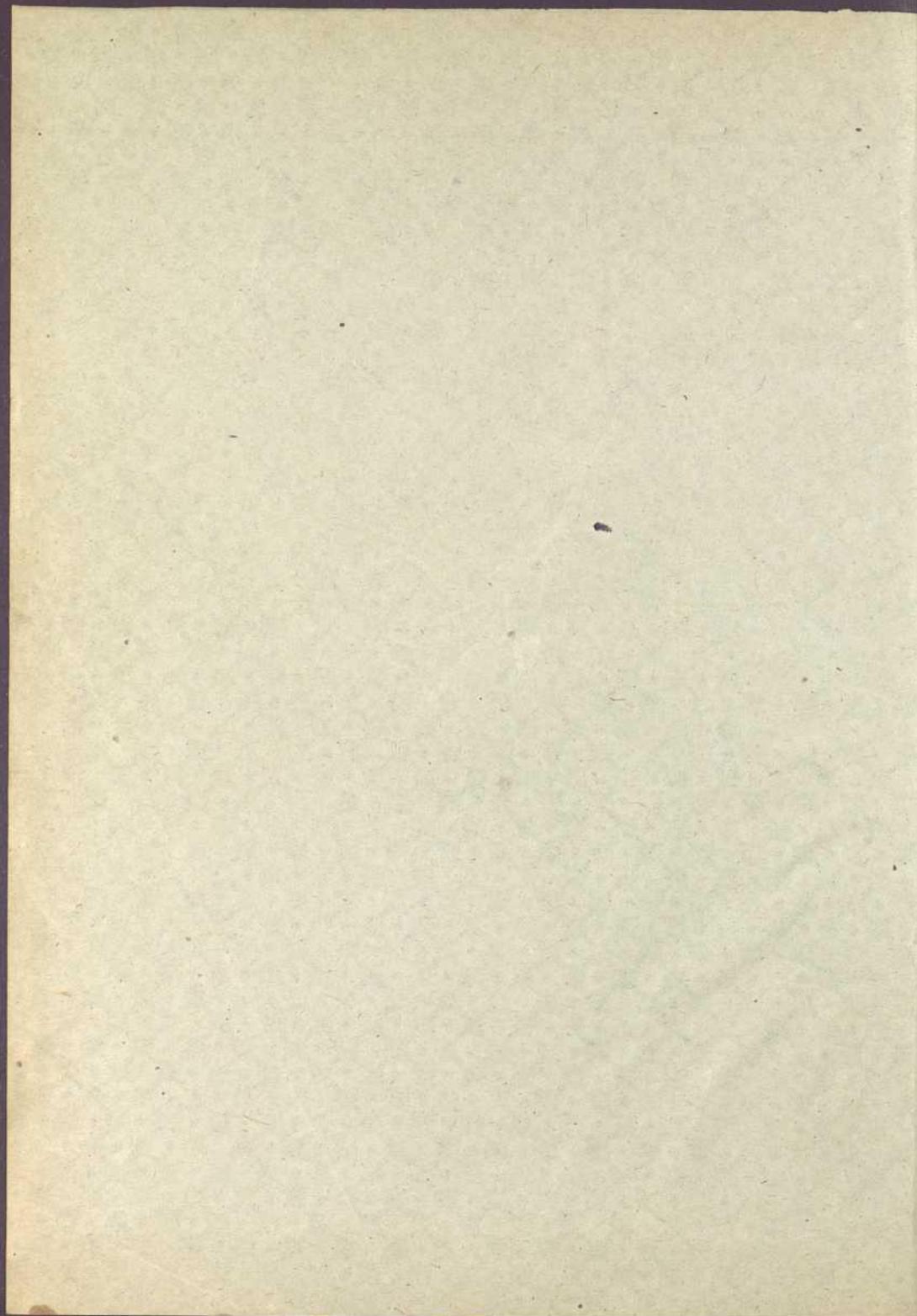
Biblioteca Pública de Teruel

Sala

Estante *21*

Signatura *52*

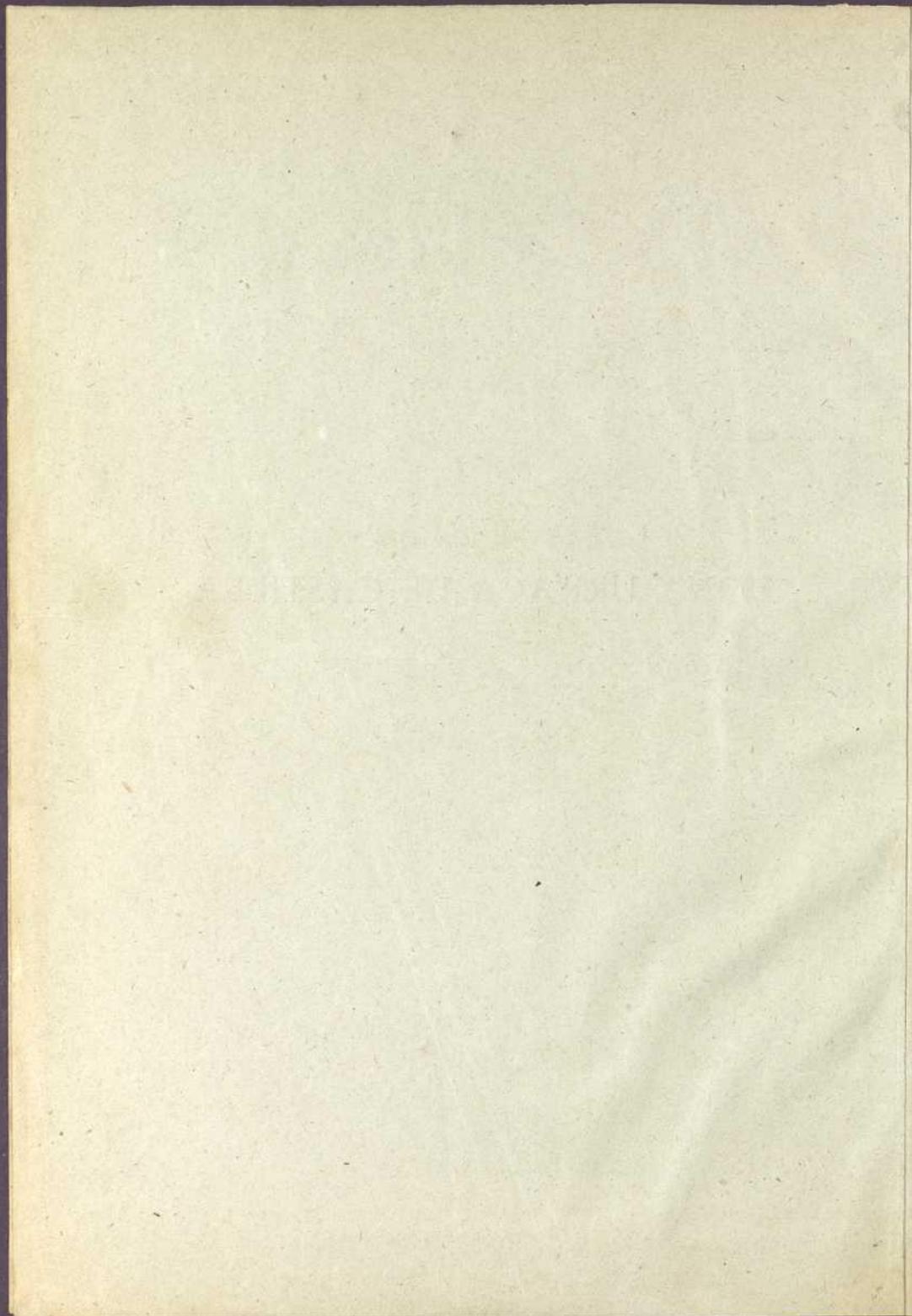




FA-5157

DOÑA URRACA DE CASTILLA





FA-5157

DOÑA URRACA DE CASTILLA

MEMORIAS DE TRES CANÓNICOS

NOVELA HISTÓRICA ORIGINAL

POR

D. FRANCISCO NAVARRO VILLOSLADA

4.^a EDICION



MADRID
APOSTOLADO DE LA PRENSA, S. A.
Velázquez, 28.
1948

~~R-5295~~

MR-12.368

Nihil obstat:
LIC. LORENZO VICENTI,
Censor.

Imprimase:
† CASIMIRO,
Obispo Auxiliar y Vic. Gral.
Madrid, 29 de enero de 1948.

IMPRESO EN ESPAÑA

A los Sres. D. Lucas y D. Félix
Navarro Villoslada.

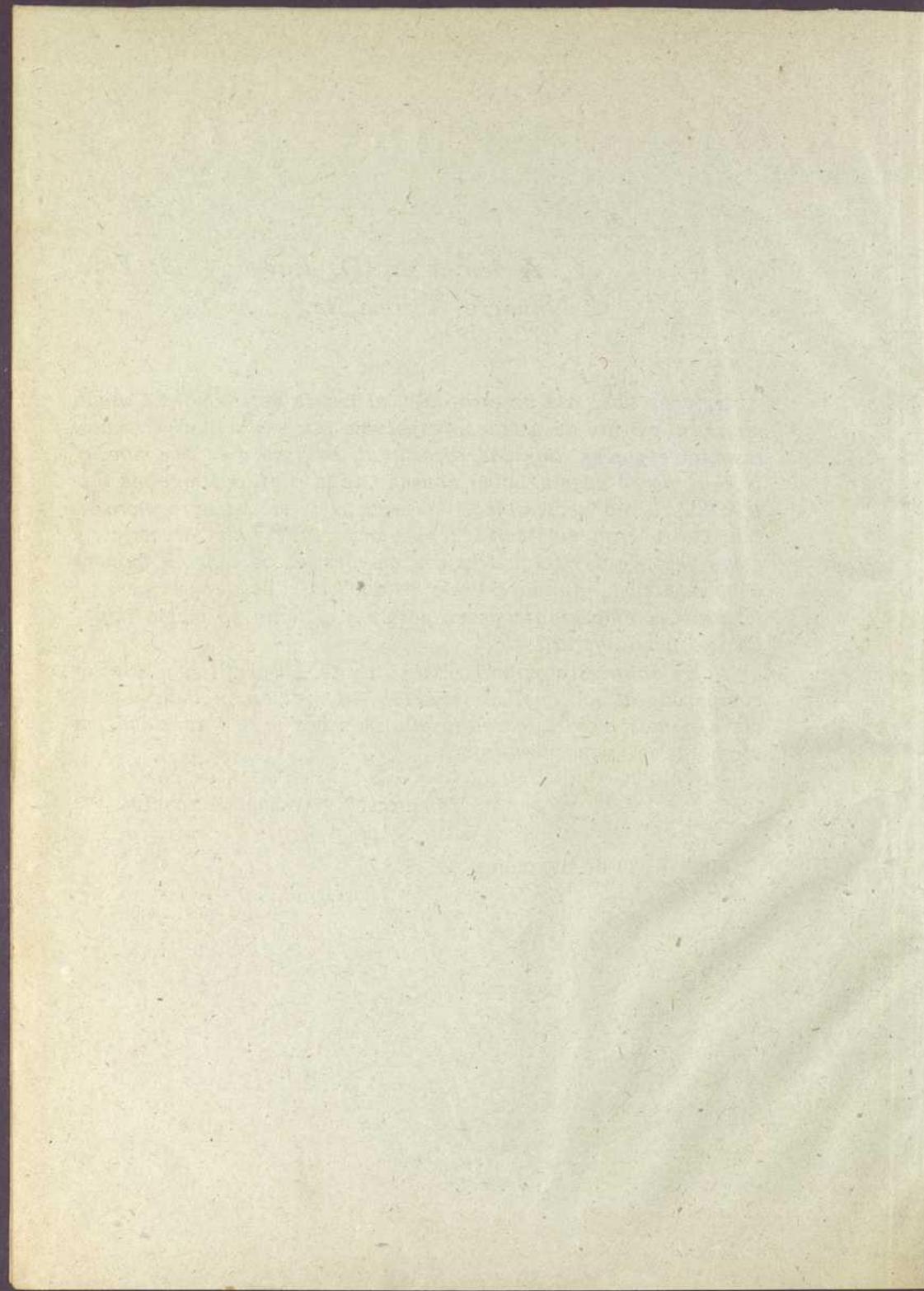
Amados tíos: Ahí va esta obra, al frente de la cual he osado poner el nombre de ustedes, respetable por sus sólidas virtudes, respetable por su dignidad sacerdotal. Esta obra es una novela, y temo, por lo mismo, haber abusado de la confianza que me inspira su cariño dedicándoles un escrito de este género. Pero no tengo otra cosa más seria y más importante que ofrecerles, y como después de mis padres son ustedes las personas a quienes debo más en el mundo, porque les debo la educación, el peso de la gratitud es bastante grave para mí, y tenía yo cierta impaciencia por aligerarlo.

No es ahora, sin embargo, más liviano. La gratitud puede ser comparada al sol, que, derramando luz y calor en todo el universo, jamás pierde un solo grado de vigor y de intensidad, un átomo de su fuego perdurable.

FRANCISCO NAVARRO VILLOSLADA.

Madrid, 30 de diciembre de 1848.





PRÓLOGO



No deja de ser extraño que, abundando tan poco entre nosotros las Memorias particulares, podamos contar con una obra de este género, precisamente en el reinado de doña Urraca, en que tanto escasean los escritores. El hecho es cierto, por fortuna del novelista; especie de minero que rebusca el oro entre las arenillas del río, mientras el historiador, despreciando tan menudas partículas, no se contenta menos que con sacarlo a manos llenas del criadero.

A fines del siglo pasado aparecieron impresas las Memorias del primer arzobispo de Santiago, don Diego Gelmirez, escritas por tres canónigos de aquella catedral desde los años 1102 a 1131. Aunque en la impresión tiene por título *Historia Compostelana*, y por él han sido constantemente citadas, su verdadero nombre es *Registro*, y por tal quiso el prelado que fuesen conocidas. En efecto, están encabezadas con las siguientes palabras: *Incipit primus liber Registri Venerabilis Compostellanæ Ecclesiæ Pontificis Didaci Secundi: «Comienza el libro primero del Registro del venerable obispo de la iglesia Compostelana Diego segundo.»*

Los que conozcan la propiedad de la palabra latina *registrum* y sepan que la de *memoriæ*, en la acepción de escrito, no se ha empleado nunca en este idioma, sino acompañada de *magister*, para significar el encargado de los libros en que se conservaban las cosas memorables del imperio, no tendrán dificultad en confesar que *Registro*, en el siglo XII, es lo que se acercaba más a lo que hoy se comprende con el nombre de *Memorias*.

El título, además, está de acuerdo con la obra: a excepción de las primeras páginas, sólo se refieren en ellas los hechos propios y particulares del obispo y de su iglesia. Tiene, además, la circunstancia de haberse es-

crita día por día, conforme los sucesos iban acaeciendo: la pluma sigue la marcha de los acontecimientos; con ellos se detiene, con ellos vuela y se precipita.

Dos canónigos, amigos íntimos y familiares de don Diego, llamados Nuño y Hugo, español aquél y francés éste, recibieron el encargo de ir anotando diariamente cuanto a sus ojos pasaba y consignando en el pergamino las revelaciones y confianzas de su señor y prelado.

No transcurrió mucho tiempo sin que uno y otro fuesen elevados a la dignidad episcopal, y, al partirse a sus respectivas iglesias, constante don Diego Gelmirez en su propósito de legar a la posteridad noticias importantísimas y secretas acerca de su pontificado, encomendó a Gerardo, canónigo también de Compostela, la continuación del *Registro*.

Prosiguió el nuevo escritor la tarea de sus compañeros; las Memorias están escritas de letra suya hasta pocos años antes del fallecimiento del obispo: la muerte, sin duda, cortó al mismo tiempo el hilo de la vida del historiador y el de la historia, y, como suele, debió cortarlos de improviso, pues en el último capítulo no hay una palabra siquiera que indique la intención de suspender el relato.

Más de seiscientos años han permanecido ocultas, casi para todo el mundo, páginas tan importantes; pero, al fin, gracias al celo y laboriosidad del P. Flórez, a quien tanto deben las antigüedades españolas, la *Historia Compostelana* ha visto la luz pública, derramando no poca sobre el oscuro y turbulento reinado de Doña Urraca de Castilla.

No es este resplandor el único que nos ha guiado: más confuso, pero también más suave y misterioso, hemos visto vagar entre los escombros de un castillo incendiado el fantástico juego de la tradición. A favor de uno

y otro, hemos osado penetrar en ámbitos tan intrincados y tortuosos, y después de romper las zarzas y malezas que cubren la entrada de esa negra y profunda sima del siglo XII; después de espantar y aturdir las aves de mal agüero de nuestra propia ignorancia y pereza, hemos descendido al fondo, y allí, como a don Quijote en la famosa cueva de Montesinos, nos ha sobrecogido el sueño, y han cruzado por nuestra fantasía visiones, ora dulces y deleitosas, ora terribles y ceñudas, y hoy, que estamos despiertos, no podemos asegurar si fueron reales o aparentes.

El que tenga curiosidad de averiguarlo, lea el Registro, lea las crónicas; consulte después la tradición que hemos consignado en un escrito. Si en el libro hay algo que no esté ni en uno ni en otro, imaginado será por el novelista; si no hay nada, como sospechamos, nuestra será la redacción, nuestra la forma, el drama de la historia.

DOÑA URRACA DE CASTILLA

LIBRO PRIMERO

CAPITULO PRIMERO

En que se da comienzo a la peregrina historia de la Reina Doña Urraca.

Los españoles del siglo XII no tenían más caminos reales que los construídos para la explotación de las minas de plata, o para las necesidades de la guerra, durante la dominación romana, y el que devotos peregrinos, con sus pies descalzos, abrieron desde los Pirineos a Santiago de Galicia.

Este arrecife se hallaba en mucho mejor estado que los otros y, acaso pudiéramos añadir, que nuestras modernas carreteras. No se conocían, es verdad, en tan largo tránsito paradores, ni guardias civiles, ni peones camineros; en cambio, no escaseaban los conventos generosamente hospitalarios: las hermandades primero, y luego los caballeros de las Ordenes militares, defendían a los piadosos caminantes de los harto frecuentes y poco gratos encuentros de infieles y bandidos, y, con respecto a la recomposición del camino, baste decir que se consideraba como una obra de caridad, en que solían ejercitarse los monjes y los pueblos.

Construido con anchas baldosas de forma regular, que aun hoy se ven entre la hierba, en algunos trozos que han podido resistir al resfriamiento de la piedad y al transcurso de los años, bien se conoce que estaba destinado a pedestres viajeros, con la mira de facilitar y proteger la peregrinación. A este mismo deseo, que crecía con el espíritu religioso, debióse la institución de los cambiadores que a las puertas de las ciudades se colocaban con sus mesas doradas y pintadas, sus arcas y balanzas, para cambiar a

los extranjeros las monedas de su país por las equivalentes de León y de Castilla. De trecho en trecho se establecían hospitales, se erigían monasterios, se levantaban puentes; y para que los romeros de diversas naciones tuviesen en la península una segunda patria, fundábanse ciudades como Santo Domingo de la Calzada.

La de Santiago comenzaba en Roncesvalles, atravesando todo el reino de Navarra, por Estella, Logroño, Nájera, hasta Santo Domingo; y de aquí se dirigía a Burgos, Carrión, León, Astorga, ciudad entonces del reino de Galicia, recientemente incorporada a la corona de Castilla, y tocando, por último, en Lugo, terminaba en las murallas de la Jerusalén hispana.

Por el opuesto lado, hacia el Sur, arrancaba otro camino desde Portugal, empalmando con el del Norte, en la tumba del hijo del Zebedeo.

De esta suerte, la osamenta de un hombre oscuro que murió degollado en Palestina, trasladada en una navecilla hasta el puerto de Iria, y sepultada cuatro leguas adentro de la costa, en medio de selvas inaccesibles y de breñas tan sólo de fieras habitadas, la osamenta de un pescador que permaneció ignorada por espacio de ocho siglos, al ser de improviso descubierta, vióse al punto en comunicación, por un lado, con los que entonces se llamaban confines de la tierra (*Finis terræ*), y, por otro, con Europa, con todo el orbe cristiano.

Nada exageramos al decir que las desnudas plantas de los peregrinos abrieron primeramente esa larga calzada que cruzaba la España casi en línea paralela con la costa cantábrica: el camino de Santiago en aque-

lla época era el más frecuentado de toda la cristiandad: llegaban los fieles a bandadas de los más remotos países; imponíase la peregrinación, no sólo en penitencia por los confesores, sino en castigo por los tribunales, y era voz muy común de que el viaje tenía que hacerse en vida, o después de la muerte, por los mismos justos, antes de subir al cielo. La calzada de estas almas en pena era la *Vía láctea*, conocida por el vulgo con el nombre de *Camino de Santiago*.

Esta santa y célebre ciudad, rodeada de montañas de lozana y triste vegetación, se ofrece repentinamente a la vista de los caminantes cubierta casi siempre de negras nubes, que, levantándose de las vecinas cumbres, se extienden luego por el ámbito poco dilatado de un cielo ceniciento, figurando el fúnebre crespón tendido sobre el túmulo del Apóstol.

Los peregrinos, de consiguiente, no logran divisar las torres del templo suspirado, sino cuando están encima de la ciudad, y las dos opuestas eminencias, desde las cuales se descubre, tienen un nombre tan gráfico y significativo, que basta sólo enunciarlo para que el más rudo conozca de dónde procede y bajo qué sentimientos ha sido inspirado.

La altura del Norte llámase el monte del *Gozo*; la del Sur, el monte del *Humilladero*.

Si quisiéramos averiguar por qué el aspecto de la antigua Compostela infunde a los unos afectos de júbilo, y de humildad y veneración a los otros, quizá presentaríamos una prueba más de la verdad y filosofía que revelan siempre las denominaciones populares.

Los romeros que venían de apartadas regiones, de Alemania, de Inglaterra, de Moscú, de Egipto y aun de Persia, cruzando a pie la Europa entera para prosternarse delante de un altar, al ver las pardas cúpulas que lo cobijan, debían sentir antes que nada un júbilo inefable. Para éstos aquella montaña tiene el nombre de su primero y más vivo sentimiento: *el gozo*.

Los peregrinos que por el lado opuesto se acercaban, no solían traer muchas jornadas, ni venir más lejos que de la península; menos vivo el placer, por consiguiente, cedía el puesto a la veneración y acatamiento. Aquellos hendían el espacio con aclamaciones de júbilo; estotos humillaban la frente, clavando en tierra los hinojos.

En tan devota postura, y en la cumbre del *Humilladero*, o del *Humilladoiro*, según se llama en el dialecto del país, al ocultarse el sol al extremo del monte Pedroso y detrás de las negras torres de Altamira, que resal-

taban vigorosamente en el vivo rosicler de los celajes de primavera, veíase un joven peregrino descubierta la cabeza, poblada de larga cabellera negra y lustrosa, cual desatadas trenzas de seda, pero naturalmente rizada en bucles, que hubiera envidiado la más apuesta dama de la corte de Doña Urraca de Castilla, de su marido Don Alfonso *el Batallador*, o del joven Príncipe Don Alfonso, hijo de la primera; personas todas, como se ve, íntimamente unidas con los vínculos del parentesco, y que, a la sazón, vivían completamente separadas, con su corte y sus cortesanos, con sus partidarios y derechos y encontradas pretensiones.

Pero volviendo al noble peregrino, y así lo llamamos puesto que lo largo y adobado del cabello nos están indicando que salía de la esfera vulgar de villanos y pecheros, no debemos pasar en silencio una circunstancia que depone en pro de su extremada piedad, y es que, vuelto el compungido rostro hacia las torres de Compostela, el bordón inclinado al brazo y ambas manos al pecho, dejaba caer perennes lágrimas de sus ojos sobre la blanca piedra en que estaba arrodillado y sobre el ancho sombrero que al lado yacía.

Mientras con tanta devoción, al parecer, oraba el mozo de la negra cabellera, otro peregrino, que debía ser compañero suyo, porque con él se había detenido, entregábase con no menos fervor a un ejercicio, si no tan santo, más substancioso y nutritivo, cual era el de despachar al estómago tasajos y lonjas de cecina ahumada y seca, que de un zurrón de pellejo de cabra iba sacando; y suavizaba la aspreza de la vianda con menudos tragos de vino de Valdeorras, que en la calabaza traía.

Para ejecutar esta operación con la comodidad posible en un páramo tan sólo poblado de antiquísimos robles, de tiernos helechos, de puntiagudos tojos ornados de amarillas flores, el segundo peregrino, a quien sin duda los años habían secado a la par el jugo de los cabellos y de la devoción, había acomodado en las toscas escaleras que servían de base a una cruz de granito, no sin haber antes depositado una piedra que tradicionalmente arrojan los romeros, diz que para echar un peso más sobre los espíritus infernales que allí están oprimidos y sepultados mientras los fieles visitan el sepulcro del santo Apóstol, única muestra de piedad que dió el anciano.

Mientras el zurrón de cabra suministraba entretenimiento a sus blanquísimos y bien afilados dientes, y la calabaza jugo para hu-

medecer la garganta, ni el mozo ni el viejo se daban prisa en levantarse; y ambos, sin duda, bien hallados con su oración y su merienda; más apenas el de la cruz, metiendo en el zurrón mano, después de un escrupuloso registro, por vez primera la sacó vacía; apenas de la calabaza empinada sintió caer e sus labios tan sólo gotas cada vez más lentas y flacas, el santo varón comenzó a removerse, erguirse y desperezarse, y a dar, por último, fuertes patadas en el suelo, menos por sacar el frío, que por distraer a su compañero de aquella devoción, que ya tenía sus puntas y ribetes de arroboamiento.

Pero como ninguno de estos medios le sirviese para conseguir su intento, acudió a otro más directo y eficaz, cual fué el de llegarle bonitamente por la espalda y óirarle de la oreja con aquella suavidad que podía esperarse de sus callosas manos, diciéndole al mismo tiempo con un acento que bien daba a entender salía de cuerpo recientemente refocilado:

—¡Hola!, ¡hola!, señor peregrino; para un paje de obispo que conoce estos andurriales más que los lobos de la montaña, que ha cogido en los tejados de la catedral más gorriones que palomas el azor de un caballero y manoseado la estatua de piedra del Apóstol más que los monaguillos que le quitan el polvo, devoción es ésa que tanto tiene de singular como de pesada.

El mozo se levantó silenciosamente, y cogiendo el sombrero se lo encasquetó hasta los ojos; enjugóse dos lágrimas que se quedaron detenidas en sus mejillas, tostadas de sol, y casi avergonzado de su debilidad, respondió al anciano con alterada voz:

—Andemos.

—Sí, sí, que ya se pone el sol tras de ese castillo de Altamira, que no parece sino fantasma de mal agüero, según lo negro que a la vista se ofrece. Una legua tenemos que andar todavía, hijo mío, y de buenos trajinantes es llegar presto a la posada. ¿Sabéis que se me ocurre una cosa, Ramiro?—saltó de repente el buen anciano, a quien el vino de Valdeorras había infundido cierta facundia.—¿Sabéis que los honrados vecinos de Santiago, o de Compostela, como le llaman los clérigos y monjes, han de creer, al veros con ese aire compungido, que os he trocado por cualquier alma en pena allá en Extremadura, en la corte de nuestro señor Príncipe Don Alfonso VII, cuya vida conserve el cielo más años que hojas tienen estos robles?

—¡Amén!—repuso el paje, quitándose res-

petuosamente el sombrero—; pero os advierto que hayáis en cuenta el sitio en que nos hallamos para tener a raya vuestra lengua. En aquel castillo que allí veis mora don Ataulfo de Moscoso el *Terrible*, ricohombre partidario de la Reina; al Monarca de Aragón y de Navarra, su marido, tampoco le faltan adictos dentro de los muros de la ciudad, y por demás me parece advertiros que el obispo, mi señor, es acérrimo defensor del Príncipe niño, su ahijado, a quien acabamos de ver en Mérida. En esta encrucijada de partidos me parece muy sano consejo el vivir apercebidos, no sea que los contrarios nos asalten y cometan con nosotros algún desaguisado.

—Consejo asaz prudente, en efecto, y más propio de una cabeza como la mía, a quien la edad y el capacete le han robado a porfía su ornamento, que no de la vuestra, de donde brota el cabello tan espeso como los matorrales en este monte. Pero eso es precisamente lo que iba diciendo—añadió el anciano, clavando el regatón de su báculo en tierra y apoyándose en él algo encorvado, con trazas de permanecer en aquella postura mucho tiempo—: os saqué de Santiago alegre, vivaracho, travieso, pendenciero y más inclinado a vestiros la cota que la casulla, el yelmo que el bonete; y os llevo ahora, así Dios me salve, taciturno, llorón, sesudo y con vocación de canónigo, y quizá, quizá de monje benito de San Martín Pinario. Como soy, que vuestra anciana madre doña Nuña va a decirme, cuando me vea entrar con vos por las puertas de su casa: «¡Cómo! ¿Ese es el hijo que me traéis de la tierra llana? Volvéosle a llevar, que no es mi Ramiro.»

—Y aunque tristes volviésemos, por más que bien despachados hayamos sido en la corte del Príncipe, ¿qué de particular tendría? Salimos tres mensajeros de Santiago, don Arias, y tornamos dos tan solamente. Malo es que mi madre descaecido y desmedrado me vea, como decís; pero ¿no será peor mil veces que los pequeñuelos del buen Rosendo, nuestro compañero de viaje, cuando a las nuevas de nuestro arribo vengan brincando a recibir las caricias de su padre, se encuentren sin él, y tengamos que decirles: «¡Pobrecillos!, vuestro padre ha muerto en el camino?»

—Duro será, por cierto, paje amigo; mas ¿qué le hemos de hacer? Cuando el señor obispo don Diego Gelmírez nos llamó y nos dijo: «Vais a llevar esta carta al Príncipe Don Alfonso, que está en Extremadura, el cual os dará la contestación»; cuando nos encareció la importancia y el secreto, dispo-

niendo que saliésemos disfrazados de peregrinos, y nos proporcionó estos bordones con cañada de acero demasquino, ya podíamos presumir que no se trataba de andar descalzos de pie y pierna centenares de millas, ayunos y cantando oraciones según entre romeros es usanza, sino que era negocio de sortear diestramente los encuentros, de comer bien y beber mejor para esgrimir en sazón conveniente y con brío los estoques contra los enemigos del Rey y del obispo, y de menear los talones, y de dejar el pellejo, si se ofrece, al fin de la jornada. Esto se nos previno, esto aceptamos con pleno y cabal conocimiento de causa; y si el buen escudero ha quedado tendido en uno de los varios encuentros que la curiosidad de la Reina Doña Urraca nos ha deparado, rogad a Dios, hermano, que en las dos millas que nos faltan no nos suceda otro tanto.

—¿Y Dios había de permitir, don Arias, que tocando ya, como quien dice, las torres de la catedral, comenzando a distinguir los campos, casas y ríos conocidos, tuviésemos algún mal tropiezo?

—Los lobos, hermano paje, nunca son tan fieros como cerca de la madriguera, la cual no suele estar muy lejos del sitio donde el rebaño se apacienta.

—No desconozco el peligro; pero con todo, en el santo Apóstol confío que nos ha de sacar con bien, para que yo pueda ceñir espada y calzar la espuela de caballero en su santa iglesia y por mano del obispo mi señor, como él, en recompensa del servicio que le presto, me ha ofrecido. He sido un niño y comenzar quiero a ser hombre: ha muerto en mi pecho la vanidad, pero ha brotado la llama de la ambición.

—¡Tate! ¡Tate!—exclamó el anciano—; catad como no todas vuestras melancolías del duelo del difunto provienen, y mi mejor caballo apostara, dado que tuviera alguno, pues que el último se lo llevó un torozón, á que está enamorado el buen pajecillo Ramiro Pérez. Ni más ni menos; y lo que yo creía devoción tan sólo, es mundanal ternura, y las lágrimas de sus ojos, que en honra del muerto reputaba verdidas, un vivo, o más bien una viva, las arranca.

—¡Enamorado yo!—exclamó Ramiro, poniéndose como el fuego.

—Y aun os diré de quién, por más señas.

—No lo diréis, don Arias, porque vuestros labios no acertarán a mentir.

—Vamos—repuso el anciano, cada vez más animado—; vamos, que yo sé de cierta dama, que aunque negras y respetables tocas de viuda viste...

—¡Silencio, caballero, silencio! No la nombréis.

—¡Pardiez!, que si la nombrara ya no podría detenerme el temor de manchar mis labios con una mentira, puesto que lo encendido del rostro y el fuego de esas miradas me están indicando...

—Que mentiríais, caballero, porque esa noble dueña, esa hermosísima dama de la corte del Príncipe, no puede inspirar a nadie, ni por su continente ni por su fama, otros afectos que de respeto y de...

—Y de amor. Decidme habéis a mí los donceles de hogaño lo que son esos amores que empiezan por tímidos y respetuosos, que se asemejan más al culto que a la pasión; decidme habéis a mí cómo los tales acaban. Por nuestro patrón bendito, cuya túnica vestimos, que no es el primer enamorado a quien he visto yo picar en el respeto para caer en la locura. Y lo que os está pasando, buen paje, me demuestra que no será el último. ¿Qué diablos tenéis, si no? ¿Os ha hechizado alguna bruja? ¿Ofrecido habéis la mano a algún judío? ¿Quién os ha dado mal de ojo? ¿Qué moros os han cogido? ¿Qué pactos habéis hecho con el diablo? Y si nada de esto os ha sucedido, ¿cúyo es el encantamiento que así os tiene amenguado, sino de los ojos negros y rasgados, como los vuestros, de aquella dama gentil, hermana menor del buen conde de Trava?

—Es cierto, don Arias; es cierto que me tiene hechizado. Pero el cariño que me inspira no se parece nada al amor, si es que el amor es tal como mis compañeros lo pintan, si es que el amor es otra cosa que una afición extremada, un deseo de ver feliz a la persona que lo infunde, una veneración, un culto, como vos habéis dicho...

—Ni más ni menos. Y si no ven acá, Ramiro; ¿por qué yendo, como vais todos los días a casa de Munima, que vive pared en medio de vuestra madre, puesto que deseáis su ventura y por ella haríais cualquier extremo, no os ha trastornado como doña Elvira? Y a fe que la de Trava puede darle a vuestra vecina algunas navidades que le sobran y recibir de ella alguna hermosura que le falta. ¡Oh! ¡Hi de tal, y qué garrida doncella es la Munima! ¡Si no hubiese nacido villana, valía más oro que pesa!

—En eso no estoy con vos, don Arias; doña Elvira de Trava, aunque de su mocedad ha pasado, no tiene que envidiar a Munima ni a nadie en punto a hermosa.

—¿Lo veis, pecador de mí, cómo la pasión os ciega?

—Acabaréis por hacerme creer, a pesar mío, que de Elvira estoy enamorado.

—¡Insolente!—a la sazón gritó una ronca y atronadora voz que venía de lo alto, y al mismo tiempo sintió en su rostro el joven peregrino un tremendo latigazo, descargado por cierta mano pesada y al parecer invisible.

Aturdido quedó el paje, tanto por la violencia del golpe como por lo inesperado del suceso, y al echarse las manos a la cara, creyó que el cielo le castigaba por la irreverencia de pronunciar el nombre de aquella señora, y, al mismo tiempo, rápido como el relámpago, arrancó un soberbio corcel, cuyo caballero todavía blandía el crujiente látigo, sacando el brazo debajo de la capa de grana, que flotaba también por la violencia de la carrera.

—¡Jesús, mil veces!—gritó el doncel, no sabiendo si prosternarse para adorar, como Heliodoro, la mano del ángel que desde el caballo le azotaba.

—¡Venganza! ¡Venganza!—exclamó don Arias, terciando el bordón y apretando un resorte, por medio del cual quedó con una lanza en la diestra y una dega en la siniestra mano—. ¡Venganza!—repitió, corriendo tras el jinete con más agilidad y bríos que pudieran esperarse de sus muchos años.

Excusado es decir si el joven, repuesto de su primera turbación, le imitaría, convirtiendo su báculo en un arma para cada puño; excusado también parece añadir que todo fue en vano.

Por mucho que los peregrinos corriesen era imposible ponerse a la par del caballero; bien pronto le vieron tan lejos, que ni con un venablo pudieran alcanzarle; bien pronto le vieron cruzar el puente del Sar, que para ellos distaba una milla.

Tornaron a envainar los estoques, y sentados entrambos amigos, uno enfrente del otro, en los bordes del camino, ninguno osaba romper el silencio, y cabizbajos, sonrojados confusos, permanecieron largo rato en aquella actitud lastimera.

—El señor Santiago me valga—dijo por fin el afrentado paje—; vuelvo a creer que Dios y Santa María me han castigado por haber pronunciado, hablando de amores, el nombre de aquella señora.

—Y yo, señor doncel me disculgo de cuanto os tenía manifestado tocante a doña Elvira. Tan enamorado estáis de ella como de mi abuela, que alcanzó los tiempos del Rey Monje.

—¿Por qué así?

—Porque si pizca de amor tuvieseis, en vez de figuraros que habíais sido castigado por mano de una visión, nadie podría quitáros de las mientes que el insolente caballero es un galán a quien habéis atravesado el corazón con el dardo de los celos.

—No discurrís bien, amigo mío; si celos sintiese, y de galán y caballero se preciara, medido hubiera sus armas con las mías.

—¿Cúyas son vuestras armas, pajecito? ¿Cúyos vuestros títulos a tal honra, buen romero?

—Don Arias, don Arias, tenéis razón; cualquier hidalgo puede afrentarme, porque yo, magüer nacido de nobles, no estoy armado caballero. Andemos, volemos a Santiago, que si quiere Dios y el obispo, mi señor, no se ha de pasar mucho tiempo sin que nadie pueda ultrajarme a mansalva. ¡Oh! ¡Ser caballero, vengarme de ese infame sayón, sepultar mi espada en su cuerpo, todo ha de ser uno!

—Pues qué, ¿le habéis conocido?

—No.

—¡Medrado estáis para la venganza! Mirad toda esta comarca sembrada de castillos: echaos a discurrir, gentil mancebo, quién podrá ser el caballero que os ha insultado, en una tierra donde los palacios feudales abundan como los hongos.

—Pero vos, que más tiempo tuvisteis de mirarle, ¿tampoco sabéis quién es?

—Sí, Ramiro, sí; yo sé quién es, aun cuando no le he visto el rostro.

—¡Su nombre, don Arias, su nombre!

—Es el ricohombre de Altamira.

—¿Ataulfo el Terrible?

—¡El Terrible!

—¿De cierto? ¿Lo sabéis de cierto?

—Hace muchos años que Ataulfo está locamente enamorado de doña Elvira de Trava; hace pocas semanas que se ha muerto su mujer, doña Constanza de Monforte, con quien se casó por codicia y por despecho, y hace pocos días que ha renovado sus pretensiones con Elvira.

—¡Casarse Elvira con él! ¡Elvira con ese caballero, que es el terror de la comarca! ¡Oh! ¡Es imposible!

—¡Imposible! Andemos, andemos, pobre paje; algún día verás que hay más de un poderoso motivo para que ese enlace se verifique.

—¡Oh! Lo sentiré por ella, don Arias; por ella, que no puede ser sino muy desgraciada con semejante fiera.

—¿Y por nadie más?

—¡Ah! Por mí también, que no podré vengarme del hombre a quien ame doña Elvira.

—Amor extraño es el vuestro; cuanto más pienso en él lo entiendo menos.

Las noches en un país montañoso vienen presto, sobre todo cuando el cristal de los cielos está empañado con los vapores que se levantan de los valles, el crepúsculo es breve y las tinieblas despliegan de repente su negro manto, que en un ámbito ceñudo y nebuloso se extiende como una sombría decoración. La noche, pues, sorprendió a los caminantes, que, asaz mohinos y taciturnos, seguían paso a paso, sin haber llegado al puente, donde media hora antes habían visto al caballero del látigo.

—Ocurríseme la duda de si aquel pícaro malandrín que venía escuchándonos habrá llegado a entender que somos emisarios del obispo—dijo, a la sazón, don Arias.

—Todo puede ser—repuso tristemente Ramiro—; pero yo creo que nada hemos hablado de la carta.

—Si mal no me acuerdo, nada hemos hablado; pero ¿traéis con vos el pergamino?

—Aquí lo tengo, guardado en mi colete. De seguro que tiene que acribillarme cualquiera que intente sacar esta misiva que tanto importa hacer llegar a manos del obispo.

—Ramiro, Ramiro; no las tengo todas conmigo. ¿No has oído decir muchas veces que nunca peligran más los barcos que cuando están a la vista del puerto?

—Algo se me entiende en achaque de naos, porque bien sabéis que el obispo las ha construido para dar caza a los piratas normandos, que suelen talar nuestra costa.

—Más le valiera al obispo, nuestro señor—dijo don Arias, moviendo misteriosamente la cabeza—; más le valiera curarse de los ladrones de tierra, que los tiene, como quien dice, a la puerta de su palacio. ¿Queréis hacer caso de lo que os dice un viejo que está cansado de saber lo que pasa en mar y tierra?

—¿Qué teméis?—repuso el mancebo con melancólico acento.

—Temo que después de haber conseguido por la pujanza de nuestro brazo y la medula de los bordones, la salvación de nuestros cuerpos y la conservación del pergamino que nos ha entregado el Príncipe Don Alfonso para ponerlo en manos del señor don Diego Gelmírez, temo que en esta media legua que nos falta...

—Cuatro veces—dijo el paje—nos han atacado en la travesía; de estos cuatro encuentros hemos salido bien, excepto el pobre amigo que se ha quedado en el primero, sin que le hayan servido los esfuerzos que hemos hecho para salvarle. Hemos sido también fa-

vorecidos en una o dos ocasiones de la hermandad de caballeros, que hace profesión de defender a los peregrinos de Santiago. Pero advertid, don Arias, que tan fatales encuentros todos han sido en despoblado y no en parajes como éste, en que ya se siente el rumor de la ciudad, el doblar de las campanas, el ladrido de los perros y el bullir de las gentes, y en que parecen tocarse con la mano las luces de las ventanas acá y allá esparcidas en la oscuridad.

—Pues ahí está, precisamente, lo que yo más temo: la oscuridad y la cercanía de un gran pueblo donde el Príncipe y el obispo tienen enemigos de tan buenas entrañas, como vos y yo conocemos... Y hasta el doble de las campanas, que por más señas parecen las de la iglesia de San Fis... ¡Eso de que nos reciban tocando a muerto!... En fin, mozo sois; pero ya se os alcanza que en tiempos como los presentes, en horas semejantes y en los alrededores de una ciudad donde, pongo por ejemplo, vuestra honrada y anciana madre se asoma a la ventana y no sabe si la vecina de enfrente es amiga de la Reina de Castilla, si el vecino de al lado es partidario del Rey de Aragón y si el de atrás está dispuesto a seguir al Príncipe... En tiempos en que no se sabe quién manda, o, por mejor decir, se sabe que mandan todos, y que ninguno manda a derechas...

—Ahora que habéis hablado de mi madre, ¿sabéis que vive en la parroquia de San Fis?

—No faltaba más sino que viniéseis con cavilaciones y locuras. Ramiro, vamos claros: echemos hacia el convento de Santa María de Canogio, que está construyendo el obispo. Aquí cae, a la derecha del camino. Nuestro señor don Diego suele venir todas las tardes con *Luzbel*, tu amigo, a pasear y a ver lo que maese Sisnando adelanta cada día en la fábrica, que, por lo mucho que dura, parece obra de romanos; no faltará gente de casa que pueda albergarnos por una noche. Si os place, dejaremos ahí la dichosa carta del Príncipe; véame yo libre de ella, y os aseguro que tendré el mismo miedo de continuar hasta Santiago y hasta el infierno, aunque sea a las doce de la noche, en que se desatan las brujas, que de sorberme un vaso de vino.

—Nos falta poco trecho que andar, y menuda sería que no pusiésemos hoy mismo en manos de don Diego, mi señor, la carta que traemos.

—Ramiro, no seáis temerario; mirad que si os escuce el latigazo y estáis desesperado por lo del casamiento de doña Elvira, el es-

cape del caballo de Ataulfo *el Terrible*, hame producido tan mal efecto, que no he podido digerir todavía la merienda. ¿A qué esa prisa por huir de nosotros un hombre que no tiene otra buena cualidad que el valor y que deja tendido al vasallo que le estorba en el camino con la misma frescura que tú aplastas al insecto que se te atraviesa? Aquí hay misterio, y cuanto más lo cavilo, peor lo barrunto. ¿Quién es el más implacable enemigo del obispo?

—Ataulfo.

—¿Quién es el más acérrimo partidario de Doña Urraca en todo el reino de Galicia?

—Ataulfo.

—¿Y quién sino la Reina y sus partidarios tienen interés en que los mensajes que traemos no lleguen a manos del obispo? ¿Quién sino ella nos ha puesto tantas asechanzas, y armado tantas celadas, y tan obstinadamente perseguido? ¿A qué se partió aquel malandrín tan de repente, que no fué visto ni oído? Es claro, a buscar gente para tornar con ella a sorprendernos.

—Con todo, amigo don Arias, no dejo de entrar esta noche en la ciudad, y de saber por quién están doblando en la parroquia de San Fis, ¡por todos los follones y malandrines del mundo!

—¿Sentís ruido?

—¿Hacia dónde?

—Hacia Canogio.

—En efecto, siento una especie de resuello y menearse los matorrales.

—Es un perro que viene aquí saltando.

En efecto, saltando y dando ladridos de gozo, lanzóse al camino un perro alano, negro como el ébano, con manchas que parecían de plata.

—¡Luzbel, Luzbel, nuestro amigo Luzbel! ¡Aquí lo tenemos!—exclamaba el paje, abrazando el perro del obispo, que, alzado sobre las patas, lamía la barba del mancebo.

Ramiro lo recibió con el mismo placer que si fuese un compañero. El generoso alano, después del primer ímpetu de su cariño, no quiso ser descortés con el amigo de su amigo, y brincando, y ladrando, y blandiendo la cola enarbolada, hizo mil caricias al anciano, y principió luego a correr como un loco, tan pronto aquí como allí, desgarrando la túnica, mordiendo el bordón y abalanzándose al cuello de los peregrinos.

—¡Hola, hola, señor Luzbel!—le decía con melancólica sonrisa el paje del obispo, como si el perro pudiese comprenderlo—. ¿Dónde está tu amo? ¿Anda por ahí? ¿Le has dejado en casa? ¿Cómo se entiende, bribonazo? ¡Andar a picos pardos a estas horas! ¡Aban-

donar al amo, cuando no está su paje Ramiro para defenderle! Vamos, vamos, basta de fiestas; llévanos a casa, que, en albricias de nuestra llegada, te perdonará el obispo todas tus picardías.

Pero Luzbel cesó de repente en sus caricias y desatinos, comenzando a gruñir y a ladrar con voz hueca y precipitada, colocándose en medio de los recién venidos en actitud resuelta y vigilante.

—Aquí los tenemos—exclamó don Arias.

—¿A quiénes?

—Al diablo que te lleve, por no haber hecho caso de mis consejos—repuso el anciano, con enojo.

Y al mismo tiempo sintióse el trotar de caballería, y en un repecho que forma el camino aparecieron de repente bultos negros de jinetes.

—Y ahora, ¿qué hacemos?—preguntó Ramiro.

—¡Morir!—respondió don Arias.

—¿Y la carta?

—Trágetela, si puedes; hazla añicos; bórrala, empapándola en tu sangre; todo antes de que caiga en su poder.

—No, cuatro veces nos hemos salvado...

—Pereceremos la quinta.

—Si pudiera esconder el pergamino...

—Imposible; ya están encima, y te verían. ¡Ea! Estoque en mano, y sea lo que Dios quiera; y, sobre todo, sálvate tú, si puedes, con el mensaje, y déjame morir matando.

—¡Luzbel, a ellos!—gritó el mancebo, y, obedeciéndole el valiente alano, se abalanzó contra el primero de la comitiva.

Entretanto, los peregrinos tenían ya sus armas en cada mano. Llegaron los jinetes, y se trabó la escaramuza. Al primer embate cayeron muertos dos caballos; los peregrinos hubieran perecido de señas estocadas si debajo de la túnica y la esclavina no hubiesen traído finísima cota de malla; pero la lucha era por extremo desigual y no podía durar mucho tiempo; el anciano estaba herido de un golpe en la cabeza. Ramiro se defendía como un león; nada le importaba perecer, pero nada adelantaba pereciendo. Aquellos bandidos se apoderarían al punto de la carta que llevaba encima. Antes que sacrificar su vida tenía que salvar el mensaje.

Pero ¿cómo? Rasgar el pergamino era inútil, no pudiendo ocultar los pedazos; estaba lejos del río, y no podía arrojarlos al agua. Entonces se le ocurrió de repente una idea, tan natural como sencilla. Abandonó por un instante la lid, echándose por un barranco, y mientras los caballos daban la vuelta para

cortarle la retirada, metiendo la mano debajo de la esclavina, gritó con todas sus fuerzas:

—¡Aquí *Luzbel*, aquí!

El perro se le acercó, todo ensangrentado; dejó caer el paje el rollo de pergamino, y *Luzbel* lo cogió al punto con la boca. Mirábase el inteligente animal, como preguntándole qué había de hacer con aquella presa.

El peregrino enarboló su báculo, dióle un palo sobre el lomo, diciéndole a gritos al mismo tiempo:

—¡A casa, *Luzbel*, a casa!

El perro del obispo, con el pergamino en los dientes, echó a correr por entre las patas de los caballos que habían cercado al paje de su señor.

Hubo un momento en que los contrarios quisieron partir para alcanzar al perro; mas al punto se desengañaron de que todo era inútil. *Luzbel* había desaparecido completamente en la oscuridad.

—Ahora—dijo el mancebo—que ya he salvado el mensaje, nada importa que matéis al mensajero.

Y al levantar el brazo para clavar el acero en el más cercano, dos de los acometedores, que habían quedado desmontados, se arrojaron sobre él por la espalda, le detuvieron la acción y le desarmaron.

—¡Don Arias! ¡Don Arias!—exclamó el paje con herido acento, invocando el auxilio de su honrado y valiente compañero.

Hubo un instante de silencio, que terminó por una horrible carcajada.

—¡Llama, llama a tu amigo, que más cerca está ya de Rosendo que de ti.

—¡Don Arias! ¡Pobre amigo mío!—dijo Ramiro, con voz desfallecida, dejando caer sobre el pecho la frente abrumada del dolor.

—¡Ea!—le dijo uno de aquellos guerreros—. Cabalga en ese corcel, y ven con nosotros.

El paje obedeció maquinalmente.

—¿Tan lejos vamos?—se atrevió a preguntar.

—A la corte de la Reina de Castilla, donde serás ahorcado por traidor.

CAPITULO II

De cómo el Emperador conocía cuando se hablaba de su mujer, sólo por el movimiento de los labios.

Tres Príncipes, según hemos indicado, se disputaban, a la sazón, la corona de Castilla: Doña Urraca, su marido Don Alfonso el Ba-

tallador, que, no satisfecho con el título de Rey de Aragón y de Navarra, había tomado el de Emperador de España, y el niño Alfonso, a quien los descontentos del Rey y de la Reina llamaban a gobernar, aunque no pasaba de doce años. Todos tres eran ambiciosos; pero la ambición del uno en nada se parecía a la del otro.

Tenía Doña Urraca un genio dominante y tiránico, que en un hombre sería el origen de grandes empresas, y en una mujer el mantantial de intrigas y disturbios. Alfonso el *Batallador*, muy más tiránico y dominante todavía, lleno de cualidades eminentes, tan propias de un Monarca que aspira a brillar por la conquista, carecía de algunas otras que sobaban a su mujer. La primera sabía ser rastrera como la serpiente, para elevarse como el águila; el segundo hubiera creído que descender a tomar aliento era abdicar su título de rey de las aves. La una apelaba tan presto a la fuerza como a las lágrimas; el otro no conocía más armas que su razón y su espada. No hablemos del Infante Don Alfonso; sólo era éste lo que sus partidarios querían que fuese; pero ya en sus tiempos años despuntaba en él un vehementemente deseo de gloria, que se pagaba más de esplendor aparente que de preciados quilates. Niño al fin; mas, en esto, niño fué toda su vida.

Tratando de poner en relieve los caracteres de estos tres personajes, el hilo de los sucesos y la galantería misma nos obliga a dar la preferencia a la Reina de León y de Castilla, que tan importante papel representa en nuestra crónica.

Duramente ha sido tratada esta Princesa por los escritores contemporáneos, y no se diga si a ellos han seguido los aragoneses y navarros, bizarramente defendida por autores del pasado siglo, paladines que esgrimían armas a favor de una mala causa sólo porque en ella se interesaba una señora. Nosotros, a fuer de imparciales, no podemos cerrar los ojos a la luz de la verdad, por más que nos ofenda; pero creemos que ni por unos ni por otros se ha tenido en cuenta el negro cuadro de las costumbres y carácter del siglo XII para apreciar esa gran figura, por aquéllos tan ultrajada, por éstos tan acaloradamente defendida, sólo por Reina, y Reina castellana.

Si preguntamos a la Historia, si buscamos sepulcros, si registramos escrituras de donaciones o privilegios, en los cuales la gratitud aspira a perpetuar con la donación la imagen del donador, todas las investigaciones nos darán unánime testimonio de la sin par hermosura de Doña Urraca.

Los historiadores contemporáneos eran obispos o canónigos, santos varones, que no debían parar mientes en un don de la Natuleza, que tan poco significa para los que sólo aprecian la hermosura del alma; y, sin embargo, se deleitan en pintar las peregrinas perfecciones del rostro de aquella mujer, a quien la belleza no la escuda de la maledicencia.

En la losa superior de su sepulcro hémcs:la visto retratada en San Isidro, de León, y, a pesar de la dureza de facciones de todas las estatuas góticas y de la poca seguridad de la mano que las cincelaba, adviértese el empeño de modelar un semblante, cuyo dechado debía desesperar al escultor.

Por último, para que nada nos falte, los copistas y notarios, que eran los pintores de la época con sus brillantes colores de miniatura, vienen a completar las descripciones siempre vagas de la puma y los fríos contornos del mármol sepulcral.

Era, pues, Doña Urraca cuan hermosa podía ser una mujer por cuyas venas corría fresca y pura la sangre de los godos, y con ella aquel vigor de una raza no degenerada, aquella sencillez y delicadeza de contornos, aquella finura de cutis que hace parecer a las criaturas humanas como recién salidos de las manos del Criador, con la tersura de una estatua de cera, al desprenderse, todavía tibia, del molde en que se ha vaciado.

Lo airoso y gentil de su elevado talle contrastaba admirablemente con lo suave y menudo de sus manos y pies; de manera que, con el continente de una diosa, parecía tener rasgos de niña y en un rostro de ángel toda la seducción de Lucifer, cuando arrastró de una sola mirada cien angélicas legiones a los abismos.

Hémcs:la comparado a la estatua de cera que todavía está en el obrador del artífice; pues bien, diremos, siguiendo la comparación, que exponer estas obras de repente al influjo de la pesada y fría atmósfera del mundo, vale tanto como querer que la estatua se resquebraje, y que de ella no quede más que la magnificencia y perfección de las proporciones, sin la tersura y el colorido, que son las cualidades que más seducen los ojos del vulgo.

Esto es, cabalmente, lo que a Doña Urraca le había sucedido.

En la corte del Rey Don Alfonso VI, que, enmendando por la usurpación los yerros políticos cometidos por Fernando I, había reunido en sus sienes las coronas repartidas a sus hermanos; en aquella corte, que será famosa mientras la fama alcance al nombre del

Cid Campeador, la joven Princesa Doña Urraca, admirada ya por sus encantos, vivía privada de los cariños y desvelos de su madre, Constanza de Borgoña, y abandonada de su padre, tan entregado al furor de las conquistas como al deleite de los amores. Era un esquite que se dejaba llevar del vaivén de aquellas olas, hasta que una de ellas se levantase ufana y espumosa y, dándole un abrazo de amor, le sepultera en el abismo.

Fortuna y desgracia fué para la joven Princesa tropezar por vez primera en aquel piélago turbulento con don Bermudo de Moscoso, rizo hombre de Galicia y señor de Altamira, uno de los caballeros más cumplidos de aquel siglo de caballería. Fortuna, porque las buenas prendas, la virtud, nobleza y bizarría de Bermudo, hizo que la primera pasión de la bellísima Infanta fuese tan pura como entonces lo eran su aliento y sonrisa; desgracia, porque el desrecho de no ser correspondida hizo la precipitarse desde la cumbre de su soberbia.

Amaba al de Moscoso con aquella vehemencia de que sólo es capaz una naturaleza tan privilegiada como la suya; amábale, no con la altivez de Infanta, ni con los humos de heredera de un trono, sino con la sencillez y candor de una zagala; más aún, como la blanca corderilla a su pastor, que le sigue alegre por vallas y riscos, sin pensar un solo instante ni a dónde va, ni qué camino lleva.

Pero Bermudo de Moscoso, con esombro de aquella corte que no conocía cómo podía resistir un pecho mortal a los soberanos ojos de tan encantadora niña, volvía hurafío las espaldas a sus dulcísimos reclamos; desafiaba el fuego de sus miradas y aquel insinuante caer de sus párpados nacarados que revelaba toda su pasión, y, no contento con eso, respondía después con frío respeto y con desdén a sus rendidos acentos.

¿Qué talismán le preservaba de tan irresistible hechizos? Este pensamiento traía inquieta y desvelada a la Princesa, que dondequiera que tendiese los ojos no encontraba más que esclavos y adoradores. ¿Con qué arte se defendía Bermudo de aquel influjo fascinador? ¿Por qué la daba enojos todo cuanto veía, y el único hombre en que se fijaba era también el único que no estuviese ardiendo en amor por ella, viniendo con su ingratitud a todos los desdénados?

Desesperada de poderse dar cuenta y de averiguar la causa de tanto desvío, y aun de tan poca cortesía en tan bizarro caballero, demasiado altiva para recurrir a ciertos medios de espionaje, propios tan sólo de

condiciones vulgares, prefirió confiarse a la hidalguía y generosidad del ricohombre de Altamira, pidiéndole con lágrimas en los ojos, y, por única satisfacción de tanto agravio, que le abriese de par en par las puertas de su pecho. No iba del todo desacertada la Princesa de Castilla; aun en las grandes pasiones, la curiosidad satisfecha suele servir de consuelo a pechos femeniles.

—Don Bermudo—decía con herido acento Doña Urraca—, don Bermudo, ¿qué os he hecho yo? ¿Dueños, por ventura, verme Infanta de Castilla? ¿Os pesa de que mañana, que Dios se lleve a mi padre, pueda ceñir con una corona vuestras sienes? ¿Os hace falta más amor del que mi pecho encierra? ¿No soy bastante hermosa para vos? ¿Todavía podéis exigir más virtud de una mujer que sólo ve a Dios en el cielo y a vos en la tierra? Pues entonces, ¿por qué tanta esquivéz? ¿Pensáis que mi padre os ha de juzgar indigno de compartir el trono conmigo? ¿Pensáis que su corazón ha de resistir a mis lágrimas como el vuestro? Y si lo creéis, ¿por qué ese misterio? ¿Por qué tanto silencio? ¿Por qué volvéis el rostro? ¿Por qué levantáis los ojos al cielo? Bermudo, pajes y criados tengo que pudieran seguir uno por uno todos vuestros pasos; penetración la bastante para leer en los ojos de todas las damas de mi corte cuál de ellas me arrebatara vuestro amor; prefiero, sin embargo, saberlo por vuestra boca. Averiguado por mí, tendría que ser criminal; revelado por vos, tan sólo sería desgraciada. Bermudo, de vos me fío; no tengáis reparo en confiaros en mí; será la primera prueba de afecto que me hayáis dado.

El ricohombre manifestóla entonces que estaba casado en secreto con una dama de Galicia; y al saberlo Doña Urraca, enjugó su llanto, que jamás delante de Bermudo volvió a correr por sus mejillas.

Por aquel tiempo vino a España un caballero francés llamado Raimundo de Borgoña. Presentóse en la corte de Alfonso VI, a guisa de ilustre aventurero que venía a esgrimir sus armas contra los infieles. Admitióle el Rey, y pronto dió muestras de osado y venturoso en los combates.

Fuélo asimismo en amores. Brillaba Doña Urraca en la corte como el sol entre los astros; todos giraban en torno suyo, todos recibían la luz de su hermoso semblante; adorábanla todos; pero ninguno osaba salir de su órbita, salvar aquella distancia respetuosa que del foco del amor y de la ventura los separaba. Sólo aquel aventurero, a

semejanza de un cometa errante, tuvo la temeridad de acercarsele.

Urraca le rechazó al principio. Raimundo de Borgoña no desmayó con semejante acogida; en alas de su temeridad, acudió al padre, y en él encontró todo el interés y todo el favor que la hija le negaba. Esta permaneció inflexible al combinado ataque del Rey y del aventurero, a los ruegos del uno y a la importunidad del otro; pero en aquel tiempo llegó la noticia de la muerte de Bermudo de Moscoso, a quien sucedió don Ataulfo *el Terrible*, y entonces la misma Princesa fué a decir a su anciano padre que estaba dispuesta a dar la mano lo mismo a Raimundo de Borgoña que a cualquier otro, fuese de sangre real o simple caballero, noble o villano, musulmán o judío; todos eran iguales para ella, todos indiferentes.

Al poco tiempo fué conducida al altar, cuando su ingrato amante sólo podía presenciar aquella deslealtad desde la tumba. Tan lejos quiso llevar Doña Urraca su respeto, su amor o quizá sus locas esperanzas.

El Monarca de Castilla dió a su hija en dote el gobierno de Galicia, nombrando a su yerno conde de aquella tierra.

Urraca se trasladó a Santiago con su marido, y aunque de un corazón ya muerto para la dicha y de un casamiento que todo significaba menos amor, no podía esperarse fidelidad ni ventura, todavía la condesa de Galicia se conservó tan virtuosa como la amante de Bermudo. Y era que éste, al partirse del mundo, le dejó impregnado en el aroma de su nombre, que aspiraba con avidez Doña Urraca en aquellos lugares donde él con más frecuencia moraba, donde se alzaban sus castillos, donde vivían sus vasallos, y este aroma mantenía fresco y puro el corazón de la Princesa. Mas apenas se disiparon los perfumes, a poco desvanecidos en ese espacio infinito que absorbe los dolores y placeres, los nombres y los recuerdos; apenas de Bermudo de Moscoso nadie repetía el nombre, sino al contar una historia más o menos fantástica de su misteriosa muerte, Urraca pensó por vez primera que siendo la más hermosa dama de sus reinos había sido también la más desdeñada.

La soberbia precipitó un ángel más desde el cielo de la virtud.

Murió el conde don Raimundo el año 1107; murió el Rey Don Alfonso VI dos años después; ambos desaparecieron, por fortuna, antes de ser testigos de la deshonra de su esposa y de su hija.

Pero no adelantemos los sucesos. Con la muerte del Rey Don Alfonso VI heredó Doña

Urraca la corona de León y de Castilla. Nadie podía disputársela, puesto que era la única hija del Monarca difunto que había sobrevivido a su padre. Pero Alfonso *el Batallador*, hombre de tanto aliento y penetración como fortuna, concibió por vez primera el proyecto de unir a Castilla las coronas de Aragón y Navarra, que cuatro siglos después realizó Fernando el *Católico*.

Veía Don Alfonso que la desmembración de la península y la subdivisión de estados, a que, por desgracia, se habían inclinado los últimos monarcas, era el origen de continuas y escandalosas discordias entre los príncipes cristianos, del aliento y pujanza de los infieles y de la lentitud de la conquista; veía a los monarcas de León y de Castilla hacer alianzas vergonzosas con los reyezuelos mahometanos, tan sólo por tener vagar y desahogo para volver sus armas contra los fieles de los reinos convecinos; veía, o, por mejor decir, sentíase con bríos para llevar a cabo el total exterminio de los sarracenos si lograba disponer de todas las fuerzas cristianas de la península; y, aunque sus derechos a la corona de Castilla no eran los más claros y reconocidos, expúolos, sin embargo, fundado en ser el único varón descendiente por línea recta del Rey Don Sancho *el Mayor*, de cuyo tronco se derivaban las dos familias reinantes en Aragón y Castilla.

Don Alfonso *el Batallador*, sin embargo, fiaba menos el éxito de sus pretensiones en razones de jurisprudencia que en la grandeza de su nombre y en lo levantado y sano de su intento.

Así lo debieron comprender los ricoshombres y señores de la corte de Doña Urraca, cuando, para conciliar en lo posible los derechos de la una con la gigantesca empresa del otro, aconsejaron a la Reina que diera su mano al valeroso Príncipe de Aragón.

No era Doña Urraca de semejante parecer; habíase inclinado al conde don Gómez González de Salvadores; estaba dispuesta a contraer con él segundas nupcias, con el beneplácito de gran parte de los ricoshombres, entre los cuales era don Gómez muy querido y apreciado por su valor y nobleza. Pero cuando los demás le encarecieron las ventajas que a la cristiandad habían de seguirse de la unión de entrambas coronas, la Reina encogióse de hombros y dió su consentimiento, como si de una cosa indiferente se tratara.

Casóse, al fin, con Don Alfonso, que tenía más de soldado que de galán; pero ella encontró en don Gómez quien aventajase al

Rey en lo galán, y aun compitíese con él en lo soldado.

Verificóse entonces una completa transformación en el carácter de la Reina: la aspereza y la ambición de su marido la hicieron apreciar por primera vez lo que antes miraba con indiferencia; de abandonada de sus derechos, hizose guardadora y celosa de ellos; de aborrecedora de todo lo que fuesen negocios del Estado, convirtiéndose en fautora de intrigas políticas; de tenaz en sus propósitos, en mudable y tornadiza; de mujer sin mancilla, en descuidada de su fama, y de inaccesible y severa, en fácil y seductora.

De presumir es que Don Alfonso *el Batallador* no pudiese aguantar mucho tiempo mujer de tan liviana condición; de presumir es también que Urraca de Castilla haría todo lo posible para que su marido no la aguantara. Juntos empezaron la guerra contra los sarracenos, juntos conquistaron a Zaragoza el primer año de sus bodas; pero no pasaron muchos sin que se hiciesen la guerra mutuamente.

Mandaba el ejército de navarros y aragoneses el marido y las tropas castellanas llevaban por jefe al querido de la Reina. Considérese cuál sería la furia del Monarca *Batallador*, que, para salir triunfante de innumerables lides, no había necesitado de otro estímulo que el amor de la gloria y la exaltación del nombre cristiano; considérese cuál sería en aquella sazón, en que se lanzaba al combate para lavar su honra mancillada.

Encontráronse los ejércitos, no lejos de Sepúlveda, en los llanos de Comp de Espina. Ordenó el Rey sus huestes, y con su acostumbrada pericia dió las órdenes necesarias para comenzar y proseguir el combate. Todo lo previno: los capitanes sabían a qué atenerse, cualesquiera que fuesen las vicisitudes y eventualidades de la lucha; no había combinación posible de fuerzas y resultados acerca de la cual no tuviesen de antemano las órdenes oportunas. Para *el Batallador*, la guerra era una máquina, cuyos movimientos todos podían estar calculados.

En seguida, y no teniendo nada que añadir al plan que acababa de desarrollar ante los caudillos, abalanzóse a la lid. Aquel día no quiso ser capitán, sino soldado; importábasele menos ganar la batalla que encontrarse frente a frente de un hombre. ¡Oh, cómo bendecía al cielo en el fondo de su alma por que la hubiese proporcionado aquel campo, única palestra a que podía dignamente descender un Monarca con un vasallo que le ultrajaba! Abriase paso por apiñadas falan-

ges enemigas, como un toro embravecido que, saltando la valla, recorre, dando bramidos, las calles y plazas cuajadas de gentes que concurren a la fiesta.

El amante de la Reina comprendió luego la intención de Don Alfonso; conocerla y salir al encuentro de su rival, todo fué en un punto.

No tardaron en ponerse a bote de lanza; pero ninguno de los dos pudo, por de pronto, ofender a su contrario. Entrambos tenían que reprimir el brío de los corceles, que, en la impetuosidad de la carrera, se traspasaron recíprocamente, desviándose para no estrellarse frente contra frente.

Domnaronlos después; volvieron grupas, y el Rey a la banda del ejército de don Gómez y don Gómez a la banda del ejército del Rey, enristraron lanzas, apercibiéndose para arremeterse. Pero Alfonso *el Batallador* arrojó la suya de improviso.

—Don Gómez—exclamó, con ronco acento de ira—, ocasiones como ésta se presentan pocas en la vida, y es preciso aprovecharlas. Abreviemos el combate.

El amante dejó caer su lanzón.

—No basta; el escudo también.

También el escudo arrojó don Gómez González de Salvadores.

—Ahora, ¡San Jorge y ayuda!—gritó el marido, desenvainando el montante.

—¡Santiago y a ellos!—respondió el favorito, sacando el suyo con ambas manos.

Del primer golpe partió Don Alfonso la cabeza al caballo de su contrario, y éste rozó la cota de maila del Rey, llevándose de paso un pedazo del caparazón de hierro.

El corcel del castellano hubiera huído desbocado con el aturdimiento; pero el jinete pudo sujetarlo cogiendo las riendas con ambas manos. El Rey era demasiado valiente y generoso para aprovecharse de aquella circunstancia. Esperó inmóvil a su rival; pero en los rápidos instantes de espera estuvo pensando que los corceles eran un embarazo más para el fin que se habían propuesto, a saber: dar o recibir la muerte en el más corto término posible.

—¡A tierra si os p'ace!—dijo Don Alfonso.

Y don Gómez, sin necesidad de que se lo repitiese, apeóse al punto. Por rápido que quiso ser, ya lo estaba esperando su rival. Entonces comenzó la verdadera lucha; nadie pensaba en defenderse ni en parar golpes: la esperanza de salir con vida fundábanla cada cual en la muerte de su enemigo.

Sendos mandobles se tiraban, con los cuales bien pudiera hendirse una roca; de uno de ellos saltó en pedazos el capacete del

amante; el marido desnudóse la cabeza soltándose el yelmo que la defendía.

Entonces aparecieron a la luz del sol los rostros de aquellos autómatas de hierro, que con tal coraje se destruían mutuamente.

El Rey, blanco de ira, fuminando por sus ojos y vertiendo espuma por sus labios, todavía más blancos que su cara; don Gómez, con toda la sangre arrebatada al rostro, y arrojándola por boca y narices. Sus ojos no expresaban tanta rabia como desesperación: cierto brillo melancólico parecía indicar, o vergüenza o funestos presentimientos.

La razón infunde valor; la snrazón lo quita. De este principio cierto deduciase entonces la absurda consecuencia de los juicios de Dios por medio del dueño.

El favorito de la Reina, que contra cualquier adversario se hubiera presentado arrogante y desempeñando el principal papel en punto de caballería, delante del ofendido espeso parecía como dominado.

No levantó su acero hasta que vió el del Rey sobre su frente. Paró el tremendo golpe con el gavián, y, al sacar el contrario la punta del montante, volvióse con una sola mano una escocada, pasándola de parte a parte la garganta. Esta suerte atrevida pudo sólo librar al Rey de un mandoble dirigido a al cabeza, mandoble que cayó sin fuerza sobre el hombro izquierdo, haciendo rebotar la espada como si estuviera en manos de un niño.

Dió el conde media vuelta, luego un paso atrás y vino al suelo, como un tronco con el último hachazo del leñador. Torrentes de sangre brotábanse de la garganta.

Quiso murmurar algunas palabras, pero ya sólo resollaba por la herida; sus labios se contrajeron como queriendo modular un nombre, que el Rey creyó escuchar tan sólo por aquel movimiento puramente nervioso.

Un instante después el rostro del amante quedó cubierto de la palidez de la muerte, mientras que, por una reacción violenta, resplandecía el de Alfonso con el fuego y el horrible gozo de la venganza satisfecha.

Los escuderos de uno y otro campeón habían trazado un círculo de hierro con sus cuerpos en torno de aquel campo de muerte. Tomó el Rey su lanza y su caballo de manos de uno de sus pajes; pero su impaciencia y fogosidad no le permitieron detenerse a vestir la celada. Sin ella prosiguió la batalla; pero antes de alejarse de aquel palenque, donde acababa de lavar la mancha de su honra dirigió a don Gómez de Salvadores la mirada postrera.

Todavía le pareció que sus fríos labios estaban murmurando aquel nombre aborrecido.

CAPITULO III

Prosigúrese tratando de las cosas de la Reina, y de cómo el conde Peranzules compró la sogá con que le habían de ahorcar.

Disperso huyó el rebaño con la muerte de su pastor. Tan precipitada era la fuga, que Don Alfonso *el Batallador* no pudo siquiera tirar un bote de lanza. Prestábaseles alas el miedo que les infundía aquella noble cabeza sin armadura, en cabellos, y no pararon los castellanos hasta Burgos, donde estaba la Reina impaciente por el éxito de la batalla.

Gran mengua hubiera cabido al honor de sus armas si no lo salvara la muerte de don Gómez González Salvadores y la hazaña de un alférez, la cual, si bien no atañe principalmente al curso de nuestra crónica, cuadra al propósito de dar a conocer al lector, tanto en lo bueno como en lo malo, tanto en proezas como en barbarie, el espíritu de aquella época, una de las más oscuras y singulares de nuestra historia.

Un noble caballero, del apellido Olea, llevaba como alférez la enseña del ejército castellano. Huir cuando todos huyen puede hacerse sin particular afrenta y sonrojo, arrastrado el guerrero por la obediencia, o por el ímpetu de la ciega muchedumbre; pero huir teniendo en sus manos el emblema del honor, la bandera del campo, por nada se disculpaba a los ojos del caballero de Olea. Esperó, pues, a pie firme sólo con algunos soldados, que no pudieron resistir tan noble ejemplo; esperó, con su estandarte en la izquierda y el acero en la diestra, la arremetida de aragoneses y navarros. De la primera cayeron muertos cuantos a su lado estaban; él, sin embargo, quedó ileso; defendíase con la mayor bizarría; pero de un tajo vino al suelo la mano con que empuñaba el asta del castellano pendón, que no por eso dejó de seguir enarbolado. Quedaba al caballero de Olea una mano todavía, y antes que defender con ella su vida, debía sostener el honor de su bandera; asíola con la derecha, gozoso de que al trasladarla no se hubiese inclinado ni abatido ante sus contrarios.

—¡Olea! ¡Olea!—clamaba con entusiasmo el heroico alférez, cuando otro tajo vino a partirle por mitad el brazo que le quedaba.

Ni aún así cayó al suelo la bandera de Castilla. Con los dos brazos rotos cruzados al pecho, continuaba sosteniéndola, y, radiante de gozo porque permaneciese erguida, clamaba con fervoroso acento:

—¡Olea! ¡Olea!

—Ríndete—le gritaron los aragoneses, asombrados de tanto valor.

—¡Castilla y Olea!—respondió el alférez con altanera sonrisa de triunfo.

Uno de los contrarios echó mano al asta para arrancársela; pero los brazos partidos de Olea parecían dos barras de hierro enclavadas a la coraza.

Recibió luego un mandoble en el hombro derecho; el brazo cayó cortado de raíz, y Olea acudió con los dientes en auxilio del izquierdo, que mantenía aún la enseña, como si estuviese fija en el suelo. Otro golpe vino a derribarle el brazo que le quedaba, y entonces aquel tronco sin ramas, no pudiendo hacer más por el honor de su estandarte, dejóle caer y se arrojó encima, como para defenderle todavía con su cuerpo mutilado.

—¡Olea, Olea!—gritaba, cubriendo los pliegues de la bandera y dándola repetidos besos con entusiasmo ferviente, y no cesó de gritar «¡Olea!» hasta que un soldado le remató, segándole la garganta.

Sólo entonces pudieron los aragoneses arrebatarse el pendón que se le había encomendado. Desenrolláronlo; las armas de Castilla habían desaparecido, borradas con la sangre del alférez.

Llevó a Doña Urraca nuevas de la rota el nobilísimo conde don Pedro González de Lara, que mandaba la retaguardia, el cual no quiso entrar en el combate por el pavor que infundió a los soldados la fuga de sus compañeros. Lara fué el primer hombre que la Reina vió después de saber la muerte de su amante. Lara substituyó al amante en el favor de la Reina.

Tenía esta señora un niño de poquísimos años, habido en su primer matrimonio con el conde Raimundo de Borgoña. Heredero de todos los Estados de su madre, era el objeto de las esperanzas de un tercer partido que, descontento de las usurpaciones y violencias del padrastra y de las liviandades y escándalos de la madre, aspiraba a colocar en el trono por la rebelión al que más tarde, natural y legítimamente, había de ocuparlo. Caudillos eran de este bando don Pedro Froilaz, conde de Trava, ayo del Príncipe, y don Diego Gelmírez, obispo de Santiago, que le había bautizado, a los cuales seguían muchos caballeros leoneses, asturianos y gallegos.

Hallábase, a la sazón, con el augusto niño entre León y Astorga, en un lugar que llaman Fuente Culebras. Allí los fué a buscar Alfonso *el Batallador* después del triunfo conseguido sobre los castellanos; allí los en-

contró; allí también fueron derrotados. El obispo y el Príncipe escaparon de la lid como por milagro; y el ayo don Pedro Froilaz quedó prisionero.

Después de haberse portado tan bizarramente como Rey, quiso el aragonés mostrarse tan digno y tan bizarro como hombre. Reclamó a la Reina su mujer, apoderóse de ella y encerróla en el castillo de Soria. No debía cogerla de nuevas tan duro trato; ya estaba acostumbrada a él. Pocos años antes la tuvo presa en el Castellar, y sólo con industria y favor de los suyos pudo Urraca escapar de la prisión.

Lo que más hubo de sorprenderla fué un recado del Rey para que se vistiese con la mayor bizarría. El mismo, a pesar de no hallarse bien con otros arreos que los de soldado, presentóse a su mujer más galán que todos los paladines de su corte. Besóla por mesura la mano, dióla el brazo para salir del encierro, y de esta guisa presentóse en un regio salón, donde estaban aguardando prelados, damas y ricoshombres.

Sentáronse los augustos esposos bajo el dosel recamado que se alzaba en el fondo del aposento. A la derecha y al lado de una mesa, un anciano de negras hopalandas aguardaba en pie las órdenes del Monarca. Todos los demás formaban un cuadro deslumbrador por la riqueza de los trajes, que daban a la reunión un aire de fiesta.

Pero la gravedad de los semblantes, el profundo y misterioso silencio que en el salón reinaba desvanecía bien pronto las ilusiones. La Reina procuraba en vano inquirir con sus miradas el objeto de aquella ceremonia. Las damas bajaban con afectación los ojos; los caballeros la miraban entre osados y compisivos.

Aclaróse, al fin, el misterio con una seña que hizo el Rey al de las negras hopalandas. El anciano, clérigo y notario de Alfonso *el Batallador*, tomó un pergamino que en la mesa yacía, y leyólo en alta voz.

Era el acta por la cual el Emperador de España, Rey de Navarra y de Aragón, fundándose en el adulterio de su esposa, la repudiaba pública y solemnemente, reteniendo, empero, los reinos dotales de León y Castilla por haber dado Doña Urraca legítima causa para el divorcio.

Descendió el Rey de su trono, y firmó el escrito. Otro tanto fueron haciendo todos los circunstantes, firmando el clérigo por los que no sabían hacerlo, que no eran pocos. Ellos se contentaban con hacer una cruz, o un garabato, en donde el notario les indicaba.

La Reina había quedado en su asiento, encendida unas veces de vergüenza y confusión, y otras blanca de cólera y trémula de rabia.

Cuando todos hubieron concluido de firmar, levantóse y dijo con alterada voz:

—Reverendos prelados, ricoshombres y caballeros que os halláis presentes: sedme testigos de que yo, Urraca de Castilla y de León, hija del Rey Don Alfonso VI, considero y he considerado siempre nulo mi matrimonio con el Rey de Navarra y Aragón, no sólo por haberseme impuesto a la fuerza por los ricoshombres y caballeros de mi reino, a quienes tenía que obedecer, según el testamento de mi padre, sino también, y muy principalmente, porque este Rey, que hasta ahora se ha llamado mi marido, es pariente mío en tercer grado y descendiente de mi mismo tronco (1). No puede haber repudio de consiguiente, como no sea mutuo y por esta sola causa; ni menos puede el Rey de Aragón conservar, como pretende, la herencia de mi padre, que constituye mi dote.

Esto era, como suele decirse, la madre del cordero: en la separación todos estaban conformes; en la posesión de los reinos de León y de Castilla había la conformidad de quererlos cada cual para sí.

Los cortesanos de Alfonso *el Batallador* acogieron con murmullos la declaración de la Reina; pero los prelados y clérigos meneaban la cabeza, dando a entender que en su concepto pesaban mucho aquellas razones. Alfonso entregó su mujer a las dueñas, advirtiéndola que podía ir donde quisiera, y aquella reunión se disolvió sin más efecto que el haberse salvado la dignidad del ultrajado esposo.

Acaecieron estas cosas dos o tres años antes de la época en que comienza nuestra historia.

A la sazón, los tres bandos, de la Reina, del Emperador y del Príncipe, seguían cada vez más enardecidos y alentados. Sin freno ya de marido, escandalizaba Doña Urraca con los amores del conde don Pedro de Lara, que solía darse el aire de monarca y era de todos aborrecido por su arrogancia (2).

Los condes en aquel tiempo no tenían dominio propio, o cuando menos no poseían tierras o castillos a los cuales fuese aneja

(1) Los Sumos Pontífices no solían dispensar en aquella época el impedimento de consanguinidad en el matrimonio.

(2) «El conde don Pedro de Lara como pretendiese casar con la Reina y se tratase no de otra suerte que si fuera Rey, con la soberbia de sus costumbres y su arrogancia tenía alterados los corazones de muchos, que públicamente le odiaban.» Mariana, libro X, capítulo VIII.

esta dignidad. Venían a ser simples gobernadores de un territorio o fortaleza, y el Rey podía quitarles el empleo, y con el empleo las tierras, cuando se le antojaba. Al recibirlo le hacían pleito homenaje jurándole fidelidad y obediencia. Así fué que Doña Urraca, recelosa de los condes y alcaides puestos por el de Aragón, los desposeía del destino o se contentaba con exigirles nuevo juramento.

Y aquí será bien que reframamos otro episodio no menos caballeresco y peregrino que el anterior, y con el mismo objeto de irnos empapando en el espíritu de aquel siglo.

Había en Castilla un caballero, dechado de honradez, de hidalguía y lealtad, llamado don Pedro Asúrez, y vulgarmente en nuestras crónicas don Peranzules, ayo de la Reina en su menor edad, y conde de las principales fortalezas de aquel reino, confiadas a su valor y fidelidad por ambos consortes. La Reina, sin embargo, recelábase de él, quizá porque su severa virtud era censor mudo, pero severo, de las liviandades de su corte.

Exigióle la entrega de los castillos, y el anciano conde lo verificó sin dilación ni repugnancia, y apenas se terminó la ceremonia, besando la mano de la Reina, vestido de escarlata como estaba, montó en un caballo blanco, y con una soga en la mano se fué a buscar al Rey de Aragón y de Navarra.

Hallóle en el Castellar. El venerable viejo, con toda la gravedad y respeto de un antiguo castellano, apeóse y fué a prosternarse delante de Alfonso *el Batallador*, que, al saber la llegada de tan principal caballero, salió a recibirle acompañado de sus próceres.

—¿Qué tienes, buen conde?—le dijo el Monarca al verle que casi se le saltaban las lágrimas.

—He pecado contra vos—respondió con dignidad el conde don Pedro Asúrez—, y vengo a delatarme para que me impongáis el condigno castigo.

—¿Cómo es eso? ¡Tú, el más noble caballero de Castilla, faltar a tu Emperador! Levántate, que no lo creo.

—No me levanto, señor, hasta que me hayáis absuelto o condenado.

—Entonces, confiesa tu culpa.

—Señor, yo tenía una niña, a quien eduqué por encargo de su padre; esta niña llegó a ser mi Reina, y de ella recibí honores y castillos; me los ha pedido, y como le besé la mano al recibirlos, se la he besado al entregárselos (1).

(1) Con esta ceremonia del beso se recibían y se devolvían los feudos y señoríos.

—¡Cómo! ¡A Doña Urraca!—exclamó el Rey, enfurecido.

—A Doña Urraca, sí, señor; a Doña Urraca, que me los había confiado.

—¿Pues no, sabes, mal aconsejado conde, no sabes que soy el único señor legítimo de toda España?

—Sólo sé que cien veces que me volviera a pedir mi Reina mi hacienda y vida, otras tantas veces se la daría, como ahora la he dado la una y ofrecido la otra—repuso, con entereza, el honrado conde.

—¡Famoso arrepentimiento es el tuyo, Pedro Asúrez!—exclamó el Rey, amostazado.

—Es que no vengo arrepentido, señor; vengo tan sólo culpado. Cumpliendo como caballero con la Reina, mi natural señora, os he ofendido a vos, que sois mi Rey, y siéndome forzoso lo primero, vengo con este dogal para que os sirváis mandarme ahorcar por haberos faltado.

Y al decir estas razones el anciano Pedro Asúrez, se echó al cuello la soga que traía.

Inmutóse el Emperador al ver demostración semejante, y, luchando entre el asombro y la ira, ante la pena y el cariño:

—Levántate—dijo por fin—; te has portado como bueno y leal. Yo te daré doblados honores y haciendas que has restituido a la Reina; en nadie estarán mejor que en tan cumplido caballero.

El caso del conde Asúrez fué aprobado y aplaudido en la corte de Aragón, y era citado en aquellos tiempos por un ejemplar de cómo debían portarse los nobles en conflictos semejantes.

No tuvo, sin embargo, muchos imitadores. Alonso retenía directamente, o por medio de sus partidarios, muchas fortalezas castellanas, y poco a poco se iba apoderando de las demás.

El Príncipe niño, por otra parte, no dejaba sosegar a la Reina con sus pretensiones. Según el testamento de Alfonso VI, abuelo materno de aquél, desde el momento en que Doña Urraca contrajese segundas nupcias debía entregar a su hijo el reino de Galicia; y como se había pasado tanto tiempo sin que la madre se diese por entendida de cláusula semejante, no era extraño que el hijo, ya en años de querer figurar, aspirase a conseguir por amenazas lo que hasta entonces buenamente se le había rehusado.

Pero acosada la Reina por la parte de Rioja y de Soria por Alfonso *el Batallador*, ¿cómo se desprendía del gran punto de apoyo que le quedaba en Galicia? ¿Cómo podía desconocer que el plan de los áulicos de su

hijo era ponerlo en posesión de aquel reino para arrojarla luego de los demás?

Resistía, pues, tenazmente la coronación del Príncipe en Santiago, y, sabedora de que el ama de aquel partido era, el obispo don Diego Gelmírez, formó el mayor empeño en mantener al niño Alfonso lejos de Galicia, para que no pudiese comunicarse con el prelado, ponerse con él de acuerdo y recibir sus consejos.

De aquí la suma vigilancia que los partidarios de la Reina solían ejercer en los caminos que a Santiago conducen; de aquí también el haber ella fijado su residencia por aquel tiempo primero en Limia, después en Luparia y, a la sazón, en Lugo, pueblos o castillos todos del reino de que temía se apoderaría el Príncipe, su hijo.

En tal estado se hallaban las cosas públicas cuando el paje del obispo de Santiago fué conducido a la corte de la Reina Doña Urraca.

CAPITULO IV

Cómo el paje del obispo llegó a la corte de la Reina, y del lecho que ésta mandó aderezarle.

En una hermosa mañana de abril paseábase en la galería del alcázar de Lugo un caballero de elevada estatura y bizarro continente, cruzados al pecho los brazos y la cabeza un poco inclinada en ademán pensativo. Mostraba no pasar de treinta años, y ser de apasionada y dulce condición, ora en su delicada fisonomía, realzada por la copiosa cabellera que artificiosamente le caía en estudiados rizos; ora en su mirada melancólica y tímida, sin dejar de aparecer altanera.

El vestido, tan airoso como rico, componíase de una túnica de lana blanca con orlas de oro, bajo las cuales se descubrían los elegantes pies calzados de borceguíes puntiagudos, y las espuelas de oro que sonaban a cada paso. En una de sus blancas y femeniles manos, adornada de anillos, tenía un birrete negro, con cintillos, que, colocado en la cabeza, apenas le llegaría a la frente. Un tahalí rojo, del cual pendía la espada, marcaba el delicado talle de tan apuesto galán.

De cuando en cuando se paraba para fijar los ojos fascinados en una dama que, sentada al extremo, parecía absorta en contemplar el frondoso valle, por el fondo del cual extendíase el Miño, adormecido, al parecer, en un lecho de flores.

Conforme los rayos del sol iban cayendo del punto más elevado, arboledas, colinas, ermitas, caseríos y montañas variaban de as-

pecto, perdiendo el sonrosado color de la mañana, y el contraste de luces y de sombras marcaban vigorosamente los contornos, y todo el paisaje quedaba envuelto en velos nebulosos, semejando un cuadro soberbio con un cristal empañado.

Aquella mujer había perdido también, como las colinas de la ribera, el sonrosado color de la aurora; sus mejillas, antes de una frescura dulce y transparente, como la de la rosa bañada por el rocío, mostraban la pálida huella de las pasiones, y sus ojos parecían hundidos a fuerza de lágrimas o de deleites; pero sus bellísimas facciones conservaban aún aquella simetría que sólo fué dado reproducir al arte griego, sepultado ha muchos siglos con los dioses del Olimpo.

Blancas y leves tocas ocultaban apenas las trenzas de oro de su cabello, y sobre el azulado vestido, una dalmática le cubría los hombros y la mitad del brazo.

Largo rato permanecieron ambos en silencio, tan sólo turbado por los trinos del ruiseñor en las arboledas, por el aleteo de las golondrinas que en el techo formaban su nido, por el chirrido de las espuelas y el lejano murmullo del caudaloso río.

Al fin prorrumió el galán en semejantes razones:

—Mucho os embelesan todavía las riberas y montañas de Galicia.

—Vivís engañado, conde—respondió la dama, sin apartar los ojos del campo—. Quisiera poder pasarme sin volver a verlas.

—¿Conque os sentís detenida en este reino por... por algún encanto irresistible?—repuso el conde de Lara con una sonrisa que, debiendo ser amarga, quedó convertida en tierna y amorosa.

—Me siento detenida por el deber; porque deber es de acudir al reclamo de los peligros—contestó Doña Urraca con cierta sequedad.

Quedó mirando a la Reina el caballero con aire tímido y apasionado, y, viendo que ésta permanecía cavilosa o distraída, le dijo con un acento en que no era difícil percibir alguna emoción:

—Doña Urraca, ¿estáis enfadada conmigo? Hizo la Reina un gesto desdeñoso, y contestó sonriéndose:

—Sois el galán más tierno y sumiso que he tenido.

—Soy el único que os ama como merecéis ser amada, con una completa abnegación (1);

(1) «Comes iste (don Pedro González de Lara), ut rumor ajebat, firmissima amoris catena Urracae Reginae devinctus erat.» (Historia compostelana, lib. II, cap. IX, pág. 270.)

os he sacrificado mi fama, el esplendor de mi cuna; he perdido el hábito de los combates, desde que me habéis rodeado de una atmósfera de deleites. Yo no me acuerdo si soy conde y el más noble caballero de Castilla; delante de vos no soy más que lo que vos queréis que sea.

—Es cierto, lo reconozco; y os confieso que no pudiera tolerar ningún otro amor; pero ¿qué deducís de aquí?

—Deduzco que, pues tanto os amo, Doña Urraca, debo tener celos de lo pasado, que para vos está aquí, en Galicia; de lo pasado, señora, quizá con más razón que de lo presente.

—Conde de Lara, os suplico que no me habléis de semejantes cosas—dijo la Reina, visiblemente incomodada—; no aguardéis que os lo mande.

—Es que... yo tengo algún derecho para hablar—murmuró don Pedro de Lara, haciendo un esfuerzo sobre su débil corazón.

Entonces se volvió Doña Urraca para responderle con la doble majestad de Reina y de mujer ofendida.

—¡Derechos! ¡No los he reconocido en Don Alfonso, que era Rey y marido, y helos de acatar en vos!

Y tornó sosegadamente a tender sus ojos distraídos por la frondosa campiña.

—Perdonadme, perdonadme, hermosa Princesa mía—exclamó el conde, acercándose más a la dama y cogiéndole una de sus manos, que cubrió de besos—; perdonad mi desmedida ambición. Tan grande es mi amor, que no se satisface sino absorbiendo todo lo pasado, lo presente y lo por venir. Y así como para mí no hay más mundo que vos, quisiera que ningún recuerdo, ningún objeto viniese a distraeros del cariño que a veces me dejáis entrever en vuestro anhelante pecho.

—Pues bien, conde de Lara: cuando una mujer os deja visumbrar un poco de cariño, ya no consiste en ella el entregaros todo su corazón.

—¿Qué haré yo para reconquistar el vuestro?

—Habéis invocado no sé qué derechos... Hanme dicho que a vuestro escudo de armas de dos calderas y serpientes de oro en campo rojo pensáis añadir esta leyenda: *Non descendemos de reyes. sino los reyes de nos...*

—¡Doña Urraca!... ¡Oh dulce señora mía!...

—Hanme dicho—prosiguió la Reina, sin escucharle o sin aparentarlo—, hanme dicho que, desvanecido con vuestra alcurnia, con vuestro condado de Lara y de Medina, que

de mí habéis recibido..., pensáis intitularos conde por la gracia de Dios...

—No, no será en vida vuestra, señora. Tengo ambición, ¡oh!, mucha ambición..., pero toda la cifra en vos. Desdeño el bien que no venga por vuestra mano. ¡Vuestra mano! Mirad si es grande mi soberbia y grande, sobre todo, mi amor, cuando aspiro a poseerla. Pero desciendo de los condes soberanos de Castilla; Fernán-González era mi abuelo...

—Y que tal sea vuestra ascendencia, que tal sea vuestro amor, ¿os dan derecho para...?

—Perdonadme otra vez, y, por Dios, señora mía, no seáis rencoresa como esquivá. Al hablar de derechos, tan sólo quise recordaros que sois madre. Doña Urraca, sois madre, y todavía no habéis gozado de una sola caricia de vuestro hijo.

—Verdad es que soy madre, don Pedro—respondió la Princesa con un gesto de altivez y acento de amargura—, y un hijo es quien me hace andar errante por estas breñas, inquieta, sobresaltada, temerosa de verle aparecer el día menos pensado con la corona de Galicia en sus sienes infantiles. Un hijo se ha propuesto completar la obra de iniquidad y de usurpación emprendida por el que fué mi esposo; un hijo conspira contra mí con más ahínco, con más talento y con más traza que el Rey *Batallador*, que sólo la tiene para las lides; un hijo será tal vez la causa de mi ruina, ¿y queréis que me olvide de que soy madre?

—Sí; pero no todos vuestros hijos son Alfonsos, no todos han sido educados por el conde de Trava, ni reciben los consejos del obispo de Santiago.

—Ese, ése—dijo la Reina, levantándose y no pudiendo contener su agitación—; ése es mi verdadero enemigo, el más temible de mis enemigos, mi único enemigo. Para librarme del aragonés me basta el sentimiento de independencia que se ha despertado en Castilla contra la dominación de un extraño; para salvarme de mi hijo Alfonso pudiera bastar una sola mirada de madre; pero ¿quién, quién me escuda contra el saber, la constancia, el poderío y la virtud de ese prelado? Nadie. ¿Qué sois todos juntos contra ese anciano? Nada. ¿Qué hacéis vosotros cuando él habla? Callar. ¿Qué cuando fulmina anatemas? Humillaros. Yo misma, que le detesto, yo he ido a pie peregrinando a Santiago sólo por verlo. Yo, que estoy maquinando contra él, cuando pienso que va a descubrirme, entrego tesoros y donaciones a su iglesia, para ver de ganarme su benevo-

lencia. ¡Extrañáis que permanezca algunos meses en Galicia! ¡Dejadme, dejadme que vuelva un solo instante las espaldas, que ya os dará cuenta don Diego Gelmírez de un reino tan dilatado!

—Pero don Diego Gelmírez es un conspirador y rebelde, y sólo por el primero de estos delitos vuestro padre Alfonso VI prendió al obispo Pelayo, predecesor de don Diego, y le desposeyó de su iglesia, arrebatándole el báculo y el anillo pastoral.

—¿Y el Papa? ¿El Papa, de quien estoy esperando el Breve que disuelva mi matrimonio? Y, sobre todo, ¿quién es capaz de tanta osadía?

—Es cierto; ¿quién es capaz de hacerlo? —repitió don Pedro, atusándose la melena.

—¡Oh! ¡Si hubiese un hombre que acometiese, que intentase nada más esta empresa! —exclamó la Reina, mirándole con aquellos ojos seductores, a cuyos encantos nadie se resistía.

El conde se inmutó.

—Y no hay necesidad de valerse de la fuerza—añadió la Princesa como hablando consigo misma.

—Todo lo contrario—repuso el de Lara, más animado cuando vió que ya no se trataba de meterse por la ciudad, espada en mano, hasta el palacio del obispo—; todo lo contrario, usando de alguna industria; procurando ganar a los que están a su lado...

—¡Eso, eso!

—¡Vaya! Pues si únicamente es eso, la aventura corre de mi cuenta.

—¡Si así lo hicieseis!...—exclamó la Reina, con un acento que acabó de trastornar al rendido amante, dejándole adivinar tesoros inagotables de ventura.

—Pues, ¿qué? ¿Lo dudáis?—repuso Lara, con ánimo resuelto.

—Creo en vuestro amor, don Pedro; creo también en vuestro valor, porque un caballero cobarde sería indigno de Urraca y de pisar el suelo castellano; pero...

—Señora, dejad que me parta ahora mismo.

—Pero ¿cuál es vuestro plan? Supongo que no iréis de buenas a primeras a echar mano del obispo en medio de su cabildo y de sus próceres.

—Confieso que sólo intentarlo sería una verdadera locura—contestó, ingenuamente, el afeminado galán—; pero en Santiago quedan algunos caballeros que no han olvidado los tiempos en que os llamabais condesa de Galicia.

—Ya, Sisebuto Ordóñez.

—Don Ataulfo de Moscoso.

—¡Moscoso!—murmuró la Reina, con acento singular.

—¡Todavía no podéis oír ese nombre sin conmoveros!—repuso Lara, mordiéndose el labio.

—¡Todavía sois tan indiscreto que me recordáis ese nombre!—contestó la Reina.

—¡Oh, no puedo menos!... Estos celos me consumen, porque tienen que estrellarse contra una sombra. ¡Si yo pudiera inflamaros el corazón como Bermudo!

—¡Si yo tuviera el corazón con que a Bermudo amaba!

Y los dos se quedaron pensativos. La Reina fué la primera en romper aquel incómodo silencio.

—¡Ea! Desechemos estas imaginaciones. Conde de Lara, primorosamente os han recamado las orlas de esa túnica. Obra será, sin duda, de Córdoba o Sevilla... El otro día os vi con turbante sarraceno... Vamos, que si los cristianos llegan a saber que os bañáis como los infieles, no faltarán murmuraciones (1). Hacéis bien; nada puede oponerse al dolor con más eficacia que los deleites. Lo fatal es que vivimos en un siglo en que no se comprenden... Hombres que se visten de hierro, de hierro deben tener el corazón. Su ocupación es la guerra; su distracción, la montería. ¡Ay! Así se obstinan ellos cuando aman en esa feroz constancia que desespera a las damas que llegan un minuto más tarde... ¡Así tienen ellos ese valor cruel de resistir!...

—¡Otra vez, señora, otra vez!...—exclamó con melancólico acento el conde don Pedro González de Lara—. ¡No, pues ahora no tenéis que echarme en cara indiscreción alguna!

—¡Pobre conde!—murmuró la Reina—. Aquello ya pasó... pasó para no volver jamás; de consiguiente, nada tenéis que temer, amigo mío. Venid aquí; dadme vuestra mano, y pensemos en nuestros proyectos. Creo que tenéis al obispo de Santiago una afición...

—Extremada; sus desinteresados consejos para sepultaros en un monasterio y separaros a un tiempo de vuestro amante y del trono de Castilla, hanme hecho criar tan buenas entrañas, que debéis dejarme partir muy descuidada.

(1) Al paso que algunos Monarcas y principales caballeros de aquel tiempo vestían públicamente trajes de musulmanes, estaban prohibidos los baños. Advertiremos también que la pintura del conde de Lara no es de imaginación. «Hombre por demás afeminado y cobarde», lo llamó Mariana.

—Descuidada sobre vuestras intenciones, enhorabuena; pero no sobre los medios...

—Os estaba hablando de Ataulfo...

—Proseguid.

—Ya sabéis que su mujer, Constanza de Monforte, acaba de morir, de lo cual no ha debido pesar al señor de Altamira, que se casó con ella nada más que por lograr sus muchos y pingües señoríos.

—Adelante.

—Ataulfo piensa volver a casarse, no por interés, sino por amor, con una dama a quien parece que tenéis tan extremada afición como yo al obispo de Compostela.

—¡La bastarda!...

—¡Elvira de Trava!

—La bastarda...—replicó la Reina, complaciéndose en designarla por este título ofensivo.

—La misma. Bien sabía yo que las señas eran cabales.

—¿Y qué pretendéis?

—Que si la Reina de Castilla se pudiese de parte de Ataulfo para obtener el consentimiento de Elvira, paréceme que no sería difícil que Ataulfo os entregase maniatado al obispo.

—¡Oh don Pedro! Quiero mal a Elvira, muy mal; pero no tanto que conspire para casarla con Ataulfo *el Terrible*. Y vos, que tan próximo deudo sois de esa bastarda..., no sé cómo me proponéis...

—¿Conque rehusáis?...

—Ese enlace es imposible; no se verificará..., o por lo menos no seré yo quien dé un solo paso para que se verifique. Si vais a Santiago y veis a don Ataulfo, no le habléis de semejante cosa; y si él os habla, no me comprometáis a nada.

—Miradlo bien, señora—se atrevió a decir el conde—. Don Ataulfo es el caballero más poderoso de Galicia, y no sería extraño que su fidelidad no pudiese resistir a semejante negativa.

—¡Siempre amenazas!

—¡Yo!... ¡Libreme Dios, señora!... Hablo del ricohombre de Altamira, cuya ruda condición debéis conocer.

—Pues bien: la conozco y la desaffio.

—¡Vos!

—¡Yo!—respondió la Reina de Castilla, aparentando una gran firmeza de ánimo—. ¿No es él, por ventura, mi vasallo? Pero... lo mejor será, conde de Lara, que nada le digáis—añadió luego, en tono más suave—; y si de ello os habla, que no me pongáis en el caso de oponerme francamente a sus deseos.

—¿Y puedo yo, que soy también vuestro

vasallo, aunque más sumiso que don Ataulfo, puedo yo saber el motivo de esa obstinación?

—Es un secreto.

—¿Que no podéis revelarme?

—Ni a vos ni a nadie.

—Bien, señora; me vengaré con revelaros otro secreto—dijo don Pedro, como si de repente hubiese tomado una extraordinaria resolución.

—¡Conde!—exclamó Doña Urraca, volviendo a su tono dominador—. ¡Y osáis decir que teniais un secreto conmigo!

—Es que su violación... acaso puede costarme la vida—repuso Lara, perdiendo el color y casi arrepentido de su ligereza.

—Me tratáis como mujer, y deseáis excitar mi curiosidad.

—Os trato como ciego enamorado; os vuelvo confianza por reserva, y deseo merecer una sonrisa vuestra a costa de mil vidas que tuviera.

—Sosegaos, Lara—dijo la Reina con dulzura—, y si tenéis recelo...

—De nada, señora, de nada, sino de perderos. Ataulfo y yo hemos formado una hermandad...

—¿Para favorecer a los peregrinos?—preguntó Doña Urraca, sonriéndose con ironía—. ¿Para cambiarles la moneda en la puerta del templo? ¿Para combatir a los árabes?

—Nada de eso, señora; nuestra hermandad es secreta; entran en ella nobles y villanos; cuenta con gran poder...

—¿Y tiene por objeto?

—Acabar con el obispo.

—¿Con el obispo de Santiago?

—Con el mismo, señora; con nuestro particular amigo don Diego Gelmírez—respondió Lara, recalando estas palabras como de costumbre.

—Habéis dicho que la hermandad es poderosa...

—El día que se quiera levantaremos toda la ciudad contra el prelado.

—¡Toda la ciudad!

—Y el cabildo por añadidura.

—¡Cómo! ¿También los canónigos conspiran contra el obispo?

—¡Toma!... ¡Ellos serán los primeros en recoger el fruto de la conspiración!... Tienen ya su obispo en ciernes, y en ciernes se consideran los canónigos, arcedianos, y los arcedianos, cardenales de Santiago.

—De manera que si todo el cabildo se empeña...

—No es el cabildo entero; pero los que de

él entran son los peores..., quiero decir, los mejores para nosotros.

—Necesito una lista de los principales conjurados.

—Os diré sus nombres de memoria.

—Por supuesto, vos y don Ataulfo.

—Por supuesto.

—¿Sisebuto Ordóñez, por ventura?

—También.

—¿Arias Díaz?

—También Arias Díaz.

—¿E. cardinal Vimara de Astráiz?

—¡Parece que todo lo sabéis! Admiro, sin embargo, vuestra perspicacia, pero no os supongo adivina; andáis buscando los nombres de los mayores enemigos del obispo. Pero, ¿qué diríais si os citase sus amigos más íntimos, a los que con él se sientan a la mesa, a los que todo se lo deben?

—Temblaría acordándome de que soy Reina, y que también he dispensado grandes beneficios.

—Afortunadamente, ni vos ni yo le debemos otra cosa que sermones y amenazas de excomunión.

Calló la Reina, como si no se atreviese a confirmar las palabras de su amante.

—¿Entre esos íntimos amigos, o comensales del obispo—dijo luego—, está, por ventura..., un tal..., un tal Ramiro Pérez, paje, y otro hidalgo, llamado don Arias?

—¿Los del mensaje? Ninguno.

—Extrañas cosas me contáis, amigo mío... Ya veo que vais comprendiendo la manera de que os adore—dijo Doña Urraca, mirándole como para acabar de fascinarle—. Id presto, id a Santiago; y, sea como fuere, débaos yo la prisión de don Diego.

—¿Y el premio será?...

—¿Quién sabe si mi mano?

—¿De veras?—exclamó Lara con un acento de verdadera pasión.

—¿Por qué no?

—No me engañéis, porque me volvería loco de pesar.

—¿No sois conde por la gracia de Dios?...

—Soy todo por vos, nada sin vos.

—¿No descienden los reyes de vuestra casa?

—¡Doña Urraca, no me habléis de esa manera, porque es terrible cosa que me hagáis dudar si soy el más infeliz o el más venturoso de los mortales!...

—¡Cómo!

—¡Como que ignoro si os burláis de mí o si me amáis de veras!

—Traedme preso al obispo, y lo veréis.

—Sí, vendrá; no lo dudéis; me siento con bríos para mayores empresas. Y con respecto

a la hermandad—respondió la Princesa, entre risueña y grave—, ya veis, don Pedro, que, una vez conocida por mí, o tengo que ahorcáros a todos por conspiradores, o tenéis que conspirar en favor mío.

—Lo último me parece más conveniente, y, perdonad que os lo diga, más hacedero para vos.

Iba a replicar la Reina, cuando en el fondo del corredor que daba entrada a la galería sintióse el eco de pasos fuertes y presurosos y el roce de las distintas hojas de una armadura. Salió el amante al encuentro del inoportuno que se acercaba, y sin que acabase de llegar, le dijo con mal humor desde la puerta:

—No se puede ver a la Reina.

—Perdido andaba buscándola; gracias por haberme indicado dónde está—contestó el recién llegado, entrando sin cumplimento y casi empujando a don Pedro González de Lara.

—¡Don Gutierre!—exclamó Doña Urraca, al verle—. ¿Qué nuevas me traéis? ¿Os habéis apoderado al fin de la carta?

—Señora—respondió el caballero, mirando de reojo al conde de Lara, que se había quedado confuso y como pegado a la pared—, tenéis servidores que no saben distinguir las visitas que agradan o molestan a sus amos.

—Conde de Lara—dijo la Reina, interrumpiendo al caballero—, cualesquiera que sean las noticias que del mensaje traiga don Gutierre Fernández de Castro, no deben alterar vuestra determinación.

Y lo despidió con una sonrisa tan benévola, que bien se traslucía en ella el deseo de dorar al favorito la píldora de aquel desaire.

—Perdonad, señora—prosiguió don Gutierre apenas desapareció el de Lara—; la arrogancia del conde, esos humos con que se presenta en la corte, os hacen mucho daño.

—Quizá no tanto como vuestra ruda franqueza y desabrimiento, conde.

—Señora, no todos pueden aguantar una altanería que va acompañada de tantos afeites y melindres.

—¿Qué queréis? ¿Que sólo piense en derramar sangre, en dar tajos y mandobles como vosotros? ¿Que como vosotros sea toco, desaseado, duro de entrañas, infatigable de brazos?...

—Señora, enhorabuena que no nos imite en la aspereza; pero que aprenda siquiera a mirar frente a frente al enemigo...

—Basta, Gutierre, basta; si el conde de Lara volvió una vez la espalda a las huestes del Rey de Aragón, otros venían huyendo

que lo arrebataron en su carrera. Y vos, que tanto blasonáis, ¿qué cuenta venís a darme de tres peregrinos que os encomendé no ha muchos días?

—Una cuenta muy sencilla: dos de ellos han muerto, y el tercero acaba de llegar conmigo para ser ahorcado.

—¡Don Gutierre! No os perdono la dilación de tan plausibles nuevas, ni menos la demora en presentarme la dichosa carta...

—¡La carta! Lo malo del cuento, señora, es que la carta es la única que se ha salvado.

—¿Cómo así? ¿Pues no la llevaban consigo?

—Señora, os diré ante todas cosas que yo no soy el autor de la postrera hazaña; porque habéis de saber que mis acometimientos sólo produjeron la muerte de uno de los peregrinos, no lejos de la ciudad de Orense; pero mis escuderos y el ricohombre de Altamira dieron caza a los dos restantes, precisamente al llegar a Santiago; esto sentado, os diré que cuando me enviasteis a perseguir a los farautes del obispo, no podéis presumir que me enviabais a pelear con Dios o con el diablo.

—No os entiendo, don Gutierre—contestó la Reina—; por Dios, explicaos con más claridad.

—No hay más, señora, sino que la carta se ha salvado por brujería o por milagro.

—¡Por milagro! ¿Apareció algún ángel para arrebatarla de vuestras manos?

—Apareció, según cuentan, un perro que se la llevó en la boca.

El conde refirió menudamente a la Princesa la aventura, y añadió después:

—No os acuitéis por eso; si se perdió el mensaje, precisamente tenemos cautivo al mensajero, que está de todo bien informado.

—¿Os ha dicho ya?...

—Ni una palabra.

—Pero ¿le habéis preguntado?

—No le he dejado sosegar un punto con ruegos y amenazas.

—¿Y qué habéis conseguido?

—Nada.

—Y entonces, ¿por qué medio os proponéis hacerle hablar?

—E' medio es muy sencillo: soy conde de los Notarios, administro justicia en vuestra corte y tengo a mi disposición el tormento. El palo es mozo, tierno y delicado como una dama; antes de colgarle, le hacemos acostar en el lecho de tablas, y a las dos o tres vueltas...

—¿A qué habéis venido aquí sin haberle puesto en el potro?—dijo la Reina, encogiéndose de hombros.

—¿Conque es decir, que vuestra alteza lo mandía?

—Mi alteza hubiera querido saber y no mandar.

Partióse el guerrero sin proferir más palabra, y, armado de todas armas, entró después el conde don Pedro de Lara, que venía a despedirse de la Reina.

CAPITULO V

En que el discreto lector no puede menos de sonreirse de la sonrisa de don Gutierre Fernández de Castro.

Apuesto por demás y gentil era el buen conde de Lara, sobre todo cuando tocaba sus hopalandas de seda o paño de Segovia por el arnés, que, ciñéndole el cuerpo, hacía resaltar la morbidez elegante de sus miembros. Comenzábanse a ver entonces completas armaduras de hojas de hierro que reemplazaban a la maila, y el arnés del amante aventajaba a todos por lo bien acabado, liviano y airoso, dejando ver al galán aun bajo la durísima corteza del guerrero.

Cuando la Reina se hallaba en algún lucido intervalo de ambición o de melancolía, tornaba un poco los suaves ojos empañados con el aliento del deleite, segura de hallar a sus pies aquel caballero siempre rendido, y con una sonrisa fugaz le indemnizaba de todos los desdenes, de todas las pasadas amarguras.

Es inconcebible cómo Doña Urraca, mujer de tan elevado espíritu, a pesar de sus faltas, dispensaba ni aun sus momentáneos favores al hombre que personalmente sólo se distinguía por su molice y gentileza; pero la Reina, con sus grandes pasiones varoniles, era muy mujer en el fondo de su alma, y esquivando el férreo yugo de un esposo tosco, violento y casi brutal, debía dar en un amante pusilánime, sumiso y afeminado. El amor y el odio viven de contrastes.

Había también otra razón que explicaba la preferencia. Doña Urraca podía admitir un amante, pero no buscarlo. En aquella especie de indiferencia y letargo en que estaba sumida, después de la muerte de Bermudo, no tuvo el valor y la energía de resistir o retroceder, y este valor y esta energía le faltaban, igualmente, para avanzar un solo paso.

Don Pedro de Lara, por otra parte, era la persona que más cerca se veía del trono, por su elevado nacimiento. Descendiente, como hemos dicho, de los condes soberanos de Cas-

tilla, con infulas también de independiente, pudiendo llevar a cualquier batalla, cuando su señor feudal lo reclamase, doscientas o trescientas lanzas más que ningún otro ricohombre de aquellos reinos, a nadie debía chocar su privanza con la Princesa, sobre todo si se tenía presente que en vida de don Gómez González Salvadores la privanza se repartía entre éste, el viejo Peranzules y Lara. Muerto aquél, desterrado el otro, ¿qué tenía de particular que el último hubiese recogido la herencia de entrambos?

Así, al menos, pensaba Doña Urraca, llegando a persuadirse de que el secreto de sus nuevos amores no pasaba de los cortesanos de Castilla y Aragón. Pero un suceso que vamos a referir le probó cuán engañada vivía en este punto.

No remataba nunca de despedirse don Pedro González; tan raras solían ser las ocasiones de ver risueño y despejado el cielo del amor, que no es extraño quisiese disfrutar de aquélla, prolongando todo lo posible los instantes de ventura.

Pero, además, tenía otro motivo de permanecer.

—Os he hablado poco ha—dijo a la Reina, de pechos ambos en el balcón de la galería—; os he hablado de un hijo muy más bello y menos ingrato que Alfonso; ¿no tenéis ansia por verlo, señora mía?

—¡Ay! ¡Así pudiera sin menoscabo de mi fama!—exclamó Doña Urraca, suspirando.

—Porque vuestra fama no se mancille, he dado a criar por tercera mano a cierta villana de estos contornos; mas yo no puedo pasar mucho tiempo sin verlo. Unas veces salgo a paseo y me hago el perdido en la aldea, y llamo a la puerta de una cabaña, cuyo techo de paja sirve de abrigo al niño hermoso que debiera morar en un palacio...

—¡Don Pedro!... ¡Sed más prudente, por Dios!—dijo la Reina, interrumpiéndole, pero sin querer, o sin poder mostrarse severa.

—Otras veces—prosiguió el de Lara, deleitándose en prolongar aquella conversación—, otras su nodriza viene a la ciudad con el niño, risueño y juguetón, en los brazos, y yo lo estoy viendo, devorando con los ojos sus mejillas sonrosadas, queriendo comerme a besos sus tiernas manecitas...

—¡Oh! Vais a comprometerme algún día con vuestros arrebatos...

—Yo le llamo mi *Hurtado*, porque a hurto vino al mundo, a hurto se cría..., a hurtadillas le veo...

—Sosegaos, por Dios, conde de Lara—repitió Doña Urraca, que en aquella ocasión estaba subyugada por la nobleza y legitimidad

del paternal cariño—; ¡sosegaos, por Dios! No sé qué os encuentro de extraño y sorprendente...; paréceme que os sucede algo de extraordinario... ¿Qué venéis, don Pedro, qué tenéis?

—¡Qué he de tener! Nada, señora; que no sois madre; que no tenéis entrañas de tal...

—Y si no las tuviera—repuso la Reina, volviendo a su tono habitual—, ¿os sufriría tan paciente y resignada todas estas locuras que comprometen mi fama, defendida hasta ahora con el escudo de la majestad?

—Si las tuvieseis, señora—replicó el de Lara fuera de sí—, veríais a vuestro hijo...

—¡Verlo yo! Callad; hartos sufro en privarme, no sólo de sus caricias, sino de su presencia...

—De su presencia os veis privada, porque, en vez de tender los ojos por la ribera de allá, no los recogéis hacia la de acá..., más cerca, señora..., al pie de la muralla..., debajo de estos balcones...

—¡Ah!—exclamó la madre, con un grito de gozo mal reprimido—. ¿Es ése? ¿Es ése que está aprendiendo a tenerse en pie y a dar algunos pasos en la arena?

—¡Ese, ése es vuestro hijo! Mirad, mirad cuán le tiende solícita los brazos su madre, y cuán levanta el niño los suyos, como el pajarillo las alas cuando están apenas cubiertas de plumas.

—¡Su madre!—repitió, tristemente, Doña Urraca, y se quedó embelesada mirando a la criatura, sin poder derramar una sola lágrima.

De cuando en cuando decía a don Pedro de Lara:

—Idos, idos de aquí...; no sabéis dominaros como yo... ¡Si os viese cualquiera mirarle de ese modo!... Y, por fortuna, nada ha trascendido al pueblo de nuestros amores...

El conde no la escuchaba; embebecido en contemplar las gracias de aquel hermoso niño, famoso después con el nombre de Fernando Hurtado, no quitaba de él los apasionados ojos; y la Reina misma, que conocía la imprudencia de semejante embelesamiento, dejábase arrastrar sin quererlo por el amor maternal, adormecido en su corazón por el exceso de su pasión primera, o quizá por la ingratitud de su hijo Alfonso.

El niño, sin separarse apenas de la nodriza, que huía poco a poco delante de él, guardando siempre la misma distancia, daba sus pasitos por la blanda alfombra de menuda hierba matizada de margaritas, cayéndose a veces y levantándose luego, apoyado en el brazo de su madre de leche, y volviendo a dar pasos y a caerse, con hartos gozo y

entretenimiento de las tres únicas personas que, al parecer, estaban presenciando aquella escena.

Había, sin embargo, otro espectador que no tenía paciencia para fijar la vista por tanto tiempo en un solo objeto. Y no era que el grupo inferior del cuadro dejase de llamar su atención; por el contrario, le miraba con ojos de inteligente; pero, a fuer de tal, quería observarlo todo, y tan pronto levantaba sus miradas hasta la galería, como volvía a bajarlas al suelo, queriendo abarcar todo el conjunto y buscar, como verdadero artista, la relación de una y otra parte de aquella pintura, llegando a sonreírse con aire de triunfo cuando le pareció haber comprendido toda la gracia, todo el misterio y filosofía del lienzo.

El aficionado podía hacer sus observaciones, comparaciones, cálculos y adivinanzas con entera libertad, puesto que, como llevamos dicho, las tres personas que, a la sazón, contemplaban a Fernando sólo tenían ojos para verle; pero así como no era hombre de fijarse mucho tiempo en un solo punto, de la misma manera faltábale la paciencia para observar las figuras en unas mismas actitudes, y con objeto, sin duda, de hacerles tomar otras más académicas, salió de entre los álamos, zarzas y matorrales de la ribera, en cuya espesura estaba medio escondido, y, dirigiéndose apresuradamente hacia el niño, principió a gruñir mejor que pudiera hacerlo un jabalí de las montañas, para asustar, sin duda, al pobre infante.

Si no era más que éste su objeto, bien pudiera haberlo conseguido, dejando el gruñir a un lado, con sólo presentarse tal como Dios le había hecho.

Era un hombre de complexión recia, enjuto, pero ancho de espaldas, macilento, los ojos hundidos bajo enormes cejas negras, largo y bronco el cabello y entrecano, larga también la barba, que le arrancaba con fuerza debajo de los juanetes; de manera que, a excepción de éstos y de la nariz aguileña, corva y descarnada, apenas se descubría ninguna otra parte de su semblante. En una de sus manos, secas y huesosas, empuñaba un bastón de acebo, gordo y nudoso, del cual pendía un cascabel de hierro colgado de una cuerda.

Llevaba sayo de buriel, ceñido por dos o tres vueltas de sogas de cáñamo y cerdas, y cubriase la cabeza con la capucha pegada al sayo. Una capa vieja y remendada, también de lana burda y del color natural, le daba la apariencia de monje. Sus pies estaban envueltos en abarcas de piel de ca-

ballo, sujetas a la pierna por tiras estrechas de la misma piel, que se cruzaban infinitas veces hasta la pantorrilla.

Considere el lector por este retrato si nuestro observador de grupos y figuras tenía con la suya lo suficiente para poner en temor, no sólo a criaturas de pecho, sino también a personas de más edad y de ánimo esforzado, sin necesidad de acudir al berrido de que hicimos puntual y fidelísima mención. El tierno Hurtado se cayó esta vez patas arriba, llorando y desgañitándose; la nodriza lanzó también un grito, y los de la galería no fueron los postreros en prorrumper en una exclamación menos fuerte, pero más sentida.

El ama de cría, después de coger el niño, principió a regañar al villano, descortés y desapiadado, que así se complacía en amedrentar a la pobre criatura; pero el barbitaheño, sin responder palabra a sus improperios, blandía el palo para hacer sonar el cascabel, alargando la mano en ademán de pedir limosna.

No aguardó mucho tiempo a recibirla. Viendo que la villana no le entendía, o no quería entenderle, se alejó cabizbajo y encorvado de cuerpo, pero con paso presuroso. Sus oídos, mucho más delicados que los de la nodriza, debieron percibir la exclamación de la Reina, y allá debajo de su rucio bigote malignamente se sonreía; y al alejarse de allí, sin dirigir al balcón una mirada, para no excitar sospechas, todavía continuaba sonriéndose.

Lloraba el tierno infante, y el ama, por acallararlo, le dió el pecho, y arrullándolo después, mientras tomaba el sol, le cantaba mil diversas canciones, entre las cuales resonaron, en medio del silencio de aquella soledad, las siguientes coplas, en el ya para entonces formado dialecto gallego:

1.ª

Amores tem á Reíña,
d'amores está enmeigada,
non direi quem sea ó melgo;
pero... *Lara, lararara...*
¡Lara, lara!

2.ª

Danlle sonos falagueiros
os xoglares cando vanta;
mais de cote non escoita,
sinon... *Lara, lararara...*
¡Lara, lara!

‘Amores tiene la Reina, hechizada está de amores; no diré yo quién sea el hechicero; pero, *Lara, lara*, etc.)

Músiras halagüeñas le cantan los juglares mientras está comiendo; pero ella no suele escuchar otra que... *Lara, lara, etc* (1).

—¡Conde de Lara!—exclamó la Reina, levantando la cabeza, abrumada con el peso de la vergüenza.

Pero el conde, huyendo, sin duda, de la terrible mirada de Urraca, había desaparecido.

También ella abandonó aquel sitio fatal, y anduvo vagando por los claustros y corredores del alcázar, queriendo huir de sí misma.

Pública era su deshonra; su fama andaba en lenguas del más bajo vulgo; y a su hijo, al hijo de sus entrañas, le arrullaban cantándole el baldón de la madre.

Pero ¿qué tenía de madre, qué tenía de mujer, sino sus propias flaquezas, aquella desdichada? Muerto yacía su corazón, sepultado en el bello y soberbio monumento de una naturaleza perfecta, de un admirable conjunto de corporales perfecciones. Los azares de la guerra, los sobresaltos de la intriga, el empuje violento de la ambición y el estampido de las grandes catástrofes políticas solían galvanizar por algunos instantes aquel cadáver; pero los tiernos y dulces sentimientos pasaban por encima con sus blandos murmullos, como las auras de primavera sobre el árbol derribado por los huracanes del invierno.

Tal era su insensibilidad y ceguera, que ella sola dejaba de ver lo que los demás observaban; ella sola marchaba con la frente erguida, mientras sus cortesanos tenían que inclinarla con rubor.

Sumida en negras cavilaciones, sin saber siquiera dónde se hallaba, dió consigo en un corredor oscuro, al fondo del cual veíase una puerta medio entornada, cuyos bordes estaban fuertemente iluminados con luz artificial.

Acercóse maquinalmente, y un gemido lastimero vino a distraerla de sus sombrías imaginaciones. Detúvose en el umbral, y escuchó una voz conocida que de adentro salía:

—Basta, sáycnes; el reo qu'ere hablar.

Siguióse luego un momento de sepulcral silencio.

—Notario, extended las declaraciones del acusado—repitió la misma persona.

—Confieso yo, Ramiro de...—añadió una voz gangosa.

—Adelante, adelante, que tenemos prisa—repuso, con aspereza, el juez, Gutierre Fer-

nández de Castro—. ¿No estáis dispuesto a declarar?

—Lo mismo que antes—respondió el paje del obispo.

—No puede ser, porque antes habéis manifestado que nada podíais decir del mensaje.

—Y lo repito ahora.

—Entonces, ¿por qué habéis movido los labios?

—Para quejarme.

—Más tendréis que quejaros todavía, si persistís en esa obstinación.

—¡Oh! ¡Matadme, matadme de una vez!—exclamó Ramiro, con un acento que partía el corazón.

—Moriréis; ése es el término adonde el crimen forzosamente conduce, si es que su alteza no se apada de vos, y os conmuta la pena de muerte por la de sacaros los ojos...—
—¡Oh! ¡No! ¡Prefero morir!

—Pero antes, si no declaráis se irá apretando el tormento hasta la vuelta postrera.

—¡Sea todo por Dios!...—repuso el paje.

—¡Ayones, otra vuelta—gritó el juez, ahuecando la voz

Estraño efecto produjo en el ánimo de la Reina, no la voz campanuda y bronca de don Gutierre, ni la gangosa del notario, sino el sentido y lastimero acento del pobre Ramiro, que, a la verdad, era capaz de conmover a durísimas peñas, cuanto más a pechos femeniles.

Al percibirla por vez primera, Urraca alzó la frente, como la perdiz cuando siente el reclamo; y, aplicando unas veces la vista y otras el oído al claro de la puerta, demostraba en ver y en escuchar un interés, de que no se la hubiera creído capaz en su deplorable estado.

—Aguardad, aguardad—exclamó la Princesa, cuando el inexorable juez dió la orden de proseguir el tormento.

—¿Qué es eso? ¿Vais por fin a declarar?—preguntó don Gutierre, que, en su afán por servir a la Reina, llevándola noticias del mensaje, todas las voces se le antojaban preludios de revelaciones.

—¡La Reina!—gritó un soldado que con una maza al hombro defendía la puerta del tribunal.

Todos se levantaron, incluso el juez, al oír este nombre; todos menos el paje, que, mantenido tendido en el horrible lecho de tablas y con los pies metidos en el potro sólo pudo alzar un poco la cabeza, no por curiosidad, ciertamente, de ver a Doña Urraca, sino para leer en el rostro de ella su absolución o su sentencia de muerte.

(1) «Andaban sus nombres (el de don Pedro de Lara y el de la Reina) puestos afrentosamente en cantares y coplas.» Mariana, libro X, cap. VIII.

—¡Misericordia!—exclamó con aquel tono del habla que tan eficazmente abogaba en el ánimo de la Reina—. ¡Misericordia! ¡Piedad de un infeliz a quien se castiga por no ser traidor!...

Urraca dirigió entonces una mirada de águila sobre aquel mancebo medio desnudo, bello como Adonis, cuyos torneados muslos y brazos y levantado pecho resaltaban, aunque morenos, en el oscuro fondo de la madera, denegrida y lustrosa ya con la sangre y el roce de tantas otras víctimas. El rostro, sobre todo, pálido y desencajado por el dolor, ofreciase a la vista, engarzado en aquella negra, reluciente y ya desgredada cabellera, como la cabeza de un santo penitente de Ribera o Zurbarán. El pecho de la Reina estremeciósse bajo las blancas tocas, como una campana herida del primer toque de rebato.

—¡Acercaos, don Gutierre, acercaos!...—dijo, con un acento en que se percibía quizá el zumbido de la campana.

Llegó el juez con graves pasos, arrastrando la orla de su túnica escarlata.

—Don Gutierre—prosiguió Doña Urraca—, no atormentéis más al reo; es inútil.

—Se hará como lo manda vuestra alteza.

—Me he desengañado—repitió la Princesa—; todo sería inútil.

—¿Con que mandaremos ahorcarle sin aguardar a que confiese?

—Haced justicia—murmuró Doña Urraca; y, sin decir más palabra, apartósse del umbral, dirigiéndose por el corredor adelante.

Acompañóla el juez un rato para hacerla medida.

El desdichado Ramiro lo vio desaparecer, y como hubiese oído las últimas palabras, dejó caer, desesperado, la cabeza, que tenía medio levantada, y exhaló un profundo gemido, exclamando casi al mismo tiempo:

—¡Madre mía!

No sabemos si aquel gemido pudo llegar a oídos de la Reina; lo cierto es que ella se detuvo de repente, en medio del tránsito, y quiso volver atrás para llamar al juez, quedando agradablemente sorprendida al verle más cerca de lo que se imaginaba.

—Don Gutierre—le dijo—, supongo que habéis observado puntualmente lo que disponen las leyes acerca del tormento.

—Puntualmente.

—Ya sabéis que hay penas muy severas contra los jueces que estropean algún miembro del reo.

—El juez, señora, puede apretar el tormento hasta hacer expirar al acusado, con

tal de no inutilizarle en parte alguna de su cuerpo.

—¿Conque ese mozo?...

—Está sano y bueno, señora.

La Reina prosiguió, silenciosa, su camino.

—Podéis retiraros—dijo luego a don Gutierre.

Y cuando éste, después de despedirse, volvió las espaldas, Doña Urraca le llamó otra vez. Notábase en ella una especie de inquietud, un desasosiego, una contradicción de sentimientos y de ideas de que quizá no podía darse cuenta a sí misma.

—¿Don Gutierre?

—¡Señora!

—He pensado una cosa.

—¿Qué manda vuestra alteza?

—Es preciso conocer a todo trance qué mensaje llevaba ese mozo.

—Tal es mi parecer; lo considero de la mayor importancia para la seguridad del Estado y tranquilidad de vuestra alteza.

—¡Oh! ¡Alguna cosa grave están maquinando contra mí mi hijo Alfonso y el obispo de Santiago!

—De averiguarlo o no pende quizá que vuestra alteza siga empuñando el cetro de Castilla.

—¿Lo creéis así, don Gutierre?

—Creo firmemente que el trono, y acaso la vida de vuestra alteza, corren grave riesgo si nos dejamos sorprender...

—¡Nada, pues! A toda costa debemos arrancar la verdad de los labios de ese mancebo, que se llama...

—Ramiro.

—¿Ramiro de quién?

—Ramiro Pérez... de no sé cuántos; hijo de un hidalguillo de Santiago, y paje del obispo.

—Pues bien: es preciso tomar una resolución—dijo la Reina, cabizbaja y retorciendo con los dedos su dalmática.

—A la verdad, señora—contestó el juez—, que sería una lástima dejarlo así; con un par de vueltas seguro estoy que de plano cantaría. Si no tenéis corazón para oír gemidos y presenciar suplicios, dejadme a mí, que ya estoy curado de duelos; antes de un cuarto de hora hemos concluido, y prometo llevar a vuestra alteza puntual noticia de todo.

—Don Gutierre, os he dicho que el tormento es inútil—repuso Doña Urraca, como queriendo convencer al juez.

—¡Inútil!—repitió don Gutierre, con sinceridad—. Una larga experiencia me ha convencido de lo contrario. El tormento es útil para hacer hablar a los que callan, para ha-

cer hablar claro a los que hablan algo y para hacer hablar de prisa a los que poco a poco lo van diciendo todo.

—Sin embargo..., yo... apenas he reparado en ese mozo; pero hay en su voz un no sé qué de... y en su fisonomía cierta cosa de... noble y resuelto, que me ha hecho comprender la inutilidad de apelar a la fuerza. Es preciso valerse de algún ardid..., de cierta maña...

—Harta me he dado yo, y puedo asegurar a vuestra alteza que si hay alguna cosa real y verdaderamente inútil es la persuasión, la maña...

—Sin embargo—repuso la Princesa, con obstinación—, no todos son capaces de doblegarse y de irse insinuando poco a poco en el ánimo de los demás; vos, por ejemplo, don Gutierre, tan bueno so's en el tribunal como en el campo de batalla: juez recto y justiciero, adalid valiente y bizarro; pero no servís para el caso, por duro y casi intratable de condición.

—Pues yo no sé de nadie que sea más suave que yo—repuso el juez, encogiéndose de hombros—; ¡como no vayáis a fiar el encargo al conde de Lara!...

—¡Pobre hombre!—murmuró la Reina—. Don Gutierre, está visto, no puedo fiarme de nadie... Yo lo haré por mí misma.

—Conque, es decir...

—Es decir, que mandéis el paje a mi cámara.

Y don Gutierre se alejó meneando la cabeza y sonriéndose, no sabemos si de incredulidad o de malicia.

CAPITULO VI

De cómo el paje del obispo a cada paso daba nuevos motivos para ser colgado, de tal manera, que el conde de los Notarios llegó a creerlo infaliblemente predestinado para la horca.

Poco tiempo después, la Reina estaba en su aposento, aguardando la llegada de Ramiro. Al entrar despidió a sus dueñas, que habían salido a su encuentro, y no se contentó con despedirlas, sino que también les mandó que se alejasen, quedando sola, absolutamente sola. Sentóse en un sitial, en uno de cuyos brazos apoyó el suyo, y descansando la mejilla en la siniestra mano, la cabeza inclinada al suelo, el pecho palpitante y la mirada distraída, permaneció al-

gún rato en aquella postura, que indicaba profunda meditación.

Las escenas del mendigo, de los cantares y del tormento suministraban larga materia a su espíritu para graves reflexiones; y sin saber por qué, después de haber oído la voz y los lamentos del paje, comprendía la posibilidad de algún misterio en la aparición de aquel mudo barbarruco, a quien solía ver mendigando, y que hasta la sazón apenas le había chocado, y cada vez, sobre todo, le parecía más vergonzosa y horrible su propia situación.

No tardó mucho rato en llegar el paje del obispo, acompañado de Gutierre Fernández de Castro, el cual debió creer, sin duda, que su presencia era necesaria, al menos para comenzar el nuevo interrogatorio. Las facciones de Ramiro, descompuestas por el dolor, habían recobrado casi enteramente su hermosa regularidad, quedando en ellas tan sólo un sello de melancolía que las hacía más interesantes; en sus miradas se notaba el orgullo que los tormentos inspiran al que ha tenido la fortaleza de ánimo de sufrírselos, y de hacer comprender su inutilidad a los verdugos. Vestía siempre túnica y esclavina sin el bordón y sombrero de peregrino, y se acercaba con pasos tardos y vacilantes, que podían indicar debilidad en las piernas producida por el poto, o temor y respeto causado por la majestad.

Al sentir la Reina ruido de pasos fuera del aposento, sacudió ligeramente la cabeza, como si quisiese lanzar de sí algún pensamiento que la traía desasosegada.

Don Gutierre, al llegar al medio de la estancia, hizo detener al paje, que venía apoyado en su brazo, y como Doña Urraca hubiese fijado en él los ojos sin decir una palabra, hizo Castro una reverencia pidiendo permiso para hablar, y tácitamente obtenido, dijo, interrumpiendo el silencio:

—Aquí tiene vuestra alteza al reo cogido en flagrante delito de rebelión contra su Reina y natural señora. No debe olvidar que si habéis mandado suspender la cuestión del tormento, podéis ordenar también que de nuevo comience, o que, sin más formalidades, convicto como está de su crimen, sufra la última pena.

—Habéis de crímenes, don Gutierre; pero mi conciencia no me remuerde en esta ocasión de una falta siquiera.

—¿Lo veis, señora, cuán obstinado y endurecido está, después de las bondades que vuestra alteza le ha dispensado?...

—Esas las agradezco yo en el alma—contestó Ramiro, con sinceridad—; y si vues-

tra alteza me permite, me postraré a sus pies para mostrar mi profunda gratitud; pero en libertarme del tormento no he recibido favor, sino justicia; justicia, señora, que no será completa mientras no se me deje en libertad para volver al lado de mi madre.

—Blasfemando está, señora; bien lo veis, todo es inútil; y con permiso de vuestra alteza, voy a mandar al sayón que disponga las cuerdas y elija el árbol o la almena de donde ha de ser colgado este mancebo.

—Señora, ¿cuál es mi delito?—preguntó el paje, procurando conmovier a la Reina con su acento.

—¡Tu delito! ¿Por tu delito preguntas, desdichado, que andas llevando y trayendo mensajes de los enemigos de su alteza...?

—Señora, ¿qué necesidad tengo yo de saber si son enemigos vuestros el obispo de Santiago y el Príncipe Don Alfonso, vuestro hijo? Sólo sé que el primero es mi señor natural y mi segundo padre, y que por ambos títulos ciegameamente debo obedecerle.

Persuadido el paje de que su salvación pendía tan sólo de la Reina, y que nada podía esperar del inflexible juez, dirigióse a ella, aun cuando contestase a las razones de éste; mas como viese a Doña Urraca inmóvil y silenciosa, fijos en él los ojos y la mano siempre en la mejilla, comenzó a creer que el movimiento de piedad a que debía la suspensión del tormento había sido un efecto pasajero, o tal vez un plan calculado con frialdad, para hacer más sensibles los últimos castigos y prolongar su martirio y agonía.

—Señora—prosiguió Ramiro, apoyándose en el respaldo de un sitial, por no descansar en el brazo de su verdugo—; señora, haced presto justicia conmigo, según la entendéis vos, o como yo la entiendo.

—¿No puedes tenerte en pie?—preguntóle por fin Doña Urraca, con blando y compasivo acento, dando, al parecer, más importancia a su incomodidad que a sus penas.

—¡Ah! Sí, señora, y pido perdón a vuestra alteza por mi falta de respeto—respondió el peregrino, apartándose del sitial.

Y viendo que la Reina volvía a su inmovilidad y silencio, continuó:

—Me avergüenzo de mi debilidad, pero hasta la sazón no he sufrido dolor ninguno; he vivido feliz, sin duelos ni pesares; ahora es cuando empiezo a padecer.

—Acércate—le dijo Doña Urraca.

El joven peregrino dió algunos pasos adelante.

—Siéntate—tornó a decirle la Princesa.

—¡Jamás, señora, jamás delante de vuestra alteza...!

—Siéntate; yo te lo mando.

El paje obedeció, ocupando el sillón más apartado, tomando el aire respetuoso, compatible con su dolor y con aquella postura; y Doña Urraca, llamando con un imperceptible ademán a don Gutierre, le dijo en voz baja cuando le tuvo cerca de sí:

—¡Don Gutierre, es casi un niño!...

—Pues que, ¿creía vuestra alteza que se trataba de algún Holofernes? ¡Cuando digo a vuestra alteza que con media vuelta más de aquel torno sacaverdades todo estaba concluido!...

—¡Es tan niño!...—repitió Doña Urraca, volviendo a mirarle con particular atención.

—¡Pero un niño muy perjudicial, se me figura!—dijo el conde los Notarios, procurando que la Reina comprendiese el doble sentido de aquellas palabras.

—Tentaciones me dan de entregaros otra vez el reo—repuso Doña Urraca sin darse por entendida—; pero es un muchacho tan...

—¡Tan perjudicial, señora, que es preciso acabar con él de una vez!—repitió el de Castro, con una severidad, que se aumentaba conforme crecía el interés con que la Reina observaba a Ramiro.

—¡Acabar con él!—exclamó ésta, inmuntándose.

—Es la única manera de salvar la corona de vuestra alteza, que ese niño tiene en sus manos, y que puede romper como un juguete.

—Está bien, don Gutierre; vos tenéis vuestros medios de sacar verdades, y yo los míos; por de pronto, se ha probado ya la ineficacia de vuestros recursos; veremos si prueban tan mal los que yo ponga en juego. Don Gutierre, habéis interesado mi amor propio; voy a sostener una lucha contra vos y no he menester en ella de ningún auxilio; podéis retiraros.

Alteróse un poco Fernández de Castro al oír las últimas palabras de aquella mujer dominante, más dispuesta a sufrir contradicción en sus grandes intereses que en sus menores caprichos. Su primer movimiento fué el de inclinar la cabeza para despedirse con el respeto del juez y del vasallo; de repente mudó de opinión, y, acercándose más a la Reina, le dijo, con el tono firme y resuelto, ante el cual ella solía retroceder:

—Préciome, señora, de ser vuestro más fiel servidor; si vaciláis, mi brazo es el primero que halláis para apoyaros; si os veis amenazada, mi brazo es el primero en de-

fenderos; y cuando voy a la guerra no torno, como alguno de vuestros próceres, a daros el primero la noticia de la derrota; mayordomo mayor he sido por el Rey Don Alfonso de Aragón, vuestro esposo, y despreciando sus honores y dignidades, en la separación de vuestro matrimonio, con vos me vine y todos mis vasallos os traje. Pues bien: con estos títulos de leal me atrevo a repetiros que en el juego que habéis empezado vais a perder seguramente la corona.

—Gracias por el advertimiento, don Gutierre—contestó la Reina, con más valor y entereza que se esperaba el conde—; pero os advierto que más en peligro que mi corona puede estar la cabeza de alguno de mis vasallos.

—La cabeza de ese vasallo caería con honra; pero la corona de vuestra alteza...

—¿Qué queréis decir?—exclamó la Reina, pálida y aterrada por aquellas palabras, formidables tal vez, porque eran el eco de su conciencia.

—Señora—dijo el inflexible Gutierre Fernández de Castro—, ya no se trata de cuestión de tormento, ni de cartas, ni de mensaje; trátase... vos lo sabéis mejor que yo; Lara es mi enemigo, le detesto, le desprecio; pero después de Lara, señora, después de Lara... ¡nadie!

—Pues bien; llevaos al paje—contestó Doña Urraca, anonadada delante del conde—; pero no, dejádmelo siquiera algunos instantes... está comprometida mi dignidad... no queráis humillarme más; dejar pasar algún rato siquiera para... para cubrir las apariencias, para probar si la persuasión... En fin, don Gutierre, dejadme hablar con él, y luego haréis lo que os acomode.

—Haré lo que convenga al mejor servicio de vuestra alteza; y os pido perdón por el lenguaje duro que me he visto en la precisión de usar.

La Reina, sin replicarle, dejóle partirse, como quien se va aliviando de un peso enorme; y, cruzándose de brazos, permaneció mucho tiempo silenciosa y abatida. En medio del tropel de imágenes y de sentimientos que cruzaban en su fantasía y por su corazón, dominábale la vergüenza; vergüenza por sus pasados extravíos, por su presente debilidad; vergüenza como mujer y como Reina.

El paje, entretanto, la contemplaba con respeto y admiraba su hermosura, que todavía era grande, a pesar de los estragos de la edad. Aunque a sus oídos no habían llegado clara y distintamente las palabras del temible don Gutierre, conocía, sin em-

bargo, su trascendencia por los repentinos cambios de la fisonomía de la Reina, y aquella circunstancia le infundía más temor que la severidad del juez y la crueldad de los suplicios.

Por fin, Doña Urraca, haciendo un esfuerzo sobre sí misma para dominar su turbación, después de instarle por que se acercara, le dijo, afectando el tono indiferente de un interrogatorio judicial:

—¿Cómo te llamas?

—Ramiro Pérez.

—Tienes madre, ¿no es verdad?

—Creo tenerla; pero al llegar a mi pueblo he sentido doblar las campanas de la parroquia en que ella vive, y como es anciana y achacosa, y desde ahora comienzo a ser desgraciado...

—¿Y padre?

—Lo he perdido poco después de nacer, pero Dios me ha dado una persona que ha hecho sus veces.

—¿Quién?

—El obispo de Santiago.

—¿Le sirves con mucho celo?

—Todo es poco, señora, si he de pagarle los grandes favores que le debo.

—¡Oh! ¡Le sirves demasiado bien!...

—Demasiado, nunca, aunque por él diese toda mi sangre.

—¿Has oído al obispo nombrar a la Reina muchas veces?

—En todas sus oraciones.

—¿Y no te hablaba de ella? ¿No murmuraba de ella?

—El obispo de nadie murmura.

—Pues yo le he dado motivo, sin embargo, para que pueda quejarse de mí.

—Puede haber quejas que no sean murmuraciones.

—Y tú, ¿qué juicio has formado acerca de la Reina de Castilla?

Los papeles se habían trocado insensiblemente; de la silla del juez pasó Doña Urraca al banquillo del acusado. El paje no se atrevía, sin embargo, a entrar en el uso de sus nuevas funciones, y bajando los ojos guardaba silencio.

—No tengas miedo, Ramiro—tornó a decir la Reina—; dime con toda franqueza el juicio que hayas formado de mí.

—¡Señora!...—dijo el paje, turbado.

—No tengas miedo, prosigue.

—No os parecéis al retrato que vuestros enemigos hacen de vos.

La Reina se ruborizó como una doncella de quince años. Después de un rato le preguntó de repente:

—¿Conoces a la familia de los Moscoso?

—Conozco a don Ataulfo *el Terrible*—dijo el paje, frunciendo las cejas con desagrado—. Le conozco por el mayor enemigo del obispo, mi señor, y sin saber por qué, o más bien por ésta y otras causas, le aborrezco de muerte.

—¿Y no has oído hablar de su hermano mayor, que pereció muchos años ha?

—Cuando se habla de la bárbara crueldad de don Ataulfo, se suele recordar la cortesía, el valor y la bondad de don Bermudo de Moscoso.

—Tienes tú cierta semejanza con él, Ramiro.

—¡Yo! No quisiera parecerme a ninguno de esa familia.

—Tu voz, tu voz principalmente me recuerda...

—¡Aprensiones!—dijo Ramiro, encogiéndose de hombros.

—¿Qué sé yo? Me parece que antes de ahora ha sonado en mis oídos, y más adentro de mis oídos. Habla, no tengas miedo del tormento; aquí estoy yo para defenderte, Ramiro. ¡Y aunque todos mis ricos-hombres se empeñen, y aunque me amenacen con la pérdida de mi corona!... Habla, habla como si estuvieras delante de tu madre.

Y Doña Urraca le miraba con sus grandes y rasgados ojos azules, humedecidos de placer y de ternura, y en sus labios entreabiertos y en vivo carmín teñidos, pugnaba por asomarse melancólica sonrisa.

—¿Y quién puede amenazaros en vuestra corte? ¿No sois la Reina? ¿No mandáis sobre todos?—preguntó, candorosamente, el peregrino.

—¡Ah! ¡Cómo se conoce que no has vivido en el palacio de los reyes! Yo mando en algunos centenares de vasallos poderosos, los cuales mandan en casi todos mis pueblos; la mayor parte de los grandes vasallos me han abandonado, unos para seguir al Rey *Batallador*, y otros para buscar al Príncipe, mi hijo. ¿Y qué me queda? Un puñado que permanece fiel a su Reina. Y conociendo, como conocen, que sin ellos no soy nada, no valgo nada; por precio de sus servicios exigen mi libertad y mis favores. ¿Qué quieres que haga yo, Ramiro? Llevar el peso de la corona y abandonaries el cetro y las riendas del Estado.

—Ya veo que ser rey no es tan bueno como yo me figuraba.

—¡Oh! ¡Yo trocará mi suerte por la tuya! Tú eres libre en tus afectos, tú puedes favorecer a quien quieras; mientras que yo, para salvarte del tormento, para librarte

de la muerte, tengo que malquistarme con esos grandes, que pueden derribar mi trono sólo con apartarse de mi lado.

—¿Y qué os importa salvarme a mí? Desde que caí en vuestras manos, consentí en morir; antes, señora, antes de emprender el viaje, sabía yo que iba a exponer mi vida. Moriré, pues; conservad la paz y la amistad de vuestros grandes vasallos y dejad que perezca un hombre oscuro, que hasta ahora no ha podido hacer, por nadie ningún otro sacrificio.

—¿Y ése lo harás por mí?—exclamó la Reina, conmovida.

—Lo haré por mi deber.

—Pero yo nunca puedo consentir, no ya en que te ahorquen, como pretende el conde de los Notarios; no ya en que te martiricen en el tormento, sino en que pongan en ti sus manos, en que toquen el pelo de la ropa... ¿Lo sabes?

—¡Gracias, señora, gracias!—exclamó el paje, cayendo de rodillas delante de la Reina, que le alargó la mano para que se la besara.

Y tornando después al sitio, permaneció Ramiro como extático, sin saber lo que le estaba sucediendo. La Reina prosiguió:

—Ramiro, has visto que yo no quiero amedrentarte con amenazas, ni seducirte con ruegos o promesas para que manifieses el secreto de tu mensaje; pero sólo con el fin de favorecerte, en nombre de tu madre, en nombre de lo que más ames, te suplico que me reveles algo para que yo pueda responder a don Gutierre y obtener tu libertad.

—Si no tenéis otros medios de salvarme, moriré, y me llevaré el consuelo de que os hayáis apiadado de mí.

—¡Ramiro! ¡Dime tan sólo lo que, sin faltar a tu conciencia, puedas manifestar!

—Eso de nada os sirve; lo sabéis vos, lo sabe don Gutierre, todo el mundo lo sabe. Lo que vos ignoráis es un secreto que no me pertenece, y que, por consiguiente, debo guardar.

Y, lejos de irritarse Doña Urraca de semejante respuesta, parece que la escuchó con agrado, quedándose embelesada y contemplándole con ojos cada vez más asombrados.

—Es cosa singular—decía para sí—; no sólo tiene su habla, sino también su valor, su dignidad y su firmeza. ¡Dios mío, Dios mío! ¿Si estaré soñando?

Y Doña Urraca cerraba los ojos como si temiese que los objetos exteriores, la misma luz, pudiesen distraerla de los recuerdos

misteriosos que evocaba, figurándose tal vez que, oyendo hablar y no viendo a Ramiro, estaba delante de Bermudo.

—Hanme dicho que eres noble—tornó a preguntarle.

—Hijo soy de un hidalgo, que en las guerras de vuestro augusto padre acudió siempre con su caballo y su lanza.

—¿Y tú no eres caballero?

—¡Ah, señora! Mi única ambición es serlo.

—Lo serás; yo misma he de darte el espaldarazo; yo he de ceñirte el acero. Conserva tu lealtad y tus secretos; que el obispo de Santiago quiere proclamar Rey a mi hijo, ¿quién lo ignora? ¿Quién duda que intenta desposeerme de lo que legítimamente me pertenece? A mí no me importa; yo quiero armarte caballero, y que permanezcas en mi corte para que puedas volver al lado del obispo y decir a mis enemigos quién es la Reina Doña Urraca de Castilla.

—Pero, señora—advirtió tímidamente el peregrino—, si de vos recibo la espada, no puedo desnudarla contra vos; así lo disponen las leyes de caballería.

—¡Cómo! ¿Y serías capaz?—exclamó la Reina, resentida en su orgullo—. ¡Oh! ¡Ramiro—añadió después, con bien diferente tono—, sólo he conocido un corazón tan entero como el tuyo!

—No puedo mentir—dijo el paje, disculpándose—; no puedo siquiera disfrazar la verdad. Vasallo soy del obispo, el cual es mi padre más que mi señor, y si me dice: «Ramiro, ven a defenderme», ¿no he de esgrimir la espada en su defensa? ¿No he de morir por él?

—Tienes razón; él es primero; ¡yo siempre llego tarde!

Y al decir Doña Urraca estas tristísimas palabras, brotaron súbitamente las lágrimas de sus ojos y corrieron largo tiempo en abundancia. Al fin enjugóse el llanto, que no había querido reprimir ni ocultar, y con voz alterada prosiguió:

—¡Ramiro! ¡Cuántos años hace que no había llorado!

Sintieronse pasos fuera del aposento, y conociendo que llegaba el conde de los Notarios, añadió la Reina apresuradamente:

—Vas a ir a una prisión; te entrego en manos de don Gutierre, pero no temas; yo no te abandono; sobre todo no juzgues a la Reina Doña Urraca por lo que de ella te digan, sino por lo que en ella veas.

Bien podemos asegurar que el paje no estaba en situación de juzgar ni de una manera ni de otra; eran para él tan nuevas

todas aquellas cosas y tan extraño efecto producían sus palabras, que no sabía qué pensar, y estaba como aturdido y casi resuelto a no despegar sus labios en adelante.

Entró el conde de los Notarios, y la Reina se adelantó a decirle que tornase después de poner al peregrino en una torre incomunicado. Hizolo así don Gutierre; salió él mismo acompañando al paje, y poco después volvió a la cámara de la Reina, que estaba con señales de haber llorado.

—Según infero—dijo el conde—, vuestra alteza ha sido tan poco afortunada como yo.

—Efectivamente, soy bastante desgraciada.

—¿Conque nada ha querido decir acerca de la carta?

—Ni le he preguntado—contestó, secamente, la Reina.

—Pues ¿qué ha pasado? Vuestra alteza está triste, y...

—Y llorosa, decidlo sin temor. Es un acontecimiento harto raro ver llorar a Doña Urraca, para que yo extrañe vuestra sorpresa; ¡pero otros harto más singulares nos aguardan! ¡Otras mudanzas más notables y ruidosas habéis de ver en Castilla! Al partiros de aquí dejando conigo al paje del obispo, pronunciasteis gravísimas palabras, conde, de que vais a darme estrecha cuenta.

Don Gutierre de Castro se sorprendió más de estas últimas razones, y del tono con que eran pronunciadas, que del llanto de aquella mujer.

—Señora—murmuró—, yo, como vasallo de vuestra alteza, como ministro encargado de la justicia, como hombre que ha derramado su sangre...

—Lo sé, conde, lo sé; no penséis que voy a condenaros, ni menos que habéis incurrido en mi real indignación.

—Tengo el genio demasiado pronto; dicen que soy de condición dura y desabrida; pero amo demasiado a vuestra alteza para disfrazarle por más tiempo la verdad, toda la verdad.

—Os he llamado precisamente para eso: la verdad quiero yo saber. Antes empezasteis a decirlo, y vuestra primera palabra me causó una herida en el corazón. No es extraño; la verdad es un instrumento peligroso, que no puede menos de herir al que no está acostumbrado a manejarlo; pero no temáis: de una hora acá he recibido un bálsamo con el que puedo desafiar esas y más profundas llagas. Lo que antes evitaba, lo busco ahora.

—¿Y qué quiere saber vuestra alteza?

—Quiero saberlo todo; y quiero saberlo de

boca de un hombre franco y duro, que lo refería lisa y llanamente, sin ambages y rodeos.

—Pero vuestra alteza lo adivina, en el mero hecho de preguntarlo.

—Conde de los Notarios—dijo la Reina—, debajo de las ventanas del alcázar se han cantado coplas afrentosas contra mí; y vos, que administráis justicia, no lo habéis castigado...

—Señora, la verdad; toda la verdad es que si fuese a castigar a cuantos las cantan tendrían que ahorcar a la mitad de vuestros vasallos.

—¡Oh Dios mío! ¡Qué vergüenza y qué desgracia!

—¡Qué desgracia! Tenéis razón; porque los campos rebeldes se engruesan cada día con vasallos que huyen de vos por razones que conocéis perfectamente.

—¿Y cómo, cómo ha sido que antes de ahora no habéis usado conmigo de este lenguaje?

—Perdonad, señora; este lenguaje no es nuevo en los oídos de vuestra alteza; antes de mí lo usó el noble y honrado conde don Pedro Asírez, y fué privado de todos sus honores, y vive desterrado de Castilla; antes de mí lo usó don Diego Gelmírez, obispo de Santiago, y para sostenerse en su dignidad tiene que vivir como un rebelde; antes de ahora lo usé yo, y sólo debo al íntimo convencimiento en que está vuestra alteza de la lealtad con que le sirvo, y de la falta que le hago, el no tornar a la corte del Rey o del Príncipe, desterrado por vos, privado por vos de mis señoríos. La verdad ha estado sonando siempre en los oídos de vuestra alteza; pero vuestra alteza no la escuchaba, o no la comprendía; al lado de estos clamores se levantaban los arrullos lisongeros de algunos necios que aspiran a la corona, que tratan de llamarse condes por la gracia de Dios; en una palabra, señora: que tratan de medrar con la deshonor del trono. Maravíllome yo, no de que hayáis menospreciado mis consejos, porque son duros, porque son francos y leales; maravíllome, sí, de que los oigáis ahora, de que me escuchéis con esa paciencia, con esa compunción, con esas lágrimas.

—¡Don Gutierre, don Gutierre! ¡Soy más desgraciada que culpable!

—¿Quién lo duda?

—¡Ah! ¡No lo sabéis bien!...

—Sí, señora; vuestra alteza ha sido modelo de virtudes en los primeros años de su juventud...

—¡Mientras él vivía!—murmuró la Reina.

—Vuestra alteza ha sido espejo de casadas en su primer matrimonio.

—Mientras él vivía en mi memoria—torció a decir la Reina con suspiros.

—Pero vuestra alteza...

—Sí, lo olvidé, lo olvidé; y desde entonces, ¿sé yo, por ventura, lo que ha pasado? Acabo de salir de un sueño, comienzo a despertarme, y me aterra sólo el pensar en lo que he soñado. Ese Ramiro, ese joven es el ángel que Dios me envía para...

—¡Callad, señora, callad! ¿Qué es lo que decís? ¡Yo, que os creía arrepentida; yo, que os creía nuevamente transformada!...

—Pues ¿a qué causa atribuis esta súbita mudanza? ¿No habéis notado que antes tenía ojos, y no veía; oídos, y no escuchaba; y que ahora oigo, veo, siento, lloro?...

—¡Y amo, debéis decir, señora! ¡Amáis; y vuestra alteza, que amó a don Gómez González Salvadores; vuestra alteza, que amó a don Pedro de Lara!... ¡No! ¡Vuestra alteza no puede amar a nadie, so pena de perder la corona!

—¿Y eso quién lo sabe? ¿Eso quién lo dice?—preguntó Doña Urraca, levantando su cuello de cisne con el orgullo de la majestad.

—Eso, señora, lo dicen vuestros vasallos, lo digo yo.

—Pues a vos y a mis vasallos trataré de probar cuán engañados vivís. Yo amé a Bermudo de Moscoso, y fui buena, fui virtuosa; yo no amé a don Gómez, ni a don Pedro de Lara; yo no sé si puedo amar a Ramiro; pero mientras viva a su lado, os juro, don Gutierre, que no he de olvidar a Bermudo...

—¡Oh! ¡Por Dios, señora! ¡Mirad lo que hacéis! ¡El vulgo, que no comprende esas sutilezas, que no os juzga por lo íntimo de vuestro corazón; el vulgo, que ve a don Gómez sustituido por Lara, no puede ver a Lara reemplazado por otro; aunque en él adoréis la imagen de la misma pureza, no puede verlo sin despreciaros; y yo, señora, yo os juro también que, antes que llegue a ser nadie la causa de vuestro menosprecio, sabré hacerlo un objeto de terror y de escarmiento!

—¡Don Gutierre!—dijo la Reina, lanzando un grito de horror.

—¡Sí, señora!—repuso el inflexible conde de los Notarios—. El conde de Lara, a pesar de todo su poder y soberbia, está haciendo méritos, señora, para que los buenos vasallos de vuestra alteza le privemos ignominiosamente de sus estados y acaso de la vida; ¿y hemos de ser menos severos con un babiloniente pajecillo?

—¡Don Gutierre, yo le defenderé!...

—Señora, vuestra defensa lo matará más presto.

—Pero ¿no debo a él—añadió la Reina en tono deprecativo—, no le soy deudora de mi arrepentimiento, de mis lágrimas, de la mudanza de mi corazón? ¿Es a él a quien amo, por ventura?

—¿Y qué importa que no le améis, o que le améis con un amor angelical, si en vos nadie ha de creerlo ya; si vuestros cortesanos he han de sonreír cuando le vean; si el vulgo se ha de escandalizar cuando conozca el interés que os inspira; si la rebelión ha de estallar cuando lo vislumbre?...

—¡No, conde don Gutierre, no! Yo sabré borrar lo pasado, y entonces al cortesano que se sonría le haré temblar con una sola mirada; al vasallo que murmure, le arrancaré la lengua; al que se escandalice, le sacaré los ojos, y al que se rebele, le cortaré la cabeza. Dejádme tranquilizar mi conciencia, y entonces tendré valor para todo.

—Mientras vuestra alteza tranquiliza su corazón, me retiraré, señora—contestó, friamente, el conde de los Notarios.

La Reina no pensó en detenerle, y él se fué murmurando entre dientes:

—Desdichado es, por cierto, el pajecillo. Por dos lados tiene ya sentencia de muerte... ¡Cuando los hombres nacen predestinados para brillar en alto!...

CAPITULO VII

De cómo los sentenciados a muerte pueden dormir, comer y charlar como si tal cosa.

En el anterior capítulo hemos dicho que el bueno del paje se quedó aturrido sin saber lo que le pasaba, ni si era aquello que había visto, y oído sobre todo, sueño, encanto o delirio de su fantasía; y si añadimos ahora que en la soledad y abandono de la prisión, dando rienda suelta a sus imaginaciones y discursos, cuanto más reflexionaba menos lo entendía, habremos expresado también la purísima verdad; porque cosas le habían acaecido capaces de volver el juicio al que más sentido lo tuviera.

Empezaba él la larga cuenta de sus desdichas y confusiones, por el latigazo del cual, si no se acuerda el lector, no es fácil que se olvidara Ramiro, a quien le dolía y escaldaba, menos en el rostro que en el corazón. ¿Era, en efecto, don Ataulfo *el Terrible*, aquel caballero tan largo de brazo como corto de lengua, que así le había tra-

tado como si fuese..., peor todavía que si fuese un perro de caza? Ya se guardarían bien los señores de aquel tiempo, en que la muerte de un halcón era castigada como un homicidio; en que cazar en vedado equivalía a robar en iglesia; ya se guardarían ellos de dar tan tremendo golpe al más meneguado perro de su jauría.

Pero sea de esto lo que fuere, que no tratamos ahora de investigar y discernir las relaciones de un caballero de la Edad Media con sus perros de caza, lo cierto es que los escozores y confusiones del paje principiaban con el latigazo.

No se detenían ahí, sin embargo. Pasaba rápidamente por la escena del prendimiento, perance que no debía coger de sorpresa a quien más de una vez y con igual desig-nio habían acometido gentes de propio intento apostadas por la Reina Doña Urraca. Aquí era donde la nave de sus pensamientos corría a velas desplegadas en un pié-lago sin fondo y sin orilla; el rigor de unas veces no se componía bien con la suavidad y mansedumbre de otras; las lágrimas y los sollozos no se avenían con las prisiones, y hasta la fama, que, si bien murmuraba liviandades, pregonaba con más alta voz la desmedida ambición y tiranía de la Princesa, desmentíase en aquella ocasión por la indiferencia con que le habló del mensaje.

Mucho pudo haber cavilado el joven peregrino hasta encontrar la clave que descifrase el enigma; la soledad y el silencio le convidaban, y los pocos objetos que adornaban aquella estancia por cierto no le distraerían, pero uno de ellos era cierto mueble compuesto de cuatro pies y otras tantas tablas, de un jergón y algunas pieles; y el paje, dando de mano a sus conjeturas, cavilaciones, pesquisas y desatinos, se tendió en el susodicho mueble, quedándose a los dos minutos como un tronco.

Ya se ve, Ramiro no era un héroe de novela, sino un hombre de carne y hueso como nosotros, y más que hombre todavía para el caso, pues era chico; traía sobre su ánima diez o doce jornadas a pie, amén de la anterior de Santiago a Lugo, que, si bien fué a caballo, como hecha más que al trote, contra su gusto, y durante la noche y buena parte del día, la hubiera dado él de buena gana por todas las otras. Agréguese a esto que, para término de su viaje, le habían hecho descansar, aunque no tan largo rato como don Gutierre quería, en el fementido leche del tormento, y pensadas bien todas estas razones, dígasenos si no las tenía el paje para dormirse.

Durmíose, en efecto, largo rato; tan largo, que de un tirón se llevó hasta el amanecer del siguiente día, en que el sol esplendido, penetrando por las rejillas de la torre y tñiendo con sus dulces y alegres rayos el techo mal ensamblado del aposento, dábale un aire de fiesta y de regocijo, que disminuía por mitad los horrores de la cárcel. Tal vez porque no hay ninguna intolerable con tal que de ella se vislumbre ese astro magnífico, viva imagen del padre universal de lo criado, los tiranos han construído los calabozos debajo de la tierra.

No era ésta la más dulce sorpresa que le esperaba; incorporóse en el lecho, que, por cierto, le parecía más duro que cuando le cogió; rezó sus oraciones como buen cristiano; pero en el primer *Pater noster*, que lo sabía en latín, aunque no entendía el idioma, abrióse la boca con un bostezo, sintió como una rayada de dolor, y pensó, sin dejar por eso de rezar en latín, que tenía hambre.

Precisamente, al llegar al *panem nostrum quotidianum*, tendió los ojos por la habitación, y ya no fué dueño de sí para seguir en sus rezos; ofreciósele delante una mesa llena de fiambres y bizarramente aderezada. El Señor no sólo le daba pan, sino anguilas y truchas del Miño para aquel día y el siguiente, por grande que fuera su apetito; pollas asadas, vaca cocida y una cabeza de jabalí, manjar que nunca faltaba en las buenas mesas de aquel tiempo. Por supuesto, que quien se acordó de satisfacer el hambre no se olvidó de proveer a la sed; pero, en honor de la verdad, es menester decir que la bebida no correspondía a la grandeza de las viandas: estaba reducida a un líquido cristalino, en el cual probablemente vivirían bien holgadas el día anterior las truchas y las anguilas.

El paje del obispo empezó a comer, casi sin haber acabado la bendición de la mesa, y el misterioso anfitrión que le regalaba no podía quejarse, por impertinente y descontentadizo que fuera, del poco aprecio que del regalo hacía el joven huésped.

Es cosa averiguada que mientras se come, por grande que sea el apetito, se puede pensar en otra cosa que no sea en los manjares, y extenderse la vista por un radio más dilatado que el de la mesa; y si esto no fuera tan notorio, el paje nos lo probaría, que, con la boca llena, observaba en la habitación, ora un cómodo sitio en que antes no había reparado, ora una mesa que le parecía venida por arte de encantamiento, ora unos vestidos de finísimo paño con

su birrete de vellorí, que estaban allí como llovidos del cielo; ora un leúd que en la mesa yacía, convidando al esparcimiento del ánimo con sus dulcísimos sonos.

Maravillado asaz el buen Ramiro de aquella súbita transformación, empezó a sospechar si todo aquello sería obra de hechiceros, y miraba las viandas con cierta prevención, pareciéndole que siendo cosa por majas artes venidas no debía tocarlas, ni menos darles acogida en su estómago. La observación podía ser exacta, pero era un poco tardía. Ramiro había despachado de una sentada cuanto necesitaba para tener todos los enemigos en el cuerpo y ser calificado de pesado.

Dicen los fisiólogos que después de comer queda el espíritu como embotado y el entendimiento sumido en una especie de letargo, que le roba toda su perspicacia; no les disputamos semejante aserción; tal vez convengamos con dichos señores en que los grandes rasgos de ingenio, las sublimes inspiraciones poéticas y las sutiles distinciones teológicas y metafísicas no han nacido de estómagos ahitos; pero también es preciso que los susodichos fisiólogos nos concedan que de estómagos convexos, apergamínados y transparentes no pueden salir apreciaciones exactas de los hechos. El hambre tiene un lente, con el cual se ven todas las cosas teñidas de un color amarillento, y el cristal verdaderamente claro no debe tener color ninguno.

Aunque parezca que no, viene esto a cuento de que el paje, después de haber almorzado, ya veía las cosas con otra serenidad y discurría más acertadamente sobre lo que le estaba pasando. Cayó luego en la cuenta de que la Reina estaba enamorada de él, y que si en aquella torre le habían cerrado, si tan privado de trato y de comunicación le tenía, no era por causarle daño y darle castigo, sino porque no cometiese indiscreción alguna haciendo a nadie confianza de sus amores.

No iba el paje muy descaminado; pero con todo no dió en el hito.

Momentos hubo de estar a punto de sonreírse con la satisfacción de la vanidad, tan propia en un mozo de diecinueve años; pero la incipiente sonrisa tornóse en expresión de terror cuando recordó el mal gesto y la cara de vinagre que le puso Gutierre Fernández de Castro al salir del cuarto de la Reina y al conducirlo a la torre. Bueno es atraerse las miradas y ganarse el corazón de una Princesa; pero si esta distinción proporcionaba al favorecido la alta honra de morir

ahorcado por orden del conde de los Notarios, ya perdonaría él de la mejor voluntad el bollo por el escorrón.

Esta idea maldita hizo que el peregrino se rascase la mollera más de cuatro veces precisamente donde no le picaba; hizole también sudar el agua que había bebido, y removerse, y dar a todos los diablos las truchas y anguilas, el jamón y el almuerzo en masa, y los vestidos nuevos con el laúd por añadidura, y hasta la Reina misma, si hemos de ser fieles cronistas.

—Señor, ¡cuánto mejor me iba—decía el paje—con los amores de Elvira de Trava, si es que amores aquéllos pueden llamarse..., porque yo juro y perjuro que la tengo más respeto que cariño y más inclinación natural que pasión extremada! ¡Qué dulzura aquélla, qué sosiego y qué libertad en el ánimo!...

Ramiro, sin embargo, para oponer una imagen a otra, una afición a otra afición, sin andarse en los escrúpulos, reparos y miramientos que expuso a su desdichado compañero de viaje, en ocasión del latigazo, se dió por enamorado de doña Elvira, y desde aquel punto la escogió y quiso tenerla por señora de sus pensamientos.

De aquí pasó, naturalmente, a compararla entre sí; y como las comparaciones personales siempre son odiosas, en las gracias exteriores, en la hermosura corporal no salió muy airosa la bastarda de Trava; todo lo más que pudo hacer en su favor fué usar de la fórmula escolástica *transeat*; pero, con respecto a lo enaltecido de la fama, lo intachable de la virtud, no hay que decir quién se llevaría la palma.

Una y otras señoras le habían mostrado particular afecto; pero la de Trava no sólo se contuvo dentro de los límites del recato, sino de puro honesto y comedido, antojábasele al mozo un poco frío y desapasionado.

Sin embargo, ¡con qué eficacia ella le oía la relación cien veces repetida de los apuros del viaje! ¡Con qué embeleso le miraba cuando, decidido a arrostrar nuevos peligros, se comprometió a llevar la carta del Príncipe! ¡Con qué ternura le oía hablar de su anciana madre, y cuán bien hallados estaban el uno junto al otro sin decirse una palabra, sin mirarse siquiera, gozando de una dulce satisfacción en sentir cada cual los suspiros del otro!

Ni el más pequeño favor, ni la demostración más leve de sus íntimos sentimientos, podían notarse entre ellos, y sus corazones, sin embargo, latían acordes y mutuamente, y por un efecto puramente simpático com-

prendía aquella dulcísima armonía y la comprendían ellos solos y no aspiraban a más, como dos palmeras que viven juntas y que, sin aproximarse jamás, tienen la existencia tan enlazada por un hilo misterioso que no puede romperse sin herir a entrambas a un mismo tiempo.

En ella no había visto esos extremos de amor, esas inconcebibles contradicciones de Doña Urraca; pero mientras ésta procuraba halagar su ambición y fascinarle con miradas seductoras o con lágrimas enternecerle, aquélla sólo le daba indicios de cariño por consejos, con que le fortalecía para proseguir animoso en la senda de la virtud y del honor.

Cuando más prendado estaba de su plan y más resuelto a desdeñar a la Reina, sintió detrás crujir sedas y arrastrar vestidos y el sobrealiento de una persona que acaba de subir muchas y muy pendientes escaleras.

Sin volver los ojos, conoció Ramiro cuyo fuese. Frunció las cejas displicente y determinó no darse por entendido.

Venció, sin embargo, la curiosidad; tornó el semblante ceñudo, y vió a la Reina, que por una puerta falsa acababa de entrar en cabellos, sin tocas y sin manto, con una simple túnica blanca de manga larga y recogida en pliegues a la cintura por un ceñidor de hilos de oro. La expresión de su rostro era distinta de otras veces; había en él cierta idealidad que antes parecía deleite, y, en medio de una grande pasión, cierto convencimiento de su propia dignidad.

El mancebo desarrugó el ceño. ¡Jamás había visto una mujer tan hermosa! Levantóse con respeto, y bajó luego los ojos avergonzado.

Doña Urraca se sonrió en lo íntimo de su pecho.

—Buenos días—le dijo, afable—, señor prisionero. No he menester preguntaros cómo habéis pasado la noche, puesto que no habéis sentido la transformación verificada aquí mientras profundamente dormíais; y con respecto del apetito, el destrozado que observo en la mesa me lo está indicando. ¿Y los pies?

—Ni me acordaba ya del tormento, señora—respondió tímidamente el peregrino.

—Siéntate, sin embargo, Ramiro; sentémonos.

También el paje se hallaba en uno de sus bonisimos días. El sueño de diez horas, el substancioso y abundante almuerzo y aquellos placenteros rayos del sol que penetraban por las rejías, habíanle restaurado las fuerzas y restituído al semblante su habitual

expresión y lozanía. Era Ramiro, como llevamos dicho, algo moreno, de buen color, redondo de cara, barbilampifio, de ojos negros, rasgados y expresivos; la nariz aguilena, la boca un poco grande, pero de labios delgados y de suavísimo carmín teñidos, que dejaban ver, cuando hablaba o se sonreía, dos hileras de dientes menudos y de blanquísimo esmalte; mediano de estatura, aunque no completamente desarrollada; gallardo de continente, pero encogido en sus ademanes por falta de mundo; vivo de cuerpo, pronto de condición, si bien contenido por la reflexión y la piedad; y más sencillo y cándido que socarrón y malicioso.

No hay que decir si Doña Urraca dejaría de pasar en cuenta la mejoría del mancebo.

—Ramiro—le dijo después de un breve rato—, tienes ahí vestidos nuevos; el hábito de peregrino más bien lo llevabas por disfraz, y, de consiguiente, el apóstol Santiago no se debe enfadar ni resentir de que te lo quites; antes bien, debe alegrarse de que cese tan inútil superchería.

—Estoy decidido a no recibir de vos más que lo necesario para vivir—respondió el paje bajando los ojos, y principiando a llevar a cabo su proyecto.

—¿Por qué?

—Porque no soy libre, y el cautivo se envilece admitiendo favores de su dueño.

—Ayer me parecías más dispuesto...

—De ayer acá he reflexionado mucho.

—Y has acabado por...

—He acabado por... por desear huir de aquí—repuso el paje con viveza—; si no es para Santiago, al seno de mi madre y al amparo del obispo, mi señor, saldré para el suplicio a manos de don Gutierre y al seno de Dios.

—¿Conque tanta aversión me tienes?—murmuró la Reina con dolor.

El paje tornó a bajar los ojos, y no quiso responder una palabra.

Quizá no podría responder de otra manera que con su silencio.

—¿Qué has oído de mí?—prosiguió la Princesa, cada vez más conmovida—. ¿Qué te han dicho, Ramiro, de la Reina de Castilla? ¡Oh! Dímelo sin rodeos; eres sincero y leal; háblame con lealtad y franqueza; descúbreme tu corazón, y el primero serás tú a quien descubra yo luego el insondable abismo del mío.

El paje temblaba de pies a cabeza.

—¡Señora!—murmuró—. Sólo sé que me

parecéis la mujer más hermosa que yo he visto; pero...

—¡Ah!—exclamó Doña Urraca, con una voz que penetraba como saeta, y cuajados súbitamente de lágrimas los ojos—. Otros me han visto muy más hermosa que tú me ves, y, sin embargo, me desdijeron. ¿Qué me importa—prosiguió—, qué me importa parecerte hermosa, si no te parezco buena?

—¡También, también! Digan lo que quieran de vos, sólo a la bondad de vuestro corazón debo la vida, la suspensión del tormento y la justicia que me habéis hecho, cuando con una sola mirada llegasteis a comprender que era inútil todo género de esfuerzos para arrancarme el secreto del mensaje; y si después de tantos favores os debiese la libertad, no tendría yo lengua capaz de encarecer vuestras bondades.

—¡Tu libertad! ¿Depende acaso de mí?

—Sí, señora. ¿Cómo es posible que por la puerta secreta por donde habéis llegado hasta aquí, por donde sin duda habéis introducido todo este aparato, del cual se me figura que nada tengo que agradecer a don Gutierre, cómo es posible que yo no pueda salir?

—¡Tan pronto!—exclamó la Reina, mirándole con ternura.

—A vos, puede pareceros pronto, porque entráis y salís de aquí cuando os da la gana; pero a mí, que estoy entre cuatro paredes, que tengo en el corazón el doble de las campanas de San Fis, el latigazo de Ataulfo, la muerte de mis compañeros de viaje y la suerte de la carta confiada a mi pobre perro *Luzbel*...

—¡Esa carta, esa carta!... ¡Si supieras cuánto interés tengo en conocer su contenido!

—Ese interés nadie puede comprenderlo mejor que yo.

—¡Y, sin embargo, callas!—gritó la Reina, casi con desesperación—. ¡Cuán terrible efecto produce en mí esa constancia, esa tenacidad! ¡No es ya tu voz solamente, ni tus modales los que tanto me recuerdan al hombre a quien yo adoraba; no son ya ciertos rasgos de tu fisonomía, que cada vez se me van revelando; es tu condición, Ramiro, es tu alma, que parece un destello de la suya!

—¿Y si él os hubiese rogado que le dejaseis en libertad?

—Libre, libre sería, aunque por esta acción hubiese comprometido mi trono y mi existencia; libre, como tú lo serás, Ramiro; yo te lo prometo.

—¡Oh señora—exclamó Ramiro—. cuán

buena sois! ¡Cuán agradecido os está mi corazón! ¡Cuán resuelto a salir a vuestra defensa! El os amaría, ¿no es verdad? ¿Don Bermudo no podría menos de idolatraros?

—¡Mentira, mentira!—respondió Urraca con exaltación—. ¡Amáronme todos aquellos a quienes yo miraba con indiferencia; hanme aborrecido todos aquellos a quienes he amado!

—¡Quién sabe!—contestó el paje, encendido de rubor.

Y pareciéndole que había dicho alguna herejía, añadió:

—Dejadme, por Dios; dejadme escapar de aquí.

—¿Sabes tú lo que es amor, Ramiro?

—Sí, señora—contestó el peregrino, que acababa de volver a sus enérgicas resoluciones—; sí, señora: lo sé, porque lo siento.

—¿Un cariño puro, constante, creciente, para quien nada importa la dicha o la desventura propias?

—Sí, señora.

—¿Para quien es todo, todo absolutamente, la ventura de la persona amada, para la cual ningún sacrificio parece grande, ninguna recompensa digna, ni felicidad completa?

—Sí, sí, señora; lo sé; porque estoy locamente enamorado—repuso el paje, haciendo un esfuerzo sobre sí mismo.

—¿Enamorado? ¿Y enamorado así, con esta pasión tan noble, tan grande?...—exclamó Doña Urraca, perdiendo el color—. ¿Y qué me importa?—prosiguió—. Pero ¡esto es admirable! ¡Esto es providencial! ¡Tu semejanza con él cada vez es más extraña y sorprendente! ¡Mejor, mejor! Con eso el recuerdo que has despertado en mi corazón será cada vez más vivo, el retrato más cabal, y como con la memoria de aquel amor inmaculado ha recibido mi alma un soplo de vida que la va purificando, cuanto más parecido seas a la imagen que representas, me levantará más presto y con más vigor y lozonia.

El peregrino la miraba ya con cierto respeto, fascinado por aquella exaltación y supersticiosamente aturdido por aquel misterio, en que, sin sospecharlo siquiera, tan principal papel él representaba.

—¡También él!—proseguía la Reina, arrebatada por el torrente de los recuerdos y de los sentimientos que brotaban de su pecho—. ¡También él estaba enamorado! ¡También él por otra me desdeñaba! ¡También él tuvo la franqueza de confesármelo! Pero aquí él estaba enamorado de una mujer que no le merecía; aquí me des-

deñó... a mí, Infanta de Castilla; a mí, heredera de un trono; a mí, que le ofrecía mi mano; a mí me desdeñó por una bastarda.

—¡Por una bastarda!—exclamó el paje, pálido y estremecido.

—Sí—prosiguió la Reina—, por una bastarda.

—¡Oh! ¿Sabéis por ventura que también el objeto de mi amor?...

—¿Será posible?...

—Sí; también el objeto de mi amor es una bastarda.

—¿Qué dices?—exclamó la Reina, levantándose desasosegada—. ¡Tú vienes de Mérida, de ver a mi hijo!...

—¡Y allí reside una mujer, que aunque bastarda de nacimiento, vive en el seno de la familia de su padre, respetada de todos por su virtud, por su modestia, por su hermosura.

—¡Sí, allí está el conde de Trava!

—¡Y el conde de Trava tiene una hermana!...

—¡Elvira! ¡Elvira!—exclamó la Reina, con el rostro desencajado—. ¡No, no puede ser! Tú te engañas..., tú sabes mi secreto..., tú quieres llevar tan adelante su semejanza con Bermudo de Moscoso, que raya en lo imposible!...

—Pues qué, ¿ese don Bermudo de Moscoso?...

—¡Ese don Bermudo me desdeñó por Elvira de Trava!

—¡Señora! ¡Señora! ¡Humillémonos delante de Dios, porque yo os juro, por el alma de mi padre, que la mujer que ha conmovido mi pecho, la que ha despertado en él sentimientos que no conocía, afecciones de que no me sospechaba, la que me ha inspirado ese amor, es doña Elvira, doña Elvira de Trava!

Y el paje se prosternó delante de Dios, y la Reina cayó aplomada en el sillón que le había servido de asiento.

CAPITULO VIII

De cómo sin hablar, también se entiende la gente.

Un caballero de elevada estatura y grave continente, moreno, pálido, de facciones duras y de severa mirada paseábase sosegado por un solo frente del ámbito que en el piso principal rodeaba el patio del alcázar. De cuando en cuando fijaba sus ojos, casi amarillentos, en una puertecilla que apenas se

distinguía entre otras mucho mayores y más adornadas que daban a las habitaciones interiores. Taciturno y caviloso, bien se conocía que estaba aguardando que alguien saliese por la disimulada puerta; porque al dejarla atrás, sus pasos eran más vivos, y a veces volvía la cabeza, como si temiese que se le habían de escapar sin ser notadas la persona o personas que por allá podían salir.

La puerta se abrió, por fin, y apareció en el umbral Doña Urraca, que por una escalera secreta descendía de la prisión de Ramiro, y apresuradamente, y no sin algún sobresalto, se dirigía a las habitaciones contiguas, que eran las suyas. No pudo hacerlo, sin embargo, tan rápidamente que al entrar en ellas no la sorprendiese la terrible mirada del conde de los Notarios, que no era otro el caballero del corredor.

Por más que Gutierre esperase sorprender a la Reina de Castilla en el postigo de la torre, hubo de coger de sorpresa verla en aquel estado, sin tocas en la cabeza, sin manto en los hombros, la frente abatida, alterado el rostro, perdido el color y toda ella como sobrecogida de un pánico, como herida de un rayo. Al ver la Reina a don Gutierre, que se detuvo cruzado de brazos, inmóvil como la estatua de Minos o Radamanto, acabó de trastornarse, y no teniendo valor para seguir mirándole, ni para dirigirle la voz, cerró de pronto y con violencia la puerta de su cámara, y el juez, continuando su paseo, se encaminó al postigo, examinó si estaba bien cerrado, y, satisfecho de que por allí no podía escaparse el preso, apartóse, y dijo luego para sí: «Será preciso condenar esa puerta y poner entretanto un centinela. Pero ¿a quién, a quién traigo aquí que no sea testigo de lo que nadie, ni la tierra misma, debiera saber? ¡No! ¡Fuera puertas, fuera centinelas, fuera cárceles! La muerte, la muerte me ahorra de todo.»

Y apretando maquinalmente la rica empuñadura de un puñal que llevaba al lado derecho, con la otra mano sacó una de las diferentes llaves que tenía en su escarcela; púsola en la cerradura del postigo, y al ir a dar vuelta sintió una voz alterada que le gritó:

—¡Don Gutierre!

Y don Gutierre tornó a sacar la llave y a esconderla, y, volviendo el rostro, respondió con gravedad:

—¡Señora! ¿Qué manda vuestra alteza?

Era la Reina, en efecto, que, echándose un manto, cubriéndose el rostro con él para

ocultar su turbación y su vergüenza, había salido, no con menos apresuramiento, a detener al conde de los Notarios, en cuya mirada siniestra, con la penetración de mujer, o quizá de amante, había leído sus horribles intentos.

—¡Don Gutierre!—repitió Doña Urraca.—¿Qué vais a hacer?

—Iba a salvar a vuestra alteza.

—Venid, venid conmigo—dijo la Reina, conturbada—; apartaos de este lugar y evitemos que aquí nos oigan y nos vean.

Siguióla don Gutierre a su aposento, y contestó al llegar:

—Razón tenéis, señora; secretos hay que sólo pueden confiarse a la tumba; porque desde el momento en que sean conocidos, los males que traen en pos son más terribles que la muerte. Yo pudiera haber colocado delante de esa puertecilla, cuya llave tenéis, criados fieles y vigilantes que atravesaran con una saeta el corazón de todo el que apareciese, con la única excepción de vuestra alteza; pero, señora, el afecto que os profeso es sincero; el interés que tengo por conservaros en el trono no es mentido; y, por lo mismo, no he debido confiar a nadie ese puesto, y yo he permanecido en él horas enteras de centinela; y yo, yo solo, os he visto bajar de esa torre en un estado de conmoción y de sobresalto de que vos misma os ruborizáis ahora. Pero os avergonzáis delante de mí, que soy conde de los Notarios; delante de mí, que soy caballero; delante de mí, que os amo, que os respeto, que me intereso vivamente por la honra y por el trono de vuestra alteza.

—Don Gutierre—respondió la Reina, ofendida—, vos no tenéis piedad ni compasión de mí, y es preciso que yo sea con vos tan severa como sois conmigo. No, no hay nada de que pueda arrepentirme ni avergonzarme desde ayer acá, sino de haber sufrido y tolerado vuestros insultos. Vengo desesperada, vengo herida por la mano de Dios, en vez de hallar consuelo en los que se llaman mis mejores amigos, en los que me aturden con sus continuas protestas de respeto, de amor y de fidelidad, ¿he de encontrar amenazas, insultos, maquinaciones?... ¡Y cuándo, santo Dios! Cuando he comenzado a ser buena, a conocer y llorar mis extravíos... ¡Oh! Si deseáis verme proseguir por este camino, no me irritéis; dejadme en paz, no hagáis que me pese.

—Señora—contestó, reprimiéndose, Fernández de Castro—, confieso que estos días soy más severo que nunca en mis advertimientos, más recio en mis palabras, más cruel e

inflexible en mis propósitos. ¿Y por qué? Porque conozco que de vuestras acciones, de vuestras resoluciones en estos días están pendientes la suerte de vuestra alteza y los destinos de su reino. La medida está llena, Doña Urraca; con una gota más rebosa, y yo no puedo consentir, no consentiré jamás, mientras esté al lado de vuestra alteza, que caiga esa gota fatal. Madres hay que mandan sus hijos a la batalla contra los sarracenos y les ciñen la espada y les alargan el escudo, inútil quizá para libertarlos de la muerte; santos penitentes hay que en vida se seputan en una cueva, y no salen de allí sino para volar al seno del Señor; ellos tienen valor para sacrificarlo todo, ¿y vos no lo tenéis para privaros de un menguado, a quien conocéis de ayer acá; de un mozo que, por ser farauste de vuestros enemigos, ha incurrido en la última pena?

—No, no lo tengo—respondió la Reina, con energía—, porque eso no sería valor, sino injusticia y crueldad; y ese mozo no morirá, no morirá, ¿lo entendéis? Aunque vos me abandonéis con todos vuestros vasallos, aunque huya Lara con los suyos y derrumbéis la corona de mis sienas. Y os lo digo tan alto y con tan firme resolución, cuanto que de ese joven yo nada quiero, nada espero, sino la luz, la luz que por su medio la misericordia divina ha hecho penetrar en mi conciencia.

—En tal caso—dijo don Gutierre con amarga sonrisa—, vuestra alteza ha conseguido ya lo que desea; yo me parto; yo me aumento; yo quiero autorizar con mi presencia ni ver con mis ojos los desórdenes y calamidades que van a sobrevenir. Vendré luego a besar la mano a vuestra alteza para hacerle entrega de mi dignidad y de los feudos que he recibido. Pero entretanto, para cumplir uno de los últimos deseos de vuestra alteza de ver castigados a los que se atrevan a cantar ciertas coplas, en las cuales de no muy digna manera resuena el nombre de vuestra alteza, mandaré azotar a la villana que, mientras daba el pecho a cierto niño, tuvo ayer la osadía de cantar esas canciones debajo de la galería en que vuestra alteza se solazaba con el conde don Pedro González.

—¿Dónde están, don Gutierre, esa nodriza... y ese niño?

—Están en mi poder, señora.

—¿El niño también?

—También el niño.

—¿Y vos sabéis quién es?

—¿Por qué he de disimularlo? Sí, sí, señora; el niño y la villana no están en mi

poder en este instante; pero pueden estarlo desde el punto en que yo quiera, porque sé dónde residen y qué cabaña oculta al hijo de la Reina de Castilla.

—¡Oh! ¡Callad, callad, por Dios!

—¿Por qué me mandáis callar vuestro secreto, si vos misma salís a pregonarlo a la ventana?

—Fué la primera vez, don Gutierre, fué la primera vez, y os juro que será la última. Yo nada sabía; el conde de Lara me sorprendió...

—¡Oh! ¡Doña Urraca, Doña Urraca!—prosiguió el conde de los Notarios, con no fingido sentimiento—. Se me parte el corazón al considerar que si yo me marchó quedáis entregada, por un lado, a manos de un necio, de un cobarde, y, sobre todo, de un hombre que sólo sabe comprometeros, y por otro lado, dominada por un muñeco, el cual en pocas horas os ha hecho cometer demasiadas locuras.

—No, no te marcharás, don Gutierre; ¡yo sé que tú eres mi único amigo, mi único apoyo!

—Señora, en el día, en el mismo día en que acababais de ver al niño Hurtado, ¿pudisteis poner los ojos en ese mancebo?

—Pero vos, conde, ¿no sabéis, por ventura, que ese mancebo ha venido aquí traído por Dios para inspirarme nuevos sentimientos, nuevas ideas, para dar luz a mis ojos, oído a mis oídos, paz a mi alma y vida a mi corazón?

—Yo tan sólo sé que cuanto más os escucho y cuanto más os miro, más me confirmo en la necesidad de separaros de ese mozo.

—Bien, bien, me separaré de él—dijo la Reina, que veía el cielo abierto cuando el conde de los Notarios expresaba deseos tan moderados.

—Y os separaréis para siempre.

—Sí, para siempre. ¿Qué me importa a mí? ¿Os parece que le amo? ¿No os he dicho que está enamorado de otra? ¿No os he dicho que sólo aprecio en él la imagen del único hombre a quien he amado y con quien tan maravillosa semejanza tiene? Fuera de esto, ¿qué es él para mí? ¿De cuándo acá Doña Urraca de Castilla, ni aun en los días de su letargo, ha puesto los ojos en personas que no sean del más esclarecido linaje? Sí, sí, don Gutierre, que huya para siempre de mí, que se parta, que me deje en paz. Lo único en que yo no puedo consentir es en que perezca, en que se le atormente, en que se le haga el menor daño. ¡Oh! Después del bien que le debo, sería

yo un monstruo de ingratitud si le hiciese exhalar un solo suspiro.

Y al decir estas palabras, la voz de la Reina era tan turbada, que apenas se la entendía, y las lágrimas que se habían agolpado a sus ojos salieron a raudales, sin que los mayores esfuerzos bastasen a contenerlas.

El conde de los Notarios frunció las cejas, dejándolas caer sobre sus ojos como un velo, y mirando a la Reina con aire siniestro, la dijo estas palabras:

—Sí, señora; le dejaréis de ver para siempre. «¡Oh!—prosiguió luego dentro de sí con amarga sonrisa—. Bien haces en llorar; con esas lágrimas hasme advertido a tiempo qué debo esperar de la firmeza de una mujer que llora por un hombre.»

No reparó la Princesa en la mirada ni en la sonrisa del caballero; pidióle, y obtuvo como por favor, que había de dejarla subir a la torre para entregar al paje una carta dirigida al obispo de Santiago sobre asuntos de conciencia. Ninguna dificultad opuso don Gutierre a las nuevas pretensiones de Doña Urraca, y, con pretexto de dejarla sola para escribir, partióse cuanto antes del regio aposento, llevando en la enérgica expresión de su fisonomía pintada la inalterable resolución de sus crueles designios.

Apenas se vió en el corredor, dió ciertas órdenes secretas a un criado; bajó después al patio, anduvo por el claustro mirando con cierta curiosidad a todas partes, y, reparando en un hombre barbarrucio envuelto en una capa de buriel y recostado al sol en un poste, hizole una seña casi imperceptible; el mendigo de la capucha acercóse meneando el cascabel y alargando la mano para pedir limosna. Sacó Gutierre algunas monedas del bolsillo, dióselas al mendigo después de haberlas besado, y le dijo al mismo tiempo muy quedo y sin mover apenas los labios:

—A la torre, por donde me veas entrar; deja que salga un criado; que nadie te vea.

En seguida, después de dar con disimulo algunas vueltas alrededor, con aire indiferente, se dirigió a un postigo de arco apuntado, abrióle, entró, dejóle entornado, y por una escalera de caracol que desde allí arrancaba, ancha, tendida, y de trecho en trecho por saeteras iluminada, subió unos treinta escalones, y, desviándose de ellos, entró en un pequeño aposento todo de piedra, abovedado, negro y casi oscuro, puesto que sólo recibía la luz por largas y estrechísimas ventanas fronteras una de otra, que desde la altura de un hombre regular llegaban hasta

el mismo pavimento, también de piedra, o, por mejor decir, de tierra.

En aquella sombría habitación había una mala mesa y dos peores bancos, que arrimó el caballero junto a la más clara de las ventananas, que remataba en un arco abocinado, y cuyos alféizares eran tan anchos y tenían tanto derrame, que bien cabían dentro aquellos muebles y un par de personas para ocuparlos.

Verificada esta operación a gusto del ejecutor, colocóse en acecho a la entrada del aposento, y al poco rato, como sintiese pasos de alguien que bajaba, apartóse de allí, echándose a pasear por la habitación, con la mano izquierda en la espalda y la derecha empuñando el acero. Entró luego un criado con un jarro de vino, una empanada y un par de vasos de cuerno; dejólos en la mesa sin decir palabra, y, al partirse, le dijo don Gutierre:

—Vete por la puerta de abajo y no la dejes abierta.

Hízolo así. El conde de los Notarios acechóle hasta la salida; tornó a pasear, tornó a ponerse en espera, tornó a sentir los pasos de una persona que subía, rozando la pared con los toscos pliegues de una capa y haciendo sonar discreta y casi imperceptiblemente un cascabel o campanilla, y en lugar de separarse el conde hacia dentro como anteriormente, salió a la escalera para recibir al que venía.

—¡Hola, Pelayo!—dijo poco después, entrando mano a mano con el mendigo barbitaheño—. ¿Has dejado la puerta entornada?

El veloso respondió con la cabeza afirmativamente.

—Ponte ahí delante de la luz, hermano, y dime si alguien te ha visto entrar.

El mudo hizo un gesto negativo y se quedó mirando fijamente a su interlocutor.

—¿Estás seguro?

En los ojos de Pelayo leyó el conde la respuesta.

—Bien está; ¿traes algún arma contigo, puñal, cuchillo o cosa así de fácil manejo?

Y por toda respuesta, apartó la capa el interpelado, desabrochóse el sayo, sacando un cuchillo de monte con el puño de asta de ciervo, desnudando la mitad de la hoja de cuatro filos.

—Bien está, bien está; pardiez, que eres hombre tan prudente como prevenido. No estará de más el que yo, siguiendo tan noble ejemplo, vaya a cerrar por dentro la puerta de arriba y la de abajo para que quedemos completamene so'os. Tengo que observar también lo que hace un pajarillo

del primer vuelo que está enjaulado, y entretanto puedes tú refocilarte con esa empanada que, aunque trasciende a conejo, por lo larga, más parece de cabrito, y con ese licor, que, a lo que imagino, debe ser de lo bueno de Rueda. Come y bebe, que para empresas como las que medito menester son brazos que no flaqueen por falta de alimento.

El mendigo bajó con humildad los ojos y aun la cabeza de tal forma, que su lengua barba llegó a formar un ángulo con el rostro. Mas apenas desapareció don Gutierre, el semblante y los ojos del mudo tomaron bien diferente expresión. Inflaméronse como una nube por la cual atraviesa el rayo, y con movimientos vivos y precipitados sacó del zurrón una tablita cubierta de cierta capa tenue de cera roja; desnudó el cuchillo, y con la aguda punta escribió en la cera apresuradamente algunas palabras, sentado a la mesa donde yacían intactos el vino de Rueda y la empanada de conejo, tamaña como un cabrito.

Con el oído atento a los pasos del caballero, pues temía ser sorprendido en ocupación semejante, suspendióla momentáneamente, tomó el jarro, llenó un vaso, y, en lugar de echárselo al colete, arrojó el vino suavemente por la saetera; tornó a escribir con el mayor afán, y como sintiese bajar a Gutierre, guardó la tablita en el zurrón y tornó a su anterior apariencia y mansedumbre.

El caballero pasó de largo; había cerrado la puerta de arriba que comunicaba con el interior del alcázar; había observado al paje, que, muy ajeno de cuanto se fraguaba contra él, dando tregua a sus cavilaciones, que nunca son muy largas a los veinte años, se empeñaba en poner de acuerdo su voz con los sonidos del laúd. Satisfecho en verlo tan bien entretenido, bajaba el conde de los Notarios a cerrar la puerta del patio, que era la principal de la torre. Pelayo, de consiguiente, tuvo tiempo de llenar otra vez el vaso para verterlo asimismo por la ventana, y en seguida, cogiendo el bastón de acebo con ambas manos, sacó de él un mediano estoque, y, después de probar su elasticidad doblándolo sobre la mesa, después de requerir la punta con precaución con la yema del dedo, envainóle, no sin exhalar un suspiro y sonreirse después, como quien titubea entre el temor y la esperanza. Un minuto después entró Fernández de Castro en el aposento.

—Ya estamos solos y libres de importunos —dijo al llegar—. ¡Hola, hola! —añadió, sentándose frontero del mendigo—. Parece que

has hecho más caso del vino que de la vianda. ¡Por nuestro santo apóstol que no te creí tan bravo monjón, que, sin probar bocado, hicieses la mitad de la trasiega! Vamos, empuña el cuchillo y registra las entrañas del pastel, que, sin hozar largo rato, pareceme que has de dar con una sabrosa mina. Y para que veas que no soy hombre de dejarte solo en la faena, voy a levantar la tapa, y también echaré mano al botijo, aunque no creo que hayas menester de ayuda.

Abrió don Gutierre la empanada, llenó el vaso del mendigo hasta los bordes, echó en el suyo cosa de dos dedos, y dijo en seguida:

—Ahora es preciso, Pelayo, que me hagas la razón, como quien eres. ¡Al día que yo te conocí en León, y te saqué de entre las garras de los sayones, que iban a ahorcarte por brujo!

El mudo se levantó respetuoso, y con una mirada en que brillaba el más vivo agradecimiento, tomó el enorme vaso y se lo echó al cuerpo de un solo trago.

—¡Bravo, bravo, por Cristo!—exclamó el conde, desocupando el suyo—. Eres de lo más firme, sereno y valiente que yo he visto en achaque de bebida. ¡Cuidado si es añejo y caliente el tal vinillo de Rueda! No pienses, hermano, que sin motivo te he recordado el día de nuestro conocimiento; no hay ejemplar de que el conde de los Notarios haya salvado a nadie de la horca sino para darle un fin equivalente. Abundan tanto los pícaros de toda ralea, que a poca comiseración que notasen se echarían sobre nosotros como una bandada de buitres sobre un cadáver. La única excepción de la regla has sido tú, Pelayo, porque conocí que, lejos de ser un bribón, ni tener pacto con el diablo, el vulgo sólo quería castigar en ti la extraña apariencia de tu figura, y tu raro talento de darte a conocer por señas a todo el mundo y por escrito a los pocos que entienden tus garabatos. No sólo te salvé la vida, sino que te elegí por agente y por amigo. Hasta ahora hasme servido a las mil maravillas, dándome noticia de muchas cosas que me conviene saber; con achaque de mudo te metes en todas partes, se fían de ti hasta los más recelosos y te temen los más valientes. Eres hombre de bien; cuando he necesitado de tu brazo para deshacerme de algún prójimo, ha sido preciso que primero te convenciese de la justicia con que procedía. Haces bien, ¡vive Dios!, en ser escrupuloso; yo también lo soy, y jamás me dejo arrebatarse de la ira y de la venganza. Procuro obrar siempre en justi-

cia; pero si la justicia pide sangre..., no dejo de verterla por todos los ruegos, por todas las lágrimas, por todo el oro del mundo.

Pelayo le escuchaba con la mayor atención, mirándole de hito en hito y tragando, por cumplir, algunos bocados. De repente, dijo Gutierre:

—¡Qué diantre! Con tanto charlar háseme secado la lengua.

Y volviendo a llenar en cuerda proporción los vasos, prosiguió:

—Voy a proponerte un brindis, hermano, al cual no puedes negarte, aunque supieses de caerte aquí redondo. Hasme dicho que tienes una hija llamada Munima, fresca y hermosa como una primavera, y que todo cuanto ganas lo ahuchas para su dote. Toma—añadió, dándole un bolsillo de oro—; ¡brindemos a la salud de tu hija Munima y del dichoso mancebo a quien ella elija por marido!

El anciano se levantó trémulo de alegría, elevó los ojos al cielo como pidiendo que confirmase los votos del caballero, apuró el vaso de un sorbo y cayó después de rodillas abrazando las del conde.

—Bien está—dijo éste, echando una mirada al jarro, que había quedado casi vacío—; coge el cuchillo y sígueme.

Hízolo así Pelayo, y en pos del caballero subió unos veinte escalones que faltaban para llegar a la prisión de Ramiro. En el tránsito parecía consternado; su palidez se aumentaba de una manera horrible; temblaba de pies a cabeza y apenas tenía fuerzas para moverse. Sin embargo, cuando Gutierre volvía el rostro, procuraba reprimirse y aparecer sereno.

Aproximóse Gutierre a mirar por la cerradura de la puerta, y, sin apartarse, llamó con la mano a su compañero, el cual se colocó en su lugar y observando también lo que dentro pasaba.

El barbirruco no fué dueño de sí al ver al joven peregrino que, al pie de la reja, dulcemente procuraba con el laúd engañar sus pesares. Por fortuna, la luz era escasa en aquel sitio, y el conde no pudo rotar la turbación del mudo, el cual seguía con el ojo pegado a la puerta más tiempo del que podía sufrir la corta paciencia de Gutierre; le dió con el pie, y, acercándosele al oído, le dijo, muy quedo:

—¿Le has visto?

—Sí—respondió el anciano con un movimiento de cabeza.

—¿Le has visto bien?

—Sí—repitió con el mismo gesto.

—¿Le conoces?

El mudo se encogió de hombros con indiferencia y frunció los labios como queriendo decir:

—Sí, algo; le conozco de vista.

En esto suspendió el mozo su música, y dentro de la prisión sintióse el rumor de dos personas que departían. Gutierre pudo observar por la cerradura que Doña Urraca ponía en manos del paje un pergamino, y se despedía grave y dignamente, pero turbada y casi llorosa. Partióse la Reina por la escalera falsa, quedó solo Ramiro, con harta satisfacción del conde, el cual, llevando al mudo cerca de una saetera para verle bien, le dijo:

—¿Conque conoces algo al muchacho?

Pelayo, que debajo de sus largas y broncas cejas negras tenía clavados sus ojos vivos como un relámpago en el semblante de Gutierre, acabó de confirmarse en las sospechas, ha largo rato concebidas, las cuales le obligaron a escribir algunos renglones por si podía transmitírselos al paje. Hizo, pues, un gesto con toda la indiferencia que pudo fingir, confirmando sus anteriores respuestas.

—Está bien—prosiguió el conde—; pues ahí donde le ves tiene sobre su alma dos sentencias de muerte: la una por andar llevando y trayendo mensajes entre los rebeldes, y la otra por..., porque su vida es incompatible con la de la Reina, y, de consiguiente, con la prosperidad de los que sostenemos el trono castellano. Paréceme que, en vista de estas razones, ninguna debes tener para oponerte a derramar su sangre.

El mudo requirió el cuchillo, mirando al mismo tiempo a don Gutierre, en ademán de hombre determinado.

—¿Conque no tienes miedo?

—No, no—respondió el velloso, sacudiendo dos veces la cabeza.

—Pues bien; tú entrarás por esta puerta, que es la principal; te dejaré encerrado con él, mientras subo por la otra escalera acompañado de la Reina; para cuando yo llegue tú debes haberle despachado.

—¡Sí, sí!—quiso decir el mudo con una mirada radiante de esperanza, que al conde le pareció de crueldad.

—Cuando yo suba, ¿entiendes?, todo debe estar concluído, de manera que, al abrir yo la puerta, debe aparecer a los ojos de la Reina el cadáver de ese mozo. Pero me ocurre una duda: ¿cómo he de saber yo si has despachado o no la comisión? A la verdad, que no quisiera entrar sin la seguridad completa del buen éxito. Vamos a ver, dime, dis-

curre tú. Saca esa tabla donde escribes lo que no puedes hacer comprender con tus gestos. Sácala pronto, que aunque yo maldita la afición que tengo a garabatos, con todo, en ocasiones como ésta...

Es imposible describir el terror que se apoderó del padre de Munima al oír estas últimas palabras del conde. En aquella tabla encerada había escrito a prevención algunas razones que revelaban el horrible proyecto del conde, con ánimo de prevenir a Ramiro; veíase obligado a ponerlas delante de los ojos de Fernández de Castro; tenía que reprimir su turbación para no infundir sospechas y malograr sus generosos intentos... ¿Qué había de hacer? Sacó la tabla del zurrón, procurando por el tacto que las letras aparecieran hacia abajo; desenvainó el puñal, al parecer para escribir con la punta, pero con el firme propósito de sepultarlo en el pecho de don Gutierre si éste se empeñaba en leer lo escrito. Todo esto lo pensó y lo hizo en un abrir y cerrar de ojos; pero después de tener en la mano la tabla y el cuchillo, se dirigió con la mayor naturalidad a la saetera, y en la negra y húmeda pared escribió las siguientes palabras: «Cuando me veáis delante de la puerta con el puñal ensangrentado.»

Mientras don Gutierre descifraba la leyenda borró el mudo lo escrito en la cera, y se presentó en la postura de un evangelista, con la tabla en la mano izquierda y el estilo en la derecha, dispuesto a proseguir el diálogo por escrito.

— ¡Soberbio! — exclamó el de Castro, que, por su dignidad, estaba en el caso de ser más docto que los demás en materia de lectura, aunque su dignidad no le exigía que tardase cuatro minutos más o menos en descifrar el renglón—. ¡Soberbio! Que me plice el medio que me propones. Quitá, quita esos instrumentos, que me dan así como vahidos cada vez que tengo que adivinar... Mejor te entiendo por gestos. ¡Hola! ¡Parece que tienes lisa y reluciente la tabla como la hoja de una espada!... ¿Quedamos, pues, en qué te has de presentar con el puñal teñido en su sangre? La señal es infalible. ¡Ea! ¡Dios te ayude, pues que vas a hacer justicia!

Todavía las ansias de Pelayo no habían terminado, puesto que Ramiro, al verle, podía llamarle por su nombre, podía darle el título de amigo, podía hacer extremos, por los cuales el conde cayese en la cuenta de la jugada, y entrando con una manga de soldados, en vez de uno, mostrase luego dos

cadáveres a la Reina. Suposiciones y temores eran éstos harto bien fundados, por desgracia, y que le ponían al borde del precipicio. Sin embargo, encomendándose a Dios de todo corazón, apenas el conde le abrió la puerta, entró con el cuchillo en una mano y el bastón en la otra.

Don Gutierre volvió a cerrar al punto, y muy antes de que pudiese aplicar el ojo al agujero sintió un grito de terror o de sorpresa, y vió después a Pelayo que, arrojando el bastón, había envuelto a Ramiro en la capa y le sujetaba la cabeza tapándole la respiración. Forcejeando los dos, se separaron del ángulo visual de la cerradura, y después sólo sintió el conde gritos sordos, fuertes pisadas, y, al fin, el estruendo de dos cuerpos que cayeron tendidos a lo largo.

Horrible era la situación de aquel anciano, que, para impedir que Ramiro pronunciase una sola palabra, tuvo que lanzarse sobre él de improviso, teparle la boca, arrastrarle con sus hercúleos brazos a donde no pudiera ser observado del conde, y que con una razón tenía bastante para explicarle aquel misterio, aquella singularidad de su conducta, y que, sin embargo, no podía pronunciarla. El uno, con la facultad de hablar, con la palabra se perdía; el otro, mudo, con la palabra lo salvaba.

Pero el prudente y valeroso anciano, cuando calculó que Gutierre podía haberse huido de la puerta, soltó al mancebo, lanzóle a la cerradura, aplicó el ojo, vió que nadie estaba mirando, y con la punta del puñal escribió velozmente en la pared tres o cuatro palabras, y cuando el mancebo, desenredándose de la capa que le cubría, se incorporó en el suelo y levantó los ojos entre furioso y asombrado, vió al anciano que, de espaldas a la pared, con la mano levantada, tenía el dedo índice en esta inscripción: «Calla, vengo a salvarte.»

Pelayo en seguida cogió el bastón, sacó el estoque, lo puso en manos de Ramiro, arremangóse el brazo derecho, y con su mismo puñal se abrió una herida, procurando bañar toda la hoja en la sangre que corría.

Doblando luego la burda capa en muchos dobleces, arrollóla por broquel en el brazo izquierdo del paje, al cual colocó al lado de la puerta secreta, que se abría hacia adentro, de manera que Ramiro pudiese, por el pronto, ocultarse de las personas que entrasen en el aposento.

Todo esto lo hizo con una celeridad portentosa, y con tal energía y expresión, que no sólo acallaba al peregrino, sino que le

hacia comprender al mismo tiempo sus proyectos.

Detúvose después a escuchar en la puerta falsa, y como no sintiese ruido ninguno todavía, sacó su tabla y se puso a contar al paje por escrito lo que en parte había adivinado por la acción y por la fisonomía del anciano.

De repente sintió afuera ruido de dos personas que subían aceleradamente, y volviendo a teñir con sangre el puñal, se puso delante del postigo.

—Mirad, señora, mirad por esa cerradura...—decía don Gutierre a la Reina con voz fatídica—. ¿No veis nada?

—¡Oh! ¡Sí, sí...; veo un hombre!... ¡El mendigo..., el mudo de ayer mañana!...

—¿Y qué tiene en la mano?

—¡Dios mío! ¡Dios mío!—dijo la Princesa, dando un horrible grito—. ¡Un puñal!... ¡Un puñal... ensangrentado!... ¿Qué has hecho, infeliz?

—Salvar el trono y la honra de vuestra alteza—respondió el conde de los Notarios, abriendo de golpe la puerta y buscando su víctima con los ojos desencajados.

—¡Caer en mis manos!—exclamó el paje, blandiendo el estoque y saliendo de detrás del postigo.

El grito de alegría que lanzó Doña Urraca era capaz de haber conmovido los muros de la prisión. En lugar de precipitarse a los brazos de Ramiro, se arrojó a contener a don Gutierre, con aquel instinto de salvación que parece la voz de la Providencia, que nunca nos desampara en los casos extremos.

Ya para entonces, el paje había ganado el umbral de la puerta, y el anciano, todavía con el sangriento cuchillo goteando sangre, estaba a su lado.

—¡Miserable!—exclamó don Gutierre, dirigiéndose al mudo—. ¡Hasme vendido!... ¡A mí, a quien debes la vida!

Y atropellando por la Reina, se dirigió contra él con el puñal en la mano; pero el mendigo, sin pensar en herirle ni en defenderse, bajó la cabeza humildemente y presentó el pecho a su antiguo salvador.

El caballero se detuvo al verle tan respetuoso y resignado, y el puñal se le cayó de las manos.

Ramiro, asiendo de la mano al mendigo, se alejó de la cárcel, cerrando con llave por precaución, para que no pudieran seguirlos. Pelayo, antes de salir, arrojó, desdenosamente, la bolsa que le había dado Gutierre Fernández de Castro.

LIBRO SEGUNDO

CAPITULO PRIMERO

De cómo «Luzbel» llegó al palacio del obispo, de las cosas que allí hizo y de lo mucho que dió en qué pensar a su amo.

El palacio episcopal de Santiago, con apariencia de castillo, era entonces un verdadero cenobio, donde el prelado vivía con sus canónigos, como un abad entre sus monjes. En la torre del Norte, frente al monasterio de San Martín Pinario, había construído Diego Gelmírez una habitación, defendida por gruesas rejas de hierro y maticas puertas de encina, chapadas del mismo metal. Allí guardaba grandes tesoros, pero de tal género, que no excitaban la codicia de los rapaces señores y villanos; eran tesoros intelectuales: era la biblioteca. Componíase en su mayor parte de breviarios, misales y oficios de Semana Santa, a los cuales había añadido el prelado recientemente colecciones de pastorales y de cánones, un volumen de *Sentencias diversas*, otro de *fide Sanctæ Trinitatis*, sin que faltasen las principales obras de Cicerón y Virgilio y algunas otras del Siglo de Oro de la profana y sagrada literatura.

Sobre una mesa, y al lado de una lámpara de bronce, yacía abierto un libro de riquísima vitela casi cubierto de aquellos hermosos caracteres llamados monacales cuya tradición se conserva en nuestros libros de coro. Sentado delante del manuscrito, un clérigo de más que mediana edad, de fisonomía franca, de mirada profunda y frente pensativa y despejada, con la pluma en la mano, parecía estar embebido en graves cavilaciones producidas por la lectura, cuando, al sentir girar con estrépito sobre su quicio la ferrada puerta, se levantó viva y respetuosamente, dispuesto a recibir afable al que de tan brusca manera le interrumpía.

Aparecióse en el umbral el venerable obispo apoyado en humilde báculo y revestido de larga túnica y estola, que desde el año anterior llevaba siempre por especial privilegio del Papa. Frisaba en los sesenta años de edad, y en sus ya decaídas facciones, ruinas de un hermoso monumento, brillaba cierta nobleza y bondad, que las hacían halagüeñas al mismo tiempo que majestuosas. Era aito, enjuto de carnes, pero fornido; su dulce mirada tornábase fácilmente severa, y en uno y otro caso los nevados cabellos, que debajo del ancho sombrero le caían, realzaban aquella severidad y dulzura.

—¡Siempre trabajando, hijo mío, siempre trabajando!—exclamó, con blando acento, al entrar, mirando al clérigo, que traía la pluma en la mano.

—No tal, reverendo padre; me habéis sorprendido en un momento de ociosidad, o, por mejor decir, de tentación.

—¿Quién no los tiene?—repuso el prelado, animándole con benévola sonrisa.—¿Quién no desmaya y flaquea y cae, no siete veces, sino setenta y siete veces al día, como dice el Evangelio? Vamos, hijo mío: ¿en qué estabas pensando? ¿Por dónde te atacaba el diablo, que, a guisa de león hambriento, nos tiene cercados, buscando a quién devorar?

—Por la pereza, santísimo padre; por la desconfianza—repuso el escritor—. Con el deseo de legar a la posteridad la fama de vuestros grandes hechos y la gloria de esta santa iglesia, me habéis encargado la continuación del *Registro*, empezado por los sabios Nuño, Alfonso y Hugo, y como no escribimos para los contemporáneos, porque nos hemos propuesto decir la verdad, estaba temiendo, padre mío, no escribir para nadie, o tan sólo para nuestra propia satisfacción y deleitamiento.

El obispo permaneció un rato en ademán

meditabundo, puesta la mano delante de los ojos, y luego contestó de improviso:

—¡Una idea, Gerardo, una inspiración que debo, sin duda, a la divina gracia! Ya sé el modo de eternizar nuestra obra y de hacerla más duradera que los mármoles y broncees. Escribid, poned al frente del *Registro* una excomunión contra el que lo arrancare de su sitio o lo destruyese; y al mismo tiempo, en nombre de Dios, de la Virgen Santísima y del santo Apóstol, dispensaremos nuestra más amplia bendición a quien lo leyere, se aprovechare de sus máximas y ejemplos y lo diere a conocer. Paréceme, Gerardo, que podéis estar satisfecho: entre una excomunión mayor y una bendición apostólica, ¿quién es el desalmado que vacila un solo instante? (1).

—Decís bien, santísimo padre; si la religión y la piedad no cubre con su manto estas débiles hojas, nos las conservará en tan bárbaros tiempos el amor de la sabiduría.

—¿Quedas satisfecho?

—Quedo más tranquilo.

—Vengo de Santa María de Canogio, amigo mío, y por mucho que te cueste llenar esas páginas, me cuesta más a mí levantar aquella obra. ¡Y tengo un deseo, no te puedes figurar, tengo un ansia tan grande por verla concluida! Gerardo, los monjes y monjas de San Payo, aunque separados en dos departamentos, no están bien en un mismo edificio; yo quisiera llevar cuanto antes a las religiosas a Santa María. Empeñado estoy en corregir abusos, y éste es uno de los mayores. Vivir religiosos y religiosas en un mismo edificio, aunque en distintos departamentos! ¡Vaya, no puede ser! ¡Pero el arquitecto, maese Sisnando, es tan pesado!...

—¿Pues no ha de serlo, padre mío, si acaba de reedificar este palacio y la catedral, y ha levantado de nueva planta el hospital para los peregrinos, y la iglesia de San Fis, y la capilla de Santa Cruz en el monte del Gozo, y esta mañana mismo le habéis encargado delante de mí la conducción de aguas a la ciudad?

—Eso sí, y lo que es la conducción de aguas la considero yo casi tan necesaria como la separación de las monjas. ¿No es un dolor, no es una vergüenza que en una ciu-

dad, situada entre dos ríos, no tengamos dentro de los muros más agua que la de cisternas? ¿Y que acudiendo peregrinos de todo el orbe católico en tanto número, que a veces no caben en la iglesia, gastemos en proporcionarles de beber lo que había de invertirse en la comida y el vestido? ¿Y en dónde? ¡En un clima tan húmedo, en que el musgo brota en la piedra de sillería al año de estar labrada! No me digas, Gerardo, no me digas nada contra el proyecto de las fuentes. Quiero que antes de un mes vengan raudales por conductos de madera, con aros de hierro y de plomo de trecho en trecho para más seguridad... Yo le he dado mi traza, pues me precio de alarife.

—Aunque no fuera más que por práctica, debíais serlo; pasan de veinte las obras que habéis emprendido en vuestro pontificado.

—Y con el favor de Dios todas se han de concluir.

—Lo que yo digo es que maese Sisnando no tiene tiempo ni cabeza para dirigir las todas.

—¿Y qué he de hacer? Dime, Gerardo: ¿qué he de hacer, cuando los artifices escasean tanto en nuestros días, cuando nadie sabe edificar sinb chozas o castillos? ¿Te parece que estoy contento del alarife? ¿Podrá gustarme nunca que en los capiteles y frisos ponga frailes con orejas de asno y asnos acoceando clérigos? ¿Aguantaría yo que el diablo de su infierno, a pesar de sus barbas de chivo y de sus cuernos, se pareciese al conde tal o cual, sólo porque de él ha recibido una ofensa? Súfroleo porque no hay más remedio y porque parece una fatalidad que los arquitectos, enriquecidos con la iglesia, hayan de ser los mayores enemigos de ella, y gracias que estoy encima y contengo a maese Sisnando, que no deja de tenerme respeto. Llama, llama a uno de esos maestros que vienen de Alemania y que principian con un nuevo estilo a levantar catedrales, y ya verás el caso que hace de mis consejos.

—Y esta tarde, ¿habéis sido más feliz que otros días, reverendo padre? ¿Traéis alguna noticia de los mensajeros?

—Ninguna, ninguna—exclamó el obispo, con desconsuelo—. Mañana es preciso que les apliquéis la misa, Gerardo; yo no ceso de encomendarlos a Dios; pero según mis cálculos, ya debían haber vuelto. De nada me sirve salir todas las tardes por el camino de Padrón: *puer non parat*, mi buen paje no parece; ni hay rastro siquiera de mi leal caballero don Arias, ni de Rosendo, su escudero. Esta tarde ha venido jus-

(1) Tanto éstas como las demás indicaciones que se hacen en este capítulo son rigurosamente históricas. En general, el deseo de no entorpecer el curso de la narración nos obliga a ser muy parcos en notas comprobantes de los hechos, por más que alguna vez las creamos curiosísimas o indispensables.

tamente conmigo uno de los perros que tenemos para defensa del palacio, y yo iba diciendo entre mí: «Si por dicha apareciese ahora Ramiro, ¡qué saltos daría su alano favorito! ¡Cómo había de correr hacia el paje apenas lo barruntara, para abrazarle el primero!» ¡Y ahora que me acuerdo, *Luzbel* no ha vuelto conmigo! Metido en conversación con maese Sisnando, que ha venido acompañándome hasta la puerta, no había reparado... Y, a la verdad, sentiría mucho que Ramiro se encontrase sin...

—No os acuitéis por eso, padre mío; el perro volverá a casa; no son los brutos tan ingratos como los hombres. ¡Harto más sentirá Ramiro encontrarse sin su madre!

—Tenéis razón, se ha llevado Dios a Nuña sin el consuelo de verle.

—¿Y será verdad lo que me han contado, padre mío?

—¿Qué te han dicho?

—Que la madre de Ramiro ha dejado todos sus bienes a nuestra santa iglesia.

—Así es la verdad, Gerardo—respondió, gravemente, el obispo.

—¿Por qué?

—Deseo más que nadie la prosperidad material de la iglesia; pero no quisiera que, por acrecentar sus bienes, las madres privasen a los hijos de su legítima herencia.

—Gerardo—repuso el obispo con entereza—, cuando en los siglos venideros se lea lo que estáis escribiendo, presumo el juicio que ha de formarse de mí. Dirán que soy un poco rebelde y un mucho codicioso, y, sin embargo, tú sabes que toda mi rebeldía consiste en ser rigurosamente justo con los poderosos y compasivo con los humildes pequeñuelos; tú sabes que con toda mi codicia, mañana que se marchen los enviados a Roma en solicitud del arzobispado, no queda un solo maravedí en mis arcas. En cuanto a los bienes de Nuña, te aseguro que, después de haberla oído en confesión, puedo, sin ningún escrúpulo, aceptarlos.

—Respeto mucho la rectitud de vuestra paternidad y el secreto de la confesión, y no diré una palabra más acerca de este punto.

—De mi cuenta corre que a Ramiro nunca le falte nada; desde niño le tengo en mi casa, y en ella ha aprendido a leer y escribir, y algo de retórica, que con el latín son los estudios a que yo obligo a mis canónigos; si entre clérigo y soldado opta por lo militar, no importa; villas y castillos tengo de que nombrarle alcaide; no sentirá, por cierto, la falta de su pequeña hacienda.

—No lo dudo, reverendo padre, y yo lo dije sólo para responder a las murmuraciones de vuestros enemigos.

—Las murmuraciones del justo—dijo el prelado—salen de su boca convertidas en consejos; las murmuraciones del malvado son flechas que hieren a los que se entretienen en pararlas. Pero, ¿es posible, Gerardo, que tenga yo tantos enemigos?

—No son tantos como poderosos, y son poderosos porque están cerca de vos.

—¡Mis canónigos!—exclamó el pontífice, con amargura—. ¡Mis canónigos! ¡Insensatos, desagradecidos! Gerardo, es preciso recapitular en dos o tres páginas del Registro los muchos beneficios que Dios ha dispensado a nuestra santa iglesia por mi mano. ¿Qué era antes Compostela? ¿Qué es ahora? Yo subí al pontificado después de un obispo que estuvo quince años en un calabozo por yo no sé qué sospechas, de que después se sinceró completamente. ¡A ver quién se atreve a tocar la sombra de mi báculo pastoral! El templo del Apóstol era de tapias mal labradas en tiempo de Alfonso el Casto, y que amenazaban ruina. ¡Que se presente ahora un solo edificio en Galicia que pueda competir con nuestra catedral! Frontales y tabernáculos de oro y plata, estatuas de mármol, libros forrados en púrpura, incensarios de oro, ternos de brocado, relicarios y reliquias...; en fin, Gerardo, en Roma he estado yo, y acaso Roma se vea humillada con nuestra magnificencia. La jurisdicción del Apóstol sólo se extendía a dos monasterios y al castillo medio derruido de Iria; ¿y cuál es ahora? Yo he fundado un hospital para los peregrinos, la iglesia del Santo Sepulcro, la de Santa Cruz; he restaurado las de Padrón, la de Santa Eulalia, de Santa Leocricia y de Návoro; he recobrado la de Paradela; adquirido el monasterio de Plantada, el de Novay y San Verísimo; la iglesia de San Mamés y todas las que se encuentran entre los ríos Ulla y Tambre; la de San Tirso y de San Juan de Coba; he ganado al obispo de Mondoñedo los arcedianatos de Bisancos, Trasancos y Salagia; he poblado la villa de Godegildo, la de San Miguel de Bayona, la de Maudín, de Romariz, de Octario, de Ulla, de Sotolongo y Villanueva de Obar, y parte de Bembibre, y el lugar de Travadelos. El difunto Rey Don Alfonso me aconsejaba que demoliese el castillo Honesto, único que me dejaron mis antecesores, ruinoso y desmoronado, y yo he reedificado el castillo y hecho inexpugnable. En estas costas no se conocían otros barcos que los de

pescadores, y yo mandé venir de Pisa y Génova constructores afamados, que me hicieron doce galeras, las cuales, cuando a las costas mahometanas las envío, vuelven cargadas de oro, de cautivos y otros despojos. Yo tengo el privilegio de acuñar moneda; yo he conseguido del Papa para mí y para mis sucesores el privilegio del palio, que rara vez se concede sino a los arzobispos; yo soy legado apostólico, y no he de descansar hasta ser metropolitano, y después que lo sea, Gerardo, veremos quién se lleva la primacia entre la iglesia de Toledo y la de Santiago. Yo he fundado escuelas para la instrucción de mis clérigos, y a muchos he pagado pensiones para que vayan a estudiar a Francia; yo he arreglado mi cabildo lo mismo que el de Roma, y como el de Roma tiene el de Santiago sus cardenales, arcedianos y canónigos. ¿Qué quieren más? La iglesia de Santiago es la reina de Galicia; ¿tan mal les va con el papel de reyes?... ¿No es mi cabildo un plantel de obispos, adonde todos acuden para sus respectivas iglesias?

—Tenéis razón, padre mío; pero algunos quisieran...

—Sí, ya lo sé; quisieran que, dando esplendor a la iglesia, no le diese honra; que, dando riquezas a los canónigos, no les dé saber y decoro; que, siendo rígido para los demás, fuese con ellos blando y descuidado; en una palabra: querrían ir al coro, como antes, con la barba larga, con zapatos puntiagudos, como los caballeros; o miserables, con capas rotas y remendadas. Están a mal conmigo porque no permito que nadie entre en coro sin sobrepelliz y capa negra de tela y hechura igual a la de los demás; porque no he consentido que siete u ocho monopolicen la ofrenda de los fieles; porque no tolero el escándalo de que unos coman opíparamente, y otros en el refectorio tan sólo verduras y pescado; y porque quiero que para todos sea igual la comida, como el rezo y el estudio. ¡Gerardo, si por eso son mis enemigos, lo seremos mucho tiempo!

—Reverendo padre, de mi deber he creído advertiroslo, porque, si mal no me engaño, se está formando en el horizonte negra tempestad contra vos. Parece que el empeño de oponeros a todo género de abusos os ha de traer mil conflictos; a los monjes tenéis descontentos, porque dicen que les hacéis un agravio al separar las comunidades de uno y otro sexo, dando pábulo a las habilllas del vulgo; a los canónigos, porque les hacéis conocer que no son militares, sino clérigos; a los nobles...

—A los nobles—repitió el obispo, interrumpiéndole—, porque los trato como a tiranos. ¡Oh! Tampoco, tampoco cederé en un ápice en semejante pelea. Dejad que se forme la tempestad; con la cruz sabré conjurarla. Gerardo, voy a repetirte mi más oculto, mi íntimo pensamiento, porque quiero que aparezca y se revele claramente en ese libro. Tú sabes bien, amigo, que los hombres somos hermanos en el Señor. Jesucristo, al llamarnos a todos hijos de Dios, abolió la esclavitud, y los esclavos se convirtieron en siervos para transformarse en villanos. Al influjo de la divina palabra se ha ido verificando este saludable cambio, y es preciso que la hija de Dios immaculada, la Iglesia, complete la obra de su Padre. Los nobles son hoy los que ahogan y oprimen al que aparece sobre ellos, que es el Rey, y a los que gimen a sus plantas, que son los pecheros. La Iglesia, hijo mío, la Iglesia, conducida por la caridad, tiene que aliviar la suerte de los oprimidos y menesterosos; la Iglesia tiene que levantarse, como benéfica madre, con el escudo, para defender a los perseguidos; con el paño de lágrimas, para consolar a los desgraciados; la Iglesia tiene que ir erigiendo el edificio de la civilización, que la corrupción tenía minado y que la barbarie derribó del primer golpe; la Iglesia tiene que aparecer como usurpadora, no siendo, en realidad, más que conservadora; y la Iglesia, para obtener todos estos triunfos, para cumplir con este mandato de la divina Providencia, tiene que caminar a la unidad, a la unidad completa, porque sólo en ella está el poder. Es necesario que la Iglesia no sea española, ni francesa, ni italiana, sino católica; que tenga una sola cabeza, una dirección, como tiene un solo bautismo. ¿Qué son los ricos hombres y caballeros sino máquinas de guerra, que cuando están ociosos sólo sirven para oprimir el suelo que ocupan? Cuantos más vasallos les arrebateemos, menos opresión, menos lágrimas habrá. En sus manos, las villas están vejadas, y en las de la Iglesia caritativamente regidas, por eso ves que yo he comprado el tributo enorme que pagaban los pobres al pasar por el puente de San Poyo de Luto; los condes de Galicia lo exigían con todo rigor; de manera que muchos villanos que no tenían con qué satisfacerlo, eran desnudados de sus pobres vestidos, que dejaban en prendas; yo, con las ofrendas de esos mismos nobles, he adquirido ese portazgo para suprimirlo, y ya todo el mundo pasa libremente. Los nobles embargaban los bienes de sus acreedores

hasta cobrar sus créditos, y si no bastaban seguían embargando los de sus más próximos parientes, o los de sus amigos; pero yo he prohibido semejante escándalo; yo hago extensivo todos los días el derecho de asilo, y a los jueces les exijo juramento de que han de fallar siempre con arreglo a justicia. Los feudos los doy yo con obligaciones suaves; los préstamos, sin usura... ¿Y quieres que obrando así los nobles me tengan cariño?

Más diría el prelado, cuyas venerables mejillas ardían en santa indignación, si no hubiera sentido los arañazos de un perro a la puerta de la biblioteca.

—*Luzbel, Luzbel* será, que viene a pedir-me perdón de su descuido. Esperad, Gerardo; yo mismo voy a abrirle; es preciso ahorrar la mitad del camino al arrepentimiento.

El alano, en efecto, tuvo la honra de que el venerable obispo de Santiago le sirviese de portero.

—¡Hola! ¡Hola!—le dijo el prelado, viendo que se echaba sobre las manos, besando el pavimento—. ¡Cómo me conoces el genio! ¡Cómo sabes que el humilde lo puede todo conmigo! Vamos, arriba, arriba, que ya estás perdonado.

Seguía el perro, no obstante, arrastrándose y sacando la lengua con fuerte resuello.

—¿Qué es eso? ¿Vienes cansado?

—Me parece—dijo el canónigo—que viene herido.

—¡Herido! ¡Herido mi *Luzbel*! ¡Le habrán echado a reñir con otros de algún noble! Ya que no pueden con el amo...

—Reverendo padre, mirad estas heridas..., son de arma de hierro; sí, aquí, en el lomo, tiene una cuchillada, aunque poco profunda.

—¡Tenéis razón! Caballero, caballeros son los que con él tan cruelmente se han divertido.

—Pues la diversión ha debido costarles cara—añadió el observador canónigo—; mirad el hocico ensangrentado, las orejas también teñidas con sangre que no puede ser suya.

—¿Qué ha pasado aquí? ¡Si yo recuerdo que poco antes de volver de Santa María de Canogio el perro quedaba jugueteando entre las piedras sillares! Si yo le vi, y, al verlo, no pude menos de acordarme del paje Ramiro y decir dentro de mí: «¡Qué saltos daría si el peregrino de repente se asomara!»

—¿Cuánto tiempo ha que habéis vuelto?—preguntó Gerardo.

—Entré de seguida, sin dejar el cayado, sin quitarme el sombrero. Salgamos de aquí; que venga al punto mi hermano el gobernador; que curen a este pobre animal; que se lo lleven al cuarto de su amigo el paje.

Marchó el canónigo a disponer la ejecución de las diversas órdenes del prelado, y *Luzbel* seguía cabizbajo con el rabo entre piernas y las orejas gachas, muy triste y humilde, como si reo de algún delito se reconociese.

Acudieron dos criados para llevarle al aposento de Ramiro y aplicarle algunos remedios; el perro, sin embargo, no quería apartarse del amo, el cual le dijo entre cariñosos y triste:

—Ahora conoces la falta que has cometido en separarte de mí, y temes que nuevas desgracias te sobrevengan si me abandonas un solo instante. ¡Pobre *Luzbel*! Vamos..., iré contigo; te llevaré al cuarto de tu amigo y allí te dejaré para que descanses. ¡Pobre perro! Esas cuchilladas no iban dirigidas a ti seguramente; por mí las has recibido

Estaba ya delante de la habitación en que Ramiro dormía, y don Diego pasó adentro para que el perro le siguiese. Hizolo así *Luzbel*; pero, al llegar al medio de la habitación, levantó la cabeza y empezó a dar siniestros y prolongados aullidos.

El obispo miraba a los criados sin decir una palabra, y éstos le contemplaban entre asombrados y compasivos; y el alano aullaba con tanta fuerza que algunos canónigos, cuyas habitaciones daban a un patio inmediato, salieron al corredor diciendo:

—¿No hay ahí un mozo que mate a palos a ese animal?

El obispo, reprimiéndose, exclamó con voz compungida:

—¡Dios mío! ¡Tened misericordia de nosotros! No sé por qué me llenan de pavor estos gritos.

Y se salió de la habitación del paje. *Luzbel* hizo otro tanto.

—Llevalo, llevalo a cualquier parte donde no recuerde a Ramiro, que no parece sino que está llorando su muerte.

Poco después llegó a la celda del obispo su hermano Gundesindo Gelmírez, gobernador o villico de la ciudad.

—¿Qué ha pasado este anochecer en Compostela?—le preguntó el prelado, dirigiéndole una mirada entre severa y recelosa.

—Nada de malo, puesto que el perro ha venido.

—¡Cómo! Por mucho cariño que le tenga, no es para tanto que su vida me consuele de otras desgracias.

—¡Cuerpo de tal!... Perdona, hermano, si te faltó al respeto; pero ¿no has visto al perro?

—Sí, lo he visto herido, acuchillado.

—Bien; pero eso es lo de menos; ¡voto a...!

—¡Lo de menos! ¿Qué quieres decir con eso?

—¿No has recibido tú al perro?

—Sí, hombre, sí; no me apures la paciencia.

—¿Y el perro no te ha traído nada?

—Nada más que tristes presentimientos de una grande desventura.

—Eso es otra cosa—dijo el gobernador, mordiendo el labio y arrugando el entrecejo—. ¡La hemos hecho buena! Sin embargo..., todavía... puede ser...

—Gundesindo, por Dios, explícate con claridad. ¿Qué quieres decir con esas medias palabras?

—Nada; espérame aquí. Puede ser que me informen los criados que están a la puerta.

—¡Informarte! ¿De qué?—preguntó el obispo, que, a pesar de su evangélica mansedumbre, no podía sufrir la prolongación de aquel misterio.

—Don Diego, ese perro ha debido traer consigo la carta del Infante Don Alfonso.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! No preguntes, no indagues más—exclamó el obispo con desconsuelo—. Tú no sabes que *Luzbel* ha venido acuchillado, sin duda por los que le han arrancado la carta; y cuando para conseguirla han acudido a la fuerza, señal de que les importaba mucho su adquisición, señal de que eran enemigos. Pero ¿cómo, cómo Ramiro ha ido a fiar al perro mensaje tan importante? ¿Cómo el anciano don Arias, Rosendo el escudero...?

—Hermano, veo que estás en un error, y siento, por nuestro santo patrón, tener que desengañarte. Las heridas las ha recibido el perro antes de habersele encomendado la carta; y cuando caballeros tan valientes como don Arias, escuderos tan fieles como Rosendo y pajes de tantos humos como Ramiro se han visto en la precisión de fiar el mensaje al instinto y a la ligereza de un bruto, es señal...

—Es señal—repitió el prelado, sollozando—, es señal de que todos han perecido.

—Todos, no; uno se ha salvado.

—¡Uno! ¿Ramiro, por ventura?

—Eso es lo que no puedo decirte; sólo sé, porque ha venido a decírmelo un picapedre-

ro, aprendiz de maese Sisnando, que al retirarse a la ciudad él y otro compañero vieron pasar unos jinetes, que le parecieron ser gente de Ataulfo *el Terrible*; por curiosidad, los siguieron algún rato con la vista, y observaron que arremetían con dos peregrinos.

—¿Dos solamente?

—Dos nada más; los cuales se defendieron con bravura hasta que después de un rato cesó la lid, y vieron pasar por el camino un perro, que conocieron ser el *Luzbel* que te había acompañado aquella tarde a la obra. Llevaba en los dientes un rollo de pergamino, y, al pasar junto a los tales aprendices, como hiciesen alguna mención de llamarlo, el perro, que venía huyendo, todavía apretó más el paso. Hallábame cerca de la puerta Fagaria, y, habiendo interrogado a los que allá están de centinela, hanme asegurado que vieron pasar a *Luzbel* con una cosa en la boca, que no supieron distinguir. De allí en adelante no hemos sabido de él hasta su entrada en el palacio.

—Y tú, ¿qué has hecho? ¿Cómo no has salido en persecución de los facinerosos? ¿Cómo no has acudido al sitio de la catástrofe? ¿Cómo no has averiguado qué camino ha traído el perro? ¿Quién le ha visto pasar de los muros acá? ¿Dónde se ha detenido?

—En primer lugar, te diré que, al ir a cabalgar para perseguir a los malhechores, recibí un recado de tu parte para que me llegase aquí al momento, y mandé en mi lugar, con cinco lanzas, a Menendo Núñez, lo cual creo enteramente inútil, pues que las tierras del bárbaro Ataulfo lindan con las nuestras; y con respecto del mensaje, te suponía tan cansado de tenerlo, como yo de sufrir la mala vecindad del ricohombre de Altamira.

—¡Todo sea por Dios!—exclamó el prelado, con abatimiento—. ¡Ah! No sabes, Gundesindo, y eso que nadie tiene obligación de saberlo más que tú, no sabes cuántos enemigos tengo en la ciudad, en esta misma casa; y si a su poder llega esta carta, en que el Príncipe y el conde de Trava explicarán francamente sus proyectos... ¡Oh! ¡No sabes tú, Gundesindo, los perjuicios que pueden seguirse a la causa que defendemos!

—Puede ser que *Luzbel* haya entrado en Palacio con el pergamino. Y si está aquí dentro el raptor, cerraremos las puertas, y...

Dejémosles en sus pesquisas y averiguaciones, y si al lector le place, tomaremos otro camino más recto del que el obispo y el gobernador inútilmente siguieron.

CAPITULO II

Que trata de grandes y temerosas aventuras.

Los honrados vecinos de Compostela se recogían en aquellos tiempos con el sol; rezaban sus oraciones, cenaban en santa paz, se tendían en lecho de paja o de plumas, según las comodidades de que podía disfrutar cada cual, y dormían hasta el alba. En invierno, solían velar las viejas de cada barrio en el zaguán o cocina más espacioso de la vecindad, y allí, al compás de las calbaldaduras que ronaban y al rumor de los bueyes rumiadores, al amor de la lumbre con helechos y hojarasca siempre alegremente entretenida, se hilaban sendos copos de lana, y se referían horribles cuentos de brujas y aparecidos hasta que la queda sonaba, en cuya sazón la velada y las historias se suspendían, y hasta los más trasnochadores se retiraban a casa, de donde no volvían a salir ni a dos tirones.

Reinaba, pues, el mayor silencio en la ciudad un poco después de añochecido, cuando un anciano, tan corto de cuerpo como largo de manos, de fisonomía alegre y maliciosa, animada por cierto fuego de juventud o de talento que brillaba en sus ojos garzos y atrevidos, se separaba del obispo, de vuelta de Santa María de Canogio, dejándole a la puerta del palacio, y besándole, más por costumbre que por respeto, el anillo pastoral. Vestía largo ropón blanquecino con orlas de piel, y la cabeza mostrábala embutida en una especie de montera de nutria, que le tapaba las orejas y el cervigullo.

Tomó el camino de la puerta Fagaria con mayor cuidado del que trajera, a causa de la completa oscuridad de las calles, pues entonces no había más faroles que las estrellas del cielo, cuando no estaba nublado, ni más empedrado que la viva roca de los cimientos. Al descender de la eminencia en que la catedral descuellaba, el buen anciano ponía sus cinco sentidos en evitar ahora un tropiezo y luego un charco, un resbalón aquí y un poste acullá, cuando de repente, y no sin estremecerse de pies a cabeza, vióse abrazado por un bulto. Creyó que fuese algún ladronzuelo que su buena suerte le deparaba para proseguir el viaje más aliviado de ropa y de bolsillo; pero el miedo no fué tal que le impidiese conocer que el abrazador no era persona humana, sino un enorme perro, el alano *Luzbel*, que se había hecho amigo suyo por la concomitancia con el obispo.

—¡Vaya, vaya con las fiestas que tiene ese

camello!—dijo para sí el alarife Sisnando—. No vales tú ni tu amo el susto que me has dado. Anda, anda a casa, que para guardián de convento no das pruebas de muy edificante conducta a quien en tales horas por aquí te vea.

Por obra rechazarle quería, como de palabra le despachaba, cuando reparó en un pergamino enrollado que el perro en la boca tenía, y con el cual, al parecer, le convidaba. Hízole entonces mil caricias el arquitecto, pasándole la mano por el lomo, llamándole luego afectuosamente por su nombre, y sin mucha dificultad pudo arrancarle la presa. Pareciéndole cosa que algún importante misterio encerraba, por haber tentado los sellos del pergamino, guardóselo en el ropón y prosiguió el camino de su casa, que caía cerca de la puerta Fagaria. Hallábase a la sazón maese Sisnando en un gran descampado que se extendía desde la fachada de la catedral a las calles inmediatas, y como viese que el alano le seguía, dándole a entender acaso que si por deferencia a su amistad le había dejado ver el mensaje, no podía abandonarlo, no se pagó de tanta cortesía y lealtad, y le despachó, primero con buenos modos y luego a puntapiés, y cuando le vió subir la cuesta cabizbajo, y tal vez arrepentido de su generosidad, con tal ingratitud correspondida, el maestro de obras apresuró el paso y llegó a su casa ansioso por saber cuyo fuese aquel pergamino que guardado traía.

Abrióle la puerta uno de los aprendices que le servían, mozo listo y tan suelto de piernas como de lengua, al cual le faltó tiempo para referirle menudamente lo que el lector ha visto en boca de Gundesindo Gelmírez. La relación del aprendiz fué un nuevo acicate para la curiosidad del maestro.

—¿Has venido a casa en seguida?—le preguntó éste.

—Sí, señor, menos un poco que con mi compañero me he detenido en casa de Mingo, el tabernero.

—Y allí, por supuesto, habrás contado...

—Sí, señor; tanto mi compañero como yo hemos referido todo a los parroquianos de la taberna; allí hemos sabido que los acometedores eran escuderos de don Ataulfo el Terrible.

—¡De don Ataulfo!—exclamó el alarife—. Sal, hermano, sal inmediatamente a dar parte de todo al gobernador de la ciudad.

—¡De todo! ¿Hasta de que os veo las manos teñidas con sangre?—dijo el aprendiz, con malicia.

—¡Bribonzuelo!... ¡Demasiado sabes tú lo que has de callar!

El aprendiz salió a cumplir sus deberes de buen ciudadano, informando a la autoridad de lo que había presenciado en el camino, y tornó después a casa, donde halló al maestro, que se había lavado cuidadosamente la mancha de sangre.

—Mañana—le dijo el arquitecto—, ni tú ni yo podemos ir a las obras; yo, porque voy a ponerme enfermo y a pasar dos o tres días en cama; tú, porque tienes que cuidarme... andando por esas calles y por estos contornos como un azacán, llevando recados a unas cincuenta personas cuyos nombres te daré.

—¡Cincuenta recados a otras tantas personas!... No me afiijo, en verdad, por las piernas, sino por la memoria.

—Yo, que conozco la falta que de ella tienes—repuso el alarife—, he tenido buen cuidado de reducir tan sólo a dos palabras la comisión.

—Con todo, sendas dos palabras a los cincuenta componen cien palabras, y cien palabras un sermón que así se me quedará en el magín como los que predica el obispo.

—Pero yo, que no ignoro tu pícara, tu perversa memoria, he dispuesto que a todos les digas una misma cosa.

—¿Las dos palabras a todos?

—Ni más ni menos.

—¡Diantre! Pues ya veo que no he menester sudar para decorar el recado.

—Para decorarlo, no; pero si te has de ver con todas las personas a quienes has de darlo..., no te arriendo la ganancia; pues desde ahora te anuncio que tienes que recorrer toda la comarca y todas las categorías; desde el noble hasta el villano, desde el cardenal hasta el monje.

—¿Y qué recado o qué dos palabras son ésas, señor maestro?

—*Ave María*.

—¿Nada más que *Ave María*? Pues entonces van a creer que les pido limosna.

—¿Qué mal os vendrá a ti y a Mingo, el tabernero, si recoges algún sueldo?

—¿Conque de parte de maese Sisnando, que... *Ave María*?

—Justamente.

—Y si los grandes señores no quieren recibirme, ¿digo las palabras a sus pajes o escuderos?

—Guárdate bien de ello. Si los nobles, cardenales o canónigos saben que vas de parte mía, verás como ninguno te hace esperar mucho tiempo.

—¿Y qué significa eso, maestro?

—Eso significa que si haces otra vez esa pregunta, o si tu falta de memoria no llega al extremo de que te olvides de la comisión apenas la hayas terminado, o tu torpeza al punto de tomar una persona por otra, puedes contar con que en vez de picar piedra en Santa María de Canogio, haremos de tu carne un picadillo.

—¡*Ave María*!

—Devoto eres, hermano; pero hasta la devoción tiene sus reglas, y acabo de darte las que mañana han de regirte.

Tres días o tres noches después de estos sucesos, armada de farol de pergamino, una reverenda dueña de negras tocas y de negro talle y apariencia, con tantos dientes de menos en la boca como pelos de más sobre los labios, con la rueca en la cintura y la mano izquierda en un relicario de bronce, pasada la queda, salía de la velada para dirigirse a su casa cerca de San Fis.

Seguía otra mujer que, arremangadas las haldas hasta la cabeza, cubriase con ellas de tal modo, que sólo dejaba una pequeña abertura por donde escasamente podían pasar los rayos visuales.

—Munima—dijo la primera, volviendo la cara—, vete delante, hija mía, y no te acuerdes ahora del cuento de las ánimas que venían arrastrando cadenas, ni del muerto que se levantó del ataúd, que aquí llevo yo el relicario que merqué por dos maravideses a un peregrino de Jerusalén.

Munima pasó delante sin mostrar temor alguno, y con todo su afán de taparse no podía encubrir un continente gallardo y un talle delicado, que se marcaba más todavía por los anchos pliegues de la falda levantada. Si a esto se agrega unos pies lindísimos, calzados en zapatos de punta redonda con hebilla, que pudieran servir muy bien para una niña de diez años, y el andar suelto y gracioso de la corza, no necesitamos ver a la tapada para asegurar que no sería de la misma catadura que su compañera.

—Mira, Munima—tornó a decir ésta—; para no acordarte de todas esas visiones, vete pidiendo a Dios que te libre de ellas.

—Bien está, madre Odoaria—replicó la delantera, con una voz dulce y sonora—; rezaré todo lo que os plazca; pero llevo otras cosas en que pensar para acordarme de cuentos.

—Es que a las doncellas les suele afectar mucho cualquier cosa de ésas. Bien es verdad que son tan espantables...

—Madre Odoaria, más espantables son algunas otras que pasan todos los días y de que apenas se hace caso.

—Tienes razón, Munima; ¡figúrate si es cierto lo que cuentan del paje!

La joven no contestó; pero sin poder remediario, detuvo sus pasos y exhaló un suspiro.

—¿Qué es eso?—prosiguió la anciana—. ¿Ves algo? Mujer, no vayas tan delante; no te separes de mí, que yo llevo el relicario y quiero que a las dos nos aproveche.

—Vamos aprisa, aprisa—dijo, a la sazón, una voz ronca que salía de las tinieblas—; vieja charlatana, haga por llegar pronto a su casa, si no quiere que la envíe antes con antes al infierno.

—¡Munima!—exclamó, trémula y desfallecida, la vieja del farolillo.

Munima la cogió del brazo para defenderla y hacerla apresurar el paso.

No habrían andado mucho, cuando una oscilación violenta del farol dió a conocer a la joven que su madre estaba acometida de nuevos terrores.

—¡Buen garbo!—dijo, a la sazón, un embozado que estaba arrimado a la pared—. Con la mitad de lo que aquí va, quedo contento.

—¡Munima!—tornó a decir la vieja, sin aliento.

Munima siguió silenciosa y animando a su madre con un apretón de brazo; y al coger el farol, que iba a perecer abrasado si permanecía un minuto más en las manos temblorosas de su madre, otro embozado se le puso delante y apagó la luz de un soplo.

—No hay que asustarse, madre—dijo Munima—; estamos ya cerca de casa.

—¡Adelante, adelante!—les dijo otra voz distinta de las anteriores.

Por fortuna, había allí una imagen de la Virgen alumbrada por una lámpara, a cuyo resplandor la joven vislumbró la puerta, y metiéndose por charcos y lodazales, llegóse a ella, abrióla de un empujón, y cuando estuvo dentro dió un gran suspiro, como para desahogar el oprimido corazón, y tendió los brazos a su madre, que acaso sin este auxilio hubiera caído desplomada.

—¡Echa la llave, mujer, echa la llave!—dijo Odoaria, después de vuelta en sí—. No torno a salir contigo de noche.

—¡Conmigo! Pues sin mí, ¿qué habría sido de vos, madre mía?

—Que hubiera venido tranquila y sosegada como todas las noches con nuestra vecina Nuña; pero como la pobre acaba de fallecer, he tenido que decirte que me acompañes, y he ahí cómo purgo mi falta de sacar de casa una doncellita de veinte años,

más hermosa que unas pascuas y más derecha que un huso.

—¡Jesús! Señora, las madres siempre están soñando con visiones o con galanes.

—Pues ¿qué apostamos que todos esos embozados son hidalgos que te rondan y que luego se descolgarán con una música divina que rematará en cuchilladas?

—Será lo que vos decís; ¿pero quién piensa en galanteos ni en música ahora?

—Ahora mejor que nunca, ¡puesto que Ramiro falta!

—Ramiro, señora, me ha mirado siempre como una hermana; éramos vecinos, nos hemos criado juntos..., y, sobre todo, si Ramiro falta, ¿quién osará arrancarle de mi corazón?

—Vamos, no te pongas a llorar ahora. ¿Quién dice que sean ciertas las noticias que corren? ¿Qué se sabe hasta ahora? Que don Arias ha muerto acuchillado en el camino de Padrón; que Rosendo pereció días antes de la misma manera; pero Ramiro no aparece, lo cual prueba...

—Que no se ha encontrado su cadáver.

—O que no se hallaba en las refriegas por haberse quedado en la corte del Príncipe.

—¿Y el perro, madre mía? ¿El perro, que ha vuelto herido, tal vez por defender inútilmente a su amigo el paje?

—Vaya, vaya; hasta ahora nada se sabe. Mañana se celebrará el juicio de Dios y el Señor nos lo dirá. Entre tanto, no hay que afligirse, que, a Dios gracias, joven eres, hermosura no te falta, discreción te sobra, dote tu padre te lo va juntando, y galanes Dios te los ha de dar. Vamos a la celosía, vamos, que yo quiero saber el fin de la aventura.

—¿No será mejor que recemos y que cenéis, como de costumbre?

—Luego, luego; el principal deber de una madre es saber quién ronda a su hija.

—¡Dale con las rondas! ¡Pero si no es a mí!...

—Eso lo veremos, Ven; no me dejes sola, que aunque yo no soy nada miedosa, cosas nos han sucedido esta noche que darían pavor al mismo Cid. Tú nada, siempre tan firme... Ya tienes a quien parecerte, que tu padre cuando era escudero de don Bermudo de Moscovo...

Munima subió a tientas las escaleras hasta el primer piso, llevando a su madre a la reja, que estaba abierta de par en par, y ella se sentó al pie, vuelta la espalda a la calle con la mano en la mejilla.

—Mira, mira si decía yo bien—murmuró

la vieja con misterio—; ahí tienes un embozado enfrente de casa.

Munima parecía no haber prestado atención a las palabras de su madre.

—Y es devoto—proseguía ésta—; al pasar delante de la Virgen se quita el sombrero, o gorro, o bonete, que no se le distingue bien; dice ¡Ave María! ¡Calla! se mete en la casa de enfrente. ¿Pues esa casa no estaba deshabitada? ¿Quién se alojará en ella de ayer a hoy? ¿Has visto entrar muebles? Muchacha, ¿qué haces ahí? ¿Te has quedado dormida? Te preguntaba si en la casa de enfrente, donde vivía maese Sisnando, el arquitecto, has visto entrar muebles de ayer a hoy.

—No me he asomado a la reja.

—Pues habitada debe estar, porque acaba de entrar en ella un embozado. Cállate; ¡ya viene otro! Ese sí que es por ti. Apuesto a que saca un laúd de debajo de la capa, y... ¡bizarro parece! Tan devoto como el primero; también se quita la gorra..., lo mismo que el otro; ¡Ave María!, lo mismo que el otro; se mete en la casa, lo mismo, lo mismo que el anterior. Señor, ¿es posible que no hemos de saber quién se ha mudado a la casa de maese Sisnando? ¡Oh! Si viviese Nuña, ¡cómo daría yo ahora tres golpes en el medianil y saldría ella volando a la ventana! ¡Para que dejase de saber nuestra vecina, a las ocho de la noche, quién se había mudado a la casa de enfrente, cuántos de familia, si eran nobles o villanos, qué comían, qué cenaban!... Todo, todo lo averiguaba ella en un decir Jesús. ¡Munima, Munima, otro embozado! Señor, ¿qué puede ser esto? Mujer, ¿estás muerta? Levántate; mira, mira, ¡también se quita el sombrero! ¡También dice Ave María! ¡También entra en la casa! ¿Qué casa es ésa? ¡Qué escándalo! ¡Tres embozados! Pues calla, que ya son cuatro, ¡Munima!

Esta vez no fué posible a la doncella permanecer indiferente. Su madre la cogió con ambas manos, obligándola a levantarse.

—Madre Odoaria—le dijo—, vamos a rezar, que los muertos no esperan, acaso, tan cómodamente como los vivos.

—Mujer, ten paciencia, que estoy viendo aquí cosas con las cuales tengo tela cortada para entretener a las vecinas todo un invierno. ¡Figúrate tú que van cinco embozados..., sin contar con el que llega!

Munima observó, en efecto, que, uno tras otro, aparecían muchos bultos, que haciendo una misma ceremonia delante de la imagen, y pronunciando con cierta misteriosa entonación unas mismas palabras, entraban en la

casa que, según informes de Odoaria, acababa de pertenecer a nuestro conocido alarife.

Como todo tiene fin en este mundo, llególe también el suyo a la procesión de embozados, y la madre y la hija se retiraron de la celosía, aquélla haciéndose cruces maravillada de cuanto había visto, y ésta con aire triste y pensativo.

Dirigieronse a oscuras a la cocina, y Munima se arrodilló en el hogar para encender un candil, y mientras soplabla para sacar llama de los tizones, la vieja decía:

—Pero ¿qué piensas tú de esto, Munima? Cosa de amores no puede ser—proseguía, sin aguardar la respuesta—; de brujería... ¿Quién sabe? Pero todos los embozados, todos, sin dejar uno, buen cuidado tenían de saludar a la Virgen y de rezar un Avemaría.

—Harto será—dijo la joven, levantándose con el candil encendido, a cuya luz se descubrió un semblante tan modesto como hermoso—; harto será que no tenga que ver esta aventura con la desgracia de los peregrinos. Vivimos en unos tiempos, madre mía, en que no sirve que los hombres profesen una misma religión, hablen un mismo idioma y vivan en un mismo pueblo, para dejar de hacerse la guerra y de aborrecerse como infieles y cristianos. Vamos a rezar, madre Odoaria porque al acercarme a la lumbre he sentido un olorillo como de resquemado y se me figura que la cena se ha pasado.

—Mujer, con estas cosas, yo no tengo gana de abrir la boca. Pero échale un poco de agua al guisado, que sería lástima que se acabara de perder.

Hízolo así la bella Munima, y en seguida se pusieron a rezar de rodillas, la joven con fervor y aun con lágrimas, y la anciana mirando con frecuencia los pucheros, apartándolos de la lumbre, o volviendo a arriarlos, según el hervor le parecía más o menos sonoro y profundo.

De repente fueron interrumpidas por tres golpes que sonaron en la puerta de la casa.

—¡Llaman aquí! — exclamó, con terror, Odoaria.

—Sí, señora; en casa es.

—¡Oh! ¡No abramos!...

—¿Por qué no? ¿Quién sabe si vendrán a darnos alguna buena noticia?

—¡A estas horas! ¡Buena noticia! ¿De quién?

—De mi padre; de Ramiro... ¿Qué sé yo? ¡Las hemos recibido tan malas!... ¿Oís? Segunda vez, y más fuerte y más aprisa.

—Podrá ser la Justicia.

—¡Oh! Si Ramiro pareciese..., no dejaría de pasar por aquí, aunque fuese a medianoche, para sacarnos del cuidado; ¿y si es mi pobre padre, que suele dar sus vueltas de improviso?

—¡Vamos, vamos, pues! Quienquiera que sea, poca paciencia tiene, según redobla los golpes.

Acudieron a la puerta, que estaba a piso llano de la cocina, y Munima, con la impaciencia, iba a correr el cerrojo.

—¡Mujer!...

—¿Qué tenéis?

—Mira lo que haces.

—¿Pues?

—Vas a abrir sin preguntar.

—Abrid presto, con dos mil de a caballo—dijeron de afuera.

—Madre, ¿abrimos?—preguntó la doncella, tristemente, cuando vió que la voz no era conocida.

Y apartó la mano del cerrojo.

—¡Jesús! Trazas tiene de ser la Justicia, según los malos modos con que viene.

—¡Abrid, voto a bríos!—repitió el de afuera, dando una patada en el suelo.

—Yo conozco esa voz—dijo Odoaria, en tono de duda—; vamos, acaba de una vez, sea lo que Dios quiera.

Abrió la puerta Munima, y entró, bufando de cólera, un embozado de baja estatura, cubierto con una montera de piel.

—¿Pensabais tenerme al sereno, como longaniza? ¡Pesía a tal!...—dijo el entrante, con voz hueca y destemplada.

—¿Quién sois? ¿Qué queréis?—le preguntó Munima con entereza, viendo que su madre no estaba en disposición de abrir los labios, ni de moverse.

—A la cocina, a la cocina, que en el zaguán a ningún huésped se recibe—contestó el embozado.

Y diciendo y haciendo, guiado por el resplandor de los tizones y por el olor de la cena, se metió de rondón en el hogar y se sentó en un escaño. Poco después llegó la doncella con el candil en una mano y asiendo con la otra a la madre, que, maquinalmente, la seguía.

—¡Caballero!...

—Soy más llano—dijo el intruso, desembozándose—; llámome maese Sisnando a secas, arquitecto del obispo, nuestro señor, a quien Dios guarde.

—¡Maese Sisnando! ¡Nuestro antiguo vecino!—exclamó la vieja, más tranquila—. Nadie mejor que vos puede sacarnos de la curiosidad en que estamos acerca de unos embozados...

—¡Nadie mejor que yo! ¿Por qué?—preguntó el alarife, enarcando las cejas y clavando sus verdes ojos alternativamente en sus dos interlocutoras.

—¿Por qué? Como en la casa en que han entrado fué en otro tiempo vuestra...

—Y como ya no lo es, ¿qué diablos he de saber yo?... Justamente mi venida no tiene otro objeto que el de averiguar lo que habéis visto. Porque..., Dios me libre de levantaros el falso testimonio de falta de curiosidad en ocasión tan solemne.

—Sí que lo hemos observado todo, maese Sisnando; ¡no faltaba otra cosa! Hemos visto uno, dos, tres, cinco, veinte embozados, que entran muy devotos...

—Justamente. ¿Y sabéis que eso me huele a brujería?

—¡Ave María Purísima! Pero ahora recuerdo que brujos no pueden ser cuando saludaban a la Virgen y decían esas palabras que yo acabo de pronunciar.

—No lo dudéis, Odoaria, no lo dudéis; también el diablo toma a veces la apariencia de un santo ermitaño, o se viste de morje y reza en el coro, y se mete por las iglesias, donde suele hacer su agosto, y no por esto deja de ser tan diablo como el que tiene barbas de chivo y patas de jumento...

—Tenéis razón; lo que es en eso tenéis razón.

—Brujos o duendes son, madre mía—repitió el alarife—, y vuestra obligación es ir mañana por la mañanita al palacio del obispo y darle parte de todo, para que venga con hisopo y agua bendita a echar un asperges a esa maldita casa, de la cual os aseguro que me salí, madre Odoaria, por ciertos ruidos de cadenas que sonaban a cosa de medianoche, arrastrando..., arrastrando..., con un olor de pez... ¡Uf!

—¡Jesús! Brujos son, no tiene duda. Pero ¿cómo no habéis dado parte vos al santo prelado?

—Pues ahí está la cosa, madre. A mí no me cree, porque me tiene, así, por mal cristiano; pero si una tan santa y respetable mujer como vos lo sois, va al señor obispo y le cuenta todo..., no dejará de creerlo, vendrá aquí con los exorcismos, limpiará la casa de trašgos, duendes y fantasmas y volveré a ser vecino de la buena Odoaria. Ahora no os diré yo que los tales duendes os dejen sosegar después, porque suelen ser rencorosos y vengativos...

—¡Maese Sisnando! ¡Tenéis razón! ¿Y si por sacar los enemigos de una casa los meto en la mía?

—Eso vos lo arreglaréis con vuestra con-

ciencia; yo he cumplido con la mía. Conque buenas noches, madre, y no dejéis de encomendarme a Dios en vuestras santas oraciones.

Embozóse hasta los ojos el arquitecto, se caló bien la gorra de nutria, y con grave continente salió de la cocina. Acompañábasele Munima alumbrándole, y, al llegar a la puerta de la calle, le dijo, con sencillez:

—Decidme, maese, así Dios os libre de trasgos y fantasmas: ¿esos brujos tendrán alguna noticia de Ramiro?

—¡Hem!—murmuró el alarife, volviendo súbitamente el rostro para fijar sus penetrantes miradas en la doncella.

—Digo que... si sabrán esos duendes algo... acerca del paje del obispo—repitió Munima, candorosamente.

«¡Diablo de muchacha!», exclamó para sí el maese.

—Hija mía—prosiguió en alta voz—, no os aconsejo que vayáis a preguntárselo.

—¿Por qué?

—Porque si a los duendes les parecís tan bien como en este instante a cierto alarife, discurre que no os dejarían salir tan fácilmente de la casa hechizada.

La joven bajó los ojos modestamente, y el arquitecto se fué diciendo entre sí:

«Sencilla es, por demás, o por demás, discreta. ¡Y qué hermosa!... Orgullo tengo de que sea villana.»

Munima, entretanto, haciendo como que cerraba, apagó la luz, y por un pequeño claro de la puerta se puso en observación del que se marchaba, y, después de un rato, pasó el cerrojo silenciosamente y se volvió a la cocina diciendo:

—No entra, no; es demasiado astuto para no presumir que puedo quedarme en acecho, pero no lo ha sido bastante para engañarme. ¡Oh! ¡Esas manchas de sangre en su ropón!... ¡Y hasta se me figura que en él he visto estampadas las pezuñas de *Luzbell!*... ¡Oh! ¡Dios mío, Dios mío!... Pero no conviene alarmar a mi pobre madre.

Apenas vio ésta entrar a su hija, comenzó a santiguarse con tal precipitación, que su mano parecía un aspa de molino de viento.

—¡Válgate Dios por cosas!—exclamaba al mismo tiempo—. Así pienso yo en abrir los labios como en tornarme judía. No, sino vete con el cuento de los brujos al obispo, para que luenga procesión de fantasmas tome la puerta de la derecha por la de la izquierda, y se me encajen aquí... Munima, Munima, puertas y ventanas a cal y canto se cierran; cenemos si te place, y acostémonos con el relicario de bronce debajo de la almohada, y

delante del santo Apóstol de plomo una lámpara quedará encendida.

Los sustos y los miedos de Odoaria no fueron parte para que dejase de cenar por sí y por su hija, que no probó bocado, pues estaba suspensa por demás e imaginativa.

—Madre Odoaria—dijo la doncella mientras su madre engullía las tajadas, quejándose a la par de los duendes y del resquemó—, ¿queríais mucho a Ramiro?

—¡Qué pregunta! Estás empeñada en quitarme la gana de cenar. ¿Pues no he de quererlo al pobrecillo? ¡Como a mi hijo!

—¿Y que haríais por él, madre mía?

—¡Jesús, María y José! ¿Qué no haría yo por el hombre a quien teníamos tu padre y yo entre ceja y ceja para marido tuyo? Pero ¿a qué vienen al caso semejantes preguntas?

—Vienen al caso, madre querida, de que vais a permitirme que no me acueste tan presto, y que sin luz en el cuarto esté asomada a la reja de la calle, porque se me figura que toda esa tramoya de embozados y duendes tiene mucho que ver con las desventuras de... vuestro hijo Ramiro—dijo Munima, entre compungida y ruborosa.

—¿Estás es tu juicio? ¿Sabes que no sirven rejas ni ventanas contra los espíritus malignos?

—Por lo mismo, tampoco sirven las paredes, y tan segura me considero de ellos en la celosía como en la cama.

—No te permito si no te quedas con el relicario—repuso la buena madre, quitándosele de encima.

—Bien, madre Odoaria, bien; quedaos vos con el Santiago de plomo.

—Yo, si no tuviera tanto sueño, te acompañaba..., y luego no es lo mismo saber que se está observando a brujos que a galanes.

—Recogeos, madre mía, que luego lo haré yo.

Algún trabajo le costó a Munima vencer la repugnancia y el miedo de su madre, y no se separó de ella hasta dejarla dormida. Acudió luego, rebozada en un manto negro, a la reja del cuarto, que estaba completamente oscuro; notó el más profundo silencio en toda la calle, la lámpara de la Virgen apagada, la noche como boca de lobo; ni ruido, ni luz en la casa de enfrente; ni el menor indicio de lo que acababa de pasar, de lo que la discreta doncella había sospechado.

¿Cómo podía dudar, sin embargo, de que los que allí se reunían en las tinieblas, en horas en que ningún vecino honrado salía de su casa, no procedían con recto fin?

La visita de Sisnando, su empeño en per-

suadir a la pobre vieja que fuese a dar parte de las visiones al prelado, para concluir precisamente desviándola de semejante propósito...; la sangre, la sangre impresa en el ropón blanquecino del alarife y la marca de las pezuñas, la sorpresa y suspensión del anciano cuando le habló de Ramiro; todas éstas eran pruebas que juntas producían una convicción íntima en el ánimo de Munima, agitada, además, por un secreto instinto que le advertía que los autores de las desgracias del paje querido de su corazón se hallaban allí a pocos pasos de donde ella estaba.

De repente atrajo sus miradas un débil rayo de luz inmóvil, al parecer, en el fondo de la calle. Calculó Munima que debía salir de una rejilla o respiradero del sótano de la casa misteriosa, y que, de consiguiente, allí estaban congregados los enemigos de su amante. ¡Qué idea tan atrevida le asaltó la imaginación! A pocos pasos de su casa se estaba tratando quizá de la suerte de Ramiro... Si osaba darlos, salía de la cruel incertidumbre que la devoraba. Pero ¡abandonar la casa!... ¿Y era, por ventura, abandonarla pasar en silencio a la de enfrente y ponerse a escuchar a pocos pasos de la puerta y sin perderla de vista?... ¿Y por quién se arriesgaba? ¡Por Ramiro, por el amigo de su infancia, por el escogido de sus padres, y antes que de sus padres de su propio corazón!

¿Y no era posible que descubriese, al mismo tiempo, alguna maquinación contra el prelado? Y en este caso, ¿no era un deber aprovechar aquella ocasión que se le brindaba?...

¡Cuán fácilmente cedemos a las inspiraciones mal seguras de la conciencia cuando vienen en ayuda de nuestras naturales inclinaciones!...

CAPITULO III

De lo que vió y oyó Munima, que es ni más ni menos lo que podrá ver y oír el que esté capítulo leyere o escuchare.

Cabe una reja circular que, a flor de tierra, servía de respiradero a los sótanos de la casa misteriosa, Munima estaba poco después arrodillada, envuelta en su manto de estameña y en el negro velo de las tinieblas tendido sobre el fondo de la angosta y silenciosa calle.

Apenas aplicó el oído a los pequeños in-

tersticios que dejaba una cubierta de mimbres toscamente entrelazadas con las barras de hierro, llegó a percibir hondo murmullo y confusa vocería de las distintas personas que con abandono y animación en el profundo aposento departían. Estimulada con aquel descubrimiento, trató de hacer mayor la abertura, separando primero los mimbres y arrancándolos luego hasta dejar un hueco por donde casi pudo introducir la cabeza, llegando a distinguir las palabras con toda claridad. La reja, en efecto, estaba situada en el arranque de una bóveda y acústicamente del modo más favorable para la doncella, la cual no podía contentar sus ojos como satisfacía sus oídos. El grueso de la pared y lo profundo del aposento impedíanle observar a su gusto lo que debajo pasaba, y con toda su diligencia, curiosidad y perspicacia, sólo pudo alcanzar a ver algo de lo que enfrente de ella y en el extremo del cuadro se columbraba.

Era el sótano una especie de sala cuadrilátera, confusamente iluminada por una lámpara que de la clave pendía. Al través de la atmósfera pesada y nebulosa que allí reinaba, vislumbró Munima desde su elevado punto de vista una multitud de monteras y capacetes, de tocados árabes y de cogullas cristianas, de bonetes clericales con puntas, de bonetes redondos militares, a semejanza de nuestros modernos sombreros chatos y sin ala; gorros diminutos de velarte, celadas con grifos por cimera, y entre toda aquella diversidad y confusión cautivó sus ojos, desde luego, una montera de nutria, tan conocida del lector como de Munima.

Al reparar en maese Sisnando, olvidóse de sí misma, de la casa, de la madre, del mundo entero, y cubriendo toda la reja con el manto para que ni un eco ni una sílaba se le escapara, como si en un confesonario estuviera, viendo algo y escuchándolo todo, permaneció largo rato en aquella postura, sin sentir el intenso frío de la noche, la escarcha que caía, sin saber siquiera dónde se hallaba.

Infrió Munima que el alarife acababa de entrar por distinta puerta de la de todos, porque, rodeado por sus amigos con bastante desorden, le dirigían a un tiempo mil preguntas, enderezadas a manifestar el temor y la extrañeza en que su tardanza les tenía; pues él era quien había provocado la reunión y de él esperaban saber la causa de aquella junta extraordinaria.

Para explicar el arquitecto su demora, tuvo que referir gran parte de lo que el lector ha visto y adivinado en el capítulo precedente,

sacando a colación algunas veces a Munima, que no perdía una de sus palabras. Observó la doncella, no sin cierto vago temor, que al aludir a ella maese Sisnando llamábala hija de Pelayo y que el nombre de su padre parecía ser entre aquella gente conocido y respetado.

Satisfecha ya la curiosidad de los unos, sosegado el pecho de los otros y desvanecidos los recelos de los más desconfiados, poco a poco fueron desapareciendo del corro y sentándose alrededor de la sala, y los que estaban enfrente de la reja tenían todo el talante de deliberar tranquila y gravemente. En el rincón de la izquierda vió Munima a Sisebuto Ordóñez, cubierto de malla de pies a cabeza, con rostro franco, pero desabrido, poblado de barba más áspera que el lomo de un jabalí; a su lado estaba un clérigo flaco y macilento; seguían luego algunos monjes, no de tan mal año como el clérigo, y en medio de ellos un caballero bizarramente vestido con una especie de turbante que le engarzaba el rostro, de fisonomía dulce, pero de altiva mirada, con la cual parecía estar desdeñando todo cuanto sus ojos alcanzaban. La hija de Pelayo no le conoció; pero el lector acaso se habrá figurado que era el conde de Lara.

Delante de aquella fila, un caballero sentado al lado de una mesa, que parecía ser la de la presidencia, puestos ya todos en orden, comenzó un discurso que amenazaba ser largo según el exordio; pero afortunadamente para la junta, el señor preboste se cortó a las primeras palabras, y aunque trató de anudar el hilo de la oración, era éste tan frágil y escurridizo, que a cada frase se le soltaba, lo cual parece que no consistía en otra cosa sino en que traía el discurso decorado.

Estaba reducido a manifestar que el rico-hombre de Altamira, a quien correspondía la presidencia, no podía asistir a la reunión por hallarse emplazado por Gundesindo Gelmírez para comparecer en el juicio de Dios que al siguiente día se celebraba, en averiguación del atentado cometido con los peregrinos cerca de Santa María de Canogio; pero que él, en nombre de don Ataulfo, tomaba sobre sus hombros la pesada carga de la presidencia, confiando en lo que hipócritamente confían todos los presidentes del mundo, en la prudencia, en el buen juicio, que nadie mejor que ellos sabe cuánto escasean en todas las asambleas deliberantes. Esto dijo, o por lo menos esto quiso decir Arias Díaz, que así se llamaba el orador, después de lo cual añadió, improvisando con

más fácil y corriente estilo, que maese Sisnando debía dar cuenta a la hermandad del motivo que había tenido para convocarla, el cual no podía menos de ser grave, cuando un villano como él hacía pasar una mala noche a tantos venerables eclesiásticos y nobles caballeros como allí estaban reunidos, sin contar con los honrados plateros, curtidores, carniceros, armeros y demás gente ruin y menuda que también asistía.

—Ante todas cosas—dijo el conde de Lara—, sépase y téngase muy presente que yo no quiero presidir la junta, porque estoy muy de paso en Santiago: he llegado ayer, y no quiero permanecer mucho tiempo en tierra enemiga; si no, ¿quién podía disputarme la presidencia, dado que me dignase aceptarla? ¿Quién hay aquí que presuma ser más que el conde de Lara?

—Aquí no hay más ni menos—exclamaron algunos a quienes Munima no veía, aunque por lo tímido del acento le pareció que debían ser los plebeyos—; aquí todos somos hermanos.

—¡Hermanos! ¡Voto al diablo!—gritó el caballero de las barbas de jabalí, y reprimiéndose luego por un tirón que le dió en la melena el clérigo flaco y macilento, prosiguió—: Tenéis razón; todos somos, es decir, aquí todos nos llamamos hermanos; pero ¡voto al señor Santiago! No creo que se imaginen maese Sisnando el alarife, maese Froilán el platero, Juan Díaz el curtidor y otros todavía más viles que viven en casas subterráneas, que han de ser tan ricos-hombres como el de Altamira y el de Lara, tan nobles como yo, sólo porque aquí les llamamos hermanos. Harto haremos si les arrendamos las tierras a precio más bajo, por excepción se entiende; si gastamos cotas, y guantes, y gorras y espadas de su casa; harto haremos en ir dándoles entrada en el Consejo y en la Justicia, aunque sea de sayones. Me parece que me ponga en lo que es de razón y que lo demás es pedir gollerías.

—Todo eso está en su punto—dijo el presidente—; mas ahora se trata de oír a maese Sisnando, que tendrá que decirnos alguna cosa importante.

—Ahora se trata de ofirme a mí—repuso el conde de Lara—; a mí, que me habéis dejado con la palabra en la boca cuando iba a proponeros la admisión de un nuevo hermano.

—El cual tendrá una ventaja sobre los demás—observó con una sonrisa burlona el clérigo flaco que estaba al lado del cerdoso caballero enemigo de la igualdad.

—¿Qué ventaja?

—La de venir perfumado, si nos lo trae Lara.

—¡Voto al diablo!—exclamó el barbitaheño—. No sé por qué ha de pertenecer a una hermandad de cristianos ese hombre de alfeñique, que se baña y se sahuma como los infieles.

—Dicen que eso da salud... y valor—contestó el clérigo amarillo con su eterna sarcástica sonrisa.

—Por Santiago bendito, lo que da salud son los baños de mosto por la garganta abajo, las mallas de hierro y los vapores de sangre enemiga.

—Hermano Lara—dijo a la sazón el presidente—, aunque esta hermandad ha principiado por villanos, vistas las respetables fuerzas con que ya se cuenta, hemos determinado no dar entrada a nadie que no sea hidalgo para arriba.

—¿He presentado yo ni admitido jamás a quien no lo sea?—preguntó con altivez el conde de Lara—. La persona a quien yo vengo a proponer es más que hidalgo.

—¿Caballero?

—Más que caballero.

—¿Rico hombre?

—Todavía más.

—¿Algún infante, por ventura?—preguntó el presidente con aire de incredulidad.

—Más que infante, más que príncipe.

—¿Más que príncipe?—exclamaron a un tiempo los circunstantes con asombro.

—Os presento a la Reina de Castilla.

—¡La Reina! ¡La Reina!—gritaron todos, levantándose de sus asientos y rodeando al conde de Lara.

—Sí, señores; la Reina Doña Urraca de Castilla quiere pertenecer a nuestra hermandad.

Tornó otra vez el desorden y la confusión, producidos por el regocijo y algazara que infundió generalmente aquella noticia.

—De esta hecha soy obispo—dijo un canónigo frotándose las manos de gozo.

—Y yo canónigo—añadió el clérigo flaco, y, dirigiéndose al caballero tan enemigo de la igualdad como de la limpieza, añadió—: Mirad, Sisebuto Ordóñez, lo que es los baños, prohibidos están por una ley de Alfonso VI; pero yo no encuentro en los cuatro Evangelistas una palabra contra ellos, y en cuanto a los perfumes, debéis saber que la Magdalena lavó los pies de Jesucristo con ungüentos olorosos.

—¡Voto a bríos!—respondió el de las crines—; ya queréis ponerlos a bien con Lara

para que la Reina os dé el canonicato sahumado.

—Todo lo demás se borre—contestó el clérigo, suspirando—, y denme la prebenda con sahumero o sin él, que no será mal recibida.

Munima observaba con terror aquel general y repentino júbilo. Dábase por segura entre los conjurados la caída del obispo, si a los esfuerzos de la hermandad se unían los del trono; los señores contaban con volver a recuperar sus tierras y castillos y subir las pechas de sus vasallos, y los canónigos con disfrutar de su antigua libertad. Los únicos que iban a perder de todas maneras, después de haber promovido y fundado la hermandad, eran los villanos; que siempre el pobre que se rebela viene a ser azotado por los mismos a quienes halaga, empuja y favorece.

Maese Sisnando era el único que parecía triste y receloso, y se oponía con todas sus fuerzas a la entrada de la Reina; pero sus compañeros le desairaban en aquella ocasión, deslumbrados por la gloria que les resultaba de haber fundado una hermandad ante la cual se presentaba como postulante la Reina de Castilla.

—Hermanos, cada cual a su asiento—dijo por fin Arias Díaz—. Exponga don Pedro de Lara las condiciones con que la Reina quiere entrar en la hermandad.

—¿Condiciones? Ninguna—contestó el conde—. ¿Con qué fin nos hemos congregado?

—Para auxiliarnos y defendernos mutuamente contra toda clase de enemigos; de manera que el daño o la injuria que uno de nosotros reciba, considérase recibida por todos, y por todos, de consiguiente, debe ser vengada.

—¿Y cuál es el daño, cuál es la injuria que nos hemos propuesto vengar? En una palabra, ¿contra qué enemigo nos hemos conjurado?

—Contra el que os fastidia a vos con sus eternas epístolas y sermones sobre la molición y los deleites, y a mí con sus amenazas de excomunión porque estoy casado con una prima; contra el que ha eclipsado el poder del ricohombre de Altamira y el de todos nosotros los nobles de esta tierra; contra el que quiere convertir a los canónigos en monjes y a los monjes en anacoretas; contra el obispo de Santiago. ¿No es verdad, hermanos, que todos le aborrecemos y estamos juramentados para conseguir su deposición y su ruina?

—¡Todos, todos!—gritaron los conjurados, expresando cada cual en aquella palabra sus propios rencores.

Maese Sisnando era el único que permanecía impassible.

—Pues bien—dijo Lara—; yo os juro que ninguno de nosotros aborrece tanto al obispo Gelmírez como la Reina Doña Urraca.

—Pero ¿ha menester la Reina de nosotros para prenderle?—preguntó el canónigo que contaba con suceder al prelado.

—Sí; la Reina no puede prenderle porque no ha de venir con gran copia de gente armada a la ciudad del obispo; porque no ha de exponerse a que el Papa la excomulgue y la prive de su corona; pero dadnos preso a don Diego en un motín, en un tumulto que vos arméis en sazón oportuna, que la Reina y yo nos encargamos de tenerlo a buen recaudo y de privarle para siempre de su dignidad y de su señorío. Quince años estuvo preso don Diego *Primero* por no sé qué rencillas que tuvo con Alfonso VI; me parece que siendo tal el cariño de Doña Urraca a don Diego *Segundo*, bien podemos calcular que no bajarán de treinta los años que le tenga en conserva.

—Sin violencia, sin ofender su dignidad, degradándole primero — murmuraron los monjes.

—Es claro—respondió el de Lara—; sin violencia ninguna mandaremos la Reina y yo que le juzgue un tribunal, y sin violencia ninguna le sacarán los ojos.

—¡Bien! ¡Vitor! — exclamó aquella gente con algazara cruel, mientras el conde se sonreía de un modo más cruel todavía.

—¡A prender al obispo! ¡Y a su hermano! ¡Al gobernador! ¡Al gobernador, que nos insulta con su fasto y su insolencia, no siendo más que un hidalguillo! ¡Muera Gundesindo! ¡Mueran todos los parientes y partidarios del obispo!

—Mueran, y antes hoy que mañana, y pues que ya contamos con la protección y amparo de la Reina de Castilla, demos el golpe cuanto antes—dijo un caballero.

—¿Cuándo?

—Mañana, mañana mismo, para impedir que el lobo de Altamira se presente al juicio de Dios.

—No, señor—dijo Arias—; eso sería indigno de Ataulfo de Moscoso; estemos todos dispuestos para el día y la hora que el rico-hombre nos señale.

—Que me place—contestó el de Lara—; la Reina y yo dejamos el negocio de buen grado en manos del señor de Altamira.

—¿Juráis, hermanos, empuñar las armas o cooperar cada cual según sus fuerzas al exterminio de los Gelmírez y de sus partidarios cuando el preboste os llame?

—¡Lo juramos, lo juramos!—gritaron aquellos caníbales, envalentonados y ebrios de gozo con el honor que la Reina les dispensaba.

—Pues bien: ahora que todos estamos conformes, razón es que maese Sisnando, que está ahí como un poste, y más taciturno que Pelayo el mudo, nos diga lo que tiene que decirnos.

Munima se estremeció al oír el nombre de su padre.

—Sí, sí; que hable maese Sisnando—gritaron los plebeyos.

—¿Queréis que hable?—dijo una voz conocida de Munima.

—¡Sí, sí!

—Pues lo primero que tengo que decirnos es que acabamos de hacer una insigne torpeza.

—¿Cuál?

—La de admitir a Doña Urraca en la hermandad.

—¡Pesia mi alma! ¿No hay un sayón que corte la lengua a ese villano—exclamó, con ira, el caballero de las barbas de jabalí, que, por fortuna, tenía siempre a su lado al clérigo flaco y amarillo, imagen de la prudencia, o, si se quiere, del miedo.

—¡Don Sisebuto!—le dijo, tirándole de la sobrevesta.

—¡Don diablo!

—Que maese Sisnando es fundador de la hermandad.

—Que lo sea del infierno.

—Que puede copiar vuestra cara en la efigie de un oso.

—¡Hem!

—Y sería muy mala pasada que, contemplando las gentes el cuadrúpedo, creyeran que os estaban viendo pintiparado.

Mientras el bueno del clérigo apaciguaba al amohinado caballero, el alarife se las había nada menos que con el conde de Lara, que, todo inmutado, le preguntó qué tenía que decir de la admisión de Doña Urraca.

—¡Nada!—contestó Sisnando—. Sino que me parece que cuando los reyes se meten a conspirar con sus vasallos, unos y otros emprenden un juego en el que arriesgan toda su fortuna y a veces su pellejo.

—Conque es decir, señor villano...—dijo Lara.

—Es decir, señor... casi rey, porque llamaros conde a secas me parece poco para vuestra grandeza y valimiento; es decir, que o la Reina o nosotros hemos de perder en este juego, y que, una vez empeñada la primera baza, no soy hombre de volverme atrás, aunque supiese que ganaban la partida, y

que me agrada esta lucha porque veo venir al enemigo, y para que os convenzáis, señor..., casi príncipe, de que soy generoso, pido que la Reina de Castilla sea nombrada abadesa o cabeza de la hermandad.

—¡Tiene razón!—exclamaron los nobles—. La Reina no puede entrar aquí sin ocupar el primer puesto.

—¡Abadesa! Nombrémosla cabeza de la conjuración—repitieron todos.

—¿Lo queréis?

—¡Sí, todos, todos!

—Queda nombrada (1).

—Os doy las gracias en nombre de su alteza—dijo el de Lara, con un ademán casi austero.

—Pues señor—murmuró el arquitecto entre sus amigos—, nos hemos dejado dominar por los nobles; ahora es preciso que los nobles sean dominados por la Reina. Esta baza la hemos ganado; vamos a ver la segunda. Hermanos—prosiguió en más alta voz—, tenía que dirigirme a vosotros para daros noticia de un importante descubrimiento que he debido a mi buena fortuna: mas ahora me dirijo al conde de Lara, como representante de su alteza la abadesa, o jefe de la hermandad. ¿Qué daríais por saber noticias verdaderas del mensaje del Príncipe Don Alfonso al obispo de Santiago?

—¿Del mensaje que traían dos peregrinos?...

—El mismo.

—¿Que fueron sorprendidos antes de entrar en la ciudad?

—Justamente.

—¿Uno de los cuales ha muerto, y el otro?...

—Y el otro ha debido morir ahorcado: porque le conozco, y sé que entre la deslealtad y la horca, prefiere que le cuelguen

—¡Oh! Por llevar alguna noticia de ese mensaje a la Reina... se entiende, que yo mismo había de ser el portador.

—Vos únicamente.

—¡Oh! Te daría veinte onzas de oro.

—¿Y si no fuesen noticias vagas, generales, sino menudas, precisas, terminantes?

—¿De veras? Maese Sisnando, ¿hablas de veras? Me vas a saquear...; pero por tener la gloria, el placer de ser yo el portador de esas noticias..., por proporcionar satisfacción tan grande a la Reina, te daría... todo cuanto tengo... ¡cincuenta onzas de oro!

—¡Cincuenta onzas!—exclamaron los espectadores de aquella escena, para todos interesante.

—¡Cincuenta onzas!—tornaron a decir, unos escandalizados, otros con envidia, los más con asombro.

—Y si pusiese en vuestras manos el mensaje, la carta, la carta misma del Príncipe, con sus armas reales...

—¡La carta! ¡La carta en mi poder, sellada, intacta!

—Sí, señor; la carta manchada con la sangre de sus malogrados portadores.

—¡Oh Sisnando!—exclamó el amante de la Reina, que, al través de aquellas palabras, vislumbraba tesoros de amor, como el artífice podía entrever tesoros verdaderos—. Pídemelo cuanto quieras: mi mejor caballo, mi mejor arnés, mi mejor castillo, mi mejor ciudad. Eso ya no se paga con dinero.

—Tenéis razón, conde de Lara; eso ya no se paga con onzas de oro. Eso se paga con una palabra.

—¡Con una palabra!—repuso el amante, dudando si debía de alegrarse de haber salvado su caudal.

—¿No habéis venido autorizado desde Lugo para proponernos como hermana a la Reina de León y de Castilla?

—Sí.

—¿No tenéis que jurar en su nombre fidelidad a todos los hermanos?

—Lo juro.

—Pues bien: según nuestra regla, el que falta al juramento de lealtad, además de hacerse acreedor al más terrible castigo, queda privado del derecho que tiene a que los demás sean con él leales como hermanos.

—Es justo.

—Pero nosotros tenemos un juramento anterior, como vasallos, que nos obliga a respetar y obedecer al Monarca.

—Los nobles, cuando menos, le han hecho una vez pleito homenaje.

—Y los plebeyos se lo hacemos todos los días, cuando pedimos a Dios por ella. Pues

(1) No podemos excusarnos de presentar aquí la prueba de estos hechos en las siguientes líneas, que traducimos de la *Historia compoetelana*: «Los intestinos enemigos del obispo hicieron una conspiración, llamada hermandad, en la cual se ligaban con el juramento de auxiliarse, defenderse y favorecerse mutuamente contra todo el mundo; de manera que si alguno recibía injuria o daño de algún poderoso o de cualquiera que no perteneciese a la hermandad, sus cómplices estaban obligados a socorrerle según sus facultades. Añadían otras muchas cosas que es largo referir, y encaminándolo todo contra el obispo, y con el objeto de quebrantar su poderío, hicieron abadesa de la hermandad a la Reina Doña Urraca.»

Acercas de estas sociedades del siglo XII, desconocidas a nuestra Historia general, nos suministra datos curiosísimos el monje anónimo de Sahagún, también coetáneo.

bien: en cambio del pergamino que voy a entregaros, prometedme en nombre de la Reina, pues que siempre lo estáis tomando en boca, y tan amplos poderes habéis traído, prometednos que si Doña Urraca de Castilla quebranta alguna vez el juramento de la hermandad, es decir, si favorece a nuestros enemigos y no toma como suyos nuestras injurias y daños, nosotros, no sólo quedaremos libres del juramento de hermanos, sino del juramento de vasallos, de manera que, sin deslealtad ni pecado, podamos elegir el señor que nos acomode.

—Os lo prometo.

—No; eso no lo habéis de prometer vos, conde de Lara—dijo Sisnando, sonriéndose—; por grandes que sean vuestros poderes y mucho vuestro valimiento, hay palabras que deben pronunciarse con el alma más que con los labios, y nos habéis de perdonar si no creemos que el alma de Doña Urraca haya transmigrado a vuestro cuerpo.

—Pero entonces, ¿cuándo pensáis entregarme la carta?

—Ahora mismo, con una sola condición.

—¿Cuál?—preguntó el conde, pálido ya con tantos sobresaltos y alternativas.

—Como hombre de honor, nos habéis de prometer que si la Reina no está dispuesta a relevarnos del juramento, según lo exigimos, de ninguna manera le entregaréis el escrito, ni la diréis una sola palabra acerca de su contenido.

—Eso es poner muy a prueba mi hidalguía, Sisnando.

—Eso es conoceros, saber que sois castellano, y descansar en vuestra palabra.

—¡Gracias, Sisnando! Mi palabra está dada; venga la carta.

El arquitecto se adelantó, sacó del ropón un rollo de pergamino manchado de sangre, con los sellos de cera todavía intactos; lo puso en manos de Lara, que, pasando rápidamente los ojos por las armas de León y de Castilla, claramente estampadas, y no pudiendo dudar de la realidad de aquel inesperado acontecimiento, tendió los brazos al maestro de obras, diciéndole al estrecharle contra su corazón:

—¡Maease Sisnando, merecías haber nacido noble!

—Conde de Lara—contestó el artífice—; sois leal y agradecido; merecíaís haber nacido hombre.

Enajenado el amante de la Reina, no debió oír esta última frase, o, por lo menos, hizo como si no la hubiese oído, y, después de acercarse a la luz para dirigir otra segunda mirada con más detenimiento y complacencia

al sellado pergamino, iba a guardarlo en la escarcela, cuando cien voces salieron a un tiempo protestando contra aquella reserva, que se calificó de atentado a los derechos de la hermandad.

—¡Que se lea! ¡Que se lea!—gritaban unos.

—Abridla, abridla; debemos saber los secretos de nuestros enemigos—decían otros.

Lara perdió el color, y comenzó a temblar de pies a cabeza, pensando que el tesoro se le iba de las manos.

—¡Señores, por Dios!...—decía el conde con voz desfallecida.

—Hermanos—dijo Sisnando, interrumpiéndole con firme acento—: si la Reina fuese enemiga nuestra, si fuese a lo menos indiferente, el secreto del obispo, contra quien estamos conjurados, de derecho pertenecía a todos los que han entrado en la conjuración; pero acabáis de admitir a Doña Urraca por hermana, acabáis de nombrarla jefe o cabeza de la hermandad, y nadie puede entrometerse en lo que por fuero le pertenece. Habéis querido un freno, tascadlo; habéis querido un rey en la conjuración, y los reyes son como los diamantes, que, aun desprendidos de la sortija, siempre brillan en medio del fango en que han caído, y se llevan las atenciones y arrebatan todas las miradas.

—¿Y qué más da que la Reina vea el pergamino después que nos hayamos enterado nosotros del escrito?—dijo el preboste.

—¡Por Dios, señores!...—tornó a clamar el conde de Lara, con débil acento.

—Hermano Lara—repuso el alarife con energía—: ¿cuándo pensáis volver a Lugo con el mensaje?

—Mañana mismo, después del combate que debe verificarse a las diez.

—Dadme esa carta; mañana os la devolveré antes del juicio.

—¿Por qué?

—Porque no la considero segura en vuestras manos; porque quiero retar a los presentes a que la arranquen de las mías. Sí; yo he tenido cerca de tres días en mi poder este pergamino, y aunque no sé leer, conocí desde luego su importancia, y a nadie sino a la hermandad he querido mostrarlo. Mas ahora creo que nos sirve más cerrado que abierto, pues nos liberta de un juramento que ha de pesarnos muy en breve, o liga el trono con nosotros con lazos indisolubles. ¡Ea, pues!; dejad de ser mujeres curiosas o niños arrebatados, que, por satisfacer un deseo presente, sacrifican su dicha futura.

Este discurso, y más que todo la resolu-

ción con que Sisnando tornó a guardar la carta, calmaron a sus compañeros, que se quedaron como un podenco a quien se estrega los hocicos con la caza que no ha de probar.

—Pero ya que con el pergamino no hayas hecho sino darnos dentera—dijo el clérigo pretendiente—, justo será que des un haritzago a nuestra curiosidad, contándonos, sin quitar una tilde, la manera con que ese rollo, que Dios quiera vuelva a parecer por acá, ha llegado a tus manos. Antójaseme que, después del chasco sufrido, no pedimos gollieras.

—Nada pedís, señor canónigo... futuro—contestó Sisnando—, que no sea justo y puesto en razón. Y para que veáis cuán dispuesto me hallaréis siempre a complaceros en cosas racionales, hasta en poner, por ejemplo, vuestro retrato en la figura de la muerte, comenzaré a deciros, sin más preámbulos, que, volviendo hace tres días del convento de Santa María de Canogio, fui acompañando al obispo hasta la puerta de su casa, departiendo acerca de la manera de traer aguas a la ciudad. Habéis de saber que don Diego Gelmírez tiene más talento y más ciencia que todo su cabildo, como quiera que vos no pertenezcáis a él todavía—añadió el arquitecto con su habitual bellaquería—; yo le respeto mucho, señor canónigo... futuro; pero no podemos vivir en paz ni ser amigos nunca; él representa una cosa, y yo otra; él la ciencia sagrada, la teología, la elocuencia, y yo las artes, sí, las artes—repitió Sisnando, con orgullo—. El escribe, él excomulga; yo levanto edificios y tengo en mi cincel su excomunión del ridículo; mientras no haya una mano poderosa que funda en una las dos ideas, él seguirá escribiendo, predicando y fulminando anatemas, y yo construyendo y esculpiendo burlas más o menos pesadas. Los dos nos apreciamos y nos respetamos mutuamente; él sabe que soy su enemigo y me emplea; yo sé que no me tiene un grande afecto y le sirvo. Yo, sin embargo, no me meto en sus teologías; creo, bajo la cabeza y levanto las fachadas o le doy al martillo; pero ¿hay diablos que aguanten la manía del obispo en trastornar todos mis planos geométricos y en dirigir mi cincel, de manera que si no tuviese este pícaro genio que Dios me ha dado, yo sería hoy todo brazos y el obispo todo pensamiento? ¿Pues no estaba empeñado la otra tarde en que las aguas habían de subir dos codos más altas que su nivel?

—Pero ¡la carta, la carta!—exclamaron

los conjurados, que no entendían una palabra de aquella plática.

—Hacéis bien en recordarme que estoy hablando delante de vosotros, señores feudales, monjes y canónigos... más o menos futuros; creía tener un público que me comprendiese, y como estas ocasiones son tan raras... Volviendo a la carta...

Pero el autor no tiene por conveniente acompañar a maese Sisnando en la vuelta que propone, porque su cuento nada añade a lo que sabemos.

La reunión se disolvió a más de media-noche; los conjurados salieron por otra calle, a excepción de uno solo, que, embozado hasta los ojos y sumido en su ropón y enorme gorra de nutria, acercóse a la reja por haber columbrado al retirarse que había en ella un hueco que antes no aparecía. A los pocos pasos tropezó con un cuerpo humano tendido al pie de la reja, frío, inmóvil y, al parecer, exánime, pues habiéndole hurgado con el pie, no daba señales de vida.

El alarife acudió a tientas a la casa de enfrente, cuya puerta, como dijimos, había quedado entornada; penetró silenciosamente hasta la cocina, en donde tomó una luz; con ella tornó al zaguán, dejóla tras de la puerta, y, acercándose otra vez al respiradero del sótano, cogió en sus brazos a Munima, que, no pudiendo resistir a tantas y tan diversas conmociones como en pocas horas había experimentado, cayó desvanecida. Su manto estaba cubierto de escarcha; su rostro, pálido y amoratado; sus manos, frías, tiesas como las de un cadáver. Sin el oportuno socorro de Sisnando, allí hubiera quedado arrecida, helada.

Llevóla a la cocina, púsola en el hogar, encendió lumbre y prodigóla tantos auxilios, que pudo hacerla volver en sí; pero tan ruborizada y sorprendida de verse en aquel paraje a tales horas y a solas con el arquitecto, que éste temió muy de veras no la tomase otro desmayo.

—¿Y mi madre? ¡Mi madre!—preguntó Munima.

—¡Nada sabe, infeliz, nada sabe! Buen rato le hubieras dado mañana si yo, presumiendo tu curiosidad, no hubiese acudido a examinar por qué los agujeros de la reja se habían ensanchado desmesurada y repentinamente. ¡Pardiez! Mira, desventurada, mira tu manto cubierto de hielo, y piensa qué hubiera sido de ti si tardo una hora más en socorrerte.

—¡Oh! ¡Cuánto os debo, maese Sisnando!

—¿Sabes cómo has de pagarme?

—¿Cómo?

—Con tu eterno silencio sobre lo que has visto.

—¡Oh! Eso no, eso nunca, porque el silencio es un crimen; en el silencio va en vuelta la muerte de...

—¡La muerte de tu padre!

—¿De mi padre?

—Sí; por más que los nobles se jacten de otra cosa, tu padre y yo somos los fundadores de la hermandad. Ahora que todo lo sabes, haz lo que quieras—dijo el arquitecto, y se alejó de casa de Munima.

CAPITULO IV

Prosiguese el cuento de aventuras descomunales, que pasarían por apócrifas a no estar completamente justificadas en la crónica.

Por alguna de las muchas razones que dijeron de más Odoaria y los conjurados, que de viejas hilanderas y de conspiradores ha sido siempre el charlar por los codos, sabemos que Gundesindo Gelmírez había pedido campo al obispo para refirir un desafío con Ataulfo *el Terrible*. El Lobo de Altamira, que así se llamaba también por haber elegido por blasón una cabeza sangrienta de este animal en campo de oro, quedó sorprendido cuando los escuderos del gobernador le llevaron un guante provocándole a comparecer en el juicio de Dios para el siguiente día.

Gozaba a la sazón de bonísimo humor *el Terrible*, pues su cara mitad y conjunta persona, doña Constanza Menéndez de Monforte, consumida por una fiebre lenta, había tenido a bien partirse al otro mundo; y aunque no pocas veces se volvió atrás, al borde mismo de la sepultura, cerca de un mes de paz y de sosiego aseguraban al marido de semejante chasco. Contentóse, pues, con apalea a los faraustes del gobernador, diciéndoles: que puesto que ya sabían la medida de sus palos, excusaba dar a Gundesindo la de sus armas; que no debía él honradamente cruzar las suyas con un hidalguillo, especie de hiedra que sólo podía crecer arrimada a las paredes de la Iglesia, y que, para castigar al representado como a los representantes, por la insolencia y desacato de venir a turbar las alegrías del lobo en su madriguera, él enviaría allá persona digna y competente.

Asaz mohinos y de mal talante, los des-

dichados escuderos bajaron de la colina, sobre la cual está fundado el castillo de Altamira, dándose por muy dichosos cuando, en términos y jurisdicción del obispo, se vieron, por tornar con vida de la cueva de semejante alimaña, que por hallarse en una de sus bonísimas horas les hizo la gracia de no engullírselos de una dentellada.

Despachados los faraustes con cajas tan destempladas, hizo el de Moscoso una batida por la montaña, y atestiguaron la destreza del noble cazador dos lobos y una jabalina, sin contar cierto villano a quien atravesó con un venablo en la duda de si sería hombre o fiera. Los despojos se trajeron al castillo, excepto el villano, que, herido, se quedó en el monte; la jabalina fué abierta en canal y metida en salmuera, y despellejados los lobos y colgadas sus cabezas de un garfio en la fachada del edificio, adornada ya con alguna docena de ellas, consumidas por la intemperie o devoradas por los buitres. Agréguese la satisfacción de este triunfo a las anteriores satisfacciones de Ataulfo, y habremos de convenir en que su gozo debía ser extremado.

Pero de lo que más se maravillaban los sombríos moradores del alcázar, era de que tanto tiempo le durase el contento y la tranquilidad. La dulce sonrisa era un movimiento a que no se plegaban jamás los labios del *Terrible*, y de sus efímeros deleites y somero regocijo solía caer de improviso en un abismo de tristeza, del cual no acertaba a salir sino lanzándose por temporadas a la caza, a la guerra, a la rebelión y todo linaje de excesos.

Al amanecer del día señalado para el juicio de Dios, un hombre de talle gigantesco, de complexión recia, encendido de rostro, abultado de facciones, rubio de color y de mirada sombría y perspicaz, como la de la hiena, entretenido en limpiar los arreos de caza, en pie, delante de la enorme chimenea de su cuarto, estaba diciendo al primer escudero, sin levantar siquiera los ojos para mirarle:

—Rui Pérez, tú fuiste, si mal no me acuerdo, quien dió tan buena cuenta de aquellos peregrinos... ¿Eh?

—Yo, sí, señor; en Santiago estaba esperando vuestras órdenes en la taberna de Mingo, cuando sentí el chasquido del látigo, y, al levantarme para teneros el estribo, ya estabais dentro, y desde allí cabalgamos a toda prisa mi compañero Gil Díaz y cuatro soldados de don Gutierre Fernández de Castro, que estábamos merendando juntos...

—En cumplimiento del encargo que se os

había hecho de vigilar el camino desde Padrón a Santiago. ¡Por la sangre de mi padre! ¡Medrado está quien se fía de canalla tan ruin y bebedora! ¡Juro a Dios que si no acierto a columbrarlos de lejos, y a seguirlos muy quedo por un camino arenoso, en que no se sentían las pisadas del caballo; si el viento que de frente venía no me hubiese traído sus palabras, y si ellos no anduvieran tan embebidos en sus cuentos y en sus amores, que sordos y ciegos parecían, juro a Dios, señor escudero, que hubiéramos salido bien librados con vuestra diligencia! Y luego..., famosa proeza, ¡vive el cielo!, seis guerreros contra dos peregrinos!

—Y *Lubel*, o *Satanás*, por añadidura, señor caballero.

—¡Ah! ¡Ah! ¡*Luzbel*..., *Luzbell*!—exclamó don Ataulfo, riéndose brutalmente y siempre metido en faena con sus arreos—. ¡Lástima que no te hubiera llevado las orejas! Cobarde, que te dejas arrebatar una carta que nos importaba cien veces más que la vida de un vejete, y vivo dejas al mozo que tuvo la insolencia de confesarse enamorado de...!

—¡Cobarde! ¡Me habéis llamado cobarde!

—Buen latigazo me llevó—prosiguió el *Terrible*, sin escuchar a Rui Pérez—; pero te juro que he de cruzar el rostro al muñeco, si de la horca se salva, de manera que le quede por toda su vida señal de la santiguada.

—¡Si os hubiérais visto, como yo, con aquel león que se me colgaba del brazo!...

—¡Por el alma de mi abuela, que murió en olor de santidad!...

—¡Y sobre la malla y todo me clavó los dientes en la carne.

—¡No, no le han de quedar ganas de volver a mirar a doña Elvira de Trava!

—Yo quisiera, señor—proseguía, impávido, el escudero—; yo quisiera habérmelas con Roldán, con el Cid en persona, y no ese perro maldito...

—¡Señor Rui Pérez!—exclamó el ricohombre con un espantoso bufido y bruñendo con viveza convulsiva el cuerno de caza—. Os estoy hablando de Elvira, y cuando yo pronuncio este nombre, tenéis que callar, aunque os estén atenaceando.

—Me habéis llamado cobarde—repuso, tímidamente, el escudero.

—¡Voto a los cuernos de Belcebú!—gritó don Ataulfo, tirándole a la cara el rico instrumento de caza.

Pero en buen hora para Rui Pérez, la misma cólera cegó al *Terrible* hasta el punto de errar la puntería, y la corneta se estre-

lló en mil pedazos contra las losas del pavimento.

El escudero perdió el color, y se quedó contemplando con espantados ojos el encendido rostro del Lobo de Altamira.

—¡Perdonadme, señor!...—murmuró luego, balbuciente.

—¡Elvira! ¡Elvira!—exclamaba don Ataulfo, dando pasos agigantados—. ¡Si como puedo hacer que caigan de rodillas mis vasallos cuando te invoco, pudiera conseguir que se prosternara el Universo! ¡Ea! Levanta esos ojos, Rui Pérez; no temas, no, ningún desaguisado cuando te estoy hablando de ella... Ha sido un pronto, que ya pasó.

—¡Ah! Pero si hubierais tenido mejor puntería, para mí... todo habría pasado.

—Me hubiera despedazado en seguida el corazón, Rui Pérez. ¡Oh! Al que me hiciese dueño de Elvira le haría yo mi señor, le besaría la mano, le serviría de hinojos...

—Mucho la amáis, señor.

—Más de veinte años ha que no tengo otro pensamiento que el de hacerla mía.

—¿Cómo?

—Y si supiese que al cabo de otros veinte años había de amarme, sería el hombre más feliz del mundo.

—¿Y quién os impide, ahora que habéis quedado viudo...?

—No estaba enterrada mi mujer—dijo el ricohombre con amarga sonrisa—cuando despaché un mensaje...

—¿Y lo esperáis aún?

—Sí, lo espero; él ha de traerme la vida o la muerte.

—Si doña Elvira conoce lo fino, lo extremo de vuestra pasión...

—Sí, lo sabe, Rui Pérez, lo sabe.

—Es imposible que deje de corresponder a tan grande, a tan arrebatado amor...

—Rui Pérez, Rui Pérez, haces bien en encarecerlo; ¡ese amor es mi única disculpa!—contestó el ricohombre con voz sombría, cayendo en un sitial cerca de la chimenea.

Pasó por su frente una nube tempestuosa; sus espesas cejas se juntaron con ceño, y poco a poco fué desapareciendo el subido color de su rostro. Creyó Rui Pérez ver en aquellos síntomas el acceso del acostumbrado mal humor, pero todavía el contento de Ataulfo tenía fuerza para barrer y disipar el nublado.

—Conque vamos a ver—prosiguió el ricohombre, rompiendo el silencio—: ¿a qué has venido aquí?

—Vos me habéis llamado.

—Tienes razón. ¿Y no adivinas para qué?

—¿Para acompañaros al juicio de Dios?

—¡Cómo!... ¿Piensas tú, mentecato, que el ricohombre de Altamira puede entrar en palestra con un Gelmírez.

—Pues entonces...

—Has dicho bien, por Santiago; has dicho bien; has de ir al juicio; pero no de acompañante, sino como acompañado; no para llevar mi escudo y mi lanza, sino para embrazar el uno y enristrar la otra. En una palabra: Rui Pérez, vas a lidiar con el gobernador de Compostela.

—¡Señor!...

—¡Qué!... ¿Rehusas, vive Dios?

—¿No habéis dicho que soy cobarde?—dijo el escudero, bajando los ojos con afectada humildad.

—¡Voto a tal! Dos años llevas a mi servicio, ¿y no sabes distinguir todavía mis arulllos de mis arañazos?

—Pues bien, señor; me batiré con Gundesindo Gelmírez.

—Si lo matas en el campo, te armo caballero; si vuelves dejándole vivo, te mando dar doscientos azotes.

—No volveré, lo juro por mi nombre; que si no le mato, allí quedará yo.

—¡Cómo! ¡Mis armas vencidas! ¡Mis cabezas de lobo por el suelo, y erguido, y ufano, y triunfante Gundesindo Gelmírez! ¡Eso, no, pesa mi vida! Si presumiera que tal iba a suceder, por mi mano te mataba, y eso que la bruja Gontroda me tiene pronosticado que el día en que cualquiera muriese por mi mano o por orden mía, a no ser en el juicio o batalla, habría de ser el fin de mi vida. ¡Por San Cucufate, cuyas reliquias trajo de Portugal el obispo! Ocurríame la idea más peregrina... A ver, Rui Pérez—prosiguió el ricohombre, acercándose al escudero con aire extraño, que le hacía parecer medio loco—; ven aquí, más aquí. No tengas miedo, menguado, que no eres tú la presa que busca el Lobo de Altamira. Mídate conmigo. Bien; precisamente somos de una misma estatura. ¡Voto a San Rosendo! Si rezas alguna vez, mal cristiano, ya puedes encomendar a Dios el alma del hidalguillo.

—¿Qué pensáis hacer?

—¡Ah! ¡Ah! La muerte de un Gelmírez es para mí el plato más sabroso después de la de mi esposa, quien Dios maldiga.

—¡Señor!...—repuso el escudero, escandalizado de aquel horrible lenguaje y de aquella feroz y extravagante alegría.

—Y lo que es esta vez no me alcanzan las predicaciones de la bruja; porque la vieja exceptúa las muertes en campo de batalla, las muertes por justa sentencia, los des-

afios... Sí, puedo matar a Gundesindo con toda tranquilidad de conciencia. ¡Y era yo tan sandio que te pedía tan gustoso privilegio!

—Pero, ¿qué tenéis?—preguntaba el escudero en el colmo de su admiración.

—¿Qué tengo?—respondió Moscoso con su brutal alegría—. ¿Pues no lo adivinas, alma de cántaro? Rui Pérez, vas a tener la honra de que el más noble caballero de Galicia te represente y se disfrace con tus propios vestidos.

—¿Vos?

—¡Yo! Yo, que no puedo abiertamente y sin menoscabo de mi nombre batirme con un hidalgo; yo, que aborrezco de muerte esa familia de cuervos, que de testamento en testamento se van tragando la substancia de los difuntos; yo, ¡vive Dios!, que bloqueado me veo por las tierras del obispo; yo voy a fingirme Rui Pérez, escudero del muy magnífico señor de Altamira, vistiéndome tu armadura y sobrevesta con mi cabeza de lobo al pecho, y voy a borrar de la lista de los vivientes un Gelmírez, y cuando el último desaparezca, ¡juro a Dios ir descalzo hasta el sepulcro de Santiago!

Los juicios de Dios por medio de las pruebas privilegiadas del agua y fuego y del desafío, eran frecuentes en aquella época para el caso de no poder averiguarse por los medicos ordinarios la verdad en un delito. El acusado que metía el brazo diez veces en agua hirviendo, o mantenía por determinado tiempo un ascua en la mano, era absuelto si quedaba ileso, y condenado si se quemaba; el vencedor en un duelo, hasta del homicidio se purgaba con la victoria. Las dos primeras pruebas, aunque autorizadas por las leyes civiles, eran condenadas por la Iglesia, y poco a poco iban cayendo en desuso; los clérigos solían negarse a bendecir el agua y las brasas; y si bien les suplían alcaldes o jueces legos, pasaba por averiguado que sus bendiciones no tenían la misma virtud y eficacia que las de clérigos y monjes. Los desafíos públicos, consentidos más bien que autorizados por el clero, eran, sin embargo, tan comunes, que su repetición era causa de que se viesen con indiferencia, si por la alteza de los contendientes, o por la singularidad del objeto, no se despertaba la curiosidad. Las Memorias de nuestros canónigos refieren un duelo público a que se apeló para decidir una cuestión de chismes entre Doña Urraca y el prelado compostelano, no sin repugnancia de éste. Salió vencedor el campeón de don Diego, y la Reina, dicen los autores,

mandó justísimamente sacar los ojos a su mantenedor. Por este hecho, y todavía más por esta calificación, podemos inferir hasta qué punto en aquel siglo tan bárbara superstición dominaba.

El palenque de los juicios de Dios alzábase en el campo que se extiende desde los muros de la ciudad al monte de Santa Susana, llamado entonces de los Potros, porque en él se celebraba la feria o mercado de cabalgaduras, costumbre que ha llegado inalterable hasta nuestros días. Detrás de la valla y enfrente de la población, veíase un tabladillo o palco formado de tapices para el obispo, y dentro de la palestra dos tiendas de campaña destinadas a los contendientes, sus escuderos y los fieles del campo.

Las diez de la mañana serían cuando el venerable prelado se asomó al palenque y con tanta gracia como dulzura dió su bendición al pueblo apiñado alrededor de la estacada. Su bondadoso semblante estaba oscurecido por una sombra de tristeza, y en su corazón luchaba la repugnancia que tan bárbaros usos le inspiraban, con el deseo de complacer a su hermano y al público, siempre gustoso de ver a los grandes señores en los espectáculos populares.

Vestía larga túnica morada, con roquete blanco hasta más abajo de las rodillas; encima llevaba una especie de dalmática que le caía en punta hasta medio cuerpo, con mangas largas y festonadas en oro. Este adorno debía ser en aquella época propio de personas muy elevadas de uno y otro sexo, pues le vemos en el obispo y en Doña Urraca.

Sentóse en medio del tabladillo entre sus canónigos, caballeros y familiares, y poco después un enorme perro negro, con manchas blancas, puso las manos en el antepecho, y asomó entre ellas la cabeza; de hocico romo y largo, orejas caídas, dirigiendo sus miradas indiferentes por la valla poblada y por la arena desierta. No sabía *Luzbel* que era en aquel instante, como lo había sido en aquellos días, objeto de las conversaciones de toda la ciudad y uno de los personajes más interesantes del drama que a la sazón se estaba representando. Parecía, sin embargo, que tan débil como los seres humanos, no perdía la ocasión de figurar, y se presentaba a recibir las aclamaciones generales.

—*Luzbel, Luzbel*—le dijo don Diego, pegándole suavemente en el lomo, aunque las heridas estaban ya cicatrizadas—; sé más modesto, échate a mis pies..., así... Contén-

tate con hallar una persona agradecida, y serás más feliz que la mayor parte de los hombres.

Poco después se presentó en la palestra el villico Gundesindo Gelmírez, que había hecho renuncia de su cargo. Tanto él como su caballo venían cubiertos de malla de hierro. Seguíanle dos escuderos con su pavés y su lanzón, pues él no llevaba consigo más que la espada, pendiente de un tahali de cuero del color natural. La celada, que, a manera de toca, le bajaba de la cabeza a los hombros, dejábale el rostro descubierto, que mostraba grande serenidad y la altanería propia de los que tienen costumbre de mandar.

Después de saludar al palco de la presidencia, sin dignarse mirar al público, enderezó los pasos de su corcel a una de las tiendas de campaña, y descabalgó con sus escuderos a la entrada.

—¡Gundesindo!—exclamó don Diego al verle, sin poder contener un suspiro de dolor.

El alano, tendido a sus pies, al oír aquel nombre, se levantó de repente, y presentó segunda vez el hocico sobre la valla, y el obispo le mandó también acostarse, y enjuguóse una lágrima que iba a deslizarse por sus venerables mejillas.

El pueblo, formando una orla de cien colores, cercaba la palestra como una serpiente enroscada al sol en la arena del desierto. Hasta el meneo de las cabezas en señal de impaciencia o de cansancio dábale cierta semejanza con el movimiento anular de este reptil; y si más adelante quisiésemos llevar la comparación, ¿no podíamos encontrar la ponzoña de la culebra en el júbilo con que el público de todos los tiempos y de todas las partes asiste a los espectáculos sangrientos, y en el ardor con que anima y encarniza a los combatientes?

Haremos gracia al lector de las conocidas y manoseadas ceremonias del duelo. Sólo diremos que los heraldos, dando tres vueltas alrededor de la palestra, pregonaron otras tantas veces que Gundesindo Gelmírez retaba a don Ataulfo de Moscoso, señor de Altamira, por la muerte de don Arias y de Rosendo, que venían en peregrinación a Santiago.

Salió luego de la tienda el retador, y juró delante de los fieles del campo, puesta la mano sobre la cruz de su espada, que en Dios y en su conciencia el reo principal de aquel delito era el dicho don Ataulfo de Moscoso.

No tardó mucho tiempo en presentarse el

ricohombre, llamando a la puerta de la estacada con el cuento de su enorme lanza. Dos escuderos con las armas de los Moscoso le acompañaban.

Al verlo parece que nuestra gran culebra dió un resuello de viva satisfacción, porque sus abigarrados anillos se movieron con espantosa celeridad.

—¡Rui Pérez, Rui Pérez!—murmuraban los vecinos de Compostela, que conocían la armadura del escudero por las frecuentes visitas que éste hacía a la taberna de Mingo.

Metióse el mentido Rui Pérez en la tienda inmediata a la de su competidor, que, asomado a la puerta, turbóse en gran manera al ver el desprecio con que Ataulfo le trataba.

Los jueces acudieron a tomar al nuevo campeón el juramento acostumbrado.

—¿Cómo te llamas?—le preguntó uno de ellos.

—¡Voto al diablo! Hame conocido toda la canalla de villanos, ¿y vos no me conocéis, caballeros?

—Como traes calada la visera, deber nuestro es preguntarlo, y deber, igualmente, el advertirte que tengas en cuenta que estás hablando con los fieles del campo.

—Sea en buen hora, y despachad presto.

—Tu nombre.

—Rodrigo Pérez, hidalgo de soiar conocido.

—¿Estás armado caballero?

—No; pero llevo el escudo de mi señor dos años ha, y os juro que no pasarán tres días sin que me calce espuela dorada y me dé el espaldarazo.

—¿Juras la inocencia de don Ataulfo de Moscoso en el hecho de los asesinatos perpetrados en la persona de...?

—Juro todo lo que vos quisieris; y acabad con mil diablos, pues lo que yo deseo es habérmelas presto con ese hidalgo malandrín que osó tomar mi nombre..., es decir, el nombre de mi señor en boca.

—Tengo encargo de advertirte—repuso el juez—, de parte del obispo, que si confiesas la culpa de don Ataulfo, y éste se resuelve a sufrir la penitencia que le impusiese, prometiendo hacer, además, una donación a la santa iglesia de Santiago, le absolverá plenamente.

—¡Voto a tall!... ¡Donosa es, por cierto, la proposición que me hacéis..., y si no medra el prelado con otras donaciones que con las mías... o con las de mi señor!... Acabemos. Haced pregonar de una vez que el ricohombre de Altamira no puede batirse públicamente con un Gelmírez, y que me en-

vía para que nunca se diga que rehusa el combate, y añadid, si os place, que todas estas preguntas y dilaciones me revientan, y me irritan, y me...

—¿Pero juráis?...?

—Con mil pares de... Juro, juro... que sois un mentecato—añadió para sí don Ataulfo *el Terrible*.

Un momento después gritaba el heraldo en medio de la palestra:

—Oíd, oíd, oíd: Rodrigo Pérez, escudero del señor de Altamira, se presenta a sostener la inocencia del acusado, y declara que quiere ser tenido por culpable si fuese vencido, pues será infalible señal de que Dios le condena.

El gobernador de Santiago, trémulo y pálido de cólera, saltó como un tigre fuera de la tienda, y con ronco y terrible acento, gritó:

—Y yo, don Gundesindo Gelmírez, caballero villico de Compostela, yo declaro que no me batiré con otro que el mismo Ataulfo, o con personas que lo representen de caballero arriba, y para castigar la insolencia de ese criado, desde ahora encomiendo a cualquiera de los míos que le acometa con todo linaje de armas, y espero no quedar desairado.

El Lobo de Altamira dió un aullido rabioso al ver que se le escapaba la presa de entre los dientes. Blandió la lanza como si contra todo fuero y ley de caballería quisiese acabar de un golpe con el gobernador, de tal manera desprevenido, que ni siquiera había montado a caballo.

Regocijábese, sin embargo, para su celada, contemplando las mortales angustias y sudores de Gundesindo, al ver que nadie se presentaba a defender la causa de los Gelmírez, al sentir los murmullos del pueblo, y que los instantes pasaban, los murmullos crecían, y todos, todos querían ser espectadores de aquella curiosa escena, sin que un solo desdichado osara tomar en ella parte activa.

El Terrible hacía más amarga aún la situación del gobernador paseándose con aire de triunfo con el corcel por medio de la arena y riéndose con carcajadas tan estrepitosas, que llegaban a los oídos de su afrentado rival, que juró castigar por sí mismo tan bárbara insolencia.

Mas de repente todo el pueblo se levantó como por un resorte movido, lanzando un solo grito de júbilo al ver que un caballero, acercándose a la puertecilla del vallado, sin aguardar a que le fuese abierta, saltó por encima, y a todo escape llegó al medio de

la palestra, y, conteniendo diestramente los fuegos de su espumoso y arrogante corcel alazán, plantóse delante de Moscoso en ademán de arremeterle.

—¡Vitor! ¡Vitor!—exclamó la muchedumbre, y su voz de trueno quedó ensordecida con el estruendo de las palmadas.

Venía armado el recién venido de pies a la cabeza; el yelmo le tapaba la frente y la boca, dejándole descubiertos únicamente la nariz y los ojos, negros y rasgados, chispeantes de cólera y de entusiasmo.

Gundesindo se abalanzó a darle un abrazo y a preguntarle su nombre; pero el desconocido tenía ansia por entrar en combate, pues se contentó con tender silenciosamente al gobernador su mano cubierta con escamas de hierro, haciéndole con la misma un ademán para que se retirara.

—¡Defiéndete, mal caballero!—dijo en seguida a su adversario.

—¡Villano! ¿Quién eres?—le preguntó Ataulfo.

—Has jurado, traidor, que tu señor está inocente del delito de que le acusan, ¿y te vienes con esa armadura mellada por los dientes del perro y esa sobrevesta manchada con su sangre?

—Ahí verás cuán profundamente os desprecio a todos, lechuzas, que vivís de la lámpara de la iglesia, y cuán seguro vengo de mi brazo.

—¡Calla, blasfemo! Que si finges tan mal los bríos de Rui Pérez como su persona...

—¡Insolente! ¿Me conoces?

—¡Ahora, ahora creo conocerte! Esa palabra ha resonado antes y del mismo modo en mis oídos... ¡Oh! ¡Sí, sí! Quedóseme grabada en el corazón con letras de fuego... ¿Te acuerdas del latigazo del camino de Padrón?

—¡Miserable! ¿Eres tú el desdichado peregrino enamorado de Elvira de Trava?

—Sí; y aunque la aborreciese, te diría lo contrario para gozarme en tus celos, Ataulfo; porque Elvira no puede amar a un monstruo como tú...

—¡Basta, basta! Desesperado estás, ¡vive el cielo!, o más loco que tú no le hay en el mundo—exclamó el ricohombre, trémulo de rabia.

—¡Ea! ¡Lanza en ristre, y juzgue Dios!—le dijo Ramiro por toda contestación.

Y entrambos se separaron para tomar el campo que juzgaron por conveniente, y sin aguardar señal de arremetida, sacó el paje a su alazán al trote largo; partió Ataulfo de carrera, pero habiendo tropezado su corcel con una piedra oculta en la arena, dobló

las manos, haciendo bajar considerablemente la puntería del lanzón a tiempo de llegar Ramiro con el suyo, que, clavándolo en la gola, hizo perder los estribos al ricohombre con la violencia del golpe y caer luego rodando por la cabeza del caballo.

Otro segundo grito, muy más grande y fervoroso que el anterior, acompañó a la victoria del mancebo; pero todavía no era completa. Helóse, al parecer, el ardiente clamoreo cuando se vió al ricohombre, a quien se creía maltrecho, levantarse de improviso todo cubierto de polvo y desnudar su enorme espada de dos manos, gritando a su victorioso rival:

—¡Maldito seas, miserable, que ya blasfonas de valor por lo que debes a la suerte! Baja, baja del caballo y desnuda la espada.

—¡Insolente!—le gritó Ramiro—. He venido al ricohombre de Altamira en mi primer combate. Dejo el sitio a un nuevo adversario, que no quedará satisfecho si no se venga por sí mismo.

Y diciendo estas razones, dió un silbido particular que llamó la atención de todos los espectadores.

Y como nadie apareciese, tornó a silbar con mayor fuerza.

El perro, que se había quedado dormido a los pies del prelado, asomó la cabeza como coja por el antepecho del palco, y agitando la cola erizada, comenzó a gruñir sordamente.

Pero nadie aparecía.

Al resonar el tercer silbido, saltó *Luzbel* de repente a la arena, quedó inmóvil por un instante, mirando a los dos campeones, como indeciso entre el cariño y la venganza; pero Ramiro le dijo:

—¡Ahí le tienes!—señalándole al *Terrible*.

De un brinco se lanzó el rencoroso alano al pescuezo del ricohombre de Altamira, que en mal hora para él se había disfrazado con los arrees que llevaba Rui Pérez el día del encuentro.

Luzbel conoció con su admirable instinto la armadura de su acuchillador; la mella de sus dientes allí estaba; su sangre no se había borrado todavía, y si antes por lealtad peleó con tal encarnizamiento, ¡con qué furor, con qué rabia no lucharía por la venganza!

Ramiro, cuando le vió agarrado a su enemigo, aprovechándose de la confusión que tan inesperado acontecimiento produjo, partióse al galope de la estacada.

Todos los ánimos habían quedado suspensos y embargados. El primer efecto fué de sorpresa, de asombro, de terror. Creyóse que

se estaba presenciando un milagro, el castigo más justo y oportuno del cielo; el verdadero juicio de Dios, que castigaba y confundía al mismo tiempo al autor de los atentados del camino de Padrón; nadie puso en duda que fuese criminal el acometido por el perro; los que estaban en la palestra se apartaron involuntariamente; los del palenque se levantaron silenciosos, temiendo distraer sus ojos de aquel maravilloso espectáculo si exhalaban el menor grito; pero luego que el asombro cedió el puesto a la reflexión, manifestáronse diversas opiniones, y comenzaron los murmullos, las voces y el estruendo, y hasta las riñas y alboroto de los que sostenían que debía arrancarse al escudero de las garras de aquella fiera, contra los que se manifestaban dispuestos a que se acatase el juicio de Dios, tal como se presentaba, calesquiera que fuesen sus consecuencias.

Luzbel, entretanto, aprovechándose de aquellos momentos de sorpresa y de indecisión, había conseguido aturdir a su enemigo, que, no teniendo más armas que su espada larga y de dos manos, no podía servirse de la punta contra un enemigo asido, pegado a su cuerpo como su propia loriga. Dábale Moscoso fuertes golpes con el extremo del gavilán, y el alano, con breves y sordos ladridos, caía derribado, para levantarse al punto con nueva furia, con mayor encono.

El obispo fué el único que, llamando a los fieles del campo, les mandó que al punto separasen al perro, pues repugnaba a su corazón el humillante espectáculo de un hombre casi vencido por un bruto. En vano fué, sin embargo, que los escuderos acudiesen llamando primero a *Luzbel*, y luego sacudiéndole fuertes palos con el astil de una lanza; insensible el alano a las caricias y a los golpes, no quería soltar su presa sino completamente vengado.

Cayó, por fin, don Ataulfo, rendido, anonadado con lucha tan vergonzosa, y al caer soltósele el yelmo, cuyas correas había despedazado el perro, y quedó patente y manifiesto a todos el rostro espantable y feroz del ricohombre de Altamira, que una furia del infierno semejava.

¡Qué sorpresa, qué gozo para la muchedumbre, que se escondía al ver pasar al *Terrible*, que temblaba al oír su pavoroso nombre!

Gundesindo Gelmírez lanzó un grito de alegría, creyendo que, una vez conocido el ricohombre, no le rehusaría el combate, y, llegándose al caído, puso un puñal en sus manos, diciéndole:

—Toma; quiero yo matarte.

Un instante después aquel acero estaba hundido hasta el puño en las entrañas de *Luzbel*, que abandonó su presa y cayó tendido.

El obispo se había retirado por no presenciar el fin de tan horrible lucha.

Preguntó a los canónigos y caballeros que le acompañaban por el caballero vencedor, persuadido, por el modo de llamar a *Luzbel*, que no podía ser otro que Ramiro. Pero nadie le dió más razón de él sino que había desaparecido apenas vió trabada la lucha descomunal entre el perro y Ataulfo, y que, sin entrar en la ciudad, se había alejado.

CAPITULO V

De cómo el paje del obispo principió a cchar algo de menos y a ver mucho de más en Compostela.

Gran contento y ufanía llevaba poco después un gallardo caballero, el cual, apenas vió terminado el juicio de Dios, cabalgando en una hermosa yegua rodada, había tomado el camino de Lugo con dos criados, paje y escudero, que a corta distancia le seguían. Por su gentileza y bizarría, por lo rico y ligero de su armadura de hojas de hierro, y, más que todo, por un rollo de pergamino que sacaba de cuando en cuando de la escarcela para contemplarlo con aegria pueril, habrá conocido el lector al conde de Lara, a quien matase Sisnando, en cumplimiento de su palabra, había entregado la asendereada carta con toda puntualidad antes del combate.

Detenido el conde algunos momentos, tanto por el interés que la suerte de Moscoso le inspiraba, como por los extraños lances y peripecias de la lid, quería ganar el tiempo perdido, picando en la subida del monte del Gozo y tratando de infundir a la yegua toda la prisa, toda la ansia que él tenía por llegar al lado de la Princesa y ofrecerle el sabroso presente que la llevaba.

No paraba mientes en el resultado de la pelea, en las terribles desgracias que sobre su amigo y «hermano» don Ataulfo habían venido. Tan vivo, tan intenso era su gozo, que ningún desagradable pensamiento llegaba a turbar aquel regocijo. Fuera de que, si atentamente examinamos el corazón del hombre, veremos, por triste que sea el reconocerlo, que la humillación de nuestros mayores amigos nos infunde cierta secreta sa-

tisfacción cuando no nos consideramos superiores y exentos de la contingencia de una desventura semejante.

Lara no pensaba en esto; quizá lo sentía sin pensarlo; parecía desvanecido, enajenado con la posesión de aquel tesoro, que, según se figuraba, debía llevarlo al regio tálamo, al trono de Castilla; y repasaba en su imaginación las escenas de la galería del alcázar, cuando la Reina quiso levantar la punta del velo que encubría maravillas de amor y de grandeza para aquel que la liberaría del obispo compostelano. Lara descansaba en la hermandad sobre este punto, pues había logrado encadenarla a la voluntad de Doña Urraca, y, además de tan gratas nuevas, Lara llevaba consigo la carta que todos los esfuerzos de Gutierre Fernández de Castro y de Ataulfo de Moscoso no habían podido conseguir... ¿Quién osaba competir con él en adelante en favor y privanza con la Reina?

Embebecido en tan dulces imaginaciones y levantados pensamientos, oprimía sin compasión los ijares de su gallarda yegua, que muy en breve dejó atrás la ermita de Santa Cruz, escondida entre viejos robles y copudadas hayas, cuando, sin salir del bosque, vió un caballero, a quien por la sencilla, pero fuerte armadura de malla que vestía, por su continente y por el color alazán de su caballo, tuvo, desde luego, por el flamante vencedor del campo.

No debió serle muy agradable semejante encuentro; imaginóse al punto que, sin grande y extraordinario motivo, aquel valiente paladín no se habría marchado tan presto de la ciudad, donde tan sólo prez y gloria le aguardaban. Todo se le volvía tornar el rostro para observar a qué distancia venían el paje y el escudero, que, como no llevaban mensajes a la Reina, ni soñaban coronas, y como sus humildes cabalgaduras no podían competir con la briosa yegua de Lara, se habían quedado bastante atrás.

El caballero vencedor, descansando en su lanza, clavada en el suelo, no tenía trazas de moverse, y al conde de Lara parecióle bien imitar su ejemplo, y se paró también en medio del camino, no sin dar al diablo el gozo que le había hecho tomar tan imprudente avance. Ocurriósele poco después que lo mejor de todo sería no tener miedo de un adversario que aparecía solo, y, aunque él era bastante imparcial para conocer que no podía habérselas con quien de su valor acababa de dar tan bizarra muestra, con todo, reflexionó que en la suposición de no defenderse, sino de huir, la palma no se la

llevaría, por cierto, el más valiente, sino el que mejor y más veloz caballo montara.

Esta consideración, y la proximidad de sus servidores, tranquilizaron al conde, que con más serenidad reflexionó que aquel caballero que no se movía nada tendría que ver con él y le dejaría pasar sin oposición alguna. Prosiguió, pues, subiendo lo que de la cuesta le faltaba, y sus temores renacieron al verse a tan corta distancia de su antagonista, que le pareció descortesía dejar de saludarle.

El caballero también le saludó.

—Si mal no me engaño—le dijo, afable—, sois vos el conde de Lara.

—Aunque en tierras estamos, si no de enemigos, porque la guerra no se ha declarado aún, de malos amigos, no tengo por qué ocultar mi nombre.

—Nombre ilustre, que en nada cede al de los reyes de Castilla—prosiguió el caballero con la misma afabilidad.

—¿Y en qué puedo servirlos?—preguntó don Pedro, más tranquilo.

—Por ahora, en nada; soy yo el que os estaba aguardando para prestaros un servicio.

—¿A mí?

—Quiero ahorraros un viaje inútil.

—¿Cómo?—exclamó Lara, perdiendo el color.

—Conque vais a Lugo...

—¿Y bien?

—Y tenéis que volver a Santiago.

—¡A Santiago! ¿Por qué?

—Porque os lo manda aquel a quien nunca desobedece un caballero: el honor.

—Permitid, señor hidalgo, o lo que seáis, permitidme deciros que mi honor no es mudo, ni necesita de intérprete, y nunca aguardo a que sus órdenes me sean transmitidas por boca de nadie.

—Huégome en escucharos, señor conde

—repuso el paladín, con blando acento y con una actitud tan pacífica, que no pudo menos de sosegar otra vez el alterado pecho de don Pedro González de Lara.

—Si me conocéis, por mi fe que no debíais ignorarlo.

—Y la prueba de que no lo ignoro es que os aguardo aquí, confiado en el valor de vuestra palabra.

—No os entiendo.

—¿Lleváis un mensaje para la Reina de Castilla?

Turbóse de nuevo el conde, y miró de reojo al paje y al escudero, que acababan de llegar, y al mismo tiempo requirió maquinalmente la empuñadura de su espada.

—No, no temáis, señor conde, que por mi

parte, al menos, os obligue a desnudarla. Ocasión no es ésta de pelear, sino de obedecer. Ese mensaje que lleváis no se os ha dado sin condiciones.

—¡Cielos! ¿Sabéis?... Apartaos—dijo Lara a sus criados.

—Sé que habéis prometido demasiado en nombre de la Reina—repuso el paje del obispo.

—Y todo lo cumpliré.

—¿Todo?

—Sí, todo; pero ¿quién sois?

—¿Y haréis que la Reina acepte la presidencia de la hermandad?—dijo Ramiro, acercándose misteriosamente al caballero.

—Sí.

—¿Y haréis que exima a los hermanos del juramento de fidelidad si llega a celebrar las paces con el obispo?

—También.

—¿Y haréis que nunca con él llegue a reconciliarse?

—También, también.

—Y si, por ventura, saliesen fallidas vuestras esperanzas, ¿cumpliríais la palabra que anoche disteis a maese Sisnando?

—¿Quién sois?

—¿La cumpliríais?—repitió Ramiro, con firmeza.

—Sí, la cumpliré; pero ha de faltar primero el sol del firmamento que la enemistad de la Reina con Gelmírez.

—Estáis muy engañado, conde, porque el sol desde el firmamento nos alumbraba y la Reina reconciliada está con el prelado.

—¡Oh! ¡No es cierto, no es cierto!—exclamó Lara con terror.

—Traigo conmigo las pruebas.

—¿Dónde, dónde están?

—¿Conocéis la letra de su alteza?

—¡Oh! Sí.

—¿Veis esta carta—dijo Ramiro, sacando un pergamino—, la veis? Tomadla; ahí solicita humildemente Doña Urraca la amistad y la alianza del obispo; ahí le ofrece tres castillos para la iglesia de Santiago, y ahí, en fin, le promete ser en adelante lo que fué en los primeros años de su vida, y pone por fiadores suyos a cuarenta caballeros, entre los cuales, sin duda, hallaréis vuestro nombre. La carta está escrita de su letra, bien lo veis; firmada está por la Reina; sellada con su escudo.

—¡Oh! Pero ¿qué ha pasado en mi ausencia? ¿Qué es esto? ¡Dios mío! ¿Qué es esto?

—Esto es que no entregaréis a la Reina el mensaje que lleváis sin faltar a la palabra que anoche disteis a maese Sisnando de-

ante de la hermandad, y que nada, nada de cuanto anoche ha pasado debe llegar a sus oídos; ¡nada!

—Pero tú..., ¿quién eres?—exclamó don Pedro, aturrido—. ¿Pertenece a la hermandad? Y, en tal caso, ¿cómo has salido a la defensa de un Gelmírez? ¿Cómo has reñido el desafío con Ataulfo de Moscoso? Y si estabas anoche en la junta, ¿cómo sabes esas noticias de Lugo?

—De todo eso daré cuenta en otra parte.

—¡Ah! Pero... la carta...—dijo el conde, creyendo salir de sus apuros—; muéstrame otra vez la carta, la cual, si no tuviere fecha...

—Tampoco le falta, miradla.

—¡De anteayer!

—Ea, pues; volved las riendas, y venid conmigo a Santiago.

—¡A Santiago!

—¿También ahora guarda silencio vuestra honra?

—¡A Santiago, yo, que había prometido a los hermanos la protección de la Reina! ¡A Santiago, yo, para decirles que deben reputarla como enemiga! ¡Oh, no, es demasiado vergonzoso, es demasiado sacrificio para mi corazón!

—¿Y vuestra palabra, caballero, la palabra de noble y de castellano que anoche disteis al arquitecto y a la hermandad entera? ¿Esa palabra que habéis reiterado a maese Sisnando al entregaros el pergamino antes del combate?

—Pero ¿quién sois vos, que todo lo sabéis?

—*¡Ave María!*—dijo Ramiro con entonación misteriosa.

—¿Qué habéis dicho?

—Nada; una sencilla exclamación que anoche hicisteis al entrar en cierta casa deshabitada, saludando devotamente la imagen de Nuestra Señora.

—¡Oh! ¡Oh!

—Despachemos pronto—repuso con energía el paje del obispo—; o me entregáis la carta, o venis conmigo a Santiago a dar cuenta a la hermandad.

—¡A Santiago! ¡A Santiago, para sufrir la rechiffa de la gente soez con quien en mala hora nos hemos juntado! ¡Jamás!

—Pues bien, yo la llevaré.

—¿Sin declararme vuestro nombre?

—Os basta el nombre de hermano; os basta saber que, al presentarme a vos, tengo medios de hacerme obedecer, aunque fueseis mejor acompañado.

—Pues bien, tomad—dijo el conde, sacando de su escarcela el pergamino—, y ¡per-

mita Dios que carguen todos los diablos con la hermandad entera!

—¡Amén!—murmuró Ramiro, conteniendo una exclamación de gozo, que le hubiera hecho traición delante de los criados del conde.

Delante de ellos, decimos, porque Lara, no bien soltó el mensaje, cuando metió acicates a su yegua rodada, que, sorprendida, se encabritó, dió un salto y partióse luego de carrera, como disparada.

Ramiro envidió la ligereza de aquel hermosísimo animal; Ramiro envidió también las alas de las golondrinas que, a la sazón, cruzaban el camino casi rastreando; Ramiro hubiera deseado hallarse en aquel punto con el obispo de Santiago para poner en sus manos aquel mensaje tantas veces perdido y tan maravillosamente encontrado. Picó, pues, la cuesta abajo, ufano de sus triunfos, pero nada regocijado. Una pena secreta le roía el corazón y le enturbiaba su contento.

Había llegado al amanecer a Compostela, armado de aquella guisa; anhelando por ver a su madre, o saber noticias suyas, sin llegar al palacio del obispo se había dirigido a la casa paterna, que halló cerrada. A los primeros golpes que dió en la puerta con el cuento de su lanza, salió a la celosía de la casa inmediata una mujer. Era Munima. ¿Quién sino ella había de asomarse tan presto al sentir aquellos golpes en la casa de Ramiro?

—¡Munima!—exclamó el recién llegado, y la doncella, al conocerle, con no menos presteza bajó a la calle, obligando al paje a entrar en la casa de Odoaria.

El radiante gozo que en verle sintió la hermosa doncella estaba oscurecido por la dolorosa necesidad de tener que traspasar el corazón de su amante con una triste nueva. Munima, sin embargo, conocía bastante a Ramiro para recurrir a los medios vulgares de que, en semejantes ocasiones, suele echarse mano para disfrazar la verdad.

—Lo conozco en tu semblante, Munima—le dijo el recién llegado—; estás pálida, turbada; ¡tú tienes que comunicarme alguna mala noticia! No prolongues mi ansiedad. ¿Y mi madre? ¿He quedado ya solo en el mundo?

—No. ¡Tienes todavía una hermana!

—¿Nada más?

—Nada más—contestó Munima, con doloroso acento.

—¡Madre mía! ¡Pobre madre!—exclamó Ramiro, sollozando.

Munima comprendió que el mejor medio de distraerle del dolor era sacarle del letar-

go en que había caído, reanimándole con nuevas conmociones y afectos. Los que ella le inspiraba parecieronle, desde luego, harto poco penetrantes para que pudieran hacerle mella; pero no sucedía así con la relación de las aventuras que en aquella terrible noche le habían sucedido. Por esta relación podía saber Ramiro cuál era el paradero de la carta que en el camino de Padrón había confiado a *Luzbel*, y, despreciando Munima las encubiertas amenazas de S'nando y poniendo la seguridad de su padre al interés de su amante, no vaciló en revelar todo cuanto había presenciado.

—Ramiro—le dijo—, no te abandones al dolor; no es tiempo de llorar, sino de obrar con energía. La carta del Príncipe ha caído en poder de los enemigos de don Diego, y yo te voy a descubrir los medios de recobrarla.

Estas palabras de Munima bastaron para que Ramiro saliese de su abatimiento y la escuchase con la mayor atención.

Los sucesos que acabamos de referir fueron el resultado de la conversación de los jóvenes vecinos, a quienes no podemos dar sino a medias el título de amantes.

Una hora después del juicio de Dios, don Diego Gelmírez había congregado a los canónigos y magnates de la ciudad en el coro de la catedral, teniendo a su lado a Ramiro, que modestamente se había despojado de los arreos del combate. Oraban todos de rodillas, dando gracias al Todopoderoso por el éxito de la pelea. La oración del obispo prolongábase harto más de lo que algunos caballeros quisieran, y el fervor de su pecho se revelaba por lo inspirado y compungido de su rostro y por las lágrimas que surcaban sus blancas y venerables mejillas.

Más, hubiera permanecido don Diego Gelmírez en tan santa ocupación, dejándose llevar de su devoción y ternura; pero, haciéndose cargo de la visible impaciencia de sus próceres, levantóse, y, apoyado en su báculo pastoral, con blando y reposado acento, les dirigió las siguientes razones:

—Hijos míos; acabamos de glorificar al Señor, porque deponiendo a los potentes de su silla, a los humildes ha exaltado; porque se ha servido mostrarnos la verdad, haciendo resplandecer la espada de su justicia; porque ha dado fuerzas al brazo de un mancebo, como se las dió al pequeñuelo David contra el gigante Goliat, y al brazo de una mujer contra el terrible Holofernes; ¡bendito sea el Señor, glorificado por siempre su santo nombre! La cítara de Isaias, el arpa del profeta y la lengua de los ángeles

no bastan para publicar sus maravillas. ¡Oh! Fero no conocéis todavía el abismo de sus bondades...

Y al decir estas palabras las lágrimas brotaron con nueva fuerza de sus ojos.

—Sabed, hijos míos—prosiguió, profundamente conmovido—, que acaba de llegar a mis manos el mensaje del Príncipe Don Alfonso, nieto de aquel gran Rey que nadie con más razón que nosotros puede apellidar *el Magnánimo*, por lo grande y levantado de los beneficios que a nuestra santa iglesia dispensaba.

Aquí vino a interrumpir al piadoso orador una exclamación general de asombro y de júbilo, y legos y eclesiásticos se santiguaron devotamente, como reconociendo a Dios por autor de tan inesperado portento.

—Sí; la carta con tan vivas ansias esperada, aquí está, hijos míos, en testimonio del poder de Dios y de su misericordia para con nosotros. Creíamosla perdida en manos de nuestros formidables enemigos, abierta y rota; y he la aquí, hallada en poder de aquel a quien se dirigía, inviolados los sellos, y sin que entre las muchas manos por las cuales ha debido pasar haya osado nadie quebrantar dos frágiles planchas de cera. Tal prodigio, ¿cómo se ha verificado? Lo ignoro, hijos míos; pero el Señor, que hizo pasar a Israel a pie enjuto por el camino de las aguas, y a tres muchachos ilesos por el camino del fuego, ha escogido a mi buen paje Ramiro para instrumento de sus maravillas y para osentación de su gloria.

Todas las miradas se fijaron en el mancebo, que bajó las suyas con verdadera modestia.

—¡Ramiro!—exclamaron los caballeros, que hasta entonces apenas habían parado la atención en nuestro héroe.

—Aquí le tenéis—exclamó el prelado—; él es el único de los mansajeros que se ha salvado de las asechanzas de la Reina y de Ataulfo; él ha derribado en su primer combate la soberbia de ese gigante rebelde y descomedido; él ha sabido arrancar después esta carta de manos del conde de Lara y la ha traído a mi poder tal como el Príncipe Don Alfonso se la había encomendado.

—¡Oh! ¡Parece imposible!—decían unos.

—Pero ¿ese muchacho no era más aficionado a las letras que a las armas?—preguntaban otros.

—¡Milagro! ¡Milagro!—murmuraban luego generalmente los circunstantes—. Dios obra milagros con nosotros.

Ramiro, abrumado por el peso de tanta gloria, sentía una conmoción tan profunda

que pasaba a ser dolorosa; y aprovechándose de la confusión producida por las palabras del prelado, apartóse del centro del grupo y fué a esconderse en el rincón más distante de aquel paraje.

—Llegada es la hora, amigos míos—prosiguió don Diego cuando vió tan en sazón el momento de manifestar sus planes—; llegada es la hora en que podáis enteraros de estos mensajes, que no tan sólo a mí, sino a todos vosotros, a los hombres de iglesia, a los nobles, al pueblo, vienen enderezados.

Fueron acogidas estas palabras con tan marcados murmullos de satisfacción y tan general movimiento de curiosidad, que el obispo no pudo menos de sonreírse afirmando en el pensamiento que había concebido. Las últimas impresiones del juicio de Dios, lo sagrado y recogido del sitio, la curiosidad misma, tan fuertemente excitada; todo le favorecía para influir en el ánimo de su auditorio.

Con el acento de mansedumbre de un patriarca antediluviano, con la firmeza de un profeta en el desierto, prosiguió don Diego Gelmírez:

—Ya sabéis, hijos míos, que en la pila bautismal de esta santa iglesia vertí el agua de vida en la frente de aquel agosto niño; por mi mano le fueron abiertas las puertas del cielo; por mi mano también las del trono ungiéndole por Rey, como Samuel ungió a Saúl por mandato de Dios; por mi mano también las de la gloria terrenal, armándole caballero y ciñéndole una espada que ha de llegar a ser el terror de los infieles. Comprenderéis, de consiguiente, hijos míos, cuán grande debe ser mi cariño hacia un Príncipe, que si es caballero, Rey y cristiano, a Dios se lo debe, pero después de Dios a este humilde siervo suyo.

—También nosotros—contestó Menendo Núñez, uno de los enemigos de la Reina, porque ésta quiso mantenerle a raya dentro de su Estados—; también nosotros le queremos como Rey, porque de él nos prometemos el respeto y seguridad que hoy no gozamos.

—Leed, leed, santísimo padre—añadió otro caballero—; y si quere el Príncipe Don Alfonso que le juremos pleito homenaje como emperador de España...

—No; el Príncipe Don Alfonso no quiere exigiros ningún juramento que no le hayáis hecho; el Príncipe sólo quiere que le cumpláis lo que con él habéis pactado.

Y diciendo estas palabras, desenrolló el pergamino, y todos los circunstantes se apiñaron alrededor, atropellando algunos por

el respeto debido a la majestad del sitio en que se hallaban.

—Escuchad, escuchad.

El mandato era excusado, porque todos guardaban el más profundo silencio cuando el anciano obispo leyó la siguiente carta, que literalmente traducimos del latín:

«Reverendísimo padre et senior:

»No puede ocultarse a vuestra santidad que a la muerte de mi padre Raimundo, conde de Galicia, acaescida seyendo yo creatura, mi nobilísimo abuelo el Rey Don Alfonso convocó en León a todos los caballeros de aquel reino, et les mandó que me ficiesen pleito homenaje, e después de fecho por senior me levantó de toda aquella tierra.

»Solamente que el senior Rey Don Alfonso, mi abuelo, fizolo de guisa, es de saber: que si la Reina, mi madre, quería permanecer viuda, todo el susodicho reino seyese suyo, ca medianeros de ello os hacía a vos de consuno con el arzobispo de Viena, mi tío; pero que desde el punto en que tornase a contrayer nuevas nupcias en poder mío el regno viniese.

»Ahora bien; que mi madre se ha casado público es et notorio (1); parésceme, por ende, que nada fago de más en demandar mis derechos, e si cualquier ricohome o caballero me empeciese en la demanda, e la contrallase, reo de perjurio se facia, e Dios derechoero et prepotente juez, entre él et yo fallaría.

»A vos, a quien sobre todas las creaturas amo, et como senior et patrono venero; a vos, que en la pila bautismal me habedes regenerado, et por Rey en la iglesia del Señor Sant Yago unguido; a vos, en quien toda la fiducia he puesto; afincadamente vos ruego me prestedes auxilio para alcanzar el regno que tan legitimamente me pertenesce.»

Seguían luego los medios de llevar a cabo la proclamación y el reconocimiento de los señores, algunas indicaciones, de las cuales, a pesar de ser el alma y la esencia de la carta, el obispo no juzgó conveniente enterar a los circunstantes.

Grande fué el entusiasmo de clérigos y legos cuando el obispo terminó la lectura

(1) La frase latina es más energética y vulgar: *Patet lippis et tonsoribus matrem meam maritali thoro gavissam fuisse*, que literalmente dice: «Hasta los ciegos y barberos saben... etc.»; pero que debe traducirse por otra frase vulgar castellana: «No hay cosa más de sobra sabida... En las plazas se dice... etc.» Se ha creído que en boca de un hijo no estaba bien ninguna de ellas.

donde más a cuento le vino y mejor hubo de acomodarle; todos querían hablar para protestar de su adhesión al Rey niño, y en gritos y aclamaciones hubieran prorrumplido, a no contenerlos el respeto del templo y del pontífice.

—¿Qué decís, hijos míos muy amados?—prosiguió éste, después de haber guardado el pergamino—. ¿Qué os parece de una pretensión tan justa, tan racional, y que en manifestarse se ha contenido más de seis años?

—¡Que venga, que se presente el unguido del Señor, y todos le aclamaremos en este mismo templo, que sin duda por él habrá de ser engrandecido!—respondió Pedro, prior de los canónigos.

—Todos los caballeros—añadió Gundesindo—juramos cumplir nuestra promesa.

—¡Todos!...—repitieron los nobles, y los villanos, que se habían agolpado a las rejas del coro, exclamaron también:

—¡Todos!...

—Sí—prosiguió Diego Gelmírez, anudando sus razones—; más de seis años ha que la Reina Doña Urraca se ha casado con el tirano Don Alfonso de Aragón, y desde aquel punto nuestro Príncipe ha podido reclamar el reino de Galicia y pacíficamente poseerlo. Notorio es su derecho, pero ha tenido paciencia; ha esperado un día y otro día, un año y otro año, desde 1109 hasta hoy, a que su madre le diese lo que él podía exigir en ley y en justicia; lo que en conciencia debemos restituírle a la menor indicación de su parte, tanto el arzobispo de Viena, su tío (1), como yo, que somos curadores suyos.

—Y si por fin—dijo Menendo Núñez—la madre hubiese gobernado concertada y prudentemente el reino, podíamos hacer la vista gorda, santísimo padre, hasta que el Príncipe llegase a madura edad; pero ¿no merece perder, no ya el reino de Galicia, que no es suyo, sino León y Castilla, quien da lugar a los escándalos?...

—Silencio, don Menendo—repuso el obispo, interrumpiéndole—; parad mientes en el lugar que nos hallamos y no olvidéis que el principal deber de un caballero es respetar al Rey...

—Y a las damas—añadió una voz que nadie supo de dónde había salido.

—No podrá negarse, cuando menos—prosiguió Gundesindo—, que desde el advenimiento de Doña Urraca la insolencia de sus secuaces es tal, que ni la sagrada túnica de

(1) Posteriormente fué Papa con el nombre de Calixto II.

los peregrinos les contiene, ni la voz de la honra llega hasta su corazón.

—Basta, hermano; depón y olvida tus rencores, que el hombre debe absolver a quien Dios ha castigado.

—¡Varón queremos que nos gobierne!... —exclamó el prior.

—¡Sí, sí!—gritaron los caballeros—. ¡Un hombre, un caudillo!

Y los plebeyos, que apenas se atrevían a levantar la voz entre tantos y tan poderosos señores, presenciaban aquella escena pegados a las rejas del coro por la parte de afuera, y murmuraban:

—¡Rey! ¡Rey!

—Sí, hijos míos, Rey tendremos en Galicia—exclamó el prelado, conmovido de ver que los ánimos habían llegado al punto y sazón que él apetecía—. ¡Rey para nosotros solos! Escuchad, escuchad; no sé si ofuscado con mi propia ternura, o por el Señor iluminado en mis oraciones, figúrome verlo algunas veces en el trono, purificando con la espada de la justicia los crímenes y torpezas de los cristianos, y acorralando a los árabes en las playas de Andalucía...

—¡Rey! ¡Rey no sólo en Galicia, sino en Castilla y en León, y la conquista puede ser obra de pocos años!

—De pocos años... tenéis razón, hijos míos—prosiguió el prelado, enardecido—; que el santo Apóstol, que nos oye desde su tumba, desnude otra vez su espada fulminadora, y ¿quién duda que cada montaña será un Clavijo?

—¡Viva el Rey! ¡Viva Alfonso VII!—gritaron todos, locos de entusiasmo.

—Aquí mismo vamos a renovar nuestro juramento—dijo Menendo Núñez—; aquí mismo vamos a romper los pactos que nos unen con Urraca de Castilla.

—Sí, sí; nada queremos con la Reina.

—Aguardad, reverendísimo padre; nobles caballeros, aguardad.

El que de tal manera se expresaba y pretendía con su débil voz oponer un dique al torrente de entusiasmo que tan impetuoso se precipitaba, era Ramiro, que al escuchar desde su rincón el nombre de Doña Urraca tan irreverente y desdeñosamente pronunciado, solía alzar la cabeza con asombro o con indignación, dejándola caer luego como abrumado por el peso de las generales murmuraciones. Porque es de saber que a la par del diálogo que acabamos de referir, había otros muchos por lo bajo, de amigo a amigo, de corro a corro, en los cuales el nombre y la reputación de la Reina de Castilla eran despiadadamente maltratados; y el pobre

Ramiro, a cuyos oídos llegaban algunas medias palabras, o se encendía en cólera, o se avergonzaba, o de amarga tristeza se cubría. Su corazón juvenil resistiase a dar crédito a las imputaciones que de todos los labios salían contra aquella señora, que tan buena y tan generosa con él había sido.

Una sola vez se le escapó del pecho una palabra añadida en defensa de Doña Urraca a las razones del obispo; mas ahora, al ver a todos dispuestos a romper el vasallaje de la Reina, no pudo menos de salir de su estupor y adelantarse al medio de los caballeros.

—¡Ramiro!...—le dijo el prelado, con blando acento—. ¿Qué tienes? ¿Por qué pareces tan turbado?

—¡Santísimo padre!...—exclamó el paje—. Al venir al templo os he entregado otra carta, además de la primera...; os he dicho que era de la Reina Doña Urraca y no habéis querido leerla...; sin duda lo reserváis para más tarde: suplícoos, señor, que antes de dar el paso del rompimiento con su alteza la Reina de Castilla leáis esa carta, después de lo cual haréis aquello que vuestra virtud y sabiduría os dictaren.

—¿Por qué, hijo mío, por qué formas ese empeño?

—Porque en esa carta la Reina os promete su alianza y amistad eterna, garantida y juramentada por cuarenta caballeros.

—¡No lo creáis, señor; es imposible!—contestó el cardenal Vimara, que acababa de llegar con otros canónigos y caballeros.

—¡Reconciliarse la Reina con el obispo de Santiago!...—murmuró Sisebuto Ordóñez, frunciendo el entrecejo—. Por embustero le daba yo cincuenta azotes a ese mozo.

—Leed, padre; leed esa otra misiva—repuso Menendo Nuño—, para desengañarnos de que no estamos soñando.

—¿Quién duda de mis palabras?—contestó Ramiro con altivez—. No sólo os prometo paz y amistad, padre y señor, sino haceros cesión de tres castillos por prenda de su fidelidad.

—¿Será cierto?—decían los recién llegados, mirándose recíprocamente con cierta expresión de asombro y de rabia.

Mas el prelado contestó con gravedad:

—Está bien, Ramiro; puesto que tan enterado te hallas del contenido de la carta...

—La misma Reina me la entregó abierta para que yo se la leyese—replicó cándidamente el paje.

—Nueva razón para excusarme de esta diligencia.

—¡Pues qué!... ¿No admitís?...

—Estadme atentos, hijos míos; pues que soy padre y señor de todos, y a todos puede interesaros la reconciliación y alianza que se propone, debéis oír los poderosos motivos que tengo para no aceptarlas.

Y semejante el obispo de Compostela a los antiguos jueces y caudillos que, sentados a las puertas de la ciudad o de su tienda, discutían con las tribus los negocios más arduos del gobierno, les dijo de esta manera:

—Después de la batalla de Viadangos, tan famosa como desgraciada, agradecida la Reina de mí y de todos los vasallos de esta santa iglesia por haberla ayudado en trance tan fatal, y favorecido en todas las guerras que tuvo contra el usurpador Don Alfonso, su marido, vino a Santiago en devota peregrinación, y allí, en el presbiterio, sobre la tumba del santo Apóstol, hecha la señal de la cruz y extendidos los brazos, me juró fidelidad, cediendo a la iglesia todo el infantado entre los ríos Ulla y Tambre: yo le di cien onzas de oro y doscientos marcos de plata para continuar la guerra contra su marido, pues me confesó que no tenía un sueldo (1). Quince días permaneció en la ciudad; antes de partirse, sin embargo, la Reina había quebrantado su juramento, poniéndose de parte del ricohombre de Altamira en sus eternas disensiones con esta santa iglesia.

Hizo aquí el obispo una breve pausa para que se sosegaran los murmullos que de todas partes se levantaron, y prosiguió después con la misma calma y gravedad:

—Continué, sin embargo, haciendo nuevos servicios a la Reina, y fueron tales, que en 8 de junio de 1113 me propuso y firmó una alianza, por la cual se obligaba a serme fiel y amiga, procurando aumentar los honores y señoríos de la iglesia y vengar sus injurias; firmaron el pacto como testigos el obispo de Mondoñedo y el cardenal Pedro, que está presente.

—Sí, decís bien—contestó el cardenal—; no sólo fui testigo de las promesas y juramentos de la Reina, sino de sus lágrimas de arrepentimiento, de sus excusas acerca de faltas anteriores.

—Dos años después—continuó el prelado—, inspirada la Reina por el espíritu infernal, quiso poner en mí sus manos sacrílegas, y armó celada para prenderme en el camino de Padrón a Santiago.

—Por eso—dijo Gundesindo—, por eso nos convocasteis un día al gobernador, al merino,

a todas las autoridades y caballeros de la ciudad, manifestándonos que os hallabais en gran peligro y que habíais menester constante guardia de jinetes y peones.

—No quise manifestar de parte de quién temía las asechanzas; pero la Reina conoció que habían sido descubiertas por éstas y otras precauciones que me vi en el caso de tomar; y vino a postrarse a mis pies anegada en lágrimas echando la culpa a sus malos consejeros, y espontáneamente hizome un tercer pacto con cláusulas tan fuertes, que, en el caso de ser quebrantado, autorizaba a sus mismos vasallos a que se volviesen contra ella, y como si su fe, ya dos veces violada, no mereciese crédito, buscó veinte caballeros de Galicia, de Castilla y de Campos que autorizasen la suya. También este juramento tuvo la misma suerte que los anteriores.

Estas palabras fueron como la mecha aplicada al cañón de artillería; súbitamente estalló la indignación, que estaba contenida por el respeto debido a la voz del prelado, el cual prosiguió:

—A fines del año pasado hizo alianza con los condes de Sarria y de Trava, y no se olvidó de mí; y a principios del presente ya veis cuál se ha desatado contra todos tres. Tú mismo, Ramiro, sabes mejor que nadie hasta dónde alcanza la persecución de la Reina: llevaste a Mérida dos compañeros, y vuelves sin ninguno; caíste en manos de la Reina, y de ellas has debido escapar milagrosamente. Después de tanta fe violada, de tanto pacto roto, de tanto juramento quebrantado, decidme: ¿Qué caso puedo hacer del que ahora se me propone? Vosotros mismos, caballeros y vasallos míos, por poco que hayáis traslucido de todos estos tratos, me habréis acusado de crédulo y fácil en dar oídos a las palabras de la Reina; ¿qué diríais si me dejase persuadir otra vez?

El paje no supo qué responderle, y bajó los ojos como un reo que acaba de escuchar su sentencia. Era el único que guardaba silencio.

Don Diego, después de haber hablado con la gravedad de señor, le dijo con dulzura de padre:

—Ven, hijo mío; voy a probarte que ese nuevo pacto tiene todavía menos seguridades que los anteriores: en aquéllos cedía Doña Urraca unas veces al primer impulso del agradecimiento por los grandes servicios que le prestábamos; otras era movida por el temor de que auxiliásemos a su marido, Don Alfonso el Batallador, y ocasiones hubo también en que su arrepentimiento era el resultado de las pláticas que yo la endere-

(1) Toda esta relación es histórica.

zaba. Mas ahora quieres decirme, Ramiro, tú, que acabas de ver a la Reina, ¿de qué ha nacido tan súbita mudanza? ¿Qué favores le he dispensado? ¿Qué homilias le he dirigido? ¿Qué espera de mí? ¿Qué teme? ¿Teme que yo, curador y segundo padre del Príncipe Don Alfonso, le ponga en posesión de sus Estados? Hace bien en temerle. ¿Espera hacerme olvidar de mis deberes hasta el punto de abandonarlo? Hijos míos, renovemos el pleito homenaje que prestamos al nieto de Alfonso *el Magnánimo*, y habremos contestado dignamente a las sugerencias de la Reina.

—¡Viva el Rey! ¡Viva Alfonso VII!—torraron a gritar con entusiasmo los caballeros.

—Perdonadme, señor—dijo por fin Ramiro—; no puedo yo, mozo inexperto y rudo, oponer palabras a las que os dicta vuestra sabiduría; pero...

—Prosigue, prosigue, hijo mío.

—No creo, señor, que la Reina se oponga a la proclamación de su hijo; acaso la veréis autorizarla con su presencia.

—¡Oh! Si así fuese, diría que éste es el mayor milagro de los que Dios ha obrado con nosotros.

—Sí—prosiguió Ramiro, más animado—; la Reina no es tal como la pintan. ¡No podéis figuraros con qué bondad, con qué cariño me ha tratado!

Y al decir estas palabras, las risas brutales de los caballeros no le dejaron proseguir, y, todo encendido de rubor, se fué retirando poco a poco hasta la puerta.

Salió del coro, huyendo sin saber de quién, y buscando alguna cosa que le faltaba y de que no sabía darse cuenta.

Acordóse entonces de *Luzbel*, a quien, por lo extraordinario de los acontecimientos, había olvidado. Salió por la puerta Fagaria, nublados los ojos y siempre encendido de vergüenza, y dirigióse maquinalmente a la palestra; la estacada estaba sola; algunos carpinteros deshacían la obra levantada en el día anterior.

Luzbel había desaparecido.

—¡Ha muerto! ¡Ha muerto este pobre animal, a quien debo la vida y la venganza! Mi madre tampoco existe; mis compañeros de viaje también han perecido. Eivira será quizá dentro de poco mujer del único hombre que aborrezco. ¿A quién puedo yo contar las penas que oprimen mi corazón? ¿En cuyo seno puedo verter este llanto que se agolpa a mis ojos? ¡Oh! ¡No tengo un amigo, ni un amparo, ni un consuelo!

—Señor paje—le dijo un carpintero de los que deshacían el palenque—, parece que está

triste por el perro. Si quiere saber de él, Munima se lo ha llevado.

—Gracias, amigo, gracias—respondió Ramiro, alejándose—. ¡Munima! ¡Siempre Munima! ¡Ah! ¡Pero yo tenía necesidad de otro cariño más que el de una hermana!

CAPÍTULO VI

De cómo don Ataulfo «el Terrible», al que no quería azotes, mandaba sacarle los ojos, y al que con ninguna de las dos cosas se contentaba, le regalaba castillos.

No pudo Gundesindo Gelmírez satisfacer el refinado deseo de venganza que le había movido a favorecer a su contrario en el descomunal combate con el perro del obispo. Puesto que el rico hombre de Altamira, conocido ya de todos para mengua suya, hubiese descendido, impulsado por la venganza, a donde la soberbia no le permitía, hallábase tan molido, maltrecho y quebrantado, que le habría sido punto menos que imposible emprender de nuevo otra batalla.

Levantóse como pudo de la sangrienta arena, con ayuda de los escuderos, que trataron de trasladarle a la tienda de campaña para aplicar algún remedio a sus heridas; mas él, avergonzado de tan innobles magulladuras, a nadie quiso mostrarlas; rechazó con salvajes bufidos los auxilios que amigos y adversarios le ofrecían, y tan sólo admitió el de sus criados para cabalgar; y cabizbajo, floja la rienda y desmayado el cuerpo, paso entre paso, tornó a tomar el camino de sus tierras, jurando volver a la ciudad para arrasarla.

Ibansele enfriando las mordeduras y comenzaba a sentir agudísimos dolores, que sufría sin que en su rostro apareciese la menor arruga, ni dejase escapar el menor suspiro. Harto más le mortificaban ciertos lejanos y vergonzantes silbidos que salían de las turbas que le acompañaban sólo por gozar del espectáculo, siempre grato a los pobres, de la humillación del rico y poderoso; y harto más que los silbidos le traspasaban el corazón las exclamaciones compasivas en que prorrumpían los más próximos, que por miedo le adulaban.

Era asaz maravilloso ver marchar con la frente abatida al hombre que jamás humilló por fuerza la cerviz a rey ni a señor de la tierra; al hombre de quien huían sus vasallos cuando de lejos le vislumbraban, cuyos halcones infundían a los villanos casi

el mismo temor que su persona, y cuyas selvas y cazaderos no necesitaban más guarda que el temido nombre de su dueño, y era tanto más portentoso cuanto que si en medio de aquel abatimiento levantaba alguna vez el ceñudo rostro, barría la gente en dondequiera que se fijasen sus espantables miradas.

—¡Atrás!—dijo una vez con rabioso acento.— ¡Atrás, canalla!

Y bastó para que la muchedumbre volviere las espaldas, sin aguardar a que los escuderos del *Terrible* blandiesen la lanza para alejar a los sordos y perezosos.

Aquel séquito numeroso se contentaba luego con mirarlos de lejos cruzar el río, hasta que en las asperezas de las selvas los perdió de vista.

Cuando al alcázar llegó la nueva desgracia de don Ataulfo, estremeciéronse desde el primero al último de sus servidores. Sin aquel motivo era Altamira mansión del terror. Al trasladarse allí Constanza de Monforte, joven risueña y florida como un vergel en primavera, llevó consigo la serenidad y el contento; sin embargo, a los pocos meses de permanencia en el fatal castillo, marchitáronse las flores lozanas de sus mejillas; sus labios perdieron el hábito de la sonrisa; en el terso marfil de su frente marcáronse de pronto anticipadas arrugas; en su postrimería víosela andar pálida y cadavérica por adarves y corredores, como un fantasma, y feneció, por último, devorada por una larga calentura, pidiendo en vano un confesor en su lenta agonía.

Joviales y bulliciosos llegaban también los pajes y escuderos al servicio de Ataulfo; pero al entrar en aquel edificio, su vivacidad se apagaba, helábase su alegría como si un viento fatal allí dentro les hubiese tocado.

No parecía sino que bajo aquella enorme y severa masa de granito, constantemente ennegrecida y azotada por las lluvias, sin más adorno que el musgo que de trecho en trecho la revestía, la hiedra que trepaba desde los cientos y las cabezas de lobo que festoneaban la fachada, no parecía sino que oprimía a todos un funesto influjo o se ocultaba algún crimen, que a las tristezas del terror añadía las continuas zozobras del remordimiento.

El mismo Ataulfo era otro del que en su mocedad apareciera: su aspereza, su extravagancia y desabrimiento iban creciendo con los años, y el más largo y lucido intervalo de buen humor que de mucho tiempo acá se le había conocido, era el período que

desde la muerte de Constanza iba transcurriendo. Apresuémonos a decir que este período había terminado con harto dolor de los moradores del alcázar, que, apenas vieron subir al señor lenta y trabajosamente la colina, nublado el rostro y de asaz melancólico talante, miráronse unos a otros, como los marineros cuando vislumbran en el horizonte la nube preñada de tempestades.

Hubieran querido esconderse todos bajo siete estados de tierra, y todos al mismo tiempo trataban de presentarse los primeros y de aparecer puntuales y solícitos, para desviar la tormenta al campo del vecino, y cuidaban de prevenir el servicio, de manera que la falta más leve no fuese la señal de la descarga.

Por de pronto, el sonido de la trompeta anunciaba la venida, no ya en los últimos rincones del castillo, sino en las revueltas y honduras de la comarca. Levantado estaba el rastrillo del puente antes que don Ataulfo hubiese llegado a la mitad de la cuesta; los arqueros, las almenas coronaban; pajes y escuderos salían a recibirle más allá de la explanada, disputándose el privilegio de tenerle el estribo; cerca del primer foso, lleno de agua verdosa, y defendido por la barbacana, los halconeros, con la mano cubierta de guante de piel de cabra, traían sendos azores para que los ojos del ricohombre se recreasen de ver sus aves favoritas; detrás de la primera muralla había otro foso y otro puente, a cuyo extremo aguardaban los palafreneros para recoger las riendas del caballo; los monteros, en el zaguán, sudaban para sujetar con traillas jaurias de lebreles que pugnaban por lanzarse fuera del castillo; el bufón, vestido de botarga, y haciendo sonar los cascabeles pegados a la punta de los diferentes picos del sayo, paseábase en el patio, discurriendo alguna gracia para divertir a su señor; y, por último, los coperos, en la escalera, estaban esperando sus órdenes, por sí, como parecía regullar, se le antojaba la vianda o la bebida; todo era movimiento y agitación, pero movimiento sin bullicio, agitación temerosa; todo era prevención y advertimiento, mas no por el cariño, sino por el miedo engendrado.

Llegó por fin el caballero torvo y taciturno, y ni siquiera reparó en los pajes y escuderos, que se anticiparon a recibirle, ni a sus halcones dirigida la mirada, ni se curó del honor que los arqueros le hacían, ni de la solitud de los palafreneros, ni del buen orden y puntualidad con que de todos era

servido. Cruzó la explanada, pasó el rastrillo y la barbacana y el segundo puente, entró en el zaguán y atravesó el patio, sin dar muestras de querer descabalgarse hasta llegar al pie de la escalera; allí soltó las riendas, sacó el pie del estribo, y al hacer el primer movimiento para echarse a tierra, su faz se enrojeció súbitamente, sus músculos se contrajeron y revolvió los ojos, que aparecían blancos, dándole un aspecto de furia infernal, que llenó de pavor a los circunstantes. Reprimió, sin embargo, el grito que sus dolores le arrancaban, y sólo dijo con un acento que descubría cuanto su pecho tratada de ocultar:

—¡El médico!

Y aquella palabra colmó de espanto a los circunstantes, que se habían acordado de la comida, de la bebida, de los perros, de los halcones, del estribo, del caballo; de todo, en fin, menos de aquello precisamente que su señor pedía y más necesitaba.

—¡El médico! ¿Dónde está?—tornó a decir el Terrible, con una voz que no admitía la menor dilación en la respuesta.

—En su aposento—contestaron algunos.

—Ha salido a coger hierbas—respondieron otros.

—No te apures por eso—le dijo un hombrecillo contrahecho—; por mucho que tarden los médicos, siempre llegan, por nuestro mal, demasiado presto.

Ni Ataulfo se rió de las gracias de su bufón, ni replicó una palabra, con harta asombro de cuantos le escuchaban. Descendió del caballo en los brazos de Rui Pérez; cercáronle sus perros de caza, y su lebel favorito llegó a festejarle en tan mala sazón, que cayó a sus plantas aturdido y casi muerto de un puntapié; los demás hubieron de comprender la indirecta, y se volvieron tan gachos de rabo como de orejas.

—Si no está el médico—prosiguió el ricohombre antes de poner el pie en la escalera—, cuando menos habrá por aquí un sayón.

Y al punto se presentó un sayón con gorro y colete rojo y el hacha atravesada en un cinturón de cuero.

—Veo que la desgracia te vuelve sabio—dijole el bufón—; pues has llegado a comprender que médico y verdugo son dos cosas equivalentes.

—¡Hola!—exclamó el ricohombre sordamente—. Más listos andáis para herir que para curar, ¡pesa mi alma! Daros he por el gusto, ¡vive el cielo! ¡Ea! Martín—prosiguió, dirigiéndose al hombre rojo, y desprendiéndose del brazo de su primer escu-

dero—, llévate a Rui Pérez, y dale tantos azotes cuantos sean menester para levantarle el pellejo.

—¡Señor!—exclamó Rui Pérez—. Tened piedad de mí; no me afrentéis con un castigo propio tan sólo de villanos.

—Pues bien—dijo el caballero al hombrón del sayó colorado—: ya que prefiere más noble suplicio, sácale los ojos.

—¿Qué os he hecho yo para que así me tratéis?—repuso el escudero, consternado.

—Lo que tú has hecho no me lo recuerdes, porque entonces no me contentaré con menos que con tu cabeza.

—¡Perdonadme, señor!

—¡Yo perdonar!—dijo el ricohombre con sonrisa feroz.

—Sería la vez primera—añadió el botarga.

—Esa, señor bufón, si no es una gracia, es una verdad.

—Pues ésa es la primera verdad que ha hecho gracia—replicó el de los cascabeles.

—Perdonadme, señor—repetía el desdichado Rui Pérez, postrado delante de Ataulfo—. ¡Perdonadme... por ella!

—¿Qué dices?

—Así logréis antes de veinte días el deseo que concebisteis hace veinte años.

—¡Rui Pérez! ¡Rui Pérez!—exclamó el ricohombre, casi enternecido—. Eres el primero que ha invocado su nombre... Levántate, y sube conmigo.

Y el jayán del gorro colorado retrocedió relamiéndose los labios, como un perro a quien le quitan el plato que había empezado a gustar.

—¡Tate, tate!—dijo el bufón—. Ya no extrañe que vengas vencido y derrotado, cuando el nombre de una mujer te pone más blando que un guante de gamuza. No digas ya que eres el Lobo de Altamira, pues te has dejado limar los dientes y las uñas.

—¡Miserable!—gritó el de Moscovo—. Yo te probaré que todavía los tengo afilados Martín—le dijo al sayón—, éste no es noble.

Y el perro, que había olido la carne, puso la mano en el bufón con un gesto que quería decir: me contentaré con piltrafas.

Acompañado de Rui Pérez llegó don Ataulfo a su aposento, vasto salón de arquitectura bizantina. No quiso reposar en el lecho ni desnudarse de la fatal armadura. Sentóse cerca de la chimenea, encendida por fortuna de amo y de criados; despidió con un gesto a pajes y escuderos, mandándoles que por ningún estilo dejasen entrar a nadie, mientras él no llamara, y se quedó solo con Rui Pérez, el cual no las tenía todas consigo, y de

bonísima gana hubiera renunciado la distinción con que le honraban.

—Acércate—le dijo *el Terrible*, con desmayado acento.

—Señor—contestó el escudero, encogiéndose como un gazapo que, al asomar la cabeza por la boca, siente el primer ladrido.

—¡Acércate con mil pares de a caballo!—gritó con furia don Ataulfo—. ¡Voto a mi santa abuela! ¿Tienes miedo, por ventura, miserable?

«Respiro—dijo Rui Pérez para sí—, respiro cuando le oigo jurar.»

Y se aproximó al ricohombre.

—Venís herido, a lo que creo—le dijo—; ¿queréis que os quite el arnés?

—Quiero que me escuches. Has hecho votos por que antes de veinte días logre el deseo que concebí hace veinte o más años.

—Sí, señor; votos fervientes que debe oír el cielo, porque habéis tenido compasión de mí.

—Pues mira, Rui Pérez—prosiguió Ataulfo con un acento en que se percibía cierta conmoción que no era de cólera ni de despecho—; por tu torpeza en no matar al perro, por tu imprevisión en dejarme vestir tus arreos manchados con su sangre, he sufrido la humillación más vergonzosa, la mayor mengua que puede caber a un caballero: después de haber sido botado de la silla por un mozo barbiponiente, he sido derribado, mordido, hollado y afrentado, no por un hidalgo, ni siquiera por un villano, ¡sino por un perro!, y la derrota, la vergüenza, el vilipendio han tenido por testigos la corte de Galicia, el pueblo entero, que me ha silbado y se ha compadecido de mí y mis mayores enemigos, que se han reído y gozado de mi ignominia. Esta suerte reservada estaba para ti, y por ti la he sufrido. No me digas nada; yo sé que tengo la culpa; pero, sea como fuere, ya conoces que tú debes pagarlo. Arrancarte los ojos, despellejarte a latigazos..., preparativos son de más horribles suplicios que te aguardan..., ya te lo dije, en acordándome de mi afrenta, nada, nada me parece bastante para vengarla.

Rui Pérez, al escuchar esta relación, dicha así con cierta calma cruel y aterradora, no sabía lo que le pasaba; un sudor se le iba y otro se le venía; parecía que el pavimento no era de mármol, sino de púas, y que de todos los ángulos de la sombría estancia iban a salir hombres colorados con el hacha a la cintura y los hierros candentes en la mano.

—Me llaman *el Terrible*—prosiguió Ataulfo con la misma calma—; no sé por qué;

parecíame que hasta ahora he sido bastante suave, si se atiende a lo que pienso hacer en adelante para vengarme del pajeillo que me ha vencido y de los Gelmírez que mi derrota han presenciado. Luego a nadie he quitado la vida, ¡a nadie! Mi padre, en sus postreros años, hizome jurar que, a no ser en lid o en juicio, había de respetar la vida del hombre..., ¡y la he respetado! Gontroda, la hechicera, me tiene pronosticado que el día que mate a cualquiera por criminal venganza será el último de mi vida..., ¡y vivo! ¡Pero hay suplicios, Rui Pérez, mil veces más horribles que la muerte, y tú sabes cuán fecunda mi imaginación ha sido en inventarlos... ¡Ah!... No los conoces todos.

La voz del caballero, al decir estas razones, era tan profunda y cavernosa, que apenas se percibía más que el sonido hueco y monótono que completaba el terror de las palabras.

—¡Oh, no temas tú, Rui Pérez, no temas! Si Dios escucha tus votos, si dentro de veinte días se logran mis deseos de hace veinte años...; si Elvira, Elvira, cuyo nombre has invocado, me ama un solo instante, aunque después por siempre me aborrezca, no sólo serás perdonado, sino espléndidamente galardonado y bendecido.

—¿Y qué hacer, pobre de mí, para que doña Elvira sea vuestra?

—¿Qué has de hacer? Lo que tú quieras. ¿Te falta caudal? Dispón de mi hacienda. ¿Hombres? Ahí tienes todos mis vasallos de Altamira y de Monforte.

—Pero, si mal no recuerdo, creo que algún otro me ha precedido en esta comisión.

—Sí; al día siguiente de la muerte de Constanza fué despachado, pero no ha vuelto; no ha vuelto, Rui Pérez, y el haber yo perseguido a los mensajeros del obispo, ¡vive Dios!, que menos era deseo de servir a la Reina de Castilla que rabia por ver que Gelmírez era más afortunado que yo en sus mensajes.

—Yo, si fuera que vos, no fiaría a nadie semejante encargo—dijo el escudero, que, augurando mal de la tardanza de su predecesor, y viendo en perspectiva la interminable serie de suplicios que podía inventar, a propósito para él, un ingenio tan fecundo como el de Ataulfo, quería sacudir de encima la pesada carga que se le imponía.

—¿Y qué habría de hacer?

—Montar a caballo y dirigiros a doña Elvira de Trava.

—¡Cómo! No me conoces, ¡voto a bríos!, no me conoces. ¡Humillarme yo, ricohombre de Altamira; humillarme hasta pedir la ma-

no de...! ¡Oh! La voz, el aliento había de faltarme. Yo puedo confesarlo aquí, que ni Elvira ni su hermano me escuchan; yo puedo revelar que sin ella la vida me es insostenible; que prefiero ser dueño de esa mujer a ser Emperador de España; pero ¡diceselo a ella! ¡Diceselo a su hermano, el conde de Trava, sin estar seguro de la respuesta! ¡Eso..., jamás!

—¡Si tan seguro tuviese yo uno de vuestros castillos!...

—¿Qué sabes tú, mentecato, qué sabes tú? ¡Oh! ¿Quién te dice que Elvira no prefiera a cualquier otro?...

—Señor, delirio es pensarlo.

—¡Delirio! ¿Y de dónde nace la furia, la insolencia de ese mancebo, que ya por dos veces alarde ha hecho de sus amores?... ¡Oh! ¿Que me lo traigan aquí! ¡Rui Pérez, los tormentos que imagino para el tal paje, a mí mismo me horrorizan! Y si Gontroda me dijese que podía matarlo..., ¡con qué gozo, con qué deleite le vería expirar! ¡Poner los ojos donde yo los he fijado!... ¡Aparecer como rival de Ataulfo de Moscoso, y derribarme! ¡Oh! ¡Por menos hay otros que quisieran haber muerto ha muchos años!...

Calló el Terrible, bajando su rostro, sombrío y desesperado. El escudero casi llegó a compadecerse de sus tormentos, al mismo tiempo que sus palabras le estremecían. Tentado estuvo por ofrecerse a prender a Ramiro; pero detúvose por no hacerse cómplice de las atrocidades que Ataulfo meditaba.

—Señor—le dijo, procurando calmarle—, ni por la imaginación debe pasaros que doña Elvira es indiferente a tanto amor y a tanta grandeza como en vos se reúnen. Apresurad el casamiento, y después...

—¡Oh! Después que tenga yo la seguridad de que Elvira no me aborrece, ni su hermano se niega... Eso, eso es precisamente lo que tienes tú que averiguar, si, como de su tardanza sospecho, el caballero que te ha precedido ha muerto a manos de los bandidos o de los infieles en el camino.

—Pero, señor, si he de hablar a esa ilustre dama y al conde su hermano de vuestros amores, menester es enterarme de ellos antes de partirme.

—¿Y quién mejor que tú puede dar testimonio de mis amores? Tú, cuya sangre anhelaba; tú, a quien de buena gana hubiera despedazado con mis uñas y que has obtenido el perdón sólo por haber invocado el nombre de esa dama, ¡qué necesitas saber más sino que de la misma manera siempre la he amado?

—Pues bien, yo partiré—dijo el escudero—,

y me da el corazón que he de traeros presto una buena noticia. Ahora lo que debéis hacer es acostaros, y si queréis que venga luego con una bizna...

—Una buena noticia—repuso don Ataulfo, sin hacer caso de las últimas razones de su escudero—no es tan fácil como se te figura; hay una persona poderosa que con una palabra puede impedir este enlace.

—¿Quién?

—La Reina de Castilla.

—¡Oh! Pero la Reina es tan amiga vuestra, os debe tan singulares favores, que no se opondrá...

—Mientes, Rui Pérez; la Reina se opone a todo lo que pueda traer la ventura y engrandecimiento de Elvira.

—¿Y qué os importa a vos, ricohombre, de la voluntad de la Reina?

—¡Oh!—dijo don Ataulfo, con amarga sonrisa—. No es la primera ni la segunda vez que los Moscoso se han burlado de más terribles monarcas; pero, ¿no te he dicho, desventurado, que Doña Urraca es dueña de un secreto, el cual, si tú lo poseyeras, serías para mí tan temible como la Reina? Ea, ve-te de aquí..., gobiérnate como puedas, pero te juro que en el negocio te va la cabeza. ¡El médico! ¡Oh, señor paje Ramiro, señor paje, qué cosas tan peregrinas has de saber de mis habilidades cuando te traiga al castillo! Yo he menester un sayón a mi lado para ser obedecido. Rui Pérez—gritó el ricohombre al poner el escudero la mano en la puerta—, que vengan a desarmarme, y es mi voluntad que con estos arcos se haga una hoguera en el patio hasta fundir el hierro. ¡Oh! ¡Ya sabes a quién puedes agradecer no ser fundido con la armadura!

Con la mano en el cerrojo, detúvose Rui Pérez, mientras el caballero le hablaba; pero no bien acabó de pronunciar la última sílaba, cuando abrió la puerta con cierto sobresaliente de gozo, que sólo pueden comprender los que, perseguidos de cerca por el toro, logran poner los pies en la talanquera. Otro gozo mayor que el de abrir la puerta le esperaba: el de cerrarla. Pero ¿por qué razón algunos momentos después tuvo el escudero la temeridad de volver a penetrar en aquel aposento?

—¡Albricias, señor, albricias!—exclamó Rui Pérez, alborozado—. Acaba de llegar un mensajero.

—¡El mío!

—Trae al pecho cinco eslabones azules en campo de oro.

—¡Oh! ¡Las armas son del conde de Trava! ¡Mientes, bellaco, embustero, mientes!

—exclamó el ricohombre, todo conmovido por aquella noticia y expresando su gozo de tan brava manera.

—Señor, el mensajero está delante del rastrillo, y se esperan vuestras órdenes...

—¿Por qué lo detienen, vive el cielo? Hazle entrar, Rui Pérez, y si el mensaje es tal como yo me lo prometo, te regalo en albricias uno de mis mejores castillos.

—¡Pésia tal!—exclamó éste, entre atónito y regocijado—. O mis ojos me engañan, o quien estoy viendo no es otro que el mismo don Pedro Froilaz, egregio conde de Trava.

—Ni más ni menos, señor ricohombre, y pues que tanto tiempo me habéis hecho aguardar con la mano tendida, es preciso que...

—Que os dé los brazos, buen conde—le dijo Moscoso, alborozado—, aunque al levantarme me crujan todas las coyunturas.

Frisaba don Pedro Froilaz con la edad senil, puesto que presentaba más allá de cincuenta años. Ancho de cara, de poca barba, delgado de labios, habitualmente risueño, de mirada viva unas veces y fascinadora, y otras fría y disimulada, indicaba su fisonomía tan poca aprensión como gran fuerza de voluntad en medio de una vejeidad aparente. Manejaba todo género de armas ofensivas y defensivas, lo mismo las de hierro que las del talento; igualmente las de buena ley que las vedadas, y prefiriendo siempre las que más presto herían o con mayor seguridad le abrían paso a sus ambiciosos designios.

Sabía acomodarse a la condición de todos aquellos a quienes había menester; oraba con el monje; juraba con el soldado; no desconocía la senda estrecha de la virtud y del honor, pues que por ella guiaba a su regio pupilo, y privadamente, en uno y otro punto, portábase como hombre laxo y poco escrupuloso.

Merced a tan raras cualidades, la cabeza del tercer partido, nacido del choque de la Reina de Castilla y de Alfonso *el Batallador*, con ninguno de estos dos enemigos puede decirse que estuviese malquista. Llevábase la gloria y las consideraciones de caudillo de un bando cada vez más poderoso, y diestramente sabía hacer que la odiosidad indispensable recayese sobre el obispo de Santiago. Era casi amigo de la Reina Doña Urraca; no estaba refido con el Monarca de Aragón; con el conde de Lara conservaba vínculos que más tarde se estrecharon, y con el obispo de Santiago se confesaba.

La causa del Príncipe niño era su propia causa: si el Infante llegaba a ser coronado, en aquel mismo punto tenía que desceñirse la corona, demasiado pesada para sus sienes infantiles, y colocarla en la experimentada frente a su ayo. Pero éste, además, trabajaba de propia cuenta y con mucho empeño en el auge de su familia; a todos sus hijos con Princesas los iba acomodando; a su hermana bastarda trataba de colocar nada menos que con el ricohombre de Altamira.

CAPITULO VII

De la sabrosa plática que tuvo don Ataulfo con el caballero de los eslabones, la cual derrama no poca luz sobre algunos puntos de nuestra historia.

Partióse Rui Pérez, y vino luego el mensajero, que era de mediana estatura, y hasta bajo parecía por la armadura de hierro y holgada sobrevesta que traía encima, arreos que sólo sentaban bien a las personas de talla agigantada. En el pecho mostraba, recamado, un escudo con cinco trabas o eslabones azules en campo de oro, con lo cual no pudo dudar Ataulfo de que el recién venido pertenecía a la casa del conde de Trava, de Trastámara y de Monterroso, ayo del Príncipe Don Alfonso y conde también en algún tiempo de toda Galicia.

Entró cubierto con la celada, en cuya visera sólo dejaban paso a la luz dos grandes agujeros; en el suelto y desembarazado continente mostraba ser persona familiarizada con salas ostentosas y con la presencia de elevados personajes.

Acercóse al ricohombre, que hizo ademán de levantarse para recibirle, con una cortesía que no hubiera manifestado a ninguno otro que al pecho no llevara aquellos blasones.

—Dignaos, señor caballero—le dijo *el Terrible*—; dignaos de levantar la visera y dar-me a conocer vuestro nombre, que llevando, como lleváis, escudo de señor tan alto y poderoso, no dejará de ser ilustre y en Galicia conocido.

—Eso lo haré yo de buena gana—respondió el entrante—; empero, con la primera diligencia antójaseme excusada la segunda.

—Haced lo que os plazca, que viniendo de parte de quien venís, todo ello, ¡vive Dios!, me parecerá de perlas, señor caballero.

Y no bien acabó de escuchar estas razones, el desconocido levantó la visera del yelmo y tendió la mano al mismo tiempo, esperando que el ricohombre se la tomara.

uno de los cuatro solares más ilustres de Galicia, una de las casas más fuertes y poderosas de aquel reino. Y aquí será bien que nos detengamos por breves instantes.

Esclarecido el linaje de los Moscoso desde los primeros tiempos de la Monarquía goda, trae su origen de uno de los principales caudillos de las razas vencedoras; muchos años antes de la batalla del Guadalete aparece en las crónicas el nombre de Ataulfo de Moscoso, nombre de predilección entre los individuos de esta familia. De ella salieron ilustrísimos solares; con ella se formaron otras casas, ramas gigantes que rivalizan en robustez y lozanía con el mismo tronco.

Este desgaje no pudo llevarse a efecto sino con la desmembración de los feudos y señoríos de Moscoso, y Ordoño, ricohombre de Altamira en tiempo de Alfonso *el Magnánimo*, no podía verla con serenos ojos, y su ambición y soberbia resaltaban conforme su material poder y grandeza se iban hundiendo. Quería aventajar a todos en Estados, como en alcurnia los eclipsaba, y, viéndose con dos hijos mozos, dotados a cual más de prendas singulares, creyó llegada la sazón de apuntalar con tan buenos arrimos el amenazado alcázar de su fortuna.

Bermudo de Moscoso, el primogénito, fué llevado a la corte de Castilla; Ataulfo quedóse con el padre, de quien era amado con especial cariño, por menor en edad, por semejársele en condición y figura y por ser quien más participaba de su orgullo y ambicioso anhelo. Bermudo, por el contrario, atento a conquistar fama de bueno y cumplido caballero, satisfecho con la herencia de sus padres, creía que, añadiendo el brillo de sus hazañas al lustre de su apellido, hacía más por levantarlo que solicitando castillos y vasallos de la munificencia de los monarcas o por alianzas matrimoniales.

Ya sabe el lector lo que sucedió en aquella corte: la Infanta Doña Urraca prendóse de tan buenas partes, y su afición no fué tan secreta que de los principales caballeros no llegara a ser conocida; y como la nobleza de Bermudo no desdecía de la majestad, y su valor y bizarría al de todos sobrepujaba, dábase por supuesto su enlace con Doña Urraca de Castilla.

Súpolo Ordoño, y, llamando cerca de sí al afortunado Bermudo, turbado del gozo, se arrojó a sus brazos, le sentó a su lado y le dió a beber por vez primera en su misma copa.

Tan inusitadas muestras de júbilo proveían de la suposición en que él y todos es-

taban de que Bermudo se aprovecharía de aquella ocasión con que la suerte tan fácil y generosamente le brindaba; pero ni el padre ni los cortesanos conocían la secreta, aunque fina, pasión con que una niña de Santiago, hija natural del conde don Froilaz de Trava, le tenía cautivo; el conde don Pedro Froilaz, que, muerto el padre, estaba a la cabeza de esta familia, fomentaba aquellos amores, deseoso de atraerse un tan bizarro y noble caballero y de borrar con tan brillante boda la mancha que deslucía la peregrina hermosura de la bastarda; y a tal punto había sabido conducir las cosas, que Bermudo iba resuelto a pedir al anciano Ordoño permiso para desposarse con ella. Pero si era difícil, por no decir imposible, que el ambicioso padre accediera a sus deseos en una situación ordinaria, ¡cuánto no subían de punto las dificultades desde el momento en que el anciano dió abrigo al pensamiento del matrimonio con la Infanta de Castilla!

Guardó, pues, silencio Bermudo, y, desistiendo por entonces de su intento, contentóse con responderle que el amor de la Infanta no era tal que sobre él pudiese levantarse todavía aquella soberbia fábrica de ilusiones y esperanzas.

Pero el conde de Trava, viendo combatida la afición del caballero del cariño de Doña Urraca y de la ambición de Ordoño, insinuó hábilmente la idea de un matrimonio clandestino, que fué acogida con júbilo por el enamorado Bermudo.

Verificóse el casamiento secreto, y la dicha pasajera que experimentaron los esposos fué la señal de arremetida para todas sus desventuras.

Ataulfo amaba también a doña Elvira, la cual, siguiendo los consejos de su hermano, si no le había correspondido, tampoco le había desdeñado, y Ataulfo, al traslucir la dicha de Bermudo, menos quizá por afición verdadera que por envidia, seguía requiriendo a la bastarda. Hijo predilecto, y, como tal, mimado y voluntarioso, no creía, no se imaginaba siquiera que tan larga resistencia pudiese encontrar el menor de sus caprichos; de aquí nació el obstinado empeño en vencerla, y de este choque brotaron las llamas de una pasión voraz.

Elvira, para aplacarle, le declaró su casamiento, exigiéndole palabra de guardar secreto, y como puede presumirse, aquella manifestación engendró en el pecho de Ataulfo los celos más furiosos, la envidia más feroz. Vió a su hermano mayor querido de la Infanta de Castilla, famoso por sus hazañas

en la guerra, admirado de la corte por su gentileza y bizarría, heredero de los Estados de su padre, y dueño, por último, de la mujer a quien él tan perdidamente amaba. Ataulfo, en cambio, no tenía nada, nada, sino el cariño de un anciano moribundo, cariño insensato, que le había retenido sin gloria y sin fortuna en las sombrías paredes de un castillo, de donde, a la muerte del padre, tendría que salir relegado a cualquier rincón de sus señoríos, para que entrase el rico, el famoso, el afortunado hermano, llevando consigo a la mujer querida.

Antes que tal sucediese, trató de buscar remedio a la mala suerte que le esperaba, y logró bien presto cautivar el corazón y obtener la mano de Constanza Menéndez de Monforte, heredera de uno de los tres solares que, con el de Moscoso, se compartían la supremacía de la antigua nobleza de Galicia. Pero no se aplacaron sus malas pasiones: los celos, la envidia y la desesperación seguían comiéndole las entrañas, pues si la ambición y el despecho le obligaron a dar su mano a doña Constanza, no fueron parte a que pudiese amarla; hiciéronsele, por el contrario, aborrecible, y despertaron en su corazón pasiones que tal vez creía muertas, y que tan sólo estaban dormidas para adquirir vigor con el descanso.

Desde entonces apareció su rostro cubierto de una perpetua sombra de tristeza, que ni las gracias encantadoras de su esposa ni las caricias del padre podían disipar. Ocurrió, a la sazón, la muerte de Bermudo, desapareció el objeto de sus rencores; Ataulfo era el único heredero de los Estados de su padre, que falleció también poco después; con la unión de las dos casas, de Moscoso y de Monforte, habíanse realizado sus ambiciosas esperanzas; nadie tan poderoso como él en Galicia, y, sin embargo, lejos de haberse disminuído su melancolía, fué haciéndose cada vez más negra y tomando ese carácter de ferocidad y de extravagancia que poco a poco le valió entre sus vasallos el sobrenombre de *Terrible*.

Véase cuán antiguo era en el conde de Trava el proyecto de unir su casa con la de Altamira, por el lazo no muy costoso para él de una bastarda. Pero este proyecto habíase renovado ahora con más altas pretensiones.

Volvamos a la conversación de los caballeros, interrumpida para dar lugar al cuento de tan antiguas historias que tienen con la nuestra más relación de la que a primera vista presentan.

—¿Y a qué debo yo la honra—dijo Ataulfo—

de tener en mi castillo a tan noble y tan insigne caballero?

—Sentémonos, si no lo lleváis a mal, señor ricohombre—contestó el de Trava—; porque os juro en Dios en mi ánima que vengo hecho una alheña.

—Sentaos—respondió el de Moscoso—, y por la sangre de Dios os ruego que, así que os hayáis sosegado, me deis nuevas de vuestra hermosa y noble hermana.

—Negocios de ella, o, por mejor decir, negocios vuestros, son los que por acá me traen, don Ataulfo, como podéis suponer, después de la demanda que de vos he recibido.

—¡Viven los cielos!—exclamó el *Terrible*—. ¿Conque mi mensajero llegó a vuestra presencia y no ha vuelto por acá? ¡Por mi abuela, la que murió en honor de santidad, que he de desollarlo vivo cuando aparezca!

—No haréis tal—respondió el de Trava—, porque de su tardanza nadie tiene la culpa sino yo, señor ricohombre, que he querido ganarle las albricias.

—¡Las albricias, las albricias!—exclamó el de Altamira, con grande regocijo—. ¿Conque es decir...?

Y se quedó como cortado.

—Es decir, que debíais haber contado con mi aprobación para el casamiento.

—¡Con vuestra aprobación! ¿De veras? ¡Oh! No puede ser—exclamaba el de Moscoso con la sencillez de un niño—. Don Pedro, don Pedro, ¿conque vos aprobáis...?

—Os digo y repito que podéis contar con mi aprobación, y cuando vengo en persona a decirlo...

—¡Oh! Pero no basta.

—¡Diantre!

—No basta, señor conde. Vos, como hermano mayor, como anciano y hombre de tanto peso y autoridad, debéis dar vuestro consentimiento, no lo niego; pero...

—Pero, ¿vos no conocéis a mi hermana, vive el cielo? ¿No sabéis, si es que su voluntad queréis poner en duda, no sabéis que ella no ha tenido jamás otra que la mía?

—¿De veras, don Pedro? ¡Es imposible! ¡Voto a tal, que si no estuviese como estoy, sería capaz de caer a vuestros pies! ¡Oh! No sabéis lo que es estar enamorado como yo, sin tener en veinte años otro pensamiento ni otro deseo.

—Lo cual no os impidió, por cierto, el casaros con doña Constanza de Monforte. Vamos; yo soy perro viejo, y a mí no me habéis de venir con marrullerías. Decidme que mi hermana os gusta, y que mi hermana os

conviene, y dejad todo lo demás para entenderos con ella.

—¡Voto al diablo, señor conde!—dijo Ataulfo, casi ofendido—. Pues sin un amor tan descomunal, ¿casaría yo con vuestra hermana? Paréceme que os habéis olvidado de que soy el ricohombre de Altamira...

—Y mi hermana una bastarda; no lo olvidé, señor caballero.

—No lo dije por tanto; pero...

—Cepos quedos, que peor es meneallo.

—Así no ha de ser, conde de Trava: porque ya que a mi difunta esposa habéis mentado, habéis de saber que cuando yo me desposé, vuestra hermana Elvira con mi hermano Bermudo estaba casada, y que tal fué mi rabia y mi desesperación, que...

—Que os casateis con la más rica doncella de Galicia—repuso Trava, sonriéndose.

—¡Oh! ¡No os reiríais si supierais hasta qué punto mi rabia y mis celos me llevaron!—dijo el Terrible con apagado acento.

—¿Qué? ¿Tanto amáis a mi hermana?

—Eso, señor conde, es superior a todo encarecimiento; y ahora que vos todo lo aprobáis y que doña Elvira acepta mi mano, ahora os puedo declarar sin rubor que sin ella yo no puedo existir y que por ella daría mi vida.

—¿De veras?

—¡Oh! ¡No lo dudéis, señor conde, no lo dudéis!

—Pues un pequeño favor pensaba pedir os en nombre suyo—dijo el conde, después de una breve pausa.

—En su nombre! Hablad.

—Es la única condición que ha puesto para la boda.

—¿Ella?

—Ella misma.

—Habiad, señor conde, que ya tardáis en manifestarlo.

—Nada...—dijo el anciano, encogiéndose de hombros—. Dice que habéis de hacer las paces con el obispo.

—¡Con Gelmírez!—exclamó Ataulfo, dando un bote, a pesar de sus heridas.

—¡Pues! Con el obispo de Santiago—contestó don Pedro, sosegadamente.

Ataulfo quedó consternado.

—Voto al diablo, señor conde, que mejor será tomarlo a risa; habéis venido a jugar conmigo, y por todos los santos del cielo os juro...

—No juréis, señor ricohombre—le dijo Froilaz con calma.

—¡Voto a san...!—gritó Moscoso, cada vez más irritado.

—Pero, señor ricohombre, si lo habéis de

conceder, ¿a qué irritaros? ¿A qué jurar de esa manera?

—Pero... ¿juzgáis posible siquiera lo que me pedís?

—Advertid que yo no os pido nada. Quien os lo ruega es...

—¡Elvira!

—Pues.

—Bien está; pero ya veis que es imposible...

—Dejar de obedecerla.

—Señor conde, ¡voto al diablo!...

—¡Voto a Satanás, señor ricohombre!...

—Primero me dejo arrancar la mano que dársela a un Gelmírez.

—¿Y si Elvira no os quiere mutilado?

—Pero ¿sabéis, conde de Trava, o conde del infierno, sabéis lo que acaba de sucederme? ¿Sabéis que ayer, ayer mismo, un Gelmírez me afrentó?...

—Lo sé todo, y os juro por quien soy que vos fuisteis el que afrentasteis a Gelmírez rehusando batiros con él.

—Pero un paje del obispo, un mancebo imberbe, me derribó de la silla, y me echó el perro lo mismo que a un villano, lo mismo que a una fiera... Y juro por el nombre de...

—¿Y qué tiene que ver el obispo con su paje, y mucho más cuando el tal mancebo apareció de improviso, después de un mes de ausencia, y llegó de la corte de Castilla enamorado de la Reina?

—¡Voto a tal, señor conde, que os han engañado miserablemente! Porque ese muchacho de quien está enamorado es de vuestra misma hermana.

—¿De Elvira?

—De Elvira.

—Malas noticias tenéis; mirad que yo, como tan allegado que soy al Príncipe Don Alfonso, las recibo mejores que vos acerca de cuanto pasa en las demás cortes de Castilla, y lo que pasa es lo que os digo, ni más ni menos.

—Pues por muchas noticias que tengáis, nunca serán tan puntuales ni tan fidedignas como las que yo puedo daros, que de boca del paje las he oído.

—Pues dígoos, señor caballero de mi alma, que el muchacho es una alhaja.

—El tal muchacho, ¡vive Dios!, tiene que caer en mis manos, y ha de ser presto, y para entonces no le arriendo la ganancia.

—Una idea me ocurre, señor caballero.

—Ya tardáis en decirla.

—Vos estáis enemistado con los Gelmírez; tampoco os tienen mucha afición, que diga-

mos; sin embargo, es preciso que de hoy en adelante seáis amigos.

—¿Ya volvemos, señor...?

—Es preciso que de hoy en adelante seáis amigos—repuso el anciano caballero sin turbarse—. ¿Qué inconveniente hay en que ese pajeccillo sea la víctima ofrecida en holocausto de esta nueva alianza?

—Lo cual quiere decir lisa y llanamente, señor conde; porque os juro en Dios y en mi ánima que así entiendo yo el latín como el griego; y por rematar una vez, que nunca he podido aprender a leer, ni en mi palacio hay una sola persona que tal sepa, desde que murió mi esposa Constanza...

—No sé de historias; pero digo que si hacéis las paces con el obispo, os entregaremos al paje para que le tratéis como más a cuento os viniere.

—¡Por el alma de Caín—exclamó el rico-hombre, pensativo—, que vuestra proposición es una proposición como otra cualquiera!

—Lo cual quiere decir, señor ricohombre; porque yo, si bien sé leer y escribir, no entiendo a veces el romance...

—¡Cuerpo de tal! Si aquí me traéis al paje para que yo haga de él lo que suelo hacer con otros que menos me han ofendido...

—¿Quién diablos os impide que le colguéis de una almena?

—Eso no, por vida de mi abuela; de una almena no puedo colgarle...

—Quien dice una almena no excluye un roble, con tal que sea tan alto que el mozo no llegue con los pies al suelo.

—¡Tampoco, señor conde, tampoco! He hecho voto de no matar a nadie.

—¡Mia fe—dijo, a la sazón, el conde de Trava—, que no os creía tan devoto! Apuesto que, como perseveréis por ese buen camino, os han de canonizar antes que a vuestra abuela, que murió en olor de santidad.

—No harán tal, don Pedro, porque os aseguro que, en desquite de esta prohibición que me he impuesto, trato a mis enemigos de manera que suelen pedirme por favor la muerte, ¡y no la consiguen!

—Lo que yo quería significar era que si el paje del obispo cae en vuestro poder, debéis ponerlo a buen recaudo.

—¡Oh!—exclamó el ricohombre, con un horrible gesto que quería decir: perded cuidado.

—Dílogo, porque no sería bien hecho el negocio si después de traeros aquí al pajeccillo enamorado de...

—De vuestra hermana...

—O de la Reina.

—O de todo el mundo.

—Pues... le dejaseis escapar, con lo cual cobraríamos entrambos un enemigo.

—Os digo, conde de Trava, que no tenéis cuidado ninguno; trédme lo vos por acá, y, por lo demás, sabed que en mis calabozos hombres hay que entraron mancebos y ya peinan canas.

—Conque está convenido en que vos haréis las paces con el obispo y él en cambio os entregará a Ramiro.

—Pero, señor conde, ¿y que dirá la Reina de Castilla?

—¡La Reina de Castilla! ¿Y vos que tenéis que ver con Doña Urraca? ¿Sois su amante, por ventura?

—No, pero... soy su vasallo.

—¡Ah! Perdonad, señor ricohombre—dijo el anciano con ironía—; creí que la Reina no tenía más vasallos que sus amantes.

—Terrible estáis, conde de Trava.

—Y vos necio y pesado por demás, ¡vive el cielo! ¿No habéis comprendido que si hacéis las paces con el obispo tenéis que reconocer como Rey y rendir pleito homenaje a Don Alfonso VII?

—¡A Don Alfonso VII!

—¡Que Dios guarde!—dijo el conde, levantándose.

—¡Pues dígoos que lo vais enmendando! ¿Ahora salís por ese nuevo registro?

—¡Cómo!—exclamó el de Trava, fingiendo la mayor sorpresa—. ¿Pensabais llamaros hermano mío y proseguir haciendo armas contra el Príncipe?

—¡Vive Dios!...

—No hay más vive Dios, señor ricohombre, sino que Don Alfonso tiene que venir presto de Extremadura, si es que no está más cerca, a recibir, por de pronto, la corona de Galicia de manos del obispo de Santiago, y tiene que pasar por vuestras tierras, y vos habéisle de salir al camino con toda pompa, y habéis de iluminar vuestro castillo, y habéis de proseguir la marcha a Compostela, donde le rendiréis pleito homenaje...

—Pero, conde...

—O si no seré capaz de dar una puñalada a mi hermana, si ella se obstina en que ha de ser vuestra.

—¡Si ella se obstina! ¡Oh! Conque ella...

—Dejaos de amores, don Ataulfo; pensad en cosas más serias y más...

—¿Cómo?

—Señor ricohombre, mengua es que un caballero tan bravo y noble como vos se postre a los pies de una mujer subyugada por un hombre tan necio y tan cobarde como el conde de Lara. No; cuando acatáis a la

Reina, cuando servís a la Reina, acatáis y servís a un hombre que es igual a vos por su estirpe, y que es infinitamente más pequeño que vos por sus prendas. ¿Qué queréis, don Ataulfo; qué pedís para vuestra casa? ¿Feudos, señoríos, privilegios? Todo, todo os lo dará el Rey Don Alfonso VII, y os dará lo que Urraca no puede daros: la honra de servir a un varón que sepa apreciar y remunerar con munificencia la bravura y lealtad; no como su madre, que todo lo guarda para la molicie y la cobardía. Ataulfo, mirad lo que sois vos y mirad lo que es el conde de Lara, y advertid el puesto que ocupáis y el que él ocupa. Antes de cuatro días, Elvira de Trava será esposa vuestra; pero antes de ocho habrá pasado por aquí el Rey Don Alfonso, a quien vamos a proclamar en Santiago, y el ricohombre de Altamira habrá cumplido con él como bizarro caballero.

—Sólo hay una dificultad—dijo el ricohombre, en cuyas resoluciones tenía no pequeña parte la envidia diestramente desperada ahora por don Pedro—: la Reina Doña Urraca sabe el secreto del matrimonio de Bermudo con Elvira; conoce, de consiguiente, que vuestra hermana y yo somos cuñados, y revelando este secreto, en el caso de indisponerme con ella, puede anular nuestro matrimonio.

—¡Por vida de tal!, señor Moscoso, que con lo que acabáis de decir voy a probaros que no podéis seguir otro camino sino el que yo, sin saber ese particular, os he propuesto. Decís que la Reina puede anular vuestro matrimonio, ¿y todo un rico de Altamira quiere vivir encadenado de por vida al capricho de la Reina? Si calla ahora porque le conviene, ¿podéis asegurar que callará mañana? ¿Cuánto mejor es que haciendo las paces con el obispo de Santiago, como legado apostólico, os dispense el impedimento?

—¿Y creéis que el obispo lo hará?

—El obispo hará cuanto yo quiera, si sois tan dócil que accedéis a todo lo que os pida.

—Una palabra no más, señor conde.

—Y ciento si gustáis, don Ataulfo.

—Habéisme dicho que dentro de cuatro días...

—Seréis esposo de Elvira.

—No concibo, ¡vive Dios!, cómo estando en Extremadura vuestra noble hermana...

—¿Dentro de cuatro días esté en vuestro castillo? Pues eso corre de mi cuenta.

—¡Don Pedro! A no ser brujería...

—Sea como fuere, si os traigo aquí a mi hermana...

—Vendrá con ella mi vida.

—Pues vendrá, no lo dudéis. ¿Accedéis a cuanto os he pedido? ¿Haréis las paces con el obispo? ¿Rendiréis pleito homenaje al Rey Don Alfonso? ¿Iluminaréis el castillo?

—Os lo juro.

—Pues yo os juro también que antes de cuatro días habéis de tener a Elvira en poder vuestro.

—Pero ¿dónde está?

—Más cerca de vos de lo que os parece—dijo el conde de Trava en ademán de despedirse.

—¡Oh! Quedaos aquí, no os marchéis tan presto.

—Amigo mío, no tengo que perder mucho tiempo si he de cumplirlos todas mis palabras, si he de obtener la dispensa, si he de traerlos el paje.

—Y, sobre todo, a Elvira.

—Tenéis razón, a Elvira sobre todo—dijo el conde de Trava despidiéndose de Ataulfo.

CAPITULO VIII

En que el paje Ramiro cuenta una historia que se omite, por cuya razón se habla de otra cosa.

Del alcázar de Altamira partióse don Pedro Froilaz a Padrón, y llegó al castillo Honesto muy entrada la noche. Allí le estaba aguardando una hermosa dama, vestida de negras tocas y traje todo de luto, a la cual dijo con cierta sequedad apenas llegó a su presencia:

—Por su parte, todo está corriente.

—¿Y la dispensa?—preguntó la señora con triste y turbado acento.

—Pierde cuidado—respondió el de Trava con despego—; no quedará por dispensa; mañana mismo iré a Santiago; tengo mucha prisa en concluir este negocio, cuya importancia me ha obligado a venir y a dejar solo al Príncipe Don Alfonso. Estoy en ascuas..., conquese así no me apures.

La dama dejó escapar un pequeño pero profundo gemido, sofocado por el deseo de que el conde no lo advirtiese.

—Le he dicho—prosiguió don Pedro—que tú exiges por condición indispensable su reconciliación con el prelado. Te lo prevengo para que inadvertidamente no vayas a desmentirme.

—Bien está.

—Y además exiges tú que reconozca al Príncipe por Rey de Galicia.

—Está bien.

El conde de Trava iba a salir del aposento; pero volvió repentinamente el rostro como si alguna cosa se le hubiese olvidado.

—¡Ah! ¿Te acuerdas de aquel paje del obispo que, en compañía de don Arias y de un escudero, nos llevó un mensaje no ha muchos días?

—Sí.

—¡Hola! ¿Conque no le has olvidado?

—No será fácil—repuso la dama, imperceptiblemente turbada.

—Sin embargo, aconséjote, Elvira, por lo que tienes de mi sangre, que pasando el puente de Altamira procures borrar al pajejillo de la memoria.

—¿Por qué?

—Porque ya conoces al ricohombre: todo lo que tiene de amante lo tiene de celoso, y si a su genio violento se agrega la violencia de los celos...

—¡Celos! ¡Celos de ese muchacho que pudiera ser hijo mío!—exclamó la dama enlutada con un acento que dejó tranquilo al caballero—. ¡Ah! ¡Si mi Gonzalo viviera, de su edad, de su misma edad sería; y más bello y más perfecto que ese mancebo...; ni yo misma, don Pedro, lo he soñado!

—También te ruego—prosiguió, inalterable, el conde—que olvides a Gonzalo y a Bermudo, y que dejes hoy esas tocas y todo cuanto pueda recordar a don Ataulfo sus antiguas penas.

—Don Pedro—le dijo la dama con exaltación—, ese recuerdo vivirá conmigo, vivirá más que yo, no se extinguirá con mi postrer aliento. ¡Olvidar a Bermudo y olvidarle en Altamira! ¡Oh! Eso no; en todo lo demás os he obedecido como una esclava; no me tocaba hacer otra cosa; pero ¿sabéis por qué vengo a sepultarme en ese castillo? Pues tan sólo es porque se me figura que voy a encerrarme en él como en la tumba de mi esposo. Ved si es posible pensar, dentro del pantón, en otra cosa que en los que allí yacen.

—Bien está; pero antes de la boda procura que tu nuevo esposo no te oiga cantar esa fúnebre salmodia, no sea que tome el matrimonio por entierro, y de él huya espantado.

—¡Oh! No temáis, don Pedro; también sé reirme sin ganas como vos; también aprendí a fingir y disimular en vuestra compañía.

Al otro día, don Pedro Froilaz, armado de la misma manera, pero sin mote, blasón ni

divisa alguna por la cual pudiera ser conocido, encaminóse a Compostela acompañado tan sólo de un escudero, con ánimo de activar el negocio que le hacía andar tan listo y desasosgado.

Ningún antecedente, ninguna noticia tenía el obispo de su llegada. El paje no podía haberle prevenido sobre este particular: en la parte secreta y misteriosa de la carta, de la cual leyó algunos párrafos en el coro, no había el menor indicio de que el ayo de Don Alfonso pensase en abandonar por un solo instante a su augusto pupilo. Bien es verdad que don Diego Gelmírez, después de repasar una y mil veces aquel escrito, hallaba en él muchas y muy especificadas indicaciones de cómo debía conducirse con todos y cada uno de los caballeros de Galicia, para que de grado o por fuerza reconociesen al Príncipe por Rey y señor natural, apenas se presentara en Compostela; pero ni la más ligera mención se hacía de Ataulfo de Moscoso, y siendo el conde de Trava tan discreto y prevenido, no parecía natural que se hubiese olvidado precisamente de aquel cuya oposición podía ser más funesta a la causa que defendían. Esta, aunque vaga, era la única sospecha que asaltó a don Diego, si no precisamente acerca del arribo del conde, sí respecto de algunas de sus inesperadas maniobras, en las cuales tanta destreza y maña le reconocía.

Don Pedro Froilaz no se contentaba de sacar partido de los hombres y de los acontecimientos no más que por un lado: era de los que pedían, y casi siempre alcanzaban, miel sobre hojuelas, y a la sazón, al mismo tiempo que trabajaba por el bien de su casa, afanábase, como hemos visto, por el engrandecimiento de su familia, y con el ansia de obtener este doble resultado con el matrimonio de Elvira y Ataulfo, había prometido a éste cosas cuya consecuencia le había de dar algún trabajo. Pero estaba resuelto a cumplir todo lo ofrecido.

Entró en el palacio sin darse a conocer de nadie; llegó a la celda episcopal de la misma manera, y hasta verse solo con el prelado no levantó la visera de su celada. Después de las primeras palabras de sorpresa, de cortesía y aun de cariño de aquellos dos personajes, tan íntimamente unidos por afecciones y por intereses, aunque diametralmente opuestos por carácter, el conde de Trava, Proteo que sabía adoptar las formas que más le convenían, manifestó al obispo, con moderado y cristiano lenguaje, que el objeto de su venida no era otro que el de acelerar la coronación y proclamación

del Príncipe, lo cual no podía dilatarse un día más del prefijado.

—Y bien—le dijo don Diego—; en vuestra carta me indicáis el modo de conseguir el asentimiento y homenaje de los principales caballeros del reino; pero, si ya no es que lo reserváis a vuestra discreción, os habéis olvidado del ricohombre de Altamira, que puede levantar más gente que ningún otro en favor de la Reina, y si con ésta llega a combinarse, impedir muy bien el paso al Príncipe, nuestro soberano.

—Esta es la causa, santísimo padre, de mi venida, que os habría parecido inútil y excusada con un solo renglón que en la carta hubiese añadido acerca del ricohombre de Altamira. Pero la verdad es que, al despachar al mensajero, no sabía de qué manera podíamos conseguir la amistad, o cuando menos la neutralidad de tan insignie picaro y capital enemigo nuestro. Yo bien conocía que si Ataulfo de Moscoso permanecía fiel a la causa de la Reina, la lealtad y decisión de todos los demás caballeros de Galicia era absolutamente inútil. Pero ¿qué había de hacer?

—No había más remedio que pedir a Dios nuestro Señor...

—Así lo hice, santísimo padre; ayuné tres días en honra de la Santísima Trinidad, de quien sabéis que soy especial devoto; pedí al Señor que iluminase mi entendimiento, y el Señor ha sido tan misericordioso, que puso en mis manos el medio de traer al redil la oveja descarriada, o, por mejor decir, el medio de convertir al lobo de Altamira en manso corderillo, que os lamerá la mano humildemente.

—¡Bendito sea el Señor—exclamó el prelado—, al cual nada hay imposible en el mundo! Parece, empero, que éste es un suceso de los más inesperados y maravillosos.

—Y cierto, sin embargo, reverendo padre; acabo de ver a don Ataulfo, y he predicho de tal manera el santo temor de Dios, que le dejé más blando que un rollo de manteca y más convertido que un sarraceno que se tornase anacoreta; pero convertido no sólo a Dios, sino al Rey, a la causa del Príncipe Don Alfonso.

—Digoos, señor conde—exclamó el obispo, candorosamente regocijado—; digoos que habéis traído al seno de la Iglesia un nuevo filisteo o publicano. ¿Y cómo se ha verificado este portentoso?

—Dios ha querido, santísimo padre, llevarse para sí a la primera mujer de Ataulfo,

y como él estaba tan locamente enamorado de la bastarda...

—¡De la bastarda!

—Sí, de Elvira.

—¡Ah! ¿Pero Elvira, vuestra noble y virtuosa hermana, consiente?...

—¡Cómo! ¿Lo dudáis, padre mío?

—Si atendéis, buen conde, a lo que la fama pregona de Ataulfo, pareceme que tengo motivos para dudar...

—¿Pero de veras—preguntó el conde de Trava, sonriéndose—suponéis que una bastarda se ha de andar con esos melindres para enlazarse con el único dueño de una de las cuatro primeras casas de Galicia? ¿Sabéis que un Moscoso estuvo para casar con la Infanta Doña Urraca, ahora Reina de Castilla? La bastarda, pues, en todo consiente, en todo. Y, en prueba de ello, ha venido conmigo y nos hemos tomado la libertad de alojarnos en nuestro castillo. Será preciso únicamente—añadió el anciano conde, aparentando la mayor indiferencia—, será preciso que vos ayudéis a la obra de Dios, facilitándonos una pequeña dispensa que necesitamos.

—¡Dispensa! Pequeña debe ser, pues yo ignoro que seáis, ni aun remoto, deudo de los Moscoso.

—Sin embargo, santísimo padre—repuso el conde—, un Moscoso ha sido hermano mío.

—¡Hermano vuestro!

—Entendámonos: marido de la bastarda. Vos sabíais, padre, que Elvira estuvo casada en secreto, siendo ella muy niña... Creo que debía tener escasamente quince años; nadie ha sabido más; pero mi conciencia es tan escrupulosa, que no me permite ocultaros que el marido oculto de la bastarda fué...

—¿Bermudo de Moscoso?

—Justamente; el primogénito de su familia, el que por una bastarda desprecio los amores de una Infanta, el heredero de la casa de Altamira, el que hubiera sublimado a la bastarda sobre las más ilustres damas de Galicia, a no haber muerto el pobre tan prematura y lastimosamente.

—Pero vos, conde de Trava, ¿cómo pudisteis consentir en un matrimonio secreto?...

—¿De la bastarda con un tan ilustre, tan cumplido, tan afamado caballero, cuyo padre octogenario estaba ya casi dentro del ataúd? Vos os olvidáis, santísimo padre, de que Elvira es hija natural de mi padre, don Froilaz, habida con una villana; y que yo, con la esperanza de verla ocupar un puesto, que mis legítimas hermanas y mis

hijas no hubieran desdeñado, debía pasar por esa especie de ignominia del matrimonio clandestino, hasta que el padre de Bermudo de Moscoso se fuese al otro mundo, dejándole libre y heredero de sus Estados. No, sino andarme yo en escrúpulos y miramientos con un caballero tan poderoso, que tanto honor a la bastardía hacía, de infantas requerido y de reinas solicitado. Piéme en la palabra de Bermudo, que bien podía, y consentí en semejante boda. Pero por males de nuestros pecados, don Bermudo, la flor de nuestra caballería, pereció y todo se lo llevó la trampa.

—Peregrinas son a maravilla las nuevas que me traéis—dijo el prelado—; pero ¿no habéis caído en la cuenta de que Elvira y Ataulfo están dentro del grado prohibido?

—Justamente, y por eso es por lo que hace falta la dispensa.

—Entre dos cuñados es imposible.

—Lo creo así, reverendo padre, si el primer matrimonio fuese público y reconocido; pero se trata de un matrimonio clandestino, acerca del cual tengo yo ciertos escrúpulos de que..., sin duda, por la prisa de los dos amantes... se debieron omitir ciertas ceremonias. Yo soy lego en la materia; pero... ¡qué sé yo! Mi conciencia es tan sumamente delicada, que me hace presumir más de una falta de formalidad.

—En tal caso...

—¡Pues! En tal caso no tendréis dificultad ninguna en dispensar *sub conditione*. Os reiréis si os digo algún desatino; pero yo no quiero escozores de conciencia. Se trata, además, de salvar el honor de una noble e ilustre dama—prosiguió el conde con cierta gravedad—; se trata del bien general del reino, pues de este matrimonio pende, sin duda ninguna, la coronación y proclamación del Príncipe Don Alfonso como Rey y señor de Galicia.

—Basta; me habéis convencido; impetraré la bula de Su Santidad.

—Reverendísimo padre, no tenemos tiempo de semejante formalidad; como legado apostólico la dispensaréis vos mismo.

—¡Oh! ¿Yo, que con mis clérigos franceses estoy trabajando por robustecer el poder pontificio para dar unidad a la Iglesia..., queréis que deje de acudir a Roma?...

—¡Es claro! ¿Pero de qué manera obtendréis mayores resultados para tan noble y santo propósito? Facilitando la proclamación de un Príncipe, tan buen cristiano, tan humilde hijo de la Iglesia, como Don Alfonso, disminuyendo el poder de esa corte babilónica de Doña Urraca de Castilla. Y

esto, ¿cómo se consigue? Dándonos una dispensación secreta de un impedimento secreto; una dispensación condicional de un impedimento que acaso no existe.

—Está bien; me habéis convencido, y lo haré por vos, por el Príncipe, a quien amo como hijo, y por que cesen las calamidades con que Dios aflige a estos reinos. ¿Queréis más?

—Sí, tal, reverendo padre; una cosa me resta que pediros; pero es mucho más sencilla.

—Me hacéis sudar—repuso el prelado—cuando me pedís cosas sencillas; explicaos, por Dios.

—¡Oh! Pues ahora no creáis que os voy a poner en grande apuro; sólo os pido que remitáis a don Ataulfo de Moscoso, como en rehenes de la nueva alianza, un paje-cillo que tuvo la avilantez de medir con él sus armas, y aun creo que hizo el disparate de vencerle. El ricohombre, por supuesto, sólo quiere echarle una reprimenda, para que otra vez sea más comedido y menos valiente.

—¡Cómo! ¡A Ramiro!—exclamó el prelado con indignación y energía—. ¡Poner yo en manos de ese tigré mi paje Ramiro! Sería una ingratitud vergonzosa, además de un delito. ¿No sabéis, conde de Trava, que ese Ramiro es el que ha traído el mensaje del Príncipe, el que lo ha salvado cien veces, arriesgando su vida? ¿No sabéis que Don Alfonso acaso le debe la corona, vos la honra, y que yo y mi hermano todo, todo se lo debemos?

Don Pedro de Trava, que en el acento del prelado conoció lo inalterable de su resolución, viendo que no había podido dar a la entrega del paje el viso de sencillez y de inocencia que había querido imprimirle, no insistió en convencer a don Diego de que aquello no era una mala acción; antes bien, le dijo con la mayor indiferencia:

—Bien está, padre, bien está; os manifesté que era una cosa pequeña, insignificante, porque yo lo juzgaba así; y, además, porque tampoco don Ataulfo de Moscoso mostró en esto un gran empeño; yo le daré cualquier disculpa..., yo le diré que la plática vos se la echaréis, y punto concluido.

Pero el obispo, como si temiese algo de aquella súbita mudanza, o anhelara que el conde pudiera formarse cabal idea del mérito y de la excelencia de Ramiro, prosiguió:

—Conde don Pedro, voy a llamar a ese mancebo; vais a conocer la joya que en él tiene la iglesia de Santiago y la causa del

Príncipe. Oíde, conde, oíde y veréis que ha hecho más en dos días en favor nuestro que nosotros acaso en años enteros.

—Pero advertid, reverendo padre, que nadie, absolutamente nadie, sabe ni debe saber mi vida.

—No importa; bajad la visera del yelmo, permaneced silencioso y escuchadle.

Llamado por don Diego, entró el paje a poco rato, la gorra en la mano, y con airoso traje corto y jubón de paño leonado con mangas perdidas. Inclínose reverente delante del desconocido y de su señor, que le dirigía miradas paternales.

—Ramiro—le dijo don Diego con blando acento—, este caballero que aquí ves, muy amigo mío, y que no tardará en serlo tuyo, quiere escuchar de tu boca la relación de tus aventuras, y es preciso que las refieras como si estuvieras conmigo a solas, y como si yo de nada estuviese enterado.

Resistióse al principio el mancebo modestamente; pero vencido de las instancias de su señor, con el aire más triste a la par que sencillo, propio de su situación y carácter, comenzó su historia desde su salida de Mérida, pintó con vivos colores las persecuciones que él y sus compañeros habían experimentado en el camino, afectóse profundamente al referir la muerte de éstos, pagando con sus lágrimas justo tributo a la memoria del buen don Arias, y pasó más de ligero por los sucesos del alcázar de Lugo. Y aquí fué donde el obispo, después de haber escuchado algunas razones que el conde le murmuró al oído, interrumpióle diciendo:

—Cuéntanos, hijo mío, un poco más detenidamente, cómo la Reina que te coge y te lleva a Lugo para ahorcarte, luego te regala y te remite aquí horro y bien despachado; cómo te pone en el tormento para hacerte declarar lo que sabías del mensaje, y cómo luego, departiendo contigo largo rato, ni una palabra de esto te pregunta. A mudanzas me tiene acostumbrado la Princesa; pero tan grandes y repentinas, jamás las he visto. Dios tiene en su mano el corazón del hombre, y con un rayo de su divina gracia puede convertir en suave claridad el horror y las tinieblas; pero en esta conversión que tú nos dices, veo yo más lo profano que lo divino. Háblame, hijo mío, y para iluminar mi entendimiento, explícate sin confusión ni rebozo delante de mí, que soy tu padre, y de este caballero, que, aunque no le conoces, es mi amigo.

Cuantos más encargos se le hacían al mozo de explicarse sobre el particular sin

vergüenza ni rodeos, más rubor sentía y más vueltas daba en su imaginación a las ideas para convertirlas en razones que le acomodaran.

—Señor—contestó Ramiro, encendido como una grana—, yo no creo que la Reina sea tal como se murmura.

—No te pedimos el juicio que de la Reina hayas formado, sino el cuento de lo que con ella ha sucedido.

—En primer lugar—repuso el paje con menos empacho—, llegamos a Lugo a cosa del mediodía, porque habéis de saber que no dejaron de andar en toda la noche los que me llevaban cautivo.

—Bien; ¿pero de qué te habló Doña Urraca cuando con ella a solas te quedaste?

—De una porción de cosas, de las cuales apenas me acuerdo; me dijo que era muy desgraciada, y que en la voz me parecía a uno, y luego se echó a llorar, y dispuso, por último, que me pusiesen incomunicado en la torre.

—¿Y qué dijiste tú para hacer llorar a la Reina?

—Nada, pobre de mí, nada que pudiera lastimarla ni ofenderla; pero su alteza no lloraba por lo que la decía, sino por acordarse de no sé qué cosas agradables que la ponían triste.

El prelado, a pesar de su gravedad, apenas pudo disimular una ligera sonrisa.

El caballero de la armadura se revolvió en su asiento, restregóse las manoplas, tosió ligeramente, acercándose al oído del prelado.

—¡Cuerpo de tal!—murmuró—. Perdonad, reverendo padre, mi lenguaje, pero...

Ramiro, que era la discreción en su punto, retiróse uno, dos y tres pasos, hasta esconderse en el rincón más apartado de la celda; de bonísima gana hubiera tomado la puerta, a no detenerle su mucha cortesía, o quizá, quizá, como el fuego de su semblante lo indicaba, su mucha vergüenza.

—¡Cómo!—prosiguió el conde con más libertad, apenas se alejó Ramiro—. El más solemne desatino hubiéramos hecho en deshacernos de ese mancebo. Rumores han llegado a mis oídos acerca de la afición que la Reina le ha mostrado; pero no créi, ¡vive Dios!, y perdonad otra vez, reverendo padre—añadió el conde, santiguándose—, no créi que tan rematada estuviese por él la Princesa Doña Urraca. ¿Sabéis, señor obispo, que el tal pajecillo está en vías de destronar al conde de Lara? ¿Y sabéis que teniendo de nuestra parte al nuevo favorito, estamos mejor de lo que queremos? ¡Dis-

paráte como él! ¡Malquistarnos por un anejo de Ataulfo con ese mancebo, que es una alhaja para nuestra santa causa!...

El prelado le miró con severidad y le dijo con firme acento:

—Concebid, señor conde, más nobles y cristianos pensamientos. Para hacer triunfar nuestra santa causa, jamás recurriremos a medios reprobados. Sabed que para evitar hasta la sombra del torpe arbitrio que me proponéis, pienso casar muy presto a ese mancebo.

—¡Casarlo! ¡Qué desatino, don Diego! Cuando teniais en la mano... ¡Vaya, nada conseguiréis en la vida!

—Si la buena intención y la constancia valen algo, no desconfío de conseguir mis buenos intentos.

—¡Malo, malo!—dijo el conde para sí—. Le proponía el único medio de salvar al paje, y no lo acepta; mía no será la culpa si me veo en la precisión de cumplir mi palabra con Ataulfo. De lo que allí suceda, desde ahora me lavo las manos.

Y una con otra se las refregaba, mostrando satisfacción y regocijo.

—Acércate, hijo mío—dijo el prelado a Ramiro—, y sigue contándonos cómo escapaste de la prisión y llegaste a Compostela armado de todas armas.

El lector está bien enterado de lo que atañe a la primera parte de la pregunta; respecto a la segunda, refirió Ramiro que, habiendo podido salir de Lugo con Pelayo, se apartaron del camino real para no ser alcanzados por las gentes del conde, que habían salido en su seguimiento, y muy entrada la noche llegaron al monasterio de Mellid, donde Ramiro, sabiendo que el abad era muy amigo del obispo, le manifestó claramente el mensaje que llevaba y las persecuciones y asechanzas de que era objeto. El abad le respondió que era una imprudencia que prosiguiese el camino con su túnica de peregrino, ya tan conocida, a pie y sin armas a propósito para defenderse de sus enemigos, y para proveer a sus mayores necesidades le dió un caballo para correr, una completa armadura de malla para defenderse, una celada para encubrirse, sin olvidar tampoco las armas ofensivas. Cómo llegó a Santiago, adelantándose a Pelayo, dirigiéndose a casa de su madre y entrando en la de Munima; cómo apareció en la palestra y venció a don Ataulfo; cómo arrancó después la carta al conde de Lara, lo hemos dicho ya y nos parece excusado repetirlo. Añadiremos únicamente

que Ramiro guardó silencio acerca de la hermandad.

El obispo estaba embelesado escuchándole, y dirigía frecuentemente sus miradas al de la visera como para decirle: «Mira, mira el hombre a quien debemos tantos y tan grandes beneficios; éste es aquel a quien tú querías sacrificar en aras de un idolo feroz y sanguinario.»

Cuando Ramiro terminó su relación, le dijo Don Diego con entusiasmo:

—Hijo mío, Dios ha obrado prodigios por tu mano, y el Evangelio nos dice que el operario es digno de su merced. Grande ha sido la que Pelayo nos ha hecho, y de mi cuenta corre la recompensa; tú ya veo que no te inclinas a la tonsura, a pesar de qué al santo Apóstol debes la crianza. No importa, podemos servir a Dios en cualquier estado, y su Iglesia hoy ha menester no menos de quien cante el oficio en el coro que de quien desnude el acero en las batallas.

—Sí, reverendísimo padre—exclamó el paje, creyendo que el obispo iba a cumplirle la promesa de armarle caballero, que, por delicadeza, hasta la sazón no le había recordado—; sí, dadme esa espada, y os juro que nadie procurará llevarla con más honra ni esgrimirla con más denuedo en vuestra defensa.

—Bien, hijo mío; mas para defensa mía no sólo necesito lanzas y espadas, sino dardos, pelotas y ballestas.

El paje respondió, turbado:

—Padre mío, armas son éstas que no suelen llevar los caballeros.

—Debes contentarte con ellas.

—¡Yo! ¡Yo!—exclamó el paje, sobrecogido y casi indignado—. ¡Yo, noble; yo, probado en las lides; yo, vencedor de un formidable campeón; yo con armas de villanos! No, santísimo padre; queréis poner a prueba mi paciencia y quizá mi vocación militar. Perdonad, padre mío, si os recuerdo la promesa...

—¡Promesa! ¿De qué?

Ramiro comenzó a temblar cuando vió que el obispo se hacía de nuevas al oír estas palabras; miraba alrededor con ojos atónitos para saber dónde estaba y si era verdad lo que veía.

—Padre—exclamó—, ¿de veras no recordáis que al partirme a Mérida me dijisteis que, si con bien salía de la arriesgada empresa que íbamos a llevar a cabo, habíais de armarme caballero en el altar de nuestro bienaventurado Apóstol? Peligros he arrostrado, dificultades he vencido, con el

auxilio de Dios, y el mensaje os he traído, según me lo habían encomendado; plazca, pues, a vuestra santidad otorgarme el prometido galardón, que aunque es tal que a esperararlo no me atrevía, ahora, después de ofrecido, con vivas ansias lo aguardo.

—Ramiro—contestó el prelado, enternecido—, ¿tienes confianza en mí?

—Como en mi mismo padre, si lo hubiese conocido.

—¿Me juzgas ingrato?

—¡Oh! ¡No!

—¿Sabes que te daría la sangre de mis venas por recompensarte como mereces?

—¡Padre, padre mío! No me confundáis.

—Pues bien, Ramiro; te daré todo cuanto quieras, pero no la espada y la espuela de caballero.

—¡Señor!—exclamó el paje, consternado—. ¿Qué falta he cometido yo que me haga indigno de la orden de caballería?

—Ninguna, hijo mío, ninguna. Tienes méritos y virtudes superiores a tu edad; tu firmeza es maravillosa; de tu valor has dado testimonio; créeme, Ramiro, no hay dos personas a quienes pudiera encomendar la comisión que tú tan bien y fielmente has desempeñado.

—Gracias, señor, gracias por tantas bondades—dijo, cayendo de hinojos a las plantas del obispo—. Pero yo no he vengado todavía a mi gusto la afrenta del latigazo; yo quería calzarme la espuela dorada y retar a don Ataulfo de caballero a caballero, y reñir con él una batalla.

—Olvida tus afrentas—le dijo el prelado con melancólica ternura—, y, sobre todo, las que hayas recibido de ese caballero.

El paje se levantó, exclamando con dolorido acento:

—¡Oh, si viviera mi madre!

—Si viviera tu madre te diría precisamente lo que te estoy diciendo; porque has de saber que a la hora de su muerte, no teniendo delante, me encomendó con mucho ahínco...

—¿Que no me armaseis caballero?

—Que no te armase caballero.

—¡Cielos!

—Y añadió más.

—¿Más todavía?

—Me suplicó que dieseis tu mano a una doncella honesta, hermosa y vecina suya.

—¡A Munima!

—Lo has adivinado.

—Pero Munima es villana, señor, y yo hijo de un hidalgo.

—Y, sin embargo, tales cosas han pasado en Lugo, hijo mío, que no tienes más

remedio que casarte pronto o tomar el hábito de religioso.

—¡En Lugo!—exclamó el paje, ruborizándose—. ¿Y qué ha pasado allí?

—Tu conciencia te lo está diciendo—repuso el prelado con gravedad.

—Pero si afición me mostró la Reina, también doña Elvira de Trava me mostró cariño, y por eso...

El obispo volvió la cabeza involuntariamente mirando al caballero encubierto, no sin ningún sobresalto.

El conde de Trava permaneció tranquilo, inmóvil, aparentando la mayor indiferencia.

Iba a reprender el prelado a su paje por haber tomado en boca el nombre de aquella dama, cuando Gundesindo Gelmírez entró aceleradamente y armado de punta en blanco.

—Hermano—dijo al llegar—; cuando estás departiendo con esa calma, ignoras, sin duda, las novedades que ocurren.

—Graves deben ser, según te muestras de alterado.

—No sé si graves o leves, si buenas o malas; lo que sé decirte es que la Reina está a la puerta de la ciudad.

—¡La Reina!—exclamó el conde de Trava, levantándose y sin poder contenerse.

—¡La Reina!—dijo el obispo, dejando también su asiento.

—¿De paz o de guerra?—preguntó el conde.

—Ya podéis presumir cómo vendrá cuando aquí la esperan como agua de mayo algunos centenares de conspiradores que andan por ahí ufanos pregonando que tienen por suya a Doña Urraca. Las apariencias, sin embargo, son de paz, pues ha mandado un caballero para anunciarnos su llegada, y, lo que es más chistoso—prosiguió Gundesindo con ironía—, ordena su alteza que principien los festejos y regocijos públicos. Figúrate, hermano, qué festejos ni qué aclamaciones hemosla de tributar nosotros, sino los que puede ofrecer el gallinero a la rapsa que se digne visitarlo. ¡Vamos! La Reina está loca; no parece sino que con anticipación nos había anunciado su venida.

—Señor caballero—dijo tímidamente el paje—, cuando llegué de Lugo creo que os advertí...

El obispo le interrumpió con una severa mirada.

El conde de Trava acercóse al prelado y le dijo por lo bajo:

—¿Sabéis quién nos trae a la Reina?

—Dios nuestro Señor, que quiere probar nuestra paciencia.

—Ese mancebo, que tal vez será causa de que todos nuestros proyectos se malogren.

—¡Cómo!

—No hay remedio; o dejamos que la Reina se le aficiona y sacamos partido de sus debilidades...

—¡Dios nos libre!

—Tenéis razón; librenos Dios—repuso, hipócritamente, el de Trava—; apartemos el cebo para evitar que, atraído de él, venga ese pez a visitar estos mares.

—En todo caso—dijo el prelado, alzando la voz—, no quiero dejarme sorprender de nadie. Escógeme, Gundésindo, una guardia de quince lanzas con su correspondiente acompañamiento de pajes, escuderos y ballesteros para mi palacio; vive alerta y procura vigilar a la Reina y a nuestros enemigos. No la faltes en nada; pero no la dispenses ningún obsequio de más; que se aloje en el convento de San Martín de Pinario; tú la visitarás como autoridad; yo no me atrevo a verla; fuera de que dentro de ocho días dejará de ser señora feudal de mis Estados.

El vilico de la ciudad se alejó para cumplir las órdenes del obispo, y éste añadió, volviéndose a Ramiro:

—Hijo mío, no hay tiempo que perder; ve a prepararte; tu casamiento con Munima se verificará mañana.

CAPITULO IX

De cómo Ramiro, en la alternativa de casarse o de entrar en religión, se aconsejó de la Reina, y de cómo ésta le dijo que ni uno ni otro.

Más muerto que vivo salió del palacio el paje del obispo. Un mes antes no le habría asustado quizá la idea de casarse con su hermosa vecina, dado que desvanecersele pudieran los humos de la hidalguía; pero desde que se había empeñado en creer que andaba enamorado de Elvira de Trava y desde que, sin creerlo y sin notarlo, había comenzado a sentir cierta natural inclinación a la Reina, semejante proposición debía producirle el efecto de un escopetazo.

Sin embargo, todavía le sorprendió y apesadumbró más la oposición de su madre y la negativa del obispo a ceñirle la espada de caballero. Después de sentir el mal, quería Ramiro explicarse las causas de él, y aunque llegó a traslucir que el casamiento era un obstáculo que el prelado trataba de oponer a la afición que sospechaba en Doña

Urraca, no podía atinar qué motivo le inducía a negarle la recompensa solemnemente prometida para después del viaje de Extremadura. La privación, en el primer caso, era un incentivo de sus deseos; el misterio, en el segundo, daba pábulo a sus cavilaciones.

Engolfado en ellas, fué andando maquinalmente adonde sus pies quisieran llevarle; y él se dejó llevar de sus pies, viendo que seguían la línea recta hacia la puerta del Camino, llamada así porque desemboca en el arrecife del Norte. Varias veces, en el tránsito, estuvo a punto de ser atropellado de los caballeros que salían a todo escape en sus corceles, a la entrada de la Princesa. Distruido un tanto de sus imaginaciones con la proximidad de este suceso, no pudo menos de reparar en el aspecto triste y melancólico de la ciudad. Poco a poco, las calles iban quedando desiertas; cerrábanse las puertas y ventanas, y una sola inmensa nube parda servía de toldo a las angostas y húmedas calles formadas con sombríos edificios.

Algunas palabras o diálogos que cogía al vuelo servían para completar sus desagradables impresiones.

—¿Viene ya su alteza, maese?—preguntaba uno.

—Ahí está ya—respondió un platero conjurado.

—¿Y qué os parece de estas cosas?

—Que estamos vendidos miserablemente por Lara y por la Reina, y que ésta y el obispo, unidos como uña y carne, van a caer sobre nosotros si...

—¡Pues!... No hay que decir palabra. ¡Bravo nublado se nos viene encima!

Otros eran de diversa opinión respecto de las relaciones entre Doña Urraca y don Diego Gelmírez, aunque convenían con los anteriores en presagiar tempestades.

—Desengáñate—decía un viejecillo colorado, que trascendía a vino de media legua—, la Reina viene a prender al obispo; le aborrece como el agua al vino de Ribero; y a él, como sabe tanto, le ha dado el tufo de todo, y ya lo tienes ceñido de una guardia de diez lanzas, como de cellos una cuba.

—Cuando ríen los pastores..., tío Mingo...—le dijo su interlocutor.

—Sí, sí, a cuidar de mi taberna.

Y se alejaban acelerando el paso. El paje prosiguió los suyos, y, al divisar la puerta, al extremo de la calle, sintió el ruido de trompetería, que más bien parecía señal de alarma que de público regocijo. Detrás de los trompeteros del gobernador venían en pe-

lotón villanos, armados de ballestas y vestidos de buriel, con monteras o capuces de lo mismo y cinto de cuero, del cual pendían sendos cuchillos. Seguían luego los pajes, vestidos con los colores de sus amos, y los escuderos, que les llevaban los escudos, adargas o rodelas, y luego los caballeros con sus cotas de malla, más o menos ricas y bien trabajadas, y algunos con armadura de hojas de acero. En pos venía la Reina con sus dueñas, caballeros, pajes y demás acompañamiento, que no era mucho, y cerraba la comitiva una pequeña retaguardia, mandada por el vilico Gundesindo Gelmírez, de manera que más parecía la Princesa cautiva por enemigos que por vasallos escoltada.

Hasta el monte del Gozo había venido montada en un palafren, blanco como una nieve, enjaezado con gualdrapa también del mismo color, con listas rojas, recamada de castillos y leones; así pensaba haber entrado en la ciudad; pero, en vista del recibimiento que se le disponía, repentinamente mudó de resolución, encerrándose en una litera, lo cual también contribuía a dar al acto el aire de prendimiento.

Ya hemos podido ver, por las palabras que Gundesindo Gelmírez dirigió a su hermano, que Doña Urraca esperaba grandes festejos y regocijo público a su entrada. No por ser entonces maravilla que los reyes se moviesen de una población a otra; antes por el contrario, en aquellos tiempos los príncipes no tenían residencia fija, y hechos unos azacanes andaban de aquí para allí, de castillo en castillo, de pueblo en pueblo, pidiendo hospitalidad a los nobles, donde alcázares propios no tenían; en las guerras, ellos eran los adalides y en las civiles discordias y revueltas acudían a conjurar la tempestad, y en todas partes ganaban la corona materialmente con el sudor de su rostro; pero la Reina tenía motivo de creer que en aquella sazón el obispo de Compostela le haría un recibimiento casi triunfal, o, por lo menos, extraordinario.

Aunque no se había proclamado la guerra de parte de la soberana de Castilla, considerábase como inminente, y todo el mundo estaba persuadido de que al primer amago de rebelión del obispo, acudiría Doña Urraca con el intento de sofocarla, como lo daba a entender su larga permanencia en el reino de Galicia. Pero lejos de aparecer como enemiga y vengadora, seguida de huestes formidables, venía con un pequeño séquito, sola, desarmada, precedida de grandes y sinceras protestas de paz, de alianza y de no pequeños dones de castillos; pre-

sentábase, no erguida como juez y señora, sino humilde como penitente y tan lleno el corazón de bondades y de generosidad, que pensaba con ellas atraerse y abrumar al prelado. Se olvidó, sin embargo, la Reina de que no es lo mismo sentir en nuestro corazón una feliz mudanza, que hacérsela comprender a los demás; aquélla se verifica en un instante; estotra es obra del tiempo, de la perseverancia, y siempre exige gran trabajo y rudas pruebas. La justicia de los hombres es inmensamente más lenta que la de Dios: en un instante convierte el Señor en santos a los facinerosos que expiran a su lado, y el mundo, ¡cuánto tarda en dar patentes de sanidad a quien como sospechoso considera!

Iba, pues, Doña Urraca en la confianza de que al punto que don Diego supiese su llegada a Santiago, y prevenido como debía de estar por el paje, saldría a recibirla con músicas y danzas; imaginaba que se echarían a vuelo las campanas; que los canónigos y monjas sacarían el palio, y que toda la ciudad de júbilo se conmoviera; ¡cuál era el sentimiento de la Princesa al ver desplegarse ante sus ojos aquel aparato de fuerza, al notar el silencio y casi la soledad en las calles y el temor o el desdén en los semblantes y la tristeza en todas partes!

Recostada en la litera, exhalaba profundos suspiros, y si las lágrimas, que de poco tiempo acá habían aprendido el camino de los ojos, no se asomaban a ellos, era porque la soberbia las tenía encerradas y comprimidas. Sepultada en el fondo de su asiento, no se dejaba ver de sus acompañantes y de las pocas personas que presenciaban, mudas y temerosas, aquel acto desde la calle, o desde las puertas y celosías entreabiertas; pero de repente sintió que gritaban a su lado:

—¡Cuidado!... ¡Plaza! ¡Atrás! ¡Atrás!...

Y era que el caballo de uno de sus acompañantes, después de haber tropezado en una piedra, comenzó a caracolear y encabritarse en lo más angosto de la calle, donde había algunas gentes detenidas. Un joven que precisamente acababa de llegar a aquel punto con aire melancólico y distraído, estuvo a pique de ser atropellado, y, aturdido por aquellos gritos, no tuvo más remedio que dar un salto y plantarse en medio, en sazón de que pasaba la litera de la Reina.

Asomóse ésta, al oír tan desaforadas voces, y lo primero en que tropezaron sus ojos fué en los de Ramiro, que era el mozo medio atropellado, el cual, al verse a tan

corta distancia con aquel rostro tan triste, que expresaba todas las amarguras del corazón de Doña Urraca, estremeciéndose de pies a cabeza, y hubiera quedado allí como una estatua, expuesto a ser envuelto entre las cabalgaduras que venían en pos, a no haber oído la voz de aquella mujer, que con animada expresión le dijo muy quedo:

—¡Ramiro!... Vendrás a verme.

En seguida pasó la litera.

El fogoso bruto, diestramente refrenado por su dueño, continuó sosegadamente; el paje tomó la pared de otro salto, y tan rápida y tan imprevista fué aquella escena, que, al parecer del mozo, de nadie había sido observada.

Prosiguió éste su camino, si bien es verdad que ninguno llevaba, o, si llevaba alguno, allí se había terminado; pero el temor y la vergüenza de que fuese advertido le impidieron volver atrás y seguir la comitiva. Marchó, pues, hacia la puerta de la ciudad, no sabemos si más triste o más alegre que antes de aquella ocurrencia.

La mirada lastimosa de la Reina, aquel semblante altivo en medio de la humillación, aquel repentino cambio de fisonomía, aquellas palabras dichas para él solo, y que salían de boca de una augusta señora, que era entonces el objeto de todos los pensamientos, de todas las conversaciones y de todas las miradas, y que, en medio de sus profundas penas, no le quería olvidar, hicieronle grande impresión, y unas veces parecía que la detestaba, considerándola como el origen de todas sus desventuras, y otras modificaba sus odios y suavizaba sus pesares con cierto gozo íntimo, producido en gran parte por la vanidad de verse amado de una Princesa.

La vanidad es acaso la más pequeña de nuestras pasiones; pero dondequiera que se presenta ejerce la soberanía. Ocurriósele al paje que aquel viaje, aquel aparato, aquella alarma, no provenían de otra cosa que del deseo que la Reina tenía de estar a su lado, y sacudió la cabeza como para desechar algún mal pensamiento; pero el pensamiento quedaba allí, como una mosca tenaz que se pega a la frente de un noble corcel y resiste las sacudidas de sus rizadas crines.

No eran estas consideraciones muy propias para vispera de boda; demasiado lo conocía Ramiro, y, deseoso de quitarse de encima la tentación, tomó la magnánima resolución de irse a ver a Munima, siquiera para departir con ella acerca de tan grave asunto y cumplir con el precepto del obis-

po, que le había mandado disponerse para el siguiente día.

En efecto: salió por la puerta del Camino, y, siguiendo a mano derecha por el muro abajo, fué a dar a la del Mercado, y por ella entró a la calle de su futura; llegó a su casa, y hallóla cerrada. Una vecina amable dióle la casi plausible noticia de que la madre y la hija habían salido a rezar a la ermita de Santa Cruz, en el monte del Gozo. Munima no estaba en casa... ¿Qué había de hacer Ramiro? ¿Tenía él, por ventura la culpa de que no estuviere en casa Munima? Claro es que no, y no teniéndola, tampoco creyó ser responsable de que sus pies, paso arriba, paso abajo, se dirigiesen poco a poco al monasterio de San Martín de Pinario, donde ya él sabía que se alojaba la Reina.

Tenía que pasar por el palacio episcopal, y, al cruzar por delante, sintió ciertas punzadas de remordimientos y ciertos fuegos de vergüenza, que, en lugar de hacerle detener el paso, le obligaron a apretarlo; como chico que por primera vez escapa de la escuela, volviendo el rostro a cada punto, entró todo azorado en el convento. Pero aquí fueron sus mayores apuros. Para ver a la Reina, naturalmente, tenía que preguntar por ella, pues no se había de meter de rondón en la cámara, y preguntar por la Reina era una dificultad insuperable para el pobre paje.

Perdido andaba en un laberinto de trazas y confusiones, cuando vino a sacarle de él la misma Ariadna, en figura de dueña, y, con las precauciones debidas, lo introdujo en la regia morada.

Doña Urraca, sola ya y libre de importunas visitas del abad y de los principales monjes, acababa de despachar un mensaje al conde de Lara y a Gutierre Fernández de Castro, pidiéndoles que viniesen a socorrerla, y con suma agitación observaba desde la celosía cuanto pasaba en la plaza irregular que forman la fachada del norte de la catedral, el palacio del obispo y el monasterio de San Martín de Pinario. El segundo de estos edificios estaba cercado de guerreros como una fortaleza; Gundesindo Gelmírez entraba en él y salía muy a menudo; fuertes patrullas recorrían los alrededores y las gentes que cruzaban la plaza dirigían alternativamente al palacio y al monasterio miradas misteriosas, y daban a entender con sus gestos y ademanes que aquellos dos edificios se estaban mutuamente contemplando, como dos gallos rivales antes de emprender la lucha.

Al ver pasar a Ramiro, hizo la Reina que una de sus dueñas le saliese al encuentro, y como ahora sintiese pasos en su habitación, volvió súbitamente el rostro, y, sin más preámbulo, le dijo al mancebo con amarga sonrisa:

—¡Cuán presto se han trocado los papeles, Ramiro! Ahora soy yo la prisionera, tú el libre; la Reina de Castilla le visitaba en la torre de Lugo, y el paje del obispo me visita en el monasterio de Compostela. ¿Hay aquí también algún conde de los Notarios que me dé a escoger entre sacarme los ojos o cortarme la cabeza?

Temblábale el labio inferior al decir estas razones; su voz era enérgica, pero algo ronca y balbuciente, y sus azules ojos vertían fuego de indignación.

—¿Qué es lo que pasa, Ramiro?—prosiguió, sin aguardar respuesta—. Te he llamado para que me digas qué es lo que sucede, qué hay, qué se teme, qué se piensa hacer conmigo. Sepámoslo de una vez: ¿soy libre o cautiva? ¿Quién manda aquí, la Reina o sus vasallos? Pero ¿qué te pregunto a ti, pobre amigo mío?—añadió luego con tono más suave—. ¿Qué te pregunto del rayo que se está forjando en las nubes contra mi trono? ¿Qué te pregunto a ti, pobre pajarillo, que apenas levantas el vuelo sobre los arbustos? ¡Oh Ramiro, Ramiro! Desde el punto en que te vi, me sentí con fuerzas para volver a ser buena y generosa, y tuve el firme propósito de serlo; pero di a tus gentes, diles que no hagan por que me arrepienta, porque entonces...

—Perdonad, señora; pero vuestra alteza ha dicho bien: soy un pobre pajarillo sin alas para subir a tan altas regiones—contestó el paje con su acostumbrada modestia.

—¿En qué consiste—prosiguió la Princesa, que, por más esfuerzos que hacía, no sabía dominar su agitación—, en qué consiste que cuando voy por una senda equivocada todo es fácil, todo es suave, todo halagüeño, y en el verdadero camino no puedo dar un paso sin vacilar, sin tropezar, sin combatir, sin sostener perpetua lucha con todos aquellos que de la senda errada querían apartarme? ¡Ayer Gutierre de Castro, hoy don Diego Gelmírez!... ¿Sabe él, por ventura, mis intenciones? ¿Tenía noticias de mí llegada? ¿Le has entregado mi carta? ¿La ha leído? ¿Ha visto que le doy tres de los mejores castillos de Galicia? ¡El, que todo lo quiere para su iglesia; él, que se va ensanchando como una gota de aceite sobre finísimo paño, él no hace caso de mis ofertas, de mis donaciones; él me trae presa

como un malhechor, y... ahí está, ahí está; no se digna visitar a su señora feudal! ¡Oh Ramiro, Ramiro! ¡Si mis ojos despidiesen rayos, cuán presto derrocaría algo de lo que veo!

—Señora—repuso el paje con cierta timidez—: no merece tanto rigor ni tamañas iras el obispo de Santiago; su corazón es bueno, excelente; pero esclavo de su cabeza. Convencedle, señora, de que marcháis resuelta por el camino que habéis indicado, y no tendréis amigo más fiel, vasallo más leal, consejero más recto y desinteresado, ni partidario más fogoso que el obispo de Compostela. Sus juicios pueden ser equivocados; sus intenciones siempre son leales.

—¡Oh! ¡Ya quisiera yo—exclamó la Reina con blando y sentido acento—; ya quisiera yo tener amigos tan verdaderos y tan hábiles abogados como tiene don Diego Gelmírez!

—Vuestra alteza los tiene, aunque no los conoce—dijo el mancebo, bajando los ojos y cubriéndose de rubor.

—Sí, sí—contestó la Princesa, cuya furia se había disipado con las palabras de Ramiro, como un maleficio con los conjuros—; sí, le conozco y le aprecio en todo su valor, y aun pudiera decir—añadió después con voz un poco turbada—, y aun pudiera decir que le amo, si esta palabra no significase más de lo que yo quiero que signifique.

A duras penas podía mantenerse en pie el paje del obispo; su rostro estaba hecho un fuego; zumbábanle los oídos y le flaqueaban las piernas. Sintió impulsos de arrojar-se a los pies de Doña Urraca; pero le contuvo un tropel de reflexiones que todas se cifraban en estas palabras: «Mañana voy a casarme.»

—Hoy puedo decírtelo sin reparo—prosiguió la Reina—; hoy puedo confesar que te amo, porque acabo de conocer a la que está destinada para esposa tuya, y se ha captado todas mis simpatías.

—¡Señora!—exclamó el paje—. ¿Habéis visto a Munima? ¿Sabéis ya que mañana...?

—¿Que mañana se verifica tu casamiento? No sabía tanto, a la verdad—dijo la Reina con alguna sorpresa—; no me figuraba yo que tanta prisa tuvieses...

—Yo, no—exclamó vivamente el paje, y apenas soltó esta palabra cuando le pesó haberla dicho.

—¡Cómo! ¿No amas a Munima? ¡Ah! Es verdad, es verdad—exclamó Doña Urraca, por cuya frente cruzó una sombra de dolor—; no me acordaba ya de tu viaje a Extrema-

dura. Pero si no la amas, ¿quién te obliga a casarte?

—No me obligan, señora—dijo Ramiro, como queriendo enmendar su ligereza—. Munima es mi amiga, mi hermana; es un ángel, señora, y yo soy indigno de poseerla.

—Ramiro, siéntate; vas a ser franco conmigo. Sé que no tienes madre; yo quiero serlo tuya. Para abrirte el camino de la franqueza, principiaré por decirte que, viniendo yo de Lugo esta mañana, mandé a Santiago desde el monte del Gozo un caballero que anunciase mi llegada al obispo. Crefa yo..., mas ahora nada nos importa lo que yo creyese. Guardando estaba la vuelta del caballero, y como tardase más de lo que yo me figuraba, a corta distancia de donde nos habíamos parado vi una ermita nueva entre los árboles, y a ella me dirigí en compañía de una de mis dueñas, con ánimo de hacer oración por el bien de mis vasallos y por el eterno descanso de otro a quien tú me has recordado. En la ermita había dos mujeres, que oraban con mucha devoción: la mía fué breve; tenía gran impaciencia por saber qué novedades ocurrían en Santiago, donde la noticia de la llegada de la Reina no despertaba de su letargo a la silenciosa ciudad. Llamé a una de aquellas mujeres, le hice algunas preguntas, y como no me conocía, me informó al instante de que aquella compañera era su hija, que iba a casarse con un paje del obispo, llamado Ramiro Pérez, huérfano y antiguo vecino suyo. Me interesé desde entonces vivamente aquella conversación; llamé a Munima, y quedé sorprendida al verla tan modesta, tan discreta y tan hermosa; pregunté a la madre si habían fijado día para la boda, y me contestó que no; que los dos jóvenes se amaban tiernamente desde niños, y que habiendo conocido don Diego Gelmírez a Munima por aquellos días y sabiendo la afición que mutuamente se tenían los dos muchachos, ayer les había anunciado que tomaba el casamiento bajo su protección; y fué tal el júbilo de la madre y de la hija, que habían prometido venir a pie nueve días seguidos a la ermita de Santa Cruz para dar gracias al Todopoderoso por el grande beneficio que les dispensaba.

—¿Y vuestra alteza... aprueba mi casamiento?—preguntó Ramiro con timidez.

—Si un hijo mío—respondió la Reina—me diese el encargo de buscarle compañera de toda la vida, procuraría encontrar una Princesa que se pareciese a Munima.

—En tal caso, señora—dijo Ramiro con

turbado acento—, mañana tendré yo esa dicha.

—¡Ah! ¡Lo dices así, tan triste!...

—¡Oh! No.

—¿Tú no la amas, Ramiro?

—Podré amarla algún día.

—Pero ¿ahora no? En tal caso—prosiguió la Reina, conmovida—, yo le diría a mi hijo: espera a quererla.

—¡Esperar! ¡Esperar, señora, cuando me dan a elegir en tan breve plazo su mano o la cogulla!

—¿Y eso me cuentas a mí—repuso la Reina con visible agitación—, cuando otra mujer sin duda es la que te impide aceptar ninguno de los dos partidos?

—¡Otra mujer!—exclamó Ramiro, osando mirar a Doña Urraca, aunque de reojo.

—¿No recuerdas haberme hecho antes de ahora confesión de tus amores?

—No; jamás de mis labios ha salido...

—¿Has olvidado a la bastarda de Trava?

—¡Ah!

—¿La has olvidado?—repitió la Reina con ahínco.

—¡Nunca, señora, nunca!

—Pues bien, ella es la causa de que no ames a Munima.

—¡No, ella no!—repuso vivamente el paje.

La Princesa, que veía su turbación y enojo, estuvo a punto de preguntarle: «¿Pues quién?»

Pero lo veía claramente para hacerle semejante pregunta. Amábale con un afecto demasiado puro para no ser modesto, detenido y ruboroso, y esta generosa conducta era la prueba más concluyente del cambio que se había verificado en su espíritu. Era el primer amor que Doña Urraca trataba de sofocar dentro de su mismo pecho; era el primer amor que le infundía no sólo la idea de la virtud, sino también la del sacrificio.

Pero este sacrificio no fué un acto espontáneo y fácil, ni se hizo a poca costa; para guardar silencio, para contener aquellas dos palabras en los ardientes labios de donde iban a precipitarse al abismo de sus pasados errores y torpes extravíos, tuvo que sostener la Reina una lucha breve, pero violenta y terrible, con su corazón. Bullíale el pecho estremecido bajo sus blandos cendales; mil fuegos que le subían de las entrañas quemábanle el rostro; cruzaban por sus ojos nubes arreboladas y fugaces que la desvanecían, y su conciencia, recientemente ilustrada, era la única que con voz inflexible en tan amargo trance la sostenía.

«¡Oh! Para tornar a ser lo que he sido,

debo comenzar por olvidar a Bermudo, y ¿cómo es posible olvidarlo, teniéndole presente en el acento y en las facciones de Ramiro?»

Esta reflexión acabó de empujarla atrás con mano fuerte, haciéndola volver del precipicio a que se había asomado.

—Hijo mío—repuso Doña Urraca, disimulando su conmoción con aquel tono de maternal cariño—, ¿quieres decirme de qué nace el empeño del obispo en casarte con Munima?

—No es del obispo el empeño, señora; es de mi madre, que al morir ha dejado todos mis bienes a la santa iglesia del Apóstol.

—¿Y tú nada has heredado?

—¡Nada! Es de mi madre—prosiguió—, que al morir ha revelado al obispo que no puede armarme caballero.

—No, Ramiro; eso no puede ser—exclamó Doña Urraca—; don Diego te engaña.

—Señora—respondió el paje con firmeza y dignidad—; no habléis así de mi señor. Después de la palabra de Dios, no sé de otra más firme y verdadera que la suya.

—Pues si no te engaña el obispo—repuso la Princesa con acento de profunda convicción—, aquí hay un misterio que no es difícil comprender. ¿Sabes tú lo que es fuero de manera?

—Si mal no estoy enterado, es heredar el Señor todos los bienes de los que finan no dejando hijos.

—¿Y no sabes tú que a no ser en virtud de este fuero que tiene el obispo, como señor de Compostela, no has podido ser desheredado?

—El fuero, señora, aquí no tiene aplicación, toda vez que mi madre al morir ha dejado un hijo que debía heredarla.

—Que debía heredarla, tienes razón; y no hay ley ninguna que te pueda quitar este derecho, y cuando el obispo, hombre recto y justiciero, te ha privado de la herencia, es señal...

—¡Cielos!—exclamó Ramiro, pálido y helado súbitamente de terror.

—Sí; es señal de que la anciana que se llamaba tu madre no te reputaba por hijo suyo.

—¡No digáis eso!—exclamó el paje casi con indignación.

—Ramiro—contestó la Reina con energía—, yo soy madre y, poniéndome la mano sobre el corazón, te juro que esa mujer usurpaba un título que no tenía. ¿Qué madre priva a su hijo de lo que le pertenece? ¿Qué

madre pone obstáculo al engrandecimiento de su hijo? ¿Qué madre se complace en dejarle pobre y humillado?

—¡Oh! ¡Callad, señora, callad, por Dios, que vais infundiéndome un convencimiento que me desgarrará el corazón! ¡No; quien ha estado usurpando un título en la sociedad no era mi madre, no era Nuña; yo, yo he sido! Llamábame hidalgo, aspiraba a caballero; como para recibir la orden es preciso probar nobleza, el obispo no quiere exponerme al sonrojo de dar a conocer que soy un villano.

—¡Quién sabe!—murmuró la Reina, clavando en él aquellos ojos penetrantes con los cuales parecía abarcarlo todo—. ¡Quién sabe!—repitió, quedando profundamente pensativa—. El paso que voy a dar—añadió la Reina después de una larga pausa—debe convencerte de que si has perdido una madre, te quedo yo, que como tal te amo. Por ti voy a humillarme al obispo; por ti voy a pedir al vasallo que se digne visitar a su Reina y señora. Pero, en cambio, sigue ciegamente mis consejos; hasta saber quién eres, no consientas en casarte con Munima ni en perder tu libertad; el obispo ha roto su promesa de armarte caballero; ¿consientes en serlo por la Reina de Castilla?

—¡Oh!—exclamó el paje, cayendo a los pies de Doña Urraca deshecho en lágrimas de agradecimiento—. ¡Mi vida, mi vida es vuestra! ¡Nadie en el mundo me hará empujar las armas contra vos, y si yo fuese digno de llevarlas, morir en vuestra defensa sería mi único anhelo!

—Levántate, Ramiro—dijo la Princesa profundamente conmovida—. Sal de aquí, sal presto.

El paje se marchó.

—¡Oh!—exclamó Doña Urraca al verle partir—. ¡Cuando se tiene el perdón de Dios y la sonrisa de unos labios tan puros como los de ese joven, bien se puede desafiar al mundo entero!

Ramiro también murmuraba al salir del monasterio:

«Si he perdido a mi madre, tengo, en cambio, el cariño de una Reina, y para que este cariño pudiera satisfacerme, debía de ir acompañado de la estimación de una mujer tan virtuosa como Elvira.»

Apenas acabó de decir estas palabras, un caballero, completamente armado y calada la visera, acercósele misteriosamente y le dijo:

—¿Me conoces, Ramiro?

—Parecéisme por la armadura y el talan-

te el amigo del obispo que estaba presente a la relación de mis aventuras.

—Y en prueba de ello te la referiré de pe a pa, si se te antoja.

—No, no, señor; es excusado.

—Es que yo—dijo el conde de Trava—pu-
diera contar más de lo que allí has referido.

—¿Más?

—Por ejemplo, acerca de tu afición a doña
Elvira de Trava.

—En efecto, señor; yo la amo, o, más bien,
yo la estimo en mucho y la respeto.

—¿Y deseas verla?

—¡Oh! Justamente estaba pensando en
ella cuando habéis venido; yo quisiera que
una mirada de sus ojos, uno de sus conse-
jos, viniese a refrescar mi alma y a mos-
trarme el rumbo que debo seguir en las ho-
rribles confusiones de que me veo cercado.

—Pues bien, yo puedo hacer que la veas.

—¿Cómo?

—El cómo a ti no te importa.

—Pero ¿ha venido a Santiago?

—No está lejos de Santiago.

—Y ¿cuándo queréis conducirme a su pre-
sencia?

—A eso puedo responderte puntualmente:
dentro de dos días te hallarás en la iglesia
de San Salvador, en el monte de los Potros.
Un escudero mío se acercará montado a ca-
ballo, te preguntará si quieres ver a doña
Elvira de Trava, y si le respondes afirma-
tivamente, una hora después puedes hallar-
te a su lado.

—¿Y si no me fiase de él?

—Si de él no te fías—respondió el con-
de—, difícil será que vuelvas a hablar a esa
señora en todos los días de tu vida, a no
ser que te arriesgues a visitarla en el cas-
tillo de Altamira.

—¡Oh! ¿Se casa con *el Terrible*?

—Al día siguiente.

—¡Oh! ¡Yo la veré! ¡Yo la diré quién es
ese monstruo; ella ignora sin duda quién
es *Ataulfo el Terrible*!

—Me parece bien que vayas a decírselo.

—Iré, no lo dudéis; pero el caso es que yo
estoy comprometido para casarme uno de
estos días.

—Yo conseguiré del obispo que dilate tu
casamiento.

—¿De veras?

—Te lo juro por la cruz de mi espada.

—Pues aunque no fuese más que por el
favor que en eso me hacéis—dijo el paje
sencillamente—, os seguiría al cabo del
mundo.

—Sobre todo, te encargo el mayor silencio.

—Soy naturalmente reservado.

—Lo sé, y por eso me fio de ti.

—¿No me fiaréis el secreto de vuestro
nombre?

—Elvira te lo dirá; por ahora me basta
recordarte que soy amigo del obispo, y que
éste manifestó que yo lo sería tuyo.

El conde de Trava se alejó diciendo:

—Pasado mañana le llevaré al ricohombre
todo cuanto le he prometido, y habré ale-
jado de Compostela un huésped peligroso.

CAPITULO X

De cómo al mudar de vida también se tiene
que mudar de amigos.

Extraña parecerá al lector la conducta de
don Diego Gelmírez con la Reina, cuyo va-
sallo era todavía. Hállase puntual y fiel-
mente consignado en las Memorias que nos
sirven de pauta que a la llegada de la
Princesa «se rodeó el obispo de fuerzas de
a pie y de a caballo, resuelto a no verla ni
hablarla mientras permaneciera en Santia-
go; mandando, no obstante, que con ella
se tuviesen las debidas consideraciones» (1).

Precauciones eran éstas que indicaban no
poco temor en el prelado; pero si alguno de
los dos personajes tenía fundamento para
temer del otro, era la que estaba sola, en-
cerrada en un monasterio, en medio y a
merced de sus mayores enemigos. No po-
día dudar Doña Urraca que su presencia
en aquella ciudad había producido la ma-
yor agitación, y llegó a sospechar que les
había ahorrado a sus contrarios la mitad
del camino para derribarla del trono, y
atentar a su libertad y aun acaso a su pro-
pia vida.

Desde la ventana observaba la alarma de
la ciudad y el incesante bullir de las gen-
tes en el palacio del obispo, semejante a
una colmena, donde entran y salían de
continuo clérigos, monjes y soldados.

Los pocos que ella trajo, a cada paso ve-
nían con quejas de los vecinos, de quienes
eran insultados; otros, menos sufridos, lle-
gaban heridos o vengados, o se escapaban
en busca de un asilo por haber llevado la
venganza hasta matar a sus contrarios. Ha-

(1) *Historia compostelana*, lib. I, cap. CVII,
página 206.

hábanse, en fin, aquellos dos poderes rivales y mal avenidos en una situación violenta; pero ninguno de los dos quería venir a las manos; el prelado, por la repugnancia que sentía en que por su causa se derramara sangre; la Reina, porque con la poca gente de que podía disponer hubiera sido más que temeridad emprender la lucha.

Los refuerzos de Gutierre Fernández de Castro y del conde Lara no venían, y acaso tardarían en llegar más de lo menester. Prudente parecía en aquel trance que la Reina secretamente se escapara de Santiago, huyendo del mal paso en que con tanta imprudencia se había metido. Mas aun dado que la evasión pudiera verificarse, no se la permitían dos pasiones, a cual más vehementes: el orgullo y el amor, una y otra entendidas de cierta manera, propia exclusivamente de Doña Urraca de Castilla.

La primera pasión, por ejemplo, haciale desafiar temerariamente el inminente peligro de permanecer en Santiago; pero no le impedía importunar a don Diego para que viniese a verla, y la segunda ya nemos visto en qué laberinto de contradicciones le hacía incurrir. Tan cierto es que las pasiones varían como la fisonomía, se modifican como el temperamento, como las dolencias en cada individuo.

El orgullo de Doña Urraca fundábase a la sazón en arrostrar las persecuciones de que podía ser objeto, en no dar a sus vasallos el espectáculo de una fuga vergonzosa, vergonzosa sobre todo, porque patentizaba que la Reina había sido engañada en sus cálculos, frustrada en sus esperanzas, fallida en sus planes, y ella podía humillarse y se humilló mil veces con pleno y cabal conocimiento; pero no podía confesarse a despecho suyo humillada y vencida.

Además de estas razones para permanecer en Santiago, tenía también las que naturalmente resultaban de la última entrevista con Ramiro, que había engendrado en ella sospechas por cuya averiguación era capaz de arriesgar, no ya la corona de Galicia o de León y Castilla, sino cien vidas que tuviera.

Así, pues, mientras que por medio de avisos trataba de reunir en Santiago partidarios suyos, llamándolos a su socorro, enviaba al palacio episcopal las más humildes súplicas para que el prelado se dignase aceptar una entrevista; y cada vez que sus caballeros tornaban de allí con una disculpa o negativa, rasgábase la Reina sus vestiduras y mesábase de rabia los cabellos, aso-

mándose a la ventana para mirar al palacio con ojos de basilisco, y, ablandada luego su cólera, volvía a los mensajes, a las súplicas y ofrecimientos inútiles.

Un día entero después de la entrada en Compostela había transcurrido en tan mortales angustias; las precauciones iban siendo cada vez mayores; Gundesindo Gelmírez había circunvalado el monasterio, de manera que la escasa guardia que la Reina llevó consigo podía reputarse prisionera; el palacio, la catedral y las casas y edificios contiguos al monasterio, secretamente estaban ocupados por tropa; y de esta suerte la Reina, aparentemente custodiada por sus propios soldados, en realidad, con ellos estaba presa.

La situación era muy apurada, y la Reina, a pesar de toda su resolución y serenidad, alarmóse de veras, y con el acrecentamiento del peligro se fueron desvaneciendo un poco sus escrúpulos de apelar a ciertos recursos que en ocasión menos crítica había rechazado. Acordóse de la hermandad de que le había hablado el conde de Lara. Realmente, no era aquélla la primera ni la segunda vez que pensaba en ella; pero como después del descubrimiento de la conjuración había experimentado su espíritu un cambio tan radical y saludable; como lejos de prender al prelado se esforzaba en reconciliarse con él, ya no daba importancia alguna a semejante descubrimiento. Ahora no era lo mismo; el peligro arreciaba y era preciso salir de él a todo trance.

No había olvidado los nombres de los principales conjurados, y se resolvió a llamarlos para invocar su auxilio. Principió por Sisebuto Ordóñez, el caballero de las barbas de jabalí, el cual recibió al mensajero con un bufido y le despachó con insolencia; en seguida se dirigió al preboste interino, Arias Díaz, y respondió a la Reina que estaba muy equivocada, que tal hermandad no existía, o que, por lo menos, él lo ignoraba; siguióle el cardenal Vimara de Astráriz, que no podía hablar por hallarse enfermo de gota, y otros replicaron que en días tan críticos no se atrevían a pasar delante del palacio episcopal.

Aturdida quedaba la Princesa de todo cuanto le pasaba, y singularmente de semejantes contestaciones, en que se traslucía grave resentimiento de aquellos caballeros y de toda la hermandad. Pero ¿de qué provenía? ¿Qué motivos les había dado para semejante porte? ¿Le había engañado Lara? ¿O tal vez había cometido el enamorado conde alguna imprudencia?

Sin embargo, aún la quedaba el recurso de don Ataulfo de Moscoso, de cuya fidelidad no la permitía dudar el odio implacable que el rico hombre profesaba a los Gelmírez, y los importantes servicios que recientemente le debía. Pero ¿cuál sería su espanto al ver que también éste se desentendía de sus anteriores compromisos y villanamente la abandonaba!

—¿Qué es esto?—exclamaba la Princesa—. ¿Se ha conjurado todo el mundo contra mí? ¿Por haberme decidido a portarme bien con todos, por haber dado el primer paso hacia la reconciliación con un valor, con una lealtad que no he sentido nunca, todos mis amigos me abandonan, me desprecian y se vuelven contra mí? ¿Este es el fruto del bien obrar? ¡Oh! ¡Cuán amargo es este pensamiento!

Quedaba, sin embargo, la postrera esperanza: ¡Ramiro!

Todos eran ingratos, todos la abandonaban en el peligro; pero Ramiro era fiel, Ramiro la amaba, y al punto mismo en que fuese llamado acudiría a dar por ella su vida, como se lo había prometido. Sintió Doña Urraca irresistible necesidad de verle, de desahogar el pecho de las hieles que le rebotaban y de fortalecer su casi desmayada conciencia con los consejos de aquella alma pura, y con las miradas de aquellos ojos inocentes.

Peró Ramiro tampoco parecía por la morada de la Princesa.

Tan ruda prueba era superior a la constancia y sufrimiento de Doña Urraca. Desatinada y loca, imaginándose que el paje se hallaba preso, o que no le permitían la entrada en el monasterio, llamó a una de sus dueñas, se echó un manto sobre los hombros y se disponía a bajar a la guardia, que era de sus propias gentes, para ponerse a la cabeza y arremeter al palacio del obispo, cuando le anunciaron que una villana solicitaba el permiso de hablarla.

Hay ocasiones en que un grano de arena removido produce el hundimiento de una montaña; las hay también en que ese mismo grano de arena detiene el peñasco que se precipita en los abismos. Esta es una de ellas. La visita de una mujer desconocida y de la ínfima clase fué para la Reina de Castilla un acontecimiento de la mayor importancia.

Mandóla entrar.

Gallarda y tímidamente acercábase una joven rebozada en el manto, y, al llegar a

presencia de Doña Urraca, descubrió el rostro. Era Munima.

La hermosura de la doncella podía parecer vulgar a primera vista, por la regularidad de sus facciones y el color sonrosado de sus mejillas, que le daban la apariencia de frío y sin expresión; pero cuando Munima levantaba los suaves párpados y aparecían sus negros ojos engarzados en un cerco negro aterciopelado, cuando quería expresar un sentimiento, todo de repente en ella se animaba, todo en ella se sentía, y sonreía y avasallaba. Munima, silenciosa y tranquila, podía no atraer las miradas del vulgo; conmovida y hablando, Munima arrebataba. Ella, sin embargo, hablaba pocas veces; pero, en cambio, hablaba con sentimiento.

A pesar de lo extraordinario y fuerte de la ocasión, a la Reina no se le pasaron por alto los nuevos quilates de belleza de aquella joven que, profundamente agitada, se postró a sus pies pidiéndola perdón por haberla faltado al respeto involuntariamente, dos días antes, en la ermita de Santa Cruz, osando hablar sin haberla conocido.

Contestóla Doña Urraca con muy corteses razones, pero tan breves como cortes, porque tenía ansia de saber el motivo que al monasterio la traía.

Grande empacho sentía en hablar Munima: estaba un poco descolorida y ojerosa, con señales de haber llorado, y cuando lo conoció la Reina, redobló su afabilidad y la trató, deponiendo el carácter de Princesa, la trató como amiga.

—Señora—dijo por fin la doncella—, criados de vuestra alteza han ido a preguntar a casa de mis padres por Ramiro...

—Bien está; ¿y tu vienes a traerme noticias que a ellos habéis rehusado?—contestó la Reina con visible impaciencia.

—Yo, señora, vengo de su parte.

—¡Ah! ¡De su parte!—exclamó Doña Urraca, respirando con más satisfacción—. ¿Y dónde está el buen paje?—añadió, procurando aparentar sosiego.

—Lo ignoro—contestó Munima con un acento que quería decir: «Y, sin embargo, no debía ignorarlo.»

—¿Cómo es eso?

—Ayer me dijo: «Si se pasa el día sin venir yo por aquí y prosiguen estos rumores en la ciudad, no dejes de ver a la Reina.» Y como he sabido que vuestra alteza le andaba buscando, heme anticipado.

—¿Y no has vuelto a verle desde ayer tarde?

—Desde ayer mañana—exclamó Munima,

que, por lo visto, llevaba la cuenta con toda puntualidad.

—Ayer, sin embargo, era el día señalado para tu boda.

—Mi boda se ha suspendido...

—Por algunos días.

—¡Para siempre!

—¿Para siempre?—replicó Doña Urraca, más compadecida de Munima que satisfecha de verse tan puntualmente obedecida por el paje—. No será así; en aclarándose ciertas dudas...

—Las mías están completamente aclaradas.

—Pues qué, ¿sabes acaso?...

—Sé que Ramiro no me ama.

—Ramiro cumplirá su palabra.

—No, no seré yo quien se la demande, ni menos quien la acepte. Y, sin embargo—exclamó Munima, sollozando—, ¡no sabéis cuánto le amaba!

La Reina se avergonzó, y sintió fuertes punzadas de remordimiento delante de aquel dolor y de aquella pasión tan digna y sencillamente expresados.

—¿Quién sabe?—exclamo, aventurando estas palabras de vulgar consuelo.

—¡Oh! Yo lo sé; yo le he visto huir de mí estos días, triste, distraído, preocupado; yo tengo seguridad, no sólo de no ser querida, sino de ser por otra desdenada.

Miróla Doña Urraca con altivez, creyendo que su venida no tenía otro objeto que dirigirla amargas reconvenciones; pero el rostro de Munima no expresaba ningún género de amargura, sino el dolor profundo y resignado. Tranquila con aquella mirada, la preguntó la Reina, desviando la conversación:

—¿Con qué fin te mandó Ramiro venir a verme?

—Perdóneme vuestra alteza por haberla entretenido con el cuento de mis desventuras. Ramiro desea vivamente que vuestra alteza se reconcilie con el obispo, mi señor.

—¿Y cómo? ¿Cabe reconciliación con una persona que así me trata? ¡Venir de Lugo dispuesta a tenderle la mano, a colmarle de dones, y, en lugar de ofrecerme la suya y de recibirme como a mi dignidad corresponde, sepultarme aquí, en estas cuatro paredes, impedirme la salida, tenerme cautiva, abusando de la confianza que en él he depositado! ¿Qué más puedo hacer para la reconciliación que perdonarle tamaños ultrajes y solicitar su visita? No, dile a Ramiro que basta ya de prueba y de debili-

dad; prefiero morir a sufrir con tanta afrenta.

—Pero, ¿sabéis, señora, el motivo de que el obispo se valga de tantas precauciones y deje de visitaros?

—Porque es un rebelde.

—Porque os tiene miedo.

—¡Miedo!—exclamó la Reina, sonriendo—. ¡Miedo de mí! En verdad que, si fuese cierto, no me desagradaba del todo.

—¡Ah, señora! si deseáis inspirarle tal sentimiento, podéis estar satisfecha! A noticia del obispo y del gobernador ha llegado que los principales caballeros de la ciudad y de la comarca han formado una hermandad, o más bien una conjuración contra su persona; y ha sabido también que os halláis a la cabeza de esta hermandad.

—¡Yo!—exclamó, atónita, la Reina.

—Vos, sí, señora.

—¡Yo!—repitió con doble asombro—. No es posible que tal se diga, ni menos se crea.

—Se dice, sin embargo, y se cree; y yo misma, señora, si me propusiese hablar, os daría pruebas irrecusables de esta verdad, o, cuando menos, de que se abusa de vuestro nombre.

—¡Oh! Esas pruebas, Munima, esas pruebas; ahora mismo vas a darlas.

—Pues bien, señora, os lo diré, pues que Ramiro me manda que os lo diga. El me dijo ayer: «Es imposible que la Reina sepa lo que está pasando; ve, Munima, ve tú a revelárselo todo.»

—Pero ¿qué es eso? Acabad, por Dios, acabad de una vez.

—Hace pocos días llegó a Santiago el conde de Lara; se presentó a la hermandad, a la cual pertenece.

—Lo sé.

—Y autorizado plenamente por vos, solicitó se os admitiese en ella.

—¡Oh!

—Y la hermandad se dignó admitiros, y os nombró por cabeza.

—¡Cielos, qué imprudencia! Yo no autoricé a semejante cosa al conde de Lara.

—El, sin embargo, en vuestro nombre juró las reglas.

—Es imposible.

—Yo lo oí, señora; no tengáis la menor duda.

—¿Y tú fuiste después a revelar al obispo todas estas tramas? ¿Tú me has denunciado?...

—Para denunciaros a vos, tenía que denunciar a mi padre.

—¿Y bien?

—Puse la vida de mi padre en manos de Ramiro.

—¿Y Ramiro me denunció al obispo? Imposible, imposible.

—Tenéis razón, era imposible, y por eso no lo hizo.

—Pues entonces...

—Entonces, los conjurados, que se vieron con una Reina por compañera, se creyeron fuertes, invencibles, y dejaron de ser prudentes y discretos; por todas partes se oía que el conde de Lara había venido a Santiago a ponerse de acuerdo con unos conspiradores, y que vos, señora, debíais llegar poco después a ponerlos al frente, y como habéis llegado...

—¡Ah! ¡Qué fatalidad, Dios mío, qué fatalidad!

—¿Veis, señora, cómo el obispo tiene fundamento para temer de vos? ¿Cómo no es difícil que de un momento a otro, descubiertos ya los conjurados, hagan un esfuerzo por vos, y...?

—¡Mentira! ¡Mentira! Esos son los primeros que me abandonan, me escarnecen y me insultan.

—¿Los hermanos?

—Sí, esos infames, a quienes en este trance he acudido para salvarme, y que se han puesto de acuerdo para perderme.

—¿Conque también los conjurados?...

—Me abandonan lo mismo que el prelado; me dejan desamparada y sola, sola con mi valor y mi desesperación. Munima, desde el punto en que me resuelvo a seguir las inspiraciones de mi conciencia, amigos y enemigos se vuelven contra mí.

—¿No habéis visto al conde de Lara después que salió de Santiago?

—No.

—De manera que la primera noticia que de su comisión habéis tenido...

—Es la que tú acabas de darme.

—Y sin saber que a tanto se propusara el conde, ¿habéis dirigido a don Diego Gelmir los ofrecimientos de alianza y de amistad que trajo Ramiro?

—Sí, ofrecimientos sinceros y leales—dijo la Reina—, que el obispo ha menospreciado.

—En tal caso...—murmuró la doncella—; pero vuestra alteza me perdonará...

—Habla.

—Señora, ¿qué tiene de extraño que los conjurados desconfíen de vos, y crean que venís a castigarlos de acuerdo con el prelado, y que éste, sabedor de vuestros malhadados compromisos con la hermandad, co-

temple las ofertas como un lazo que le tendéis?

—¡Ah! ¡Ese conde de Lara!...—murmuró con rabia Doña Urraca.

Y luego se quedó diciendo entre sí:

«El mal no consiste en obrar bien, sino en no haber obrado siempre de la misma manera.»

—¿Y qué habéis perdido todavía?—preguntó Munima con timidez, procurando dejar traslucir una esperanza.

—¡Qué he perdido! Di más bien ¿qué me queda, Munima, qué me queda?

—Todo puede remediarse.

—Puede ser—dijo la Princesa, sin ocurrírsele ninguna idea de salvación y esperando que prosiguiese la doncella.

—Si el obispo llegase a conocer la rectitud de vuestras intenciones y la firmeza de vuestros propósitos, vendría aquí sin necesidad de ruegos y amenazas, y os buscaría, os pediría perdón de las involuntarias ofensas que os ha hecho.

—¡Oh! ¿Pero quién le convence de mi lealtad, de mi buena fe, cuando ni siquiera se digna escucharme?

—¿Quién? Cualquiera que se le acerque y le diga sencillamente la verdad: Ramiro...

—¡Oh! No, cualquiera menos Ramiro; él no puede manifestar al prelado que desde el punto en que se presentó a mis ojos he sentido una completa transformación; él no puede pintar la viva impresión que su acento ha hecho en mi alma...

—¡Yo, yo se lo diré!—exclamó Munima con voz tan desmayada, que llamó la atención de la Reina, la cual fijó sus ojos en la pobre villana, que había perdido el color y dejaba escapar hondos suspiros.

—¡Munima!—exclamó Doña Urraca, tendiéndola una mano al verla próxima a caer desvanecida.

Pero la doncella, que en un solo instante acababa de comprender todo el rigor de su suerte, todo el misterio de la suspensión de la boda y de la desaparición del paje, se postró a los pies de la Reina, pidiéndola perdón de haberla ofendido.

—¡También tú, también tú vas a aborrecerme!—contestó la Princesa, profundamente conmovida—. ¡Oh! ¡No puedo dar un paso que no sea para hollar un corazón, ni alargar la mano si no es para estrujar un afecto! Ve; ya me conoces; no hagas nada por mí; prefiero que me aborrezcas a verte luego arrepentida por haberme servido.

—No me arrepentiré, señora; soy poco menos que polvo en presencia de mi sobera-

na; pero no me abatiré hasta el punto de que me pese de la dicha que os pueda proporcionar.

—Bien, has hecho bien en recordarme que soy Reina. Ve tranquila, y si amas a Ramiro, ve segura de que yo sólo deseo su ventura, y de que su suerte pende de que yo vea pronto al obispo de Compostela.

Y Munima se alejó con el continente de una reina, y la Reina creyó que su corazón había recibido una nueva vida con los destellos del corazón de Munima.

CAPÍTULO XI

De las cosas que el obispo dijo a la Reina, la cual, en cambio, se dejó muchas por decir.

Cuenta la Historia que el reverendo obispo de Santiago, movido de las ahincadas súplicas de Doña Urraca (*summis precibus emollitus*), pasó a verla al cabo de dos o tres días no sin llevar consigo algunos soldados, porque la tenía mucho miedo (*quia eam valde formidabat*) (1).

Pública fué la primera entrevista de estos dos personajes, que reciprocamente se temían. Esperaba la Reina sentada en un sitial con honores de trono, rodeada de los pocos guerreros y cortesanos que con ella habían venido, dándose el aire de dispensar el favor que realmente recibía. Esparcióse luego por la sala el rumor de pasos y armaduras, y en medio de aquel estrépito, nuncio de un adalid más bien que de un prelado, apareció con talante de recelo y mansedumbre, que contrastaba con su marcial apariencia, el venerable don Diego Gelmírez, apoyado en el báculo pastoral y arrastrando moradas hopalandas.

Subyugada la Princesa por el influjo religioso, se levantó presurosa, y, doblando una rodilla, besó el anillo del pontífice y recibió su bendición apostólica.

Tornó luego a sentarse, y concedió a don Diego, solamente a él, igual privilegio, y con un acento de resquemor interior que se contradecía con el humilde continente que había tomado, le recordó los beneficios que su padre y ella habían dispensado a la iglesia compostelana, y luego prosiguió con estas razones, que literalmente copiamos de las Memorias:

—Hanme dicho, reverendo padre, que estáis persuadido de que mi venida a Santiago no tiene más objeto que el de prenderos; ruégoo que no deis asenso a mentira semejante. Prefiero ser privada de mi reino a poner en vos mis sacrilegas manos. Pero si me hacéis la injusticia de creerlo, cien caballeros escogidos por vos jurarán la calumnia. Volvamos, pues, volvamos, carísimo padre, a nuestra antigua alianza, y demos de mano a las murmuraciones y sospechas. ¿Qué será de mí, qué consejero tendré si el obispo de Santiago se declara enemigo? Vos, padre mío, seréis dueño de Galicia; vos juez y mediador en las discordias que puedan suscitarse entre los príncipes y condes de este reino; vos conservaréis la paz, y yo os amaré y reverenciaré sobre todos los preladados.

A lo cual respondió con gravedad y mansedumbre don Diego Gelmírez:

—Vuestro nobilísimo padre, en efecto, el Rey Alfonso, tuvo grande predilección hacia la iglesia de Santiago y su digno pastor, y no hay extremos con qué encarecer los beneficios que nos ha dispensado. Seguid su ejemplo, señora; no os dejéis llevar por el consejo de los malos, y no veréis disiparse vuestro reino y escaparse de las manos. Armado me veis andar, no para rebelarme, sino para tener a raya la audacia de mis enemigos (1).

Calló la Reina, pareciéndole que ya se habían dicho bastante públicamente, y deseando sustituir un lenguaje más sincero al oficial y diplomático que hasta entonces había usado, con un augusto ademán despidió a las damas y caballeros. El obispo vióse obligado a otro tanto con los suyos; pero con una lánguida mirada les indicó que no se alejasen demasiado. El valor y el miedo del prelado eran el valor y el miedo de un sacerdote: fuerte en las luchas del alma, débil en las luchas materiales.

Apenas se vieron solos, Doña Urraca se levantó y le dijo con amarga sonrisa:

—Me levanto, Diego Gelmírez, para que ocupéis el trono, pues si hay aquí algún monarca, no es, por cierto, la hija de Alfonso VI.

—Hija mía—contestó el prelado con dulzura y gravedad—, yo debo decir, como el divino Maestro: mi reino no es de este mundo.

No es fácil que la Princesa lograra ad-

(1) *Historia Compostelana*, locución citada.

(1) *Historia Compostelana*, locución citada.

quirir superioridad alguna sobre el obispo fiándose a la discreción e ironía que se estrellaban en la calma y dignidad del adversario; abandonó, pues, este rumbo apenas emprendido, y, dejándose llevar de sus más acerbos sentimientos, prosiguió:

—¡Oh don Diego, don Diego! Me habéis vencido y humillado; y no es tanta mi humillación en ver que en vos ha podido más la voz de una villana que los ruegos de una Reina, como en conocer que todavía no me creéis, cuando tan sinceramente deseo vuestra amistad; en que me estéis contemplando con recelo, y, después de tantos ruegos inútiles, vengaís a verme y vengaís armado.

—¿Qué queréis? ¿Que me persuada de la sinceridad de vuestras promesas, cuando...? No lo diré, señora; la palabra es demasiado fuerte para que salga de mis labios.

—¿Cuándo he faltado a ellas? Yo lo digo por vos. ¿Y por qué ha sido? Porque os he visto siempre tenaz, inflexible en vuestro propósito de arrancarme la corona de Galicia para colocarla en la frente de un niño de doce años; porque con nada puedo vencer esa firmeza...

—Y si desde el primer día os hubieseis explicado con semejante lisura; si me hubieseis dicho paladinamente: «Diego, os doy estos lugares, tierras y castillos, no para mayor gloria de Dios y bien de su Iglesia, sino para que no faltéis a vuestros deberes como tutor de mi hijo y señor de Santiago», ni la Iglesia ni yo habríamos aceptado un solo terrón, una sola almena. Mas ahora que lo he conocido y que con vuestras palabras lo habéis confirmado, no extrañaréis que haya rehusado los tres castillos ofrecidos, y que prudentemente de gente armada me acompañe.

La Reina guardó silencio, mordiendo los labios con la soberbia que tenía.

—¡Oh don Diego, don Diego!—exclamó después—. ¡Cómo estoy recibiendo el castigo de mis errores y extravíos! Amargo es el cáliz que he bebido; no extrañéis que me estrechez por lo que apurar me falta.

—La amargura de ese cáliz se suaviza con lágrimas sinceras—dijo el obispo con blandura.

—¡Padre mío! ¡Padre mío!—prosiguió la Reina sin poder contener los sollozos—. Yo he llorado, yo lloro..., ¿lo veis? Estoy llorando delante de vos; pero estas lágrimas abrasan, no consuelan; envenenan, no dulcifican, porque sólo sirven para completar vuestro triunfo, pregonar mi derrota.

—Reina de Castilla—le dijo el prelado, con

dignidad—, creo esta vez en la sinceridad de vuestro arrepentimiento; pero esas lágrimas no brotan de un manantial puro; al través de ellas me dejáis vislumbrar mucho orgullo; lloráis menos por dolor que por despecho; vuestro propósito es bueno, pero no firme; tenéis veleidad, no voluntad decidida. Llorad, señora, llorad delante de mí con humildad; romped de una vez las ligaduras que os atan con lo pasado, y ya veréis cómo la senda se os desembaraça, cómo los peligros se desvanecen, cómo ponéis la planta en firme y seguro terreno. ¿De qué os sirve ser buena a medias, arrepentiros a medias y formar a medias propósitos, sino de que Dios y el mundo os rechacen de consuno; Aquél por lo que conserváis de la tierra, y éste por lo que adquirís del cielo?

—Tenéis razón, padre mío, tenéis razón—exclamó la Reina, subyugada por aquellas palabras—. Así me veo maltratada de vos, malquista de los conjurados, poco segura de mis ricoshombres, perseguida por mi marido y amenazada por mi hijo. Me habéis atravesado las entrañas con vuestros desdenes; pero, lo confieso, motivos teníais para ello. Yo os apreciaba, os temía, pero no os amaba; al contrario; en algunos momentos me fuisteis aborrecible; yo no he formado conjuración contra vos, pero de ella quise sacar partido; y el conde de Lara, movido, sin duda, de un celo indiscreto, por demasiado ardiente, suponiéndome peor de lo que soy, ha traspasado la línea de mis intenciones y deseos; yo... ¿Pero qué tenéis, padre mío?

—¡Oh!—exclamó el prelado, vivamente conmovido—. Ahora no sois vos, sino yo el que llora y se regocija en escucharos; ahora es cuando os creo verdaderamente arrepentida, porque os veo humilde. ¿Qué me importa, hija mía, lo que de mí hayáis pensado y maquinado contra mí? ¿Qué me importa? Si os hubierais empeñado en probarme vuestro pasado afecto, para tranquilizarme acerca de lo futuro, ni en uno ni en otro habría creído. ¡Hija mía!... Perdonad, señora, perdonad este lenguaje a mi cariño; hija mía, habéis entrado en el buen sendero; perseverad en él.

—¿Y creéis, santísimo padre, que soy extraña a cuanto contra vos se trama en la ciudad?

—Lo creo en este instante.

—¿Por la vez primera?

—Sí, por la vez primera.

—¡Ah!—dijo la Princesa, un poco resentida.

—No lo extrañaréis, señora, porque tal vez

dentro de este edificio se congregan los conspiradores.

—¿Será posible?

—Y ahora mismo, quizá, estén aquí tramando alguna intriga contra mí.

—Er. ese caso, comprendo vuestros temores.

—En este caso, no extrañaréis que haya venido armado, y me perdonaréis si he pensado que persistiais aún en vuestros abominables propósitos.

—Pero si sospecháis que aquí se congregan vuestros enemigos, ¿cómo no os lanzáis sobre ellos?

—En un edificio tan vasto, y favorecidos por algunos monjes, no se dejarían sorprender. Y, además, ¿qué adelantaría en ello? ¿Conocerlos? Sospecho que entre los conjurados hay muchos a quienes llamo amigos... ¡Bah! No quiero privarme del placer de darles tan dulce nombre. ¿Castigarlos? Por grande que fuese la pena que recibiesen, mayor sería la mía.

—Bien, reverendo padre; tampoco quisiera yo que por esta vez castigaseis a hombres que han contado, aunque equivocadamente, con la Reina de Castilla. Cuando nos vean unidos y cordialmente aliados, conociendo su necesidad y su impotencia, desistirán de sus intentos. Y para que esta alianza sea pública y podamos dar recíprocamente testimonio de ella, habéisme de permitir, padre mío, armar caballero en la iglesia de Santiago al paje que os ha traído mi última carta.

El obispo la miró con ojos atónitos y severos.

—No haré tal—respondió luego, como quien conoce de repente que ha estado tratando a un loco como persona de juicio—. No haré tal, sino pediros permiso para retirarme.

—¡También vos!—exclamó la Reina, entre picada y ruborosa.

—Doña Urraca, si deseáis la salud de vuestra alma y la tranquilidad de vuestros reinos, no tornéis a ver a ese mozo.

—¡También vos!

—Ignoro si soy el primero en aconsejaros; pero de seguro que nadie os lo ha dicho con más derecho ni con más ahinco que yo.

—¿Y si supieseis, santísimo padre—prosiguió la Princesa, con acento de profunda convicción—; si supieseis que el cariño que profeso a Ramiro es santo y puro; si supieseis que a él le debo la fortaleza para romper con todo lo pasado?

—Os diría—repuso gravemente el obispo—: bendecid el instrumento de que Dios

se ha servido para atraeros hacia Sí; pero bendecido de lejos, apartadlo de vos.

—¡Oh! Eso no puede ser, es demasiado; es un sacrificio superior a mis fuerzas...

—Entonces—dijo tristemente el prelado—, todo lo hemos perdido.

—¡Cómo! ¿Y jamás he de volver a verle?

—Jamás.

—¿Sin pagarle los inmensos beneficios que le debo?

—Eso corre de mi cuenta.

—¡Corre de vuestra cuenta, y le negáis la herencia de su madre! ¡Corre de vuestra cuenta, y rehusáis armarle caballero y le tratáis como un villano, a él, que no tiene otra ambición que la de ilustrar el nombre que ha recibido de sus padres!

La Reina, al decir estas palabras, creyó haber reconquistado la superioridad perdida, y miraba al obispo con altivez, frunciendo los labios estremecidos.

—Debéis presumir, señora—dijo Diego Gelmírez, disimulando su resentimiento—, que puedo justificarme.

—Hacedlo—repuso la Princesa, provocándole—, hacedlo.

El prelado iba a responder con un gesto desdeñoso; pero triunfando de su amor propio, dijo con evangélica mansedumbre:

—Estoy dispuesto, hija mía, a justificarme delante de vos.

—¡Oh! No lo haréis, no—continuó la Reina, que ardía en deseos de oír las explicaciones del obispo—; porque, ¿cómo es posible que la madre de Ramiro le haya privado de su hacienda, no teniendo otro hijo? ¿Cómo es posible que ella misma os haya su-plicado que no le armaseis caballero? Sólo hay un medio, uno solo..., así me lo explico todo.

—Tenéis razón—dijo el prelado—; sólo hay un medio.

—¿Que Ramiro no sea hijo de la que se decía su madre?

—Lo habéis adivinado.

—Sí, lo había adivinado ha largo rato, don Diego—exclamó la Reina, conmovida—; y de rodillas, de rodillas, os pido perdón, santísimo padre, justo, impecable sacerdote, de haber puesto que aparentemente, dudado de vuestra rectitud; sólo quería arrancaros esa confesión, para que con ella confirmara mis sospechas y dieseis algún aliento a mis esperanzas.

—¡Esperanzas!... ¿De qué?

—No lo sé; pero si Ramiro no es hijo de Nuña...

—Resulta que es un niño abandonado.

—El cual puede descender de un caballero, de un ricohombre...—se dejó decir Urraca.

—O de un villano, de un judío—replicó el obispo.

—¡Oh!—exclamó la Reina, meneando la cabeza negativamente.

—Nada, nada absolutamente se sabe, señora; y en la duda, bien veis que las leyes y costumbres reputan infames a esos desgraciados; de consiguiente, yo, en conciencia, no puedo consentir en darle la orden de caballería. Por grande que sea vuestra pena, no lo sentiréis tanto como yo.

—¡Sentirlo!... Todo lo contrario. Ramiro, hijo de Nuña, nunca sería para mí más que un hidalgo que se parecía a cierto ricohombre; pero Ramiro de padres desconocidos, ¿quién me dice que no desciende de tan elevada cuna?

Don Diego se sonrió, y como quería tanto al paje, casi se abandonaba a las mismas ilusiones que Doña Urraca.

—Señora—dijo—, deber nuestro es averiguar todo lo que haya en este asunto, y si concebimos una sospecha, por descabellada que parezca, no podemos despreciarla.

—En eso estoy, santísimo padre—exclamó la Princesa, con un acento que indicaba su satisfacción y su impaciencia—; y si os place, podéis referirme cuanto sepais acerca de ese mancebo.

—Muy poco es lo que sé, hija mía, muy poco. En el amargo trance de la muerte me llamó Nuña para que la oyese un secreto de que quería hacerme dueño, y me contó que hará cosa de veinte años, hallándose muy entrada en edad, sintió por primera vez que iba a ser madre; comunicó tan grata nueva al hidalgo Pedro de Mellid, su esposo, que ansiaba ardientemente un heredero, y mucho más desde que había perdido las esperanzas de tenerlo. Sucedió que a los primeros días de haber visto la luz un robusto infante tuvo el hidalgo que partirse a la guerra, y no encargó más a su mujer sino que le cuidase de aquel hijo idolatrado. Aquel hijo, sin embargo, tornóse dentro de pocos meses al seno del mismo Dios, de donde había descendido. El caso es notable y peregrino; oí, señora; acaeció de esta manera: Como tan locamente su madre lo quería, todas las noches lo acostaba en su mismo lecho, y lo dormía en sus brazos; soñaba una vez que los normandos, que a la sazón andaban pirateando por las costas, se lo querían arrebatar, y con los esfuerzos que la pobre madre hacía para im-

pedirlo, apretaba, apretaba tanto el niño contra su seno, que, haciendo los brazos oficio de dogal, lo ahogó con ellos. ¡Desdichada! Cuando despertó de la pesadilla fué, sobresaltada, a dar un beso al hijo de sus entrañas, y se lo encontró frío y amorado.

—¡Oh, qué horror!—exclamó la Princesa.

—El dolor de aquella infeliz sólo puede comprenderlo una madre; pero sobre su profunda pena, todavía la atormentaba la idea de la mirada que su marido la dirigiría al preguntarla por aquel hijo tan deseado y tan querido. Saltó de su lecho, y de noche como era salió de su cuarto loca y desatentada; lanzóse al campo (no os he dicho aún que estaba en Lupario, entre Padrón y Compostela), unas veces desesperada, otras confiando en Dios, que milagrosamente le había de restituir aquel hijo, consuelo y esperanza de su corazón; acudió a la ermita de Nuestra Señora de la Esclavitud, oró a la puerta, y, perdida después en un bosque, oyó los gemidos de una criatura.

—¡Ah!

—Sí, una criatura. Dióle un vuelco el corazón, se lanzó sobre ella, creyendo que la Virgen Santísima con ella había obrado aquel milagro, y, a la claridad de la luna, descubrió un hermoso niño de pecho, que sobre una piedra desnudo estaba abandonado. Al conocer su error, con la rabia que tenía, sintió impulsos de estrellar al expósito contra la roca en que yacía; mas luego reflexionó que en el mero hecho de encontrarlo solo, desnudo y abandonado a semejantes horas, era señal de que Dios, en lugar del suyo, se lo enviaba. La rabia se convirtió en cariño; cogióle en sus brazos, arropóle con el manto, lo puso a sus pechos y volvió a sentir la madre aquellas suaves caricias, aquellos blandos halagos de manecillas infantiles a que para siempre tenía que haber renunciado. La pobre Nuña volvió a casa, colocó al niño en lugar del otro y dió secretamente sepultura al hijo, haciendo pasar por suyo al que la divina Providencia le había deparado. Para conseguirlo más fácilmente, trasladóse al punto a Santiago. De esta suerte, el hidalgo Pedro de Mellid, al tornar de la guerra, no echó en falta a su Ramiro, y murió poco después colmándole de bendiciones. Es todo cuanto sé acerca de ese mancebo.

—Pero ¿en ningún tiempo ha sabido Nuña quién depositó al niño en el bosque?—preguntó la Reina.

—Jamás. Esa misma pregunta la hice yo, y me respondió que nunca había osado hacer la menor indagación, ni a darse con nadie por entendida.

—¿No conserva alguna prenda..., algún escrito...?

—Nada; el niño estaba, según dijo, enteramente desnudo, y no tenía otra señal que lo distinguiese sino una mancha a modo de lunar grande en la espalda.

—Pues bien, padre mío; en el supuesto de que es imposible averiguar de cierto quién es ese manco, vais a juzgar por vos mismo del valor que tienen las sospechas que, acerca de él, he concebido.

—¡Sospechas!—dijo el prelado, moviendo la cabeza con desaliento—. ¿Y qué adelantamos con ellas?

—Vos mismo, si mal no me acuerdo, habéis dicho poco ha que, por descabelladas que pareciesen, debíamos exponerlas...

—Hablad, hablad.

—Público fué, padre mío—repuso la Reina con turbación—, mi cariño a don Bernardo de Moscoso.

—El más cristiano, cumplido y valiente caballero de Galicia. La iglesia de Santiago tiene recuerdos suyos... muy gratos.

—Y mi corazón los tiene indelebles—exclamó Doña Urraca con religioso entusiasmo—, y al cabo de veinte años conservo su imagen grabada en el corazón, y lo estoy viendo, y lo estoy escuchando dentro de mi pecho, como una madre ve y escucha a su hijo, que no ha salido aún de sus entrañas...

—Pero Ramiro...

—Ramiro, santísimo padre, es la copia animada de esa sombra que yo tengo en mi interior. Ciertos rasgos, apenas visibles, de su fisonomía; su voz, sobre todo, me recordaron al primer golpe al ricohombre de Altamira...

—Sí; pero eso no constituye prueba ninguna de su origen, porque bien sabéis que hay personas que se asemejan mucho y que, sin embargo, son de diversas familias.

—Comprendo que ésas no sean pruebas suficientes ante un tribunal, pero lo son ante mi conciencia; no he menester de otras, don Diego... Yo puedo jurar que Ramiro es noble, y hacer que doce caballeros lo juren al par de mí, y entonces, según nuestros usos, a nadie es lícito ponerlo en duda; lo que doce caballeros afirman con juramento, dondequiera hace fe. Después de esta prueba, Ramiro puede ser armado ca-

ballero, y lo será, y con mi propia mano le ceñiré la espada.

—¡Señora! Yo no puedo consentir en que toméis con tan leve fundamento el nombre de Dios en boca. Porque, en suma, ¿qué sabemos?—añadió el prelado, menos por oponerse a la Reina que por buscar alguna nueva razón que le convenciera—. Nada; que se parece en la voz...

—En la voz, en las miradas, en los sentimientos, en los modales, en el corazón, en el alma, a Bermudo de Moscoso.

—Lo cual, considerado desapasionada, fríamente, quiere decir que se parece algo..., algo al primogénito de Altamira—repuso don Diego, como hablando consigo mismo—; verdad es—añadió—que Bermudo estuvo casado en secreto...

—Con la bastarda de Trava.

—¡Ah! ¡Lo sabíais! Y que de esa señora tuvo un hijo.

—¡Cómo! ¿Y lo dudáis todavía, santísimo padre?

—Pero este hijo murió casi recién nacido.

—¿Y no es posible que este hijo no muriese? Y además...—añadió, de repente, la Princesa como herida de un rayo de nueva luz—, ¿sabéis la inclinación, el natural afecto que vuestro paje ha manifestado a la bastarda? ¿No veis en él un filial instinto, una demostración de la verdad? ¿No sabéis que los ojos del corazón son mil veces más perspicaces que los de la cara?

—¡Oh, oh!—exclamó el prelado, con sincera y candorosa alegría—. Bien veo que no expondréis a vuestros doce caballeros a jurar en falso.

—¡Dios mío! ¡Qué bueno sois!

—Sin embargo..., sin embargo... ¿Qué interés había en que el hijo de Bermudo desapareciese?

Pero antes de acabar esta frase, ya el obispo se había dado la respuesta, y así fué que la última palabra la pronunció de una manera apenas perceptible.

—¡Ataulfo!—saltó la Reina, con igual viveza en la respuesta—. Ataulfo, el hermano menor, tan envidioso, tan perverso.

—Tenéis razón, pues si vuestras sospechas se convirtiesen en certidumbre, Ramiro era el dueño de todos los Estados de Altamira, Ramiro era el ricohombre...

—¡Oh! ¡Aunque no quede piedra por mover, es preciso averiguar!...

—Sí, señora; mas por lo mismo que tan graves consecuencias puede tener este descubrimiento, por lo mismo que vamos a de-

rocar al poderoso y exaltar al humilde, no debemos proceder ligeramente; es preciso proporcionarnos pruebas irrecusables o guardar el más profundo silencio; de lo contrario, no haríamos sino exponer al pobre paje a las iras del *Terrible*...

—Tenéis razón—dijo la Reina, espantada de la exactitud de aquella observación.

—No hay remedio: o Ramiro en un momento sube al más alto grado de la jerarquía de vasallo, o tiene que resignarse a vivir en completa oscuridad. Descorrer a medias el velo es lo mismo que abrir a un tigre la jaula para que se lance sobre un cordero.

—Y bien, ¿qué hacemos?

—Callar, por ahora.

—¡Callar, callar!—exclamó con ímpetu la Princesa—. ¡Eso es tener miedo, detenerse en el camino del bien, incurrir en la falta que me habéis echado en cara!... ¡Callar una Reina y un prelado, que unidos pueden desafiar el poder de todos los ricoshombres de Castilla! ¡Es mengua, es vilipendio, es cobardía!

—Pero ¿adónde acudimos?—replicó el obispo, impaciente—. ¿Queréis que vayamos a preguntar al *Terrible* si reconoce en Ramiro al hijo de su hermano? ¿Queréis...?

—Sí, quiero; quiero, santísimo padre, que mandemos llamar a Ramiro, que venga aquí sin falta, que examinéis por vuestros mismos ojos si conserva aún la mancha que Nuña le advirtió en la espalda, y que en seguida escribáis a Elvira, la bastarda, si su hijo tenía esa misma señal...

—¡Oh! ¡Escribir a Elvira!—dijo don Diego, conturbado—. No, no; vale más desistir de todo propósito; vale más, señora, no profundizar este misterio.

Doña Urraca miraba al prelado como aturrida por tan súbita mudanza.

—¿Qué es esto?—exclamó—. ¿Qué tenéis, padre mío?

—¿Sabéis, por ventura, dónde está Elvira?

—En Mérida..., según creo.

—No; mucho más cerca... Está en Padrón; quizá, quizá en Altamira.

—¡En Altamira! ¿Qué hace ahí? ¿Ha sido robada por Ataulfo?

—Ataulfo es su marido.

—¡Cómo! ¡El asesino de su hijo! ¡Oh! —murmuró la Princesa, sonriéndose amargamente—. Su error ha sido más grande que el mío; si Bermudo resucitara, ¿qué diría de las dos mujeres que lo han amado? Pero ese matrimonio es nulo—añadió luego,

levantando más la voz—; hay impedimentos...

—Todos están dispensados.

—¿Y cuándo, cuándo se ha verificado esa boda execrable?

—Hoy mismo debe verificarse.

—No, no sucederá; hoy mismo, dentro de una hora, sabrá la bastarda...

Y diciendo estas razones, Doña Urraca se dirigió a la puerta con pasos resueltos.

—Deteneos, por Dios—gritó el prelado, siguiéndole de cerca—; si el aviso llega un momento después de la ceremonia será una puñalada para la pobre Elvira; si el aviso llega a noticia del *Terrible* será una puñalada para Ramiro.

La Reina volvió atrás.

—¿Conque es decir, que cuanto más se van aclarando nuestras sospechas, más motivos encontráis para callar, para devorar en silencio una usurpación, un crimen?

Don Diego hizo una señal de asentimiento, acompañada de un gesto de dolor.

—¡Oh padre mío! Yo no puedo sosegar, no puedo conformarme con esta resolución. ¡Creer que Ramiro es hijo del hombre en quien he idolatrado, y creer que debe sentarse en el trono feudal de los ricoshombres de Altamira, y callar, y cruzarse de brazos, y mirarle tranquilamente confundido, desesperado, por no considerarse digno de calzar la espuela de caballería!... ¡Es imposible!... ¡Oh! ¿Quién podría darme alguna luz?... ¿Quién podría indicarme?... No hay remedio, padre mío; si habéis venido a darme libertad, el primer uso que yo hago de ella será evitar esa funesta boda.

Dijo la Princesa, y abrió la puerta para llamar a uno de sus caballeros.

Pero un extraño espectáculo la distrajo por algunos instantes de aquel pensamiento. Acababa de llegar a la antesala un mendigo que, con extremados ademanes y con extraña porfía, pugnaba por entrar en el aposento donde se celebraba aquella prolongada pero interesante conferencia, de la cual iba a resultar la guerra o la paz entre los reinos recientemente unidos de Castilla y Galicia.

Era Pelayo, el mudo. Merced a su resolución audaz y a cierto prestigio que por su descomunal apariencia gozaba, había podido penetrar en el monasterio y atravesar las filas de guerreros y escurrirse por entre los grupos de monjes, clérigos e hidalgos que el éxito de la entrevista estaban esperando. Los partidarios de la Reina, al ver-

le pasar con tal desenfado, creíanle llamado por el obispo, y se apartaban; los de Gelmírez suponían que la Reina lo había menester, y le abrían paso. De esta suerte, el buen Pelayo consiguió llegar hasta el aposento que servía de antesala al de la conferencia; pero al dirigirse a la única puerta que de don Diego y Doña Urraca le separaba, los caballeros de uno y otro bando, los canónigos familiares del prelado y las dueñas de su alteza, todos acudieron a contenerle y mandaron llamar a los pajes y escuderos para que de allí lo arrojaran.

Postrábase de hinojos el mudo, alzaba los brazos, en ademán de súplica, pero en vano; ya los criados querían conseguir por empujones lo que sus amos no habían logrado con razones y bufidos, y el padre de Munima, perdiendo terreno, se hallaba casi en el dintel de la antesala, cuando se abrió de par en par la puerta de enfrente y apareció la Reina con el rostro encendido y las miradas inquietas, buscando entre los circunstancias uno que le satisficiera para poderle encargar la comisión que meditaba.

Poco después asomóse el obispo, que la seguía para contenerla.

—¡Loado sea Dios!—exclamó el venerable pontífice, que, como más sereno, se había hecho cargo al punto de todo cuanto pasaba—; buscáis la luz, hija mía, y la luz se os aparece. ¿Veis aquel anciano mendigo?

—¡El mudo!

—Los mudos hablan, dice el Evangelio.

—No os comprendo...

—Ese mendigo ha sido escudero de Bermudo de Moscoso... Ataulfo le arrancó la lengua, y no sería, ciertamente, por temer que de él pregonase milagros...

—¡Oh! Basta—dijo la Princesa; y con un ademán que no por ser digno dejó de parecer impaciente, llamó al mudo, que tenía fijos los ojos en aquellos personajes, a quienes con ansias tales ver solicitaba.

Un instante después desprendióse de los brazos de hierro de algunos ganapanes, y, atravesando ufano larga calle de damas, monjes, canónigos y caballeros, llegó Pelayo a los pies de la Reina, la cual, con otro ademán imperceptible, le mandó entrar; y, con grave suspensión de todos los ánimos, las conferencias de las cuales estaban pendientes los destinos de la patria prosiguéronse a puerta cerrada entre la Reina de Castilla, el obispo de Santiago y Pelayo, el mudo.

Dejemos de plantón a los cortesanos y en

la firme inteligencia de que allí dentro sólo se debatían hondos negocios de Estado, y vamos a ver lo que adelantó, con la llegada del nuevo personaje, la cuestión relativa al paje del obispo.

Cuando la Reina se vió frente a frente de aquel extraño personaje, que tanta relación tenía con su antiguo amante, miróle con cierto respeto, pareciéndola que se hallaba delante de un juez, no de un miserable villano, y, recordando las escenas del alcázar de Lugo, se cubría de rubor.

—¿Conque has sido escudero de Bermudo de Moscoso?—le preguntó con alguna timidez, mirándole con el afán de descubrir entre aquel bosque de cabellos un rostro conocido.

El mudo respondió afirmativamente.

—¿Hasta cuándo?—prosiguió la Princesa con suave acento.

Y el mendigo, levantando los ojos al cielo con dolor, hizola comprender que hasta el último instante de la vida de su señor.

—Pues entonces tú nos darás noticias de mil cosas que ignoramos... ¡Oh! ¡Que no puedas hablar!

—Sabe escribir, señora; sabe hacerse entender por señas con la mayor habilidad—dijo el prelado.

—Pues bien: cuéntame cómo pasaron los últimos instantes de aquel noble caballero: ¿De qué murió? ¿Qué dijo? Dime si, por ventura, le pesó de lo que hizo durante su vida; si estaba allí la bastarda de Trava; si...

—Se trata del paje, señora—murmuró Gelmírez, viendo que la Princesa, en alas de su amor y de sus recuerdos, se alejaba cada vez más del objeto de sus investigaciones.

—¡Ah! Tenéis razón—dijo Doña Urraca, volviendo en sí con tristeza.

Pelayo, que había fruncido sus encrespadas cejas al oír mentar la muerte del caballero de Altamira, levantó el rostro con afán y clavó suplicantes miradas en el prelado cuando vió que hablaba de Ramiro. Bien se conocía que le traía el ansia de saber o de comunicar alguna importante nueva acerca del paje, porque, no contento con las miradas, apeló a los ademanes para llamar la atención del obispo.

—¿Qué quieres, hermano?—le preguntó éste.—¿Quieres hablarme de Ramiro?

—Sí—dijo Pelayo, inclinando la cabeza, gozoso de haber sido comprendido.

—¿Lo veis?—murmuró Gelmírez, dirigiéndose a la Reina.—El cielo nos lo envía.

—¿Son muy importantes las noticias que tienes que participarnos?

El anciano de la luenga barba hizo un gesto que quería significar «Mucho, mucho.»

—¿Qué podrá decirnos, reverendo padre?— preguntó la Princesa—. Por grave, por urgente que sea, ¿llegará, ni con mucho, a lo que nosotros tenemos que saber?

—Lo dudo.

—Pues en tal caso, salgamos antes de dudas; averigüemos primero quién es Ramiro, porque os aseguro que estoy en brasas. Buen escudero—añadió, volviéndose a Pelayo—, después nos dirás lo que quieras; ahora estate atento y responde precisamente a nuestras preguntas.

El respeto debido a la majestad detuvo un gesto de impaciencia y desagrado con que el mendigo acogió la determinación de la Reina; pero suponiendo que tal vez sería una misma cosa lo que él quería comunicar y ellos saber, el antiguo escudero bajó la cabeza en señal de obediencia, y con los ojos fijos en sus interlocutores aguardó a que éstos le dirigiesen la palabra.

—Vamos a hablarle de Ramiro—dijo el prelado, sin duda para sosegar al mudo, o tal vez para advertir discretamente a la Princesa que no padeciese nuevas distracciones.

—Tú, que has sido escudero del primogénito de Altamira—añadió la Reina—, no debes ignorar que fué padre de un niño.

Pelayo no pudo disimular su desagrado; pero bajó la cabeza en señal de asentimiento. Sin duda, el interrogatorio iba dirigido por distinto rumbo del que le convenía.

—¿Sabes tú qué fin tuvo el hijo de Bermudo?

Por un momento quedó el mendigo inmóvil, meditando la respuesta que debía dar a una pregunta tan inesperada; pero de repente hizo ademán de empuñar un arma y de sacudir con ella dos o tres golpes, expresando al mismo tiempo dolor.

Esta pantomima terminó con un movimiento de desdén o de indiferencia que parecía significar: «¿Por qué preguntáis eso? ¿Por qué me entretenéis con lo que nadie ignora, cuando yo os puedo contar cosas peregrinas?»

El obispo comprendió algo de esto.

—Sí, ya sabemos—dijo—que eso se cuenta: que ese niño se criaba en la humilde aldea de Noya, la cual fué saqueada y arrasada, veinte años ha, por los piratas normandos. Sabemos que así lo creyó la misma

Elvira Froilaz de Trava; pero hemos llegado a sospechar que semejante relación puede muy bien ser una fábula, y que tú, escudero de Bermudo de Moscoso, que te has hecho acreedor a que Ataulfo tan bárbaramente te castigue arrancándote la lengua, tú debes saber acerca de esto algún secreto.

El mudo, con visible turbación, se encogió de hombros y meneó la cabeza negativamente.

—¿Conque nada quieres revelar?—preguntó la Reina, impaciente.

El escudero confirmó su anterior respuesta con el silencio.

—¡Oh! Yo te arrancaré la verdad en el tormento—prosiguió aquélla por asustarlo.

Pero vió que Pelayo se sonreía con amargura y que la desafiaba abriendo la boca y mostrando una horrible caverna, que tal parecían sus fauces sin legua.

—¡Cómo!—exclamó el prelado—. A mí me debes la felicidad de tu hija... ¡También a mí me desobedeces!

Enterneciése el mendigo, y miró al obispo con ojos tristes, aunque rebosando gratitud.

—¿Estás dispuesto a declarar?

—Sí.

—¿Qué sabes, pues, acerca del hijo de tu señor?—tornó a preguntar la Reina.

Y el interpelado volvió a su silencio; después hizo un brusco movimiento que denotaba la contrariedad que sufría.

—Estamos perdiendo el tiempo—exclamó Doña Urraca, cada vez más impaciente—. ¿Y no sospechas siquiera que el niño no haya muerto en aquel lance?

—No.

—Sin embargo, te turbas.

En efecto, Pelayo miraba con inquietud a todos lados, y, no contento con eso, dió una vuelta por el aposento, calculando si podrían escuchar o ver desde la puerta.

—Este hombre tiene miedo—observó la Reina—; *el Terrible*, sin duda, le ha castigado por alguna revelación imprudente, y no quiere incurrir en la misma falta.

—Nada temas—le dijo el prelado, al verle otra vez cerca de sí—. La Reina de Castilla ha roto los vínculos que la unían con Ataulfo... Tiene el mayor interés en averiguar la suerte del hijo de don Bermudo.

—Sí, la suerte de Ramiro—saltó la Princesa con su natural viveza—, porque si el hijo de Bermudo existe, no puede ser otro que ese mancebo. ¿No has advertido tú que

su voz parece un eco de la voz que en otro tiempo solías obedecer?

El escudero la miraba con asombro y con ternura; conocíase bien que estas palabras le habían sorprendido y conmovido fuertemente, y que se pasmaba tal vez de no haber caído antes en la cuenta de aquella semejanza.

—¿Lo veis, lo veis?—exclamó la Reina, dirigiéndose al prelado con aire de triunfo—. A pesar de su obstinación en ocultar lo que sabe, no puede menos de convenir... Ahora bien—añadió, volviéndose al mendigo—; si, después de observar esa extraña particularidad, esa misteriosa relación que entre Ramiro y Bermudo existe, te dijese que el paje no es hijo de Nuña, que ella misma, al expirar, lo ha declarado, y, por consecuencia de morir sin hijos, lo hereda su sucesor natural, como lo disponen las leyes; si te dijera que todos ignoramos cuáles son los padres de ese mancebo que iba a casarse con una villana, ¿no entrarías en sospechas de que era el hijo de tu antiguo señor?

El mudo había caído en el mayor abatimiento; con la cabeza profundamente inclinada y las manos al pecho, parecía impasible como una estatua; pero bien pronto se vieron rodar gruesas lágrimas por sus espesas barbas.

—¡Dios mío!... ¿Qué tiene este hombre?—gritó la princesa, confundida.

—Quizá el recuerdo de su hija Munima.

—¡Cómo! ¿Te duele, por ventura, que el futuro esposo de tu hija sea un ricohombre de Galicia?

Y al acabar de decir la Reina con cierto sarcasmo estas palabras, vió al mendigo que, dando rienda suelta al llanto, se postraba a sus pies en ademán de pedirle perdón. Ella lo había adivinado con la penetración de mujer enamorada. El pobre anciano persuadióse altamente de que todas aquellas preguntas, todo aquel ahinco, no tenía otro móvil que el anhelo de elevar al paje al más alto grado de nobleza, para hacer imposible su enlace con una villana y menos extraños sus amores con una Princesa. El conocía hasta dónde llevaba Doña Urraca sus amorosos extravíos, hasta dónde su afecto hacia Ramiro, el cual, deslumbrado por ella, desafiaba a la pobre Munima, abandonándola en visperas de sus bodas.

—¡Ea!—dijo Doña Urraca con aspereza—. Levántate, y si quieres obtener mi perdón, dí sencillamente: ¿Sabes si Ramiro es hijo de Bermudo?

—No—respondió Pelayo—; no lo sé.

Pero la Reina estaba ofendida, y prosiguió con desabrimiento:

—Este hombre se obstina en callar, y acabaría seguramente en la horca si no recordase que salvó a Ramiro de las asechanzas de Gutierre Fernández de Castro. Entre tanto el tiempo se pasa, y para estas horas Ataulfo será esposo de Elvira la bastarda...

Pelayo, que, a pesar de sus extremos y arrebatos, había guardado las consideraciones debidas a la grandeza de los personajes que le estaban interrogando, no fué dueño de sostenerse en la ocasión presente, y, adelantándose hacia la Reina, sin respeto ni miramiento alguno, con una vehemente mirada pidióle que repitiese sus postreras razones.

—¿Qué tiene este hombre? ¡Parece loco!—exclamó la Princesa, retrocediendo—. La esposa o la amante de Bermudo, la madre de su hijo, se ha desposado con Ataulfo el Terrible...

Un berrido espantoso, lanzado por el mudo, interrumpió a la Reina. Al ver la expresión de cólera y de horror que se pintó en el rostro de Pelayo, los dos señores le preguntaron a una voz:

—¿Qué es eso?

El anciano levantaba las manos al cielo en ademán de pedir venganza, y, volviéndose a la Reina, manifestaba, por medio de enérgicas gesticulaciones, que estaba dispuesto a revelar todo cuanto sabía.

Es imposible imaginarse la ansiedad y el interés con que Doña Urraca seguía sus movimientos y la viveza con que los comprendía.

—¿Conque te horroriza como a mí tan infame casamiento?—le preguntó.

—Sí, sí.

—¿Y ya no quieres guardar consideración ninguna con los nuevos esposos?

—Ninguna—quiso decir Pelayo con sus gestos, cuyo significado traducimos.

—¿Ni tienes miedo?

—Tampoco.

—¿Y lo que quieres es vengar a tu señor, indignamente ultrajado.

—¡Sí, sí!—exclamó Pelayo, echando mano a su cuchillo.

—Conque vamos; vas a revelar...

—¡Sí, todo!—quiso decir el mudo, dando al mismo tiempo una patada en el suelo para añadir más energía a su expresión.

Ya hemos dicho que el interés y la necesidad habían estrechado las distancias jerárquicas de los interlocutores.

—El hijo de Bermudo—prosiguió la Reina—, ¿murió, como se dijo, en el saqueo de los normandos?

—No.

—¡Oh! ¿En tal caso se apoderaría de él?...

—Ataulfo—quiso decir el anciano de las barbas, tendiendo súbitamente el brazo en dirección del castillo de Altamira.

—¿Ataulfo?

—Sí.

—¿Y Ataulfo lo mató?

—¡No, no, no!—decía el mudo, moviendo rápidamente la cabeza con aire de triunfo.

—Es claro—dijo a la sazón el obispo—; Ataulfo no mata a nadie...

—¡Oh!—exclamó el mudo, con otro berrido no tan fuerte como el anterior; y, osando tomar una de las manos de la Reina, fijó en ella al mismo tiempo sus ojos fulminadores, diciéndole con la cabeza: «Sí, sí... ¡Ataulfo es un asesino!»

—No nos confundamos—repuso Doña Urraca—. ¡Oh! Aquí tenemos, según parece, más de un misterio que aclarar. Proseguid, buen escudero, proseguid. ¿Conque Ataulfo no mató al hijo de su hermano?

—No.

—¿Y qué hizo de él? Lo abandonó tal vez...

—Sí, sí.

Pero al hacer Pelayo el gesto afirmativo reflexionó que no podía expresarse con claridad de aquella manera, y sacó su inseparable tabla y el punzón para escribir.

—Bien—dijo la Reina, que cada vez admiraba más la sagacidad del escudero—. Dinos ahora dónde fué abandonado el niño y a qué mano se confió..., escribe..., yo veré por encima de tu hombro.

«Ataulfo no quiso matar al niño, escribió Pelayo, y dió orden a Gontroda, vieja criada suya, para que lo abandonase en medio de un bosque, sin vestidos, sin señal ninguna por donde pudiera ser conocido. Su intención era que fuese devorado por las fieras; pero Gontroda, de entrañas más compasivas, aguardó a que pasara por el bosque algún cristiano, y cuando vió venir cerca de sí una mujer envuelta en negro manto, colocó la criatura sobre una piedra en la misma senda del bosque, y no se retiró hasta quedar satisfecha de que aquella mujer se llevaba al niño.»

—¡Oh! ¡No hay duda! ¡No hay duda!—exclamó con inefable gozo Doña Urraca.

—¿Y sabes—preguntó el prelado—si aquel

niño tenía alguna señal por la que pudiera ser conocido?

El anciano se echó la mano a la espalda apenas oyó estas palabras.

—¡Ramiro, Ramiro! Haced traer a Ramiro—dijo la Reina, cuyo pecho bullía como si respirase con dificultad.

Entonces Pelayo hizo un ademán de desesperación, y con mano trémula escribió estas palabras:

«Mi objeto al venir aquí era el de participaros, santísimo padre, que Ramiro ha desaparecido de la ciudad.»

—¿Cuándo?

—¿Adónde ha ido?—preguntaron sucesivamente la Reina y el obispo.

—¿Cuándo? Al amanecer. ¿Adónde ha ido? Sospecho que a su perdición, porque lo he visto salir en pos de uno de los más desalmados escuderos del *Terrible*...

—¡Ah! ¡Pronto, pronto al castillo de Altamira!—exclamó la Reina, furiosa como un tigre que ha perdido sus cachorros.

Pero todavía no habían terminado las revelaciones de Pelayo, porque éste osó por segunda vez tomar la mano de la Reina, y revolviendo unos ojos casi sangrientos de ira, hizo un ademán que la obligó a esperar.

Doña Urraca se dejaba manejar como una dócil máquina por aquel hombre extraordinario.

—¿Aún más?—preguntó.

—Sí—dijo el mudo escribiendo—, todavía más: don Bermudo no murió de muerte natural, y Ataulfo...

—¿Ataulfo es el asesino de su hermano?—gritó la Reina terminando la frase; y miraba con ojos desencajados al rostro del mudo, como si necesitase de confirmación aquella terrible verdad.

—Sí, sí—decía Pelayo, levantando las manos al cielo y agitando los brazos convulsivamente en ademán de venganza.

—¡Ah!—gritó Doña Urraca, haciendo rechinar los dientes—. ¡Ataulfo! Es preciso colgarle de una almena, arrasar su castillo, beber su sangre... ¡Venganza! ¡Venganza! Ahora más que nunca, don Diégo, he menester de vuestra amistad y alianza para caminar sin obstáculo al castillo de Altamira, y asaltarle, y castigar al fratricida... El nos ha privado de aquel tan grande, tan excelente caballero; él ha sido la causa de que yo... ¡Juremos, padre mío, juremos no dormir en techado hasta cortar la cabeza del asesino de Bermudo!

Pelayo contemplaba a la Reina con inefable gozo y deleitábase en verla como una furia clamar por la venganza.

—¡Oh! Es preciso salvar a Ramiro—dijo el prelado.

—¡Y vengar a Bermudo!—añadió la Princesa, como echando en cara al obispo el olvido de este otro deber.

—Hija mía—repuso el obispo—, sosegaos, desistid de semejante propósito; de lo con-

trario, en ese camino os encontraréis sola.

—¡Sola! ¡Ah!

Pero el mudo la dirigió al mismo tiempo una mirada tan expresiva, que la Reina no pudo menos de decirle:

—Bien, Pelayo, bien; para uno y otro cuento contigo.

Así terminó aquella conferencia, en que tan detenidamente se habían discutido los altos negocios del Estado.



LIBRO TERCERO

CAPITULO PRIMERO

De cómo la bastarda de Trava se casó con Ataulfo «el Terrible», sin llegar a ser su esposa.

Corta es la distancia que a la villa de Padrón separa de Compostela, y, sin embargo, parecen ambas en diversos climas y regiones situadas. Ya hemos visto cuán triste y nebuloso es el cielo de la segunda; la primera, por el contrario, muestra ufana lejanos horizontes y una atmósfera diáfana y azul tendida sobre campiñas llanas sin dejar de ser amenas, perpetuamente verdes y floridas, menos por lo copioso de las lluvias que por los innumerables raudales que de la montaña descienden espumosos y surcan la llanura mansos y cristalinos, hasta perderse en el océano, imagen del sepulcro, donde desaparecen de igual modo los grandes y los pequeños.

Al amanecer de aquel mismo día en que la Reina de Castilla recibió la provechosa visita del obispo de Santiago, salió del castillo Honesto, situado en la más alta colina sobre el Padrón, una litera extrañamente escoltada. Iban delante dos criados, caballeros en sendos potros del país, si no tan montaraces como los jinetes, más testarudos, al menos, si se atiende al empeño y porfía que manifestaban en seguir el buen camino, a despecho de los susodichos jinetes, que les conducían por el malo. Venía en pos la litera, llevada por dos mulos que habían renunciado la facultad de discurrir, confiados en la sabia dirección de las cabalgaduras delanteras, cerrando la marcha un corcel normando y una mula zamorana emparejados, refrenado el primero por un caballero armado de punta en blanco, y la segunda por un clérigo montado a la muje-

riega, encorvado el cuerpo y cabizbajo, con trazas de no tenerlas todas consigo.

Se nos olvidaba añadir a la comitiva un jayán, que, arreando las cabalgaduras, era el único que con todas ellas sostenía un diálogo, del cual, a pesar de su viveza, hacemos gracia al asendereado lector.

Mostraban todos mal talante, excepto el caballero armado, que, por llevar cubierto el rostro con la celada, ni triste ni alegre parecía; y tal silencio guardaban, que bien podía sospecharse si alyún muerto llevarían en la litera. El que tal juicio hubiese formado se afirmaría en él viendo al bueno del clérigo, que, después de bostezar dos o tres veces, comenzó a santiguarse y prosiguió murmurando los salmos, con lo cual semejaba estar echando responsos por el alma del difunto.

Para que se vea cuán temerarios son los juicios humanos, aun los que menos aventurados parecen, apresurémonos a decir que el clérigo no rezaba responsos, sino prima y tercia, y que el soñado difunto era nada menos que una hermosísima dama, no sólo viva, sino capaz por su peregrina hermosura de resucitar un muerto. Pasaba, sin embargo, de la edad juvenil; su semblante, pálido, grave y severo; sus labios, tristes y delicados, y sus grandes ojos negros, en que brillaba todo el fuego de sus sentimientos y se traslucía toda la vaguedad de los recuerdos, indicaban la más profunda sensibilidad, al mismo tiempo que se advertía cierta resignación o humildad, que convertía en abatida sierva a la que a primera vista altiva matrona parecía.

Y pues hemos de decirlo todo, añadamos presto que los acompañantes, en vez de duelo, iban de boda, y en lugar de *requiem*, de jolgorio y *gaudeamus*. Disimulábanlo bastante, es verdad; pero, al fin y al cabo,

nosotros, que estamos en ciertos antecedentes, si advertimos que el camino sabiamente dirigido por los potros era el de Altamira, y que la dama de la litera Elvira se llamaba, podemos adivinar que el caballero encubierto fuese el conde don Pedro Froilaz, que llevaba a su hermana a los amantes brazos de Ataulfo el Terrible. Con respecto al clérigo, no andaremos muy apartados de la verdad si, después de lo dicho, aseguramos que iba a bendecir a los novios, y que el de Trava lo llevaba consigo, ya por sospechar que no habría capellanes de sobra en el castillo, ya también para cerciorarse de que el ministro del altar que intervenía en la sagrada ceremonia era real y verdadero clérigo, ordenado *in sacris* por el competente obispo, y no un perillán a quien Ataulfo hubiese querido revestir de alba y casulla. Hombre era el tal Ataulfo de quien todo podía esperarse, y hombre también era el tal don Pedro de Trava que todo lo preveía.

A ser dueña de sus acciones, Elvira Froilaz seguramente que no habría pensado en salir de su viudez, y menos en elegir al Terrible por sucesor de Bermudo; pero la pobre bastarda, destinada a purgar con su abnegación un segundo pecado original, sometida desde los primeros años a una despótica voluntad, no podía pensar siquiera en oponerse a los ambiciosos y bien calculados planes de su hermano mayor. Persuadida de ello, ni siquiera ensayó la más débil resistencia, y llegó su delicadeza al extremo de no manifestar cuán grande era el sacrificio que en aquella ocasión se le exigía.

Sin embargo, por las cortas frases que en sus labios pusimos al darla a conocer en esta crónica, pudo advertir el lector la cruel satisfacción, la dolorosa alegría con que iba a desposarse con el hermano de su primer marido, por habitar bajo el mismo techo que a Bermudo en otro tiempo cobijaba. No la afligían, por consiguiente, los horrores que de Altamira se confesaban; sabía muy bien que la atmósfera de aquel castillo llevaba consigo alguna ponzoña que secaba la lozanía de la juventud y marchitaba el placer y la alegría; pero esto mismo, que a los demás inspiraba aversión, era un atractivo para Elvira, que iba a gozar en aquel dolor y a terminar en aquel sombrío templo de la tristeza toda una vida de sinsabores y perpetuos sacrificios.

Hacia rato que se divisaban las negras torres del castillo, que en aquel tiempo era

un edificio mucho más vasto de lo que hoy sus ruinas aparentan. El camino, cada vez más tortuoso, seguía orilla de los torrentes de primavera faldeando las colinas, perdiéndose muchas veces en la espesura de los bosques bravíos, y otras en la anchura de los prados, donde la nueva y abundosa hierba cubría las poco frecuentadas huellas de seres humanos.

La comitiva guardaba el mismo orden: los mulos, vencedores en la porfía, que alguna vez la victoria ha de ser del más inteligente, guiaban como peritos; el villano arreaba y sacudía varapalos; el clérigo, terminada prima y terciá, rezaba sexta y nona, y los dos hermanos no chistaban, por la sencilla razón de que nada tenían que decirse; ambos sabían lo que iba a resultar de aquel paso, y lo daban ambos con pleno y cabal conocimiento. El uno veía en Altamira la cuna de sus más dulces esperanzas, y el otro la tumba donde trataba de sepultar sus antiguas memorias.

Iba a realizar el conde de Trava el pensamiento de toda su vida. Enlazábase a poca costa con la familia de los Moscoso y aseguraba el triunfo de la causa del Príncipe Alfonso, es decir, de su propia causa. Proclamando rey un niño de doce años, sobre el cual tenía omnímodo ascendiente, claro es que a sí propio se proclamaba. Conociendo, pues, toda la importancia de semejante boda, había desplegado en esta ocasión todo su talento, su actividad y sus recursos. En cuatro o cinco días reconcilió al rico-hombre con el obispo, arrancó la dispensa, allanó el camino para que el paje viniese al alcázar de Altamira, como cordero al altar del sacrificio; poco le importaba que la reconciliación no pasara de dientes adentro, que la dispensa fuese poco más o menos que forzada y que el paje, en lugar de ser enviado por Gelmírez, viniese por engaño y por sorpresa; poco le importaba que la unión se resintiera de falta de solidez y que todo aquel artificioso aparato se desplomase a los quince días; ocho le bastaban para traer al Príncipe Alfonso a Compostela y coronarlo Rey de Galicia con anuencia y consentimiento de los ricos-hombres y caballeros del reino, y, una vez sentado en el trono, él se daría maña para que de allí no descendiese, a no ser para ocupar antes con antes el de Urraca de Castilla.

Temió, sin embargo, que la llegada de la Reina diese al traste con tan magníficos planes y levantados pensamientos; pero, le-

Jos de desmayarse con el peligro, redobló vigilancia y actividad, cuidando, sobre todo, de que la boda se verificase con el mayor silencio, de manera que sus enemigos no tuviesen noticia de aquella parte tan principal de los planes sino cuando ya fuese imposible desbaratarla.

El conde era el único que mostraba prisa por llegar al término de la jornada; todos los demás iban como de mala gana, a regañadientes; el villano, pensando en volver desde la puerta del castillo, sin echar un piense a las cabalgaduras, y el clérigo, en tomar el portante para Compostela apenas echase la postrera bendición a los novios.

Pero si el conde de Trava tenía prisa por llegar a Altamira, era precisamente porque nadie la tenía más de salir, para volver al punto al lado del Príncipe, a quien sólo con tan grave motivo podía haber abandonado en ocasión tan crítica; de manera que la pobre Elvira era la única que iba a quedarse en aquel paraje, del que todos huían como si estuviese apestado. Todo era, entretanto, bullicio, confusión y desorden en el palacio de Altamira. Habíase levantado el rico hombre muy antes de amanecer, y comenzó a dar voces y despertar a sus servidores, que saltaban del lecho desfavoridos.

Los palafreneros recibieron orden de aderezar el más soberbio caballo con gualdrapa de seda recamada de oro, y exclamaban, desparezándose:

—Pues señor, esto es hecho; el amo quiere volver hoy por su honra en algún nuevo combate. Elijamos un caballo de batalla.

—No hagáis tal—contestaban los halconeros, bostezando—; nosotros vamos a calzarnos guantes de gamuza y a poner capillos a los gerifaltes; conque ¡buena batalla os dé Dios! Adonde va el señor es a caza de altanería.

—Sí, de caza va—replicaban otros, que descolgaban traillas para sujetar lebreles y sabuesos; pero no de vuelo, sino de montería—. El señor nos ha llamado por nuestros nombres, y es seguro que salimos con el alba en busca de los jabatos de la res que trajimos el otro día.

—¡Idos con mil diablos!—murmuraban los ballesteros que por allí cerca se removían—. ¡De cazar se trata cuando vienen a sitiarnos las gentes del obispo con canónigos y monjes por adalides!

—¡Cómo! ¿Será posible?—contestaban, sobresaltados, los circunstantes.

—¡Como que tenemos orden de coronar las almenas y de cubrir la entrada del castillo!

—¡Asalto hay dentro de una hora... degüello y matanza...!

—Sí, asalto del gallinero, degüello de pavos y matanza de terneros—dijo, a la sazón, un pajecillo que salía de la cocina—. Andad, valientes, y para reponeros del susto bajad a la bodega, que hoy es día de estar abierta, y cuidad de no romperos la crisma tropezando con algún zaque.

—Pues, señor, ¿qué día es hoy?

—¿Hoy?—repitió un escudero que bajaba del piso principal—. Hoy es día aciago para algunos.

Y miraba misteriosamente a una de las torres que servía de prisión a los muchos infelices que Ataulfo tenía encerrados.

—¿Qué hay?—preguntaban los más curiosos.

—Ya sabéis que *el Terrible* no admite murmuraciones acerca de los calabozos—decían otros.

—Hay, hermanos—prosiguió el escudero—, y éstas no son murmuraciones, sino verdades, que Rui Pérez acaba de salir a toda prisa a traer, aunque sea por los cabellos, al primer monje o capellán que por estos contornos encuentre, lo cual quiere decir que se trata de preparar el alma de algún cristiano..

—¡Santiago nos valga, hermano!—murmuraron todos, haciendo cada cual un rápido examen general de conciencia.

—Ejecución tenemos; a cáñamo trascienden estos preparativos.

—Pero, ¿y los halcones?

—¿Y los perros de caza?

—¿Y la bodega y la cocina?

—¿Qué tiene que ver todo esto con un reo de muerte? Y luego el amo sabe inventar tormentos que hacen erizar el cabello; pero no le gusta la carne de cadáveres, como a hienas y buitres.

De semejante modo se departía en los patios y corredores, y todos en la casa bullían, todos preguntaban, y con la batahola que movían parecía que el castillo entero se venía abajo. El corcel relinchaba en el patio, los perros ladraban, graznaban los azores; rechinaban puertas, crujían armas, retumbaban pasos, corrían pajes, sudaban dueñas, y los escuderos echaban los bofes para servir al *Terrible*, que se hallaba en todas partes y mandaba a todos, y en un minuto daba cien órdenes contradictorias.

—O te has vuelto loco—le dijo una vez el bufón—, o te casas.

—; ¡Vive Cristo, que lo has acertado!— contestó Ataulfo, riéndose a carcajadas—. Y por la gracia, te regalo el vestido que he de ponerme para la boda.

—Entonces—repuso con cínica insolencia el bufón—, yo seré el único que salga bien librado y ganancioso.

—¿Sabes tú, por ventura, con quién voy a casarme?—preguntó el ricohombre, casi amostazado.

—Con un ángel, sin duda, cuando se cree con paciencia para aguantarte.

Esta respuesta destruyó, por fortuna, el mal efecto de las anteriores palabras.

Al bullicio del alcázar siguió luego una especie de susurro malicioso. Sorda, pero rápidamente, circuló la noticia del casamiento. Don Pedro de Trava había exigido del *Terrible* que hasta el día mismo de la boda nadie llegase a penetrar sus intentos, para lo cual le rogó que no hiciese el menor preparativo; pero alzada la prohibición con la venida del día prefijado, el novio quería ganar el tiempo perdido, y andaba como loco por todas partes y a todos tenía aturridos y trastornados.

Mandaba sacar las ricas vestiduras y joyas de sus progenitores, las cuales no salían a luz sino en raras y solemnes ocasiones; pero de repente las rechazaba con horror, y pródigamente las repartía a sus criados; y a vueltas de aquellos regalos, la menor falta, la más leve muestra de intención, la menor risa, era con toda severidad castigada.

Ya lo hemos visto sufrir con edificante mansedumbre las pesadas burlas del bufón, y aun celebrarlas con alegría brutal; mandarlo y verlo todo por sí mismo; para que todo en él fuese descomunal y extravagante, debemos añadir que de repente se eclipsaba sepultándose en sus habitaciones, y salía de ellas luego con ojos despavoridos y cejas enarcadas y rostro turbado, y quería disminuir la conmoción con una alegría forzada, con una risa fuera de sazón. ¡Desdichado de aquel que, en uno y otro caso, dejase de permanecer impasible! ¡Desdichado del que osara darse por entendido!

No diremos que debía temer por su vida, pues hasta ahora no se había verificado que el *Terrible* diese a nadie la muerte como no fuese por sentencia de rigurosa justicia; pero, en cambio, ¡cuán fecunda y cruel inventiva no había mostrado en achaque de suplicios y tormentos, cuya relación hace erizar de espanto los cabellos!

El mandó construir un arca estrecha y

larga como un ataúd, pero no tanto que dentro cupiese tendido un hombre de mediana estatura, ni tan alta que de rodillas pudiera cobijarse; cubría el suelo de cascotes de teja y guijarros puntiagudos, encerraba en ella al infeliz a quien se proponía castigar, y lo dejaba una o dos semanas, dándole el preciso alimento de pan y agua para que no muriese de hambre. En tiempo de invierno, cuando a las noches está el cielo más sereno y las heladas son muy fuertes, apretando mucho las tierras, ponía Ataulfo a los mezquinos desnudos en el suelo, las manos atrás atadas y los pies con hierro; echábalos agua poco a poco para que se congelasen, y cuando los miembros de los atormentados se enrojecían y el cuerpo y la lengua se endurecían como mádero muy seco, y ya perdido el vigor no podían hablar, llevábalos al fuego, frotándolos con las manos; regalábase la helada al calentarse, comenzaban a hablar, y luego otro vez los tornaba a las quemazones de hielo por toda la noche (1).

Asomaba el sol por entre los robles, hayas y pinos que coronan las montañas de Compostela, cuando el *Terrible* subió al adarve de la torre más empinada y robusta de Altamira, ricamente vestido de túnica y manto de escarlata recamada de oro con bárbara profusión, si no con gusto delicado. Juguetaban los céfiro de la mañana con sus largos cabellos compartidos en mechones encrespados, que daban todavía más aire de ferocidad al semblante del novio, espejo de todas las ansias, batallas y contradicciones del alma. Paseándose delante de las almenas, dirigía al interior del alcázar miradas falsas y torcidas como de hiena, y, tendiéndolas luego por los amenos y frondosos valles del Mediodía, tornábanse poco a poco dulces y tiernas, para acabar en impacientes y frenéticas. Así vagaba de uno en otro objeto y sentimiento, y el sol en tanto seguía levantándose con harta desesperación del caballero, que veía entrarse el día más que de paso, sin que se divisara

(1) La relación de estos suplicios, usados por gentes que vivían en la misma época, está casi literalmente tomada de la *Historia de Sahagún*, por el Monje anónimo. Omittimos otros tormentos mucho más bárbaros, que nuestra pluma se resiste a transcribir. Véase la *Historia* citada, desde el cap. XL hasta el XLV.

El episodio de Ataulfo Moscoso es puramente tradicional; en el carácter de este personaje y en los hechos principales del cuento convienen todos, pero cada cual procura adornarlo con los perfiles y dibujos que son más de su agrado.

aquella a quien antes de la noche debía estrechar en sus ardientes brazos.

Observó, por fin, en el horizonte bultos lejanos que le parecieron ser la comitiva de su esposa, y tal inmutación experimentó su rostro, que enteramente quedó desfigurado.

—¡Oh! ¡Es ella, es ella!—murmuró con un acento tan profundo, que con él parecía haber exhalado el espíritu.

Pasados algunos instantes de inmovilidad y enajenamiento, la lucha de su corazón debía renovarse con más bríos, porque la alternativa de sus miradas al interior y a la campiña cada vez era más rápida, y aparecían con igual frecuencia en su rostro la dulce sonrisa del amor y el torvo ceño de la venganza.

La venganza debió vencer, porque con una expresión de alegría infernal bajó el ricohombre precipitadamente a los corredores del alcázar, entró en su cámara, abrió una puerta secreta, y, atravesando largos pasadizos, llegó a un aposento oscuro y abovedado de las torres de las prisiones; buscó a tientas alguna cosa en el pavimento, y no bien hubo dado con una trampa de hierro con fuertes candados defendida, arrojóse y abriólos convulsivamente, levantando el armazón con gran trabajo.

Descubrióse una boca en el suelo, y por ella salían débiles resplandores de luz que iluminaron el rostro de Ataulfo, y tal parecido, que daba miedo de verlo. Tenía, sobre todo, una sonrisa que dejaba traslucir un odio antiguo, inveterado, y cierta fruición de los ajenos padecimientos, que no la tuvo más horrible Lucifer cuando arrastró al primer hombre a los infiernos.

Con un acento seco y ronco, que retumbó sordamente en aquellas bóvedas, exclamó lentamente, como saboreando las palabras:

—¡Ya viene! ¡Ya viene!... Acabo de verla... Voy a salir a recibirla... ¿Escuchas? ¡Hoy mismo ha de ser mía!... ¡Mía, mía!

Y debajo del pavimento, hueco y profundo, resonó un terrible grito, como de un hombre que acabase de recibir una herida en el corazón.

El caballero de Altamira se estremeció de pies a cabeza.

—¡Oh!—salió del hondo una voz extraña y cavernosa—. Dios no permitirá semejante crimen.

Ataulfo se sonrió al oír estas palabras, y se detuvo todavía un rato en silencio, aspirando con deleite el aire caliente y pesado que de aquella boca se exhalaba; luego, alargando la mano por el suelo, tropezó con

un pan negro y mugriento, y lo arrojó por el agujero de la trampa, diciendo con infernal ironía:

—¡Toma!... Regálate hoy, por ser el día de mi boda.

Y él de abajo murmuraba no se sabe si rezos o maldiciones.

De improvviso dejó caer el ricohombre la trampa con estrépito, y sin echar los cerrojos y candados levantóse despavorido, lanzándose hacia la puerta.

—¡Oh! Creí sentir pasos y ruido de gente—exclamaba al volver, cubierto el rostro de sudor frío—. ¡Qué aturrido! Por primera vez acaso he venido sin tomar precauciones...

Y cerró todavía, temblando, la compuerta de hierro, y sucesivamente fué cerrando cuatro o cinco puertas antes de llegar a su aposento.

Allí le fué necesario descansar algunos instantes para serenarse. Aun los criados que más frecuentemente solían verle en aquel estado de turbación no habrían podido menos de perder el color en la ocasión presente.

Quando ya le pareció que podía mostrarse al público contando con acabar de serenarse en el camino mientras se tropezaba con Elvira, que aún venía lejos, dirigióse a la puerta principal del aposento, levantó la falleba, pero la hoja no cedía; empujóla, sacudióla con fuerza; pero todo en vano...

Estaba cerrado, preso en su propia habitación.

No nos es dado trasladar al papel las horribles palabras que los narradores de este suceso ponen en boca del *Terrible*; pero mientras sus labios vomitaban blasfemias, resonó una voz débil y cascada que decía:

—Hijo mío, Ataulfo... ¡Jesús, qué prisa llevas!

—¡Gontroda! ¡Tú!... ¡Esa llave presto!—contestó el ricohombre, mirando con indignación, no exenta de respeto, a la persona que le dirigía la palabra.

Figúrese el lector una vieja setentona, de rostro alegre y bonachón, con más arrugas que un pergamino puesto a la lumbre, de tez ahumada y dura, barba saliente, mejillas hundidas, nariz afilada y frente poblada de algunos mechones de canas que debajo de las tocas le salían; el cuerpo, encorvado y sostenido por un puntal, que tal parecía el báculo en que se apoyaba; figúrese todo este conjunto de peregrinas per-

fecciones, envuelta en una cotilla, manto y túnica de estameña, y tendrá un aproximado retrato del personaje que osó detener al lobo de Altamira al salir de su madri-guera.

—¡Esa llave, madre Gontroda!...—repitió Ataulfo con mejores modos, pero no con menos impaciencia.

—Pero ¿qué prisa tienes?—dijo Gontroda, manoteando y con un acento de superioridad que contrastaba con su miserable aspecto.

—¡Prisa!... ¡Ninguna!—repuso el ricohombre, queriendo sonreírse; y añadió por lo bajo: ¡Así te llevarán mil demonios! Pero ¿qué haces aquí, madre Gontroda?

—Ya lo ves, hijo mío—contestó la vieja, acomodándose tranquilamente en un sitial, cerca de la chimenea—; buscar la lumbre, porque el calor es la vida para el anciano.

—Vamos, basta de bromas... Juro a Dios que es demasiado atrevimiento, aunque a tus pechos me hayas criado...

—Y si te hubiese amamantado con rejalar, hijo mío, ¡cuán poco se hubiese perdido!... ¿Eh?

—¿Ya comienzas, vieja maldita? Te advierto que eres mi nodriza y no mi bufón, y que si al bufón le pago para que me diga desvergüenzas...

—A mí me tienes para que te diga verdades.

—Pues bien, ¡voto a tal!; ahora no estoy de humor ni para lo uno ni para lo otro, ¿lo entiendes? ¡Esa llave! Y si tardas un minuto, sin respeto a tus hechicerías, mando a Martín que te desuelle, ya que no tienes otra cosa que pellejo.

Gontroda se echó a reír de una manera particular, y seguía calentándose a la lumbre con las manos delante del rostro.

—¡La llave!—gritó *el Terrible* con un acento que hubiera helado de espanto a los demás habitantes del castillo—. ¡La llave, o mueres aquí abrasada!

—¡Jesús, qué terco y qué porfiado! ¿Cómo he de darte lo que yo no tengo?—replicó la vieja sin alterarse.

—¡Mentira, bruja del infierno! Sólo tú hubieras osado quitarla de la puerta.

—Eso es otra cosa, hombre; eso es otra cosa... Quitarla, yo la he quitado; pero luego...

—Sí, luego...

—La arrojé al foso por la ventana.

—¡Eso es mentira, miserable!—exclamó Ataulfo—. No tienes valor para tanto... En

Altamira no habría tormentos adecuados a tu crimen... ¡Es mentira, es mentira!

Y, al decir estas palabras, Ataulfo temblaba de cólera, y se daba golpes en la cabeza, y revolvió los ojos como un dragón acometido por todas partes.

—Ataulfo—contestó la vieja, siempre tranquila, pero en tono más solemne—; yo no vengo a detenerte con cerrojos, sino con palabras. Puedes coger un hacha y hacer astillas esas hojas de madera; pero soy tu nodriza; no tienes otra madre; nadie, nadie te quiere en el mundo; todos te aborrecen, menos yo. ¡Cuando me acuerdo que te tuve en mis brazos!... Ataulfo, vengo a decirte que mires lo que haces... Vas a casarte con Elvira de Trava..., con la mujer de tu propio hermano.

—¡Cómo!—exclamó el de Moscoso, sonriéndose con júbilo—. ¡Escrúpulos acerca del impedimento!... Ya está dispensado, madre mía: ese pícaro Gelmírez... digo, ese venerable prelado, porque hemos convenido en que he de ser su amigo, lo ha dispensado todo.

—Ataulfo..., ¡a mí me hablas de dispensa! El ricohombre perdió súbitamente el color y se quedó frío, con los ojos clavados en Gontroda.

—Sí—prosiguió la anciana, levantándose—; te vas a casar con la mujer de tu hermano, y tu hermano...

—¡Silencio!

—Y tu hermano vive.

—¿Vive mi hermano?

—¿Por qué te asombras? ¡Bah! Hasta ahora no has sido hipócrita. ¿Quieres que todo te lo diga?

—¿Y de cuándo acá habéis hecho tan peregrino descubrimiento?—preguntó *el Terrible* con espantosa calma.

—¿Qué te importa saberlo si ha venido a tiempo para impedir un crimen horrible?

—¡Oh! Sí, muy a tiempo. Sentémonos, si os place, madre Gontroda; no tengo prisa maldita.

—¡Hijo mío, Ataulfo! Yo te crié a mis pechos; yo te he servido en todos los momentos de tu desdichada vida, porque he velado siempre por tí, y siempre te he querido..., y siempre...

—Vamos, y siempre...—dijo Moscoso, interrumpiéndola con un gesto de impaciencia.

—¿Es posible—prosiguió Gontroda—que tal ultraje vayas a hacer a Dios, a tu hermano, a tu mismo padre?

—Conque vamos a ver, madre mía: ¿cuán-

tos días ha que sabéis ese secreto? Pocos, ¿eh? Sospecho que no serán acaso ni muchos minutos; porque jamás, rarísimas veces, he sido tan descuidado como ahora con las puertas de la torre; porque nunca como hoy he sentido pasos... ¿No es verdad que hasta hoy nada sabíais?

—Nada sabía, es cierto; pero tenía vehementes sospechas de que en esa torre se encerraba algún crimen; porque nunca has querido fiar a nadie la custodia de ciertas prisiones; porque sé la historia de tu vida...

—Deja, por Dios, mis historias, Gontroda, que son largas de contar, y por mucho que sepas tú de ellas, lo que es a mí nada de nuevo has de decirme. Tú tendrías sospechas... cuantas te diese la gana; pero hasta ahora, hasta el instante en que me has visto...

—Y escuchado.

—Pues, y escuchado... Tú, con toda tu ciencia y tu hermandad con el diablo, tú nada sabías de fiyo.

—Pero ¿qué te importa?

—¡Oh! Mucho más de lo que os parece, vieja del infierno—exclamó Ataulfo, levantándose como el tigre que se lanza furioso de repente contra las rejas de la jaula—. Aquí, aquí vas a morir, miserable, y como de este recinto no has salido, contigo perecerá tu descubrimiento.

—Morir—dijo, sonriéndose, Gontroda—; segura estoy de que no atentarás a mis días. No porque sea tu madre de leche, no porque mi sangre corra mezclada con la tuya, no por cariño ni por respeto, no; es de miedo. Tan segura estoy yo como el más vil de tus vasallos. ¿Y por qué? Porque sabes fijamente que el día en que seas reo de homicidio, aquél será el último de tu vida. Hiéreme, Ataulfo, hiéreme con ese puñal que has desenvainado, y al expirar te diré: «¡Adiós, hijo mío; adiós... hasta la noche!»

El Terrible bajó la mano que había levantado armada, y mirando a Gontroda con ojos sombríos, repuso:

—¿Y quién me dice, ¡vive Dios!, que todo eso no es más que una patraña fraguada por ti para contenerme?

—¡Patraña! Tu padre te lo dijo al expirar; cuantos hechiceros has consultado, cuantos gitanos has visto, te lo han repetido. ¡Patraña! Si así lo hubieses creído—prosiguió la vieja, sonriéndose con una calma que daba irresistible autoridad a sus palabras—, ha muchos años que te hubieras quitado de encima la molesta carga de

tu vida. Hiéreme, haz la prueba en mí de la falsedad de esa profecía, y antes que aquí llegue Elvira la bastarda un rayo del cielo habrá caído sobre tu cabeza, los abismos a tus pies se habrán abierto, tu criado más fiel te habrá dado una puñalada, o la mano de Dios te habrá tocado con un dardo invisible. No te diré cómo morirás; pero morirás hoy, hoy infaliblemente; y así que perezcas se descubrirá tu crimen, saldrá Bermudo de su calabozo, y habrás llamado a la bastarda, no para casarte con ella, sino para restituirla a los brazos de su marido. Mátame: mi muerte abrirá las puertas al infeliz a quien tienes ha veinte años sepultado.

—Eso no, ¡voto al demonio!; en la duda siquiera de que tal puede suceder, vivirás, Gontroda. Elvira me amaba, y me olvidó por el amor..., no, por las riquezas de mi hermano: era este hermano querido de las princesas, famoso en lides, primogénito, dueño de todos los estados de mi padre; y yo desdénado, oscuro, pobre; yo no tenía más que el amor de una mujer, el amor de una bastarda, y él me lo arrebató casándose con ella. Mi venganza no será completa sino haciéndome dueño de esa mujer en vida de mi hermano, para que sepa que habitó en su propio alcázar, que duermo en su mismo lecho, que su mujer me llama esposo. ¿Y pensabas privarme de este horrible placer, conquistado a costa de veinte años de horribles suplicios, más espantosos de los que para mis vasallos he inventado? No, no morirás, miserable; pero ¡tampoco Bermudo ha muerto!

Y al decir estas palabras, cogió a Gontroda en sus hercúleos brazos, llevándola hacia la puerta secreta que comunicaba con la torre de las prisiones.

—¿Qué haces, infeliz?—gritaba la anciana.

—Donosa es la pregunta, ¡vive Dios! ¿Pensabas tú, esqueleto ambulante, pensabas detenerme con tu armazón de huesos en el camino que sigo hace tantos años, cuando toco el término de la jornada? Aquí, aquí quedarás encerrada, y no por mucho tiempo, ¡vive el cielo!... Después que sea dueño de Elvira, ¿qué diablos me importa que salgas y publiques lo que quieras? ¿Qué me importará hacer contigo el ensayo de tus famosos vaticinios?

El ricohombre había llegado a la torre con la vieja en volandas, y allí la dejó encerrada.

Volvió sin detenerse a su aposento; tomó

un hacha de armas, y de un golpe hizo saltar la cerradura de la puerta principal. Bajó al patio, donde encontró el caballo magníficamente enjaezado con largos paramentos de brocado de seda, festoneados de cabezas de lobo rojas en campo de oro. Allí estaban también esperando para acompañarle los escuderos y pajes, y toda la turba de criados y guerreros en sus puestos y en el mayor orden.

Todos ellos sintieron cierta especie de conmoción eléctrica al ver el semblante del *Terrible*. Y no la produjeron, por cierto, el desorden de sus cabellos, la palidez y descomposición de sus facciones, sino las risotadas en que venía prorrumpiendo, el aire de triunfo y de soberbia con que se presentó, y sus ademanes vivos y resueltos para cabalgar y salir del castillo atravesando los puentes levadizos con imprudente precipitación, que le hubiera costado cara, montando un caballo menos acostumbrado al estruendo hueco y hondo producido por el ferrado casco sobre las tablas.

Con la vista del cielo diáfano y brillante, cambió de expresión el rostro de Ataulfo. Poco a poco se fué cubriendo de profunda tristeza; abatiéronse aquellas altivas miradas, todos sus miembros parecían desmayados y flojos, y los escuderos que cabalgaban a su lado se figuraban que iban acompañando un reo al suplicio, no un novio a los brazos de su querida.

¿Qué pasaba entonces en el corazón de aquel hombre extraordinario? Cuando sintió el ruido de las cabalgaduras, cuando vió por entre los matorrales brillar la armadura del conde de Trava, nuevo y súbito cambio experimentó su fisonomía; volvióle el color, agolpósele la sangre al corazón, y casi, casi dos lágrimas estuvieron a punto de asomarse a sus ojos, no sabemos si por efecto de punzadas de dolor o por arrebató de ternura. Cuando ya la comitiva estaba próxima, derribóse del caballo y tropezó bruscamente con el conde, que al verle se apeó con la misma presteza y con más calma y aplomo le tendió los brazos.

—¿Y Elvira?

—Ahí la tenéis—respondió el de Trava, señalándole la litera.

Y Ataulfo estaba tan aturdido, que se fué derecho a dar los brazos al clérigo, que en aquel momento terminaba sus horas, murmurando:

—*Divinum auxilium maneat semper vobiscum.*

—Amén—respondió el conde, sonriéndose.

—¡Ah!—dijo el *Terrible*, y al retroceder, avergonzado, estuvo a punto de estrellarse la cabeza contra el carruaje.

Apareciósele entonces de improviso la hermosa Elvira de Trava, y fué tanto el gozo que sintió el ricohombre, que en aquel momento ni de su hermano se acordaba, ni sentía el diente roedor de los remordimientos, ni pensaba en venganzas; amaba sólo, amaba con vehemencia, con el frenesí propio de quien no había conocido otra pasión en toda su vida.

—¡Señora!...—exclamó Ataulfo, cayendo de rodillas delante de la litera, con el profundo respeto propio de las razas germánicas.

La dama sacó entonces por la portezuela su bello y pálido semblante, ligeramente sonrosado, y, enjugándose una lágrima que todavía creía tener en sus mejillas, dijo con turbado acento:

—Levantaos, señor, levantaos.

Levantóse, en efecto, el de Altamira; pero no le fué posible pronunciar una palabra más; tan empachado, tan aturdido, tan conturbado se veía, que hubiera dado cualquier cosa en aquel momento porque nadie hubiese presenciado semejante escena.

—Vamos, hermano—le dijo, a la sazón, el caballero de la armadura—; tiempo tendréis de charlar en el castillo, y juro por quien soy que no he de estorbaros mucho. Apenas se verifique la ceremonia y deje en vuestros brazos a mi querida hermana (ya era la bastarda su hermana...), su *querida hermana*), voy a partirme a la corte del Príncipe, a quien llevaré la grata nueva de vuestro pleito homenaje. ¡Eh! Por ahí, por ese otro lado... ¡Qué diablos!... Vais a cabalgar por la cola.

—¡Mil demonios me lleven!—murmuró Ataulfo, rabioso consigo mismo.

El acompañamiento de la dama y el del caballero siguieron silenciosamente el camino del castillo. Iba Ataulfo cabizbajo y taciturno detrás de la litera, al lado del conde, el cual, viendo que no parecía bien un novio tan poco locuaz, quiso meterle en conversación diciéndole:

—Por supuesto, hermano, que traigo la dispensa.

—Bueno.

—Y en cuanto al paje del obispo...

—Es verdad... ¡Vive Dios, que os habéis olvidado del paje del obispo!...

—No me olvidé tal, ¡voto al diablo!—repuso el conde, gozoso y ufano de haber saca-

do al *Terrible* unas cuantas palabras del cuerpo—. El paje. ¡Ja, ja!...

—¿De qué os reís?

—De nada. En el alcázar lo tendréis bien presto.

Calló el conde, y calló, de consiguiente, don Ataulfo. Conforme se acercaba al alcázar, íbase arreciando la nube de tristeza que cubría el rostro del desposado.

—¿Qué tiene vuestra querida hermana? —preguntó éste—. Paréceme... así como parada.

—Pues vos no estáis mucho más vivo, ¡cuerpo de tal!... No parece sino que es la vez primera que os casáis, y no sabéis lo que pasa a las mujeres en un día de boda. ¡Malo! ¡Malo! ¡Muchos preparativos son éstos... don Ataulfo!... Apuesto que habéis contravenido mis órdenes...

—¡Juro que nadie sabía en el castillo hasta hoy que el señor de Altamira se casaba! «¡Nadie!», prosiguió *el Terrible* para sí. ¡Excepto él!...

—¡Qué diantres! Os quedáis así como lelo; ¿qué tenéis, hermano?

—Nada, nada... Entremos.

Acababan de llegar al castillo, la litera penetró en el patio. Ataulfo se apeó, y fué bastante dueño de sí mismo para acudir a tiempo de abrir la portezuela. Elvira salió sencillamente vestida con blancas tocas y sin luto; detrás de ella salió también una dueña que con su señora venía a sepultarse en aquel sombrío edificio.

Por consejo del conde de Trava, se dirigieron en derecha a la capilla, que muy recientemente y muy de prisa había sido despojada de las franjas y colgaduras de telas de araña que la adornaban, casi de tiempo inmemorial.

Al entrar en aquel sagrado recinto, Elvira se arrodilló, y maquinalmente hizo otro tanto el de Moscoso. Veía a su esposa mover los labios rezando con fervor, y él también los movía sin saber por qué; pálido y con ojos espantados, miraba al sacerdote que se iba vistiendo el alba, estola y capa, y poco a poco se le turbaba la vista, los objetos se le andaban alrededor, y le parecía escuchar una voz que salía de los abismos y estaba a punto de confesar públicamente su crimen y de huir despavorido.

Pero escuchaba el suave murmullo de las oraciones de Elvira, mirábala de soslayo, más bella, más interesante que nunca, con la unción religiosa que se dejaba traslucir en su rostro, con las dulces lágrimas que se deslizaban por sus mejillas; sentía su agi-

tación, al bullir de su pecho, su aliento y sus casi imperceptibles suspiros, y tanta hermosura le deslumbraba, y por la pasión arrebatado, decía dentro de sí, con el propósito del róboto:

«¡Oh! ¡Mañana se lo diré todo, mañana! Mañana me arrepentiré; pero gocemos hoy. ¡Vivamos este día, mañana moriremos!»

Y se levantó bruscamente, dirigiendo una mirada al conde y al clérigo, que estaban aguardando, dispuestos para la ceremonia.

—¡Vamos!—dijo, impaciente, don Pedro de Trava a la bastarda.

—¡Vamos!—respondió Elvira con blando acento, levantándose sumisa y resignada.

CAPITULO II

De cómo la segunda mujer de don Ataulfo «el Terrible» recibió la confesión de la primera.

Si el lector aguarda que la ceremonia nupcial sea dramáticamente turbada por la repentina aparición de algún espectro, por cualquier maravillosa peripecia o siquiera por el estampido de un rayo, súbitamente desprendido de las nubes negras que el narrador ha debido amontonar sobre las torres de Altamira, desde luego le advertimos que se ha equivocado. La exactitud histórica y la sequedad de nuestra imaginación, nos impiden poder complacerle. El impío casamiento verificóse en un día claro y sereno de primavera, sin que el más pequeño incidente, digno de ser referido, viniese a interrumpir al bueno del clérigo en los sagrados ritos, sacrílegamente profanados por Ataulfo de Moscoso.

La Providencia no impide la perpetuación de los crímenes ni los castiga como un maquinista de teatros.

Todo había terminado al cabo de media hora. El conde de Trava, convencido de que la bastarda Elvira Froilaz estaba ya real y verdaderamente casada con el ricohombre de Altamira, después de haberla conducido a las habitaciones de su esposo, se despidió de ella para pocos días, y *el Terrible*, a pesar de los deseos que parece debía tener de quedarse a solas con la desposada, obligado por la cortesía, quiso acompañar gran trecho fuera del castillo a su nuevo hermano.

Fieles a su propósito, el clérigo y los conductores habían tomado ya la vuelta de sus respectivas casas, persuadidos de que nadie

debe tenderse a reposar en la del malo; de manera que la señora de Altamira se encontró en aquel sombrío castillo sin otra cara conocida que la de su dueña Bernarda.

Advirtió entonces que había contado demasiado con su propio valor y firmeza, y quizá con sus melancólicas ilusiones. Estaba sola, entre gentes desconocidas, y a merced de un hombre a quien no amaba. Vióse en una habitación con adornos varoniles de armaduras e instrumentos de caza, y, no pareciéndole delicado permanecer allí, llamó a una dueña del castillo, la cual la condujo por los corredores a un salón oscuro.

Mauricia, que así se llamaba la introducida, abrió una reja que daba al segundo foso de la fortaleza, y quedó inundado de luz el aposento. Los muebles, en honor de la verdad, eran los menos toscos de la casa; sobre una mesa había un espejo de plata bruñida y frascos de oro que debían encerrar esencias y pomadas olorosas. Preciosos cortinajes de seda adornaban puertas, ventanas y alcoba, dentro de la cual resaltaba en la oscuridad un magnífico lecho, colgado de blanco.

Aquella disposición, aquellos adornos parecían a primera vista resultado de cuidadosas y esmeradas atenciones del marido, las cuales no podían menos de lisonjear a Elvira, porque las mujeres siempre se pagan de éstas que algunos llaman pequeñeces.

Mas a poco de estar allí, sintió la desposada intenso frío; la atmósfera húmeda, pesada y no muy pura, como de una habitación que hubiese estado cerrada mucho tiempo, la inspiró natural repugnancia. Los muebles eran acomodados al gusto de una dama; pero estaban cubiertos de polvo, los frascos de afeite medio usados, el espejo enmohecido.

—¡Es imposible que esto se haya dispuesto para mí!—dijo Elvira, mirando a la dueña.

La buena Mauricio se disculpó refiriendo la sorpresa que en el castillo había producido la noticia de la boda, la prisa con que todo se había arreglado, el barullo que pocas horas antes reinaba en aquella casa, las contradicciones del ricohombre, todo lo cual había impedido que pudiese destinarse a la nueva señora otro aposento que el de la antigua.

—¡El de Constanza!—exclamó la bastarda, con un gesto de horror que manifestaba cuán sensible le era aquella falta de delicadeza.

La dueña no se contentó con una simple respuesta afirmativa. Para decirle que sí, co-

menzó a contar la historia de la primera mujer de Ataulfo, su carácter y sus imperitencias, pareciéndole, sin duda, que murmurando acerca de lo pasado, podía captarse el afecto de la sucesora; pero ésta le preguntó otra vez, interrumpiendo su caritativa narración:

—¿Y cuánto tiempo hace que murió doña Constanza?

—Un mes y días; pero escuchad. La señora...

Elvira ignoraba esta circunstancia, que su hermano le ocultó cuidadosamente. Estaba persuadida de que el ricohombre era viudo mucho más tiempo hacía. Semejante nueva acabó de trastornar su espíritu.

—¡Cómo!—exclamó para sí—. Cumplido apenas el mes de la muerte de su esposa, ya tiene otra don Ataulfo. ¡Y esta otra soy yo! ¡Qué horror! ¡Y mi hermano, que no debía ignorarlo, consiente en ello y me abandona aquí, como un mercader que ha despachado las mercancías, las deja sin pena en casa del comprador y se parte, sin perder un solo instante, en busca de otro nuevo negocio! ¡Y mi marido destina para mí el mismo aposento de su primera mujer, que, cerrado, sin duda, desde el día de su muerte, conserva la atmósfera de los sepulcros!

El temblor que sentía la bastarda, producido por el frío y el espanto, era visible a la sazón. Había ella contado con encerrarse en aquel castillo con un cadáver; pero no con el de Constanza de Monforte.

Mauricia, viendo que su señora guardaba silencio, creyó que tenía gusto de escucharla, y seguía refiriendo la vida, la muerte y milagros de la difunta.

«¿Y qué hacer?, proseguía Elvira para sí. Hija soy del conde don Fruela de Trava, pero no de la misma madre que los demás hermanos, y esta falta me hace esclava de todos ellos. Por ser yo bastarda he tenido que pasar por la vergüenza de un casamiento secreto; he tenido que ocultar a todo el mundo que fui madre y desprenderme de mi propio hijo, para que pereciese luego lejos de mí, en brazos de su nodriza; he tenido que venir a ocupar el lugar de Constanza de Monforte; he tenido que ser infiel a la memoria de aquel Bermudo de Moscoso, cuyo nombre en todas partes es celebrado...»

Bajó los ojos, inclinó la frente, cruzóse de brazos, profundamente triste y pensativa.

«No hay remedio, prosiguió; mi suerte es

muy desdichada, y cuanto más sufra, más presto acabaré de sufrir.»

Desde aquel punto, lejos de contenerse en sus informes y preguntas, formó empeño en profundizar la saeta que tenía clavada en el corazón.

—Mauricia—dijo a la dueña, que seguía con su charla como un reloj de música con sus sonatas mientras le dura la cuerda—, ¿dónde murió doña Constanza?

La dueña miró a su ama con un gesto particular que quería decir: «¿Si será tan loca la nueva como la antigua? ¿Si serán locos todos los señores de esta casa?» El asombro de Mauricia provenía de que precisamente acababa de explicar menuda y circunstancialmente lo mismo que le preguntaban.

—¡Pues no os he dicho que aquí!—exclamó la criada.

—¿Aquí, en esta habitación?

—Sí, señora! ahí, en ese mismo lecho. Y por cierto que cuando lo dije dabais diente con diente.

—¿Y cuánto tiempo ha?

—¿Que os vi temblar?

—No, que murió doña Constanza.

—¡Un mes y cinco días! ¿No me habéis escuchado?

—¿Y después de su muerte nadie ha entrado en este cuarto?

—¡Nadie! Pues si he contado hace un credo que cerramos las puertas y ventanas y todos teníamos cierto reparo de entrar aquí... ¡Como nos sucedió aquello!...

—¿De manera que está conforme la dejó mi antecesora?

—Lo mismo. Si es lo que os he dicho... ¡Como yo referí a todos lo que había visto!...

—Pero, ¿qué visteis?

—Nada: lo que os acabo de contar.

—Sí, pero quisiera oírlo por segunda vez—repuso Elvira, casi avergonzada de su distracción.

—Pues, señor—dijo Mauricia, a quien no incomodaba el repetir las cosas, satisfecha de haber llamado la atención de su ama nueva—; la señora ya os he dicho que era al principio muy alegre, como unas pascuas; luego le entró una tristeza, una melancolía, y siempre andaba malucha, hasta que murió... es decir, hasta que murió de veras; porque habéis de saber que le daba un mal que la dejaba como difunta, lo mismo que difunta, con un color y unos dientes... Pasábanse horas y horas, y ¡nada!, no volvía. El señor decía: «¡Ea! Pronto, pronto a la huesa... quitádmela de ahí.»

Porque no podía verla ni pintada, y cada vez que se ponía así como muerta no sabía disimular el gozo que tenía...; bien es verdad que tampoco se quería tomar ese trabajo.

—Pero ¿qué os llamó la atención en su muerte?...—preguntó Elvira, menos para volverla al objeto de sus explicaciones que por no escuchar aquellas repugnantes noticias de su esposo.

—La señora, que se sentía mala, muy mala, pidió un capellán para confesarse. ¡Ya se ve!... Antes los había aquí, en el castillo, a pares, según dicen; pero de algunos años a esta parte no se sabe lo que son clérigos y monjes por acá; de manera que si no hubieseis traído con vos el de la boda...

—¿Y resultó?

—Resultó que el clérigo no vino, y que la pobre señora murió sin confesión. ¡Murió, murió! ¡Digo mal! Se quedó así, como antes he dicho, fría, con el rostro amarotado..., y pasaron horas y horas, y, como el señor nos metía prisa de que la amortajáramos, entré yo con otra dueña en el cuarto, y... ¡Jesús! ¡Qué horror! Vimos a la señora fuera de la cama, desgrefiada, pálida, desencajada, envuelta en una sábana, escribiendo en un pergamino delante de la mesa, muy aprisa, muy aprisa, y al grito que dimos nosotras volvió el rostro, como si quisiese hablarnos. Pero sí..., ¡buenas estábamos para oír! Del brinco que pegamos, fuimos a parar dos varas más allá de la puerta y luego, de una carrera, al otro lado del castillo.

—¿Y después?

—Después volvieron otros, y la encontraron muerta.

—Pero... ¿muerta de veras?—preguntó Elvira con timidez y espanto.

—¡Oh! No tengáis duda; como que hace un mes está en el panteón.

—Sería horrible que... ¡Dios mío, Dios mío!—exclamó la bastarda, vivamente afectada por aquella historia.

—Lo que es esta vez..., no creo que vuelva a darme ya un susto como el pasado. ¡Tenerla yo por tan muerta como mi abuela, y verla así, medio desnuda!

—¡Callad, callad! Pero habéis dicho que estaba escribiendo; ¿quién recogió el escrito? ¿Qué se ha hecho de él?

—¡A buscarlo, señora! Yo creo que nadie se habrá acordado de semejante cosa. Como desde que se marchó el último capellán, aquí nadie sabe descifrar garabatos... El señor ni quiso entrar en el cuarto; se sacó el ca-

dáyer, se cerraron puertas y ventanas... y hasta hoy, que nos ha dicho don Ataulfo: «Disponed el cuarto para una señora...; abrid todo, perfumadlo, renovad el lecho y colgaduras...» Pero ya se ve, como al mismo tiempo nos ha mandado limpiar la capilla, disponer la comida, vestirnos de gala y los que habían de barrer estaban almorzando, y los que habían de traer agua limpiando ballestas, y unos subían y otros bajaban, y todos pedían cien cosas distintas, y el uno venía: «Mauricia, dadme aquí una puntada», y el otro: «Mauricia, la llave del cuarto oscuro»; «Mauricia, ¿habéis visto a fulano?» Y todos acuden a Mauricio, porque las demás dueñas, no es porque yo lo diga, porque... ¡Jesús, gente más remilgada y más impertinente y charlatana!... No saben más que hablar, contar chismes, y si se les pide algo se apuran al instante y no dan palatada. Y luego Mauricio tiene que subir, tiene que bajar, tiene que estar en todo y las culpas luego son para la pobre Mauricio. Bien podéis, señora, bien podéis poner esto en orden, y, sobre todo, alegrar este castillo, porque si no..., todos vamos a morir aquí de melancolía...

—Sí, Dios querrá sacarme cuanto antes de penas—dijo Elvira, sonriéndose tristemente—. ¿Hay aquí algunos antiguos servidores que recuerden al padre de don Ataulfo..., al hermano mayor?...

—Aquí... nadie, como no sea Gontroda, que fué nodriza no sé si de los hermanos; pero ésa tiene muchas alas, y va y vuelve y hace lo que quiere. Pero os advierto, señora, que no mentéis aquí al hermano mayor de don Ataulfo... ¡Jesús! Sólo el pronunciar su nombre es un delito. Un montero tenía el señor, hombre especial en su oficio, como que salía a la ventana y miraba al cielo, y decía: «Hoy viento de abajo, pues los jabalíes están en tal barranco; viento de arriba, pues de fijo los tenemos en tal bosque»; y así, ¡tenía un acierto!... Pues sólo porque se llamaba Bermudo lo echó el señor con cajas destempladas. Tuvo el difunto don Bermudo un escudero llamado Pelayo...

—Sí, Pelayo.

—Y por no sé qué cosas que acerca de su antiguo señor dijo un día, don Ataulfo le cortó la lengua.

—¡Oh! ¡La lengua!—repitió Elvira, horrorizada.

—Sí, señora, y mudo anda por ahí todavía, pidiendo limosna, con unas barbas que da compasión.

—Bien está, bien está, Mauricio. Dejadme ahora.

—¿Sola?

—Sí, sola.

—¿Queréis que diga a Bernarda que venga a haceros compañía?

—No, por ahora, no...; luego..., más tarde, podréis venir.

No insistió la dueña, viendo el decidido empeño de la desposada. Tenía ésta necesidad de quedar sin testigos, aunque no fuese más que por desahogar su pecho de los suspiros y sollozos que por escapársele pugnaban.

Pero otro afán la determinó también. Mirando a todas partes con inquietud, como si todavía creyese que sus pasos podían ser espíados, murmuraba con sordo acento:

«¡Ese escrito!... Aquí, aquí ha de estar precisamente.»

Y se dirigió a la alcoba de Constanza, y puso las manos en los anchos pliegues del cortinaje de brocado. No pudo, sin embargo, levantarlo; sintióse helada de terror; érale imposible hacer ningún movimiento, ni menos dar un solo paso adelante; sus pies parecían enclavados en el pavimento; su corazón había cesado de latir y por su frente corría un sudor frío que no era dueña de enjugar.

«¡Oh! ¡Si estará ahí todavía!, pensó la desposada de Altamira. ¡Si la veré, como Mauricio, levantarse de su lecho desgrefiada, macilenta, reclamando sus derechos y arrojándose del tálamo y del alcázar de su esposo! Ella, que tantas veces ha resucitado. ¿no podrá volver hoy de la tumba?...»

Preocupada por una idea tan terrible, no osaba dar un solo paso; pero sentía, al mismo tiempo, vivísima curiosidad de hallar aquel pergamino, por parecerle que debía arrojar alguna luz sobre el carácter de don Ataulfo, tan misterioso, tan repugnante, tan horrible para ella después de la boda. Fluctuando entre deseos y temores, lanzaba al interior del tenebroso dormitorio furtivas miradas, y, familiarizándose con la oscuridad, descubrió claramente poco a poco el blanco lecho de donde habían arrancado el cadáver de su antecesora, y percibió, por fin, en el suelo una hoja de pergamino.

Hizo entonces un esfuerzo para dominarse, y, dando de repente algunos pasos adelante, volvió a salir con el escrito en la mano, como quien ha conseguido una victoria, pero con todas las señales de las terribles ansias y fatigas que el triunfo le había costado.

Cuando se halló otra vez en medio del aposento, que parecía recibir con alegría y cariño aquellos rayos del sol de que, por espacio de un mes, se había visto privado; cuando se vió dueña del tesoro que buscaba y lejos del objeto que temía, se avergonzó de su debilidad, sintiéndose con resolución y fuerzas bastantes para visitar despacio al dormitorio, para desafiar hasta la aparición de la propia Constanza, si la viniese en mientes hacer saltar la losa del sepulcro.

Mas precisamente Elvira tenía en su poder lo que buscaba: poseía el pergamino y no le pareció conveniente hacer alarde de un valor, tan dudoso como inútil. Tendió la vista por encima del escrito, que estaba revelando la mano trémula y agitada de un moribundo, y no tardó en tropezar con el nombre de Bermudo, con el de Ataulfo, con el suyo propio.

«¡Oh! ¡Qué bien he hecho en apoderarme de este pergamino!», exclamó la bastarda, aproximándose a la ventana, buscando la luz para descifrar aquellos casi ininteligibles garabatos.

No era, por cierto, la falta de claridad lo que la impedía devorarlos como quisiera, sino su mismo afán, su agitación, su desvanecimiento. El temblor de su pecho comunicábase al cuerpo todo; las letras pasaban delante de sus ojos prolongando sus rasgos en figuras disformes, indistintas, que poco a poco iban perdiendo hasta el color y se convertían en confusas líneas cenicientas, en leves surcos pardos que giraban como las rocas, los árboles y los sembrados delante del que cruza la campiña por camino de hierro.

«¡Dios mío!—exclamó la desposada, que temía ver asomar al *Terrible* antes de haberse enterado del escrito—. ¡Dadme serenidad!»

Y como si el Señor hubiese oído sus ruegos, como si la consideración que acabamos de exponer la infundiese súbito valor, fué desapareciendo la turbación de sus ojos, y pudo leer lo siguiente:

Confesión de Constanza.

«Yo, Constanza Menéndez de Monforte, abandonada en el lecho de muerte, y privada de los auxilios espirituales de un sacerdote, quiero hacer delante de Dios confesión de mis pecados, y decir aquí lo que en el tribunal de la penitencia hubiera revelado.

»Aquel a cuyas manos llegue este escrito, léalo, y dichoso él si puede reparar el crimen más atroz de que yo, con mi silencio, he sido cómplice.

»Pero ¿dónde irá a parar este pergamino después que yo muera? Aquí, en el castillo, nadie sabe leer. ¡Oh! ¡Dios mío, Dios mío! Encamínalo tú, dirige aquí los pasos de una persona de mi confianza para entregárselo... Cualquiera, cualquiera que esto lea y sepa... ¡Pero nadie, nadie viene!... Llamo, y no me responden... Me creen muerta... No, aún vivo, para aliviar mi alma del peso horrendo que sufre con un secreto espantoso...»

«¿Qué será?»—decía Elvira, temblando.

«Me casé con Ataulfo ciegamente enamorada, y él sin amor me dió su mano. Prendado de la bastarda Elvira de Trava, parece que ésta le correspondía en un principio; pero luego le olvidó por Bermudo de Moscoso, primogénito del ricohombre de Altamira. Despedido Ataulfo, viéndose pobre, sin gloria y desdeñado, se casó conmigo buscando riquezas y señoríos que no podía adquirir por otros medios.

»Mas luego desaparecieron del mundo Ordoño, Bermudo y un hijo de éste...»

«¡Gonzalo, Gonzalo!»—exclamó la madre, suspirando.»

«Y mi marido quedó dueño de todos los Estados y el ricohombre más poderoso de Galicia. ¡Oh Dios mío, Dios mío!... ¡Yo no sé por qué no sospeché nada de aquella desaparición tan completa y tan oportuna para satisfacer la envidia y la ambición de Ataulfo...»

«¡Gran Dios!»

«Su carácter sombrío, su extravagante humor, su retraimiento... Pero ¿cómo había de concebir yo, pobre de mí, cómo había de concebir, ni imaginar siquiera, la verdad? Pasáronse muchos años; Ataulfo llegó a dominarme por el terror, me tenía acobardada... Mis padres habían muerto, no me quedaba un solo deudo... Pero estoy perdiendo el tiempo, y la vida se me va..., lo conozco... ¡Gontroda! Si viniese aquí Gontroda para decirla... Hace pocos días, muy pocos, que lo he descubierto... He quedado helada de terror... No me atrevía siquiera a levantar los ojos delante de mi marido... Sucedió que un día seguí en silencio a don Ataulfo a la torre de las prisiones... Pero es largo de contar... ¡Oh! Brevemente... Me falta el papel... Bermudo de Moscoso vive; está encerrado hace veinte años en esta torre...»

«¡Oh!»—gritó Elvira con una expresión im-

posible de ser retratada—. ¡Bermudo! ¡Bermudo! ¡Esposo mío!»

Y sintió que el pergamino se le caía de las manos, que la vista se le turbaba, que el corazón se le partía en mil pedazos y que iba a caer desfallecida. Pero, en medio de aquella conmoción y aturdimiento, todavía conservaba la razón para comprender que el escrito continuaba, que tenía que saber nuevos secretos, y, sobre todo, que tenía que guardarse de Ataulfo *el Terrible*, el cual de un instante a otro podía aparecer.

Sosteniéndose la cabeza con ambas manos, como si temiese que la razón se le escapara, permaneció un instante la pobre bastarda, hasta que, creyéndose con fuerzas para continuar, leyó no con pocas interrupciones lo siguiente:

«¡Gracias, Dios mío, gracias! Ha venido Gontroda..., hame dicho que todos me creían muerta...; le he revelado todo...; ella no cree que sea cierto el crimen que denuncié... Ha criado a sus pechos a mi marido, y la engaña el amor de madre. Sin cerciorarse, no cree prudente publicar este secreto; pero promete seguir los pasos de Ataulfo, y si lo averigua...

»Al mismo tiempo me ha revelado otro crimen..., y quiere que lo consigne aquí: ella no sabe escribir, ni se atreve a confiárselo a nadie. El hijo de Bermudo tampoco ha muerto. Hace veinte años que Ataulfo lo abandonó en un bosque, donde lo recogió una mujer desconocida. Pelayo, el escudero de Bermudo, está enterado de esta historia.

»Han venido a interrumpirme... No puedo más. Gontroda recogerá este escrito... ¡Dios mío, tened piedad de mí!... ¡Haced que se descubra presto la verdad, y perdonad si el miedo ha detenido hasta ahora en mis labios la revelación de este secreto!»

Aquí terminaba la confesión de Constanza de Monforte. Al acabar la lectura, Elvira oyó el sonido de una trompeta que a la puerta del castillo anunciaba la vuelta de *Terrible*.

CAPITULO III

De cómo Ataulfo «el Terrible» llegó a temer que su esposa no hubiese muerto de veras.

Horrible por demás era la situación de la bastarda; trance fuerte, superior a la razón, a la firmeza de humana criatura; sacudida violenta a que pocas veces resiste el hilo delicado de la vida. Elvira hubiera

sucumbido con más facilidad que nadie; menos apresto de desventajas se necesitaba ciertamente, para rendir aquella fortaleza carcomida por el dolor; pero Elvira era madre; veinte años hacía que lloraba desastrosamente muerto al hijo de sus entrañas y en aquel instante acababa de recibir inesperadas y maravillosas nuevas de su existencia...

¿Qué le importaba haber descubierto un abismo a sus pies? ¿Qué verse obligada irresistiblemente a caer en él? Cayendo perecería.

Mas ahora tenía que luchar, hacer desesperados esfuerzos por salvarse, para descubrir el paradero del hijo idolatrado y verle una sola vez, un solo instante, verle gallardo mozo, oír de sus labios: «¡Madre mía!...» Era preciso conservar vida, juicio, serenidad, sobreponerse a todo.

No se desesperó, no se acobardó, no se abandonó a sí propia; cayó de hinojos cual soía en sus apuros y conflictos; puso el corazón en Dios, y, reparando en una imagen de Nuestra Señora:

—¡Virgen mía!—exclamó—. ¡También tú eres madre!

Levantóse, y sintió su frente fría y despejada, como si un viento del Norte hubiese venido a barrer las nieblas que la ofuscaban, y sintió su corazón tranquilo, como si una mano poderosa lo hubiera enclavado diciéndole: «Calla, no turbes el pensamiento.»

Pensar era sentir.

La desposada se puso a reflexionar acerca de su situación y a calcular sobre los medios de salir de ella con la calma estoica de un experimentado general en vísperas de una batalla.

«Estoy casada con el hermano del marido que yo creía muerto; pero este marido vive, y se halla sepultado en un calabozo por su propio hermano. Aquí no conozco a nadie, no tengo a nadie de mi parte...; sólo Bernarda..., la pobre dueña que yo he traído. ¿Qué puedo hacer? ¿Huir? Es imposible huir del castillo en este momento. La trompa ha sonado... Ataulfo acaba de entrar... Vendrá derecho en busca mía... «¿Adónde vas?», me dirá. ¿Y qué le respondo? Tampoco puedo llamar a las gentes que aquí moran y revelarles que el legítimo dueño del alcázar y de los Estados de Moscoso gime sepultado en una mazmorra. ¿Les contaré, por ventura, algo de nuevo? Puede que no... y puede que sí, que nada sepan, que nada hayan sospechado. Tampoco sospechó Constanza de Monforte. Y, en tal ca-

so, ¿creerán un crimen tan atroz sólo porque yo lo revele? Y aunque lo crean, ¿tendrán valor para rebelarse contra su amo? El que por terror los domina, ¿se dejará arrebatar de sus esclavos la presa de entre los dientes? No; locura es pensarlo... Aquí no hay ningún servidor antiguo, ningún amigo de Bermudo...; todos son puestos por Ataulfo... hechuras, cómplices suyos...; todos, de consiguiente, tienen interés en defender su causa... Con la aparición, con la resurrección de Bermudo, todos tendrían que salir del alcázar... No hay que pensar en descubrirles el secreto, en apelar a su generosa indignación. Tampoco puedo darme por entendida con el ricohombre, no. Lo negará, jurará, perjurará mil veces que no es cierto; y para destruir la única prueba que lo desmiente, se apresurará a dar muerte al prisionero... ¡En este caso!... ¡Oh! ¡Por mi fatal cariño, por mi imprudente precipitación correría la sangre de mi desventurado esposo! Con un crimen borraría Ataulfo las huellas de otro crimen. Y muerto Bermudo mañana, ¿quién probaría que no había fenecido veinte años atrás? ¿Quién probaría que mi matrimonio de hoy ha sido una sacrilega farsa?... No, no; lo que me conviene, sobre todo, es disimular; que no llegue a conocer el ricohombre nada de lo que ha pasado; que no llegue a persuadirse de que yo tengo la más leve sospecha sobre la existencia de mi primer marido. Nada de huir, de consiguiente; si en este instante me escapase del castillo, ¿cómo disculparía una acción tan irregular, tan fuera del orden, tan reprensible, sin revelar ese fatal secreto? Pero disimular es exponerse a recibir las caricias de ese monstruo execrable, a pagarlas, a corresponder siquiera con una sonrisa... ¡Oh! ¡No, no! Primero la muerte, primero...

Y el corazón de Elvira daba en aquel instante pruebas de que si estaba mudo, no estaba muerto.

—Basta. Conservemos la tranquilidad; sosiégate, corazón mío; témplate, sangre de mis venas; cerremos, sí, cerremos la boca al horno de mis suspiros. Disimular, no; es lo más horrible, lo más espantoso de todo. Si mi propia vida, si la de Bermudo, si la del hijo de mi amor han de costarme una sola caricia de ese miserable, perezcamos todos, perezcamos; es nuestro deber. ¡Oh! ¡Se ha casado conmigo el infame, ha conducido al altar a la pobre ovejilla para ser sacrificada...; ha conseguido qué vaya engalanada al sacrificio!... Pero... ¡Gracias,

Dios mío!... ¡Gracias!—exclamaba la bastarda con una alegría radiante y melancólica—. ¡La oveja no ha lamido aún la mano del sacrificador!... ¡Ni una sonrisa... ni una palabra de cariño! ¡Disimular! Sí, es preciso, indispensable, disimular que tenga conocimiento del secreto; pero es tan absolutamente preciso no disimular el odio, la aversión que ese hombre me inspira, y fundar este odio en otro motivo...

La pobre bastarda debía proceder en aquel crítico momento con el mayor pulso: ponerse a salvo de Ataulfo, a quien tenía que reconocer por marido, y dar parte con el mayor sigilo al conde de Trava y al obispo de Santiago de su descubrimiento, para que viniesen a sacar a Bermudo de la prisión antes que el carcelero pudiese darle muerte.

Difícil de resolver era el problema. El tiempo urgía; Ataulfo se acercaba; había pasado los puentes levadizos, y, entrado en el patio, subía por la escalera principal... Pero el amor maternal está haciendo milagros todos los días.

—¡Mauricia! ¡Bernarda!—dijo la desposada, llamando a las dueñas, que, según sus órdenes, no debían estar lejos.

Mientras llegaban guardó cuidadosamente el pergamino, y descompuso adrede sus cabellos, sus mismas facciones.

Entraron las criadas pocos momentos después.

—Mauricia—preguntó Elvira con misteriosa voz—, ¿estás segura de que Constanza ha muerto?

—¡Señora! ¡Jesús mil veces!... Yo segura estoy de que está enterrada...

—No lo pregunto sin motivo.

—¡Santa María me valga!... ¡Qué cosas, qué preguntas!

—En esa alcoba he sentido...

—¡El santo Apóstol nos defienda!... ¡Qué habéis sentido? ¡San Pedro y San Pablo y toda la corte celestial sean con nosotros!... Ello es que la pobre señora... muchas veces volvía en sí... ¡Pero ahora!... ¡Jesús! ¡Después de un mes!... ¡Oh! ¡Salgamos de aquí!

—¡Salir! No; yo quiero averiguarlo; yo quiero saber si Constanza existe; si mi casamiento ha sido real y efectivamente válido; quiero aguardar a que vuelva esa sombra, ese fantasma...

En aquel momento se oyeron los pasos fuertes, resonantes, de Ataulfo *el Terrible*, que venía como un conquistador que logra

entrar en una plaza por largo tiempo asediada.

—¡Fantasmas, fantasmas en el castillo! —murmuró Mauricia, santiguándose.

Sintióse poco después el rechinado de la puerta al girar sobre sus goznes, y apareció el ricohombre de Altamira.

Al verle no pudo ocultar Elvira su turbación. Era el efecto natural, puramente nervioso, que todo objeto repugnante produce aun en las personas dotadas de más valor; era la carne la que se estremecía a despecho del espíritu, que siempre se conservaba sereno.

Con un solo ademán hizo Atulfo salir a las criadas, sin que la dama tuviese voz en su garganta ni fuerza en sus brazos para detenerlas.

Marcháronse, dejando solos a los nuevos esposos; y como la victoria que se consigue por el miedo es, por de pronto, la más completa, las dueñas no se contentaron con partirse, como se las prescribía, sino que se alejaron cerrando la puerta, lo cual no se les había mandado.

Entró Ataulfo encendido el rostro por la pasión, el corazón henchido de esperanzas, los ojos en mil ansias inflamados, altivo el continente de soberano dueño; pero tanta arrogancia y ufanía trocáronse en timidez y encogimiento cuando se vió solo delante de aquella pobre mujer, que temblaba en su presencia.

El lobo de Altamira tenía, a la sazón, todas las trazas de cordero.

—Señora—dijo, cortado—, venía..., vengo a decirnos que... acabo de despedirme de vuestro noble hermano.

Y como viese que Elvira le miraba en silencio, sin quitarle los ojos de encima, fijos, inmóviles, más y más turbado, prosiguió:

—Al partirse vuestro noble hermano... me ha encarecido el mucho amor que os tiene...; me ha dicho que sois su predilecta..., y que, por lo mismo, me rogaba que os amase como..., como vos meceréis... Y yo le he respondido que..., que... ¡Oh Elvira! ¡Elvira mía!

Y *el Terrible*, impulsado por la violencia del afecto que sentía, y no pudiendo explicarlo con la palabra, tendió los brazos hacia el objeto de su pasión y cayó de rodillas.

La desposada retrocedió, lanzando un grito de espanto.

—¡Elvira! ¡Elvira mía!—prosiguió el ricohombre, levantándose—. ¿Por qué huyes de mí? Eres mía; si te llamo tienes que ve-

nir a mi voz; pero... ¡vive el cielo!, que no es eso lo que yo apetezco. Elvira, yo quiero que me ames, siquiera como en otro tiempo me amabas. Entonces..., ¿te acuerdas? Entonces yo también te adoraba; pero aquel amor, comparado con la pasión que ahora siento, es como el humo comparado con la llama... ¡Oh! ¡Maldito yo mil veces! Entonces hubieras sido mía a no temer la oposición de mi padre, que otro más..., más afortunado supo burlar.

Elvira no contestaba. Aprovechándose de los momentos que le proporcionaba aquella conversación repugnante, aunque pacífica, procuraba restituir a su corazón la calma que la aparición del *Terrible* había turbado.

Interpretando favorablemente aquel silencio, prosiguió *el Terrible*, cada vez más exaltado:

—¡Oh! No pensemos en lo pasado, Elvira; no quiero recordarlo... ¡Nada, pardiez, nada! Lo pasado no ha existido para nosotros. Hoy hemos nacido, hoy nos vemos, hoy nos amamos. Ni para bien ni para mal, no hay que acordarnos de... ¡Y eso que tengo en el corazón una llaga que ni el aliento puede recibir sin estremecerse y enconarse! Elvira, yo era un pobre dogo encadenado a la puerta del castillo, mientras aquí..., aquí había un lebrél que corría suelto por valles y montañas, ladrando de gozo y trayendo siempre la mejor presa. ¡Con qué afán era seguido de los monteros! ¡Con qué aplausos celebrado! ¡Con qué caricias recibido! Tornaba de cuando en cuando al alcázar, y apenas se dignaba dirigir una mirada al dogo encadenado para defensa y recreo de un viejo, y que lléveme el diablo si servía ni para eso. No le enseñaron más que a morder, y mordía, y rabiaba, y... Pero tenía... ¡Elvira! Yo no sé proseguir..., yo te tenía a ti, y por ti lo sobrellevaba todo..., y vino mi..., mi hermano, y se concluyó; también, también fuiste para él. ¡Oh! ¡Eso es mucho! ¿No te parece que es demasiado? Pero al fin eres mía, no hay que volver la vista atrás..., y cuando más lo digo, menos puedo apartar los ojos... Elvira, no te diré que con levantar los párpados puedes hacer que me precipite en los abismos, si tal es tu voluntad, porque no aguardaré yo a tanto: sabré adivinar todos tus deseos y evitarte hasta la molestia de indicármelos. Seré respetuoso, sí, lo seré como un caballero; serás mi dama, no mi mujer; pero... el respeto tiene sus límites..., y no creo traspasarlos si de rodillas te pido una mano para...

Y el ricohombre se adelantó con intención de besársela.

—Apartaos, infeliz; apartaos, ¡sacrilego! —gritó la de Trava, huyendo de su contacto como de una sierpe.

Apartóse, en efecto, *el Terrible*, blanco, trémulo de ira, lleno de confusiones. En su mirada ibanse retratando sucesivamente el asombro, el espanto, la rabia, la duda, el estupor. La sangre reconcentrada en el corazón fué tornando al semblante poco a poco, y una sonrisa maligna substituyó a la expresión de amor que brillaba en sus labios suplicantes.

—Doña Elvira—dijo, por fin, con calma, pero con acento sordo—, ahora vais a explicarme las horribles palabras que me habéis dirigido.

Elvira guardó silencio.

—¿Oís, señora?—replicó, amenazador—. Os mando que me expliquéis esas palabras, y sé hacerme obedecer; soy vuestro marido.

—¡Mentira!—gritó la desposada con terrible acento.

—¡Cómo!—repuso, balbuciente, Moscoso—. ¿Qué habéis dicho? ¡Sangre de Dios! ¿Qué habéis dicho? Repetirlo; no puede ser.

—Mentira, sí, Ataulfo de Moscoso; nos ha bendecido un sacerdote, pero tú no eres mi marido.

—¡Oh!... Pero yo admiro la calma, la frialdad con que pronunciáis esas palabras... ¿Te sonríes? Pues bien, ¡voto al demonio!, sea como quiera, tú me perteneces, tú eres mía.

—Lo confesas, ¿eh?—replicó Elvira—. ¿Confesas que nuestro matrimonio es una farsa?

—Pero, ¿quién os ha dicho?... ¿Por dónde sabéis? ... ¡Esto es cosa del diablo!

—Ataulfo, vais a ver la respuesta que doy a todas vuestras preguntas.

Y aprovechándose del pasmo en que *el Terrible* había caído después de un golpe tan fuerte como imprevisto, dirigióse Elvira a la puerta y llamó a la dueña.

—¿Qué habéis hecho?—preguntó el ricohombre, anonadado.

—Voy a probaros que lo sé todo.

—Pero...

—Silencio—dijo la desposada, interrumpiéndole bruscamente—. Mauricia se acerca; ella os responderá.

—¡Verdaderamente que es cosa del diablo... como no sea de Dios!—murmuró Moscoso, estremecido.

Entró la dueña, creyendo que se trataba de algún asunto indiferente; pero esta per-

suación se le desvaneció al fijar sus ojos en el caballero.

Elvira, que había llegado a dominar aquella situación, no quiso perder un ápice del terreno palmo a palmo conquistado, y con acento firme preguntó:

—¿Qué os estaba refiriendo cuando el señor vino a interrumpirnos?

—¡Señora!...

—¡Ea! No tembléis; contadlo todo sin el menor recelo.

—Señora—respondió Mauricia, siguiendo su buena costumbre de tomar el mayor rodeo posible para llegar al término apetecido—, yo bien decía que aquí no estabais bien..., que en este aposento en que murió la pobre señora..., téngala Dios en su santa gloria, porque, sin agraviar a los presentes..., era un ángel...; sino que yo al decir antes que era muy huraña y gruñona..., no quise decir...

—¿Qué tiene esa maldita vieja, cuya boca suena como una rueda de molino?... ¡Voto a mil pares!...—murmuró *el Terrible*, levantando gradualmente la voz.

Pero Elvira le impuso silencio con una mirada.

—Proseguid, Mauricia, y limitaos a decir qué os estaba contando poco ha.

—Ni más ni menos... Y yo creo que se ha hecho mal en traer a la señora a semejante aposento. Pero no culpo al señor, que esta mañana ha tenido que disponerlo todo de prisa y mandar mil cosas a la vez, sino al escudero, a quien he dicho: «¿Y dónde metemos a la señora?» «En el cuarto de la difunta», me respondió. Bien es verdad que ni él ni yo sabíamos que hubiese aquí fantasmás.

—¿Qué es eso, vieja charlatana? ¿Qué tiene que ver todo eso con mi casamiento? ¿Qué te estaba contando esta señora cuando yo vine aquí?... ¡Oh! Se me figura que el pobre Martín, el sayón, no va a descansar si quiera el día de mi boda.

—Señor...

—Habla, ¡pese a tal!, lengua de tarabilla. ¿Qué pasa aquí? ¿Qué sucede?... Dime si os habéis conjurado todos para trastornarme el juicio.

—Sucede, señor—repuso la dueña, a quien las amenazas del *Terrible* hacían adoptar un estilo más lacónico—, sucede que esta señora se empeña en decir que su matrimonio es nulo porque vive la difunta, téngala Dios...

—Adelante, adelante; suprime toda clase de jaculatorias; la cosa va siendo más di-

vertida de lo que pensaba, ¡voto a mi abuela, que murió en olor de santidad!... Mucho me temo que el loco y trastornado no ha de ser Ataulfo... Adelante, buena mujer, adelante.

—Pues sí, señor—prosiguió Mauricia, que relajaba su rigidez oratoria conforme el de Moscoso templaba su tono—; la señora se empeña en decir que vive la difunta, y que... ¡Jesús mil veces!, que ha visto a modo de fantasmas... Y lo que es doña Constanza más de una vez ha resucitado; pero tanto como ahora nunca nos ha dejado sosegar la pobre, téngala Dios en su santa... Ella volvía de sus soponcios como si fuera de carne y hueso, no como fantasma... Pero lo que yo decía entre mí; si resucita doña Constanza, téngala Dios en paz... ¿dónde la pondremos? ¿Quién ha de ser la señora? ¿Quién ha de mandar? Un cristiano no puede tener dos mujeres; una casa no puede tener dos amas; de consiguiente...

—Por de pronto, y mientras semejantes dudas se aclaran, obedéceme a mí, Mauricia, y sal de aquí con mil pares de a caballo.

—Retiraos—añadió Elvira.

No había menester la dueña de recibir una sobre otra dos respuestas prácticas a sus preguntas especulativas. Se marchó a la primera.

—¿Conque todos los escrúpulos, todas las dudas que se nos ofrecen respecto de la validez de nuestro matrimonio—dijo Moscoso alegremente—se fundan en la resurrección de mi difunta mujer, téngala Dios donde le dé la gana, como dice la buena Mauricia?

—No son escrúpulos, no son dudas—repuso Elvira con el mayor aplomo—; me habéis engañado miserablemente: Constanza no ha muerto... Ella, ella misma me lo ha dicho. Sé positivamente que nuestro matrimonio es nulo, que la ceremonia ha sido una farsa horrenda, sacrilega...; lo habéis reconocido y confesado poco ha... ¡Y, sobre todo, la he visto, la he visto! Su cuarto es éste, su alcoba en ésta... Ahí estaba cuando la arrancaron, pocos días ha, desvanecida como otras tantas veces... y ahí ha vuelto... Ahí está. Entrad y vedla.

—¿Cómo! ¿A Constanza? ¿Estáis loca? ¡Oh! ¡La mataría si fuese capaz de darme nuevo petardo! No, no puede ser... Hace un mes que vivo menos mortificado, y es la mejor prueba de que estoy libre de ella. Bien es verdad que no quise verla enterrar; pero sé que está en el panteón...

—Está más cerca de ti—dijo Elvira con voz misteriosa.

—Sosegaos, sosegaos, por Dios... ¡Elvira! No vayáis a persuadirme. Pero, ¡qué diantres de casualidad! ¡Suceden cosas raras y chistosas, a fe mía!

Y Ataulfo terminó sus razones con una carcajada brutal. Pero no le quedaron ganas de repetirla: clara y distintamente resonó en la alcoba de Constanza otra carcajada más débil, pero más aguda y prolongada; no era difícil conocer que salía de un pecho femenino.

—¡Elvira!—gritó Ataulfo, pálido como la muerte.

La bastarda no había podido reprimir un movimiento de sorpresa y aun de terror; pero sostuvo impasible, al parecer, la mirada del ricohombre.

—¿Habéis visto? Será capaz esa maldita de resucitar adrede... ¡Oh! ¡Que venga, que se presente aquí, voto al demonio!

Y revolvía los ojos espantados al proferir estas palabras, temiendo evocar con ellas las sombras de su esposa.

—¡Silencio!—exclamó Elvira—. ¡Silencio, miserable! No turbéis el sueño de esa mujer.

—¡Oh! Esto se acabó así—dijo el Terrible, desnudando el puñal que siempre llevaba al pecho y penetrando resueltamente en la alcoba.

Poco después salió despavorido, y murmuró con labio balbuciente:

—¡Nadie, no hay nadie!

—¡Oh! ¡Mentira, mentira! ¡Ahí está... ahí está!

—¿Dónde? ¡Voto a Satanás, que estáis loca, o queréis que yo me lo vuelva!

Elvira se mordió los labios para ocultar una sonrisa de triunfo.

—Al entrar en ese dormitorio—prosiguió la dama poco después—, vi una cama soberbiamente aderezada y pregunté a las dueñas: «¿Cuyo es ese lecho?» Y me respondieron: «Vuestro; se ha preparado para vos, que sois la predilecta, la esposa del ricohombre de Altamira.» Gustóme, acerqueme y sentí el resuello de una persona que dormía profundamente; entonces repliqué: «¿Quién duerme aquí?» «¡Como no sea doña Constanza!», me contestaron. «¡Doña Constanza!, exclamé. ¿Es ése su cuarto, por ventura?» «Sí, señora; éste es su cuarto; aquí vivía... aquí murió hace un mes.» «Callad, villanas. ¡Un mes! ¿Don Ataulfo había de casarse conmigo apenas cumplido el mes de la muerte de su primera esposa? ¿Y había de traerme al cuarto que ella habitaba?»

Y las necias se echaron a reír. «¡Qué chasco os hemos dado!» «¡Cómo!» «¿Habéis creído que murió de veras doña Constanza? Ella no muere nunca. Duerme, duerme, duerme.» Y de repente... ¡zas!, se levanta de nuevo, como si tal cosa. «Pues, señor, entonces, ¿qué soy yo aquí?» «¿Qué soy yo aquí, Ataulfo? Dímelo: ¿soy tu esposa o tu manceba? Yo respondí con gran soberbia: «Lo veremos», y levanté con osadía las colgaduras; ¿qué es lo que vi? ¡Quien dormía no era tu esposa, era un esqueleto! «¿Lo veis?, les dije yo a las dueñas. ¿Lo veis cómo todo es mentira? ¿Por ventura los ricoshombres de Altamira se casan con la muerte?»

Ataulfo estaba consternado: creía unas veces que su esposa había perdido el juicio; persuadía otras de que era verdad todo cuanto escuchaba; que Dios permitía aquellos portentos para castigo y confusión del criminal.

— ¡Elvira, Elvira! — exclamó—. Vuelve en tí... desecha esos delirios de tu imaginación. ¿Lo ves?—dijo, levantando los cortinajes de la alcoba—. ¿Ves como aquí no hay nadie? Estamos solos; estoy yo solo contigo, que te amo, que no he dejado de amarte un solo día desde el instante en que te vi.

— ¡Calla, blasfemo! ¡Me amas! ¿Osas decir que me amas cuando te burlas de mí, cuando me engañas y me escarneces?... Hasme llevado al altar como esposa, y vive, vive tú... primera mujer. Y me traes a su habitación, a su lecho, para que ella se levante y me diga: «¿Qué haces aquí?... ¡Afuera! Venid, dueñas: cortémosle el brial (1). ¡Afuera la intrusa, la manceba!...» ¡Oh! Pero yo ¿qué culpa tengo, pobre de mí? ¿Sabía nada de lo que ha pasado? Mi hermano me ha dicho: «Es preciso que te cases con Ataulfo *el Terrible*.» Yo no puedo desobedecer al conde... no puedo... no puedo. Soy una pobre bastarda... ¡Harto hace en llamarme hermana, cuando mi madre es una villana y la suya una Princesa! Vine aquí. Dad esa mano a don Ataulfo, y se la di. Poneos ese anillo, y me lo puse... ¿Era mi corazón capaz de concebir un crimen tan horrible? ¡No! ¡Casarme yo con Ataulfo en vida de...! No. Pero ya está hecho; esa mujer me mira con una autoridad... ¡Me insulta! ¡Oh! Si no ha muerto, yo quiero matarla.

Dijo Elvira, y con rápido ademán se acercó al *Terrible* y le arrancó el puñal, y se sentó tranquilamente, examinando con el

dedo la punta del arma que tenía en las manos.

— ¡Elvira!

— ¡Atrás!—dijo entonces con resolución la desposada—. Si os acercáis a mí, vos o yo moriremos.

— ¡Loca, loca!—murmuró *el Terrible*—. Pero es particular su locura... ¡Oh! ¡Preciso es que yo me informe de lo que aquí ha pasado!

Y salió del aposento golpeándose las sienes con ambos puños.

Elvira siguióle ansiosa con la mirada, y al verle desaparecer tuvo que sofocar un grito de gozo.

— Ahora—dijo para sí—, ahora puedo escapar de aquí sin que peligre la vida de Bermudo.

Tenía que vencer, sin embargo, una dificultad material para satisfacer inmediatamente sus deseos; recién llegada al castillo, no sabía hacia qué parte caía aquel aposento, ni qué dirección había que tomar al emprender la fuga. Asomóse a la reja, y estuvo observando la disposición que por allí presentaba el edificio.

La ventana estaba abierta en un lienzo de muralla exterior, a cosa de treinta varas del primer foso, lleno a la sazón de agua verdosa y muerta. Al otro lado alzabase una barbacana o primera línea de fortificación, circundada también de otro foso más ancho y profundo que el anterior; por entre la barbacana y el foso que lamía la muralla había un camino estrecho a flor de agua, que servía para entrar y salir desde el campo al interior del alcázar. Según sistema ya practicado entonces, las puertas y puentes levadizos del castillo nunca estaban enfrente uno de otro. Pasado el primer puente, tenía que volverse a derecha o izquierda en ángulo recto, siguiendo el camino de la barbacana, flanqueando por torres salientes en los ángulos del edificio; de manera que para llegar de un puente a otro era preciso seguir largo rato aquella senda, orillas del foso.

Elvira, habituada a semejantes edificios, comprendió luego que era casi materialmente imposible huir sin llamar la atención de las gentes que pudieran pasar por tan largos rodeos, y asomarse a las almenas, saeteras o ventanas. No dejaría de haber salidas más ocultas; pero tenía que valerse de una persona que le sirviese de guía, y estando en estas imaginaciones, llamó su atención un gallardo joven que con aire melancólico pasaba por el camino de la barbacana,

(1) Castigos de las prostitutas.

mirando unas veces con inquietud hacia el camino que seguía, y otras levantando los ojos al cielo o deteniéndolos en alguna de las ventanas del muro.

«¡Oh! ¡Yo conozco a ese mancebo!... Sí; no hay duda; es Ramiro, el paje del obispo de Santiago. ¿Qué hará aquí ese joven? Como han hecho las paces Gelmírez y Moscoso, vendrá con algún mensaje. ¡Qué hermoso es! ¡Qué aire tan noble y tan dulcemente turbado! ¿A quién buscará con sus miradas? ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Si yo tuviese un hijo como éste! Así, así debe ser; es el primer joven de su misma edad que veo después de la noticia que he recibido. Y noto en su semblante cierta expresión... ¡Oh! Siempre me ha chocado, pero nunca tanto como ahora. ¡Ramiro! ¡Ramiro!»

El paje percibió al momento la voz que le llamaba, y clavando los ojos en la dama, tendió los brazos con el mayor anhelo, pronunciando unas palabras que llegaron confusamente a los oídos de la bastarda.

—¿Qué es esto?—prosiguió Elvira, profundamente agitada—. ¡Lo que es la imaginación, lo que es el deseo! Juraría haberle oído responder: «¡Madre mía!» No, es claro que no...; pero ¿qué habrá dicho? «¡Madre mía!» ¡Si parece que no ha podido ser otra cosa, y que esas dos palabras han caído en mi corazón como dos gotas de rocío! ¡Madre mía! ¡Es una ilusión, una ilusión!... Pero ¿por qué se ha conmovido tanto al verme? ¿Por qué ha tendido los brazos hacia mí? ¿Si creí que se arrojaba al foso! Y aquí en el corazón me están sonando esas dos palabras con un eco tan dulce, con una suavidad, con un regalo... ¡Oh, no! No lo debo tener, no debo dar cabida a semejantes desvarios, mientras Bermudo permanezca... Basta, basta ya; no hay que pensar ni en lo uno ni en lo otro; corazón de hierro, rostro de juglar, lengua de víbora y mano de sayón. Pero ese joven ha desaparecido; viene a verme, sin duda, en busca mía, en mi auxilio... ¡Ah! De nadie, de nadie mejor que de él pudiera valerme en este conflicto...

—¿De nadie?—dijo detrás de la bastarda, con voz cascada, una anciana decrepita, apoyada en un báculo y envuelta en un manto.

—¡Una mujer! ¡Dios mío, Constanza!—exclamó Elvira, volviendo súbitamente el rostro desparovido.

—No, no hagáis tan poco favor a la pobre señora, a quien yo llevaba lo menos cuarenta navidades; no pronunciéis tampoco ese

nombre con espanto, que no os halláis en presencia de Ataulfo el Terrible.

—¡Ah! ¿Quién sois?

—Gontroda. ¡Hola! Ese ya es otro gesto. Parece que mi nombre no os es desconocido.

—¡Gontroda! ¿De veras sois la nodriza de Ataulfo o sois una espía?

—¡Ja, ja, ja! Me río porque esta risa me sirve de salvoconducto: debe seros tan conocida, por lo menos, como mi nombre.

—¡Estabais ahí! ¿En esa alcoba?

—Sí, ahí estaba; ahí he presenciado todos vuestros artificios, mejor dicho, hija mía, todo vuestro valor.

—¡Ah! El pergamino...

—¿El pergamino que recogí a la muerte de Constanza?... Téngala Dios en su santa gloria...—exclamó la anciana, queriendo imitar a Mauricia—. Me parece que no he andado desacertada en ponerlo en vuestras manos. ¡Si me descuidó!...

—¡Gracias, Gontroda! Si os descuidáis una hora más..., ya para mí no había salvación. Tú has presenciado la lucha... Tú puedes dar testimonio de mí... Tú puedes evitarme una mirada mil veces más terrible que la muerte. Pero en el escrito se dice que tenías que averiguar la verdad.

—Y cuanto el escrito se halla en poder vuestro, es señal de que todo está averiguado.

—¡Todo! ¿Y es cierto? ¿Bermudo, mi esposo, Bermudo?...

—Vive, vive todavía.

—¡Infeliz, infeliz! ¡La vida es su mayor castigo! ¡Vive! ¿Y por qué no me lo habéis dicho dos horas antes?

—Por una razón muy sencilla, señora; porque no lo sabía. Esta misma mañana he podido seguir los pasos de Ataulfo, penetrar en la torre de los calabozos y convencerme de que es verdad cuanto me reírió la pobre doña Constanza. En el instante mismo he formado la resolución de impedir un crimen que puede llenar la medida de la misericordia divina para el ricohombre... Le cerré la puerta cuando salía a recibirnos... Le hablé al alma... al corazón, ¡pero nada!... El infeliz está ciego... Vuestra fatal hermosura le deslumbra... Ha querido encerrarme, no atreviéndose a poner las manos sobre mí... ¡Desdichado! ¡Así le perdone Dios como yo le perdono!

—¿Y te ha puesto en libertad?

—¡El no!—dijo tristemente Gontroda—. Pero la Providencia vela sin duda por vos... El cómo he salido es largo de contar. Venid,

hija mía, venid; huyamos de aquí..., vengo a salvaros.

—Pero has dicho que lo sabías todo... ¿Y mi hijo? ¡Oh! Calla; si ya no existe, no me lo digas ahora.

Y aguardaba Elvira la respuesta con más ansiedad que nunca.

—Tenéis razón; no es tiempo de responder ni de preguntar, si queréis que sea tiempo de salvaros.

—¡Oh! Pronto, pronto, Gontroda; tu silencio me mata; sea lo que quiera, yo he de saber de mi hijo.

—¡Vive también!

—¡Gracias, Dios mío, gracias!—exclamó Elvira con inefable transporte—. Pero no me engañes, Gontroda, amiga mía, mi único consuelo. Dime la verdad. Ya sabes que tengo valor, serenidad para todo: tú lo has podido ver, tú lo estás viendo. No, no te sonrías, no te burles de una pobre madre. Yo sosegaré este corazón, que quieré saltármelo del pecho; ya estoy tranquila. Dime, por Dios, si sabes dónde está mi hijo. Cuéntame cualquiera cosa de él; lo más pequeño, lo más insignificante, para mí tendrá un valor infinito. ¿En dónde está? ¿Qué es de él? ¿Me conoce? ¿Sabe que soy su madre? ¡Oh! No guardes, por Dios, ese cruel silencio.

Y para más obligarla, Elvira asíóla una mano, que apretaba contra su inquieto corazón.

Gontroda, enternecida, deseaba satisfacer aquel impetuoso anhelo, aquella santa curiosidad de madre; pero tenía miedo de principiar, porque, tras una pregunta, le haría otra, y otra, y no podían perder un minuto.

—Yo os lo diré...—decía la buena anciana—todo; pero después. Ahora pensemos en salvarnos. ¡Ataulfo volverá, y si una vez habéis escapado de sus garras!... Se morfará de vuestros artificios... Le obligaréis a cometer un nuevo crimen, y yo, que le amo, como vos amáis a vuestro hijo, quiero evitárselo a toda costa. Tengo miedo de que el brazo de Dios caiga sobre su frente. Venid.

—Bien, te sigo; pero entretanto dime si quiera el nombre de mi hijo. Yo le llamaba Gonzalo los pocos instantes que le tuve en mis brazos... Mas ahora, ¿qué nombre tiene?

—Andemos, y os lo diré.

—Andemos.

—Arrojad ese puñal.

—No, lo guardo en el seno.

—Entrad aquí, en la alcoba. Esta alcoba tiene una salida secreta; por ella, sólo por ella, podemos salvarnos.

—Bien... ¡Pero siquiera el nombre de mi hijo!—dijo Elvira con voz suplicante al levantar las cortinas de brocado.

—Os lo diré, porque veo que ya sois dócil.

—¡Oh!

—Se llama Ramiro.

La dama se detuvo en el mismo dintel. El corazón le daba tales saltos, que no le dejaba moverse ni respirar.

—Creo que te burlas de mí, Gontroda. Tú has escuchado lo que en aquella reja decía, hablando conmigo misma.

—Puedo aseguraros que no percibí más que las últimas palabras. Creo que llamasteis a una persona, y salí porque me parecía una verdadera imprudencia...

—¿Y no oíste el nombre de la persona a quien he llamado?

—No.

—Ramiro.

—¡Ramiro! Y bien, este nombre lo llevan millares de cristianos.

—¡Lo lleva mi hijo!... ¡Lo lleva el paje del obispo de Santiago!

—¡Ah!

—¿Qué tienes, Gontroda, qué te ha dado? ¿Ese paje... ese Ramiro?...

—Venid, salgamos de aquí, Elvira—repuso la vieja, turbada.

—No necesitas decírmelo... A voces me lo está diciendo mi corazón... ¡Es él!...

¡Es él!

—¡Sí! ¡Sí!—respondió la anciana, arrastrada por la magnética corriente del amor maternal.

—¡Ah!

—¿Adónde vais, doña Elvira?

—¡A sus brazos, a los brazos de mi hijo!

Y al decir estas palabras lanzóse, no en pos de Gontroda, como decía, por la puerta secreta del dormitorio, sino en pos de Ramiro, por la puerta principal.

—¿Adónde vais, desgraciada?—gritábale Gontroda todavía—. ¡Mirad que os perdéis, que perdéis a vuestro esposo, a vuestro hijo, que nos perdéis a todos!...

Pero la madre estaba ya muy lejos para oír la débil voz de la anciana.

CAPÍTULO IV

De las cosas que a Ramiro acacieron aquel día.

El paje del obispo, según recordará el lector, había prometido al conde don Pedro Froilaz hallarse aquel mismo día en el cerro de los Potros, fuera de la puerta Fa-

garia, resuelto a seguir al primer escudero montado a caballo que le preguntase si quería ver a la bastarda de Trava.

Puntual, como él solo, el buen Ramiro hallábase al amanecer paseando delante de la iglesia de San Salvador, hoy de Santa Susana, cuya sencilla masa de piedra, de la más severa arquitectura bizantina, descuellan en la cima sobre las negras copas de antiguos robles, como esas rocas de granito desnudas de vegetación que coronan montañas, cuya falda está cubierta de verdor perpetuo.

Aunque la espesura del bosque le impedía ver la ciudad, oía, a la par de las dulces alboradas de alegres pajarillos, el murmullo de los villanos que salían al campo por los puentes levadizos; el canto de los peregrinos, que llegaban entonando piadosos y regocijados himnos, y el estruendo de los soldados del obispo, que todavía, receloso de la Reina Doña Urraca, seguía armando a todos sus vasallos y tomando las precauciones que en el libro anterior hemos referido. Aquella misma mañana se verificó la entrevista del prelado y la Princesa, de la cual resultó un acomodamiento entre ambos personajes, que, aunque tácito, tenía trazas de ser más firme que otras paces con mil escrituras hechas y con mil juramentos confirmados; aquella mañana también salía del castillo Honesto la litera que conducía a la bastarda.

Ciegamente confiado Ramiro en la palabra del conde don Pedro Froilaz, estaba persuadido de ver muy presto a la virtuosa matrona de quien tan alto concepto había formado en Extremadura, y no quiso, por tanto, hasta aconsejarse de ella, adoptar resolución alguna en las graves confusiones en que lo tenían envuelto. Gelmírez, negándose a conferirle la orden de caballería, infundiéndole sospechas acerca de su nacimiento; Munima, con sus preparativos de boda, y Doña Urraca, con sus miradas, tentaciones y arrebatos.

Pero si el paje se manifestaba dispuesto a recibir consejos, no lo estaba menos a devolvérselos a Elvira con todo el celo de un corazón juvenil para que no consintiese en dar su mano al *Terrible*, cuyo retrato pensaba hacerle con los más negros colores que hallase en la paleta de su fresca imaginación. Nunca Ramiro se había mostrado más niño que entonces: nada receloso, dócil, aturdido, y al propio tiempo con ciertas puntas de presuntuoso, con un airéculo

de hombre de importancia que hacía resaltar su inocencia.

A cada estremecimiento del ramaje, de cuando en cuando agitado por las suaves auras de la mañana; a cada rumor de pasos de los fieles que subían a rezar al templo del Salvador, antes de emprender sus cotidianas tareas, volvía el rostro con viveza, creyendo que se acercaba el misterioso guía que había de conducirle a presencia de la bastarda. En todos cuantos iban apareciendo fijaba curiosas miradas, que apartaba luego avergonzado y caviloso, hasta que un nuevo ruido le distraía de sus varias imaginaciones.

Vino un jayán vestido a lo rústico, de sayo y montera de buriel, y precisamente al reparar en su talante, Ramiro apartó la vista con un gesto muy expresivo de impaciencia y desagrado. Era carirredondo, un poco chato y un mucho malicioso, según lo daban a entender las miradas de sus garzos ojos y la sonrisa de sus labios, grandes aunque delgados.

Acercóse el paje, y su primera salutación fué una semicarcajada.

—¿Qué tengo yo, señor villano, que os excite una risa tan impertinente?—le dijo el mozo, mohino.

—¡Nada, señor gentilhomme—respondió el patán—, sino que es mi genio!

—Pues guardáoslo allá para quien lo aguante, que yo nada tengo que ver con vos.

—¡Nada! ¡Pues no es nada lo que conmigo tiene que ver el paje del obispo de Santiago! ¡Ahí es un grano de anís! La más hermosa dama de Galicia.

—¡Cómo! ¿Seréis vos?...

—El encargado de complaceros en todo y por todo, y de conducirnos a la presencia de...

—Dispuesto estoy a seguiros, si decís verdad. Pero, si mal no me acuerdo, el caballero que me habló al salir del monasterio de San Martín de Pinario me dijo...

—¿Que había de presentarme a caballo? Para que veáis que ningún requisito me falta, señor gentilhomme, no tenéis sino bajar esta colina, y ahí encontraremos el mejor potro que en dehesas extremeñas ha pacido.

—¿De Extremadura venís?

—Y allá se me figura que os he visto no ha muchos días.

—¿Seréis, por ventura—preguntó Ramiro—, criado de... de esa dama?

—¡Curioso!—respondió el patán con nueva explosión de risa—. ¿Conque... venís?...

—El caballero me dijo también—repuso el paje, un poco reacio—, me dijo que...

—¿Que se os había de presentar un escudero? ¿Y os figuráis que yo no tengo trazas de tal? ¿Quién os asegura, sin embargo, que yo no lo sea?

—¿Y adónde vamos?

—Adonde gustéis: a Padrón.

—¿Y allí esta doña Elvira?

—Allí está.

—¿Y cuándo se casó?

—No soy el encargado de decíroslo. Bajemos, si os place, a tomar la caballería.

Halláronla atada de un roble: Ramiro no tuvo por conveniente aceptarla, y el malicioso patán se resignó a cabalgar en ella: uno a pie y otro a caballo, echaron por el camino de Padrón y anduvieron más de legua y media.

—Señor gentilhombre, ¿no habéis traído con vos cualquier cosa fiambre por vía de almuerzo?

—No.

—¡Qué diantre! Es un descuido garrafal de que yo mismo tengo que acusarme.

—No importa—repuso el paje—; en llegando a la villa...

—¡Qué desatino! ¿Hasta Padrón queréis que vayamos en ayunas? ¡Ja, ja, ja! Yo tengo un estómago muy mal acostumbrado. Ahí veo una majada; tal vez en ella encontraremos algo con qué refocilarnos.

—¿No es mejor que sigamos adelante?

—Como gustéis, señor gentilhombre; yo no llevo más cargo que el de complaceros: gusto vuestro ha sido que yo montara a caballo, y ni siquiera os he replicado; gusto vuestro es que sigamos adelante, seguiremos; pero, la verdad sea dicha, no me siento con bríos para tanto, y si es gusto vuestro, nos detendremos en esa choza que cae a la mano derecha, donde no faltará pan, vino y leche y queso, y quizá, quizá viandas más substanciosas.

—Pero...

—Nada, si no es gusto vuestro, adelante; pero... digo yo también...

Ramiro no quiso replicar, por no parecer desconfiado, aunque no juzgaba ya ni medianamente de su compañero de viaje. Tomaron, pues, una senda a la derecha del camino, orillas de un arroyo, y dieron con la choza a cosa de dos tiros de piedra en una hondonada sombría.

—¡Qué diantre!—decía el escudero conductor—. Se me figura que no vamos a encontrar alma nacida.

Pero con harta sorpresa de entrambos ca-

minantes, apenas se asomaron al rústico albergue, vieron hasta cuatro villanos con más trazas de soldados que de pastores, aunque ni unos ni otros parecían por completo.

Tendidos estaban en el suelo, esperando sin duda el almuerzo que a la sazón se les ofreció, más sólido y sabroso de lo que podía esperarse en tan pobre cabaña.

—¡Caramba, si tengo yo buenas narices, aunque chato!—exclamó el patán, atando a la puerta la caballería—. Mirad, señor gentilhombre, lo que nos espera si esta buena gente se muestra compasiva y hospitalaria con dos pobres caminantes ayunos.

—Se me figura que no debemos detenernos—dijo Ramiro.

—Como gustéis, señor gentilhombre. Pero estos pastores son muy cerriles, y si por lo menos uno de nosotros no se sienta con ellos y les hace la razón, serán capaces de... ¡Oh! ¡Muy cerriles! Yo, por lo que pueda tronar, acepto, digo, aceptaré lo que me ofrezcan. Ahora..., si vos no queréis..., ya sabéis que tengo encargo de daros gusto.

—Pues bien—replicó el paje—, mientras vos almorzáis, yo daré por aquí fuera una vuelta...

—Corriente. Pero os aconsejo que la vuelta la déis dentro de la choza, porque es gente cerril, como digo, la que estáis viendo, y muy recelosa, y se figurará... Nada, nada, no habéis de salir de aquí. Y diciendo y haciendo, lo empujó adentro.

Saludáronse todos como desconocidos; pero bien pronto advirtió Ramiro que entre ellos no sólo había secreta inteligencia, sino que su compañero era tratado como superior, y que él no tenía libertad de salir del albergue.

No podía dudar, sin embargo, de que aquel hombre estuviese relacionado con la familia de Trava, pues en el camino le había dado cuantas noticias le pidió acerca de Elvira; ni tampoco que fuese el designado por aquel caballero de la armadura, amigo del obispo, porque se manifestaba enterado de las menores circunstancias de aquella secreta conversación tenida dos o tres días antes, al salir del monasterio donde moraba la Reina.

—Señor gentilhombre—le dijo su acompañante después del almuerzo—; estos pastores acaban de decirme que la señora ha salido ya de Padrón en una litera, esta misma mañana, en dirección de Altamira.

—¡Cómo! ¡Para casarse ya!

—Sin duda.

—¡Oh! Pues entonces...

—Entonces... tendremos que darnos prisa a ver si la cogemos en el camino.

—¿En el camino de Altamira?

—Justo.

—Pues una vez que ha marchado ya de Padrón, me parece lo mejor, hermano, que yo me vuelva a Santiago.

—Como gustéis, señor gentilhombre; pero no se ha verificado jamás que el hijo de mi madre se haya metido en un fregado del que no haya salido. Ello es que vos queréis ver a la noble dama, y la veréis antes de dos horas, o deo de ser quien sey.

—Bien está—contestó Ramiro, un poco alterado—, con tal de que marchemos cuanto antes...

—Al punto.

—Y vayamos solos...

El paje pensaba deshacerse luego de su compañero de viaje.

—Bien está, si tal es vuestro gusto... Pero no ha de ser así, por vida mía, porque esta honrada gente que aquí veis lleva precisamente el mismo camino que nosotros, y será muy mal visto que no admitamos su compañía.

—¿Conque es decir que iré escoltado por cinco hombres de bien?

—Así lo parecen a lo menos los cuatro—dijo el bellaco escudero.

—Y según veo, ni a vos os falta un buen cuchillo, ni a los demás sendas ballestas que ahí detrás asoman.

—Así es la verdad—dijeron todos, cogiendo las armas y rodeándole.

—Y como tenéis trazas de ser un buen muchacho—prosiguió uno de ellos—, así consentiremos en que nadie se os acerque ni os toque el pelo de la ropa, como en dejar de ser hombre de bien.

Reflexionó Ramiro que no tenía más que un cuchillo, con el cual no podía defenderse de tanta gente; calculó que podían desarmarle, y que el arma quizá le haría falta en mejor ocasión.

—Me place—contestó—ir en tan buena y honrada compañía, y llévase el diablo a quien tenga miedo... con tantos valientes.

—¡Eso es!—exclamó el guía—. Eso está puesto en razón y no hay que decir más palabra. Todos estamos aquí a vuestras órdenes.

—¡Todos!—gritaron los cuatro.

—¿Y todos dispuestos a complacerme... lo mismo que vos, eh?

—¡Todos!

—Así, pues, me parece, salvo el gusto de

tan gentil mancebo—prosiguió el conductor—, que tomemos la derechura de Altamira, porque allí debe estar ya la persona que vamos buscando.

Conoció el paje que había caído completamente en el lazo, y sólo deseaba aprovecharse de la primera ocasión para escapar a todo trance.

—Estoy cansado—dijo al más antiguo de sus compañeros—, y quisiera que me permitieseis ahora montar en el jaco.

—Que me place—le respondió el escudero—; pero como el camino es áspero y podéis dar una caída por estos vericuetos, iré yo con vos a las ancas.

—En tal caso prefiero seguir a pie.

—Ya sabéis, señor gentilhombre, que sólo deseamos daros gusto. Y para hacer más entretenido el camino, voy a proporcionaros una diversión; es preciso que conozcáis la habilidad de estos ballesteros, que, en su oficio, la tienen extremada. ¿Veis ahí, en ese prado, una oveja que está paciéndose descarriada? A ver, Juan, cómo le clavas una saeta en mitad de la frente.

Uno de los villanos armó la ballesta, tendió el brazo y disparó una flecha, que fué a clavarse en el ojo izquierdo del inocente animal.

—¡Mala puntería! Ea, tú, Gil, enmiéndasela. La oveja ha caído sobre el lado izquierdo, y el ojo contrario debe haberle quedado abierto. Es necesario que se lo cierras.

No bien acabó el guía de pronunciar estas palabras, cuando la flecha salió silbando a clavarse en el punto marcado.

—Ahora faltáis vosotros, Antón y Blas, y si no sois hombres de plantarle otras dos en la frente, digo que habéis perdido la habilidad de que ha poco blasonabais.

El escudero fué puntualmente servido, y Ramiro, que comprendió la lección, no pudo menos de confesarse en su interior derrotado y perdido. Encomendóse muy de veras a Dios Nuestro Señor, y, abandonándose en brazos de su suerte, desistió de buscar modos de escapar, hasta que, al fin, acompañado de los diestros ballesteros, llegó al castillo de Altamira.

Hallaron al ricohombre en la escalera; el guía le hizo entrega del paje, y tornó, sonriéndose, en busca de su señor. Los ballesteros se incorporaron a los del castillo, de cuya guarnición componían parte.

Volvió, a la sazón, Ataulfo de acompañar y despedir al conde de Trava, con quien había estado muy entretenido en el cami-

no, oyéndole contar ciertas particularidades de su hermana, que revelaban, ora nuevos primores o gracias desconocidas, ora cierto relumbro de afición antigua que ni sospechar osaba el enamorado esposo. Entre uno y otro rasgo con que le traía embobado, es de suponer que no dejase el buen don Pedro Froilaz de exigir alguna concesión y de obtener la confirmación y ampliación de las anteriores. Mas no fué el único buen resultado de aquellas suaves y discretísimas lisonjas.

Venia tan satisfecho *el Terrible*, tan lleno de risueñas esperanzas, que por primera vez habíase desvanecido la espantosa imagen de sus eternos remordimientos; y loco y embriagado de amor, volaba a solicitar de los ojos de Elvira una sola mirada que corroborase la más pequeña de las revelaciones del condé.

Presentósele Ramiro en aquellos momentos, al cual miró de arriba abajo; frunció el ceño; subiósele la sangre al rostro; sus labios, moviéndose en silencio, parece que querían articular alguna orden para Martín, el sayón, que, al olor de la caza, rondaba el cazadero; por su frente se veían cruzar los recuerdos del juicio de Dios; en su corazón se resentían las heridas de los celos. Pero de repente brilló en su boca una sonrisa de desdén.

—¡Hola! ¿Conque tú eres el paje del obispo de Santiago?—le dijo *el Terrible*, con sosegado acento.

—Sí, señor—contestó Ramiro, preparándose para sostener un largo interrogatorio, en que pensaba dejar bien puesto el pabellón de los Gelmírez.

—Pues bien...: te he traído para decirte que... que vuelvas a dar memorias a su reverencia.

Y le volvió la espalda, murmurando con la arrogante sonrisa de la fecundidad:

—¡Qué diablos, harto trabajo tiene si la ama!

Martín, que no hallaba verosímil semejante desenlace, se le presentó delante en una de sus vueltas de hiena alrededor de la presa.

—¿Qué quieres tú, mastín?—le dijo el richombre, tan satisfecho, que quería hasta jugar del vocablo.

—Saber qué tormento le damos...

—Que se vaya.

No aguardó Ramiro a que se lo dijeran dos veces; salió presuroso, puesto que nada contento, del castillo. Sin duda, hubiera querido sostener una lucha con Ataulfo y darle

a conocer que tenía tanta firmeza de carácter como de brazo; sin duda, le mortificaba un poco la inesperada generosidad y el soberano desdén de su enemigo.

Pero cediendo al primer deseo del hombre (el héroe inclusive), que en semejantes ocasiones es siempre el de salvar el pellejo, salió, como hemos dicho, dando gracias a Dios por haberlo sacado con bien de aquella madriguera.

Bajó parte de la colina, en cuya eminencia está fundado el castillo, y al llegar al pie de una roca de granito sombreada por brezos y matorrales, como venía cansado, sentóse un rato para tomar aliento y refrescar sus ardientes labios en un manantial que de las grietas del peñasco salía. Ni de tan pequeño consuelo pudo disfrutar; el agua corría turbia, formando un pequeño arroyuelo, y lo más particular era que brotaba del mismo modo de la roca.

—Esta agua debe filtrarse de los fosos—pensó Ramiro—. ¿Por qué, pues, no sale cristalina como está arriba?

El arroyuelo, en su prolongado y rápido descenso había labrado una especie de cauce o lecho profundo que surcaba en línea recta la falda de la colina hasta perderse en el valle. Por el fondo de esta torrentera, cuyas márgenes estaban erizadas de espesas matas y arbustos, vió Ramiro subir un hombre de traza descomunal, cubierta la frente con la capucha del sayo, embozado en una capa leonada, por debajo de la cual sacaba las manos para sacudir fuertes bastonazos a diestro y siniestro, sin duda para apartar la maleza, o quizá para llamar la atención del paje del obispo.

Esto último parece lo más probable, como quiera que apenas se convenció Pelayo, que no era otro el que subía, de haber sido conocido, cesó de dar golpes y continuó su camino por el fango, apoyándose en el bastón.

Tentaciones le vinieron al paje de esconderse y huir de la presencia del padre de Munima: tanta vergüenza le daba su propia conducta en aquella mañana, y, sobre todo, el desenlace de la aventura de la cita; pero no tuvo valor para hacer un desaire al hombre a quien tanto debía, y, sin esperar su llegada, se adelantó a recibirle, resuelto a no decir una palabra de cuanto le había pasado. A bien que nada le preguntó el mendigo, que parecía estar enterado del riesgo que el paje acababa de correr, porque, al aproximarse, tendióle los brazos, apretándole

contra su corazón y derramando lágrimas de sus hundidos ojos.

En seguida, con no poco asombro de Ramiro, le desabrochó el jubón, y, mirándole la espalda por sobre el hombro, cayó a sus pies de hinojos, levantando con júbilo las manos al cielo y haciendo los mayores esfuerzos por pronunciar una sola palabra.

—Gon... Gon... Gon...—gritaba el mudo con un berrido gutural; pero no pudo terminar la palabra.

—¿Qué tienes? ¿Qué es esto, Pelayo? ¿Qué significan esos extremos, esas miradas?... Saca tus tablas... Yo, que tu maestro he sido, te comprendí al momento. ¿Vienes a buscarme?

El mudo le respondió poniéndole la mano sobre la ropa, en el mismo sitio en que tenía la marca indeleble que probaba la identidad del paje del obispo con el niño abandonado en el bosque por Ataulfo el Terrible.

—¡Ah!— ¡Esa mancha, esa señal que tengo ahí de nacimiento! ¿Qué sabías tú?... ¿Has venido a verla, por ventura? Escribe..., aquí..., aunque sea en la arena.

Pero en vez de escribir, sacó Pelayo del zurrón una carta, y con tanto gozo y ufania como respeto, se la entregó al mancebo.

—¡De la Reina!—exclamó éste, ruborizado, al conocer la letra.

Doña Urraca, en efecto, quizá con las interesadas miras de ganar en albricias la gratitud de Ramiro, a nadie había querido ceder la satisfacción de participarle las primeras nuevas de su ilustre nacimiento. Comisionado por ella venía Pelayo: uno de los mejores jacos del país, gran trepador de montañas, para quien no había caminos malos ni veredas desconocidas, lo trajo de Compostela en poco más de una hora hasta las cercanías del castillo, y en un bosque del valle mismo de Altamira juzgó conveniente el mudo apearse, para no llamar la atención de los centinelas.

Vagando al pie de la colina, vió descender al paje y lo siguió con la vista hasta tropezar con él cerca del peñasco de donde brotaba aquel hilo de agua turbia que parecía ser desaguadero de los fosos; y como quisiese adquirir nuevas pruebas acerca del principal objeto que allí le llevaba, su primer movimiento había sido asegurarse de que en la espalda del mancebo subsistía aún la señal indeleble que tenía el niño que abandonó Gontroda no lejos de aquellas selvas. Satisfecha apenas tan legítima curiosidad, adquirido un nuevo irrecusable dato, no vaciló el mendigo en entregar la carta.

Era de ver ahora cómo seguía con sus miradas, con su cabeza, con sus brazos, con todo su cuerpo, las impresiones que la lectura producía en el rostro del paje, el cual, después del rubor, del orgullo, del asombro, del contento, de la duda, del más inefable transporte de gozo que sucesivamente fueron cruzando por su cándida frente en los breves instantes que le costó devorar con los ojos el pergamino, acabó por estrujarlo en sus manos, llevándolo al corazón y lanzando al mismo tiempo un grito de alegría; y, sin decir más palabras, volvió bruscamente las espaldas, y, corriendo cuesta arriba, se dirigió por segunda vez al castillo del Terrible. ¡Oh, si Pelayo hubiera tenido una voz para detenerle! ¡Si el joven hubiese tornado siquiera una vez los ojos para mirarle! Pero la felicidad es siempre en sus primeros instantes egoísta, inconsiderada, desagradecida.

Subió el paje casi falto de aliento, ebrio de gozo, ciego de amor filial; digamos, sin embargo, en honra suya, que tan sólo estos dos afectos, o más bien este único sentimiento, le conmovía, y que no se acordó siquiera de que el alcázar en que iba a poner los pies era suyo, y que de allí tenía que arrojar al bárbaro usurpador que por humilde lo había desdefiado.

—¡Mi madre vive! ¡Aquí está; voy a verla, voy a abrazarla!

Tal era el círculo de sus pensamientos, de sus ideas, de sus palabras. Para él más allá no había nada.

Con ademán resuelto, sin pensar siquiera en los obstáculos que podían oponérsele, acercóse al puente, y los centinelas, que poco antes lo habían visto salir, ninguna repugnancia manifestaron en permitirle la entrada. La confianza le abría paso por todas partes. Pasado el primer puente, tomó a la derecha el camino de la barbacana, y entonces fué cuando, al verse metido en aquel laberinto de fortificaciones, le asaltó la idea de la dificultad de encontrar a su madre.

—Preguntaré por ella a cualquiera que por aquí pase—decía el paje dentro de sí con esa confianza que en su edad se tiene en la primera idea que ocurre, en el primer hombre que se nos presenta—; diré que soy su hijo, y... se acabó. Todos se apresurarán a conducirme a sus brazos. ¿Y Ataulfo?—murmuraba luego—. ¿Llevará a bien que venga su rival a desposeerle de sus dominios? ¡Ca! Se los dejaré: yo me contento con vivir con mi madre, con ser

quien soy. ¡Pero ese maldito Ataulfo!... —volvía a decir tras de breve pausa—: Preciso es tener juicio... Disimular siquiera hasta que ella lo disponga como quiera, que siempre será del modo más acertado; afortunadamente, Dios me devuelve, no sólo una madre, sino la mejor de todas las madres.

A vueltas andaba con estas ideas y mirando a todos lados en busca de una persona que pudiese servirle de guía en el castillo; quizá le animaba también la esperanza de tropezar con el objeto de sus ansias sin más auxilio que el de su buena estrella, cuando apareció Elvira en una de las rejas.

El lector recordará que entonces Ramiro dió un grito y pronunció ciertas palabras que en los oídos de la madre resonaron dulce y regaladamente; el lector podrá juzgar ahora si Elvira se engañaba.

Todos los escrúpulos, todos los inconvenientes, todas las reflexiones desaparecieron para el mozo en vista de aquel rostro amado, de aquella mirada de irresistible atractivo. Partió como un rayo en dirección del segundo puente levadizo, y entró en el zaguán sin dificultad alguna, preguntando por Elvira. Si el mismo Ataulfo se le hubiese presentado delante, a él se hubiera dirigido con igual resolución.

—Soy hijo de vuestra esposa y de vuestro hermano don Bermudo de Moscoso; llevadme, llevadme al seno de mi madre y todo es lo perdono, y todos mis derechos os cedo.

Esto es lo que el paje le habría dicho.

El cielo coronó los deseos de aquellas dos personas, para las cuales quizá no restaba más felicidad en el mundo que la que iban a disfrutar por breves instantes. Halláronse, al fin, en uno de los corredores, no lejos de la habitación de Constanza, y, tendiendo al divisarse los impacientes brazos a los gritos mal reprimidos de «¡Hijo mío!» y «¡Madre mía!», que les sirvieron mutuamente de consuelo en su desgracia y confirmación de su dicha, entrambos tierna y estrechísimamente se abrazaron.

CAPITULO V

Que es uno más en esta crónica y dondequiera que haya otra.

Abrazados permanecieron largo rato, completamente olvidados del lugar en que se hallaban, de los peligros que encima tenían.

Elvira, sobre todo, con una expresión de celestial arrobamiento, apretaba con ambas manos la cabeza del hijo de su amor; besaba mil y mil veces sus rojas mejillas, sus rizados cabellos negros, y, deshecha en lágrimas y sollozos, apartábala de sí radiante de gozo para contemplarla más de lleno, para admirar las gracias del conjunto del rostro, de la figura, y precipitarse otra vez en brazos del mancebo con nuevo ardor, con nuevo llanto, con un afán, con un placer siempre crecientes.

La pobre madre necesitaba de aquel examen o revista para persuadirse más y más de que su dicha no era ilusoria; de que ni Gontroda ni Ramiro la engañaban; de que era su hijo, el hijo de Bermudo, aquel joven que estrechaba contra su seno. Pero el convencimiento de un instante a otro hacía los más rápidos progresos en su corazón, hasta tal punto, que ella secretamente se inculpaba de no haber antes descubierto por sí misma y sin otro auxilio que el de sus ojos, lo que tan claro y tan patente ahora se le aparecía.

Las palabras que en aquellos supremos instantes se dirigían, trasladadas aquí fielmente, serían para el lector una jerga insufrible y monótona; pero la expresión más corta, más insignificante, tenía para ellos un precio infinito, un sabor inefable, porque no eran los labios, sino los corazones los que se hablaban, y el gesto, el acento y las miradas suplían, o más bien excedían con inmensas ventajas a los más discretos razonamientos. La felicidad tiene el privilegio de hacer transparente, diáfana, la ruda corteza del alma; es una especie de fluido magnético que pone en completa comunicación a las personas que en él están envueltas. Elvira, que nunca apartaba de su fantasía la imagen de su hijo desastrosamente perdido, hallábalo de repente mozo, ya formado, hermoso, valiente, lleno de los más generosos sentimientos, muy más bello y completo de lo que ella en sus más dulces ensueños se imaginaba. Con él simpatizó desde el primer instante, y también él con igual facilidad se había dejado prender en esa misteriosa cadena de instintivo afecto, que algunos llaman fuerza de la sangre, y que con más propiedad debe llamarse fuerza del espíritu, vago recuerdo del alma que se ha desprendido de otra alma para venir al mundo, porque la familia, como la jerarquía, como todas las bases del orden social, tiene su raigambre, su tipo en el cielo.

Pasados los primeros arrebatos de santa pasión, aquellos dos seres, momentáneamente dichosos, comenzaron a ver el horizonte, como está ordinariamente el de la vida: cubierto de nubes amenazadoras. Temblaba Elvira tan sólo por su hijo; y para que se note en qué singulares contradicciones incurrir el corazón humano, el mismo sentimiento que antes le sirvió de escudo, que la confortó y la dió valor y serenidad hasta para aprovecharse de involuntarios errores, y esforzándolos, convertirlos en fingimiento, este sentimiento mismo en aquel instante la rendía y postraba. Sea que haya esfuerzos que no puedan exigirse dos veces, sea que la presencia del objeto que se intenta defender a costa de la vida nos embarace en la defensa, lo cierto es que la desdichada madre midió de una mirada su pecho, y se estremeció al considerar que no era capaz de sostener serena el papel que poco antes había desempeñado. ¿Quién sabe si no le parecía noble representarlo delante de su hijo? ¿Quién sabe también si la pobre bastarda, que hasta entonces nada tenía que echarse en cara, se acusaba de haber obedecido con demasiada docilidad los mandatos del conde de Trava? ¿Y quién ignora, por otra parte, lo mucho que para el ataque debilita la preocupación de llevar un flanco descubierto?

Para colmo de sus males, las primeras concertadas razones que le dirigió Ramiro fueron para preguntarle el motivo de hallarse casada tan silenciosa y repentinamente con Ataulfo.

—Hijo mío—respondió Elvira—, tus palabras me hacen volver del éxtasis de felicidad a que me había transportado. Pero no es tiempo de responder a tus preguntas; es preciso salir al punto de este alcázar, donde tu vida y la mía se hallan en el mayor peligro.

—¡Vuestra vida!—exclamó el mancebo—. No concibo cómo ni por quién pueda estar amenazada, siendo vos esposa del *Terrible...*, digo, de Ataulfo, y señora de Altamira. Con respecto a mí, podéis vivir tranquila. Verdad es que mi brazo inexperto, sostenido por Dids, derribó de su silla al ricohombre en un encuentro, del que no debió salir muy bien parado; verdad es que valiéndose de ruines artificios..., y lo digo así porque creo firmemente que vos no le amáis, no podéis amarle..., me ha traído aquí para castigar por manos de sayón ofensas que no sabe vengar por mano de caballero; pero al llegar yo al alcázar, no ha

mucho rato, creyó que me castigaba más cruelmente dándome en el rostro con su ventura y echándola de generoso, y hame dejado salir y aun entrar luego libremente. Nada debéis temer de mí, de consiguiente, madre mía. Al volver a Santiago he tropezado con un mensajero de la Reina, que expresamente ha venido a traerme las noticias que me han precipitado en vuestros brazos; nadie, como he dicho, se ha opuesto a mi entrada; nada, pues, tengo que temer aquí; y si yo no temo, madre mía, claro es—dijo el mozo, concluyendo con uno de aquellos rasgos de sencilla arrogancia que tan bien le sentaban—, claro es que vos no debéis abrigar el menor recelo.

—Tus palabras algo me sosiegan, hijo mío; pero no del todo disipan mis temores. Ramiro, o por mejor decir, Gonzalo, que éste es el nombre con que yo te llamé desde el primer instante de tu vida, es preciso que salgamos de aquí; Ataulfo queda privado de la mayor parte de sus títulos y haciendas una vez probado tu legítimo nacimiento, y si nos ve, y si nos escucha, no querrá ser tan generoso con el hijo de su hermano como lo ha sido con el paje del obispo.

—Yo le abandono todo; yo cedo todas mis tierras y castillos al esposo de mi madre.

—No; eso no basta..., además de que Ataulfo no es mi esposo—murmuró con trémula voz Elvira—. Te lo juro, Gonzalo; no ha recibido de mí la menor prueba de afecto, de cariño; no es mi esposo; no puede serlo.

La pobre madre andaba luchando con mil deseos opuestos y encontrados pensamientos: no quería descubrirle aún toda la verdad de su situación; temía aparecer culpada a sus ojos, y se justificaba con calor de faltas que ni siquiera podía concebir ni sospechar el inexperto joven. Así fué que de todas aquellas razones sólo llegó a comprender que su madre estaba presa, cautiva, contra toda su voluntad, en el castillo de Altamira, y el lector conoce demasiado los arranques del mancebo para esperar que llevase en paciencia semejante ultraje.

—¡Cómo!—exclamó Ramiro—. ¡No sois esposa de Ataulfo! ¿Conque es decir, que os retiene aquí mal de vuestro grado? ¿Que estáis presa en el castillo? Bien me lo pensaba yo que era imposible amar a semejante monstruo. Afortunadamente, Dios ha querido traerme aquí, no sólo para conoceros, sino para salvaros. Tengo madre, tengo derechos y espada tengo, aunque no de caballero. Salgamos, salgamos, que me siento con bríos

para esgrimirla contra cualquiera que se presente a disputarnos el paso.

Y al decir estas palabras, echó mano al cuchillo que en el cinto traía, como pudiera el Cid a su tizona.

Por grande que fuese la idea que acerca de Gonzalo Elvira hubiese concebido, nunca podía ser tal que al arrojo fuese a fijar el éxito de su fuga, y sin disminuir en un ápice el valor del mancebo, antes bien, alarmada con las muestras que de él quería dar, consideró que lo prudente por entonces era abstenerse de ponerlo en ejercicio, reservándolo para ocasión más oportuna.

—Bien, hijo mío; norabuena que tan decidido te muestras a sacarme de este cautiverio, y tan generoso en arriesgar tu vida por la salvación de tu madre; pero guarda tus bríos para mejor sazón, que no tardará en llegar, y no son menester por ahora, si en vez de seguir por la escalera principal nos dirigimos a otra secreta, por donde sin ruido ni pendencia podremos escapar.

—No me opongo; pero si lo dejáis por temor...

—No, no, hijo mío; ¿qué he de temer contigo? Sígueme: una dueña, una bendita mujer que el cielo me ha deparado, se ha quedado esperándome en mi aposento y nos servirá de guía. No, no es posible que Ataulfo te permita salir tan fácilmente como la vez primera... Mejor es fiarnos de Gontroda.

—¿Quién es Gontroda?

—Una santa mujer, a quien debo yo la dicha de conocer a mi hijo. Tengo en ella completa confianza.

Poco después llegaron a la habitación de Constanza de Monforte.

—No hay nadie—dijo Ramiro, después de haber recorrido el aposento con una rápida mirada.

—Quizá en la alcoba.

—Tampoco.

—¡Tampoco!—repitió Elvira con agitado pecho, viendo tornar a su hijo un poco desasosegado.

—Madre mía, hemos perdido mucho tiempo; volvamos por la puerta principal.

—Gontroda se habrá cansado de esperarme, o más bien habrá temido por sí; pero en esta alcoba debe haber un postigo...

—Lo he visto, y está cerrado.

—¡Cerrado!

—No lo dudéis; volvamos...

—¡Volver!—exclamó Elvira cerca de la puerta, donde había acudido para observar los tránsitos por la cerradura—. ¡No, por Dios! Hijo de mis entrañas, por el amor

de tu madre, escóndete en ese dormitorio... Veo venir a don Ataulfo.

—¿Y qué?

—Con algunos criados... ¡Por Dios, escóndete! Sería temeridad mostrar deseos de perderme el apelar a la fuerza... Te lo pido de rodillas, hijo de mi corazón... En esta alcoba..., si por casualidad aparece una anciana por esa puerta secreta, es Gontroda... Síguela..., ella te salvará. Yo no tengo peligro ninguno..., con tal de que tú salgas de aquí; yo no tardaré en seguirte... A mí me es muy fácil..., mucho, con tal que me dejes sola. ¡Adiós, hijo de mi vida!... ¡Por ahí!... Cualquiera cosa que oigas, permanece tranquilo, y, sobre todo, créeme siempre inocente... ¡Adiós, hasta luego!... ¡Es preciso alejar de aquí al ricohombre!

—Os obedezco—dijo Ramiro—; pero... no es porque tiemble...

—¡Gonzalo..., adiós!—le interrumpió la madre, empujándole detrás del cortinaje.

—¡Madre mía! ¡Madre mía!—murmuró éste, desapareciendo.

Quando entró el *Terrible* todavía ondeaban los majestuosos pliegues de las cortinas de la alcoba. Este movimiento no pudo menos de ser advertido por el caballero, que, después de examinar con torvas miradas la estancia toda, detúvose un momento, contemplando con curiosidad la colgadura de brocado.

Elvira estaba haciendo los mayores esfuerzos para ocultar su inquietud, y maquinalmente echó mano del cortinaje de la ventana para agitarlo lo mismo que el otro.

El *Terrible* no pudo menos de sonreirse, y volviendo luego a la dama, le dijo con estudiada suavidad:

—Querida esposa mía, ya tenéis dispuesta otra habitación más conveniente para el estado de vuestra salud; como preparada de prisa, no tendrá todas las comodidades que fueran menester; pero allí, al menos, no os atormentarán las lúgubres imágenes y pensamientos que ésta suscita.

—Gracias, don Ataulfo—respondió con timidez Elvira—; pero me siento mejor..., estoy bien aquí.

—Pues no creí, ¡vive Dios!, que aquí os fuese nunca ni medianamente.

—Mejor que en ninguna otra parte.

—¡Imposible! ¿Pues y aquel fantasma, aquel esqueleto que dormía, aquellas carcajadas, aquel baturrillo de..., mil demonios?

—Como habéis dicho, fueron todas ilusiones, delirios de una imaginación exaltada con ciertas noticias...

—Y con la presencia de estas sombrías paredes, de ese lecho, de objetos repugnantes para toda persona delicada como vos; y por lo mismo, para que esos delirios no tornen, debéis alejaros de aquí, trasladaros a otro aposento preparado por el amor...

—No, no; os juro, don Ataulfo, que aquí me hallo mejor que en ninguna parte, y os suplico encarecidamente me permitáis algunos momentos de reposo, de soledad.

—Y yo os juro y perjuro, esposa mía, que, a ser vuestro médico, no me conformaría con semejante manera de curar esa demencia, producida por el aspecto de estos lugares, obstinándose en permanecer en ellos. Pero ya veo que tenéis razón poderosa para solicitarlo.

—¿Cuál?—preguntó la dama, sobresaltada.

—¡Qué diablos! ¡Tan clara es, que salta a los ojos! Os dejé enferma, delirante, totalmente fuera de juicio, y os encuentro buena y sana y con más seso que el buen Peranzules, que pasa por ser uno de los varones más prudentes de estos reinos. Vuestra locura provenía de haberos traído torpemente, lo confieso, a la misma cámara de Constanza, y con seguir en ella os habéis curado; tenéis, pues, más razón que los santos en esforzaros por que aquí os deje hasta asegurar vuestro completo restablecimiento. ¡Pecaría mi que no os he de incomodar por eso! Y una vez que estáis a gusto, sentémonos si os place, doña Elvira, y hablemos como dos buenos amigos, como dos esposos que acaban de unirse en el altar para toda la vida. Venid, aquí, señora, venid a mi lado; dejad que os hable de lo mucho que os amo, y no esperéis a que yo invoque el nombre de marido para vencer esa indiferencia, si ya no es desvío o repugnancia, que en vos advierto.

—¡Oh Dios mío, Dios mío!—exclamó Elvira, retorciéndose las manos y levantando los ojos con desesperación.

—¡Elvira!—repuso *el Terrible*, dando un paso hacia ella.

—Apartaos de mí.

—¡Cómo es eso! ¿Volvéis a las andadas? ¿Otra vez el delirio? ¿Tornarán también las mismas apariciones? ¡Vive Dios, doña Elvira, que aborrecía demasiado a mi primera esposa para sufrir con cachaza que la segunda me zumbe con su nombre los oídos. ¡Ea! Pensadlo bien; no me hagáis recordaros que soy vuestro marido.

—Sois mi marido porque un sacerdote nos acaba de echar las bendiciones nupciales; pero no por mi voluntad, no por mi elección;

he venido aquí obligada de mi hermano, por la fuerza, y, hasta ahora, ni el más pequeño favor ni la más leve muestra de cariño os he dispensado.

El Terrible la dirigió una mirada fría, y dijo después con calma:

—Efectivamente, ha sido así.

—¡Oh! Ha sido así, ¿no es verdad?—repi-tió la bastarda con viveza.

—Verdad es, señora, mucha verdad. ¿Queréis testimonio de ello? ¿Queréis que os lo jure por la cruz de mi espada? ¿Queréis extender un escrito para que yo os lo firme, haciendo una cruz, que es todo lo que pude aprender de mi maestro el capellán del establo? ¿O basta para vuestros fines que lo diga aquí clara y terminantemente, de modo que pudiese oírme cualquiera que, pongo por ejemplo, estuviese en esa alcoba?

—¡Ah!—gritó Elvira, y al mismo tiempo oyóse leve rumor de pasos en el dormitorio.

—¿Qué aspavientos son éstos? ¿Por qué miráis ahí despavorida? ¿Volvéis otra vez a los delirios? ¿Teméis que resucite Constanza, cuya alma debe estar en el infierno y cuyo cuerpo es ahora pasto de gusanos?

—¡Callad, malvado, callad!

—¡Silencio, pesia vos! Estoy harto de far-sas, de insultos y sufrimientos. Lo sé todo; sé que tenéis escondido un mozo de veinte años, un amante, señora, un amante, y sé que por él son los apuros y congojas que estáis pasando.

—¡Un amante!... ¡Oh! ¡No!... Es mentira, mentira...; no lo creáis, Ataulfo, no lo creáis.

—¡Que no lo crea, cuando yo mismo lo he visto entrar aquí, cuando no he perdido de vista esa puerta, cuando me consta que no ha salido de este aposento!... ¡Cuando sólo me he detenido el tiempo suficiente para tomar mis medidas, a fin de que no podáis salir de aquí vos ni vuestro infame cómplice!

—¡Ah!

—¡Nadie, nadie! Prohibida está para todos la entrada y la salida en el alcázar; tengo completa seguridad de que no habéis de escapar por ninguna parte.

—¡Don Ataulfo, si me amáis, si me habéis amado alguna vez, en nombre de ese cariño os conjuro a que no lo creáis!

—¡Voto al diablo! Si queríais que yo nada supiese, ¿por qué no encargáis al galán barbiponiente que gaste más prudencia, ya que no me tenéis por sordo ni ciego? Cuando vino de Mérida iba publicando su amor

por los caminos reales; cuando tuvo la avilantez de presentárseme en el juicio de Dios, me lo repetió, por si en aquella ocasión no lo había comprendido. Ya veis, Elvira, que, aunque yo quisiese dudarle, el muy necio no me lo permitía. Y por si acaso me imaginaba que todo era presunción juvenil, devaneos de los cuales no debía hacerlos responsable, señora, os habéis empeñado en arrancarme esa venda con que voluntariamente me había cegado. Ese mozo ha venido aquí esta mañana, y, por singular milagro, ha vuelto a salir sano y salvo del castillo. Pero arrojando todos los peligros, desafiando toda mi indignación, torna otra vez y se lanza en la caverna del lobo de Altamira, que no puede olvidar dos veces de que por él he sido escarnecido y pisoteado. Esta acción sólo puede ejecutarse por un grande amor, alentado por una grande esperanza, y su esperanza no era vana, señora; las farsas de antes, el desasosiego de ahora, todo, todo está revelando que le correspondéis con una pasión inmensa, una sombra de la cual hubiera bastado para enloquecerme de gozo. Sí, aquí está; es vuestro amante querido; pero mis criados entrarán apenas levante yo la voz, y le harán expirar a vuestros pies.

—No, no; matadme a mí primero; de rodillas os pido su vida...

—¡Desdichada!

—La vida de mi hijo.

—¿De quién, señora?

—De mi hijo, de mi hijo—repetía la pobre madre, esforzando la voz y renunciando a la esperanza de salvarle por otro medio.

Ataulfo perdió el color, y, después de breve pausa, dijo con rostro sombrío:

—No; ésa es una piadosa surperchería, inventada para salvarle.

—Esa es una verdad—respondió la madre, levantándose con orgullo—; una verdad que acaba de descubrirnos la bondad divina.

—Sin embargo de que apeláis a buenos testigos, permitidme que no os crea—repuso *el Terrible* con oscuro acento—; vos no habéis tenido hijos, o si los habéis tenido han muerto.

—Eso nadie debe saberlo mejor que vos, don Ataulfo.

—¿Pues qué...?

—Repasad vuestra memoria, escuchad el grito de la conciencia, y adivinad lo que yo he descubierto.

El ricohombre guardó otra vez silencio.

—Lo que yo adivino—dijo después, hacien-

do un gesto feroz—, lo que yo adivino es que ha llegado su última hora.

—¡Cómo!

—¡Voto al diablo! Creo que no se necesita ser brujo para semejante adivinanza.

—¡Ataúlfo! ¡Ataúlfo! No le mataréis; estoy segura de que no le mataréis..., porque..., el pobre..., a trueque de salvarme y de salvarse, quería cederos todos sus derechos...

—¡Ah! ¡Ah!

—Aunque os sonreís..., así..., de esa manera, no lo mataréis—decía Elvira, temblando—; todo es por amedrentarme; le dejaréis salir libremente..., y Dios nuestro Señor, por esta buena acción, os perdonará cuantos crímenes hayáis cometido.

—¡Aún podríais salvarlo!—exclamó *el Terrible* con un sollozo.

—Proseguid.

—Si os resignarais a vivir conmigo como buena esposa..., si os mostrarais siquiera agradecida...

—No, no, cien veces no. Perezca mi hijo, perezca mi único, mi verdadero esposo; pero ni tus brutales instintos ni tus feroces deseos de venganza serán satisfechos.

—Tienes razón, Elvira; ha llegado el día de extinguir toda una raza de sobre la faz de la tierra.

Y al decir estas horribles palabras, avanzó el ricohombre hacia la alcoba; pero antes que llegase, lanzóse la madre a la puerta con resolución, y, desnudando el puñal que oculto traía, gritó:

—Tú, el primero; tú morirás, miserable, si das un solo paso.

Y blandía el acero con una mano, mientras sostenía con la otra el cortinaje de brocado.

El de Moscoso, que no se había acordado de proveerse de armas después que en la conferencia anterior se dejó arrebatar la que al pecho traía, no creyó conveniente exponerse al golpe que le amenazaba, y desviándose un poco de la línea recta que seguía, fué a parar delante de la puerta principal del aposento; entreabrió una de las hojas, y como se le presentase al punto el escudero Gil Pérez, que estaba aguardándole en el corredor, departieron algunos instantes, después de los cuales tornó el rostro don Ataulfo para decirle a la madre, que con la mayor ansiedad espiaba todos aquellos movimientos:

—Para que veáis, señora, que no soy tan despiadado como parezco, os dejo sola; así tendréis todavía algún rato de desahogo en vuestra ternura maternal.

Y, con sonrisa de mal agüero, se marchó, cerrando con llave la puerta.

-- ¡Gonzalo! ¡Gonzalo! ¡Hijo mío!—exclamó Elvira, levantando presurosa el cortinaje y buscando al mancebo, aguijada al mismo tiempo por el temor y la esperanza de encontrarlo.

Gonzalo había desaparecido.

CAPITULO VI

De cómo el paje del obispo fué convertido en murciélago.

Vamos a seguir sus pasos, si gusta el lector de acompañarnos.

Pero antes será preciso no perder la pista de uno de los muchos personajes que en el curso de la narración se nos ha desmandado.

Desde que Gontroda recogió la confesión escrita y las últimas palabras de Constanza de Monforte, no sepegaba un punto siquiera hasta averiguar si era cierto el crimen que la moribunda esposa de Ataulfo le había denunciado. Muy mala idea tenía formada de éste; como que para templar y contener sus bárbaros instintos, de acuerdo con el viejo Ordoño, había inventado y sostenido la supersticiosa fábula que le condenaba a morir el mismo día en que indebidamente diese a cualquiera la muerte; la historia del niño Gonzalo, en cuya desaparición ella había tenido parte, daba grandes visos de probabilidad a cuantos horrores se atribuyesen al ricohombre, con tal que condujesen al fin de apoderarse a todo trance de los bienes y dignidades que al hermano mayor correspondían; pero, con todo, Gontroda era cuasi madre suya; le amaba, al menos, con el cariño de tal, y no se atrevía a condenarlo sin tener la evidencia de la crueldad que se le imputaba.

Con nadie quiso, de consiguiente, darse por entendida del secreto. Recogió el escrito de Constanza, guardólo cuidadosamente y formó empeño en penetrar con el mayor sigilo en la torre de los calabozos. Ya hemos dicho que Ataulfo guardaba por sí las llaves de esta parte del castillo; pero la buena anciana, entendiéndose con el alarife Sisnando, se había procurado ya los medios de abrir las primeras puertas, aprovechando todas las ocasiones y los descuidos del carcelero.

Sólo consiguió, sin embargo, poder dar en la torre algunos pasos, hasta ahora comple-

tamente estériles; el prisionero que buscaba no debía hallarse tan a la mano, y el celo de Gontroda estaba a punto de desmayar, cuando aquel día, tan fecundo en acontecimientos, tuvo la feliz inspiración de seguir a don Ataulfo hasta la mazmorra, de donde salieron aquellos acentos conocidos, aquellas palabras entre resignadas y amenazadoras, las cuales ni rastro de duda le dejaron acerca de la existencia de Bermudo de Moscoso y del paraje en que yacía.

El lector ha visto los valerosos esfuerzos de la decrepita nodriza para impedir la profanación, el sacrilegio que iba a perpetrarse en la capilla de Altamira; el lector la ha visto desafiar la muerte, la perpetua prisión a que la expuso su generoso intento; pero, sin rebajar lo más mínimo los quilates de su heroísmo, ya se deja conocer que si la preocupación agorera de Ataulfo la salvaba del primer riesgo, las buenas llaves de hierro que ella se tenía guardadas en el bolso la tranquilizarían respecto del segundo.

El quid estaba en salir de la torre sin ser observada de los guardas y criados del alcázar, que pudieran ponerle graves obstáculos y dar noticia de la fuga al *Terrible*; pero no tardó en presentársele un momento en que el patio adonde caía la puerta principal de la prisión quedó desierto, limpias las cercanías y la casa toda en el silencio más profundo; era precisamente cuando se estaban celebrando los desposorios en el altar, alrededor del cual había acudido la gente, como si hubiese menester de presenciar la ceremonia para acabar de convenirse de que real y verdaderamente la boda se verificaba.

Salió Gontroda de la torre; una vez fuera de allí, sólo podía temer encontrarse de manos a boca con el ricohombre, pues ya suponía ella que nadie tendría noticia de su encierro ni de la escena del cuarto de la chimenea; acercóse, pues, sin afectación ninguna a la primera persona que halló, y supo que la impía ceremonia se había efectuado; vió luego salir del alcázar al ricohombre, acompañando al conde de Trava; vió entrar a la bastarda en el aposento en que murió Constanza de Monforte; acudió allí por la puerta del dormitorio y depositó el pergamino de la confesión de manera que llamase la atención de Elvira y fuese a parar a sus manos si entraba en la alcoba.

Atisbando desde aquel punto, fué testigo de las terribles ansias y apuros de aquella desdichada, y, de ella compadecida, acudió a su socorro para sacarla del alcázar, sien-

do de presumir que lo hubiera conseguido si en la impetuosidad del amor maternal no hubiese olvidado Elvira los atroces peligros que la acosaban.

Cuando Gontroda la vió lanzarse al encuentro de su hijo, no creyó que tornase otra vez al punto de donde había partido; o lograba escapar con él, o caían ambos en poder del ricohombre; y la buena anciana, con ánimo de favorecerlos en cualquier extremo, fue a situarse en un paraje por donde necesariamente tenían que pasar si intentaban huir. Sus cálculos, como acabamos de ver salieron fallidos: Elvira, tal vez con sobrado motivo, consideró que la fuga era difícil, si no imposible, pues Ataulfo habría adoptado disposiciones para retener en el castillo a la mujer de quien debía presumir, a pesar de las protestas del conde, que no de muy buen grado le recibía por marido; y aunque estas órdenes no se extendiesen a Gonzalo, no quería envolverlo en ellas, llevándolo en su compañía, ni menos exponerlo a un choque con la gente de la fortaleza, en el que, de seguro, aunque fuese más bravo que Roldán, tendría que llevar la peor parte. Esta razón poderosa y la esperanza de hallar todavía a su libertadora, la determinaron a volver al fatal aposento, menos horrible ya desde que pudo considerarlo como su único refugio.

Cayó luego en la cuenta Gontroda de aquella resolución, y en alas de su generosidad, o más bien del afán de evitar a don Ataulfo nuevos delitos, acudió también allí, entrando poco después en la alcoba, en sazón de hallarse Ramiro cabe la portezuela, escuchando a su madre y al *Terrible*, que adentro departían, y aterrado con algunas palabras que a sus oídos llegaban.

Acababa Elvira de asegurarle que no era mujer de Ataulfo, y éste la llamaba su querida esposa; como tal la trataba, y ella lo consentía y confirmaba, con el silencio unas veces, con las razones otras.

En aquel estado de amargura y estupor en que llegaba a dudar de su propia madre, la nodriza de Ataulfo abrió silenciosamente la puerta, sin ser percibida del mismo Gonzalo, que a su lado estaba. Hízose al punto cargo de la situación de todos; conoció que era imposible ya salvar a Elvira, y, no sin dolor, tuvo que resignarse a limitar su socorro al paje del obispo. Asíóle del brazo, y el mismo asombro y letargo de que estaba sobrecogido fueron causa de que en los primeros momentos no pudiese Ramiro exhalar una sola exclamación de

sorpresa ni oponer resistencia alguna. Cuando llegó a pensar, cuando quiso interrogar a la anciana, ya estaban fuera del aposento.

—¿Quién sois?

Gontroda no le contestó por el pronto; acabó de cerrar la puerta, y le dijo con voz cascada, en la cual, sin embargo, se percibía alguna dulzura y la satisfacción que a todas las buenas acciones acompaña:

—Andemos, andemos, hijo mío; pocas preguntas, si no quieres entregar la piel para que el lobo la desgarré.

—¿Sois Gontroda?

—La misma, la misma. ¡Quien te ha visto y quien te ve! ¡Jesús, cómo pasan los años! Dos veces te he salvado ya con ésta, si Dios quiere. Tú no recuerdas, ¡pobrecillo! ¡Ca! Si no tenías más que algunos meses... Pero ¡qué pulmones! ¡Qué berrear aquí en medio del bosque! ¡Si parece que te estoy oyendo! Buenos apuros me hiciste pasar. ¿Y conservas todavía aquella mancha en la espalda, hacia el lado derecho..., no, al izquierdo?...

—Al derecho, señora. Pero... ¿y mi madre? ¿Adónde vamos sin ella?

—Silencio, maldito charlatán—exclamó la anciana, que no podía ocultar su alborozo—; todos los pajarillos que apenas saben revolotar un poco más allá del nido se pierden por el pico. Imitame a mí, que no te hablo más de lo puramente preciso. ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Qué estirón has dado desde la última vez que te vi! Yo también te hacía algunas visitillas; yo también te solía ver cuando detrás del obispo ibas tan morenillo y colorado, teniéndole la capa, que daba gusto de verte. Y yo me decía: «¡Qué felices! Hijo de un hidalgo, paje de un príncipe de la Iglesia, que lo hará canónigo o cardenal, y que algún día, quizá, llevará la mitra; mejor le ha de ir mil veces que con los estados de Altamira, teniendo como tiene un tío tan mal cristiano.» Pero mira, hijo mío, no te vayas a vengar de Ataulfo; éste es el precio que exijo por tu salvación...

—Y la de mi madre.

—Y la de tu madre. Ataulfo, en el fondo, no es tan malo como a primera vista parece, sino que el pobre ha tenido mala crianza, y luego, todo el mundo le aborrece, le detesta; no tiene un cristiano que bien le quiera. ¡Pobrecillo! Yo no sé si estoy trabajando contra él al favorecerle; pero hágase lo que Dios quiera; las cosas han llegado a tal extremo, que...

—Pero ¿y mi madre? ¿Mi madre? Sin ella

no doy un paso más. Vos, señora, podéis sacarme de la confusión en que mi espíritu se encuentra, confusión muy más terrible para mí que todos los peligros que me amenazan. Hame dicho mi madre que no está casada con Ataulfo; ¿cómo es que permite a éste llamarla su esposa?

«Nada le ha dicho—pensó la anciana para sus adentros—acerca de Bermudo; no creí yo que hubiera podido contenerse; imitemos su prudencia.»

Gontroda dió luego a Ramiro contestaciones evasivas; encareciéndole la necesidad de guardar silencio, aunque, semejante a los cangrejos padres de la fábula, no se cuidaba de poner en armonía los consejos con el ejemplo. Tranquilizóle, sin embargo, asegurándole dos cosas a cual más importantes para Ramiro: primera, que su madre no corría tanto peligro como él, y podría luego salvarse fácilmente, y segunda, que fuese cualquiera la contradicción de las palabras y la conducta de Eivira, estuviese seguro de que podía ser completamente justificada.

Sólo después de haber obtenido el mancebo semejantes seguridades, pudo alejarse un paso más de aquel aposento. La puertecilla de la alcoba daba a un largo pasadizo que comunicaba con una secreta escalera, por la cual pensaba Gontroda salir más fácilmente del castillo. Mas apenas pusieron en ella el pie cuando en lo profundo sintieron ruido de criados que subían departiendo misteriosamente. Gontroda retrocedió; llevó consigo al mancebo al extremo opuesto de la puerta de la alcoba de Constanza, algunos pasos más allá de la boca de la escalera, y en el fondo del pasadizo aguardó a que pasasen los criados, calculando que debían ir a guardar la salida de la alcoba. Mientras llegaban, salieron los fugitivos del oscuro rincón en que se hallaban, y, dándoles la espalda, sin ser vistos, ganaron la escalera.

—Vienen en tu busca—murmuró Gontroda al oído del paje para alejar de él la idea del peligro de su madre—; por ahora, quédense ahí con un palmo de narices; vamos a ver si en la puerta de abajo tenemos algún tropiezo.

—No os olvidéis, buena anciana—dijo Gonzalo—, que traigo conmigo un arma y que tengo un brazo dispuesto...

—A echarlo todo a perder, metiéndonos en algún mal fregado. Cepos quedos y no hacer disparates.

Afortunadamente, hallaron franca la salida, que daba a un patio pequeño y sombrío, al pie de la torre de las prisiones.

—No me atrevo a proseguir contigo—dijo la anciana—; quédate aquí oculto, entre estos haces de leña, hasta que traiga una capa. Vamos, no hay que replicar ni hacer observaciones. Ahí dentro, y se concluyó. Yo vendré a buscarte. Perfectamente; buen muchacho. ¡Jesús, cuando uno piensa quién es, y lo ve andar como un ladrón, y en su propia casa!

La infatigable dueña salió de allá, y con alguna precaución se informó acerca de las probabilidades de la fuga. No las había de ninguna especie; *el Terrible* había dado las órdenes más terminantes para que a nadie, absolutamente a nadie, se permitiese salir del alcázar. Pensar que ninguno de los centinelas se dejase vencer por ruegos ni corromper con dádivas, era pensar en lo imposible, porque todos temían que Ataulfo estuviese espiándolos, para caer como ave de rapaña sobre el infeliz que titubease en el cumplimiento de su deber.

Sabedor *el Terrible* de que el paje había logrado escapar del dormitorio de Constanza, acababa de ordenar asimismo que se hiciesen las pesquisas más minuciosas por todo el castillo.

Si la fuga era imposible, parecía, en cambio, sumamente fácil descubrir a Gonzalo, oculto en un paraje tan próximo a la escalera secreta. Gontroda, en este apuro, no trataba ya de echar fuera del alcázar a su joven compañero, sino de evitarle los tormentos, los suplicios que le esperaban si caía en manos de Ataulfo; y no sabiendo qué hacerse, y acosada por la proximidad del peligro, tuvo por muy dichosa cuando le ocurrió cierta idea y se halló con los medios de ponerla por obra.

Acudió a la leñera, llamó a Gonzalo, el cual salió tan alterado, que por encima del sayo se le marcaban los latidos del corazón.

—Si tardáis un poco más—murmuró el paje—no me encontráis aquí; hubiera salido para morir como quien soy, y no como un animal de bellota. Pero después de haberos marchado, bajaron dos de los de arriba, y los muy pícaros sospecharon que ahí pudiese estar escondido; iban a levantar los haces, cuando mudaron de parecer, por considerar más urgente dar parte a su amo de lo que pasaba, y se alejaron, prometiendo volver con un tizón a dar fuego a la leña. ¿Qué noticias me traéis?

—Sígueme y embózate bien—le dijo la anciana, echándole una capa sobre los hombros.

No le pareció de muy buen agüero al pa-

jecilio tan inusitado laconismo; pero obedeció a Gontroda, la cual se dirigió al torreón, que se alzaba en uno de los frentes de aquel patio. Sacó del pecho una llave, y abrió la puerta sin dificultad.

—¡Dios me salve!—exclamó Gonzalo—. Este postigo y los escalones que se presentan más parecen de prisión que de nada que pueda conducir a la libertad.

—En efecto, hijo mío; tan desdichado eres que ningún otro sitio ofrece para ti seguridad, sino la cárcel; entra aprisa; aquí nadie penetra, sino Ataulfo y yo.

—*El Terrible*, para llevar el espanto, y vos sin duda, para llevar el consuelo a los cautivos. ¡Ah, Gontroda, cuán buena sois! Pero no sé por qué siento horror al respirar el aire que baja por esas escaleras.

—Toma—le dijo Gontroda, dándole una llave—; entra, respira ese aire con afán, y sé como el sabueso, que por el viento llega a levantar la caza. ¡Adiós!—repuso luego con viveza, respondiendo a un ademán de curiosidad, que no pudo reprimir el paje al escuchar aquellas misteriosas palabras—. ¡Adiós! Te veré luego; entre tanto, prudencia, joven, prudencia, si quieres salvarte y salvar a toda tu familia.

La puerta de la torre se cerró entonces tras del mancebo, el cual, con la llave en la mano, quedóse perplejo, rumiando en su mente las razones de Gontroda: «Respira con ansia el aire del calabozo; sé como el sabueso, que por el viento llega a levantar la caza.» ¿Qué tenía él que ver con aquellos calabozos? ¿Para qué le habían entregado la llave?

Era evidente que la anciana le daba un aviso, o más bien le aconsejaba que anduviese rastreando como el sabueso las huellas de alguna persona o de algún hecho que a él le importaba conocer, y que después, temiendo quizá que el deseo de inquirir le hiciese perpetrar alguna falta de precipitación o de excesivo arrojo, le había recomendado la prudencia, porque de ella dependía «la salvación de toda su familia». ¿Por qué no le había dicho simplemente la suerte de su madre? ¿Qué tenía que ver él con Ataulfo, que era el único que podía ser comprendido en el nombre genérico de familia?

Como quiera que fuese, Gonzalo comprendió que debía ser curioso investigador en aquella torre, y al mismo tiempo tener cautela y mesura en sus investigaciones, y determinó seguir al pie de la letra consejos que, por lo sanos, y por venir de unos labios

ya para él tan autorizados, no le parecieron sospechosos.

Como un muchacho de su edad, ora siga el camino de la temeridad, ora el de la prudencia, procede siempre con fe y calor extremados, no daba un solo paso sin hacerse cargo de los objetos que cerca de sí tenía, examinándolo todo y sacando consecuencias, muchas veces extravagantes, de las cosas más naturales, y formando misterio de las más sencillas. Pero este prolijo examen le sirvió también para hacerse el cargo de la distribución de aquella parte, la más sombría y retirada del edificio, de manera que a la media hora de haber estado allí ya se andaba por los parajes que se le presentaban accesibles con la misma seguridad que por su propia casa.

Nada adelantó, sin embargo, subiendo al piso principal y de allí a los adarves de la torre; nada, sino convencerse de que estaba construída con la mayor solidez; que las paredes eran tan robustas, que podían defender todos los embates del tiempo y de los hombres, y ahogar los gemidos de las víctimas que allí estuviesen encerradas; que había otra comunicación con el resto del alcázar, distinta de la del patio, y que las puertas de un lado y otro de la escalera y de los angostos corredores, asegurados con enormes candados y cerrojos, debían conducir a otros tantos nichos o calabozos, o tal vez a más anchos y profundos departamentos.

«Hasta ahora—pensó el mancebo—, no he hecho uso de esta llave; sin embargo, para algo me la ha dado.»

Aplicóla a varias cerraduras, sin resultado alguno, hasta que llegó a un postigo que cedió al punto y le permitió el paso a cierta escalera que descendía a nuevos pasadizos, en los cuales también se veían nuevas puertas y comunicaciones. Tuvo cuidado Ramiro, al quitar la llave, de volver a cerrar, y se quedó completamente aislado en aquel paraje. Después de haber malgastado mucho tiempo en abrirse camino hacia adelante, sintióse rendido con el peso de tantas fatigas de espíritu y de cuerpo como en aquel día había experimentado, y se le cayó el alma a los pies al considerar que la noche se acercaba, y que Gontroda no parecía ni a traerle noticias de su madre, ni libertad, ni alimento.

Luchando estaba con el sueño, que, muy a pesar suyo, le cerraba los pesados párpados, cuando volvió a recobrar toda su

energía al sentir ruido por donde había entrado.

—¡Gracias a Dios!—exclamó—. Si tarda más, creo que me encuentro tendido como un tronco. Preciso es confesar que el sabueso tiene muy malas narices, o que no hay un pelo de res en este cazadero. ¡Cuánto más me agradaría, ya que tengo que imitar al perro, ser, como el pobre *Luzbel*, defensor de los que amo, hasta dar por ellos la vida en campo raso, que no andar al humo, como un hurón, por esas madrigueras! Pero Gontroda no viene sola; yo siento un murmullo... ¡Santa María me valga! Hombres son...; traen luz... «Aquí no entra nadie sino Ataulfo y yo...» ¡Cielos, es él! ¿Si será ésta la caza que tengo que levantar?... —dijo Gonzalo, echando mano al cuchillo—. Pero me han encargado prudencia; de la prudencia depende nuestra salvación... Observemos.

Pegóse a la pared, bien embozado, en el hueco de una saetera, y vió, detenidos en el umbral, dos bultos de colosal estatura, el ricohombre y el jayán de sayo colorado; el primero, pálido, indeciso, turbado, y el segundo con el hacha en una mano y la luz en la otra, esperando con brutal indiferencia la resolución de aquella lucha mental.

Como ésta se prolongase demasiado, el sayón osó preguntar:

—¿Qué hacemos?

—Estoy pensando, ¡vive Dios!—respondió el *Terrible*, echándose la mano a la frente, en que brillaban frías gotas de sudor, como el rocío en una planta marchita—; estoy pensando que esta mañana dejé yo encerrada una persona en el espacio que hay desde esta puerta a las que comunican con el interior del alcázar, y la tal persona no parece.

—Volvamos, si os place, a registrarlo, sin seguir adelante.

—Volvamos; tal vez se haya quedado dormida en cualquier rincón; ¿qué otra cosa podía hacer esa maldita vieja?

—¿Vieja es?—preguntó Martín.

—No la hay más en el castillo.

—¿Gontroda?

—Sí.

—¡Ah! Pues lo que es a Gontroda, excusado me parece que por aquí andemos buscando, porque esta misma tarde la he visto yo y todo el mundo fuera de la torre.

—¡Esta misma tarde! Mira bien lo que dices, Martín, porque yo la tenía encerrada, y...

—¿Y de qué sirven los encierros para las brujas?

—Anda, bruto; ¿me querrás hacer creer, ¡voto a bríos!, que una mujer que a mí me ha sustentado a sus pechos...?

—Perdón, señor; pero tal fama tiene; y lo que es para salir de esta torre, el que a Dios no se entrega, no tiene más remedio que darse al diablo.

—Y vamos, en tal caso—preguntó Ataulfo, con una sonrisa forzada—, teniendo por hechicera a Gontroda, no dudarás de sus predicciones.

—La verdad es, señor, que no querría que nada malo me pronosticara.

—¡Cobarde! ¡Mentecato, vive Dios! ¿Con que si te dijere, por ejemplo: «Has de morir en el mismo día en que mates al reo que vas a ejecutar»?...

—A tal reo lo cuidaría yo como a las niñas de mis ojos.

Ataulfo volvió a caer en el más profundo silencio. El paje, que no había perdido un ápice de la conversación, escuchaba ahora con terror el resuello de aquel pecho duramente agitado por la tempestad.

—¿Y si te dijese yo: «Martín, si no deguéllas a ese hombre, pereces a mis manos»?—preguntó Ataulfo con voz sombría.

—En tal caso—se apresuró a contestar el sayón—, por grande que fuese mi fe en las predicciones de una vieja, sería mayor mi miedo al filo de ese puñal.

—No; éste ha sido un ejemplo que nada tiene que ver contigo.

—Así lo espero.

—Bien: figúrate—murmuró Ataulfo, pensando a media voz—que el paje se nos ha escapado del castillo por arte de Satanás; que Gontroda ha hecho otro tanto; que a uno y a otro les faltará tiempo para ir a Compostela y alborotar el cotarro; que *ella*, con el puñal en la mano, se defiendam como una leona; que veo venir sobre Altamira un nublado más negro que estos calabozos; que..., no hay remedio, Martín, no hay remedio; adelante. ¡Morir matando!

Y sonó el golpazo de la puerta tan brusca y violentamente, que hizo retremblar aquellos macizos murallones. A este estrépito sucedió luego el de los pasos lentos, pero fuertes, de los dos gigantes, que cruzaban en silencio terrible aquellos ámbitos, eternos arcabuces de la venganza.

Gonzalo, embozado cuidadosamente en la negra capa, procuraba coserse a las paredes; pero temiendo, con hartó fundamento, ser, a pesar de todo, descubierto, había desnu-

dado su cuchillo, resuelto también, como Ataulfo, a morir matando.

Pasaron, por fortuna, a cual más preocupado, el ricohombre y el sayón delante de la saetera, mirando el uno su camino, que no debía serle muy conocido, y el otro sin mirar a ninguna parte, con semblante pálido y ceñudo y el cabello erizado; y el paje, cuando los vió de espaldas, no pudo menos de exhalar un tenue suspiro.

El ricohombre se detuvo; Martín siguió andando, con la antorcha, y preguntó luego, viendo inmóvil a su amo:

—¿Es ahí?

Pero éste creyó que aquel gemido era puro efecto de su imaginación, y tuvo vergüenza de confesar su debilidad al fiel ministro de sus maldades.

—No; aún tenemos que andar—respondió con trémulo acento.

Y siguieron adelante. Paráronse enfrente de una puerta, cuyos candados Ataulfo quitó casi convulso.

Ofrecióse a la vista una escalera de piedra, que sudaba por todos sus poros una humedad pegajosa.

—¿Aún más?—preguntó el sayón.

—Adelante.

—Lo que es al que aquí se albergue, tan seguro lo tenéis como en la huesa. ¿Van cuatro o cinco puertas?

—Cinco.

—¿Sabéis, señor, que creo, a fe, que voy a hacer un servicio al desdichado que gime en tan profunda mazmorra?

—Yo también lo creo, Martín. El sería más dichoso, y yo menos desdichado, si hace veinte años hubiese tenido la resolución que ahora.

—¡Cuánta precaución para un solo hombre!

—Y si una persona dotada de un poder sobrenatural se empeñase en protegerlo, ¿quieres decirme tú, Martín, de qué servirían todas estas precauciones?

—De nada.

—Quien abre una puerta...

—Lo mismo puede abrir otra y otra.

—Pues bien: te he cogido en tus propias redes—repuso *el Terrible*, animándose por grados—. Gontroda, a quien tenéis por bruja, quizá sólo porque es vieja, se muestra, según hoy he visto, decidida protectora de..., del reo a quien vas a ejecutar, y, sin embargo, con todo su poder, no ha conseguido más que darme cuatro gritos, como un monje en Cuaresma, y abrir la primera puerta de la torre.

—¡Es singular!...

—Hay más: ese reo ha muchos, muchos años, que está aquí encerrado, y Gontroda hace tan sólo unos días que tiene noticia de su existencia.

—¿Y bien?

—Y bien, ¡cuerpo de tal!, ¿qué caso debes hacer tú de las predicciones de una mujer que se pone a revelar lo futuro y no conoce lo presente; que quiere robar sus secretos al cielo y no sabe lo que tiene a sus pies?

—Tenéis razón.

—¡Oh! Tengo razón, ¡voto al diablo! Sí, tengo razón; todo es una superchería inventada para contener m's ímpetus, para favorecer a... Ella, mi padre, todos, todos se han burlado de mí, tratándome como un niño. Pero..., con todo..., Martín, por si acaso, ¿no te parece que sería mejor contentarnos con dejar al reo mudo, ciego?... No, no basta—gritó, sin aguardar respuesta—, ¡Que muera!

Y queriendo terminar pronto una lucha tan cruel, bajó Ataulfo precipitadamente, sin cuidarse de cerrar la puerta como las anteriores. Bien es verdad que aquélla tan sólo podía entornarse, pues su cerradura, como hemos visto, consistía en candados exteriores.

El paje del obispo salió de su agujero, murmurando:

—Aquí, aquí es donde el sabueso debe aprovecharse del viento para levantar la caza.

Y con tanta resolución como cautela, deslizóse suavemente hasta el umbral que acababan de abandonar los dos hombrones.

Llegaron éstos a un aposento abovedado, en el fondo del cual había una puerta pequeña, pero extremadamente sólida y asegurada con todo género de palancas, barras y cerrojos. El artífice había hechado en ella el resto de su habilidad, poniendo cuanto hierro hubo a las manos. Ataulfo tardó mucho tiempo en desarmar una por una todas las piezas cubiertas de herrumbre.

—Este guerrero—dijo el sayón—, con ser tan enano, lleva una armadura que no podría sustentar un gigante.

—¿Estás dispuesto?—preguntó Ataulfo con una voz que apenas podía llegar a los oídos de su compañero.

—Dispuesto estoy; pero como no soléis dar ocupaciones de esta especie, no sé si andaré torpe en el oficio.

—Si de ésta salimos con bien, te juro que no han de faltarte ocasiones de adiestrarte. ¡Ea, adentro!

—¿Y ese hombre está solo?

—Solo.

—¿Y es robusto?

—Míralo—dijo *el Terrible*, entreabriendo la puerta.

—Lléveme el diablo si veo gota.

—Llévete, amén, maldito ciego. ¿Con que no ves allá, en la oscuridad, un viejo cubierto de barba blanca, sentado tranquilamente en un banco de piedra y mirándose con unos ojos de piedad que me rasgan las entrañas?

—Será lo que vos decís, señor; pero nada alcanzo.

—¡Oh! ¡Si cada mirada suya es un puñal que se me clava aquí, en mitad del corazón!

—Cerrems, pues; esa mazmorra está negra como un horno apagado.

—¡Oh! ¿Tienes miedo, miserable, tienes miedo?

—Pues vos no tembláis menos que yo.

—¡Si tú supieses lo que yo hago! Tú tiembles con el cuerpo, yo con el espíritu; tú temes la muerte, yo la ejecución y el malogro de una venganza que es el pensamiento de toda mi vida; tu frente está cubierta de gotas de sudor, mi corazón está sudando gotas de sangre; tú tienes una hacha, una cota de malla para defenderte, yo no tengo ni una sola idea para detener las flechas que me asestan a porfía la desesperación y los remordimientos; tú eres el brazo que ejecuta, yo la cabeza que manda; tú te cansas, pero no piensas, no te vuelves loco...

—A la verdad—exclamó el sayón—que semejantes andanzas no son para una noche de boda...

—Entra; todo lo acabas de decir.

Y empujando la puerta, dejó un hueco por el cual apenas cabía el jayán.

Al mismo tiempo resonó un grito que salía del medio de las bóvedas, diciendo:

—¡Asesino! ¡Asesino!

El sayón dejó caer la luz, y todo quedó sumergido en tinieblas.

—¡La bruja!—dijo Martín, retrocediendo despavorido.

Ataulfo, cuya primera acción había sido empuñar la espada, quedó inmóvil de terror, sin fuerza para desnudarla, con la mano en el pomo.

Un instante después se deslizaba silenciosamente por entre los dos una figura que, al llegar a la puerta de la mazmorra, cuyo umbral estaba algunos pies más alto que el

pavimento, cayó adentro sin poderse detener.

El ¡ay! que lanzó al sentar la planta en el vacío hizo volver al *Terrible* de su estupor, y asiendo la puerta, volvió a cerrarla de golpe, corriendo el primer cerrojo que halló a mano; poco después fué asegurándola a tientas lo mejor que pudo, y desnudando un puñal, lanzóse al oscuro espacio en busca de la salida. Como llevaba los brazos abiertos y la estancia era pequeña, tropezóse luego con Martín.

—¿Quién va?—gritó el sayón.

Tentaciones tuvo el ricohombre de clavar el puñal en la garganta de aquel siervo que había sido testigo de sus debilidades. Su intención, por lo menos, era dejarlo encerrado para siempre en la mazmorra con el cuerpo de su víctima; pero ahora lo necesitaba para salir de allí, y le respondió afectando tranquilidad:

—¡Soy yo, voto al diablo! ¡La has hecho buena con tus miedos!

—¿Qué tenéis en la mano?

—El puñal para encender lumbre. ¡Ea!

—Salgamos presto de aquí, señor.

—¡Cómo! ¿No te atreves a...?

—Ni por todo el mundo. Desde ahora declaro que tengo más miedo a la bruja que a vuestro puñal; y si antes he dicho otra cosa, me desdigo.

—Está bien; ya tornaremos cuando estés más tranquilo, y haremos despacio la prueba. Pero ¿a quién has visto tú?

—A la vieja.

—¿A Gontroda?

—Lo mismo que a vos, es decir, mejor que a vos, porque a vos no os veo, sino que os palpo y os oigo; pero a ella la he visto cabalgar en su báculo, y venir por los aires, y entrar por esa puerta como un murciélagos..., y aún juraría que llevaba por brazos alas de tal, bien que estos último no puedo asegurarlos tan fijamente.

—Una por una encendamos luz. Aquí traigo pedernal con todo cuidado; ese pajarra-co está en la jaula; acabemos de cerrarle la puerta, y ya veremos cómo hace para salir de la prisión.

CAPITULO VII

De cómo el sabueso se metió en la madrugada.

Era espaciosa la mazmorra, y abarcaba gran parte de los cimientos del alcázar; robustos pilares, colocados sin ninguna sime-

tría, sustentaban las altas bóvedas de granito, más gruesos y apilados donde se alzaba un torreón, y más claros donde tenían que sostener carga menos pesada.

En el rincón más apartado ardía una lámpara moribunda, luchando por romper con sus trémulos rayos la atmósfera impura y nebulosa de aquel vasto recinto.

Nada de particular tenía que los verdugos, que a la puerta se asomaron, ofuscados con luz más viva, no hubiesen percibido tan débil claridad; pero Gonzalo, que después de un rato de encierro se fué acostumbrando a la oscuridad, creyó vislumbrar algún reflejo y oír un ruido apenas perceptible, pero constante y monótono, únicos indicios de vida en aquel paraje, separado, al parecer, del comercio del mundo.

Guiado de una y otra sensación, fué avanzando lentamente y estremecido entre las sombras misteriosas, y casi resonaban más altos los latidos de su corazón que el murmullo, cada vez más claro, que turbaba el silencio de aquella soledad. A cada paso temía el mancebo ser detenido por una voz cavernosa y bronca, o tropezarse con un viejo de horrible catadura, hurraño, ceñudo, enemigo de los hombres, de quienes tantos agravios tenía que vengar, divinidad tutelár de aquel averno, especie de sátiro o demonio, guarda maligno del subterráneo.

¿Cuál otra podía ser la condición de un hombre privado tantos años del sol, del aire libre, del campo, del trato y comunicación con sus semejantes?

Esta reflexión hízole caer en la cuenta de que él también estaba condenado a las mismas privaciones, al suplicio de vivir en compañía de un ser desconocido y acaso repugnante, teniendo que renunciar para siempre a las caricias de una madre, a quien pocas horas antes había dado el primero y último abrazo; a los consuelos de un amigo, y más que amigo, de un padre, como el obispo de Santiago; a las miradas lisonjeras de la Reina Doña Urraca, a quien era deudor de la dicha que por algunos momentos había disfrutado.

¡Morir enterrado en vida, cuando la vida le presentaba una perspectiva más que nunca deslumbradora y de tan vastos horizontes!

«Pero es imposible—decía para sí—; es imposible que yo permanezca encerrado mucho tiempo. Si mi madre, si Gontroda no tienen poder alguno sobre ese monstruo, que no parece sino que ha hecho pacto con el diablo, según éste le favorece, el obispo, mi

señor, no me abandonará, y la Reina, la Reina de Castilla, que me ama, no hay duda que me ama, será capaz de no dejar piedra sobre piedra hasta encontrarme. Sin embargo—añadía después con desconsuelo—, este hombre entraría joven como yo; tendría acaso por amigos princesas y magnates, como yo, y cómo yo se echaría las mismas cuentas que me estoy echando. ¡Y aquí ha envejecido! ¡Y hora tras hora, día tras día, año tras año, ha pasado aquí diecinueve o veinte, ese mismo período que llevo yo en el mundo, que me parecía un soplo en la libertad, y que debe ser una «ternidad en el cautiverio!»

En esta alternativa, en este vaivén del temor y la esperanza, que más o menos violento es el curso ordinario de la vida, Gonzalo íbase acercando a la luz, y poco a poco tomaron cuerpo algunos objetos informes, algunas sombras caprichosas que alrededor confusamente se dibujaban. Distinguíase las macizas columnas, los toscos arcos de la bóveda, y creyó hallarse en alguna iglesia subterránea, que los arquitectos de aquella época solían poner por cimiento de otra iglesia. Así, Diego Gelmírez, sobre una catedral había echado otra catedral en Compostela, como los gigantes montes sobre montes para escalar el cielo.

Poco después sintió el paje algún oreo en el rostro; la atmósfera iba siendo cada vez menos espesa; detúvose delante de un arroyuelo que descendía, o se filtraba más bien, por un extremo en forma de cascada, atravesando la cueva hasta salir por otro, y produciendo aquel murmullo que en cualquier otra parte se hubiera confundido con los cien imperceptibles murmullos de la soledad, y que allí, por ser el único, resonaba majestuosa, y parecía ser escuchado con religioso respeto.

Tendió, no obstante, los ojos por todos lados, y aunque hallaba señales de estar aquello habitado, no podía el mancebo vislumbrar ningún ser viviente. Tentaciones tuvo de dar un grito o de hacer algún estrépito para prevenir al huésped de la sombra morada; pero el temor que le inspiraba un hombre a quien tan largo infortunio debía de hacerle salir de la esfera común de los hombres, paralizaba sus movimientos, y detenía la voz en la garganta.

Por fin, sus vagas miradas se fijaron en un anciano venerable, tendido en un lecho de paja, que dormía, al parecer, profundamente, con la cabeza inclinada sobre un rollo de estera que le servía de almohada. La

luz de la lámpara de bronce, colgada en un poste cercano, le daba de lleno en el rostro, cuya magrura y palidez eran cadavéricas.

Vestía larga túnica de tela grosera, por cuyas orlas asomaban los pies descalzos y amarillentos, sujeta a la cintura con una cuerda de cañamo.

«¡Muerto! ¡Está muerto!», quiso exclamar Gonzalo al observar su inmovilidad después de aquellas tristes apariencias; pero agitando los labios, le faltó el impulso para emitir la voz y pronunciar una sola palabra.

El mancebo, al percibir la figura de un viejo de cabellos blancos, que sentado en una piedra le dirigía suaves miradas de cariño y misericordia, no hizo más que ver reflejada en el negro fondo de la mazmorra la imagen vivamente pintada en su fantasía. Todo era pura ilusión; pero esta ilusión, como veremos, distaba poco de la realidad.

El anciano no estaba muerto; dormía tranquilamente, y quiso, al parecer, sosegar al huésped con una dulce sonrisa, triste, pero serena aurora de un apacible ensueño.

Mientras las víboras de los remordimientos hallaban sabroso pasto en las entrañas del implacable carcelero; mientras la noche de bodas era la hora prefijada por las furias desencadenadas de la superstición y de la venganza para los terribles combates, mortales sudores y congojas del desposado, el prisionero, como en un lecho de flores, reposaba y se sonreía.

Su aspecto era tal como Ataulfo, sin duda por tenerlo bien conocido, vivamente le había retratado. En él se traslucía al punto la resignación, esa satisfacción del alma que resulta de haber vencido al dolor con el dolor, que brilla con alegría melancólica, como el sol que desde el horizonte lanza sus rayos postreros por el claro que le deja el todo que cubre la bóveda azul del firmamento. Luengos cabellos de singular blancura brotábanle con fuerza de las sienes y la barba, atestiguando una vejez prematura: el vigor y la lozanía de un árbol joven y robusto sorprendido en medio de su pompa por los intensos hielos de la desgracia. La frente, pálida y descarnada, un poco morena, como el marfil de un Júpiter antiguo, estaba surcada por arrugas que, con ser tan honradas, no habían podido borrar el sello de nobleza profundamente impreso en todas sus facciones, las cuales aún se distinguían con una dulce regularidad. Los labios parecían afables y delicados; las cejas, como los bordes nevados de un negro peñasco, resalta-

bas sobre las azuladas cuencas de los ojos, en curvas correctas y vigorosas que se habían mantenido inflexibles bajo el peso de tantas calamidades, como entre las ruinas de una iglesia gótica quedan en pie los arcos más ligeros desafiando las tempestades. Gonzalo no pudo verle sin sentirse inclinado a venerarle; porque entre tantas huellas de los trabajos y pasiones, brillaban todavía algunos rasgos delicados, tristes reliquias de la hermosura, nobleza y arrogancia de sus años juveniles; suave vislumbre de una alma fuerte y de una conciencia tranquila.

Bermudo de Moscoso había sufrido de tres días a esta parte quizá mucho más que en los veinte años de cautiverio. Pero el Señor se había compadecido de él enviándole, por fin, un sueño no turbado, como el de Ataulfo, por horribles pesadillas, flechas rezagadas de la batalla, que van a sorprender al vencido en la fuga, al vencedor en el desvanecimiento; el sueño en el cautivo era profundo, reparador, regalado por imágenes risueñas, delicioso perfume que derrama el ángel de la noche al batir sus alas en torno de nuestro lecho, para refrescar la frente del que reposa confiado en la misericordia de Dios.

Sacrilegio le pareció al mancebo turbar aquella calma, desvanecer aquella ilusión, único alivio de un preso destruido de toda esperanza de los hombres, y se apartó de allí, recostándose contra una pared, de manera que podía observar al anciano, sin que éste, en el caso de despertar, pudiese verle de pronto.

Así permaneció largo tiempo, teniéndolo para reflexionar de nuevo sobre su situación, y, al cabo de mil contrarios pensamientos, con toda la confianza que pueden inspirar los pocos años (la juventud es reacia para admitir el infortunio), se vino a fijar en que, pues él no había hecho otra cosa que intentar una buena acción, impidiendo la perpetración de un crimen, pues había seguido los consejos de Gontroda con la mayor puntualidad, Dios y la anciana lo sacarían de allí con bien, precedido del cautivo, cualesquiera que fuesen las causas que le hubiesen detenido.

«¡Diantres!—decía Ramiro dentro de sí—. Veinte años de encierro en este vasto sepulcro ya son para purgar los delitos más graves. ¿Y qué delitos ha podido cometer un hombre que duerme tan sosegado y tan afable se sonríe? Por mí puedo sacar la consecuencia: ¿estaría yo tan seguro de salir de aquí, tan sereno, puedo decirlo, tan sere-

no, si hubiera obrado mal? No. Dios me ha traído y Dios me sacará. Pero ¿y si tarda en sacarme otros veinte años? ¿Podré decir que soy inocente como ese venerable anciano? De ninguna manera. Y sin embargo...»

Estos *sin embargos* le producían el efecto que un cubo de agua fresca por la cabeza abajo al que está sudando a mares en un baño ruso.

«No, no; lo mejor será—prosiguió el mancebo—volver a la puerta de la mazmorra; los asesinos se han quedado a oscuras, tenían mucho miedo, y no creo imposible que hayan cerrado mal, en cuyo caso tengo yo fuerzas, como encuentre a mano cualquier cosa que me sirva de palanca, para hacer saltar mil cerrojos.»

Para tornar a la puerta necesitaba luz; pero no habría osado descolgar la lámpara, si de ello dependiese su misma libertad, y prefirió volver a tientas, procurando seguir el camino que había traído.

Entretanto, el anciano se removió en su lecho, incorporóse, dejando caer su blanquísimas barba sobre el pecho como una cascada espumosa, y con sus manos descarnadas se restregó los ojos, que brillaban como diamantes en la oscuridad de sus órbitas, y luego exclamó con voz profunda y dolorida:

—¡Sueños, siempre sueños! Soñé que, al fin, me enviaban un verdugo; pensé que, al fin, dejaba de padecer. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Tan cobarde soy que me alegraba de morir!

Arrodillóse luego delante de una cruz de madera, toscamente labrada, y parecía pedir a Dios perdón de aquella debilidad de su naturaleza; pero al cabo de unos momentos alzó la frente aspirando fuertemente y volviendo el rostro a uno y otro lado, como el ciego Isaac, cuando por el olfato quiso reconocer los vestidos de Esaú.

—Esta atmósfera—pensó el anciano—, no parece la misma de antes; hallo yo aquí alguna novedad.

Y como la novedad, cualquiera que fuese, en la prolongada y monótona existencia del prisionero, debía producirle una sensación agradable, brillaron sus ojos con más apacible lumbre, y se contrajeron sus labios con la misma sonrisa que en su sueño.

Fijó entonces la mirada en el suelo, y como a fuerza de tener delante por tanto tiempo unos mismos objetos los conocía por átomos, si es lícito decirlo así, no le quedó duda de que otros pies que los suyos habían removido la arena, por más que ninguna

huella, a otros ojos perceptibles, hubiesen dejado las plantas del mancebo.

Levantóse, anduvo rastreando a guisa de podenco, y luego retrocedió, levantando al cielo las manos, y clamando con alborozo: —¡No me engañé, Dios mío! ¡Mi verdugo! Y volvió a caer de rodillas.

Gonzalo apareció poco después con una hacha en la mano: la turbación le entorpecía la lengua; contentábase con lanzar a su padre miradas compasivas y que, a la vez, también pedían compasión.

—Te estaba aguardando, amigo mío—le dijo con voz hueca, lento y solemne—; te estaba aguardando. No hace muchas horas me decía yo: «El día de mi libertad se acerca; creo firmemente que Dios va a mandarme presto un redentor o un verdugo.» Acabo de verte en mis sueños. ¡Bendito sea Dios! Su misericordia es infinita para conmigo; quiere darme la felicidad por completo, quiere llevarme a su seno, sin hacerme pasar otra vez por ese purgatorio que se llama el mundo.

El paje del obispo arrojó la hacha con indignación, suponiendo que ella era la causa de que el anciano le tomase por ministro de la venganza de Ataulfo.

El cautivo interpretó aquel movimiento como de impaciencia, de ira.

—Pronto, pronto despacharás tu encargo. Déjame siquiera algunos instantes para prepararme a ver a Dios. Déjame decirle que, si Él lo ordena, estoy dispuesto a vivir, a permanecer otros veinte años en este calabozo.

Aquí Ramiro, falto siempre de palabras para contestar, prorrumpió en sollozos, que terminaron ahogados en un torrente de lágrimas.

—¡Dios mío, Dios mío!—repuso Bermudo, levantándose conmovido y mirándole más de cerca—. No; tú no eres el sayón que yo he visto en mis sueños; tú eres... ¡Infeliz! ¡Infeliz! ¡Cautivo como yo! ¡Cuánto, cuánto tienes que llorar! Perdóname, el brillo de esa arma fatal me ha deslumbrado. Sosiégate, hijo mío, ven conmigo; te daré agua, contigo partiré mi pan, mi pobre lecho. No soy tan desgraciado cuando en mi miseria todavía puedo ser útil a uno de mis semejantes.

—Y vuestros semejantes—dijo, por fin, el joven, todavía anegado en llanto—, vuestros semejantes os tienen aquí olvidado, os tratan peor que a una fiera, os privan del aire, de la luz, del sol!

—¡Qué importa, joven, qué importa! Dios

nos manda volver bien por mal: la injusticia de uno, dos ni más hombres no nos autoriza a detestar al género humano; esas mismas personas, de quienes podemos quejarnos con razón, son hermanos nuestros, hijos de un mismo padre; en medio de esos goces envidiables que Dios derrama para todas las criaturas y de que ellos me han privado, son acaso más desdichados que yo, más dignos de lástima que de aborrecimiento. Siéntate, hijo mío, en estos groseros escaños por mí preparados; dime quién eres y a qué has venido aquí, porque voy creyendo que no estás preso al verte tan pertrechado.

—¿Y no presumís que yo venga a ponerlos en libertad?

—¡En libertad! No...; confieso que no me ha ocurrido..., así..., de esa manera... Morir era toda mi ambición..., y creí...; pero... ¡Libre!—exclamó Bermudo de repente con un acento que, al salir con ímpetu, hizole levantar de gozo toda la tabla del pecho—. ¡Libre! ¡Ver otra vez el sol, el cielo tendido, inconmensurable, todo azul y tachonado de estrellas! ¡El mar, casi tan grande como el cielo! ¡El campo, los ríos, los prados, los montes, las selvas y las flores! ¡Oír el cántico de las aves, el murmullo de los torrentes, el susurro de los céfiro, el silbo de los vientos! ¡Oh! ¡Ver otra vez las olas con sus cambiantes y espumas, los celajes y ráfagas con sus nácares, y arboles y púrpura, y oro! ¡Ver las súbitas mudanzas del cielo, el magnífico aparato de las tormentas, el vivo fulgor de los relámpagos, la triste claridad de la luna silenciosa! ¡Oh joven! Tú no sabes lo que me propones, ni yo lo que me digo. Me creía fuerte, domador de mí mismo, vencedor de mis pasiones, y con una sola palabra has echado por tierra toda mi ciencia, toda mi virtud. Me creía un roble secular que puede desafiar al huracán y sus rugidos, y soy como un campo de espigas que ondea a merced del aura caprichosa... ¡Mentira, mentira: el mundo no es un infierno, como yo te he dicho; es la antesala del cielo! ¡Llévame!... ¡La libertad, amigo mío, la libertad antes que morir! Los hombres, el trato con los hombres, las casas, los templos, las fábricas insignes, puentes, castillos y ciudades, todo, todo lo que es el mundo. ¡Cuán bellas son las obras del Señor! ¡No sabéis lo que tenéis vosotros los que vivís en libertad, los que no halláis coto que no puedan salvar vuestros pasos, límites que no traspasen vuestros ojos, los que no veís un día lo mismo que habéis visto el anterior!

¡No sabéis lo que tenéis con lo que Dios derrama generosamente para la más miserable criatura!... ¡Hombres, hombres, no sabéis siquiera lo que sois, lo que valéis para vosotros mismos! Salgamos, salgamos presto de aquí.

Pesóle a Gonzalo de haber despertado imprudente, con una sola palabra, deseos que no podía satisfacer, y queriendo recoger velas tan ampliamente desplegadas al menor soplo de viento, interrumpió al anciano, el cual, a pesar de todo su entusiasmo, soltaba la voz con harta lentitud, como quien había perdido la costumbre, después de veinte años de casi absoluto silencio.

—La libertad no puedo yo proporcionáros-la inmediatamente. Seguro estoy, sin embargo, de que pronto la recobraréis. Yo estoy preso como vos; pero he dejado personas en el mundo que se interesan por mi suerte, las cuales no tardarán...

—¡Ay, desdichado!—exclamó el anciano, después de un hondo gemido—. Eso mismo es lo que yo decía las primeras horas, el primer día, los primeros meses, los primeros años de estar aquí; se pasó mucho tiempo antes que yo acertase a desconfiar de los hombres; pero, bien a costa mía, he aprendido a poner sólo mi confianza en Aquel que es incapaz de engañar. ¡Infeliz, infeliz de ti si abrigas semejantes ilusiones! Cada momento que pasa dejará en tu corazón la huella amarga del desengaño; y como los momentos son tantos y pasan con tal rapidez, las huellas serán innumerables, y secarán tu corazón, aunque lo tengas más rico de savia que una planta en primavera, más dulce que un panal de miel.

El paje le miraba entre turbado y compasivo, y viéndole exponer razones, al parecer contradictorias, llegó a temer que su juicio no estuviese muy seguro.

—Pues que, ¿no acabáis de decir?...

—Que el hombre es el mayor tesoro para el hombre—repuso el anciano, que al vuelo había comprendido su pensamiento—. Sí, hijo mío; esa verdad nadie la siente mejor que yo: la soledad completa, castigo es más terrible que la muerte. Si tú fueses un saiyón que hubiese venido a degollarme, te habría mirado con cariño, porque eres hombre. Si mi mayor enemigo, si el que me tiene aquí sepultado viniese a morar conmigo, puede ser que las pasiones me cegasen en los primeros momentos, y que sobre él me lanzase como una fiera para devorarle; pero si de estos brutales ímpetus se salvaba, no dudes tú que vencería el instinto de la

naturaleza, que me grita: «Amalo; es un hombre.» Las aguas corren tras de las aguas y el hombre tras de la sociedad. ¿Qué importa que los más puros y cristalinos manantiales, reuniéndose, formen ríos para correr más raudos al océano y perder su dulzura y suavidad? ¿Qué importa que el hombre, saliendo del modesto rincón de su familia, sepa que el mundo ha de estrujar y retorcer su corazón, y lo ha de alimentar de hieles? Sin que las aguas del mar, ni los desengaños del mundo dejen de ser nunca menos amargos que lo que son, la fuente más pequeña y el hombre más oscuro anhelarán siempre mezclar su linfa pura con las salobres ondas, padecer y morir en compañía de los demás hombres.

—Pues bien—dijo Ramiro con sencillez—, dad gracias a Dios porque os envía un compañero, como yo se las doy por haberlo encontrado.

—Joven—exclamó Bermudo, enternecido—, tú crees en Dios, tú lo reconoces en los trabajos; yo, ciego de mí, me desesperé, blasfemé en un principio; tú no serás tan desgraciado como yo he sido.

Y asíéndole de la mano le puso delante de la cruz, y permanecieron de hinojos algún tiempo.

—Lloras, hijo mío, lloras—le dijo el anciano, viendo correr las lágrimas de los ojos de Ramiro—; tú verás, no obstante, que el bálsamo de la felicidad puede filtrarse aún de las bóvedas de este negro sepulcro.

—¡Oh! Vais haciéndome creer—dijo el pobre paje, sollozando—que aquí se ha de pasar el resto de mi vida.

—Tienes razón, amigo mío; tu venida ha sido para mí un consuelo; nuestro espíritu, siempre egoísta, se complace en prolongar la dicha aun a costa de la desdicha ajena. Habla; tú no has entrado aquí con las mismas condiciones que yo; te veo armado, fuertemente armado. ¡Con un cuchillo como ése, con una hacha como ésa, cuánto no hubiera podido hacer en veinte años! Habla; tu suerte no puede ser igual a la mía. ¿Quién eres?

—Me llamo Ramiro Pérez de Mellid.

—Pérez de Mellid. ¿Conque eres hijo de Pedro (1) de Mellid, el de Santiago? Conoz-

co a tu padre... ¡Ah! ¿Conque eres el fruto de bendición tan ardientemente deseado por el buen hidalgo, que no se conformaba con carecer de un heredero de su nombre y de su escudo? ¡Bravamente suele blandir la lanza! ¡Buen vasallo del Rey Don Alfonso VI, cuya vida guarde el cielo muchos años! Pero, ¿qué digo, triste de mí? ¿Dónde estará el Rey, dónde los vasallos que yo conocía, dónde los hombres de mi tiempo? ¿Quién reina en Castilla? ¿Quién en Santiago? ¿Adónde habéis barrido ya los enemigos de la fe? ¿Siguen los hijos de la cruz haciendo alianzas con la media luna, y los príncipes cristianos despedazándose mutuamente, mientras el musulmán, sentado en muelles cojines, cruzado de brazos, los contempla y se sonríe?

—¡Ah, señor!—contestó Ramiro—. Los nombres, al menos todos los que habéis citado, todos han desaparecido; pero, según de vuestras palabras infiero, subsiste el mundo tal como lo habéis dejado.

—Así lo creo, Ramiro; el que observa el piélagos a cierta distancia lo ve siempre igual, lo mismo en calma que iritado. Los hombres son como el raudal con que muele el molino: descienden con rapidez, chocan contra la rueda de los acontecimientos, la muelen y desaparecen; la corriente siempre es distinta, la rueda la misma siempre; los hombres pasan, los sucesos giran. Pero no me cansaría nunca de hablar...

—Ni yo de escucharos toda la vida.

—¡Dios mío! ¡Cuántas cosas tengo que preguntarte! Algunas... de ellas... ¡Ah!... No me siento con valor para saberlas—murmuró Bermudo—. Hágase tu voluntad, Dios mío... Olvidémoslas, y dime, en primer lugar, cómo has entrado aquí.

Gonzalo le refirió que, perseguido por Ataulfo en el castillo, halló un refugio en aquella torre, y callando todos los antecedentes de su historia, se extendió en los pormenores de su postrera aventura.

—¿Conque tu generoso arranque, tu noble deseo de salvarme te ha valido el cautiverio? No murmures de Dios, amigo mío; no blasfemes de la divina Providencia. Los que lloran reirán en la otra vida. Ten fe, hijo mío, que si sientes fe, te alegrarás de padecer. Pero, ¿tú me conoces? ¿Qué te ha movido a favorecerme?

(1) Sabido es que en aquella época los hijos siempre llevaban patronímico. Pedro Froilaz de Trava quería decir: Pedro, hijo de Froilán, o Fruela, de la casa de Trava; los hijos de Pedro tomaban el patronímico de Pérez, verbigracia, Fernando Pérez de Trava. De esta suerte, por el primer apellido se conocía el

nombre del padre. Posteriormente fué aboliéndose esta costumbre, y los apellidos patronímicos que hoy subsisten indican el nombre del principal ascendiente o progenitor.

—Saber que erais desdichado—contestó el paje con sencillez.

—¡Ah!—exclamó el anciano, abrazándole con ternura.—Ramiro, ¿cómo he de aborrecer a los hombres siendo tú uno de ellos? Tú, como el Niño de doce años a los doctores de la ley, confundes al necio charlatán, que no hace más que hablar, hablar de virtud estérilmente, mientras tú callando la practicas. ¿Quién te ha enseñado esas cosas? ¿Quién ha inclinado tan bien tu corazón?

—El obispo de Santiago, cuyo paje soy.

—¡El obispo! Cuando yo desaparecí del mundo la iglesia de Santiago estaba viuda. Diego Peláez, el último prelado, acababa de salir de un calabozo, donde permaneció casi tantos años como yo (1). Gobernaba un monje de Cerdeña llamado Pedro...

—Luego cayó el gobierno—prosiguió el paje—en manos de un seglar, Pedro Vimara, el cual, habiéndose hecho odioso por sus crueldades, fué depuesto, y le sucedió el merino Arias Díaz, seglar también, que, con sus rapiñas, oscureció la fama del primero. Luego vino Dalmacio.

—¡Cuánta, cuánta mudanza, cuánta desaparición!

—Y luego...—prosiguió Gonzalo.

—¡Todavía más!

—Y luego Diego Gelmírez, mi señor.

—¡Gracias a Dios!—dijo el prisionero.—Cada nombre de ese catálogo era una losa más sobre mi sepulcro. Ese Diego Gelmírez debe ser un mozo de grandes bríos, ciencia y virtud, hijo de Gelmiro, gobernador de Padrón y de todas las tierras entre el Ulla y Tambre.

—Ese don Diego es mi segundo padre.

El buen paje se detuvo encomiando tierna y fervorosamente a su protector, y prosiguió diciendo:

—Me habéis preguntado también quién reina en Castilla; difícil es la respuesta, porque después de la muerte del Rey Don Alfonso...

(1) Puede acaso parecer hoy inverosímil un encierro tan largo y riguroso como el que la tradición atribuye a Bermudo; pero el ejemplar citado en el texto y otros muchos de que nos hablan los romances y libros de caballería, que, entre paréntesis, son las mejores fuentes para empaparse en el espíritu de la Edad Media, hacen el hecho, a nuestro modo de ver, muy admisible. El que esto lea habrá recordado ya la historia del conde de Saldaña, libertado por su hijo Bernardo del Carpio. Quizá tan bárbara costumbre nos vino de los árabes, como indudablemente de ellos nos ha venido la voz *mazmorra*.

—¡Conque es cierto!—tornó a exclamar Bermudo, que a cada palabra interrumpía al narrador.— ¡Aquel monarca, a cuyo lado he peleado, que me armó caballero!...

—Como también había muerto el Príncipe Don Sancho...

—¡Ah, no sólo los ancianos, los niños también! Casi no me atrevo a tomar en boca el nombre de una persona querida... Tu contestación es igual para todo; la suerte de todas es una misma: grandes, pequeños, queridos, indiferentes, todos yacen en el sepulcro. Sin embargo, prosigue; después de la muerte del Rey Alfonso y del Príncipe heredero, queda en Castilla una Infanta, celebrada ya por su peregrina hermosura, por sus virtudes...

—¿La Reina?—respondió Gonzalo con viveza.

—Conque Urraca de Castilla...

—¡Vive, señor, vive!

—¿Y reina sola, por ventura, en el trono de su padre?

—Sola, sí, señor.

—Es decir, ¿que no se ha desposado?—preguntó Bermudo, dulcificando un poco la natural aspereza de voz.

—Se ha casado dos veces, y repudiada por su segundo marido, ha conseguido, o debe conseguir muy presto, la anulación del matrimonio.

Ramiro, en sus relatos, era breve, sencillo y fiel; pero estas prendas no las consideraba suficientes para dar a conocer los hechos concernientes a ciertas personas, y, después de cumplir con el severo deber de historiador, iba a llenar las gratas funciones de panegirista, con tales bríos como si un liceo hubiese propuesto el elogio de Doña Urraca por tema de un certamen y el paje contase con bastantes amigos para conseguir el premio.

Pero se quedó agradablemente sorprendido al ver que en este camino le había tomado la delantera el anciano de la mazmorra.

—¡Cómo! ¡Repudiada una Reina de Castilla! ¡Una Infanta, que era en mi tiempo dechado de Princesa, espejo de las damas!... ¿Quién, quién ha osado afrontarla de tal manera? ¿Qué castellanos hay en Castilla que lo sufren, que no vuelven por el honor de su Reina mancillado?

—Tenéis razón, mucha razón; pero como el marido es un Rey, Don Alfonso de Aragón; como el primero que mira impasible la afrenta es el hijo de Doña Urraca, habido en el primer matrimonio; como ella está en guerra con su esposo por un lado, con su hi-

jo, por el otro, y como en esta confusión de lides y pretensiones el partido más débil es el suyo...

—Esa Urraca no es la Urraca que yo he conocido—dijo con triste y grave acento Bermudo de Moscoso—. ¡Ah! Si es cierto lo que me cuentas, joven, la suerte más desdichada no es la de los que mueren, no es siquiera la de los que viven privados de todas las delicias del mundo.

Y el anciano dejó caer la cabeza sobre el pecho.

—Bastante he sabido ya —añadió después—; ven, Ramiro; tú necesitas descansar y tomar alimento; partiré contigo el negro pan de la cautividad, que yo solía sazonar con lágrimas, cuando no se habían agotado mis ojos.

—Antes de aceptar vuestros ofrecimientos, permitidme, señor, que os pregunte quién sois, cuál es vuestro nombre.

—¡Mi nombre!—contestó el anciano, extrañamente conmovido—. ¿Para qué? Yo he muerto hace veinte años... Mi nombre ha pasado, ha desaparecido, se ha borrado de la memoria de los vivientes... ¿Quién tiene la imprudencia, la vanidad de querer resucitar al cabo de veinte años? El padre más querido, el esposo más amado, el hermano, el amigo, serían un estorbo para el hijo, para la esposa, para los hermanos, para los amigos, para todo el mundo. Todos tendrían que avergonzarse delante de él, tendrían que huir de su presencia o vivir mortificados. Estorbo para sus intereses, estorbo para su afeciones, estorbo para sus nuevos vínculos y conexiones. Por más que haciéndose cargo de la debilidad, de la flaqueza humana, les perdonara su olvido, su inconstancia, la falta de cumplimiento en todas las promesas; ellos, que no han sido huéspedes de la tumba, escuela de miseria, donde se aprende a compadecer la miseria, a vivir con la miseria, ellos no podrían comprender el perdón de ese hombre, su grandeza de alma, su sonrisa desdeñosa. No; los muertos no deben resucitar jamás; bien están en el sepulcro.

—Por desgracia, no tenéis que salir de él para revelarme quién sois—repuso Gonzalo—; encerrado aquí con vos, debiendo sufrir ambos una misma suerte, es lo mismo que si murmuraseis vuestro nombre delante de otro cadáver.

—Ni aun otro cadáver—dijo con inflexible acento el de Moscoso—. Vienes ahora del mundo y podrías escandalizarte; podrías murmurar de una persona a quien sólo Dios y yo tenemos derecho de juzgar.

—¡Cómo!

—Basta, basta; no me preguntes más. ¿Qué has visto hoy en el castillo de Altamira?

—Una mujer que ha sido arrastrada a dar su mano al hombre que más detesta; una mujer que, por yo no sé qué causas o sospechas acerca de su matrimonio, ha querido huir conmigo del alcázar...

—¡Contigo!

—Sí, conmigo, que por verla, por libertarla, he venido de Santiago.

—¿Conque esa mujer está ya casada con Ataulfo? ¿Y no te figuras tú, o no sabes, por mejor decir, pues tan decidido protector suyo te muestras, no sabes qué linaje de sospechas tiene ella acerca de su matrimonio?

—Yo nada sé—dijo el mancebo, estremeciéndose—; figúrome que las sospechas han de caer acerca del parentesco de afinidad de los cónyuges; porque como estuvo casada con don Bermudo de Moscoso...

—¡Has pronunciado ese nombre con cierta conmoción!—advirtió el anciano.

—¡Ah! Tengo mis motivos.

—¡Tus motivos! ¿Qué tienes tú que ver con Elvira de Trava para protegerla, y con Bermudo de Moscoso para turbarla?

—Quiero ser reservado con quien de mí se reserva.

—Sin embargo..., tú no eres deudo de ninguna de las dos familias.

—La de Mellid es muy inferior a entrambas—dijo Gonzalo con orgullo absolutamente inexplicable.

—¿Cuántos años tienes? Creo que la reserva no llegará al extremo de que lo calles.

—No, no señor; he venido al mundo en el mismo año en que vos habéis desaparecido de él—respondió el paje, reprimiendo su turbación.

—Yo tuve un hijo de tu misma edad—añadió Bermudo, enjugándose una lágrima.

—¿Y se llamaba?

—Gonzalo.

—¡Ah!

—¿Qué tienes?

—No es nada—dijo Ramiro, mordiéndose los labios casi hasta el punto de hacerse sangre—; tengo así como ganas de llorar; pero luego se me pasará... ¿Y qué ha hecho Dios de vuestro hijo?

—Mi carcelero me manifestó ha mucho tiempo que era muerto.

—¡Dichoso de él!

—¿Por qué?

—Antes habéis dicho con razón: «Los que

mueren no son los más desdichados.» Figuros que yo no he conocido a mi padre, y que a la vuelta de una larga peregrinación me dicen: «Ha muerto tu madre; pero al expirar ha declarado al confesor que tú no eras hijo suyo; que te halló desnudo, abandonado en una peña, y no puede dar razón alguna de ti.»

—¿De manera que tú, pobre mozo, te has visto en el mundo sin arrimo, sin amparo, sin nombre?

—Hasta hoy, hasta hoy, que he conocido a mi verdadera madre y la he dado un abrazo... ¡Ay! ¡El primero y el último!

Y el paje pronunció estas palabras con tan débil acento como si fuese a expirar.

Bermudo acudió a sostenerle.

—Sosíégate, sosíégate, Ramiro; no te acongojes, no te apures así ¡Oh! ¡Pierdes el color!... ¡Ven aquí, ven! Ponte ahí, al lado del arroyo, por donde corre un poco de aire... ¡Tanto hablar, tanto hablar! ¡Tantas emociones!

Pero el anciano tuvo que soltarle, porque temblaba todo de pies a cabeza.

—¿Y vos? ¿Qué tenéis? Sentís, sin duda, verme padecer... Hallo en vuestros ojos una novedad... ¡Si apenas podéis sosteneros!

—¡Ca! Yo estoy firme, sereno..., se...re—repetía Bermudo con labio balbuciente—; yo soy feliz contigo.

—Yo también con vos.

—Acuéstate en mi lecho, Ramiro. Sosíégate, por Dios; aquí vas a enfermar con semejantes alternativas y agitaciones, que son capaces de trastornar a un bronce; hoy has encontrado a tu madre, hoy la has perdido; hoy has estado a pique de perecer, hoy te has salvado; hoy eres libre, hoy cautivo... Y luego esta atmósfera húmeda, insalubre... Eso, eso, no es otra cosa.

—¿Y vos?

—Por mí no te apures; aquí, cerca de ti..., detrás de aquel pilar, descansaré también un rato. Vamos, no puedo verte padecer... Me retiro.

—¡Adiós!—exclamó el paje con el tono de una persona que desea hallarse libre de un importuno; y, pareciéndole demasiada dureza, añadió, como arrepentido—: Pero... antes de dejarme, ¿no me diréis vuestro nombre?

—No; después que te tranquilices y descanses.

—Descansad vos igualmente, que tenemos muchas cosas que deciros.

Ramiro se quedó cerca del lecho de paja; pero en vez de tenderse en él, hincóse de

rodillas delante de la cruz, y comenzó a llorar a rienda suelta.

Había conocido a su padre; no le quedaba duda ninguna de que aquel anciano era Bermudo de Moscoso; pero viéndole tan débil, no quería lanzarse tan pronto a sus brazos, por temor de que la impresión de gozo que aquel arranque debía causarle fuese funesta para la salud. Reprimióse cuanto pudo, y la misma violencia que se hizo le habría costado cara si ahora, sin testigos, no desahogase el corazón del llanto y las congojas que le oprimían.

El anciano no tenía la misma certidumbre acerca de los vínculos que le unían con su compañero; sus sospechas, sin embargo, eran tan vivas, que sólo necesitaban de una palabra, de una pequeña circunstancia para convertirse en evidencia. Pidióle a Dios, con igual fervor y ternura que Gonzalo, que les diese fortaleza en aquel trance, y así permaneció largo rato, mientras oía los sollozos que resonaban detrás de sí.

Pero cuando el habitual silencio de la mazmorra volvió a tender por todos los ángulos su grueso manto que apaga todos los sonidos, se levantó el cautivo, y con las mayores precauciones, para no turbar el sueño de Ramiro, se encaminó a su lecho con ánimo de contemplar aquella noble faz, no ya con ojos de hombre, sino con ojos de padre.

El hijo no dormía; segunda vez había logrado sofocar sus sollozos para no alarmar al anciano; reclinóse en la grosera cama, creyendo burlar piadosamente su vigilancia, si acaso era observado como presumía. Mas apenas lo juzgó satisfecho, retirado y dormido, se levantó también, se dirigió hacia él, y entrambos se encontraron en el camino.

El paje entonces no pudo contenerse, en vista de aquella providencial coincidencia de ideas y sentimientos.

—¡Don Bermudo! ¡Padre mío!—exclamó, corriendo, desalado, a los brazos del venerable anciano.

—¡Hijo mío Gonzalo!—gritó el cautivo con un acento de gozo cual nunca había sonado en aquella mazmorra.

CAPITULO VIII

Que no debemos fiarnos del agua mansa.

La historia de Bermudo Ordóñez de Moscoso en gran parte es conocida del lector; pasaremos, pues, rápidamente por el terre-

no trillado, si en escritos tan humildes es lícito valernos de las altas frases parlamentarias, para llegar presto al campo virgen de los nuevos acontecimientos.

El primogénito de Altamira, con sus naturales prendas de todos reconocidas, con su gran fortuna en la corte y en las lides, tuvo la desgracia de excitar la envidia de Ataulfo, predispuesto a tan ruin pasión por el insensato y ciego cariño de su padre y funesta educación que recibió desde los primeros años.

—Dejadme—solía decir el viejo Ordoño a los que le argüían con la injusticia y fatales consecuencias de aquella predilección—, dejadme; todo debe estar compensado en el mundo; herede el primogénito los bienes y la gloria de sus antepasados; este infeliz —proseguía con ternura, imprimiendo un beso en las flacas y macilentas mejillas de Ataulfo—, éste debe consolarse con los mimos y caricias de su padre.

El Benjamín de los Moscoso, sin embargo, como regularmente sucede, lejos de creerse equilibrado con el hermano mayor, aprendió muy presto a codiciar lo que no tenía, para despreciar lo que tan fácil y generosamente le daban. La envidia es una pasión estéril; a los triunfos, al renombre, a las conquistas con que el hermano mayor acrecentaba su fortuna, el menor tan sólo oponía el ceño, el odio, la tristeza que le roía el corazón.

Cuando el ambicioso Ordoño llegó a persuadirse de que Bermudo podía enlazarse con la Infanta de Castilla, admitióle al goce del cariño paternal, y el hijo menor se vió privado hasta de la única compensación de su miserable suerte. No importa que, poseyendo todo entero ese amor, lo desdefiase, para suspirarlo ahora, y reclamarlo como un derecho precioso y exclusivo, cuando los demás participaban de él.

El odio llegó a su colmo al ver Ataulfo que el primogénito amaba a la mujer en quien él había puesto los ojos, y a quien idolatró desde entonces sólo por haber sido del otro requerida. Nunca pensó en elevar a la bastarda al tálamo nupcial, pero ya ningún otro pensamiento le ocupaba. Declaróselo a Elvira, como quien, deseando terminar de un golpe la vacilación de aquella competencia, descarga en la balanza un peso irresistible. Júzguese de su sorpresa, de su furia, de su desesperación, cuando la de Trava le confió su casamiento secreto con Bermudo; allí, allí mismo, delante de Elvira, aunque en el fondo de su corazón, juró

la ruina de aquel su eterno antagonista, su rival siempre favorecido.

Pero oigamos ahora al primogénito de Altamira la relación que de sus desventuras estaba haciendo en la mazmorra, sentado a par de Gonzalo, algunas horas después de haberle reconocido.

—Disimuló, sin embargo—decía—, y nunca se mostró conmigo más fino y amable que después de aquella revelación. Yo, que al principio sentí en el alma la imprudencia de tu madre, en la felicitaba de ella por sus buenos resultados. Mi alucinación fué completa cuando le vi casado poco después con una de las principales y más ricas damas de Galicia; llegué a confiarle el secreto de tu existencia, que él había adivinado ya en la alegría que rebosaba mi semblante, y me aconsejó que todo se lo descubriese a nuestro padre. Quizá llevaba la intención de que el anciano, que se hallaba al borde del sepulcro, cada vez más empeñado en que yo correspondiese a los amores de la Infanta Doña Urraca, viéndose lastimosamente engañado me desheredase; quizá su satisfacción provenía de poseer aquella arma que, discretamente manejada, podía serme fatal.

Pero si tales fueron sus cálculos, salieronle muy fallidos. Mi padre, en las postrimerías de su vida, asustado tal vez de su propia obra, llegó a temer las consecuencias del carácter de Ataulfo, y trataba de contener sus feroces instintos, pronosticándole una muerte cierta en el mismo día en que se hiciese reo de homicidio; éste era su pensamiento de todas horas; ésta su pesadilla, su preocupación; ésta, en una palabra, su manía. En la debilidad de su cerebro no podía admitir ninguna otra idea; descubrióle, por fin, el hijo predilecto mi casamiento, y recibió la noticia con indiferencia; no le hizo absolutamente impresión alguna, ni buena ni mala.

—Ataulfo—le contestó—; ya sabes que siempre te he querido más que a él; por lo mismo te encargo que, a no ser por causa justa, a nadie des muerte, porque aquel mismo día bajarás a la tumba.

He aquí todo lo que pudo sacar del ya casi moribundo anciano; no eran éstas, por cierto, las maldiciones, la desheredación que mi hermano esperaba. Guardóse bien de comunicarme el éxito de las gestiones practicadas con mi padre; antes bien, afectó participar de mis temores de que semejante nueva abreviase el término de su existencia. Entretanto, como el honor de tu madre

exigiese separarte de ella mientras el matrimonio no se hacía público, te llevé a criar a una aldea de Noya; parecióme que por pobre la despreciarían los piratas normandos, que entonces solían talar nuestras costas, sorprendiendo bruscamente las villas y castillos desapercibidos. Desembarcaron a la sazón, y su insolencia llegó a tal punto que, según noticias que tuvimos, se internaban con ánimo de asaltar este castillo. Dijo-me Ataulfo que debíamos recorrer el edificio, a fin de prevenirnos para el ataque; y aunque mi intención no era de esperar a los piratas, sino salir a recibirlos para escarmentarlos de una vez, me pareció prudente hacer esa inspección para calcular cuánta gente debía quedar dentro, mientras con el resto disponible salíamos al encuentro de los merodeadores.

Como él había residido en Altamira mucho más tiempo que yo, que casi toda mi vida seguí las banderas del Rey de Castilla; como en su tiempo y por su dirección se habían hecho grandes obras en la fortaleza, él me sirvió de guía y me trajo a esta mazmorra, de la que no he vuelto a salir.

Mientras andaba yo recorriendo con él los subterráneos, donde nuestros antepasados solían encerrar los cautivos, aquel desgraciado, que, aparentemente, había dado treguas a sus odios para mejor preparar su venganza, pudo escurrírseme sin ser notado, dejándome esa misma lámpara que nos alumbraba. Creí al pronto que se había detenido en alguno de esos pilares, y le llamé suavemente y sin inquietud; pero como no respondiese, sospeché que podría haberle dado algún mal, con tanto más fundamento cuanto que poco antes había notado la palidez de su rostro, el temblor de sus labios y de su acento. Registré con el mayor cuidado estas bóvedas, y no encontrándole, todavía creí que se habría retirado enfermo en busca de mejor aire que el que allí se respiraba; acudo a la puerta, y la encuentro cerrada; ni aun entonces pude sospechar el crimen que se estaba perpetrando, a pesar de que los saltos del corazón ya me presagiaban alguna desgracia. Yo creo que semejante incredulidad era efecto del embotamiento de mis sentidos y confusión de mi cabeza. Permanecí delante de la puerta, como aturdido, hasta que, no pudiendo sostenerme de pie, arrimado a un poste, me tendí en el suelo, y, sin poder remediarlo, quedé dormido en medio de las imágenes queridas de mi mujer, de mi hijo, de mi padre y hermano, que revolaban en torno de mí, sin que ninguna de

ellas me produjese una impresión desagradable.

Al despertarme creí que entonces era cuando principiaba a soñar; me acosté con armas, estaba sin ellas; nada dejé a mi lado sino las arenas del pavimento, y hallé un cántaro de barro, algunos panes y haces de paja. Todo aquello que yo veía y palpaba era necesario para que pudiese en duda la sinceridad de la reconciliación de mi hermano, y tantos y tantos años pasados bajo estas bóvedas impenetrables, para persuadirme de su negra perfidia, de la dureza de su corazón.

—Pues el infame—dijo Gonzalo, a la sazón, aprovechando la pausa que hizo aquí el anciano—, el infame tuvo arte para ocultar a todo el mundo su iniquidad. Cien rumores habrán llegado de niño a mis oídos acerca de vuestra supuesta muerte; pero el que corría por más autorizado era que aquella misma noche salisteis armado de vuestro más precioso arnés, en compañía de Ataulfo, a recibir a los normandos. Como brillaba vuestra armadura más que ninguna otra, los piratas cargaron sobre vos y os hicieron prisionero.

—¡A mí! ¡A mí prisionero unos salteadores de caminos!—exclamó Bermudo, con el acento y el orgullo de su juventud—. ¡Y se ha dado crédito a tan absurda fábula!

—Por eso añadían otros que los normandos os cogieron muerto y se retiraron a sus barcos con vuestro cadáver, y dando a entender que erais vivo, pidieron por vos un gran rescate, que se negó a pagar Ataulfo; dicen unos, por tener noticia de la superchería de los piratas, y según otros, porque le tenía mejor cuenta que os tirasen al mar, como lo hicieron.

—Ataulfo, sin duda para llevar adelante sus inicuos planes, hizo vestir mi armadura a uno de sus criados, cómplice suyo, que, como siempre sucede, fué la primera víctima. ¿Pero el soldado se distingue acaso por sus arreos? ¿Es posible que Bermudo de Moscoso, vencedor en cien combates, fuese sustituido por el primer bribón que se disfrazó con sus armas?

—Por eso dicen que Ataulfo no se apartaba de vuestro lado.

—¿Y Pelayo, mi fiel escudero, que tantas veces me había visto pelear contra los infieles?...

—¡Pelayo!—exclamó Ramiro—. ¡Oh! Ese es el único que debió conocer el engaño. Me lo da el corazón. ¡Por eso el bárbaro le arrancó la lengua; por eso anda mudo, para

que nunca pueda dar testimonio contra Ataulfo! Mas... ¡Oh Providencia!... El obispo de Santiago, que me criaba para la Iglesia, me enseñó a escribir en la escuela de los canónigos; yo, vecino de Pelayo, le fui transmitiendo una por una mis lecciones, y él, a pesar de ser mendigo y villano, aprendió el arte con el mayor afán, con ánimo, sin duda, de vengaros algún día publicando su secreto.

—¿De qué servirá?—repuso, tristemente, el legítimo señor de Altamira—. Esta prisión comienza a serme tan insoportable como en los primeros tiempos de mi cautiverio; entonces yo me desesperaba, prorrumpía en gritos frenéticos, llamaba a mi mujer, a mi hijo, a mis deudos y amigos; levantaba mi frente contra Dios, con la soberbia de Satanás, hasta que, al fin, ese Dios de quien blasfemaba, se compadeció de mí, puso en mis ojos lágrimas, suspiros en mi pecho, oraciones en mis labios, arrepentimiento en mi corazón; ofrecí al Señor todos mis dolores en satisfacción de todas mis culpas, y tal horror tuve de ellas, que las privaciones que sufría me parecieron pocas, y voluntariamente las aumentaba. Entonces, hijo mío, sentí consuelos que nunca había tenido, probé dulzores que jamás había saboreado, la religión convirtió para mí este infierno en paraíso; mas ahora, cuando veo a un hijo participar de mi suerte, cada instante que aquí pasa me parece un siglo; cada privación que siento, un tormento más cruel que todos los que he pasado; cada latido de tu inquieto corazón es una puñalada para el mío.

—No os apuréis, padre; Dios me dará conformidad como a vos.

—¡Y hasta entonces!...—exclamó el anciano—. ¡No sabes tú qué cosa tan terrible es estar tantos años privado de libertad! ¡No sabes cuán vehementes son los deseos de gozar de aquellas cosas que, por sencillas y comunes, nadie repara en ellas! ¡No sabes lo que es recibir el alimento de manos de tu verdugo, cuyo olvido, cuyo capricho, cuyo abandono, te exponen a morir de hambre a cada momento! No sabes tú... ¡Mas quisiera no haberte visto que conocerte para saber que vas a sufrir la mitad de lo que yo he sufrido!

—Pero en tantos años, ¿no habéis hecho ninguna tentativa para escapar de aquí? ¿No habéis podido sorprender al carcelero cuando viene a traeros alimento?

—Siempre me lo arroja por ahí arriba—respondió Bermudo—; por esa trampa que ves en la clave de la bóveda.

—Allí observo también una pequeña claraboya, que, aunque muy alta...

—Tiene dieciocho pies de ancho la pared en que está abierta, y seis robustas rejas de hierro, de vara en vara; cae a un tránsito de esta misma torre, la cual, como tú sabes, comunica con el patio del alcázar y las habitaciones de Ataulfo.

Gonzalo, que miraba a todos lados en busca de salida, insistió todavía:

—Pero este agua, que se filtra, sin duda, de los fosos, tendrá algún conducto para huirse de aquí.

—Sí, hijo mío; y si ese conducto se cierra, y al mismo tiempo se levanta la compuerta que sirve para desaguar los fosos, toda el agua entra aquí, inundándose esta mazmorra, y los pobres cautivos tienen que perecer ahogados.

—¡Oh!

—Por eso—continuó el señor de Altamira—, por eso me fijé siempre en abrirme camino por esa parte, siguiendo la corriente del arroyuelo y ensanchando el canal. Allí estaba mi mayor peligro y allí mi salvación. Si el conducto se cerraba, el agua iría cayendo de los fosos y deteniéndose aquí y llenando poco a poco el subterráneo; si lograba, a fuerza de paciencia, ensenchar el desagadero, de manera que por él cupiese mi cuerpo, puesto que, arrastrado como una culebra, lograría salir, no al tránsito de la torre, no al patio del alcázar, sino al campo, al aire libre...

—Sí, sí—exclamó Gonzalo—; a una de las vertientes de la colina, a una roca casi oculta entre zarzas y maleza.

—Justamente. Pero, ¿cómo has caído tú en la cuenta?

—Ayer me detuve en ese mismo sitio; estando en él recibí la carta de la Reina; en él dejó a Pelayo, con harta precipitación, lo confieso, y me llamó la atención que el agua brotase turbia, cuando en los fosos parece tan mansa y cristalina.

—¡Turbia!—dijo Bermudo, con inquietud—. Pues yo procuro siempre no alterarla, para que nadie inflera que estoy trabajando en el canal. Me descuidé, sin duda.

—¡Ah! ¿Conque érais vos, padre mío, que estabais a pocas varas de mí?

—¡A pocas varas! Eres joven, y la menor palabra es una especie de esperanza que brota en tu corazón. Lo que sé decirte es que ha cerca de veinte años que no ceso de trabajar; que aun en los tiempos de mi mayor resignación a la voluntad de Dios, he empleado muchas horas todos los días en

esa ocupación; porque el Señor nos ha impuesto el deber de hacer los mayores esfuerzos para la conservación de la vida, y, sin embargo...

—¿Qué?

—He taladrado veinte pies de cimiento.

—¡Cielos!—exclamó el paje con júbilo.

—No, no te alegres, hijo mío; porque aunque después he abierto veinte varas más de terreno arcilloso y fuerte...

—¡Veinte varas!

—He tropezado, al fin—dijo el anciano con desesperación—, he tropezado con una roca de granito, para romper la cual se necesitan acaso otros veinte años de paciencia y de continuo trabajo.

—¡Oh!

—Ven, ven, Gonzalo—añadió Bermudo, asíéndole del brazo y llevándole por la negra margen del canal—; verás de lo que es capaz la constancia del hombre.

El arroyuelo, después de atravesar a lo largo toda la mazmorra, sepultábase en una pared de sillaría por un agujero de cuatro pulgadas de diámetro.

—Yo no veo—dijo el mancebo—que por aquí pueda caber el brazo de una persona robusta, cuanto más el cuerpo de un hombre que tiene que revolverse para trabajar.

—¿Tú no ves, eh?—respondió el preso, sonriéndose con esa satisfacción tan propia del que está seguro del efecto que han de producir sus palabras—. Sin embargo, repara en esa piedra de media vara en cuadro que está a la derecha tocando al desaguedero.

—Efectivamente, observándola despacio se ve que está removida, que ha perdido la mezcla de todas sus juntas.

—Mira—dijo el anciano, y, metiendo las uñas en ambos costados, arrancó de cuajo aquel sillar, que era una tapa de piedra de dos pulgadas de grueso—. Antes no era así; tenía lo menos dos pies de profundidad; pero yo principié por arrancar una barra de hierro, en cuyo trabajo invertí un año y quince días; con la barra hice una especie de pico o palanqueta, y en sacar esta piedra, aislándola primero de las demás, gasté cinco años y medio.

—¡Dios mío!—exclamó Gonzalo, asombrado.

—La obra avanzó luego prodigiosamente—prosiguió Bermudo, que gozaba con el asombro de su hijo—tras de sillares, ripio y argamasa; todas las cosas de los hombres se distinguen por ser siempre en apariencia más sólidas, más bellas que en realidad; al contrario de la Naturaleza, que oculta en sus entrañas los metales más preciosos, y

tras de rudas cortezas, los frutos más delicados. Asímate ahí: verás que la mina es cada vez más espaciosa, de tal manera, que dentro puedo estar, por de pronto, en cuclillas y más adelante derecho; con todo, el horadar esos dieciocho pies restantes me llevó cosa de seis años, y eso por haberse desgastado la barra de hierro y tener que valerme de palancas de madera y de mis uñas.

—¡Padre mío! ¡Padre mío!

—Cuando llegué a la arcilla, siempre, por supuesto, siguiendo la corriente del agua, me tuve por dichoso; a pesar de su dureza, fui excavando y abriendo una especie de galería, en la cual ya cabe un hombre en pie. Figúrate lo que adelantaría, acostumbrado a remover arena por arena las piedras de granito. Miné, como te dije, hasta veinte varas; ya veía yo por el conducto del arroyo la luz a cuatro varas de distancia, recibía la corriente del aire, y con esto sólo me tenía por dichoso; ¡cuatro varas para quien llevaba veintiséis abiertas! La proximidad del logro de mis deseos alimentaba mi ardor en el trabajo; pero me encuentro con un peñasco duro como el pedernal, y sin herramientas, sin un pedazo de hierro siquiera, anciano y sin fuerzas, y acabé de convencerme de que no era la voluntad de Dios que yo saliese nunca de este sitio.

—Tanto trabajo perdido es capaz de desesperar al hombre de más paciencia—dijo el mancebo, moviendo tristemente la cabeza.

—¡Trabajo perdido!—contestó el padre—. No, reflexiona bien, y verás que acaso debó la vida a semejante ocupación. Ella me ha distraído de mis pesares; ha hecho que con la fatiga mi sueño fuese profundo y sosegado; que mis miembros no se entumeciesen por falta de ejercicio; me ha obligado a permanecer muchas horas en el paraje donde se respiraba un aire saludable... ¡Oh! No sabes tú, hijo mío, los bienes que produce el trabajo cuando se toma como una obligación que pesa sobre todos los hombres y que a un mismo tiempo nos corrige, contiene y perfecciona. El trabajo y la oración son dos corazas en las cuales se quiebran los dardos más agudos de la desgracia.

—¿Y habéis abandonado del todo vuestra empresa?—preguntó Gonzalo, inquieto acerca de su suerte, y de la de su padre.

—Estos días pasados, cuando Ataulfo me anunció que iba a consumir su venganza, haciéndose dueño de mi propia mujer, renováronse en mi corazón las antiguas llagas; creí volverme loco de pesar, y con más ardor que nunca acudí a la fuente de toda con-

solación, a Dios en el cielo y al trabajo en la tierra; oré y me fatigué golpeando en la roca.

—¿Y qué conseguísteis?

—Conseguí todo lo que apetecía: dormir profundamente al cabo de tres días de desvelo, y soñar que iba a dejar luego esta morada.

—¿Cómo?

—Ya te lo dije: por mano del verdugo.

—¡Oh!—repuso el paje con un gesto que quería decir no es eso lo que yo preguntaba—. Y en la roca—prosiguió—, ¿no hicisteis mella, no adelantasteis nada?

—Nada.

—Bien es verdad—continuó Ramiro, como hablando consigo mismo—que no teníais herramienta alguna; pero yo traigo un cuchillo, y, además el hacha que Martín, el sayón, desde el umbral de la puerta se dejó caer en el susto.

—Mucho podría haber adelantado yo con semejantes instrumentos—respondió el anciano—; pero ¿qué sirven para horadar un peñasco? Me aterra calcular el tiempo que se necesita para esta empresa, en el cual has de estar expuesto a morir de hambre, si Ataulfo no se digna arrojarnos alimento, y a morir ahogado, si ese conducto se cierra y las aguas del foso se precipitan en esta caverna.

—¿Pero en lugar de seguir la dirección del desagadero, empuñándoos en taladrar la roca, no habéis pensado en cavar hacia arriba, buscando la superficie de la colina?

Bermudo quedó pensativo, y dijo después:

—Tienes razón; yo no recuerdo fijamente qué altura hay desde ahí a la faz de la tierra; pero de todas maneras, bueno será tentarlo, y trabajando los dos...

—Entremos, padre, entremos a ver.

—Sígueme, hijo mío. Al principio tienes que agacharte; pero después ya podrás andar más desembarazado. Ven, que éste es el sitio de mi predilección; por aquí llego a percibir la luz; es débil, tenue; ¡pero si vieras cómo me consuela y me regala! Cuando penetra un rayo horizontal desde el Oriente, no por reflejos, sino directamente, puro, brillante, encendido, ¡si vieras cómo lo acaricio, cómo me deleito y extasio contemplándolo! ¡Oh! ¿Comienzas a ver algún vislumbre?

—Yo, no—contestó Gonzalo, que ya se había introducido en la galería.

—Sin duda será de noche, porque yo nada columbro tampoco. ¡Cuán presto se ha pasa-

do este día! Alarga la mano y coge la luz, ten cuidado de que el viento no la apague, que aquí suele correr muy fuerte.

—Ahora parece que todo está en calma, porque la llama ni siquiera oscila.

El anciano tornó el rostro para ver el pabito, y murmuró, turbado:

—Es particular. Pocas veces me ha sucedido otro tanto.

—¡Padre!—exclamó el mozo, asustado—. ¿Si nos habrán cerrado el conducto por donde sale el agua de la mazmorra?

—Cerrado está, no hay duda—contestó Bermudo—, porque el agua se va deteniendo. Pero el conducto se ha podido obstruir casualmente, y es muy fácil limpiarlo, ahora sobre todo, que es tan corto. Dame tu espada; con ella removeré cualquier obstáculo que se haya interpuesto en el pequeño canal que hay desde aquí a la salida del agua.

Arremangóse Bermudo, y, tendido en el suelo, metió la espada y casi todo el brazo por el caño; bien pronto tropezó con la punta en un cuerpo duro. Por más golpes que dió, por más esfuerzos que hizo, no consiguió abrir paso al agua detenida. Levantóse fatigado y dijo después:

—Hijo mío, vamos a dar gracias a Dios porque nos permite morir abrazados.

—¡Cómo!—exclamó Gonzalo, despavorido.

—Ataulfo no encuentra un solo viviente que quiera ser nuestro verdugo, y encomienda este oficio a los seres inanimados, al agua del foso, que hasta ahora me ha servido de sustento.

En efecto, *el Terrible*, que no ignoraba el gran partido que podía sacar para su venganza de aquella disposición del subterráneo, había mandado cerrar a cal y canto el desagadero, y, después de presenciar esta operación, hecha muy a satisfacción suya, subió al castillo para dar orden de levantar las compuertas, con lo cual toda el agua depositada en los fosos se sumía en la mazmorra.

Pero estimulado de la pasión que por Elvira había concebido, se dirigió al aposento en que la tenía encerrada con guardas de toda confianza, y en donde había procurado que de nada hubiese menester, excepto de compañía y libertad.

Entró más demudado de como lo hemos solido ver en otras ocasiones, con la mirada más lánguida que altanera, con aire más abatido que terrible, y la voz más triste que imperica y bronca.

—¡Elvira!—exclamó—. Pero ante todas cosas, no huyas de mí como la oveja en pre-

sencia del lobo; no acaricies el puño de ese cuchillo, que hartas puñaladas me das con tus miradas y razones. Elvira, conozco que soy un monstruo insoportable a los ojos de Dios y de los hombres; pero tú debes tener compasión de mí, porque te amo como jamás ha sido mujer amada de caballero; he perpetrado crímenes atroces, cuya enormidad no he comprendido hasta que te he tenido a mi lado; pero todos tienen un mismo origen: el amor que me has inspirado. ¡Elvira! Por uno solo de tus cabellos daría la vida; con una sola de tus miradas apacibles me volvería loco, loco rematado. ¿Quieres verme, Elvira, arrepentido de mis pecados, vestir cilicio, arrastrar cadena de hierro y sustentarme de hierbas y raíces del campo? Pues dime que así podrás mirarme, compasiva; que así podrás amarme, siquiera como me amabas antes de conocer a Bermudo.

—Calla, impío—replicó la bastarda—; tú no tienes derecho ni para tomar en tus labios ese nombre. Calla, no me recuerdes la falta que, por mi excesiva docilidad, he cometido: ¡a darte derecho con mi sumisión para que creyese que te amaba...

—Sí, tú me amabas, Elvira, tú me amabas entonces, que apenas tenías quince años, capullo que abrías tus hojas perfumadas; tú me amabas; yo fui quien te hizo sentir el primero el fuego, entonces, ¡ay!, suave, dulce y regalado del amor; no me lo niegues, por Dios; no me arrebatas esa ilusión, único soplo de vida que me queda.

—No; vergüenza tendría de mí misma si hubiese sido capaz de corresponderte un solo instante. Yo he sido esclava, no hermana del conde de Trava; te vió prendado de mí, me mandó no rechazarte con desdén, y no te desdigné; pero ni antes ni ahora tuviste cabida en mi corazón.

—Pero ¿y si mi hermano te hubiese ordenado casarte conmigo?

Elvira calló y bajó los ojos.

—¡Oh! Te hubieras casado, como ahora; y como eres buena y virtuosa, y como yo entonces no estaba gangrenado por los crímenes que ahora me corroen el corazón, habrías sido mía, mi esposa fiel; me habrías amado... ¡oh! ¿Y quieres que no deteste al hombre que, henchido de riquezas, soberbio con su poderío, ufano con su valimiento, vino a robar al pobre, al menguado, al desvalido Ataulfo, la única porcioncilla de ventura que le había tocado; él, que lo tenía todo: oro, vasallos, castillos, amores de princesas, fama?...

—Sí, todo lo tenía, porque nada solicitaba; pero tú, que lo querías todo para ti; tú, que cuanto en los demás veías al punto lo codiciabas; tú, incapaz de apreciar las cosas por sí hasta que las apreciaban los otros, tú debías verte privado de todo.

—Calla, Elvira, calla, por Dios—exclamó *el Terrible*, que exhaló un gemido al sentir que le tocaban en la más profunda llaga de su ánima ulcerada—. Pues ¿ves ese hombre tan aborrecido? ¿Le ves encerrado en una mazmorra, privado hace veinte años de libertad? Di una sola palabra, di que me amas otra vez; no, que me amabas al desposarte conmigo; di esto sólo, y antes de una hora lo tendrás aquí, en tus brazos, dueño de este castillo, al lado de su hijo, y yo me habré retirado a un monasterio, raído el cabello, cubierta la frente de ceniza, pero conservando eternamente en mi corazón los dulzores de una sola palabra de amor.

—Apártate de mí, insensato. Casi me causan lástima tus desvaríos.

—Elvira—dijo el ricohombre—, o eres dueña de este castillo con tu esposo y tu hijo, o tú misma ves morir al primero y a la bruja Gontroda, que con él está encerrada.

—¡Ah!

—Con sólo levantar una compuerta de hierro, que puedes ver desde la reja, toda el agua se sumerge en menos de una hora en el subterráneo.

—¡Ataulfo!...

—No hay remedio: o me salvas con Bermudo, o con él perecemos todos.

—¡Todos! No; mátame a mí, que soy la única culpable; a mí, que te amé...

—¿Me amaste?

—Sí, lo que tú quieras; que te amé, que te olvidé...

—Y que vuelves a amarme. Dilo así y arrójate en mis brazos...

—¡Ah! ¡No, no! ¡Mentira, mentira delante de Dios!

—Sin embargo, Elvira, reflexiónalo bien; yo no exijo más; será una puerilidad, será una locura; pero toda mi venganza se reduce a poder decir: «Se ha casado conmigo porque ignoraba que su primer marido hubiese muerto; pero me amaba antes de saber la verdad, y si él no hubiera aparecido, quizá, quizá, me amaría...»

—¡Nunca! ¡Jamás!

—Hasta mañana, Elvira; si mañana no has mudado de parecer, tú verás alzarse la compuerta, y, por ella, precipitarse las aguas en la mazmorra.

LIBRO CUARTO

CAPITULO PRIMERO

Que Gutierre Fernández de Castro era muy duro de pelar.

Mientras en Altamira se verificaban semejantes acontecimientos, en la ciudad de Santiago pasaban otros, de los cuales debemos informar al lector que ha tenido aguante para seguirnos hasta aquí.

Recordará nuestro amigo, pues amigo es siempre del narrador cualquiera que por tanto tiempo le escucha y en un largo viaje le acompaña y sufre sus impertinencias, recordará, sin duda, y si no se lo repetimos para que lo recuerde, que Doña Urraca, viéndose cautiva, a su parecer, en Compostela, tomó la resolución de llamar en su auxilio al conde de Lara y a Gutierre Fernández de Castro, dos de sus más poderosos y constantes partidarios, los cuales, no por defender una misma causa, solían andar entre sí muy bien avenidos.

El conde de los Notarios estaba sumamente resentido con la Reina después de las escenas del alcázar de Lugo; no podía sufrir tantas y tan públicas debilidades como él las llamaba con áspera franqueza, y condenaba, sobre todo, la traslación de la corte, llevada a cabo sin su consentimiento y de una manera furtiva, claro indicio, a su entender, de que envolvía ocultos y vergonzosos fines. Por otra parte, como todo cuanto él podía prometerse, arreglados los asuntos de la corte, era que don Pedro González de Lara siguiese en preponderancia y valimiento con la Princesa, harto de desengaños, meditaba a sus solas alguna grave resolución.

Fué el primero, sin embargo, en acudir con su mesnada o compañía de vasallos armados al llamamiento de la Reina para sacarla de manos del obispo; pero llegó a

Santiago precisamente cuando ésta acababa de reconciliarse con Diego Gelmírez.

Estaba aguardando Doña Urraca la vuelta del mendigo encargado de advertir a Ramiro el peligro que corría en Altamira, y de poner en sus manos la carta donde muy por extenso le informaba de su ilustre nacimiento, y en la completa incertidumbre acerca del éxito de tan importante y delicada comisión, poco dispuesta debía hallarse para recibir a su adusto ministro.

Era imposible, sin embargo, evitar su visita; semejante desaire hubiera parecido el colmo de la ingratitud; harto desairado tenía que tornarse de todas maneras el de Castro cuando la Reina, a vuelta de mil disculpas y artificios, le hiciese comprender que el socorro, tan apretadamente pedido y tan prontamente otorgado, era ya enteramente inútil. Vióle entrar, grave y severo, como de costumbre, completamente armado con escudo de roeles al pecho, y procuró serenar su semblante, buscando un medio entre la dignidad de mujer ofendida y la sonrisa de Reina desagraviada y satisfecha.

—Aquí me tenéis, señora—dijo el conde, desanublando su faz y con el tono de voz más apacible—; aquí me tenéis todavía dispuesto a libertaros de la cautividad a que vasallos rebeldes os han reducido; los míos han acampado no lejos de la ciudad, prontos, como yo, a dar la vida por su Reina y señora.

—Gracias, don Gutierre, gracias—contestó Doña Urraca con acento vibrante y dulce—; de buen grado se os perdona la aspereza con que tratáis a los que se sientan en el trono cuando se observa el celo y puntualidad con que acudís a servirlos.

—De uno y otro modo creo servirlos igualmente; el que dice la verdad al Monarca, tanto bien le hace, por lo menos, como el que expone la vida en su defensa.

—Sois el primero que ha venido—le dijo la Princesa, creyendo halagarlo.

—Los lisonjeros—repuso Fernández de Castro—son tan diligentes en la prosperidad como perezosos en la desgracia.

Callaba la Princesa, como si estuviese meditando las sentencias que brotaban a raudales de los labios del ministro; pero, en honor de la verdad, debemos confesar que, por profundos y peregrinos que fuesen aquellos apotegmas, no paraba mientes en ellos, por andar muy ocupada en inventar el medio más suave de decirle que si bien no consideraba a propósito la aspereza de lenguaje para ganar la voluntad de una dama, la Reina le habría perdonado en la ocasión presente alguna tibieza en acudir en su ayuda, pues que las circunstancias en poco tiempo habían variado completamente. Quería mostrarse constante y firme, por lo mismo que conocía no haberlo sido en épocas recientes; pero la suerte se empeñaba en hacerla aparecer cada vez más vanidosa y mudable.

Gutierre de Castro interpretó el silencio por el lado más lisonjero a su amor propio, y prosiguió:

—Sí, señora; mi lenguaje puede ser brusco; pero la corteza no es tan bronca ni dura que no deje traslucir las intenciones más leales. Habéis mandado a decirme que en Santiago no érais tratada como soberana; que el obispo era un rebelde tan temerario, que os tenía cautiva en un monasterio; que, fiada en los inmerecidos favores que acababais de dispensarle, habíais entrado imprudentemente en su ciudad, de donde no esperabais salir si vuestros leales vasallos no acudían presto a sacaros de las garras de los facciosos; en Santiago estáis; pero desde este instante podéis reputar que la ciudad es vuestra corte; en prisión os encuentro, pero la cárcel se ha convertido en palacio: mandad y seréis obedecida.

—Gracias, conde, gracias—contestó la Reina, que trataba de ocultar la esterilidad de su imaginación con la abundancia y repetición de palabras—; jamás olvidaré el mérito que habéis contraído en la ocasión presente. Escoged en todos mis reinos el castillo que más os convenga, y con él premiaré gustosa vuestro celo y lealtad.

—Bésoos las manos por tanto favor; pero no puedo aceptarlo.

—¿Por qué?

—No he hecho más que cumplir con mi deber; y en el puesto que tengo no daré a los cortesanos el funesto ejemplo de admitir recompensas extraordinarias por servi-

cios comunes. No me agraviéis, señora, dando a entender que soy incapaz de dar un paso más en vuestra defensa sino estimulado por la esperanza de alta prez. Terminemos la obra primeramente. Supongo que no permaneceremos un solo día en la ciudad; con vuestra escolta y seis escuderos que yo he traído, y me esperan abajo, bien armados, emprendemos la marcha por las calles. ¿Queréis antes imponer alguna multa a los vecinos por desacatos que hayan podido cometer con vos? ¿Queréis castigar al obispo por su rebeldía? O si en él por lo sagrado de las órdenes, tenéis escrúpulo de poner manos violentas, ¿queréis que demos tormento a sus amigos seculares? Cerca está mi mesnada; con ella me atrevo a poner freno a toda Compostela.

—Gracias, don Gutierre, gracias—repitió Doña Urraca con su frase estereotipada, que, por lo visto, le servía lo mismo para expresar su agradecimiento como sus quemazones—; por ahora creo prudente permanecer aquí.

—En tal caso, los mesnaderos se alojarán en la ciudad; vendrán al monasterio a daros la guardia, y...

—No, que el prelado pudiera recelarse—dijo la Reina, con viveza.

—¡Recelarse! ¡Cómo!—exclamó, atónito, Gutierre de Castro—. ¿Andáis en contemplaciones con un hombre a quien llamáis rebelde a boca llena en vuestro mensaje?...

—Tal me lo parecía.

—¿A quien acusáis de ingratitud, de perfidia?...

—Sí; pero luego... A veces las apariencias... Y yo misma tuve en parte la culpa...

—¡Ah, señora!—repuso el conde, sonriéndose—. Si con un castillo queríais pagar mi puntual obediencia, ya me habríais dado media docena porque os hubiese desobedecido.

—Don Gutierre—respondió la Reina, picada—, prudencia es mudar de parecer, y, sobre todo, cuando en ello ganan los negocios del Estado.

—¿Y puedo yo saber qué ganáis vos con esta mudanza?

—Más de lo que pudierais figuraros—contestó Doña Urraca, que creyó sentar entonces su planta en terreno firme.

—En tal caso, doy por bien empleados los gastos hechos en reunir gente y traerla hasta aquí.

—El obispo ha venido a verme esta mañana, se ha disculpado de su proceder, se ha justificado plenamente, hemos quedado amigos, y, en prueba de ello...

—¿Qué?

—Ya sabéis que tiene amplias facultades del Papa Pascual II para arreglar como crea conveniente el asunto de mi malhadado casamiento con el Rey de Aragón (1).

—Después de vuestro divorcio, este asunto ha quedado en olvido; por más donaciones que habéis hecho a la iglesia compostelana, el obispo no se ha dado por entendido, y acudisteis a Roma solicitando la completa disolución del matrimonio...

—Pero como el Pontífice romano—prosiguió Doña Urraca—había puesto el negocio en manos de Diego Gelmírez, no era fácil que llegase el breve de Su Santidad.

—¿Y el obispo?...

—El obispo—respondió, ufana, la Princesa—, hoy, después de nuestra entrevista, ha declarado nulo mi matrimonio con Alfonso de Aragón.

—¿Conque es decir, que sois libre para contraer nuevas nupcias? ¿Que al *Batallador* ningún pretexto le queda para retener vuestras tierras? En efecto, señora, habéis ganado gran victoria, si de ella os sabéis aprovechar. Doña Urraca, por Dios, os ruego que me escuchéis con atención; aún estáis a tiempo de reparar vuestros errores y extravíos, de reconquistar vuestra fortuna y vuestra fama; aún podéis ser una Reina digna de tan grande Monarquía.

—Sí, lo seré, don Gutierre, no lo dudéis; borraré todas mis faltas; las conozco, y pondré remedio en ellas.

—Desterraréis de la corte a todo vasallo que ose mirar vuestra augusta frente si no es para adoraros como a representante de Dios; escogeréis luego un esposo de regia estirpe, superior a todos nosotros los ricos-hombres, para que obtenga nuestro respeto; varón justo, recto, severo, tan avezado en lides palaciegas como en el campo de batalla; que no dé treguas a los infieles y sepa refrenar a los grandes señores, pues por más que el freno incomode al caballo que lo tascas soberbio y espumoso, el generoso bruto no puede menos de sentir orgullo y placer cuando va guiado por una mano robusta y experimentada, que lo doma y lo lleva a los combates.

Doña Urraca, que estaba distraída mirando la puerta, dijo, atajando al de Castro, en medio de su entusiasmo:

—Sí; pero entretanto, es preciso que no entréis en la ciudad con vuestra mesnada, para que no piense el obispo que venís a

prenderle; y aun para que no crea que tratáis de asediar la ciudad, no sería malo que os alejaseis de estos alrededores.

Fernández de Castro insistió, diciendo:

—Reina de Castilla, os halláis en la época más crítica de vuestra vida. Cuidado con lo que hacéis en estos momentos; de ellos depende la suerte de los reinos que os están confiados.

—Os digo, don Gutierre—replicó la Princesa—, que nunca pudierais hallarme más conforme con vuestros deseos y pensamientos; que estoy dispuesta a los mayores sacrificios, a...

En aquel instante, la puerta se abrió suavemente, y se asomó una dueña, en cuyo semblante se veía luchar el más vivo deseo de hablar a solas con su señora y el temor de interrumpir una conversación acaso interesante.

Al vuelo comprendió la Reina cuál podría ser el motivo de semejante interrupción, y si no le hubiera comprendido, la figura de Pelayo el mudo, que aparecía detrás, inquieto y afanoso, se lo habría revelado.

—Perdonad—prosiguió Doña Urraca con voz y pecho alterados—; aguardad aquí, don Gutierre; al punto vuelvo.

Y, sin esperar respuesta y sin mirar al caballero, que se sonreía con aquella sonrisa maliciosa, única modificación de su augusta gravedad, salióse de la habitación con no muy digno apresuramiento.

—¡Oh!—exclamó el conde de los Notarios apenas se vió solo—. ¡Pelayo, Pelayo anda aquí en privanza con la Reina de Castilla! No es difícil adivinar el motivo. No estará lejos el pajecillo del prelado... Tal vez ese muchacho haya allanado las dificultades para la reconciliación de una Reina ofendida con un vasallo rebelde... Quizá la disolución del matrimonio... ¡Qué horror! No puedo creerlo, no. ¡Gutierre, Gutierre..., sólo te quedan dos caminos que seguir: o salvar el trono, segando con dura mano cuanta cizaña encuentres alrededor de la espiga, o...!

—O arrancar la espiga, que nunca llegará a granar, por más esmero que pongáis en su cultivo—dijo, a la sazón, saliendo de entre los tapices, un hombre de mediana estatura, embozado hasta los ojos con una larga capa y cubierto hasta la frente con una gorra de pieles.

El conde le dirigió una mirada investigadora y severa, como habría podido hacerlo desde su sillón de juez. Al mismo tiempo empuñó su larga espada de combate.

—¿Quién sois?

—Quien os conoce—respondió el emboza-

(1) *Historia Compostelana*, lib. I, capítulo XLVII, pág. 98.

do—; quien os aprecia por el único rico-hombre de estos reinos, que tiene un alma tan fuerte como el brazo y un corazón que rechaza como mortífero el humo de la li-sonja.

—Señales das, pardiez, de conocerme; pero no de conocer el pueblo en que has nacido.

—Ea, don Gutierre, el tiempo urge—repu-so el recién llegado—; vos no podéis seguir el partido de Doña Urraca, porque nunca dejará de ser inconstante, recelosa y anto-jadiza; tampoco podéis serlo del Rey de Aragón, porque, severo como sois, aborrecéis la tiranía; ni del Príncipe Don Alfonso...

—¿Por qué?—preguntó el conde, encogiéndose de hombros.

—¿Por qué? Porque si en él aparece claro el derecho al trono de Galicia; porque si en él se cifran todas las esperanzas para lo por venir, vos no sois necio, y no siéndolo, no querréis trabajar en provecho del conde de Trava y del obispo de Santiago, que serán los consejeros del futuro Rey, los verdaderos reyes de esta tierra.

—Veo que no te falta audacia y talento—dijo el de Castro—, y que te sobra trave-sura; pero dime, así Dios te salve de los centinelas de palacio...

—De ésas yo procuraré salvarme—replicó el desconocido con firme acento—, y los reverendos padres de este monasterio me guardarán la espalda.

—Dime, pues, a qué Rey quieres que rinda vasallaje, ¿al de Córdoba, al de Sevilla o al de Granada?

—A ninguno.

—¡A ninguno! No lo comprendo.

—Queremos alzar por Rey a un hombre valiente, inflexible, justiciero, que sepa hacer tascar el freno al caballo soberbio y espumoso, de tal manera, que el mismo generoso bruto, viéndose tan bien domado, relinche de gozo y parta como un rayo por el camino del honor y de la gloria.

—¡Ah! ¡Me habéis escuchado! Pero ¿ese hombre, ese Rey?...

—¡Sois vos!

—¿Yo? ¡Tú estás loco!

—¿No habéis oído hablar de una secreta hermandad, que no ha muchos días ha sido descubierta, y de la cual forman parte los principales caballeros, hidalgos y villanos, clérigos y monjes de Santiago?

—Ya me figuraba yo que me hablabais en nombre suyo.

—Sí, en nombre suyo; es decir, en nombre de los que en ella tienen más poder—dijo el desconocido—; habíamos elegido por

cabeza a la Reina de Castilla, y nos ha vendido; esta doble perfidia ha exasperado los ánimos de tal manera, que todos están deseando una ocasión, un pretexto para lanzarse a las calles y prorrumpir a voz en grito manifestando sus deseos; la hermandad se ha propagado estos días con la mayor rapidez; tan sólo necesitamos de un hombre que sepa conducirnos, reprimir nuestros excesos, dominar a los nobles, sentarse en el trono... (1).

—¡Atrás! ¡Atrás, demonio tentador!—gritó Gutierre, ardiendo en noble y generosa indignación—. No propongas nunca la perfidia y la traición a un caballero castellano, aunque lo veas resentido, perseguido por la injusticia del Monarca; aunque lo veas humillado; aunque lo sorprendas murmurando a solas de las faltas o flaquezas del Rey. ¡Atrás, que la sombra, el aliento de la deslealtad me contamina, me atosiga! ¡Atrás! No me hagais recordar que soy conde de los Notarios, encargado de la justicia del reino; que soy ricohombre castellano, y no puedo dejar de vengar con el acero las ofensas a una dama!

—Pero esa dama—replicó el embozado con acento sarcástico—, en este momento, mientras arde un volcán bajo sus pies, se halla muy bien entretenida recibiendo noticias de un galán barbilampiño, por quien sacrificará la mitad de su reino; esa Reina ha sabido hoy la disolución de su matrimonio, y acaso se verá obligada a dar la mano a vuestro mayor enemigo, a vuestro rival en privanza, el caballero más conocido por sus afeites que por sus proezas...

—¡Al conde de Lara! ¡Es imposible! ¡Mientes, villano! Antes que tal suceda..., antes que ver en tal mengua el trono de Pelayo...

—Nos ayudaréis, os pondréis al frente del pueblo irritado, seréis nuestro caudillo, nuestro Monarca...

—¡No, jamás! Clavaré un puñal en el pecho del pajeçillo, en el pecho de Lara; levantar los ojos para ver la hermosura de la Reina será un crimen que atraerá en el acto el rayo de la justicia; será lo mismo que precipitarse desesperado para recibir la muerte; pero después que haya purgado la corte de atrevidos la emprenderé con vosotros, canalla ruin, que no podéis observar una falta, una debilidad, sin concebir un crimen, el mayor de todos los crímenes.

(1) «E si alguno de los nobles les diese favor é ayuda, á tal como éste deseaban que fuesen su rey y señor.»—*Historia del monje anónimo.*

—¡Don Gutierre, don Gutierre!—exclamó, desembozándose, maese Sisnando, y tendióle los brazos con entusiasmo—. ¡Así me lo esperaba yo! No hay un hombre de vuestro temple, de vuestra firmeza, en toda España; sois el único que puede salvarnos a todos. Poneos al frente de esa muchedumbre exaltada; abrid un hondo cauce al torrente que se desborda; guiad por buen sendero esas pasiones que se extravían; asid ese pensamiento que brota rudo y sin orden de las entrañas del pueblo, y si no, desde ahora os hago responsable de las injusticias, de la violencia, de los horrores que sobrevengan; vos podéis evitarlos, y nadie más que vos.

En aquel instante comenzó a percibir en el interior de la ciudad un murmullo sordo, que cada vez iba arrojando, como un aluvión que llega de valle en valle, arrasando las campiñas, turbio y espumoso.

—¿Qué es esto?—preguntó el conde—. Tú debes saber de qué proviene ese tumulto. Te sonríes; áspid maligno, habla; parece que siento vocerío, estruendo de armas.

—Eso es que ya el dique se ha reventado, y que el torrente corre con impetu irresistible. Pero no temáis—añadió maese Sisnando—; la hermandad levanta por vez primera su brazo, pero lo alza para haceros un servicio; tenéis un enemigo, un hombre que os es profundamente antipático; pensabais hace poco clavarle un puñal en el corazón...

—¡Lara?

—Sí; el conde de Lara, traidor a la hermandad, acaba de entrar en Compostela en pos de la Reina, y los hermanos no pueden soportar ni su perfidia ni su privanza; se han pronunciado contra él, y si venís a poneros al frente de los amotinados...

—¡Sí, voy, voy!—exclamó Gutierre Fernández de Castro—. Voy a mostrarte lo que valen los traidores a cuyo frente quieres ponerme.

Y diciendo estas palabras, el noble y generoso caballero, sin dignarse mirar siquiera a maese Sisnando, partióse a pasos agigantados, y espada en mano, en dirección de la plaza.

El viejo de la gorra de pieles desapareció detrás de los tapices.

—¡Qué lástima! Con un hombre como éste a la cabeza, lo teníamos todo; sin él... Pchs... ¡Pero... contra él... imposible!

Entró en la ciudad el conde de Lara armado de punta en blanco, caballero en un hermoso corcel normando y rodeado de escuderos y pajes, que deslumbraban por el lujo de sus arreos y por las brillantes armaduras que ostentaban. Cotas de hierro

bruñido o de escamas y de malla con golpes de plata, garzotas y penachos de todos colores, blancas sobrevestas con franjas doradas, gualdrapas de pesada sedería y paramentos de hierro empavonado con labores y filetes de oro, escudos con las calderas jaqueladas, con serpientes por asas, capacetes brillantes y celadas enteras, lanzas con pendoncillo, formaban un conjunto magnífico, que contrastaba notablemente con el modesto acompañamiento que trajo el conde de los Notarios cuando algunas horas antes llegó con el mismo objeto de libertar a la Reina. Uno y otro caballeros tuvieron que dejar sus mesnaderos fuera de las puertas, trayendo consigo únicamente sus propios criados.

Como el de Lara hubiese sabido en el camino que ya Gutierre de Castro se le había anticipado, avanzó sin ningún recelo, con mucha lentitud y majestad, para que pudiesen lucirse su soberbio equipaje y servidumbre.

La proximidad de su llegada alteró profundamente el ánimo de los conjurados, indignados por la falsía que atribuían al enamorado conde, el cual, como sabe el lector, sólo podía ser acusado de una excesiva confianza en su valimiento cerca de la Reina y de alguna facilidad en caer en el lazo que le tendió Ramiro en el monte del Gozo. Desde la puerta del Camino comenzaron a sentirse de nuevos medio vergonzosos de los más atrevidos, cuya impunidad alentó a los más cautos o medrosos; los murmullos se convirtieron luego en gritería, en silbos, en injurias atroces, que salían con estrépito de todas partes. De las ofensas de palabra a las de hecho no hay más que un solo paso, y es muy resbaladizo; a los silbos sucedieron las pedradas, y luego los saetazos, los embates y acometimientos formidables, aun para más serenos y formidables pechos.

Lara, después de haber intentado al principio una débil resistencia, tomó el partido de huir a toda rienda hacia la plaza del palacio episcopal y monasterio de Pinario.

Los amotinados, viéndole tan atortolado, tomaron alas y se precipitaron tras él, sin descuidarse de enviar delante algunos proyectiles por vía de batidores.

En tan vergonzoso estado asomóse a la plaza, acosado muy de cerca por los sublevados, cuando Gutierre Fernández de Castro apareció montado en su corcel a la puerta del monasterio, y en pos fueron saliendo los escuderos, que estaban esperándole sin quitar bridas.

—¡Castro! ¡Castro!—gritó, blandiendo la

espada, y lanzándose al encuentro de los que huían—. Conde de Lara—prosiguió cuando estuvo cerca del ricohombre—, allí está la Reina; id a refugiaros debajo de su manto, pero dejadme vuestros escuderos, siquiera para que alguna vez vuelvan cara al enemigo.

Don Pedro González no supo qué contestar a tan sangriento y merecido sarcasmo. Pero callando acertó con la única respuesta, que fué volver grupas y lanzarse como el rayo con todos los suyos en medio de la muchedumbre, dando tajos y reveses, sin orden ni concierto, pero con desesperación.

—¡Bien! ¡Bravo! ¡Buen golpe! ¡Otro! ¡Cierra, cierra! ¡Lara y Castro! ¡Calderas y roeles! (1)—gritó don Gutierre, combatiendo a su lado y animándole con sus palabras y, sobre todo, con su ejemplo.

Para el aguerrido conde de los Notarios, aquélla no era lucha formal, era una especie de alarde, un simulacro en que podía llevar la mejor parte, sin dejar de atender a los demás y de insultar al mismo tiempo a los amotinados con desaforadas voces. Lara, sin embargo, pasado el primer ardimiento producido por la vergüenza, comenzó a cejar con los suyos, que componían el mayor número; y como los revoltosos crecían como las oleadas del viento, y Castro estaba sólo con cinco escuderos, el éxito de la refriega se presentaba dudoso cuando Gundesindo Gelmírez, gobernador de la ciudad, apareció al extremo opuesto de la calle y cargó a los conjurados por la espalda.

Huyeron entonces despavoridos por todas partes los que no perecieron al filo de las espadas, que se cebaron en ellos, y ya no los volveremos a encontrar en esta historia.

Sus hechos, sin embargo, fueron, algo más adelante, tan notables, que los hemos creído dignos de figurar en primera línea en esta obra.

Hartos ya de matanza, se retiraron los tres campeones, Castro, Lara y el gobernador, después de haberse saludado cortésmente, los primeros al monasterio de Pinario, el último al palacio del obispo.

En el estado de agitación y acaloramiento, de temor y suspicacia de todos los ánimos, no se necesitaba menos que la pronta y espontánea concurrencia de los tres caballeros para que unos y otros no se hubiesen tenido mutuamente por autores de aquella asonada.

(1) Ya se ha dicho que la caldera jaquelada era el escudo primitivo de la casa de Lara; los roeles, el de Castro.

Era ya de noche cuando la Reina recibió a los dos ricoshombres de Castilla. Apareció turbada, con cierta animación febril, que le hacía no fijarse dos instantes seguidos en un mismo objeto. En breve tiempo dió gracias al conde de Lara por su socorro; se informó del de Castro acerca de la refriega, en cuyo cuento tuvo el narrador la delicadeza de callar o disimular la vergonzosa fuga de su antagonista. Recordó Doña Urraca que el monasterio estaba plagado de rebeldes, y que en aquel edificio solían celebrarse las juntas de la hermandad; prometió abandonar al punto semejante morada, y cuando ya le pareció que había departido bastante de cosas que poco o nada le importaban, para disimular el interés que tenía en hablar de lo que tan inquieta la traía, soltó la voz con semejantes razones:

—Conde de los Notarios, os he dicho cuán conveniente sería para el completo arreglo de los negocios del reino, por tan buen camino enderezados, que os alejaseis de aquí, por ahora, con vuestra mesnada, no fuera que el obispo creyese que veníamos a llevar la paz y reconciliación a punta de lanza; eso mismo pensaba decirnos, conde de Lara—añadió, dirigiéndose al favorito, que parecía asaz ceñudo y silencioso, contra su costumbre—; pero después de una noticia que acabo de recibir, es indispensable que pongáis vuestros soldados a mi disposición, y que esta misma noche nos dirijamos a castigar a un tirano que, contra todo fuero, contra toda ley y conciencia, usurpa las tierras y dignidades que no le pertenecen, en perjuicio de su legítimo dueño y señor, que se ha puesto bajo mi amparo.

—Obligación es nuestra acudir siempre con determinado número de lanzas a las guerras que en justicia creáis deber emprender—respondió Fernández de Castro—; yo, por mi parte, como leal vasallo, dispuesto estoy a cumplirla; ahora vos, como Reina, debéis pesar en la balanza de vuestra prudencia si, cuando estamos acosados de tantos enemigos domésticos y extraños, es conveniente empeñaros en una reyerta particular.

—Digo lo mismo—añadió Lara, secamente.

—Jamás, jamás, Monarca alguno—repuso la Princesa—ha tenido tanta razón para castigar las demasías de un vasallo como yo las de Ataulfo de Moscoso.

—¡Moscoso!—exclamó el conde de los Notarios, sorprendido—. Mirad cómo yo decía bien; recio soy, inflexible con el rebelde y criminal; pero no tanto que apruebe las crueldades del ricohombre de Altamira; él,

sin embargo, las ejecuta con sus vasallos, de las cuales puede disponer como le plazca, guardando a su señor feudal la debida lealtad y homenaje; pero Ataulfo de Moscoso, no sólo es un súbdito leal, sino que, por lo presente, su amistad os conviene más que nunca para contener al conde de Trava, que, sin el obstáculo de Altamira, pudiera presentarse el día menos pensado con el Príncipe Don Alfonso en Compostela.

—Vos, conde, os olvidáis de una cosa, y no sabéis otra; os olvidáis de que Ataulfo usurpa las tierras, castillos y señoríos de su padre, que no le pertenecen, e ignoráis, sin duda, que se ha separado de mi obediencia.

—Si lo ha hecho con las solemnidades de costumbre, ha obrado en toda ley; si os ha dado las razones que tiene para usar de este derecho y os ha prevenido con la debida anticipación para que vuestros intereses no sufran menoscabo, se habrá portado como caballero.

—Ni uno ni otro, Gutierre—exclamó la Reina, gozosa, porque tácitamente acababa de darle la razón el conde de los Notarios—; Ataulfo no sólo se ha separado de mi obediencia, sino que ha reconocido por su señor feudal al Príncipe mi hijo, que aún no está en posesión del reino; pero tan extraña noticia no la sé yo directamente por él, ni ha venido a besarme la mano para hacerme entrega de las tierras que yo le he donado, ni menos ha tenido esos miramientos y delicadas atenciones de que habéis hablado.

—Entonces, señora, no tenéis derecho para dudar de su fidelidad.

—Lo tengo con tanto más motivo—repuso, amohinada, Doña Urraca—, cuanto que os digo por tercera vez que él no es señor de Altamira.

—Perdonad, señora; pero tan de nuevo me coge esa especie... ¿Y quién es el legítimo dueño de esos Estados? Después de la muerte de don Bermudo de Moscoso, que fué arrojado al mar por los piratas normandos, ¿quién osa disputar esos dominios al único heredero después de veinte años de pacífica posesión?

—¿Quién? Un hijo de Bermudo—respondió la Reina con ufania.

—¿Un hijo... bastardo?

—No, no es bastardo; es fruto de legítimo matrimonio.

—¿Y ha tenido oculto su nombre y sus derechos nada menos que veinte años?—repuso el conde de los Notarios con tono de incredulidad.

—No los ha descubierto hasta hoy, y hoy

mismo el infeliz ha caído en manos de su tío, el usurpador, del bárbaro Ataulfo, el cual, apenas el mozo ha puesto pie en el castillo de Altamira, ha dado orden de que nadie entre ni salga en él sin ser reconocido; y es preciso que vos, que administráis justicia en mis reinos, acudáis al punto para impedir un crimen horrible, un asesinato...

—¡Un asesinato!

—Sí, que no será el primer deudo que haya perecido a manos de ese monstruo.

—¡Cómo!

—¡También su hermano—exclamó la Reina con exaltación—, también Bermudo de Moscoso! Antes de que saliese a combatir a los normandos, fué muerto por Ataulfo, el cual, para ocultar el fratricidio, hizo vestir a uno de sus criados la armadura de Bermudo; el criado fué herido y cautivado en la pelea y luego arrojado al mar por los piratas, cuando vieron que nadie acudía a rescatarle. Aquí, aquí tenéis la declaración de Pelayo, escudero de Bermudo, que conoció el disfraz de su supuesto amo. Conde de los Notarios, si como juez debéis hacer justicia, yo como Reina acudiré también a vengar a mis amigos, a los amigos de mi padre.

—Bien, señora; pero ¿de qué nace ese interés tan vivo que os tomáis en tan críticos momentos por un negocio particular? Antes de mover vuestra gente, antes de dar un paso hostil contra Ataulfo, es preciso que yo me informe, como juez, si es o no cierta la existencia de ese hijo del primogénito de Altamira, porque bien puede un impostor traeros enredada una trama más o menos bien urdida; luego es indispensable enviar mensajeros a don Ataulfo, para que deje en libertad a esa persona, y mirarse mucho para declarar la guerra a un ricohombre, que puede defenderse por largo tiempo y en circunstancias como la presente, en que tan acosada estáis por todas partes. Después de la paz llega el reinado de la justicia; hasta entonces no debéis desatender los negocios del Estado por querellas particulares.

—Don Gutierre—exclamó la Reina, levantándose con resolución—, al amanecer marchó yo sola con mi pequeña escolta a libertar a Ramiro; el que de vasallo leal se precie, que me siga.

—Para acabar de persuadirnos a seguimos en tan brillante jornada—dijo, por fin, el conde de Lara, todo trémulo y descolorido y con amarga sonrisa—, habéis hecho bien en declararnos el nombre del mozo a quien vuestra imaginación, o vuestro corazón, no menos fecundo, se complacen en revestir con los ilustres atavíos que le faltaban.

—¡Cómo!—prosiguió el conde de los Notarios—. ¿Ese mancebo, ese Ramiro, es, por ventura, el paje del obispo de Santiago?

—Sí; la Reina de Castilla—respondió don Pedro con el resentimiento de los celos—quiere ser más poderosa que el supremo Autor de lo criado; el Señor no puede hacer que no sea lo que ha sido, y la señora se empeña en que el hijo de un hidalgo sea el hijo de un ricohombre.

—¿Conque es cierto?—añadió el juez, cruzándose los brazos—. ¿Conque pretendéis elevar al pajecillo a una dignidad que no dista más que un escalón del trono, y al mismo tiempo el amo de ese paje, el obispo de Santiago, rompe y disuelve los últimos lazos de vuestro matrimonio, para dejaros en libertad de dar vuestra mano a un príncipe como vos, o tal vez a un tan grande caballero como Ramiro?

—¡Oh! Eso no será, Doña Urraca, Reina y señora mía—dijo Lara, que, al oír la noticia de la disolución del matrimonio, tomó un tono menos arrogante—; yo os amo mil veces más que pudiera amaros ningún otro mortal; mi alcurnia es tan esclarecida, que a ninguna cede en la tierra; tengo derechos..., bien lo sabéis, tengo derechos a vuestra mano, y nunca ni por nada los cederé, Doña Urraca, seré capaz de sacar por las calles...

—¡Silencio, silencio!—gritó Doña Urraca con herido acento—. ¿No hay un sayón que os cierre la boca con una mordaza? ¿No hay un caballero que venga con la punta de su espada las ofensas que estáis haciendo a una dama, a una Princesa? Callad y obedeced, vasallos; soy libre, soy Reina; si doy la mano a Ramiro, Ramiro IV se llamará el Rey de Castilla y de León; si no queréis obedecerme, devolvedme ahora mismo vuestros condados; pero si los retenéis, si queréis seguir fieles al pleito homenaje que me habéis prestado, vos, conde de los Notarios, id a informaros presto del obispo y de Pelayo el mudo acerca del verdadero origen de ese mancebo, y vos, conde de Lara, vos... id a cuidar del niño que habéis dejado en Lugo, que, a fe mía, mejor os estará en los brazos que una lanza que nunca habéis podido sustentar.

CAPITULO II

Cómo el obispo y el conde de los Notarios hacían cuenta sin la huéspeda.

—Perdonad—exclamó compungido el favorito, echando atrás los bucles de su perfumada melena—; perdonad, señora, si con mis indiscretas palabras he provocado las que acabáis de dirigirme, hijas tan sólo del resentimiento. Yo os amo, Doña Urraca; yo os amé antes de sospechar siquiera que pudierais galardonar un día mi constancia con una recompensa que no osaba ambicionar. Mi cariño es puro, desinteresado, exento de miras de engrandecimiento, y, por lo mismo, tiene más derechos que ningún otro. ¡Vuestra mano, señora, vuestra mano!..., siquiera hagáis renuncia del trono, siquiera partamos después al último confin del universo, donde ocultéis, si es posible, los fulgidos rayos de vuestra regia estirpe.

Gutiérrez Fernández de Castro, que con talante de alejarse, acaso para siempre, de la presencia de Doña Urraca de Castilla, se había detenido, sin embargo, por un instante, curioso de ver el efecto que en el almibarado pretendiente hacían los insultos de la dama, quedó profundamente indignado al oírle expresarse con tan poca dignidad, con tanta afectación y bajeza. Despidióse de la Reina con semblante grave, pero inmutado; gastó en ello las menos palabras posibles, aunque procuró que fuesen respetuosas, y lanzó al conde de Lara una mirada con que se desquitó del respeto que se vió en precisión de tener con su soberana. Al conocer ésta su turbación, al advertir que ni siquiera había alegado la menor disculpa de sus duras palabras, sintió impulsos de llamarle, para darle a entender que estaba pesadosa del rigor que con él había usado. Pudo más el orgullo, sin embargo, y el conde de los Notarios no fué interrumpido en su marcha hasta salir de las regias habitaciones.

Mas apenas se vió en los ánditos del monasterio, desiertos a la sazón, oscuros y silenciosos, aparecióse un monje muy envuelto en la negra y ancha cogulla de la Orden de San Benito.

—¿Y ahora?—le preguntó el religioso, tirándole suavemente de la roja sobrevesta.

El caballero detuvo sus pasos, cuyo estruendo el eco repetía en los ángulos del claustro, y, cruzándose de brazos, miró tranquilamente a su interlocutor.

—Ahora lo mismo que antes—respondió, después de haber conocido al conjurado del gabinete de la Reina.

Y como intentase proseguir su camino sin más palabras, asíóle otra vez el arquitecto de aquella especie de dalmática cue sobre el arnés llevaban los guerreros, pendiente de los hombreros y abierta por los costados.

—Hombre de hierro—le dijo—, corazón de bronce. ¿No veis perdidos, enteramente perdidos, tantos servicios eminentes, tanta fatiga, tanta sangre derramada en los ásperos campos de batalla, tanta energía y tesón en los artesonados salones de la corte? Vos derrotáis al enemigo, le acosáis, le estrecháis, le reducís al último trance, y *ella* viene luego a transigir con él, como si nada hubiese pasado; vos procuráis hacer justicia con el delincuente, y *ella* es la primera que delinque; os afanáis vos por que el escándalo no cunda en el pueblo, tanto como *ella* por hacer públicas sus faltas escandalosas. ¡Y el pueblo murmura de vos, porque sois débil, y *ella* os insulta, os aborrece, porque sois un tirano!

—¿Cómo os gobernáis para buscar escondrijos y disfraces?—repuso don Gutierre, desentendiéndose afectadamente de la conversación, por lo mismo que le llegaba al alma.

—Nosotros tenemos la justicia de nuestra parte; por eso nos ayudan los monjes—respondió Sisnando, siguiéndole también a este terreno—; tenemos el talento; por eso los arquitectos y demás artifices nos proporcionan medios de introducirnos en todos los edificios, cuyos secretos conocen mejor que los dueños para quienes han sido hechos; nosotros tenemos...

—Valor, valor sobre todo—dijo el conde, interrumpiéndole con ironía—; y por eso habéis huído tan vergonzosamente de docena y media de lanzas, cuyas dos terceras partes eran mandadas por el invicto don Pedro González de Lara.

—No nos falta más que un caudillo, bien lo habéis podido conocer, don Gutierre; organizad esa muchedumbre exaltada, pero sin disciplina; yo os ayudaré en la empresa, yo desterraré de la hermandad los nobles que puedan haceros sombra; no queremos más que a vos.

—Gracias, señor villano—contestó el caballero—; en esta conferencia he aprendido que los hermanos de la Orden de..., de la traición, sois parecidos a los ratones en esto de minar edificios; que tenéis el oído más fino que un jabalí en eso de escuchar conversaciones privadas, y piernas de liebre en aquello de huir al asomo del peligro.

—Sí; pero tenemos más altivez que el illustre conde de los Notarios para no humillar-

nos en reconocer por Rey a Don Pedro I de Castilla.

—¿Don Pedro I?

—Sí, Don Pedro... *el Invicto*, como le acabáis de apellidar. Y si el nombre no os parece bien, llamémosle *don Lindo*.

—¡Oh! Callad, callad; es imposible; ¡mientes como un bellaco, viye Dios! ¡Lara en el trono de Castilla! Semejante escándalo no podría tolerarse; no ya las hermandades secretas, la nación entera le rechazaría.

—Y vos el primero, ¿no es verdad?

—Yo el primero; antes, antes dejo a Doña Urraca tomar parte en esa romancesca empresa de libertad al paje. ¡Lara! Miserable ambicioso, necio y cobarde, que se cree de superior alcurnia que todos los reyes y emperadores de la tierra. «No descendemos de reyes, sino los reyes de nos.» Esta es su divisa. ¡Primero Ramiro, primero el paje, primero un sarraceno! Pero no, tan imposible es uno como otro; tú me engañas, siempre tentadora, me engañas.

—Id a preguntárselo al obispo de Compostela—contestó maese Sisnando—, y él os dirá que, siendo ya tan públicos los amores de la Reina con Pedro González de Lara, no hay más remedio, para reparar el escándalo, que una separación completa, una penitencia pública o el matrimonio.

—¡El matrimonio!—exclamó Castro, a quien al repetir esta palabra se le abrasaban los labios de coraje.

—Y como la separación—dijo el alarife con mucha sorna—, como la separación es difícil, si no imposible, por ser la casa de Lara el principal apoyo de la Reina de Castilla, y mediando también yo no sé qué prenda de amor...

—¡Ok! Tiene razón... ¡Doña Urraca es madre!

—De consiguiente—prosiguió maese Sisnando, sin mudar de tono—, la Iglesia, que no transige con ricos hombres, ni con monarcas, debe exigir ese casamiento.

—¡El casamiento de una Princesa con un vasallo!

—Os olvidáis de que el vasallo es más poderoso que algunos Príncipes; os olvidáis de su lema: «No descendemos de reyes...» Os olvidáis de que esa misma Doña Urraca casó en primeras nupcias con un aventurero, que no agregó a la corona de Castilla una sola almena.

—Pero el conde de Lara es un hombre aborrecido.

—No todos los reyes han sido amados.

—Un cobarde.

—Tendremos un reinado pacífico.

—Y os olvidáis, sobre todo—dijo, por fin, el de Castro, con un bufido y echando mano del puñal—, os olvidáis de que yo le detesto.

—Precisamente es lo que nunca he dejado de tener presente—repuso el arquitecto, sonriéndose.

—Le detesto—repitió Gutierre con más energía—; no consentiré jamás en semejante mengua; evitaré este oprobio al suelo castellano; mas no por eso transigriré con vosotros, miserables, que especulais con las pasiones, con las calamidades públicas como logreros judíos con el hambre de los cristianos.

—¡Bah, bah!—contestó el alarife con su acostumbrada calma—. Ya muderéis de parecer, sobre todo después que hayáis oído al venerable obispo. Os emplazo para entonces. Si habéis menester de mí, preguntad en la portería por el Padre Prudencio. ¡Adiós! No creo tardéis en devolverme la visita.

Y desapareció en las sombras de los claustros.

—Jamás; no esperes verme sino en la lid; si vistes loriga como hábitos monacales, si tan sereno y audaz eres en el campo como en el monasterio, allí me encontrarás—exclamó don Gutierre como si aún le tuviese presente; pero advirtiendo su desaparición, prosiguió diciendo entre sí—: Y en muchas cosas tiene razón; su pensamiento es el mío; no le habría expresado yo con mejores palabras; pero nunca sacaré yo las consecuencias que él deduce. Traidor, desleal, eso, no; servidor de una Reina voluble y caprichosa, tampoco. Francamente se lo anunciaré a Doña Urraca; iré a devolverla todo cuanto me ha dado. No es mucho, por cierto; con más frecuencia se han sentado otros cortesanos en el festín de las mercedes; el ambicioso galán que tiene a menos descender de sangre real no se desdén de recoger hasta las migajas de la regia mesa. Me apartaré de esa Reina, a quien he servido con tanto amor, con tanto celo y constancia; pero hasta entonces procuraré servirla del mismo modo, con más lealtad, si cabe; con más esmero que nunca. ¿Ha determinado que me informe acerca del nacimiento del paje? Me informaré. No le aborrezco tanto desde que veo que detesto a Lara más de lo que creía. ¡Lara! Yo probaré a los que quieren sentarte en el trono que Doña Urraca puede cumplir como cristiana sin degradarse como Reina.

No tuvo necesidad de salir del monasterio para ver a Pelayo, que estaba allí, aguardando con impaciencia la resolución que, acerca de Ramiro, se tomara. El mudo, en

una larga entrevista, le manifestó cuanto averiguó por Gontroda acerca de la desaparición del hijo de Bermudo. Nada de nuevo añadió a lo que nosotros sabemos; su relación fué bastante imperfecta por la escasez de medios de darse a entender con un hombre más aficionado, como recordará el lector, a sacudir mandobles y a disponer tormentos que a descifrar inscripciones. Del examen de un testigo habría pasado el juez inmediatamente a la comprobación del otro, si el tiempo, que también corre en las novelas, no hubiese traído la hora de queda, más a propósito para cenar y dormir, tras un día de fatiga, que para pesquisas judiciales. Pidió, pues, hospitalidad al abad del monasterio, cuyo nombre no hemos podido averiguar, por más libros, archivos, lápidas y sepulcros que hemos revuelto. Y lo sentimos, a fe, pues aunque de él no se cuenta más que una cosa, es una cosa buena, a saber: que accedió al punto a la petición de don Gutierre, dándole cena y lecho para sí y para los escuderos. ¡Cuántos nombres de personajes conserva la Historia de quienes se ignoran mayores o semejantes proezas!

Pero dejando aparte tan injusto capricho historial, proseguiremos el cuento diciendo que al siguiente día, abandonando el conde de los Notarios los blandos y hospitalarios jergones y mantas... Y aquí se renueva nuestra pena, pues constando como consta de documentos contemporáneos y fehacientes la existencia de semejantes utensilios (1), ¿por qué no ha de aparecer el nombre del susodicho abad, que tan generosamente proveyó de ellos a don Gutierre?

El cual, saltando del lecho no muy de madrugada, enderezó sus pasos al palacio episcopal, cuya fachada forma uno de los frentes de la plaza, que cierran en ángulo recto la catedral y el monasterio de Pinario. El venerable Diego Gelmírez salía de su propia capilla, construida sobre el pórtico del alcazar. Acababa de decir misa por el pobre paje Ramiro, que debía andar a la sazón asaz menesteroso de auxilios espirituales y temporales. El prelado tampoco había descuidado los últimos: era de los que rogaban a Dios dándole al mazo; y atendiendo al nuevo estado de sus relaciones con el rico hombre de Altamira, mandóle un mensaje muy atento reducido a pedir la devolución de la persona de Ramiro Pérez de Mellid, paje de su reverencia, en el caso de que lo tuviese encerrado en el castillo, prometiendo

(1) En la *Historia de Sahagún*, tantas veces citada.

si, lo que no era creíble, hubiese cometido algún delito contra él, castigarlo con toda severidad en Compostela. Contestó Ataulfo, con no menos formalidad y atención, que si bien era verdad que el paje Ramiro había llegado, el conde don Pedro Froilaz se lo había remitido, y que él, lejos de castigarlo como merecía por su insolente conducta en el juicio de Dios, por un raro capricho lo había perdonado; que luego lo vió salir del alcázar, y podía afirmar a su paternidad que nadie le igualaba en deseos de saber su paradero.

Con esta respuesta ambigua volvieron los del mensaje, y el obispo quedó, por de pronto, satisfecho y esperando ver a Ramiro en la hora menos pensada. Pero llegó Pelayo, comisionado, como dijimos, por la Reina, y trajo noticias más circunstanciadas, que no desmentían, por cierto, al ricohombre, pero que no eran para satisfacer ni tranquilizar al más templado y contentadizo. El paje, efectivamente, salió salvo y perdonado de Altamira, mas al poco tiempo volvió a meterse dentro en busca de su madre, y desde entonces se había cortado absolutamente toda comunicación en el alcázar. Con estas nuevas, Diego Gelmírez había mandado otro mensaje a don Ataulfo, reclamando formalmente a Ramiro y amenazando con todo género de armas al que injustamente lo retuviese.

Así andaban las cosas cuando el conde de los Notarios llegó a presencia del pontífice compostelano, que satisfizo completamente a los deseos del juez, respondiendo sin rebozo a todas sus preguntas. Conferenciaron después amistosamente acerca de las exirafías aventuras que al paje acacían, y convinieron ambos en que, si bien existía el convencimiento moral de que el hijo de Bermudo y el Ramiro Pérez eran una misma persona, no podían darse de esta identidad pruebas legalmente irrecusables; que lo más prudente, por lo pronto, era no invocar los derechos que pudiera tener a los estados de Altamira, hasta que con mayores datos y menos disposición del interesado se reclamasen; que, por consiguiente, la Reina no debía mezclarse en este asunto, ya por el bien parecer, ya porque exclusivamente correspondía al obispo, cuyo vasallo y criado era el mancebo.

Al ver Fernández de Castro a Diego Gelmírez tan razonable y tan de acuerdo con su modo de pensar en las cuestiones de dignidad, de honra y de prudencia, antes de retirarse y de llevar a la Reina el resultado de sus investigaciones, quiso probar si era

cierto lo que el misterioso desconocido de la hermandad le había asegurado acerca de los planes de casamiento con Pedro González de Lara.

A poco que metió la tintera, se halló con más grave mal de lo que se imaginaba. El afeminado conde, que sabía deponer su arrogancia cuando a su ambición convenía, del cuarto de la Reina se había ido en derechura, la noche anterior, al del obispo, y tan viva pintura hizo de sus amores, de las dificultades insuperables para la separación, descubrió tan a tiempo la existencia del niño Hurtado, y con el manto de la hipocresía disfracó tan bien sus deseos de subir al trono, que el piadoso pontífice se aferró en la opinión de que no había otro remedio, para la salvación de aquellas dos almas díscolas y extraviadas, que volverlas al rebaño, atrayéndolas con la sal de sus propias pasiones y sujetarlas al redil con los vínculos del matrimonio.

Fatigóse en vano el conde de los Notarios queriendo demostrar los perjuicios que al reino se ocasionaban de semejante enlace; el prelado hízole ver que el lente de su enemiga exageraba los inconvenientes, y que él, como delegado del romano Pontífice, para remediar los desórdenes de la corte de Castilla no podía contemporizar con el escándalo, el cual debía terminar presto, o con la separación de los amantes, o con la santificación de sus amores.

Ibase a marchar el de Castro asaz mohino, puesto que, asombrado de haber visto mayor tesón que el suyo en un corazón tan lleno de mansedumbre; pero habiendo llegado de Altamira a la sazón los segundos mensajeros, detúvose hasta saber qué novedades traían. Diego Gelmírez se adelantó a recibirlos, y tornó después con un pergamino al lado del conde, diciendo consternado:

—Hijo mío, lo que está pasando en este castillo ya no sólo me interesa a mí, como señor, como amigo y padre de Ramiro, sino a la Reina, a vos, a cualquier cristiano y caballero. Toda mira terrestre, todo interés humano debe desaparecer ante la necesidad de poner término a los horribles crímenes que allí se están perpetrando.

—Explicaos, santísimo padre—respondió el conde, frunciendo el ceño, al ver que se desvanecían sus esperanzas de alejar a Doña Urraca de aquella empresa—; explicaos, por Dios, que no acierto a discurrir cómo vuestra santidad quiere envolver a todo el mundo en las aventuras de un pajecillo.

—Oíd y veréis cómo a nadie es lícito per-

manecer indiferente en presencia de los hechos que voy a referiros. Y ahora observo que la divina Providencia ha dispuesto la concentración de fuerzas y mesnadas en las cercanías de Santiago, verificada con diverso fin del que, Dios mediante, ha de alcanzarse.

—Os escuchó, no sólo con atención, sino con la mayor impaciencia.

—Sabréis, en primer lugar, que los mensajeros fueron bien recibidos en el castillo, y que Ataulfo les dijo que, si bien era cierto cuanto me habían relatado acerca de la segunda entrada del paje en Altamira, no lo era menos que ignoraba su paradero; bajo palabra de honor lo aseguraba.

—Hasta ahora, padre—replicó Gutierre, interrumpiéndole—, no encuentro motivo para ese general llamamiento que queréis hacer de todos los fieles.

—Aguardad un poco, amigo mío, y juzgaréis por vos mismo. Al salir los mensajeros así despachados, tropezaron en el angosto camino que hay entre la barbacana y el foso del alcázar con este rollo de pergamino, que no parecía sino que adrede estaba allí puesto para que en él reparasen; cogieronlo con disimulo, y aun creyeron que de una de las rejas salía una voz femenil que les decía suavemente, por temor de ser oída de otras personas: «¡Aquí! ¡Aquí!» Tomad ahora, hijo mío, tomad—añadió el prelado, entregándole el escrito.

—Suplícoos, reverendo padre, que lo leáis vos mismo—contestó el conde, devolviéndoselo—; lo hago en obsequio a la brevedad.

—Es una carta de Elvira de Trava.

—¿Cómo la bastarda está cautiva en las torres de Altamira?

—La bastarda se ha casado ayer mañana con Ataulfo *el Terrible*.

—Pues según me dijo ayer Pelayo y hoy habéis repetido vos, Elvira estuvo casada en secreto con el hermano mayor de Ataulfo.

—Se ha dispensado el impedimento, en el caso de que lo haya, pues el conde de Trava me aseguró que el primer matrimonio no se celebró con todas las ceremonias requeridas.

—Hasta ahora—repuso Castro con sequedad—tampoco veo otra cosa sino que vos y vuestro amigo el conde no habéis descuidado en allanar al Príncipe Alfonso el camino de Santiago.

—Así es la verdad, hijo mío, y Dios Nuestro Señor hame castigado tal vez por haber cedido a razones algo terrenales.

—Pues... ¿qué sucede?

—Que Bermudo, el primer amante o ma-

rido de Elvira, el padre de Ramiro, vive, ¡vive todavía!

—¿En dónde, en dónde está?—exclamó Gutierre, fuertemente conmovido.

—En las mazmorras de Altamira, sepultado hace veinte años por su propio hermano!

El conde de los Notarios quedó sobreco-gido de terror, y, al cabo de un rato, prorumpió, indignado, en semejantes palabras:

—¡Infame! ¡Villano! ¡Mal caballero! Razón tenéis, santísimo padre, en decir que libertar al infeliz cautivo, al nobilísimo richohombre de Altamira, al dechado de caballeros, empresa era de la Reina de Castilla y de todos los nobles de la tierra, ofendidos y agravados en la persona de Bermudo de Moscoso.

—Sí, don Gutierre; yo mismo—repuso el prelado, abandonándose a la confianza que le inspiraba la sincera adhesión del conde—, yo mismo, por más que en ello dañe y perjudique la causa del Príncipe Alfonso, romperé las en mal hora trabadas amistades con Ataulfo, fulminaré excomunión al sacrilego que ha contaminado el lecho de su hermano...

—En eso, reverendo padre, pareceme que debéis andar con tiento—saltó el conde de los Notarios con viveza—, y perdonad si un profano se mezcla en cosas que os atañen; habéis dicho que don Pedro Froilaz os aseguró que el primer matrimonio de la bastarda no se celebró tal como la Santa Madre Iglesia lo tiene dispuesto, en cuyo caso es nulo; y si estáis seguro de que el segundo se ha verificado legal y cumplidamente...

—Seguro estoy; el capellán que echó las bendiciones a los novios es un santo sacerdote amigo mío, que iba provisto de las licencias necesarias.

—Bien; pues a mi modo de ver, el casamiento válido y legítimo delante de la Iglesia será el de Ataulfo, aunque vituperable por los medios con que ha sido contraído.

—Tenéis razón, hijo mío; y mientras el conde de Trava no nos aclare estas dudas, no fundaremos la excomunión en el sacrilegio, que acaso materialmente no se haya verificado, sino en la retención de la persona y bienes de Bermudo de Moscoso y de su hijo Gonzalo.

—Fundada, padre mío, en lo que os plazca, que no creo os falten cien motivos cuanto más uno, para excomulgar a un tan insignificante malhechor como *el Terrible*; pero no dejéis de avisar al conde de Trava de cuanto ocurre para que calme presto nuestros escrúpulos; y, entretanto, dadme vuestra santa

CAPITULO III

bendición, que voy a comunicar tan gratas nuevas a la Reina de Castilla.

—¿Gratas os atrevéis a llamarlas, don Gutierre?—dijo el obispo, suspirando con la inquietud de una conciencia timorata.

—Son más de lo que a primera vista parecen, reverendo padre: Doña Urraca amaba en sus floridos años a Bermudo; ella me ha confesado que su memoria, renovada en el pajecillo, la daba aliento para dirigirse por el camino de la virtud; no creáis, no, que en la vida del hombre a quien respetaba tanto y tanto amaba, dé su mano a nadie, y mucho menos a un caballero tan despreciable como el conde de Lara; por el contrario, casada Elvira con Ataulfo, libre Bermudo, querido siempre de la Princesa, acaso, acaso, aclamado por nobles y villanos, ¿será imposible, por ventura, la unión años hace intentada de Urraca y de Bermudo?

—¡Oh!—exclamó el obispo, alborozado—. ¡Así el Señor sacaría de los abismos un nuevo Moisés para redimir el cautivo pueblo cristiano! ¡Así los días de esa pobre Reina, que amanecieron claros y serenos, iluminados por la hermosa luz de un amor puro, terminarían, después de tantas borrascas, brillando en el ocaso la misma suave y apacible lumbre! Y Bermudo de Moscoso, víctima de una usurpación inicua, no retendría un solo instante al nieto de Alfonso el Magnánimo la corona de Galicia, que tan legítimamente le pertenece.

—¿Y quién sabe si vos, padre mío, tan prudente y conocedor de la necesidad de unir hoy contra el común enemigo los reinos cristianos de tan vasta Monarquía; quién sabe si, viendo las riendas del Estado en manos tan firmes, hostigaría mucho al Príncipe para que antes de adiestrar las suyas reclamase la herencia del abuelo?

—¡Quién sabe! Si mi gusto ahijado consentía...

—Entonces todo estaba conseguido; Doña Urraca y Bermudo reinarian en Castilla, en León, en Galicia; sí, en Galicia, hasta que el Príncipe llegase a mayor edad.

—¡Todo! ¡Todo!—exclamó el prelado, enternecido súbitamente—. Mas, ¡ay! ¡Cuán fácilmente nos entregamos a las más locas esperanzas! ¡Estamos coronando al pobre Bermudo, y nos olvidamos de que el lobo de Altamira tiene aún entre sus garras al cordero!

De cómo el conde de Lara, que siempre estaba de sobra, no acudió al lado de la Reina la única vez que hizo falta.

El conde de los Notarios pasó inmediatamente al monasterio; pero en lugar de dirigirse a las habitaciones de la Reina, preguntó por el padre Prudencio. Contestóle el portero con una guiñada expresiva, y le condujo a una celda del piso bajo, arremangándose en el camino las faldas para andar más listo.

Maese Sisnando, que estaba allí con su disfraz religioso, no pudo disimular cierta sonrisa al advertir la confusión y el empacho que al entrar sentía el pundonoroso y reacio caballero.

—No os deis el pláceme por mi venida, señor villano—le dijo don Gutierre, algo picado—, pues así como de mí podéis estar seguro mientras vuestra vida dependa de mi lealtad, por las espuelas de Santiago os juro que no tendrá mayor gusto que ahorcaros si ajenas manos llegan a ponerlos en las mías.

—Nada de nuevo me decís, señor conde—contestó el maestro—, pues así, ni más ni menos, me lo había figurado. No penséis, con todo, que me lleváis mucha ventaja en punto a combatir con armas de buena ley; ya podéis presumir que quien llega al aposento de la Reina cuando está departiendo con sus ricos hombres, puede acercarse también cuando está sola; no dejaréis de sospechar que tampoco nos faltan medios de aproximarnos al obispo, al conde de Lara, a vos, a vos mismo, que esta noche habéis dormido aquí...

—A pierna suelta, señor conjurado, porque ni por la imaginación se me pasa que haya en estos reinos gente tan ruin que, armada de puñal, sea capaz de deshacerse de un enemigo indefenso.

—Conque así, pelitos a la mar, amigo mío—prosiguió el alarife—, y pasemos al gozo que tengo en veros por aquí, aunque no sea sino por la satisfacción que me cabe de haber sido adivino.

—A medias, padre Prudencio, o como quiera que se llame; pues si mal no me acuerdo, su redomada paternidad pensaba tornar a verme convertido en conjurado, y vengo nada menos que a sacarle de la conjuración y a convertirle en bueno y leal.

—En lo duro os parecéis al pedernal, don Gutierre—replicó el arquitecto—; mas yo me precio de ser como el acero.

—¡Qué diablos!—exclamó el conde—. De uno y otro sale la luz que alegra y esclarece, o la llama que consume y devora. ¡Ea, pues! Presto, uno u otro. ¿Queréis un rey valeroso, recto, justiciero?

—Domador de la soberbia y preponderancia de los nobles; señor, verdadero señor de todos sus vasallos—añadió el alarife.

—Vengo a traéroslo.

—¿Sois vos?

—¡Voto a tal!—exclamó el conde, amohinado.

—¡Oh!—murmuró el maese, meneando la cabeza—. No le hay, pues, en la tierra.

—Es que yo le traigo de debajo de la tierra.

—¿Cómo?

—Del sepulcro.

—¿Quién es? Explicaos.

—Escuchad una larga historia. Veinte años ha que yace en una mazmorra...

—¡Ah! ¿Bermudo de Moscoso?

—¡Cielos! ¿Sabéis también?...—preguntó el ricohombre, atónito.

—Tanto como voz, más que vos.

—¿Y qué os parece?

—Que Bermudo de Moscoso es digno de sentarse, no en el trono de Castilla, sino en el trono del sol; pero Bermudo ha vivido privado mucho tiempo de bienes tan reales y verdaderos como la libertad, la luz, el aire y la sociedad, para pagarse de bienes tan ficticios y aparentes como el cetro y la corona.

—Tampoco me dices ahora nada de nuevo—respondió el de Castro, encogiéndose de hombros y paseándose por la celda con torvo ceño—; si fuese una cosa tan fácil hacerle aceptar la corona, ¿habría yo venido a verte? Es preciso obligarle, es preciso que la Reina lo solicite, y de eso responde un corazón enamorado; que el partido del Príncipe lo aclame, de lo cual responde el obispo; que los ricoshombres lo empujen, y corre esto de cuenta de Gutierre Fernández de Castro; y es preciso que los villanos se pronuncien en su favor, de lo cual tú debes responderme.

—Una sola dificultad me ocurre—dijo maese Sisnando—: don Bermudo de Moscoso estuvo casado...

—Basta; veo que estás menos enterado que yo, con esas ínfulas de saberlo todo: el matrimonio de Bermudo y la bastarda es nulo.

—¡Nulo! ¿Por qué?

—Eso es lo que yo no puedo decirte; más no será extraño que el conde de Trava nos entere luego de todo. Presumo, sin embargo, que, a veces, la demasiada suspicacia nos

hace cometer las mayores necedades, y que tanto, tanto aguzar la espada es exponerse a que de puro fina se quiebre la punta.

—Por eso vos os quitáis de cuentos, y, fiándoos más de la pujanza de vuestro brazo que del filo del acero, no os tomáis siquiera el trabajo de aguzarle, y os presentais en todas partes echando por delante vuestra última palabra.

—Así es, sin quitar ni poner una tilde, padre conjurado; y en el negocio que acá me trae he dicho todo cuanto tenía que manifestarle.

—Conque Bermudo de Moscoso casado con la Reina—repuso el alarife, resumiendo la conferencia—; el obispo de Santiago...

—A fuer de buen pastor, cuidando de sus ovejas—añadió Gutierre.

—¿Y los nobles?

—Bajando la cerviz al yugo del Monarca y concediendo alguna participación en el régimen de cada pueblo a los más honrados de vosotros, pícaros villanos.

—Ni tanto me atreva yo a pedir, señor caballero. Salga don Bermudo del calabozo, que no faltará quien por esas calles grite, vocifere y lo aclame y proclame, y haga por él todo género de locuras.

—Poco a poco, don villano; la cabra siempre ha de tirar al monte, y el rebelde a los motines. Yo no quiero tumultos, ni asonadas, ni por bien ni por mal; dejemos las griterías y lellías para los árabes cuando arremeten; nosotros, los cristianos, debemos ser más circunspectos y contentarnos con muestras de amor y de respeto.

—Es decir, que vos queréis una locura cuerda. ¡Ah, señor conde! Mucho me temo que la cuerda no sea el fin de semejante locura.

—Recelas de mí, ¡vive el cielo!

—No, señor; no es de vos, es tal vez un presentimiento, o siquiera un remordimiento de haberme metido a conspirar con razón y con juicio. En fin, vamos ajustando cuentas: Bermudo será rey, Lara...

—Con respecto de Lara, no os habéis de mostrar exigente; dejádmelo, y basta—dijo Castro, interrumpiéndole con una de sus más crueles sonrisas.

—Lara queda encomendado a vos, y aunque no saque la hermandad por ahora más que el castigo de ese traidor, debe holgar en ello.

—Antes de holgar un punto, es necesario pensar en que el futuro Monarca salga de la prisión.

—En efecto; pero disponiendo, como dis-

ponéis, de las tropas del obispo, de la Reina y de las vuestras, es segura...

—La toma del castillo, el castigo de Ataulfo; pero no la salvación de Bermudo, que puede perecer a manos del implacable carcelero. Ahora bien: según ayer me dijisteis, y según voy viendo, vosotros tenéis medios de penetrar en la mayor parte de los edificios...

—Hay en nuestra hermandad—contestó maese Sisnando—un cierto alarife amigo mío que ha hecho o reconstruido la mayor parte de las iglesias y castillos de seis leguas a la redonda.

—Pues bien: si ese arquitecto amigo vuestro pudiese entrar en Altamira...

—Y aun llegar a la mazmorra, porque el tal mi amigo lo es mucho de una cierta bruja llamada Gontroda, que reside ha más de cien años en el castillo, la cual ha llegado aquí esta noche pasada y le ha contado todo...

—¡Oh! Preciso es que ese artifice me facilite los medios de penetrar en el castillo y de poner en salvo al infeliz prisionero.

—Eso es punto menos que imposible, porque el susodicho alarife se ha desprendido ya de esos medios...

—¡Oh!

—En favor de dos pobres villanos amigos suyos, que apenas han sabido el terrible aprieto en que se hallaban don Bermudo y su hijo, han corrido a libertarlos, exponiéndose a caer en manos del *Terrible* y a morir descuartizados. Ya se ve: vosotros, los repúblicos, los hombres de Estado, para dar un paso, aun en favor de vuestro mayor amigo, habéis menester consultarlo con yo no sé cuántos intereses; ellos, pobres, petates, tan sólo necesitan consultarlo con su corazón.

—No basta; es preciso acelerar la marcha de las tropas, aunque maldito si estamos dispuestos para un asedio; pero no importa, asalto sobre asalto, y acabaremos presto. Conque dadme vuestra mano en señal de paz y alianza, pues ya desde este punto dejáis de ser un rebelde.

—Soy siempre maese Sisnando, el arquitecto, señor conde, y la mano que da vida a los mármoles y alza templos al Dios vivo, puede, sin mengua, enlazarse a la de un noble valiente y honrado como vos. Pero advertid que el trato no está cerrado; que todo depende de que la Reina lo acepte.

—¡Cómo maese Sisnando! ¿Presumís de conocer los secretos de los edificios, y no comprendéis los del corazón humano? Ahora mismo subo a ver a la Reina; venid a pre-

senciar desde vuestra huronera, no ya su aprobación, sino su alborozo, su vivo agradecimiento; dentro de breves instantes podréis estar satisfecho.

Cuando anunciaron a la Princesa el arribo del ministro, estaba lamentándose a solas de la servidumbre en que la tenían los ricoshombres, la cual le impedía volar en socorro de un amigo injustamente perseguido y castigar a un vasallo tirano y caprichosamente cruel. Era Doña Urraca doblemente infortunada en aquella ocasión, pues conocía que tan molesta dependencia no sólo dimanaba de la organización feudal de la Monarquía, sino de los errores y extravíos del Monarca, y se revolvió furiosa contra sí misma, como una serpiente irritada que se azota con la cola y se muerde con rabia, no pudiendo devorar a su perseguidor.

Entró el conde de los Notarios, y hallóla en pie, dispuesta, al parecer, a salir del monasterio, las mejillas encendidas de cólera y vergüenza, próxima a prorrumpir en insultos y amenazas, por lo mismo que conocía su impotencia.

—¿Habéis cumplido mis órdenes?—dijo al de Castro con un acento que debía ser altivo, y fué más bien turbado.

—Puntualmente, señora—respondió, modesto, el conde—; he visto a Pelayo, el mudo; he examinado al obispo...

—¿Y bien?—exclamó Doña Urraca, temiendo todavía hallar en el ministro la resistencia de otras veces—. ¿Habéis acabado de convenceros de que Ramiro es hijo de...?

No se atrevió a terminar la pregunta. Ciertó respeto religioso le impedía pronunciar irritada el nombre que faltaba para completar la frase.

Fernández de Castro comprendió que tan exquisita delicadeza suponía un amor inmenso, y que este amor exigía en aquellas circunstancias las mayores atenciones y miramientos.

—Sí, señora—respondió como impregnado de estas consideraciones—; tengo el convencimiento moral de que Ramiro es hijo del inolvidable don Bermudo de Moscoso.

—¡Oh!—dijo Doña Urraca, suspirando—. Dímelo el corazón desde el primer instante en que le vi, y mi corazón es el único que no me engaña. Perdonad, Gutierre—añadió luego, sonriéndose, ya desenojada—; me olvidaba de que si vos me ofendéis a menudo, no me engañáis jamás.

—Jamás; permitame vuestra señoría que lo repita ahora, para no tener que recordarlo luego.

—¿Venís ya con enigmas y misterios, con-

de los Notarios?—repuso la Princesa con pecho palpitante—. De veras, os tengo miedo. ¿Qué reparo tenéis en ir al castillo de Ataulfo y rescatar al verdadero ricohombre y castigar al bárbaro fratricida?

—Ninguno.

—¡Oh! ¿Lo veis cómo yo tenía razón? ¿Cómo el corazón de una pobre mujer es superior a vuestra bien organizada cabeza? No perdamos un momento más.

—Antes de partir, señora, es preciso que acabéis de saberlo todo.

—¡Gran Dios! ¿Ataulfo ha sido capaz...? —exclamó, bruscamente, Doña Urraca, perdiendo el color de sus hermosas mejillas.

—Nada temáis—respondió el conde con marcada intención—; la vida de cuantas personas os interesan ha sido respetada. Yo sólo quería participaros, para que obréis con todo conocimiento de causa, que Ramiro no es hijo legítimo de Bermudo de Moscoso.

—¡Pero es hijo suyo!

—Eso sí.

—Basta; creo, sin embargo, que estais engañado. Moscoso estuvo casado en secreto con Elvira de Trava.

—Fué nulo el matrimonio.

—¡Nulo! Bueno, ¿y qué nos importa?

—Mucho pudiera importaros—contestó Gutierre con misterio—, si el padre de Ramiro existiese; porque en tal caso, Ataulfo quedaría legítimo dueño de Elvira y Bermudo absolutamente libre... Libre, no sólo ante Dios y los hombres, sino ante su corazón; quedaría, probablemente, curado de su afición a la infiel bastarda, y...

—Pero ¿a qué renováis esas llagas de mi alma?—exclamó la Reina con un gesto de amargura—. Bermudo no existe; murió asesinado por su hermano, y deber es de cuantos en vida lo quisimos vengarle en muerte.

—¡Pues ahí está, señora! Hay quien dice que aquel leal y cumplido caballero no murió...

—¿Cómo?

—Tan presto—añadió Gutierre con viveza, creyendo haber avanzado mucho.

—¡Ah! Contadme, contadme, conde—dijo la Princesa, trémula de impaciencia—. ¿Qué se dice? ¿Qué se sabe? Corrieron acerca de su muerte tan extraños rumores...

—Que no sería extraño que la verdad hubiese quedado oscurecida. También Bernardo del Carpio creía que su padre había perecido víctima de la venganza de vuestro ilustre abuelo Alfonso *el Casto*...

—Y el conde de Saldaña vivía en una torre, de donde jamás pudieron sacarle todos los esfuerzos, todas las hazañas del hijo.

—¿Quién sabe si nosotros seremos más afortunados?

—¡Cielos!—gritó la Reina, mirándole con ojos desencajados—. ¿Qué queréis decir?

—Que Bermudo de Moscoso vive; vive encerrado en el castillo de Altamira, y esta noticia es cierta; yo no os engaño jamás; ha llegado a mis oídos por dos opuestos conductos. Vive, señora, y, con el favor de Dios, luego se verá en libertad; volverá al mundo que tanto echaba de menos sus proezas, sus virtudes, su dignidad, su tesón y bizarría.

Este discurso podía haber terminado muy bien en la primera frase; pero Gutierre Fernández de Castro iba estirándolo y amplificándolo sin temor de ser molesto, esperando ser interrumpido por los transportes de júbilo y regocijadas exclamaciones de la Reina.

No era fácil que tal sucediera, porque Doña Urraca se quedó sin voz y sin aliento, como sobrecogida de un pasmo, y vaga y turbia la mirada. Apenas daba otra señal de vida que el mantenerse en pie con los brazos lánguidamente abandonados a su propio peso.

El color fué poco a poco subiendo a sus mejillas, agolpándose, sobre todo, alrededor de los ojos, en los cuales apareció luego un velo cristalino formado de las lágrimas cuajadas, que aún no tenían fuerza para rodar convertidas en líquidas perlas.

—Señora, no temáis regocijaros delante de mí—prosiguió don Gutierre—; el que os dijo que después de Lara no podría venir nadie, sabe muy bien que Bermudo de Moscoso estaba antes que Lara, antes que todos. Ahora repito yo vuestras palabras: no perdamos un momento más; vamos a libertar al más noble de todos los caballeros, a vuestro futuro esposo, al Rey de León y de Castilla.

Al oír estas palabras, la Reina inclinó la cabeza sobre el pecho, dejando caer raudales de llanto. Sentóse luego en un sitial inmediato, y, cubriéndose el rostro con un lienzo, dejaba adivinar, por el estremecimiento de las tocas, la agitación de su seno, y por el ruido de los sollozos la angustia de su corazón.

El conde de los Notarios no sabía a qué atribuir el efecto producido por una nueva que debía serle tan grata y mucho más viniendo acompañada de circunstancias tan lisonjeras a una persona enamorada. Guardaba silencio, como el respeto exigía; pero no era dueño de reprimir algún movimiento que el roce del arnés al punto revelaba.

—Id, don Gutierre—le dijo, por fin, Doña Urraca con voz interrumpida por los gemidos—; id presto a salvar a ese desventurado y a su hijo, y no esquivéis ningún sacrificio, por duro y costoso que os parezca, para que consigáis la libertad. ¡Libres! ¡Bermudo, Ramiro, Elvira..., todos libres, amigo mío, y aun a costa de mi vida, y será un favor que nunca os podré premiar como merece!

—¿Y vos?

—¡Yo!—exclamó la Reina, descubriendo su bello semblante, encendido de lágrimas brillantes, y se quedó parada mirando fijamente a don Gutierre.

—Vos, señora—dijo éste casi conmovido—; vos no debéis ceder a nadie la gloria, el vivísimo placer de reparar una tan atroz injusticia, de castigar tan bárbaro crimen. Venid, señora, y abriréis la mazmorra de Bermudo...

—¡Ay!—clamó Doña Urraca con un hondo gemido—. Yo no debo verle jamás.

Y dejó caer otra vez la cabeza contra el repaldo del sitial, tapándose el rostro con la palma de las manos.

—¿Por qué, señora, por qué rehusáis ver el objeto más digno de vuestro amor?

—¡Por qué, don Gutierre! ¿No lo adivináis? ¡Porque me moriría de vergüenza si le viese!—dijo la Reina, con acento profundamente sentido y sin apartar las manos del semblante.

El conde se cruzó de brazos, frunció las cejas y guardó silencio.

«Bueno es el arrepentimiento—decía dentro de sí—, pero no llevado a tal extremo. Ahora, por evitar hasta la sombra de faltas anteriores, será capaz de dejar de hacer lo único bueno que habría hecho en toda su vida. Yo debía presentarle aquí a Bermudo, seguro de que ellos después se arreglarían; pero el alarife «estará escuchando, y es preciso arrancar una respuesta definitiva.»

—Ya sabéis mi resolución—añadió luego Doña Urraca un poco más serena—: no os detengáis, por Dios; id a salvar esa familia, a quien he amado tanto, y os repito que prefiero su libertad a mi vida, a permanecer un día más en el trono.

—Esas lágrimas, señora—repuso don Gutierre—, esa generosidad son capaces de borrar las mayores faltas, y mucho más cuando el bien de la patria lo exige. Descuidad acerca de la vida de don Bermudo, que ya se han tomado medidas para salvarle, y pensad únicamente en la dicha que os espera cuando le veáis en vuestros brazos, cuando el obispo os ruegue que le aceptéis por esposo, y nobles y plebeyos vengan a hincarse

de rodillas delante de vos con la misma súplica.

—Conde de los Notarios, una mujer que se extravía, pero que ama noblemente, veo que todavía tiene más delicadeza que un hombre que no ha delinquido. ¿Queréis que después de lo pasado tienda yo mi mano a Bermudo de Moscoso, que no la aceptó cuando era más pura que los armiños de mi regio manto? ¿Queréis que sobre el hombre a quien amé desde mi niñez descargue el insoponible peso de mis propias faltas? No; las lágrimas podrán borrarlas de la memoria de Dios misericordioso, del mundo mismo, que suele olvidar, aunque no tiene misericordia; pero nunca, nunca lograrán desenclavárlas de mi corazón, y cuanto mayor sea el cariño que profese a Bermudo, más presente, más viva será la imagen de mis extravíos. ¡Oh! Gutierre, si jamás he podido pensar en él sin ruborizarme, ¿podré tenerle delante sin caer muerta a sus pies? No me expliquéis—añadió, conteniendo con noble ademán al conde, que iba a mover los labios—. Vos discurriréis muy bien como hombre de Estado, como consejero de Monarca: «No se ofende a nadie en casaros con Bermudo, el cual conviene a la nación; pues casaos.» Pero yo d'escuro como amante, como mujer arrepentida, y digo, sí, lo digo francamente: «Soy indigna de ese hombre, y no me casaré.» Los ojos de Bermudo son para mí como los ojos de la Divinidad; yo procuraré hacerme menos indigna de sus miradas.

—¿Y cómo, señora, de qué manera mejor que sacrificando vuestro bienestar por el de la patria?

—¿De qué manera? A vuestros consejos, a vuestra conciencia me abandono, don Gutierre. Decidme, por vida mía: si yo supiese que mañana mismo tenía que comparecer delante del tribunal de Dios, ¿qué debía hacer en el día de hoy?

—Llamar a un confesor.

—El confesor sois vos, don Gutierre; a la severidad de vuestro juicio me encomiendo. Escuchadme. Fundada en motivos de conveniencia, yo retengo un reino que pertenece en rigurosa justicia a mi hijo Alfonso...

—Devolvedselo.

—El conde de Lara y yo podemos disponer de nuestra mano...

Y Doña Urraca quedó aguardando con ansia la respuesta.

—¿Qué me aconseja el confesor en esta hora suprema en que es responsable de mi alma por toda una eternidad?

—Casaos con el padre de vuestros hijos

—contestó el severo juez con un esfuerzo sublime y arrastrado por el amor a la justicia.

—Pues bien, conde: si mañana comparezco ante Bermudo de Moscoso, será sin la corona de Galicia en la cabeza, y con un esposo a mi lado.

—Y en parte habréis salvado vuestra honra; pero habréis perdido del todo la nación —dijo gravemente don Gutierre.

La Reina pareció afligida al oír estas palabras, que la hicieron grande impresión por salir de labios tan autorizados.

—¿Y no hay ningún medio para evitar tan peligrosos extremos? —preguntó luego con ansiedad.

—Sí; hay dos.

—¿Dos nada menos? Hablad, don Gutierre; bien sabéis con cuánto interés y respeto os escucho.

—El primero, señora, es muy sencillo: consiste en que pocos momentos antes de desposaros con el conde de Lara hagáis también renuncia del trono de León y de Castilla.

—¡Renunciar el trono! —contestó Doña Urraca, perdiendo el color—. ¡Oh! ¡Eso es demasiado!

—Tenéis razón; es demasiado para vos, que, ciñendo tres coronas, no habéis reinado nunca.

—Y cuando veis que me desprendo de un reino...

—Desprendiéndocs de los dos restantes se evitaba el daño más grave que pudiera resultar de semejante paso: la desmembración de la Monarquía.

—Confieso que no tengo valor para tanto —contestó, sencillamente, la Princesa—, y mucho más cuando todavía nos queda otro medio.

—¿Cuál?

—¿No habéis dicho que eran dos?

—Sí, señora; pero este segundo no está en vuestra mano, sino en la mía, y por eso me lo reservo.

—Don Gutierre—dijo la Reina, resentida—, habéis principiado por reconciliaros conmigo, para acabar por ofenderme nuevamente.

—Sí, señora—respondió con toda gravedad el ricohombre—, y volveré a pedir a vuestra señoría perdón de mis ofensas, que serán las últimas que cometa contra vuestra grandeza.

Y se despidió de la Princesa, aprovechándose de la perplejidad en que la tenían aquellas palabras.

Después de su marcha, llamó Doña Urraca al pontifice compostelano para consultarle

el negocio tan grave y que tan de cerca la tocaba.

Los consejos de Gelmírez parecían el eco de los que al conde arrancó la fuerza de sus sentimientos de justicia.

—Nada—le dijo—, nada se opone a vuestra unión con Bermudo en el caso de que el conde de Trava nos declare terminantemente de qué defectos esenciales adoleció el primer matrimonio de su hermana bastarda; nada, ni aun la existencia del niño Hurtado, a quien no podéis legitimar. De consiguiente, si alcanzamos la salvación del incito cautivo, si contáis luego con la voluntad de un hombre que, después de veinte años de mazmorra, debe salir aborrecedor de sus semejantes, o, como yo lo espero, compadecedor de sus miserias, y superior a todos los halagos y vanidades del mundo, casaos; la patria ganará en ello. Pero el enlace con Lara será un acto más ejemplar, y más perfecto por lo mismo. Si va precedido de la entrega del reino de Galicia al Príncipe Don Alfonso, nadie dudará de vuestro arrepentimiento. Con respecto de la abdicación completa, nada me atrevo a decir, por lo mismo que yo, tan íntimo y deudo espiritual del Infante, puedo ser considerado como parcial. No lo soy, sin embargo, y en prueba de ello os diré que si el conde de Lara no es el varón fuerte llamado a sustentar el peso de dos coronas, un niño de doce años es fácil que perezca abrumado con las tres.

Calló el obispo, y contestó la Reina con gravedad:

—Extendid la renuncia.

—¿De cuántos reinos?—preguntó Gelmírez tan sencillamente como si se tratase de un palmo de tierra.

La Reina tardó en responder algunos minutos, que fueron para ella de terrible conflicto.

—De uno—dijo, por fin, con apagado acento.

—Entonces, la renuncia es excusada, y debe convertirse en una autorización para que vuestro hijo sea proclamado Rey de Galicia.

—Enhorabuena—exclamó la Reina, encojiéndose de hombros—; siempre resultará que tengo un reino de menos.

El prelado escribió algunos renglones, que la Princesa firmó suspirando.

—Ya no dirá que soy injusta—murmuró con cierta expresión de gozo al dejar la pluma—. Ahora, santísimo padre—añadió—, avisad al conde de Lara que al anochecer será esposo de la Reina de León y Castilla.

Y repitiendo sus títulos anteriores, aquella mujer, naturalmente ambiciosa, quería

hacerse la ilusión de que nada había perdido

Poco después de anochecido, el obispo de Santiago, revestido de pontificales, estaba aguardando en su misma capilla a la Reina y al conde don Pedro González de Lara.

Ningún amigo nuestro iba a ser testigo de la sagrada ceremonia. El conde de los Notarios y Gundesindo Gelmírez, gobernador de la ciudad, marchaban a la sazón con sus mesnadas al castillo de Altamira. Pelayo y Munima también se hallaban fuera, y mucho mejor ocupados, y maese Sisnando, desesperanzado de obtener por entonces el logro de sus deseos, se había retirado a descansar de las inútiles fatigas de los días anteriores, cavilando siempre en la reorganización de la hermandad. Tan sólo algunos canónigos, a quienes apenas conocemos más que de nombre, y otros caballeros que se han presentado tarde en nuestra crónica para que nos tomemos el trabajo de nombrarlos, presenciarían, de orden de la Reina y del obispo, el acto religioso y reparador con que terminaban los escándalos de la corte de Castilla.

Doña Urraca debía atravesar en litera el corto trecho que hay desde el monasterio al palacio, recibir las bendiciones nupciales y marchar en seguida a reforzar con su gente y animar con su presencia al ejército sitiador. Acaso en este plan se había propuesto otro fin que la delicadeza del lector puede adivinar. Mientras Bermudo gemía en el calabozo, ella no tenía reparo en celebrar aquella boda, pero sí en reposar un solo instante después hasta conseguir la libertad y restauración del respetado y querido rico-hombre de Moscoso.

Tantos y tan magníficos planes vinieron abajo, sin embargo, por un solo accidente. Cerró la noche, y el conde de Lara no parecía. Cuando por Diego Gelmírez supo la resolución de la Reina, estuvo a punto de perder el juicio de puro regocijado; aquella boda era el blanco de sus deseos. Todo el día anduvo impaciente, desasosegado, anhelando por el feliz instante en que podría llamarse esposo de la Reina, Rey de Castilla y de León...

—¿A qué debía atribuirse su ausencia en aquella hora?

CAPITULO IV

De cómo a los ojos de Ataulfo tornóse bermeja el agua del foso.

Lara no pareció tampoco en el resto de la noche, y se cumplió, entretanto, el plazo fijado por *el Terrible* para la venganza.

Dos días habían transcurrido ya desde el casamiento, sacrilego siempre para Ataulfo, aunque tal vez fuese válido; dos días desde el ignorado encierro de Ramiro y de los apuros de Elvira de Trava; dos días que los amigos y favorecedores de los encarcelados perdieron lastimosamente, y que el rico-hombre supo aprovechar, apercibiéndose para el asedio.

Ya hemos visto con qué blandura recibió a los mensajeros del obispo, permitiéndoles entrar en el alcázar y despachándolos con toda aquella cortesía a que pudo doblegarse su ruda condición; no era esta mudanza hija de su reciente conversión a la causa del Príncipe, sino del deseo de ganar tiempo para mejor prepararse a la defensa del castillo. Dominaban en su espíritu dos ideas, al parecer opuestas, y que él sabía conciliar a maravilla: por un lado, en su desesperación, le importaba poco morir; por otro, hacía los mayores esfuerzos para salvarse de manos de sus perseguidores; despreciando la vida, no quería, sin embargo, ceder a nadie la satisfacción de ser instrumento de su muerte. Refinamientos de la envidia y del orgullo; pero de los actos más trascendentales del corazón humano, móviles suelen ser las sutilezas de pasiones.

Ya sabe el lector que si los nobles y ricos-hombres se mostraban exigentes y soberbios con los Monarcas, no era porque éstos fuesen todos tan débiles que sufriesen de buen grado sus pretensiones y arrogancias, sino porque los caballeros tenían vasallos y castillos inexpugnables, como el de Altamira, en qué apoyarlos.

Hizo excursiones *el Terrible* por la comarca, trayendo al alcázar rebaños, harina y todo género de bastimentos; llamó a las armas a sus mesnaderos; reparó la fortaleza; y como una de tantas precauciones de seguridad mandó cerrar aquel pequeño desagüadero de la mazmorra, que daba, según dijimos, a una roca de la colina. Con tales preparativos, con la solidez de las murallas, profundidad de los fosos y elevación de las torres, Ataulfo podía muy bien reírse de un cerco atropelladamente dispuesto en favor de una persona cuya vida estaba pendiente de su voluntad.

Tranquilo respecto de la lucha material a que se veía arrastrado, no lo estaba acerca de las batallas que con su corazón y conciencia sostenía. Mil pequeñas circunstancias multiplicaban sus terrores. La inexplicable desaparición de Ramiro, a quien no se encontraba en ninguna parte; el encierro de Gontroda, a quien suponía en la mazmorra de Bermudo; el descubrimiento y rápida circulación de todos sus crímenes, le tenían confundido.

Pero lo que más le atormentaba era el respeto que le infundía aquella mujer valerosa que, encerrada en un castillo dos días y dos noches, sin tener siquiera un rostro amigo adonde volver los ojos, había conseguido salvar la honra de su esposo contra las brutales asechanzas del hombre a quien todos obedecían como siervos en la comarca, y que veía venir sobre sí las fuerzas reunidas de la Reina, del obispo, de Castro y Lara, y tranquilamente se sonreía.

—¡Bendito seáis, Dios mío, en quien he puesto toda mi confianza!—exclamaba Elvira, de hinojos en su aposento—. Sólo a vos es debida la victoria que hasta ahora he conseguido sobre ese miserable que, ofendiéndome, os ofende. Vos, Señor, habéis sostenido mi corazón para que no desfallezca al cruzar este tormentoso piélago de amargura, cuyo término ni siquiera se vislumbra. Vos habéis mantenido mis párpados firmes dos días enteros, sin que la mano del sueño, importuna, irresistible, se haya atrevido a cerrarlos un solo instante. Vos, sobre todo, gran Dios, habéis infundido al tirano tal veneración hacia mí, que no parece sino que me ve revestida de un rayo de vuestra gloria que le deslumbra; habéis inspirado un amor, que es el escudo que me protege. Yo le veo temblar en mi presencia, enmudecer con mis palabras... Hacedlas, Señor, tan eficaces que lleguen a mudar su corazón; haced que, arrepentido, dé libertad a mi esposo y a mi hijo, y que, aunque yo perezca, no les quede duda de mi constancia; pues creo, Señor, que si en vida esta duda es capaz de darme cien veces la muerte, después de morir turbaría mi felicidad en el mismo cielo. ¡Oh Señor! Perdonadme; no sé lo que digo. Ni yo merezco la dicha de los justos, ni ésta es de tal condición que pueda alterarla nada. Pero, Señor, mi mayor castigo sería una mirada de recelo y desconfianza de mi desgraciado esposo.

Los sollozos y las lágrimas interrumpieron tan fervorosa oración, y la bastarda prosiguió luego de semejante manera:

—Hoy, Señor, os necesito más que nunca;

hoy vence el plazo señalado para la muerte de los objetos más queridos de mi corazón; desde aquí estoy viendo la compuerta que ha de abrir paso a las aguas homicidas... ¡Dios mío!, nada hay imposible para vos; haced que hoy sea el día del triunfo de la inocencia y de la humillación del malvado. Y si no, dadme valor para ver morir a mi hijo y a mi esposo, para despreciar la vida, si he de conservarla a costa de mi envilecimiento.

Desde la reja en que se hallaba Elvira había visto entrar a los mensajeros del obispo, y desde allí arrojó el escrito en que pintaba su horrible situación; desde allí observó también los aprestos militares de Ataulfo, la llegada de los mesnaderos y de la vitualla. Todo indicaba la proximidad de un asedio; y así fué que no se maravilló de hallar aquella mañana coronadas las alturas del Oriente y Mediodía de guerreros que la noche anterior acampaban en los vecinos bosques.

Las alegres fogatas, cuyos vivos reflejos serpeaban en las inquietas armaduras; el confuso murmullo de la bulliciosa soldadesca, el continuo movimiento de los defensores del castillo, pudieron haber servido a la bastarda de nuncios o precursores más inmediatos de tan fausto acontecimiento; pero temerosa de distraerse un solo instante en las horas de soledad, de tinieblas y reposo, lejos de asomarse a la ventana, permaneció toda la noche delante de la puerta del aposento con el puñal en la mano, orando con el corazón, no con los labios, para que su mismo murmullo no encubriese rumores peligrosos.

La luz del sol, que alivia al enfermo, consuela al triste, da esperanza al cautivo, rejuvenece al anciano y alegra y restaura a toda la Naturaleza, infundióle más confianza y le permitía permanecer en la reja, que, dominando la barbacana, dejábale ver, aunque de lejos, el campo de sus libertadores.

Poco a poco fueron éstos descendiendo de las posiciones que habían tomado, y llegaron al barranco donde moría la explanada. Elvira dejó de verlos por impedírsele la primera línea de fortificación; pero escuchó estrépito de trompetería, que retumbó de valle en valle.

De las torres del alcázar salieron luego sonidos semejantes, y después quedó todo en silencio, como si nadie hubiese alrededor y dentro del alcázar.

Rechinaron las cadenas del rastrillo y crujió la puente levadiza, echada para abrir paso a los farautos del ejército sitiador, y

por el camino del segundo foso apareció un heraldo, en cuya cota brillaban las armas reales. Precedíanle seis trompeteros con los roeles de oro en campo de gules del conde de Castro, y cerraban la comitiva cuatro escuderos con las armas de Compostela, todos a caballo y bizarramente aderezados, como la importancia del acto lo requería. Elvira, inteligente en la heráldica, al punto conoció que concurrían al cerco los soldados de la Reina y las mesnadas del conde de los Notarios y del obispo de Santiago, y que, sin duda, para intimidar *al Terrible*, se había dispuesto que en el parlamento brillasen los escudos de los caudillos sitiadores.

Ataulfo, sin embargo, debió quedar intimidado, pero no intimidado, porque el rey de armas tornó a salir presuroso, con rostro altivo y miradas impacientes, como si acabase de oír alguna ofensa y ardiese en vivas ansias de vengarla. Tras él alzóse la puente, echóse el rastrillo, y las almenas de la barbacana al punto se vieron erizadas de arcos y ballestas, picas, chuzos, alabardas y otras armas propias para ofender de lejos al que se asomase a tiro, y rechazar al temerario que intentase el asalto.

Apareció luego *el Terrible*, acompañado de sus feudatarios. Iba recorriendo todas las líneas de fortificación, y animaba a los sudos, diciéndoles que defendían la causa de su dignidad, villanamente ultrajada por la Reina y el obispo, puestos de acuerdo tan sólo para perderle; que aquélla quería apoderarse de Elvira, cuya ruina había jurado desde los tiempos en que de ella anduvo celosa, y éste usurparle sus dominios para ensanchar los suyos.

Seguíale el sayón, su *última ratio*, su más concluyente argumento. Y más efecto hacía, al parecer, en los vasallos del *Terrible* la postrera razón que todas las anteriores; pues en el hacha de Martín hallaban tan funesto atractivo, que no apartaban de ella los ojos, alucinados, hasta perderla de vista.

Elvira notó, sin embargo, que no todos los villanos eran de condición tan astuzadiza. Había un mozo, pequeño, sin pelo de barba, de rostro no muy limpio, pero vivo y hermoso; vestía tabardo de burriel y una especie de celada de alambre grueso, que le bajaba desde la cabeza hasta el pecho, dejando descubierta la cara; sus armas ofensivas consistían en un cachillo de monte, medio escondido debajo del ropón, y en una pica, que manejaba con tanta viveza como soltura. Este tal, apenas vió alejarse al rico-hombre y a su temido apéndice, se echó a

reír con singular frescura; y como extrañasen los demás una risa tan intempestiva, él debió satisfacer su curiosidad, hablándoles al oído con mucho misterio y animación. Qué era lo que les decía, no podía adivinarlo Elvira; pero advirtió que sus palabras producían en todos grande impresión; que unos se apartaban de su lado furiosos, otros horrorizados; aquéllos con aire de incredulidad, y estotros taciturnos y cabizbajos; que luego formaban entre sí corrillos, en que se departía muy quedo, pero acaloradamente, y que el villano barbilampión no era el único que comunicaba el secreto, sino que le ayudaban en esta empresa sus mismos compañeros, de manera que a derecha e izquierda iba cundiendo la noticia, como chisme entre comadres.

La bastarda sacó entonces la cabeza más de lo que solía, para seguir con la vista aquel admirable progreso, cuando sintió que de abajo la llamaban a media voz:

—¡Señora! ¡Señora!

Volvió el rostro, y vió al mozuelo atrevídillo, que tenía la frente alzada, la mano izquierda tras la oreja para recoger las palabras que de la ventana descendiesen.

—¿Sois doña Elvira?—le preguntó el barbilucio con interés, pero sin soltar toda la voz.

—Elvira soy— respondió la dama con el mismo modo.

—¿No es verdad que estáis aquí presa?

—Sí.

—¿Que don Bermudo, vuestro legítimo marido, el verdadero señor de Altamira, está preso también en este mismo castillo?

—¡Oh! ¡Sí, sí!

—¿Y que los sitiadores vienen a poner os en libertad?

—Sí—dijo Elvira—; yo les he pedido auxilio.

El villano se volvió luego a sus compañeros con un ademán que interpretó la dama de esta manera:

«¿Lo veis cómo no he mentado? ¿Estáis ya convencidos de que es verdad todo cuanto os he dicho?»

Soldados tan de aluvión, naturalmente, debían ser muy laxos en achaque de disciplina. Volvieron a formarse corrillos, los murmullos fueron tomando cuerpo y, acaso, acaso, habría estallado una insurrección si en aquel punto las trompetas de uno y otro bandos no hubiesen anunciado con vivos ecos el rompimiento de las hostilidades.

Cada cual volvió a su puesto, arrastrados del instinto de obediencia que es el primer movimiento del que vive en servidumbre, y

entonces se echó de menos al villano del tabardo y de las preguntas que, aprovechándose del desorden, había desaparecido.

No escasos comentarios se habrían hecho de la misteriosa fuga del mozo desconocido, si una nube de flechas y bodoques, acompañada de gritos desaforados, no viniesen a recordar a los del castillo que tenían negocios más urgentes en que ocuparse. Los arqueros y ballesteros de la barbacana contestaron de igual modo, con flechas, bodoques y vocería; y desde aquel momento, las preguntas y respuestas menudearon tanto, que no parecía sino que los proyectiles lanzados del campo volvían al campo apenas tocaban en las murallas, como pelota manejada por diestros jugadores.

Cayó Elvira de rodillas en el mismo alféizar, pidiendo a Dios concediese presto la victoria a quien más fuese de su agrado, para que no se derramase la sangre inocente de tantos infelices que peleaban en uno y otro bandos, tan sólo por obedecer a sus señores. No pudo ver, de consiguiente que, generalizado el ataque y pasado el primer ímpetu, los villanos, sabedores de los horribles secretos del alcázar, sin rebozo, tornaron a murmurar de Ataulfo, y haciéndose remolones en sacar la cabeza por entre las almenas, decían que, viviendo, como vivía, don Bermudo Moscoso, su único dueño y señor, era una insigne tontería y maldad dejarse matar por gentes que no traían otro afán que el de restituirle su libertad y sus Estados. Al mismo tiempo que así platicaban, agachados, por supuesto, detrás de la barbacana, los sitiadores, que notaron la flojedad de la defensa, arremetieron por allí con lo más granado de sus fuerzas, arrastrando un puente de tablas que a prevención habían construído para atravesar el primer foso. Cuando llegaron a flor de agua, alzaron la tablazón, dejándola caer de golpe sobre la orilla opuesta.

Gutierre Fernández atravesó el primero; cuatro escuderos le seguían con escalas, y en pos se precipitaron los más valientes, con tal ímpetu, que estalló el puente con la violencia y pesadumbre. Castro empezaba a trepar entonces por una de las escaleras de mano, y al levantar la frente vió las almenas coronadas de partidarios decididos del *Terrible*, mandados por su principal caudillo.

En efecto; Ataulfo echó luego de ver la tibieza de la defensa en aquel punto, el más importante de todos desde que en él se fijó el enemigo para el asalto; acudió allí con un cuerpo de tropas de refresco que se había

reservado para semejante caso, y como al llegar viese la inacción, la cobardía, el abandono de los arqueros; como escuchase excusas fundadas en la poca satisfacción que tenían de la causa que se les obligaba a defender, allí mismo hizo que Martín cortase la mano a los dos únicos que se habían atrevido a mover los labios.

La lección produjo el escarmiento; todos se lanzaron otra vez a la muralla, y mezclados los celosos con los escarmentados, rivalizaban en valor; los unos por adhesión, los otros por miedo. Ataulfo les animaba, sobre todo con su ejemplo. En pie sobre la barbacana, ningún temor manifestaba en presentarse por blanco de los tiros. Con ambas manos sostenía y columpiaba una Peña enorme para dejarla caer a plomo sobre el conde de los Notarios apenas hubiese llegado a la mitad de la escalera.

Don Gutierre, molestado por los saetazos que de todo el lienzo y de los flancos le dirigían, sólo paraba mientes en aquel peñasco que tenía sobre la cabeza, y que de un momento a otro podía caer y aplastársela; subía impávido, sin embargo, hasta que, dando un brinco, se trasladó a otra escala que sus escuderos acababan de arrimar, y trepó con la mayor agilidad al adarve, abriéndose paso con el hacha y colocándose frente a frente del *Terrible*, el cual, un instante después, arrojó la piedra con tal rabia y violencia, que dando en mitad del puente rompió la tablazón, ya resentida, que en pedazos quedó flotando entre cadáveres y despojos. No había medio de salvación para Castro y los que a la orilla opuesta del foso le habían seguido; pero sin hacer alto siquiera en aquel contratiempo, el caballero de los roeles se lanzó con el hacha levantada contra Ataulfo, que también lo esperaba con un arma y actitud iguales. No tenían más campo que el espesor de la muralla, cortado por las almenas como dientes de sierra; a uno y otro lados, un precipicio.

—¡Ataulfo! ¡Ataulfo!—gritó el conde antes de descargar el golpe—. Hemos sido amigos, vasallos de un mismo Rey, defensores de una causa; no derramemos más sangre; pon en libertad a tu hermano... y la Reina te dará más Estados que tienes que devolver a Bermudo.

—¡Ataulfo! ¡Ataulfo!—dijo entonces una voz, trémula y femenil, desde la ventana—. Yo te ofrezco, en su nombre, perdón y olvido.

—¡Ella! ¡Ella otra vez en sus brazos!—murmuró el *Terrible*, que había quedado

en suspenso al escuchar a don Gutierre—. ¡Mentís! ¡Mentís!—gritó luego con rabia—. Mi hermano ha muerto. Habéis inventado esa patraña para usurpar las tierras de mi padre...

Una idea infernal, desesperada, cruzó entonces por su abrumada frente.

—Martín—tornó a clamar—: ¡a la compuerta, a la compuerta!

Y más veloz que su mismo pensamiento, el sayón puso las manos en el torno con que se alzaba la tabla que contenía las aguas del segundo foso.

Al mismo tiempo salió de la reja un grito agudo:

—¡Detente! ¡Detente!

—Elvira—exclamó *el Terrible*, levantando los ojos—, desmentid a los malvados; decidles que libremente os habéis casado conmigo; que sois mía; que no dais crédito a las fábulas que han inventado.

—¡Detente, detente!—repetía la pobre bastarda, maltratándose la cara con la fuerza que hacía para sacar la cabeza por el enrejado de hierro.

—¡Desmentid a Gutierre de Castro, que nos escucha!

—¡Jamás! ¡Jamás! ¡No sois mi marido! ¡Retenéis a mi esposo en la prisión hace veinte años!

—¡Martín! ¡Martín!—gritó el ricohombre, haciendo un ademán significativo.

Y la compuerta se alzó, dejando paso a las aguas del foso, que se precipitaron a la mazmorra con sonoro estruendo.

—¡Aquí mis lobeznos!—prosiguió—. ¡Guerra a muerte a los cobardes que quieren reemplazar el valor con la superchería!

Y dando un aullido, cual rabioso lobo, lanzóse sobre el conde de los Notarios, que en pie sobre el adarve estaba calculando fríamente el daño que resultaba a sus contrarios de aquel diálogo inmoral y de aquella pantomima, que sólo a medias comprendía. Paró el hachazo con el escudo, y aunque el golpe le desconcertó la muñeca, le devolvió con tal presteza y furia, que *el Terrible* cayó sin sentido en las almenas, y de allí habría rodado al suelo como un tronco si sus escuderos, desde abajo, no le hubiesen sostenido.

No tuvo tiempo don Gutierre de repetir el mandoble; allí estaban los más feroces y resueltos servidores del castillo, que al punto se dirigieron contra él. Ataulfo se levantó entretanto medio aturdido y con el rostro ensangrentado, y cerró otra vez con su contrario, que, viéndose solo en la

muralla y acosado por tantos enemigos, trató de volver a una de las escaleras.

Pero los defensores las habían derribado, después de dar muerte a cuantos iban asomando por ellas. No tuvo más remedio que descolgarse del muro con una mano, mientras con la otra se defendía, y dejarse caer al borde mismo del foso.

Allí fué recibido por uno de sus fieles escuderos, el único que quedaba con vida de los que atravesaron el foso para el asalto. Con las dos escalas derribadas había formado un nuevo puente, pero tan flexible y endeble, que más semejaba un columpio. Para premiar su celo, obligóle el conde a salvarse el primero, y el buen servidor pasó a gatas, temeroso de caer al agua.

Más sereno don Gutierre, no temió perder el equilibrio; siguióle de pie, saltando con firmeza de travesaño en travesaño, y eso que la escalera, tendida horizontalmente, azotaba el agua, cimbreándose con el peso y los brinco de un hombre tan robusto, cubierto de hierro; y eso que sobre él caían granizadas de saetas y pelotas, con tal fuerza, que abollaban su armadura.

Cuando tocó en la opuesta margen, propios y extraños, amigos y enemigos, aplaudieron su valor y serenidad.

Con menos precipitación en el ataque, con un puente siquiera de repuesto, los sitiadores se habrían hecho dueños de la barbaca o primera muralla del foso. Les sobró audacia y les faltó prudencia. Afortunadamente, el arte de templar una con otra ambas virtudes se aprende muchas veces en una lección, con tal que sea dura y costosa.

Gundesindo Gelmírez, por el opuesto lado, seguía destruyendo hábilmente las fuerzas de la guarnición con simuladas arremetidas, que a veces la ponían en aprieto; pero Castro ordenó la retirada general para dar algún descanso a los mesnaderos y tornar en seguida, si no más briosos, al menos mejor apercebidos.

En periódicos de la oposición leemos todos los días que hay victorias más funestas que una derrota. Ataulfo, que no era ministerial, debía conocerlo así. Había triunfado en el primer encuentro; pero su causa, al triunfar, quedó herida de muerte. Los enemigos se retiraban de los muros después de haber vomitado dentro el veneno de la discordia. Las declaraciones del heraldo, las murmuraciones del villano barbilampíño, las arengas de Gutierre Fernández de Castro y los gritos de la bastarda habían hecho llegar la verdad a los oídos de los defensores del

alcázar; y la verdad es pan del bueno y ponzoña del malvado, como el aceite, que alimenta al hombre y mata a los reptiles.

No eran éstas, empero, las reflexiones que a la mente del *Terrible* se agolpaban a la sazón.

En pie, vuelta la espalda al campo enemigo y recostado en las almenas, tenía los ojos fijos, con espanto, en las aguas del foso, que lentamente se habían ido sumiendo y bajando, mientras pasaban los lances que acabamos de referir. Hacía un rato, sin embargo, que estaban inmóviles, como el rostro del hombre que las contemplaba.

La compuerta seguía alzada, y, de consiguiente, aquella inmovilidad era señal infalible de que la mazmorra estaba completamente inundada.

Ataulfo quedó asustado de su propia obra; no se atrevía a volver los ojos a ningún lado, ni andar un paso, ni levantar la mano para enjugarse el frío sudor en que sus sienes estaban empapadas. No tenía más que un pensamiento: había dado muerte, no por justa causa, ni acción de guerra, ni en duelo autorizado, ni en castigo de un crimen, a su hermano y su nodriza, a su nodriza, que pocos días antes le desafió, diciéndole: «Mátame, mátame, y al expirar me despediré de ti... Adiós, hijo mío, adiós; hasta luego.»

Entonces creyó inevitable su muerte, y viéndose tan malo, tuvo miedo de morir. No daba un paso por no hundirse en el abismo; no alzaba la mano por no clavarse un puñal en el corazón; no volvía el rostro por no encontrarse con un asesino al lado, y permanecía fijo como una estatua, inmóvil y sombrío como una momia.

Pero de repente le pareció que las aguas del foso se agitaban, y con la sacudida perdían su color natural, tornándose rojas, encendidas, hasta convertirse en olas de sangre pura, hirviendo y vaporosa, y que de la compuerta saltaron dos cadáveres, que luego flotaban en el foso: eran dos ancianos de distinto sexo: ¡eran Bermudo y Gontroda! En pos venían otros, y todos se levantaron y se dirigieron hacia él para agarrarle y sumergirle en aquellas ondas y saturarle de sangre. No le fué posible permanecer en aquel sitio; huyó Ataulfo; pero los cadáveres alargaban las manos adondequiera que se detuviese. ¡Oh! ¡Qué angustia, qué ansiedad, qué tormento!

El ricohombre no pudo sufrir más y cayó desmayado al pie del adarve, de donde no se había movido.

—¡Ataulfo, Ataulfo, hijo mío, vuelve en tí! —le decía poco después una voz conocida.

Alzó los ojos el *Terrible*, y lanzó un grito de pavor. No era ilusión de su fantasía, no era una vana sombra evocada por los remordimientos; era Gontroda, que le llamaba, que en sus brazos le tenía y enjugaba con sus manos secas, pero cariñosas, las gotas de sangre y de sudor que corrían por el desfigurado rostro de su hijo.

Al miedo de morir sucedió el estupor de la superstición; creyó entonces Ataulfo en el poder sobrenatural de aquella mujer, en virtud del cual se había salvado con Bermudo; y el miserable se alegró, no por tener un crimen menos sobre su conciencia, sino por apartar de sí la sentencia de muerte que le aterraba.

—¡Gontroda!—exclamó con voz desfallecida—. Dime si hay remedio para mí, dime...

—Ven, hijo mío, ven; haz lo que yo te diga, y no desconfíes de tu salvación.

El *Terrible* obedeció; bajó de la muralla, conducido del brazo por su madre, y, al llegar a orillas del foso, junto a la compuerta, tropezó con un cadáver.

—¿Qué es esto?—gritó, estremecido.

—Es tu cómplice, es el ministro de tus venganzas, es Martín, el sayón, que, al acabar de alzar esa tabla, ha muerto atravesado de una flecha disparada por la hija de un antiguo escudero de Bermudo.

—¡Oh! ¡No hay remedio para mí!—contestó Ataulfo, echando a correr precipitadamente hacia el castillo, con la desesperación pintada en el semblante.

Gontroda tenía demasiados años para alcanzarle tan presto.

CAPITULO V

En que se refieren las aventuras del villano barbilampión, con otras cosas.

Cuando la vieja nodriza se persuadió de que el paje del obispo, escondido en la torre de las prisiones, había caído en manos de Ataulfo, renovó la firme resolución de salvarlo a todo trance, por lo mismo que sus anteriores esfuerzos produjeron tan fatales resultados.

Poco o nada podía hacer Gontroda dentro del alcázar, y para salir no titubeó en valerse de su prestigio con el vulgo y en aprovecharse de la ocasión que le brindaba el rastrillo levantado para los mensajeros del pontífice compostelano. Aparecióse repentinamente y misteriosamente cerca del puente leva-

dizo, y llenó de temor al supersticioso centinela; pero acabó de alucinarle murmurando a su oído ciertas palabras árabes, griegas o latinas, en lo cual aún no están conformes los autores, tan al alcance de quien las escuchaba como de quien las profecía.

Fuera ya del castillo, no le costó mucho trabajo encontrar un labriego de los alrededores, más dispuesto al acarreo de brujas que al manejo de la ballesta, el cual la condujo a Santiago en una bestia que el hombre suele nombrar con desprecio, quizá porque le debe más útiles y desinteresados servicios que a ninguna otra.

Gontroda podía dirigirse en la ciudad al obispo, a la Reina misma, segura de hallar buena acogida; prefirió, sin embargo, a Pelayo el mudo, y al arquitecto, escultor y alarife, que todo esto, y conspirador, por añadidura, era Sisnando en una pieza.

Pelayo había vivido con la anciana bajo un mismo techo y servido a unos mismos señores, y mutuamente se confiaron importantísimos secretos. A los pocos días de la desaparición de Bermudo de Moscoso, sucedió la de su hijo. Pelayo achacaba al *Terrible* la muerte del primero. Gontroda conocía muy bien al autor del rapto del segundo; reuníanse los dos amigos en aquel tiempo con más frecuencia que nunca; se buscaban con afán y permanecían taciturnos, tristes y cavilosos; querían ambos desahogar su pecho, aliviándole del peso que les oprimía; pero ninguno osaba ser el primero en romper el silencio. Por fin, media palabra que éste soltaba a fuerza de ruegos importunos, y media que aquélla decía para animarle, solían coincidir perfectamente y formar una palabra entera, y por un palabra se adivinaba una frase, y a quien sabe una frase no hay más remedio que recitarle el discurso completo.

Gontroda se reservó, sin embargo, una parte del suyo. No tuvo inconveniente en descubrir que Ataulfo abandonó en el bosque de Luparia al hijo primogénito de Altamira, y que ella lo había salvado, aguardando oculta a que una persona de piadosas entrañas lo recogiera; pero jamás quiso confesar que conoció a la mujer que lo llevó en brazos. Este último secreto no era suyo; de él pendía la vida, la dicha de la criatura adoptada por padres tan honrados como Nuña y Pedro Mellid, y educada por el obispo de Compostela. El escudero no fué tan cuerdo como la nodriza, y ya sabemos que su imprudencia le costó la pérdida del habla.

No eran tan estrechas las relaciones de

Gontroda con maese Sisnando, pero sí tan antiguas. Traían su origen de la época en que el alarife estuvo por primera vez en Altamira recomponiendo el castillo de orden de Ataulfo, antes de la supuesta muerte del hermano.

Verificóse la entrevista de tan humildes personajes en casa del mudo. Principió la vieja exponiendo los hechos con toda verdad y sencillez, procurando, no obstante, atenuar los cargos, que no podía menos de dirigir a su hijo, y terminó pidiendo el auxilio de sus amigos para sacar a los cautivos de la mazmorra. Grande impresión hicieron sus revelaciones, singularmente a Pelayo, que se encerró en una profunda inmovilidad, que en él equivalía al silencio. Sisnando, más sereno, se encargó de contestar y de discurrir trazas para libertar a los presos sin ruido ni aparato, y sobre todo, sin violencias ni amenazas, que podrían fácilmente dar fatales resultados.

Nadie más a propósito para llevar a cabo este pensamiento que las dos personas a quienes la vieja recurría: el arquitecto, conocedor a palmos del castillo, cuyas obras dirigía siempre, previsor y lleno de travesura para idear planes, y el mudo, inteligente y fiel para ejecutarlos, resuelto y decidido, sobre todo, a morir por su antiguo señor.

Por las explicaciones de la anciana, al punto cayó maese Sisnando en la cuenta del sitio en que don Bermudo estaba encerrado.

—Ahora bien—dijo—: por deseos que tenga de serviros, amigos míos, yo no puedo hacer milagros; ni sé penetrar en las murallas como cuerpo glorioso, ni atravesar invisible por medio de centinelas; el castillo de Ataulfo carece de caminos subterráneos, de poternas y portillos en que otros abundan; la primera muralla o barbacana tan sólo tiene una entrada, y ésa defendida por cubos, foso, puente, rastrillo y guardias correspondientes.

—Vamos, maese—respondió la vieja—; cuando días pasados os pedí una llave para abrir la primera puerta de la torre, ninguna dificultad pusisteis, amigo mío, y como luego volviese por otra llave...

—Os la proporcioné tan pronto como la primera, y si en vez de ocultarme los motivos que teniais para andar registrando las entrañas de los calabozos, me hubieseis manifestado francamente que queriais llegar hasta la mazmorra, ya estaría don Bermudo de Moscoso harto de haber resucitado; pero callasteis, y yo me limité a daros lo que pediais.

—Yo no podía manifestar mis sospechas sobre un punto tan delicado hasta que se convirtiesen en certidumbre. Pero ya que entonces malogramos la ocasión, no la desperdiciemos ahora.

—Es que entonces entrabais y salíais en el alcázar libremente; andabais por él sin el menor tropiezo, y ahora tenéis delante las pequeñas dificultades que acabo de mencionar.

—¿Conque si uno de nosotros llega a verse dentro del castillo?...—preguntó Gontroda.

—Yo le llevaré hasta el calabozo—respondió Sisnando.

—¿Tenéis todas las llaves?

—Tengo una sola, con la cual no hay puerta que no se abra en Altamira.

El mudo dió entonces un golpe en el hombro del alarife, como diciéndole: «Aquí estoy yo.»

—En efecto—prosiguió Sisnando—; tú no careces de maña y menos de puños, y tampoco te falta valor para arrostrar los peligros a que te expones. Pero nos olvidamos de lo principal: ¿cómo entramos en el alcázar? Y tú, sobre todo, con esa figura tan extraña, con esas barbas y ese rostro tan conocido, ¿cómo pretendes pasar el puente levadizo? Más fácilmente es, si estás desesperado, echarte de una muralla de cogote. Fuera de que es preciso decirlo todo: el que está en la mazmorra tiene la vida vendida si le cierran el desagadero del foso, y yo quiero que tú cuides de que siempre se conserve corriente, descubriéndolo a punto si lo cierran, en cuya operación no arriesgarás menos el pellejo que el que adentro vaya.

—¿Y no pudiera yo servir?—dijo Gontroda.

—Aun cuando a vuestras setenta y tantas Navidades tuviéseis fuerza y memoria para acordaros de las puertas que habéis de atravesar, lo cual os explicaría yo en un plano, ¿cómo os disfrazáis de villano pechero, con armas ofensivas y defensivas, único medio que me ocurre para que un desconocido pueda entrar ahora fácilmente en Altamira?

Todos guardaron silencio, no sabiendo cómo vencer aquella dificultad, cuando se presentó Munima, y Pelayo, adivinando sus intenciones, se estremeció al verla.

—¿Os parece—dijo la doncella, entre ruborosa y decidida—; os parece que yo podré contribuir a la obra generosa que estáis meditando?

—¡Cuerpo de tal!—exclamó el arquitecto—. Si no fuera porque da lástima sacrificar una tan linda muchacha...

El mudo al mismo tiempo la rechazó con gesto desabrido, temiendo dejarse arrebatar de la ternura que le inspiraba la resolución de su hija.

—¡Los dos, padre mío!—repuso la doncella con una mirada tan tierna como profunda—; los dos solos, el padre y la hija. Cuando el criado no basta para hacer el bien de su amo, sus hijos le ayudan.

El anciano escudero no pudo contener sus lágrimas, y dándole un apretón de manos, la presentó a maese Sisnando, con una expresión que quería decir: «Henos aquí prontos.»

Nuevo Abraham, aceptó el sacrificio, aunque más débil que el antiguo patriarca, hizo algún esfuerzo para evitarlo.

Munima se enteró a fondo del compartimiento interior del castillo, y, principalmente, del de la torre de las prisiones.

El alarife trazó una especie de plano, indicando el camino que debía seguir para llegar a la mazmorra, y la vieja le explicó la situación del aposento en que Elvira se hallaba custodiada.

Quedaba un solo punto por arreglar: ¿qué hacían los prisioneros una vez fuera del calabozo? Gontroda le indicó un paraje donde podía ocultarlos por algún tiempo; pero era menester abreviar este tiempo todo lo posible. La doncella se informó del ánimo en que la Reina estaba de asediar el castillo, y concibió un pensamiento que se guardó de revelar a nadie.

«No basta—decía entre sí—; no me basta exponer la vida para bajar a la prisión; después de libertar a los cautivos y ponerlos en el sitio que esa anciana ha señalado, tengo que ayudar a las tropas, que, según dice mi padre, no dejarán de acudir presto a sitiarse el castillo. Para que el cerco sea menos prolongado, menester es que yo conspire y subleve la guarnición a favor del legítimo señor de Altamira. De lo contrario, a juzgar por el gesto del alarife cuando oye hablar del asedio, creo que los sitiadores deben tener pocas esperanzas de salirse con la suya.»

Así pensaba la villana, cuya valentía y arrojo, siempre que se trataba del bien del paje su vecino, no ha debido olvidar el lector.

Aquella noche se pasó en preparativos para la empresa. Munima se disfrazó con la celada y tabardo. Pelayo la dió su cuchillo de monte. También el buen escudero dejó sus hábitos de mendigo por el traje que gastaba cuando servía a Bermudo, y llevó un criado que le dió Sisnando con las herramientas necesarias para su empresa. Gontroda quedó en levantar la gente comarcana en fa-

vor de la justa causa, y en entrar cuando pudiese al castillo con ánimo de salvar a su hijo Ataulfo, única condición que de todos iba exigiendo.

Muy de madrugada salieron así pertrechados el padre y la hija, los cuales se separaron luego con las angustias que son de imaginar. ¡Ah! A no ser por la certidumbre de que nadie, nadie en el mundo osaría acometer tan descomunal empresa, ni llevarla a cabo con la resolución y acierto que Munima, ¿cómo Pelayo había de consentir en aquella separación, que tenía tantas probabilidades de ser eterna?

No fué difícil al gentil villano del tabardo incorporarse en alguno de los grupos de mesnaderos que acudían al llamamiento del rico-hombre. Una vez dentro del castillo considerábase feliz por parecerle que tenía en la mano la salvación de los presos.

—Y si perezo—murmuraba—, ¿de qué manera mejor puedo morir que en servicio de mi señor?

Munima, por respeto de sí misma, no osaba decir de *mi amado*. Mas ¿qué importaba que no lo dijese si así lo pensaba?

Pronto se persuadió de que nada podía conseguir durante el día; el alcázar estaba henchido de gente; la confusión era grande por todas partes. Andaban los pecheros de aquí para allá como rebaño de cabras sin pastor: el hombre de instinto belicoso, de genio atrevido y deseoso de distinguirse de los demás, acudía a la barbacana, a las almenas más descubiertas, al sitio de más peligro; el tímido, el prudente o desengañado, se refugiaba a la torre más alta, al patio más retirado. Todos hacían excesos en la comida y bebida; andaban el pan y el vino por los suelos. Ataulfo, que no contaba con la justicia de la causa para excitar el entusiasmo, artificialmente lo creara con la profusión, la embriaguez y la crápula. Y para que se vea lo que es el hombre, los villanos degollaban sin tino sus propias reses, comían y bebían y celebraban la grandeza y prodigalidad del rico-hombre, que les hartaba con lo que acababa de robarles.

Complaciase tanto Munima en aquel desorden, como le habría desagradado la disciplina que no le permitiese salirse de las filas ni cambiar de posición a su antojo; no creyó prudente, sin embargo, sacar delante de todos una llave y abrir la puerta de la única torre en donde nadie penetraba. Aguardó, pues, a la noche para obrar a favor de las tinieblas, y aprovechó el tiempo en adquirir noticias acerca de Elvira, que seguía encerrada en la cámara de Constanza y custo-

diada por Gil Pérez; en repasar el plano del arquitecto, y en observar las disposiciones que tomaba *el Terrible* para la defensa. Era una de ellas el hacinar leña en los sótanos del alcázar, que estaban abiertos con este objeto, excepto el de la torre. De aquí dedujo la villana que los cálculos del alarife, acerca del lugar que los presos ocupaban, eran exactos.

Pero antes del anochecer llegó a sus oídos una noticia consternadora. El desaguedero de los fosos acababa de cerrarse, claro indicio de que la mazmorra iba a ser anegada. Verdad es que Pelayo tenía el encargo de desbaratar la obra; pero ¿podría conseguirlo?

En duda semejante, no tenía más remedio que observar los pasos de Ataulfo y ver si intentaba levantar la compuerta; mas por dicha pudo sorprender un diálogo del rico-hombre con el sayón, del cual dedujo Munima que hasta el siguiente día nada había que temer en este punto.

Llegó la noche tan deseada, la noche, que a todo trance debía aprovechar. Al villano que cogían los capitanes lo ponían de guardia, y no lo soltaban tan fácilmente. Munima, como puede suponerse, se guardó bien de colocarse al alcance de sus jefes. Situóse en el apartado patio de la torre de las prisiones; se acostó en los haces de leña y de paja que por allí estaban esparcidos, y cuando los párpados de sus camaradas cayeron abrumados con el doble peso del cansancio y del vino, se levantó despacio y suavemente se dirigió a la puerta del torreón.

¡Oh! ¡Con qué alegría, tubada, sin embargo, por el temor, metió la llave maestra en la cerradura! ¡Con qué gozo sintió correr el pestillo! ¡Pero con qué temor, con qué mortal angustia observó que la puerta, empujada dos o tres veces violentamente, no se movía!

Estaba asegurada por dentro con cerrojos, y era imposible entrar en la torre, a no ser por la puertecilla secreta de la cámara del *Terrible*, que ahora estaría en ella durmiendo, o, lo que era peor, desvelado por los remordimientos o por los cuidados de un caudillo en vísperas de la batalla.

Munima se estremeció a la idea de intentarlo.

—¡Imposible! Sólo me resta el gozo de dar la vida por *él*—dijo con profundo desaliento, apartando la inútil llave de la cerradura.

Sumida en un estupor muy semejante a la desesperación, oyó la voz de los centinelas, que gritaban:

—¡El enemigo! ¡El enemigo!

Esta voz encontró eco en todas partes: los

adalides iban por cuadras, patios y corredores, despertando a los villanos y repitiendo: «¡El enemigo!» Y ¡el enemigo! era la primera palabra que el ballestero pronunciaba balbuciente, saliendo de su letargo. Dentro de poco se renovó la confusión, acrecentada por el sobresalto, por las tinieblas y por la inquieta luz de eúimeras antorchas.

Ataulfo descendió de su cuarto y salió a la barbacana para observar las fogatas de los sitiadores, objeto de la alarma, y tomar algunas disposiciones para el caso de que el alcázar fuese acometido aquella misma noche.

Al verle pasar el puente ocurriósele a Munima una idea atrevida.

«Esta es la ocasión—dijo para sí—; si me descubren, me matan; pero si no, lo salvo.»

Y con impavidez y arrojo subió al aposento principal, apartando desenfadadamente a los que la estorbaban.

—¡Plaza! ¡Atrás! ¡Atrás!—exclamaba, poniendo la llave en la cerradura—. El señor me envía y me ha dado la llave para entrar.

Así logró pasar a la temida habitación del *Terrible*. Allí tomó una de las lámparas que la alumbraban, abrió la puertecilla secreta, y ya dentro de la torre prosiguió su marcha con más sosiego, consultando a cada paso las líneas y puntos que el alarife había marcado en el camino. No tardó en llegar al dintel de la mazmorra, y uno por uno fué quebrando candados y barras, hasta que de un golpe abrió de par en par la ferrada puerta de rechinante quicio.

La doncella quiso dar un grito, pero no pudo; le faltó el aliento, sintióse rendida, postrada, y cayó en el umbral de rodillas, exclamando:

—¡Madre mía!

Gran rato transcurrió sin que pudiera moverse ni pronunciar una sola palabra; no había perdido, sin embargo, el uso de los sentidos; pero estaban como embotados; el corazón absorbía la vida de aquella mujer, que reunía la audacia varonil a la ternura más delicada.

—¡Ramiro! ¡Ramiro!—exclamó, por fin, asustada de su propio valor.

Pero las broncas paredes de la mazmorra no tuvieron siquiera un eco para repetir aquellos dulcísimos acentos.

—¡Ramiro! ¡Don Bermudo!—tornó a gritar, con igual fortuna.

Templó de nuevo, imaginándose que su socorro era tardío y que los presos habrían perecido. Sentía cierta repugnancia de entrar en el calabozo, hija quizá del pudor de que nunca se desprende una doncella, aun en medio de su mayor audacia; pero aque-

lla idea desvaneció completamente sus temores. Saltó a la prisión, después de haber dejado la luz en el umbral, y volviendo a cogerla, fué recorriendo con ansiedad aquel pavoroso recinto, observándolo todo, y haciendo resonar de cuando en cuando, pero siempre en vano, el nombre de aquellos a quienes buscaba.

No tardó en percibir señales evidentes de que la mazmorra estaba habitada; vió en los parajes más húmedos huellas de dos personas, una descalzada y otra calzada de borceguíes de punta. Figúrese el lector si Munima dejaría de hacer de estos indicios las aplicaciones convenientes. Descubrió el lecho de Bermudo y una prenda, por último, que le hizo exhalar un grito de sorpresa y de alegría. Era la gorra del paje; ¡era la obra de sus propias manos!

Reinaba, sin embargo, el más profundo silencio; ni rastro de sangre, ni huellas de otras personas, ni señales de desorden o de violencia; nada aparecía. El conducto de las aguas, cerrado, y en la parte más baja del piso, una especie de balsa que iba formando el agua detenida. Era evidente que los dos cautivos habían escapado; pero ¿cómo? ¿Adónde?

De repente sintió golpes de azadón o pico en las entrañas de la tierra y por la parte del desagadero.

—Es mi padre—murmuró Munima—; mi padre, que estará trabajando para abrir el conducto.

Y aproximándose cuanto pudo a la pared, comenzó a dar voces llamando a Pelayo. Los golpes cesaron, como si los trabajadores temiesen haber sido sorprendidos. Pero Munima redoblaba sus gritos, diciendo:

—¡Soy yo, Munima! Proseguid, no tengáis miedo, y si queréis yo os ayudaré de aquí adentro; pero tened cuidado no entre de pronto el agua detenida; os advierto que los presos no están aquí.

Entonces percibió una voz que parecía salir de debajo de la balsa.

—¡Munima! ¡Munima!

—¡Ramiro! ¡Ramiro!—exclamó la doncella, que hubiera reconocido entre mil aquel acento querido, aunque saliese de las entrañas de la tierra—. ¿Dónde estáis?

—Estamos aquí, en el desagadero, trabajando para abrirnos camino al campo. Tu padre nos ayuda por la parte de afuera y un mozo nos instruye de todo cuanto pasa. Sí, nuestra salvación es segura, gracias a vuestros generosos esfuerzos. Han llegado esta noche mil guerreros a redimirnos con su espada. Pelayo tiene ya quien le defien-

da y ayude en su trabajo. ¿Y mi madre? ¡Munima, dame noticias de mi madre!—decía con tierno acento el paje del obispo.

—Vuestra madre—respondió la doncella con cierta melancolía al verse obligada a tratar tan respetuosamente al hijo de su vecina—, vuestra madre continúa encerrada en el mismo aposento en que la dejasteis ha tres días, despreciando con heroico valor las intimidaciones y halagos de Ataulfo.

—Espera, Munima, hermana mía; quiero que otra persona te escuche—dijo Gonzalo, conmovido—. Repite ahora lo que me estas contando—prosiguió algunos instantes después.

La hija de Pelayo comprendió que su voz era entonces invocada en testimonio de la fidelidad de la esposa de Bermudo, y se propuso ser tan extensa y explícita como la ocasión y el lugar se lo permitiesen.

Al mismo tiempo observó que el agua detenida cada vez iba a menos.

—Os decía—repitió la doncella—que vuestra noble madre todavía sigue lo mismo que cuando de ella os separasteis. Por Gontroda he sabido su execrable matrimonio, con mil circunstancias que acaso vos ignoréis y tal vez os agrade escuchar.

—Sí, sí, Munima; todo cuanto quieras; para oírte bien he removido la piedra que cierra el conducto, y el agua va saliendo poco a poco por la abertura.

La joven, aproximándose a la pared conforme el terreno se quedaba en seco, hasta que, por último, despreciando un pequeño charco que faltaba, llegó a situarse junto a la misma losa, a pocas pulgadas de distancia de su amante.

Así pudo referir todos los pormenores del enlace de Elvira y la absoluta ignorancia de ésta sobre la existencia de Bermudo; el descubrimiento de la confesión de Constanza, verificado pocos momentos después de la profanación de los ritos religiosos y debido a Gontroda, y el de la existencia del hijo, de que también era deudora a la misma persona.

—¿Y qué vínculos unen a esa anciana con nosotros para otorgarnos tantos favores?—preguntó Ramiro.

—Ningún otro lazo sino el de la gratitud y el deber, a lo que creo. Ha sido siempre servidora de vuestra noble casa y nodriza de Ataulfo; supo en cierta ocasión que éste se había apoderado de un tierno niño y que trataba de abandonarlo en un bosque, siéndole indifente que fuese devorado por las fieras, consumido por el hambre o recogido por cualquier persona que ignorase el nombre y

procedencia de la pobre criatura. Gontroda fingióse cómplice del malvado por salvarla..., por salvaros, Ramiro... Perdonad si os doy todavía este nombre, al cual estoy más acostumbrada; os guardé en su regazo hasta que vió venir a la difunta Nuña, que os recogió y crió como hijo propio. Jamás la buena nodriza quiso decir a nadie, y menos a don Ataulfo, que le había conocido; pero Dios permite que ahora todo se descubra y...

Munima calló, porque sintió la voz hermosa del paje que en tono de súplica se dirigía a don Bermudo, el cual le contestaba con acento cariñoso, pero bronco y firme.

Así transcurrieron algunos instantes, hasta que Ramiro tornó a dirigirse a su libertadora, diciéndole:

—Munima, yo quería entrar otra vez en el castillo y acudir al socorro de mi madre; pero tengo que obedecer a mi padre, que me ordena permanecer aquí por mil razones...

—Que yo sé apreciar mejor que vos, don Gonzalo.

—Munima, yo siempre soy el mismo para ti; a ti y a tu padre os debemos la vida..., más que la vida..., todo, todo cuanto vamos a gozar. ¡Munima, siempre soy tu vecino, tu hermano!

—¡El mismo! ¡Mi amigo, mi hermano!—repitió la doncella con un gesto de profunda tristeza, que no tuvo que reprimir en aquella soledad. Pero alzando la voz, prosiguió como si nada hubiese oído—: Sí, vuestro padre tiene razón, don Gonzalo; vos nada podéis hacer dentro del alcázar en favor de doña Elvira; nada más que entregaros inútil y voluntariamente en manos de Ataulfo. No tengáis cuidado por ella; según noticias seguras que he recibido, firme y valerosa, se hace respetar del bárbaro ricohombre, a quien los cielos, que velan en defensa de los oprimidos, han infundido una pasión, una idolatría que la sirve de escudo; salvaos vosotros, mis noble señores; recobrad la libertad y acometed al frente de las tropas, y dejad a la Providencia el cuidado de la fiel esposa, de la tierna madre.

—¡Hija de mi leal escudero!—exclamó Bermudo con un acento ronco, pero trémulo de gozo—. ¡Magnánima doncella, la sabiduría habla por tu boca, y tus labios, como tus plantas, no se mueven sino para dar la vida! No te expongas a nuevos peligros; aquí en esta mina podrás salvarte, por aquí saldrás del alcázar. Acabaremos de apartar esta losa, que cubre la entrada de la galería que hemos labrado. ¡Harto has hecho ya por esta pobre familia de cautivos y desterrados! ¡Ven a salvarte, no sea que las aguas

desciendan súbitamente y quedés sumergida!

—¡Oh! No, no, don Bermudo; mi tarea no está concluida; he llegado a mitad del camino y no debo detenerme hasta el fin de la jornada. ¿De qué sirve que los mesnaderos de la Reina y los del obispo asedien el castillo de Altamira? Sus esfuerzos y su furia nunca serán comparables a los del mar bravío cuando se empeña en derrocar el negro peñón que se burla siglos enteros de las olas espumosas; sus esfuerzos de nada servirán si yo, con mi disfraz y mi llave, no penetro en todas partes revelando los crímenes de Ataulfo, quitándole poder y autoridad, sublevando los ánimos en favor nuestro; es preciso, Ramiro, que yo haga por vuestra madre lo que vos no podéis hacer aquí encerrado.

—¡Munima! ¡Munima!—gritó el joven descendiente de los Moscoso—. No tengo palabras con qué manifestarte mi agradecimiento; pero si nos amas (Ramiro no se atrevió a valerse del singular), no expongas tu vida, que después de la de mi madre, es la que más nos interesa.

—¡Adiós!—exclamó la doncella con el acento del entusiasmo—. Las expresiones de gratitud que me habéis dirigido, don Bermudo... (también la villana sabía poner a sus sentimientos pantalla de palabras), acabarían de precipitarme a los mayores peligros si hubiese menester de nuevo impulso. No os olvidéis de rogar al cielo que corone mis esperanzas. ¡Adiós!

Pero antes miró a la loba que le separaba de su amado, como con deseos de estampar en ella un ósculo purísimo.

Un instante después ya se había ruborizado de aquel pensamiento apenas concebido, y se partió entre ufana y confusa.

—¿Conque ésta es aquella joven que el obispo y tu supuesta madre te habían escogido por esposa?—preguntó Bermudo a su hijo, que había quedado suspenso después de la marcha de Munima.

—Sí, señor—respondió el noble paje—; antes de presumir que yo fuese hijo de un rico hombre de Galicia.

—¿Tú, sin embargo, me has dicho que estuviste a punto de casarte con ella?

—Tan a punto, que si me descuido un poco en ver a la Reina, que fué la primera en concebir sospechas acerca de mi ilustre nacimiento, ya estoy desposado con una villana.

—Gonzalo—dijo gravemente, Bermudo—, el ser nobles o villanos no nos despoja de las cualidades de ser hombres, y les promesas que hayas hecho, las esperanzas legítimas que como Ramiro Pérez hayas infundido, de-

bes satisfacer como Gonzalo de Moscoso. Así darás una prueba de que no eres indigno de tu nuevo estado, y mucho más cuando la divina Providencia, a quien se lo debes, se vale de esas mismas personas para instrumento de sus beneficios. Pero no es tiempo, hijo mío, de pensar en esto; asegura bien esa piedra que cierra la comunicación con el calabozo, no sea que las aguas descieran con impetu y rompan el dique. ¿Por qué estás triste, Ramiro, cuando la hora de la libertad se acerca, cuando recibimos a cada paso tan visibles y eficaces socorros del cielo, como si él y no otro se hubiese encargado de nuestra salvación? ¿Oyes esos golpes que sordamente retumban en este hueco? ¡Ellos nos anuncian que Pelayo, mi escudero, y sus amigos siguen trabajando sin descanso hasta encontrarnos! Aquí encerrados en este angosto recinto para evitar la inundación, nos faltaba ya el aire vital, la luz se iba extinguendo, el alimento escaseaba y caíamos ya casi desfallecidos, cuando el Señor misericordioso encaminó a Pelayo, que abrió el conducto y dió entrada al aire puro que restauró nuestras fuerzas. Hicimos llegar a sus oídos nuestra voz, y henos aquí contando los minutos que faltan para abrazarle. ¡Gonzalo!... Esa tristeza, ¿no es una ofensa a Dios, que nos coima de favores?

—Padre mío—exclamó el paje—, tenéis razón; pero al considerar que mi madre sigue aún en las garras del lobo, expuesta a su capricho, a su venganza; ¡al considerar que Ataulfo acaso querrá desquitarse en ella de la mala suerte que va a tener con nosotros!...

—Ten confianza, hijo mío, en Aquel que se ha constituido en nuestro guía y amparo. Elvira es inocente, y se salvará también.

—Sí, padre mío—repuso Gonzalo con tierno entusiasmo—; es inocente, es digna de vos, lo habéis dicho, y esa palabra me consuela y tranquiliza. Ahora vamos a continuar trabajando.

Dirigiéndose al extremo opuesto de la mina, que habían prolongado hacia la superficie de la roca.

—¡Hola! ¡Eh, señores cautivos!—dijo una persona de voz alegre y atiplada, asomándose a la boca del conducto—. ¿Hay ánimo? Vamos, que no falta tanto como al principio. ¡Mejor estáis ahí que afuera!... Sabed que ha comenzado el ataque, y silban las flechas y bodoques como el viento en los pináres. ¡Adiós, adiós, que vuelvo a mi trabajo!...

—Aprisa, aprisa, padre mío—exclamó Gonzalo con impaciencia juvenil—; yo quiero salir a tomar parte en la gloriosa empresa de

rescatar a mi madre y de vengar vuestros agravios. ¡Oh! Yo quiero asaltar esas murallas, entrar a sangre y fuego y...

—¡Gonzalo, Gonzalo!—respondió Bermudo—. Calla, por Dios; no acabes de traspasar-me el corazón con tus palabras. Yo me separé del mundo y dejé al hombre combatiendo con el hombre, y torno al mundo en medio de un combate. ¡Y esto te excita el entusiasmo, eso te exalta y te vuelve el juicio... ¡Aprisa, aprisa, digo yo también! ¡A ver si llegamos a tiempo de impedir que se derrame una gota más de sangre!

El combate, empero, había cesado, cuando, dentro de la cueva que Pelayo y los trabajadores abrieran aquella noche detrás de la roca, resonó un clamor vivo y profundo de alegría, y poco después el mudo salió landando gritos frenéticos con el anciano venerable en los hombros, y tomando el cauce abajo, no paró hasta llegar a la barranca, y allí en el suelo depositó su dulce carga.

No había un sitio más delicioso en las cercanías. Blando césped de menuda hierba, matizada de blancas margaritas, cubría la angosta pradera que, partida por un arroyuelo, se extendía a lo largo de dos colinas, en la más alta y prolongada de las cuales descollaba el alcázar, bañado ya por la rosada luz del sol naciente y medio cubierto por el sombrío peñasco; las hayas, los robles y los olmos quebraban los rayos luminosos con su vistoso ramaje, coronado de las tiernas hojas de primavera, de un verde suave y lozano. A lo largo de la cañada, y por la parte del Mediodía, descubriase un horizonte lejano, un campo dilatado y ameno, donde la luz desplegaba toda la variedad y magnificencia de sus cambiantes y matices; el aura de la mañana recogía en sus alas el hálibo de los ríos, el humo de las cabañas y del campamento, y agitaba con dulce susurro la hojarasca y los pendones y cimbras de los soldados; nada hacía recordar que una hora antes aquellos parajes eran teatro de matanza y desolación.

Bermudo de Moscovo no percibía a la sazón todas estas bellezas, que para él debían tener un encanto inexplicable. A la salida de la cueva abrió y cerró los ojos en un punto, y, deslumbrado con el resplandeciente azul del firmamento, guardaba escondida en su pecho aquella visión, aquel rayo celestial que debía bastarle para la felicidad de toda su vida.

Desprendido de los brazos del leal escudero, cayó de rodillas, y se prosternó delante del sol, como un sacerdote del Oriente, y aunque siempre mantenía cerrados los ojos,

gozaba nuevos placeres que inundaban de júbilo su corazón. El sentimiento religioso y el sentimiento de libertad, que penetraban hasta la médula de nuestros huesos; las caricias del aura, la blandura del esponjoso césped, cubierto de rocío, y ese murmullo indefinible de la Naturaleza, armónico agregado de mil voces distintas, todas sonoras y templadas por la distancia de donde llegan y por la inmensidad del espacio en que se pierden, tenían como arrobado al pobre cautivo, que en aquel instante se consideraba indemnizado de todos sus padecimientos. Por fin, después de largo rato, abrió los ojos debajo del toldo de los árboles, y apenas podía sufrir aquella dulce claridad. A su lado estaba Gonzalo, el hijo de su amor, a quien abrazó entonces con la misma alegría que si lo viese por vez primera. Todos los demás, incluso Pelayo, por un sentimiento delicado y generoso, se habían escondido por no profanar con su presencia aquel espectáculo casi religioso.

Pero el corazón del hombre no se ha hecho para gozar mucho tiempo de una dicha tan pura; Bermudo, agobiado por el placer, perdió la casi imperceptible tinta de carmín que arrebolaba sus blancas mejillas, y con hondos gemidos cayó cadavérico sobre el mullido césped, pronunciando el nombre de su hijo. La felicidad tiene también su asfixia como las flores.

Entonces salió un grito de entre los árboles, y apareció una mujer cubierta de negro manto y seguida de Pelayo y de algunos criados del obispo, los cuales cogieron al venerable anciano, y, conducidos por la enlutada, llegaron a una choza situada detrás de la colina del Oriente, que la defendía hasta de las torres más elevadas de Altamira.

Era la cabaña de pobre y miserable aspecto; pero dentro había cuantas comodidades podían apetecer en aquella situación. Bermudo fué depositado en blando y aseado lecho, a cuya cabecera estaba esperando un clérigo docto en las ciencias entonces conocidas y no extraño en el arte de curar. Ramiro, al punto, le conoció: era el canónigo Gerardo, autor de las Memorias del obispo.

Pero la mujer no se había limitado a tener prevenidos la cama y médico, sino las medicinas y los alimentos en que principalmente se debían sentir necesitados los cautivos. Como una madre tierna y cariñosa, todo lo prevenía, y no estaba satisfecha si no lo preparaba todo con sus manos.

No es nuestro ánimo referir los medios de que ella y el sabio canónigo se valieron para volver a la vida al débil y desmayado

ricohombre, ni su prudencia y solicitud para que la transición se verificara suave y apaciblemente, de manera que ya no fuesen temibles nuevos desmayos; diremos tan solamente que, tanto el anciano como el joven Moscoso, hicieron varias preguntas acerca de aquella mujer misteriosa, sin obtener ninguna respuesta satisfactoria del canónigo y de Pelayo. Pero Ramiro, acordándose de un cierto mancebo de atiplada voz que les hablaba por el conducto del subterráneo, anduvo buscándolo, y creyéndolo más suelto de lengua que el mudo y aun que Gerardo, llevóle aparte, y le dijo:

—Si mal no me acuerdo, tú eres aprendiz de maese Sisnando.

—Para serviros, señor; he venido aquí enviado por mi maestro como auxiliar del mudo, y he puesto en la empresa mis brazos y mis herramientas.

—Y también tu lengua, porque has tenido buen cuidado de ir dando noticias de todo, de manera que yo juzgué servías de intérprete a Pelayo. No tengo ahora ni un sueldo con que recompensar tu triple servicio; pero dime entretanto, así Dios te haga tan buen alarife como tu maestro, ¿quién es esta mujer que parece dueña de la cabaña, y que para morar en cabañas se me figura de modales un poco imperiosos y arrogantes?

—Eso es lo que no puedo deciros, señor caballero paje; preguntádselo al canónigo, pues que con él apareció.

—¡Hum!

—Y al mudo, única persona a quien dirige la palabra.

—¡A Pelayo!

—Excepto a mí, que apenas me ha dejado trabajar en toda la mañana. Sí, señor; dos o tres horas antes de amanecer, cuando os sentimos en el agujero, el mudo fué en busca de trabajadores, pues los dos solos no éramos suficientes para abriros paso; vinieron cuantos fueron menester, y muchos más, por cierto, y los sobrantes se situaron cerca de nosotros para defendernos en caso de que los enemigos hiciesen alguna salida, y a poco llegó esta mujer cubierta así como veis, y se acercó a mí, mandándome que os hablase, que os dijese tal y cual cosa.

—¿Qué cosas?

—Esas vos las recordaréis; a mí se me han olvidado. Por mis labios ella os decía cuanto pasaba. ¡Ay, señor paje! Digo, señor caballero, ¡ése es mi sino!. Yo no puedo hablar mucho; pero hablo siempre por boca de ganso; siempre digo cosas que para otro deben ser de mucha miga, y de las cuales me

quedo en ayunas. No hace dos semanas que con ciertas *Ave Marias*...

—Pero, en fin, esa mujer...

—Esa mujer no se apartó de ahí en toda la mañana, y de la cabaña a la roca y de la roca a la cabaña, andaba sin cesar disponiéndolo todo, y así temía a las flechas y pelotas del castillo como si fuesen copos de nieve, y eso que trajo una vez dos saetas, nada menos, clavadas en el manto.

—Ya sé quién es—dijo Ramiro, alejándose.

—Pues, señor, está visto—se quedó murmurando el aprendiz—; mis palabras son siempre substanciosas y significativas. ¡Si entendiésemos yo siquiera la mitad de lo que digo, era más sabio que Salomón!

Ramiro andaba poco después buscando por la chóza a la mujer enlutada, y vió que, acompañada del canónigo, desaparecía por entre los árboles; corrió hacia ella tendiéndola los brazos y exclamando:

—¡Ah! Señora, os he conocido al fin; no os libraréis de nuestro eterno agradecimiento...

—Silencio—contestó la mujer—; vuelve atrás, y si algo tienes que agradecerme, por única recompensa te pido que nunca reveles mi nombre a Bermudo de Moscoso. Jamás debe saber que le ha visto la Reina de Castilla.

CAPITULO VI

Cómo Ataulfo de Moscoso cumplió al conde Pedro Froilaz cierta palabra, lo cual se aclara y se demuestra en el capítulo siguiente.

Habíase divulgado para entonces, en el campamento, la huida de los cautivos; pero Gutierre Fernández de Castro, ocupado en los preparativos para un segundo ataque, y en recibir ciertos importantes mensajes que a cada paso le llegaban del camino de Lugo, fué el último en saber tan gratas nuevas, que a nadie menos que a él debían sorprender si recordaba las palabras del supuesto padre Prudencio en el monasterio de San Martín de Pinario.

Sorprendiéronle, no obstante, y si ha de valer la verdad, también le mortificaron un poco. No porque en su noble, aunque duro, corazón cupiese la envidia; no porque le pesara de la libertad de aquellos por quienes generosamente exponía la vida y el honor de sus armas, sino porque habría preferido, en igualdad de circunstancias, romper con su hacha las puertas del calabozo y dar la

mano a los encarcelados al sacarlos de la mazmorra.

Este primer sentimiento del guerrero cedió luego al sincero anhelo del amigo por abrazar al infortunado ricohombre de Altamira. Mientras se disponía en su tienda de campaña para dirigirse a la choza de Bermudo, escuchó algunos pormenores de la escapada, y dando por autores de ella a los emisarios de Sisnando, no pudo menos de admirar en el fondo de su alma el gran poder de aquella hermandad de conjurados, que con tan pocas personas había obtenido lo que él, quizá, con todo su ejército no hubiera logrado. De aquí volvió, naturalmente, a tropezar con su pensamiento de reunir todas las fuerzas desparramadas de la nación, elevando a Bermudo al regio tálamo y consolidando la castellana Monarquía con un Rey digno y por todos los bandos aclamado.

Armado ya de todas armas, y acompañado de los nobles adalides y de la muchedumbre de las aldeas vecinas, que Gontroda había levantado con su palabra revelando los crímenes del *Terrible*, enderezó sus pasos el conde de los Notarios hacia la cabaña, y mientras llegaba discurría de semejante manera:

«Es preciso hacer que Bermudo de Moscoso acepte la mano de la Reina, porque lo que es de los escrúpulos de ésta me parece que hemos dado buena cuenta. ¡Que vaya, que vaya don Pedro de Lara con sus ínfulas de grandeza y de conde por la *gracia de Dios*, con sus vergonzosos derechos de padre de niños *hurtados*, que vaya a sentarse en el trono de Castilla! Fuerte golpe ha sido, pero no me arrepiento; tal y tan duro lo exigía lo apretado del lance. Lara no es, no puede ser, no será nunca marido de la Reina, y la Reina es libre después de haber cumplido como cristiana, prestándose a dar la mano de esposa a un hombre a quien ya no amaba. No nos costará mucho inclinarse hacia Bermudo. ¡Qué ha de costar, si es el único a quien ha querido de veras! ¿No fuera bueno, sin embargo, que se empeñara en ser constante en su último propósito, sólo porque la mudanza es ahora conveniente y provechosa?»

Y al decir estas palabras dentro de sí, Gutierre se sonreía, meneando la cabeza entre ceñudo y regocijado.

«Demos por sentado, proseguía, que no hay por este lado grandes asperezas que allanar. Vamos a ver por otro. El obispo, que sabía mi impaciencia por ver aclarada la nulidad del matrimonio de Bermudo y la bas-

tarda, ha mandado a decirme que el conde de Trava ha respondido, prometiendo acelerar su viaje a Compostela y satisfacer de viva voz todas las dudas que se nos ofrezcan. Esto no es nada y es todo. Algún fin oculto puede llevar en este silencio, en estas dilatorias; pero si el casamiento fué válido, ¿qué le costaba al conde haberlo declarado así, desde luego? ¡Oh! ¡Todo es que Bermudo quiera; todo es que, penetrado de las necesidades del reino, que yo trataré de exponerle vivamente, de la voluntad de los nobles y de las aclamaciones de los pecheros, manifieste el más pequeño deseo de empuñar el duro cetro!... ¡Todo es que le haya quedado una leve chispa de ambición, que de mi cuenta corre soplar y atizar y hacer revivir el fuego y levantar el incendio!»

Con tales pensamientos, llegó a la choza, y dejando a la puerta el numeroso y brillante séquito de adalides, trasapso solo el umbral, donde fué recibido por Gonzalo y el mudo. Al verlos no pudo menos de sonreírse, y dirigiéndose al último, le dijo, afable:

—Destinado estás, Pelayo, a salvar en todas ocasiones al paje del obispo. Yo voy alternando; unas veces conspiro contra su vida, tan torpemente, que encargo la ejecución al padre de su amada y le obligo a brindar por su futuro yerno; otras expongo con gusto el pellejo por que el *Terrible* no haga del suyo una criba. Pero si mis esfuerzos de antes fueron impotentes, no lo son menos los de ahora; amigos más constantes y venturosos se han adelantado. Está visto, Ramiro—prosiguió, dirigiéndose a éste con el mismo aire de ligereza y de superioridad—, está visto: ni sirvo para matarte, ni para darte la vida, acaso porque no servía para entenderme con rebeldes y conspiradores. Y entiéndame quien me entienda.

—Todavía os queda un campo para la fortuna y para la gloria—respondió el mancebo—; todavía podéis mostraros tal como sois: severo, noble y generoso; mi pobre madre sigue en poder del tirano...; ¡libertad! Ataulfo vive en el castillo que nos usurpa...; ¡vengadnos!

—¡Tu madre... tu madre!—contestó el de Castro con alguna frialdad—. Tienes razón; ahora lo pensaremos. En cuanto a vengaros y a desalojar del alcázar a don Ataulfo, el honor de mis armas está en ello comprometido.

—Don Gutierre, un favor os pido aún: en el primer asalto habéis sido el único que ha puesto el pie en las almenas enemigas; permitidme acompañaros en el segundo, y no

II

las crecidas del río Oja, que no tenía puente, y le enteró de la idea que le había ocurrido algunas veces de subvenir a estos daños. Aprobó San Gregorio su proyecto, y, examinando ambos el terreno, parecíoles que por aquel sitio se podía guiar más derecho el camino real, si se desmontaba la espesura, con cuyo medio se lograba ahuyentar de ella a los ladrones, si se hacía una larga calzada y se fabricaba un puente sobre el Oja.

La falta del puente era la más perentoria, y así determinaron hacer, con el auxilio de los pueblos, uno de madera, y lo fabricaron por sus manos, sobre unas cepas de piedras, cuyos vestigios aún se ven entre el puente actual y unas heredades, hacia la parte de Poniente, no lejos de una ermita consagrada a San Sebastián.

Corriendo la voz de que Domingo asistía con tanto cariño en su celdilla a los peregrinos y pasajeros y que el monte estaba abierto, libre de forajidos y atravesado, al fin, de una calzada construída por el santo, eran innumerables los que torcían hacia su estancia, tomando desde Nájera a Azofra, por cerca de Cirinueta a la Calzada, y desde allí a Grañón, Redecilla, Belorado, Villafranca y Burgos.

Inutilizado el puente de madera, ya porque su poca solidez lo destruyese, ya porque el río, que es un torrente que corre entre cascajos sin madre fija, hubiese variado de dirección, su caridad ardiente se valió de un medio más gravoso para ser útil a los transeúntes, pasándolos sobre sus hombros, cual otro nuevo Cristóbal.

Pero la caridad hace milagros: aquel pobre ermitaño, ayudado de los pueblos, levantó poco después el puente de piedra que hoy existe, y, además, un hospital con salas para los pasajeros, divididos por naciones, cuartos para sacerdotes y para mujeres y vivienda para la familia que cuidaba del servicio.

Tal es el origen de la ciudad de Santo Domingo de la Calzada, y éstas son las razones que ha tenido el autor para llamarla en la novela *segunda patria de los peregrinos*.

Véase la *Historia de Santo Domingo de la Calzada, Abraham de la Rioja*, etc., por el doctor don José González de Tejada. Madrid, viuda de Melchor Alvarez, 1702, un tomo en folio menor.

Los libros de caballería fueron la novela de costumbres de su época, lib. III, cap. VII, página 340, nota.

En apoyo de la opinión, emitida aquí muy de paso, de que las mejores fuentes para empaparse en el espíritu de la Edad Media son los romances y libros de caballería, nos ha remitido nuestro amigo don Eustaquio Fernández Navarrete la siguiente nota extractada de la *Historia literaria de la Edad Media*, que está escribiendo *Sección de los libros caballerescos*.

El público nos agradecerá seguramente que le anticipemos algunas páginas de una obra tan útil, tan preciosa y que, a juzgar por lo que de ella hemos visto, debe elevar a su autor, como historiador y como crítico, a grande altura en la república de las letras.

Dice así:

«El ansia que en la actualidad manifiesta la juventud hacia las modernas novelas, puede dar una idea del entusiasmo que en sus respectivos siglos excitaron los libros de caballería. Pero esta idea no llega a ser cabal. Las variadas distracciones que ofrece nuestra sociedad borran en el ánimo las impresiones que puede hacer la novela; la monotonía de la vida antigua las grababa fuertemente en el ánimo y exaltaba la imaginación; el género novelesco tiene en el día ancho campo en que esparsirse, y ya nos representa nuestras propias costumbres, ya se entretiene en dibujar las de tiempos pasados, ya se pasea por las aéreas regiones de la fantasía; en la Edad Media no se alimentaba sino de heroísmo y de proezas, y la dama que los leía se había adormecido en la cuna al son de cantos guerreros; en la juventud era elegida para adjudicar en los torneos el premio al más valeroso, y en la edad más avanzada armaba a los hijos para los combates y les inspiraba sentimientos de honor; las cuestiones humanitarias, las reformas sociales que forman más de lo que debieran el fondo de la novela actual, no las interesan directamente; los grandes hechos de armas que los libros caballerescos nos representan, emprendidos y concluídos en nombre de las damas, tenían que conmover dulcemente su vanidad y orgullo. Si en todos tiempos el heroísmo ha entusiasmado el corazón de la mujer, que, conociéndose débil, ha querido encontrar en el hombre las cualidades necesarias para ser su apoyo, ¿cuánto más le entusiasmara en un siglo en que, faltos de fuerzas todos los vínculos sociales,

su virtud y sus bienes no tenían otra defensa que el respeto inspirado por el valiente brazo del caballero que se declaraba su campeón? Si siempre ha sido sensible a los obsequios y halagos, ¿cuánto más lo sería cuando, en medio del reinado de la fuerza, estos hombres de hierro, que, desafiando impávidos la muerte y los trabajos, ante nadie doblaban su orgullosa servir, se postraban humildes a sus plantas y respetaban idólatras todos los caprichos de la belleza? La impresión, pues, que estos libros debían causar en imaginaciones frescas y vigorosas, puede conjeturarse más bien que describirse.

»Mas algunos, concededores de la Historia, los han creído parto de cabezas delirantes, y las costumbres en ellos descritas, fingidas y supuestas; basta, con todo, examinar la Historia, y, comparándola con ellos, se verá, por la conformidad que tienen, que la novela caballeresca puede llamarse la novela de costumbres de los siglos medios. No era dable que ejerciesen una influencia tan grande en la sociedad si ésta no hubiese visto en su composición interpretadas al vivo sus ideas. Es cierto que muchos de los autores de libros de caballería supusieron la existencia de sus héroes en tiempos de la más remota antigüedad; pero, sin embargo, no les dieron otras costumbres que las del tiempo en que se escribía, ya porque su ignorancia, por un lado, les hiciese creer que nunca pudo haber otras, ya porque es casi imposible al hombre sin estudios profundos hacer abstracción de cuanto le rodea. En comprobación de esta verdad, no hay sino comparar con las historias de la Edad Media sus libros fabulosos.

»La falta de trabazón entre las distintas partes que componían el Estado, ocasionada por la independencia salvaje de los hombres del Norte y su bárbara ignorancia, hacían muy difícil la organización social, si el Estado, que, como el individuo, tienden siempre a su conservación, no hubiese sabido hallar principios de vida en sus mismos elementos disolventes. Formóse, pues, la caballería, y la existencia que los antiguos lograron en la reunión de todas las fuerzas en el ente moral llamado nación, se halló entonces en la división casi infinita de esfuerzos individuales cooperando a un mismo objeto; de suerte que si en las sociedades antiguas el individuo desaparecía ante los grandes intereses de la comunidad, en las modernas reinaba el individualismo que la caballería trató de regir en beneficio de la misma comunidad. Al orden de la caballería se confió el sostenimiento de la fe, la defensa de

la patria y el amparo de los débiles contra los fuertes, objetos todos que sin ella quedarían abandonados. Para que no se formase de gente indigna de tan sagrado ministerio, no se confería esta dignidad sino como premio de grandes hazañas y en medio de las ceremonias de la religión que la consagraba. Como el objeto de este instituto era el erupcio de la fuerza en favor de la sociedad, permitíase a los caballeros ejercitarla por medio de diversiones guerreras, como los torneos, que sublimaban su valor hasta el heroísmo, disponiéndolos a no arredrarse por cuantos peligros pudiesen ofrecerles las expediciones militares y los verdaderos combates. Como era fácil que empleasen en desafueros las armas que se les confiaban, trabajóse con sabias leyes en imbuírles sentimientos de honor; el caballero que faltaba a su palabra era escarnecido; el que no favorecía la desgracia que acudía a su brazo, vilipendiado; el que ultrajaba a una dama, mirado con horror y sujeto a su venganza, y, en fin, el que manifestaba cobardía, expelido ignominiosamente de la mesa de los caballeros. Otro freno más suave, y al propio tiempo más poderoso, se ideó para contener su ferocidad. Los pueblos del Norte rendían cierta especie de adoración a la mujer; el cristianismo fomentó este justo respeto a su debilidad; la caballería lo elevó hasta el delirio, y así, el caballero, por el deseo de la aprobación de una beldad y el temor de su desagrado, siempre que sus pasiones no le cegaban, huía de la deslealtad y de la injusticia. Del mismo modo que había premios y gloria para los que cumplían como nobles, para los de alma tan baja que tales incentivos no obligaban a separarse del crimen, había prescritos castigos ignominiosos. Con tales medios se procuró dirigir hacia el bien el valor y domesticar la ferocidad guerrera; con ellos se evitaron muchos males; pero como de repente no pudieron ahogar todos los gérmenes de barbarie, no siempre obtuvieron los resultados que eran de apetecer. Entablóse una lucha entre tan sabias instituciones, y los instintos salvajes, que produjo aquella mezcla de magnanimidad y de venganzas, de violencia y de ternura, de fanatismo y de irreligión, de devoción y de amores, cuyo colorido poético no pudo menos de hacerse manifiesto a la imaginación de los primeros que concibieron los libros caballerescos.

»Este es, en resumen, el cuadro general de la caballería, y en su pintura está contestes la fábula y la Historia. Consúltese, en prueba, las *Partidas* y el *Doctrinal de cabu-*

me apartaré de vos un solo paso, aunque trepéis al adarve de la torre más elevada.

—¡Hola! ¡Hola!—contestó el conde en tono chancero—. No me fiaría en llevar detrás, en un asalto, galanes a quienes he regalado con cierto lecho de tablas, y cuya existencia he creído, y aun quizá sigo creyendo, incompatible con la tranquilidad del Estado.

—Y si no queréis llevarme detrás, ¿qué inconveniente tenéis en que vaya delante?—contestó Gonzalo con prontitud.

—¡Bravo mancebo! Venga esa mano—repuso Castro con franqueza, cabalresca—. Adondequiera iré muy honrado contigo. En pago de tu confianza, te juro no quitarme el capaceté hasta hacer a tu padre dueño del castillo. Pero llévame, llévame a los brazos del noble y desventurado caballero, flor de la bizarría y espejo de los donceles de Castilla; y mientras con él arreglo el plan del nuevo combate, escoge de mis arneses las piezas que mejor te vengan, para no entrar en la lid vestido de lana como un villano.

Un tabique dividía la cabaña en dos habitaciones, aunque mezquinas, en la última de las cuales estaba el ricohombre de Altamira. Al verle don Gutierre tan flaco y extenuado, cubierto de harapos y el cabello blanco, tendido y desgrefinado, en vez de arrojarle a su seno, retrocedió entre suspenso, irritado y compadecido.

—¡Don Bermudo!—exclamó—. ¿Sois vos? No puede ser... ¡Ataulfo, Ataulfo! ¡Villano! ¡Infame fratricida!... ¿Sois don Bermudo de Moscoso?

Y como el anciano, no menos atónito de las impetuosas exclamaciones de aquel desconocido, tardase en responderle, prosiguió el caballero diciéndose a sí propio:

«¡Oh! ¿Quién es el loco que intenta hacer un monarca de un cadáver?»

Y le cayó un velo de tristeza, que súbitamente nubló su rostro.

—Yo soy—contestó entretanto el cautivo—; yo soy, o, por mejor decir, yo he sido ese Bermudo por quien venís preguntando. ¿Y vos, caballero?...

—¿No os acordáis de haberme visto pelear a vuestro lado bajo las banderas del Rey Don Alfonso VI? ¿No conocéis a Gutierre, hijo de Fernando de Castro?

—¡Gutierre, Gutierre! Sí, ya recuerdo... Venid a mis brazos, amigo mío; ¡cuán pocos años os llevaba entonces, en comparación de los que ahora parece llevaros! Soy extranjero en mi patria, huésped en mis ho-

gares, anciano entre mis compañeros, extraño entre mis amigos. No me pasmo de ser para todos desconocido; a mí sólo me conocen las cadenas, los calabozos, las tribulaciones. La alegría, el contento, parece que en mi pecho se albergan como huéspedes mal contentadizos.

Ni en estas palabras de Bermudo había grande amargura, ni en el abrazo que dió a su amigo y libertador un extraordinario afecto y regocijo; aquella alma parecía curada ya de grandes impresiones, después de las terribles y profundas de dolor y de placer que había recibido, como las ondas dormidas de la laguna Estigia, que ni se hinchaban en tumulto con la tempestad, ni se rizaban dóciles a las caricias del aura.

—Don Bermudo—repuso el conde, queriendo tentar su ambición y asiendo una de sus yertas manos—, don Bermudo, todavía respiráis el aire del sepulcro; pero luego que esos miasmas se disipen, renovaréis, no sólo vuestras amistades, sino vuestros antiguos hábitos y aficiones. Recobramos el alcázar y todos los dominios que os pertenecen; seréis ricohombre de Altamira; volveréis a la corte de León y de Castilla, donde hallaréis personas que no os han olvidado. Mientras se robustece vuestro brazo para esgrimir el acero, ilustraréis la conciencia de los príncipes y nobles poderosos con sanos y prudentes consejos, de que tan menesterosos nos hallamos. Sí, don Bermudo: para la Reina seréis un oráculo; para los ricoshombres, el verdadero monarca, hasta que llegue el día en que un varón digno de este nombre ocupe el trono castellano. ¿Os sonreís, Moscoso? ¿Dudáis, por ventura, si no de la sinceridad de mis palabras, del logro de mis esperanzas y promesas? Venid, asomaos a la ventana; mirad esa inmensa muchedumbre ansiosa de veros y de vengaros. Ha bastado que una vieja decrepita haya revelado vuestra existencia y denunciado la usurpación de Ataulfo, para que toda la comarca se conmueva y se despueble para venir a salvaros.

—¡Ah, don Gutierre!—contestó el anciano—. En el alma os agradezco ese interés que me mostráis; pero un rayo de sol es máspreciado de mí que todos los alcázares y tesoros de la tierra. Veinte años he vivido en una mazmorra, porque tenía algunos más privilegios y riquezas, alguna mayor nombradía que otros hombres; no pueden alucinarme ya distinciones que tan sólo acarrear persecuciones y desdichas. Y si no tuviese un heredero, si ese castillo me perteneciese exclusivamente, le volvería la espalda con la

mayor indiferencia, y dondequiera hallaría lo poco que necesito para vivir.

El tono tranquilo, dulce y poco variado con que fueron pronunciadas estas razones, ninguna esperanza dejaron a Fernández de Castro de reanimar un corazón yerto, inaccesible a las ilusiones mundanales; pero como le pareció ver un pequeño resquicio de debilidad en el amor filial, por allí trató de introducirse.

—Sí—le contestó—; conquistaremos el castillo para vos y para vuestros sucesores, y la venganza (no quiero darle este nombre), la más severa justicia caerá sobre el opresor inicuo que lo ha usurpado. La justicia no es una palabra inventada para intimidar a los pequeños; del Rey abajo debe alcanzar a todos; en mi mano ha puesto Doña Urraca la espada de la ley, y la espada de la ley llega en mi mano a nobles y plebeyos, sin que sirva de escudo la soberbia del que presume más que el Monarca. Lo sabréis algún día; no será don Ataulfo el primer ricohombre a quien el conde de los Notarios ha castigado. Aquí están mis vasallos, aquí los del obispo de Compostela, aquí los de la Reina, a cuyo celo, a cuyo obstinado afecto sois en gran parte deudor de vuestra libertad. No tengáis duda; la justicia se cumplirá, y vuestra restauración será completa.

—Si mi restauración, si la de mi hijo, ha de costar la vida del último vasallo, desde ahora os ruego que no deis un paso más; creedme, mis Estados no valen una gota de sangre.

—Pero es imposible—dijo el conde, que no esperaba semejante salida—, es imposible recobrarlos de otro modo que a viva fuerza.

—A Gonzalo y a mí no nos será imposible vivir sin ellos.

—¿Y vuestra esposa?—replicó Gutierre, que, en último apuro, echaba mano de un recurso a que no hubiera querido tocar—. ¿Os habéis olvidado de ella?... ¿La dejáis abandonada?

—No permita Dios—contestó Bermudo—que en la libertad me olvide nunca de los que gimen en cautiverio. ¡Ay! ¡Harto he tenido presente a la pobre Elvira, y desde que he sabido su horrible estado, no he dejado de ofrecer a Dios por ella el sacrificio de mi vida, de mi felicidad! Estas palabras no son estériles ni vacías de sentido; me presentaré a don Ataulfo, le pediré de rodillas por ella, le ofreceré el perdón en su nombre, y si necesario fuese para redimirla, me quedaré cautivo y tornaré a la mazmorra.

—Eso jamás pudiera yo consentirlo; mi honor está interesado en no admitir capitu-

lación ninguna, en entrar a sangre y fuego si el tirano no se rinde a discreción. Aunque desistieseis de toda pretensión y renunciaseis todos vuestros derechos, Gutierre Fernández de Castro, después de haber disparado la primera flecha, tiene que entrar en el alcázar, de grado o por fuerza, o por los adarves o por la puente. Pero no insisto más: sois caballero y ya me habréis comprendido.

—¡Oh, de cuántas caballerosidades cura un encierro de veinte años, amigo mío! Aguardad, aguardad, sin embargo—dijo Moscoso como súbitamente herido de una idea—; aún voy a ser caudillo, aún voy a presentaros un plan de batalla.

—Veamos—contestó Gutierre con la misma alegría que una madre al observar la sonrisa del niño que despierta de sospechoso letargo.

—Nada adelantáis con asaltar otra vez con mayor impetu, ni repetir los ataques con redoblada furia: podéis hacerme dueño del castillo; pero no de Elvira, cuya vida pende del capricho de ese desgraciado.

—Pero Elvira... Quizá...

El conde de los Notarios se detuvo. Iba a manifestar sus dudas acerca de la validez del matrimonio de Bermudo y la bastarda; pero reflexionó al momento que no debía tocar este punto hasta hallarse enterado a fondo de los hechos, acerca de los cuales sólo podía hablar con seguridad el conde de Trava. Por otra parte, desesperanzado ya de hacer revivir en el pecho del cautivo la llama de la ambición, poco le importaba que su proyecto tropezase con un imposible.

—Dios ha hecho—prosiguió el anciano—que Elvira haya sido hasta ahora respetada. Dios ha hecho que una persona valerosa y fuerte pudiese entrar a socorrerla. Esta misma persona está conspirando en Altamira a favor nuestro, revelando a los pecheros la existencia de su verdadero señor...

—Eso no va tan mal, amigo mío; los trabajos del tal conspirador, que desde ahora lo califico y reputo por hombre de un valor a toda prueba, quizá han comenzado a dar su fruto, pues en el primer ataque pude yo llegar al pie de la muralla sin ser molestado de un flechazo siquiera. Así pudiéramos introducir otros cuantos atrevidos que auxilia-sen a ese valiente...

—Es una mujer, don Gutierre, la que tal concepto os merece.

—¿Gontroda, por ventura? Si es la vieja, heme equivocado en atribuirle el mérito de aquel recibimiento, pues la he visto entrar después del asalto.

—¡No! Es una tierna doncella: es Munima, hija de Pelayo, mi escudero.

—¡Pardiez! ¡Raza de valientes y de leales es la del mudo!

—Pero como esa doncella, podéis introducir en el corazón del alcázar, en la torre más robusta y central, todo un ejército, si os place.

—¡Sí me place!—exclamó el de Castro—. ¿Podéis dudarlo? ¿Pero cómo?...

—Nada más fácil. Por donde Gonzalo y yo hemos salido, me parece que pueden entrar cuantos sean menester... bien provistos de antorchas y de hachas y palancas de hierro, para derribar algunas puertas.

—¡Excelente idea!

—Apoderados de la torre de las prisiones...

—Arremetemos nosotros, espada en mano, por la muralla...

—No; me presento yo a las puertas del castillo, agitando un blanco lienzo en señal de paz; llamo a don Ataulfo, le declaro su desesperada situación y le ofrezco el perdón si abandona el alcázar y me entrega mi esposa. Creedme, amigo mío: dueños de la torre, persuadidos los mesnaderos de que yo soy su legítimo y natural señor, acaso allí mismo me reconozcan y proclamen, y nuestra restauración, como vos la llamáis, se verificará sin necesidad de armar una batalla.

—Tal ponéis las cosas, don Bermudo, que... Pero lo que yo encuentro enteramente inútil es el perdón que le ofrecéis, cuando no tiene más remedio que caer en nuestras manos.

—Inútil no será para el sosiego de mi conciencia, para mi dicha futura.

—La justicia de Dios debe cumplirse, sin embargo—replicó el de Castro, insistiendo en su propósito.

—Se cumplirá, no lo dudéis, y será tanto más completa cuanto menos la compliquéis con venganza humana.

El plan de Bermudo era inmejorable, pues si del todo no evitaba el derramamiento de sangre, como su autor se complacía en creer piadosamente, exigíala menos que ningún otro. Así le pareció a Gutierre de Castro cuando se asomó con el venerable cautivo a la puerta de la cabaña, alrededor de la cual se habían apiñado, no sólo los nobles adalides, sino turbas de guerreros, de mujeres, ancianos y niños, que ansiaban por contemplar al noble y afamado caballero, santificado por tantos años de infortunio.

Cuando vieron a la luz del día aquel rostro pálido y macerado, aquellos ojos llenos de bondad, aunque sepultados en dos azuladas cavernas; aquel cabello blanco y des-

parecido que resaltaba sobre la túnica, como la espuma que dejan las olas cuando se estrellan contra el negro peñasco de la orilla, salió de todos los labios un alarido, un gemido, un murmullo inefable de amor, de simpatía, al que sucedieron luego gritos tremendos de indignación y de venganza.

Los más próximos cayeron de hinojos delante de aquel mártir, y los más lejanos empujaban a los primeros con el ansia de examinar de cerca, de palpar al preso, de manifestarle individualmente su cariño y su indignación y de recoger las palabras que salían de sus labios.

El conde de los Notarios dispuso que Bermudo cabalgara en un manso palafrén, para evitar que fuese atropellado y facilitar su aspecto a la muchedumbre, en cuya operación Pelayo el mudo volvió a desempeñar sus antiguas funciones de escudero; en seguida se acomodó en su jaco detrás de su señor, ufano por las vivas demostraciones de que era objeto.

Gonzalo había tomado el mando de unos cien hombres escogidos, que le siguieron al subterráneo por disposición de su padre y del conde don Gutierre. A este último le pidió una bandera.

—La enseña de Castro—le dijo—será la primera que ondee sobre las torres de Altamira.

—Cada vez me persuado más—respondió el juez—de lo acertado que anduve en apartaros del lado de la Reina: sobre galán, valiente, y sobre valiente, generoso y delicado... Al punto barrunté yo que habíais de ser muy temible.

Como la mazmorra estaba para entonces inundada, la primera operación del mancebo fué romper el dique y desaguarla completamente. Mas no tratamos de referir ahora las aventuras del hijo, sino las del padre, y eso que, todo bien considerado, nos tiene más cuenta dejarlos absolutamente iguales, abandonando a entrambos por algunos momentos.

Entremos en el alcázar, que ya podemos hacerlo sin atravesar minas ocultas, sin mover el puente ni quebrantar siquiera regla ninguna del arte, pues el buen Aristóteles, al recetar las famosas unidades, no se acordó, ¡Dios se lo premie!, de nosotros los pobres cronistas. Henos aquí en el patio principal, triste y sombrío, con sus dos torreones que se elevan uno enfrente del otro y le roban hasta los rayos del sol del mediodía. Por entre las pequeñas columnas bizantinas del claustro bajo se ve el anchuroso y negro zaguán abovedado, en cuyo fondo apare-

ce la puerta, y tras ella, en último término, iluminadas y destacándose con sombras vigorosas, las almenas de la barbacana, coronadas de centinelas, inmóviles como estatuas de una balastrada, y el enrejado del rastrollo y los postes y cadenas del puente levadizo.

Para nadie eran un misterio los crímenes de Ataulfo. Después de las revelaciones de Munima, confirmadas por la bastarda, muchos villanos le vieron en pie, recostado contra el muro, contemplando con aire de estupor el descenso del pozo, sin reparar en el cadáver del sayón que tenía delante, traspasado por una flecha lanzada del interior del edificio; le vieron luego caer sin sentido, y volver en sí al lado de Gontroda, a cuya imperiosa voz se abrieron después del combate las puertas del castillo, y le vieron, por último, alejarse con un semblante en que parecía impresa la señal de Caín, la señal de los fratricidas. Todas estas noticias circularon con rapidez en el alcázar, y, naturalmente, debían infundir consternación en los sencillos mesnaderos de Altamira.

Sin embargo, los lugares que hemos descrito, poblados, a la sazón, de pecheros, resonaban con brava gritería, que aunque se quisiese interpretar como sospechosa, nada tenía de semejante a los murmullos y gritos de descontento que preceden a las rebeliones y motines. Era una algazara jovial, en la que se confundían cánticos desentonados de puro alegres, chillidos prolongados con que los montañeses tornan a sus hogares después de la fiesta, carcajadas harto repetidas y bulliciosas para que fuesen sinietras disputas y pendencias, que principiaban sin motivo y que sin él terminaban.

Rui Pérez había abierto de par en par las bodegas y despensas del rico hombre, y entre rimeros de pan blanco (1) y témpanos de cecina y de mojama, salieron a luz toneles tan desdichados que no la habían visto de tiempo inmemorial. Bien que todos ellos merecida se tenían tan dura cautividad; pues con permanecer tantos años en tierra de cristianos, eran unos perros infieles del mismo riñón de Andalucía, tan reacios que jamás recibieron una gota de agua por vía de bautismo.

Pero el cautiverio, en concepto de los villanos, no debía ser castigo digno de su rebeldía, y apenas aparecieron en el patio, fueron divididos, subdivididos y descuartizados y hechos trizas en menos que canta un gallo.

(1) Así se llama en Galicia al pan de trigo, en contraposición al de maíz o centeno.

Odres, botijos, zaques y ollas y vasos de cuerno eran las mejores armas ofensivas; y hombres hubo tan encarnizados, que arremetieron con celadas, cascos y capacetes, aunque pagaron bien cara la imprudencia de dejar la cabeza sin armadura, pues en ella recibieron los principales golpes de su adversario.

Jamás los buenos gallegos se habían visto en una refriega en que sintieran más ardor, más contento y bizarría. Verdad es que el enemigo, de puro noble y generoso, se hacía de querer o de atacar; confiado en su fortaleza, anunciaba su presencia a larguísima distancia; respetaba a los que no le ofendían, y usaba de armas corteses con los que guerreaban moderadamente; pero implacable con los fuertes y atrevidos, no cejaba hasta dejarlos rendidos, postrados y más muertos de sueño que de sed.

Desde las almenas de la torre, que caía perpendicularmente al patio, por un lado, y por el opuesto a la fachada principal, un hombre contemplaba aquel espectáculo, que contrastaba horribilmente con su negra tristeza, con su desesperada situación.

Era Ataulfo, que, huyendo desfavorido de los brazos de Gontroda, se había refugiado en aquella torre.

Deseando estar absolutamente solo, mandó que todos los defensores la evacuasen, y mientras semejante operación se verificaba, Rui Pérez, abandonando por un instante la guardia de Elvira, acercósele y le dijo:

—¿Qué hacemos, señor?

—Lo que quieras—contestó *el Terrible* con desaliento.

—La gente empieza a murmurar...; dice...

—¿Qué—preguntó con un acento que exigía pronta respuesta.

—Dicen que don Bermudo...

—¿Que Bermudo vive?

—Sí, señor.

—Diles que mienten, que acabo de matarlo.

—¿Os parece—prosiguió, temblando, el escudero—que en vez de contestarles de esa manera, les demos vino en abundancia para que se olviden?...

—Todo lo que quieras...; ¡dales vino, dales oro, cuélgalos de una almena!—repuso el caballero, encogiéndose de hombros.

—También os advierto que he mandado seguir la pista de cierto duende que está conspirando y esparciendo voces... ¿Qué he de hacer si lo cojo?

—¿Qué has de hacer? ¡Vive Dios! Ahorcarlo.

Y entró en la torre con su envidia, con

su amor desesperado, con sus remordimientos y supersticiones.

Cerróse por dentro, temiendo que el puñal de la venganza le siguiese, subió al terrado, y allí, defendido por las almenas, tendió los ojos al campo enemigo. Turbas innumerables asomaban por las gargantas de los montes, por la cima de los collados, indistintamente mezcladas, prorrumpiendo en imprecaciones contra él y sus defensores y en vivas a Bermudo. Al ver aquellos enjambres de gente, parecía que toda la tierra se levantaba contra el usurpador y brotaban por todas partes enemigos, y que los árboles y las peñas tomaban formas humanas para volverse contra él y voz para maldecirle.

¿Qué tenía que oponer a semejante inundación de odio, de indignación de furor y de entusiasmo?

¡Ay! Ataulfo daba entonces algunos pasos por el terrado, asomábase al patio y contemplaba aquella escena de tumulto, de crápula, de locura. Allí le clamaban, allí le vitoreaban con estruendo, con alegría; pero ¡qué estruendo tan repugnante! ¡Qué alegría tan artificial! ¡Qué efímero encanto, que había de disiparse con los vapores del vino!

Y ni aun podía contar con los guerreros que dentro del alcázar empuñaban las armas. Los defensores de la barbacana fueron seducidos por un compañero; Martín, el sayón, había muerto de una flecha disparada de la fortaleza... ¡por mano de una mujer!... ¡Los villanos murmuraban, y los murmuradores se trocarían en rebeldes cuando los toneles se agotasen... ¡Oh! ¡Su poder, sus riquezas, su elevada posición se desmoronaba más aprisa de lo que él creía!

¡Y cuán viva era entonces su afición hacia lo que perdía! ¡Qué atractivo, qué brillo seductor y desconocido tenían ahora aquellos campos sembrados en que jamás puso los ojos; aquellas selvas llenas de jabalíes, de lobos, de corzos y venados... aquellos cazaderos/testigos de sus proezas y fatigas! ¡Aquel cielo, que tantas veces hendían sus halcones favoritos, cuando, libres apenas del capullo, se lanzaban como el relámpago en pos de las aves inocentes! ¡Aquel alcázar lleno de comodidades y riquezas! ¡Aquellos muros testigos de los juegos de su infancia! ¡Aquellos tesoros que ahora prodigaba por alargar una hora más su dominación y su existencia! Y, sobre todo, ¡aquella mujer querida, verdadera manzana de Tántalo; fruta sabrosa, delicada; fruta de oro, de delicias, tan imposible de ser alcanzada y conseguida como de ser mirada sin codicia! ¡Todo, todo cuanto él perdía, todo pasaba a manos

del mancebo barbiponiente y presuntuoso que en el juicio de Dios le había humillado y escarnecido! ¡Aquella mujer era su madre; aquellos campos, aquellos bosques y valles y castillos eran suyos! ¿Y quién sabe si su desdicha llegaría al extremo de que su hermano apareciera y tornara a los brazos de su legítima esposa? Gontroda estaba en salvo, y Bermudo, ¿no podía haberse, igualmente, salvado?

—¡Oh, si en este mismo instante me hundiese en el abismo, arrastrando conmigo todo cuanto veo!—murmuraba Ataulfo, teniendo en torno sus miradas—. ¿Quién sabe?—proseguía con un gesto feroz, que parecía una sonrisa—. Esa leña amontonada en los sótanos puede reducir en pocos minutos a pavesas este edificio. ¿Y ella? ¿Qué compasión debo tener de ella, que jamás se ha compadecido de mí? ¡Ella sufrirá mi suerte..., la suerte de todos!

Y al mismo tiempo llegaron a sus oídos clara y distintamente voces en el patio que parecían el eco de sus palabras, de sus pensamientos.

—¡Ella—decían—, ella tiene la culpa de todo!

El Terrible contuvo su aliento, sacó la cabeza fuera de las almenas para escuchar mejor aquel grito, al parecer misterioso, y vió a los mesnaderos apiñados alrededor de un soldado que debía referirles algún cuento sabroso.

—¡Muera, muera!—gritaron después de un rato de silencio.

Siguió luego otra pausa, durante la cual tan sólo se oía el confuso y monótono murmullo del narrador, que fué interrumpido con semejantes gritos:

—¡Puro embrollo! ¡Embustes de esa villana, mal nacida!

—¡Al aposento de doña Constanza! ¿Quién lo sabe? ¿Quién nos guía? ¡Que nos la entreguen! ¡Abajo las puertas, si se ha cerrado por dentro! ¡Viva don Ataulfo! ¡Viva el vino de Andalucía!

Con tan horrible estruendo empuñaron las armas que más a mano habían, y se encaminaron a la escalera principal.

El terror que se apoderó de Ataulfo parecía haber borrado de su alma todos sus pensamientos y paralizado su corazón.

—¡Vive Dios!—exclamó luego, volviendo en sí, pálido y tembloroso—. ¡Esos infames van a matar a la bastarda! ¡Esos bandidos van a poner sus manos donde *el Terrible* apenas osa poner sus ojos!

Y aquel hombre, que pocos minutos antes pensaba en dar una muerte cruel, en envol-

ver en su propia ruina a la esposa de Bermudo, bajaba ahora de dos en dos, de cuatro en cuatro, los escalones para salvarla; y, desenvainando el acero, salió al corredor, dió alcance a los malvados, atraído de su horrenda vocería, a tiempo que ya la puerta de la cámara de Constanza rechinaba con el formidable empuje de los acometedores.

Ciego de ira, arremetióles por la espalda, acuchillándolos sin piedad, sin advertir que los villanos, al conocerle, le abrían paso respetuosamente, y ni siquiera se atrevían a defenderse.

—¡Atrás, canalla!—gritó cuando la punta de su espada tropezó en la hoja de la puerta.— ¡Atrás! ¿De cuándo acá los gusanos se atreven a encumbrarse a las regiones donde moran las águilas? ¡Atrás! ¡Nadie tiene derecho a castigar a esa mujer, si yo no la castigo!

—¡Gracias, don Ataulfo!—respondióle desde dentro una voz dulce y conmovida.

—¡Oh! ¿Qué decís?—exclamó el ricohombre, volviéndose embelesado.

—¡Gracias!—repitió Elvira—. Habéis hecho una buena obra salvando la vida de esta mujer desdichada.

Sintióse el ricohombre tan trastornado y enternecido, que echó a correr apresuradamente hacia la torre para ocultar a todo el mundo su debilidad, y, con el corazón hinchado y el rostro encendido, pasó por medio de los miserables, que, con el asombro de aquel espectáculo y el estupor de la embriaguez, se quedaron encogidos de hombros y con la boca abierta, como quien ve visiones.

«¡Dios mío!—murmuraba Ataulfo, ya dentro de la torre—. Parece que respiro con más placer, con más facilidad que nunca. «¡Gracias, Ataulfo!» ¡Sí, ella era; su acento suave, dulce, conmovido, trémulo y apacible! ¡Ella se muestra agradecida, y me lo dice y me lo repite! ¿Y por qué? ¡Sólo por haberla salvado de las garras de esos villanos! ¡Y pocos momentos antes abrigaba yo el designio de hacerla morir conmigo! ¡Qué horror! ¡Qué vergüenza! ¡Estaba loco, debía estar loco...; es imposible que en mi sano juicio pensara yo en tocar siquiera uno de sus cabellos! ¿Y lo que acabo de ejecutar se llama una buena acción? ¡Cuán fácil es! ¡Cuántas gracias semejantes podía yo haber merecido! ¡Cuántos consuelos he malogrado! ¡Oh! ¡Ese acento, esa bondad, esa dulzura, me han penetrado! ¡Elvira! Pero esos infames serán capaces de volver y de vengar en ella la sangre que acabo de derramar. Es preciso completar mi obra.»

Y al tornar el rostro para bajar por la es-

calera se halló frente a frente de Gontroda. Ataulfo era capaz de una buena acción, de un sentimiento bello y generoso: conocía el abismo adonde el crimen le arrastraba; sentía impulsos de retroceder; casi, casi se arrepentía; pero, como todos los hombres soberbios, no podía sufrir que nadie fuese testigo de su blandura, de su arrepentimiento.

—Ve, hijo mío, ve a completar esa buena acción—le dijo la nodriza—; lo que acabas de hacer con esa infeliz no es aún la reparación que la debes por la crueldad que tuviste con el padre...

—¡Gontroda!—contestó el ricohombre, retrocediendo entre rabioso y confundido—. Te pareces al gozuelo, que sólo sirve de ladrar y más ladrar y ahuyentar la caza. ¿Qué diablos estás diciendo? ¿Qué nuevos crímenes vienes a imputarme? ¿Qué he tenido yo que ver nunca con el padre de Elvira de Trava?

—¡De Elvira de Trava!—exclamó la vieja, sorprendida.

—¿No es ella a quien yo he libertado de una soldadesca embriagada?

—Ella, sí, ella estaba encerrada en el aposento—murmuró Gontroda, tratando de remediar el mal que involuntariamente había causado.

—Pero, ¿estaba sola?—preguntó Moscoso en ademán de ir a salir de dudas.

—Detente, hijo mío; tienes cosas más graves en qué pensar. Vuelve los ojos al campo—dijole la anciana para mejor desviarle de su propósito—. ¿No ves esa muchedumbre que sale dando gritos detrás de aquella colina?

—¿Qué me importan esas turbas desbandadas de gente inerme?

—¡Esas turbas aclaman a Bermudo de Moscoso!

—¿Por ventura le cantan el entierro?—dijo Ataulfo, queriendo sonreírse.

—No, le traen en triunfo a sentarse en el trono de sus mayores.

—¿Bermudo vive?

—¡Míralo!—respondió la vieja, tendiendo el brazo por entre las almenas en dirección del campo, con el ademán de la pitonisa cuando mostró a Saúl la sombra del anciano Samuel.

—¡Bermudo! ¡Bermudo!—exclamó el Terrible, completamente fascinado—. ¿Dónde está? Yo no lo veo...; tú me engañas. ¿Dónde está?

—¿No ves un grupo de caballeros que desuellan sobre la multitud?

—Sí—respondió con voz apagada.

—¿Y en medio no divisas un viejo, cuya barba parece desde aquí como los campos de

la nieve? Viste larga túnica de lienzo grosero; viene montado en un palafrén y enseñando los pies amarillentos...

—No hay duda que es él—respondió *el Terrible* con el rostro desencajado—; tú le has salvado milagrosamente... ¡No ha muerto! ¡Oh! ¡Rabia!... Mas, por otro lado parece que se me quita un peso del corazón..., parece como que...

—¿Cómo que te alegras? ¿Por qué no, si ante el tribunal de Dios no tienes que responder de la sangre de tu hermano?

—¡Alegrarme oyendo esas aclamaciones, esos ardientes vitores, ese entusiasmo loco, esa muchedumbre que hierve de gozo como las olas del mar irritado! ¡Estoy perdido! ¡Y tú, Gontroda; tú, mi nodriza, mi madre; tú, causa de mi ruina!—dijo el ricohombre con más abatimiento que furor.

—Yo tenía que ser tu cómplice o tu acusador, el instrumento de tus crímenes o la piedra que te derribase del falso pedestal. Entre mi conciencia y mi cariño, opté por la primera. Pero, ¿dónde me ves en la hora suprema del peligro? ¿Al lado de los dichosos y aclamados? No, a tu lado, dispuesta a morir contigo.

—¿Y por qué no a salvarme? Tú, que tanto poder tienes para con mis enemigos, ¿por qué no has de hacer algo en favor de tu hijo perdido, arruinado miserablemente?

—¿Y crees que me vengo aquí con las manos vacías?—exclamó la vieja con cierta arrogante satisfacción—. No; yo he provocado esas demostraciones en favor de tu hermano; pero nadie, nadie ha dado un solo paso sin haber antes prometido respetar tu vida y concederte el perdón.

—¡Mi vida, perdón!—repuso Ataulfo, con desdén—. ¿Para qué los quiero? ¿Me crees tan miserable, tan cobarde que me humille hasta el punto de pedirle el enorme beneficio de mi perdón y de mi vida? No; yo veo que tienes un poder extraordinario, portentoso...; no me importa que te venga de Dios o del diablo... Sálvame con mi castillo. Evítame la vergüenza de ser arrojado de aquí como un usurpador, como un ladrón; el oprobio de que me arranquen de los brazos de la mujer que adoro...

—Esa vergüenza, ese oprobio—replicó Gontroda—, es el único castigo que el cielo te reserva por tus iniquidades, que merecían suplicios más terribles. ¡Bendice a Dios por la misericordia que usa contigo!

—Calla, vieja chocha, miserable charlatana—saltó diciendo el ricohombre como preocupado súbitamente por un designio—; asómate a las almenas, y verás como para nada

te necesito. Los prodigios que te pido los obrarán mi amor y mi desesperación.

Y diciendo estas palabras plantóse de un brinco en la escalera y bajó atronando la torre con el choque y estruendo de las armas. Tornó a la cámara de Constanza; los soldados, la guardia, habían desaparecido, y del pasado tumulto sólo quedaban algunos rastros de sangre.

—¡Pesia mi, jigote tengo de hacer con la carne de esos mochuelos! ¡Elvira sin guardia! Le habrá faltado tiempo para escapar del nido.

Ataulfo abrió la puerta, sin embargo, con un resto de esperanza que no le salió fallida. Elvira estaba dentro, pero no sola; acompañábala una dueña, que sin misterio alguno tenía levantado el velo.

Era Munima.

—Señora—dijo *el Terrible* con acento conmovido—: vengo a corresponder al bien que me habéis hecho hablándome por vez primera con dulzura y mostrándoos conmigo agradecida; vengo a daros libertad, a restituíros a los brazos de Bermudo.

—¡Si es cierto, don Ataulfo—respondió Elvira—, bendita sea la bondad divina que os ha tocado en el corazón!

—Ni Dios ni nadie tienen que agradecerme; yo doy halcones niegos por neblías industriados; lo que yo hago no puedo menos de hacerlo. Antes os guardaba aquí mal de vuestro grado, pero segura, exenta de peligros; ahora me atrevo a responder de vos; os habéis visto acometida por una manada de lobos y os he encontrado sin guardia; ni todo el ejército de la cristiandad podía entrar antes en el castillo; ahora, desde que se ha dado en publicar mis secretos, no tengo confianza en la guarnición; si me acometen, me defenderé, y si me vencen, seréis libertada por mano de otro; y eso no lo sufrirá jamás Ataulfo de Moscoso. Salid del alcázar; pero salid respetada, fresa; salid porque os abro yo la puerta. Nada me digáis.

Conoció la bastarda que con un hombre tan extravagante, conjunto de grandes y ruines pasiones, de orgullo tan refinado y de arranques tan generosos, lo mejor era seguir a la letra su consejo, de callar y obedecer, y sin contestar palabra se limitó a decir a su compañera:

—Vamos.

—¡Cómo!—exclamó *el Terrible*, reparando en aquella desconocida—. ¿Quién es esta dueña? Atrás; la orden sólo se entiende con vos; los demás se han de salvar o pelear conmigo.

—No saldré yo—replicó Elvira—si esta dueña no me acompaña. Cuando todos me perseguían, ella fué la única que vino a socorrerme... ¡Vos y ella!—añadió en seguida.

Aquel recuerdo, como supondrá el lector, fué de mágico efecto para *el Terrible*. Subyugado por él, respondió:

—Tenéis razón, ¡viven los cielos! Esa mujer debe acompañaros.

Envueltas en sus mantos y cubiertas con el velo, salieron agarradas del brazo las dos amigas, y por una oculta escalera llegaron al puente, precedidas del ricohombre. Ni una ni otra osaban despegar sus labios, contentándose con expresar su íntimo gozo y sobresalto por algún apretón disimulado, por algún tenue suspiro.

Pero como su guía les diese orden de detenerse cerca del rastrillo de la barbacana, no pudo Elvira contener su inquietud, y preguntó, turbada:

—¿Qué hacéis? ¿Por qué nos paramos aquí?

De uno de los cubos de la puerta salió a la sazón el sonido de las trompetas, que llamaban a parlamentar.

Ataulfo se volvió entonces a la bastarda, y le respondió:

—Pues qué, ¿pensáis que las damas salen de mi castillo como un perro a quien se arroja por inútil? Elvira, vamos a separarnos para siempre, y no podéis figuraros cuánta importancia doy en estos supremos instantes a lo que tienda a disminuir la horrible idea que debéis llevar de mí. ¡No me basta ponerlos en libertad si no os entrego en manos de un caballero!

Las cautivas habrían deseado, no obstante, salir presto, aunque fuese sin tantos melindres ni ceremonias, porque oían en el interior del alcázar una espantosa gritería, que les infundía terror. Pero, al fin, las trompetas de los sitiadores resonaron también a pocos pasos del muro; echóse el puente y entró Gutierre Fernández de Castro, acompañado de cuatro escuderos.

—Os doy gracias por el honor que me dispensáis en haber venido vos mismo; sois acaso el único de mis enemigos cuya presencia podría soportar—le dijo.

—¿Tratáis de rendiros?...—preguntó el conde.

—¡Vive Dios!... Pero abreviemos; ahí os entrego a doña Elvira de Trava, a quien he tenido contra su voluntad en el alcázar.

—¿Y qué exigis por el rescate?

—Yo pregunto, ¡voto al diablo! ¿Qué teniais que ofrecerme por redimir a esa señora si me hubiera venido mientes venderla

como mercancía? Conde de los Notarios, os la entrego libre y espontáneamente, sin rescate, sin condiciones.

—Pero eso no basta.

—Tenéis razón, no basta, y, por lo mismo, debo dar aquí público testimonio de su virtud, para que su fama no sufra jamás menoscabo, para que no tenga esta señora en adelante nuevos motivos de maldecirme.

—¡Ah!—dijo Elvira, cayendo a sus pies, con vivas lágrimas de agradecimiento—. ¡Gracias otra vez, don Ataulfo! Así os perdone Dios como yo os perdono!

—Juro por mi honor, por el escudo de mis armas, Gutierre, que ésta es la palabra más dulce que de sus labios he escuchado.

—Pero no basta, Moscoso—repitió el conde—, si no entregáis el castillo...

—¡El castillo!...—dijo *el Terrible*, con una mirada de desprecio—. Venid por él.

Y haciendo señal de alzar el puente levadizo, desapareció, gritando con voz estentórea:

—¡Al arma! ¡El enemigo! ¡Aquí los lobeznos de Altamira!

Así pasó al zaguán, entró en el patio, y en todas partes halló a los mesnaderos en la furia de la embriaguez. Unos baillaban en torno de una hoguera, dando traspies, celebrados con horribles carcajadas; otros arrojaban al aire monteras, gorras y capacetes; éstos rompían vasos y tinajas, y aquellos cantaban con infernal algarabía.

—¡El enemigo! ¡El enemigo!—clamaba en medio de ellos el ricohombre, desesperado.

Pero la mayor parte de los miserables no se hallaban en estado de reconocer aquella voz, pocas horas antes obedecida con miedo, y seguían cantando y brincando sin hacerle caso. Algunos que no habían llegado a semejante embrutecimiento respondían, sin embargo, con la osadía que infunde el vino:

—¡Que venga, que venga el enemigo! Mudaremos de señor, pero nos quedaremos pecheros.

—Siempre será un Moscoso el que nos mande.

—Y no tan cruel ni tan extravagante como éste, que nos ordena acometer y colgar a la hija de Pelayo el mudo, y luego nos acuchilla para salvarla.

No eran aquellos infelices los más culpables; otros había que, aprovechándose del desorden y previendo una próxima catástrofe, andaban por las habitaciones superiores del alcázar, saqueándolas bárbaramente.

En confusión tan horrenda, en situación tan desesperada, Ataulfo alzó los ojos al

cielo con la mirada blasfema de Ajax y de Juliano Apóstata, y vió a Ramiro, que en las almenas de la torre de las prisiones tremolaba la bandera de Gutierre Fernández de Castro, gritando con entusiasmo:

—¡Altamira por Bermudo de Moscoso!

—Eso, no—murmuró Ataulfo—; Altamira no será del *Terrible*, pero tampoco de nadie.

Y cogiendo un tizón inflamado se dirigió a los sótanos.

Gontroda estuvo presenciando desde la torre los sucesos acaecidos en la puerta de la barbacana. Al caer el rastrillo y alzarse el puente levadizo, siguió con ansiosas miradas los movimientos de la comitiva de Fernández de Castro, creyendo observar la tierra entrevista de los esposos.

Pero no fué así; el conde de los Notarios nada quiso manifestar a Bermudo acerca de las dudas suscitadas sobre la validez de su matrimonio, por parecerle inoportuna y cruel semejante revelación mientras la suerte de la bastarda fuese tan precaria; igual reserva guardó con *el Terrible* por razones muy obvias, aunque de diversa índole; mas ahora, asegurada la libertad de la dama, le pareció conveniente colocarla bajo su amparo en una situación neutral.

Tomó, pues, un pequeño rodeo, y en lugar de dirigirse hacia las turbas, llevó las dos heroínas a la cabaña que Bermudo acababa de dejar, y puso en ella suficiente guardia para que ni la curiosidad ni la malevolencia pudiesen molestarlas, y en seguida tornó al lado del ricohombre, a quien lisa y llanamente refirió cuanto había pasado, templando con lo fatal de una noticia el vivo gozo que produjo la otra.

No intentaremos reproducir el diálogo de estos personajes, ni pintar las impresiones del antiguo amante al saber los pormenores de la entrega de Elvira; pero sí pondremos, por venir a cuento, la respuesta que dió acerca del asunto capital de sus desposorios.

—Muy precipitado anduve, a la verdad—dijo Bermudo—, y harto me pesa de haber usado de tan poco respeto en un sacramento; la precisión de ocultar el nacimiento de mi hijo, mi cautiverio mismo, castigo fueron de esa falta; pero, reconociéndolo así, no creo, sin embargo, que la circunstancia de haber sido clandestino mi matrimonio baste para invalidarlo. Por lo demás, que yo sepa, de ningún otro defecto adoleció. A no ser que el ministro que nos bendijo no fuese persona revestida con el carácter sacerdotal. Eso, el conde de Trava lo ha de decir, que

lo conocía. Pero ¿qué interés pudo tener don Pedro Frollaz en hacer de nuestro enlace una inmunda y sacrilega farsa? No creo que se atreviese a cometer tan inicua, tan estúpida maldad.

Entretanto, la impaciencia de la muchedumbre iba arrastrando a los caudillos hasta las murallas de Altamira; el de Moscoso se dejó llevar por ver si lograba impedir el derramamiento de sangre, pues que una vez dentro Gonzalo, ya no podía desistir del intento de tomar el castillo.

Al verlos avanzar con tanta seguridad y en medio de aquel diluvio de aclamaciones, sin ser molestados por una sola flecha, creía Gontroda que Ataulfo no sólo entregaba las cautivas, sino el alcázar, y no cabía en sí de regocijo. La pobre nodriza reputaba por arrepentimiento lo que era tan sólo efecto del amor, del orgullo y de la impotencia, y así fué que, al sentir pisadas detrás de sí, volvióse con la viveza que sus muchos años le permitían, y se arrojó llorando de alegría en los brazos del *Terrible*, que acababa de subir a la torre.

—¿Qué estás viendo?—le preguntó éste, con una sonrisa que contrastaba con la mortal palidez de sus facciones y la siniestra expresión de sus ojos.

—¡Ataulfo, hijo mío!—exclamó la vieja nodriza, sollozando—. Estoy viendo las maravillas que el Señor se ha dignado obrar contigo.

—Sí—dijo el ricohombre con falsa risa—; ya que tú no quieres hacer ninguna, me he puesto a ello, y te aseguro que en poco tiempo he ejecutado cosas... estupendas.

—No lo dudo, hijo mío; mis facultades son mil veces inferiores a las tuyas; no tengo más fuerza que aquella de que los demás voluntariamente se desnudan. El vulgo insensato, cuanto mayor es la debilidad de una persona, se complace a veces en atribuirle poder sobrenatural. ¿Te parece que si yo lo tuviera me habría limitado a lo que he hecho por ti, hijo de mi corazón?

—¡Hola!—repuso Ataulfo, dando vueltas alrededor de las almenas y con una entonación casi cómica—. ¡Hola! ¿Conque te parece poco? ¿Aún no estás contenta, vieja ambiciosuela? Vamos a la habitación de abajo...; la vista se me turba al contemplar... Vamos, y allí, sentados muy tranquilamente, te referiré lo mucho que te debo, ya que tu ambición o tu modestia pretenden ocultarlo.

Gontroda principió a tener miedo al reparar en aquellos ojos alocados, en aquel rostro casi cadavérico; siguióle, sin embargo,

a un aposento de la misma torre, con saeteras a todos cuatro costados.

—No te asustes, madre Gontroda; aquí sólo se trata de escuchar, y de escuchar pláticas tan dulces y sabrosas como la cuenta de los enormes beneficios de que te soy deudor, y que, si el diablo no se empeña, pienso pagártela muy en breve. Siéntate; ya ves, te doy el ejemplo...; maldita, maldita la prisa que tenemos. Tú fuiste la inventora del famoso embolismo de juramentos, amenazas, profecías y adivinanzas acerca de la muerte que había de alcanzarme el día en que yo fuese reo de homicidio. ¿No es verdad?

—Sí; yo, que veía tus sanguinarios y crueles ímpetus, quise contenerlos por ese medio, y persuadí a tu padre...

—Y sedujiste adivinos, etcétera. Lo cual quiere decir, para que veáis que os explico sin entenderlo, que a ti se te debe que Bermudo de Moscoso no haya muerto hace veinte años. ¿Eh?

—Sí—respondió Gontroda, con ufanía y valor.

—Bueno; pues no contenta con salvar al padre, te empeñaste en que el hijo había de vivir, y, ¡por el alma de mi abuela, la del olor de santidad!, que lo has conseguido. Me dijiste que lo mismo era abandonarlo a las fieras que a una mujer completamente desconocida de los dos, la cual ignorase, por supuesto, cuyo era el niño. El niño fui yo, que me dejé engañar por tí miserablemente... Ya se ve, entonces ignoraba tus enormes beneficios y te creía de mi parte. Errores, ¡voto a tal!, errores que purgué veinte años después en el campo de la puerta Fagaria, revolcado como un perro delante del populacho... de los Gelmírez.

—¡Oh! No hables así, Ataulfo...

—Pero no termina aquí—prosiguió *el Terrible* en el mismo tono—; no termina la serie de tus favores. Sigue la cuenta. Tú has revelado a la mujer que libremente se había casado conmigo la existencia de Bermudo de Moscoso...

—Con lo cual he conseguido salvar su honra...—dijo la anciana.

—Con lo cual has conseguido arrebatarme su corazón, el objeto de todos mis crímenes, de todas mis ansias; sí, hasme arrebatado su cariño, que se ha trocado en odio, en desprecio, en horror.

—Pero, ¿qué es esto, don Ataulfo?—gritó la vieja al notar que el sarcasmo de aquel hombre se tornaba en expresión de su ínti-

mo dolor y de venganza—. ¿Qué es esto? ¿Serás capaz de asesinar-me?

—¡Yo!... ¡Ca! No lo creas. Te juro... ¿por quién diré?, te juro por esa misma mujer, a quien amo más que a las niñas de mis ojos, no tocarte, no acercarme a tí con semejante designio ni en dos mil varas. Sigamos, pues, con todo sosiego. Tú también, según acaba de decirme Rui Pérez, al cual, si ha mentido, debes perdonar, Gontroda, pues te juro que ya no mentará más..., tú también has favorecido a cierta muchacha, hija de Pelayo, el mudo.

—Sí, yo la proporcioné un traje de mujer, porque, disfrazada de villano, fué conocida por ese Rui Pérez; creyó de esta manera burlar su vigilancia, y se refugió en el aposento de Elvira, adonde tú acudiste a salvarla y de donde la has sacado luego para ponerla en libertad.

—Precisamente, el buen escudero mayor no ha mentado; pero téngalo Dios en su santo descanso, como decía aquella otra dueña; te juro que en adelante ni verdad ni mentira saldrá de sus labios. Yo ya sabía toda esa historia. De paso te diré que si en salvar a Munima la vez primera me llevé un solemne chasco, lo que es la segunda he procedido con todo conocimiento de causa. Yo presumía que la compañera de Elvira era la hija de Pelayo, pero la protección de esa dama es sagrada. Conque, en resumidas cuentas, doña Gertrudis, si yo pierdo el castillo y mis Estados, si Elvira me abomina, si viven mi hermano y mi sobrino, a vos, madre mía, a vos lo debo todo. ¡Y luego diréis que nada habéis hecho por mí!

—Si todo eso has perdido—respondió la anciana, más animada—, es porque nada de eso era tuyo. Lo único que te queda me lo debes a mí: la vida, el perdón de tus crímenes y el cariño de tu nodriza.

—¡Hola! ¡Conque la vida, el perdón y vuestro cariño de nodriza, por añadidura! ¡Voto al diablo, que soy más feliz de lo que pensaba, y si me quejo es de puro vicio! ¡Ah, ah!

—¡Sí, más feliz acaso de lo que piensas!—exclamó la vieja con énfasis—. Más feliz, pero no debo decírtelo.

—Habla, vieja de Satanás—repuso Ataulfo con imperioso acento—, ¿qué nuevo beneficio quieres que te agradezca?

—¿No estás ciegamente enamorado de la bastarda?

—De Elvira de Trava se dice en mi presencia. ¿Y por qué has pronunciado ahora ese nombre?

—¿Por qué? Pero... ¡Dios mío! ¡Qué oscuridad! O la vista se me nubla, o de repente el cielo se ha cubierto de aubes...

—¡Habla! —gritó, impaciente, Ataulfo—. Nada tenemos que ver nosotros con el cielo.

—¡Oh! ¡Calla, por Dios, no blasfemes! ¡Te lo diré para contener ese raudal de iniquidades que brota de tus labios! Sabe que, conservándote la vida, quizá he conservado para ti a doña Elvira de Trava.

—¡Para mí! ¿Cómo? Habla..., prosigue...

—Nada quería decirte, porque estas cosas, o deben saberse de cierto, o no saberse; pero... ese ruido..., esos gritos... ¡Hay aquí una niebla tan espesa!... ¡No, no! ¡Es humo, es humo!

—El humo que tienes tú en los sesos, charlatana. ¿Qué es eso de Elvira? ¡Presto, presto!

—¿Tú conoces a maese Sisnando?

—¡Valiente bribón, que acaba de expulsarnos de cierta hermandad... Me voy con el sentimiento de no haberle ahorcado.

—Pues este Sisnando sabe de fijo que el conde de Trava ha puesto en duda la validez del matrimonio de Bermudo.

—¿Y qué me importa?

—¿Qué te importa? ¡Oh! ¡Esto es humo, es fuego!... Aquí no se puede parar de calor..., aquí...

—Habla, Gontroda—dijo Ataulfo, agarrándola con fuerza—; no te mueves sin aclarar ese misterio.

—¡Desdichado! ¡Desdichado! ¿Conque no te importa que Elvira de Trava al salir del castillo no haya ido a los brazos de Bermudo? ¡Las llamas!... ¡Las llamas!... Vamos a morir abrasados... Pero sabe que el obispo de Santiago ha dicho que si el primer matrimonio de esa mujer es nulo, el verdadero y legítimo sería el tuyo...

—¡El mío! ¡Elvira, Elvira es mi esposa! ¡Y has aguardado a revelármelo ahora! Ahora, que vamos a perecer en esas llamas encendidas al soplo de mi desesperación... (1).

—¡Y de tu envidia! —repuso Gontroda, acercándose a la saetera de la fachada—. Pero consuélate, infeliz; ¡todos los que te han abandonado se salvan en brazos de los sitiadores, y sólo conseguirás que muera contigo el único ser que te ha sido fiel, el único que te amaba!

Las llamas brotaban ya del pavimento, y

(1) La voz común atribuye a Gonzalo el incendio de Altamira; pero si el novelista tiene licencia de levantar ciertas inocentes calumnias a matrona tan grave como la Historia, ¿habrá de quejarse de igual trato dama tan traída y tan llevada como la Tradición?

tenían cercada la torre, excepto por la fachada principal. Ataulfo y la nodriza subieron al terrado, y vieron arder el edificio por sus cuatro costados; el humo, como el negro penacho de Luzbel, ondeaba cubriendo la mitad de los cielos; parecía que debajo rebramaba el huracán y azotaba el rostro con llamas ligeras, ráfagas sutiles del incendio, invisibles a la luz del mediodía.

—¡Piedad, Señor, piedad de él y de mí! —decía la pobre anciana, levantando al cielo las manos descarnadas.

—¡Elvira es mía, es mía! —gritaba el *Terrible*. ¡Y yo no puedo verla, no puedo decirselo! ¡Y todos, todos mis vasallos la verán, menos yo! Muere —proseguía, volviéndose a Gontroda—, fatal autor de mis desventuras, muere conmigo. Pero tu muerte es tranquila, serena; tienes confianza en Dios, llamas a Dios..., y yo... ¡Gontroda, la memoria de mis crímenes me abraza la frente más que este viento del infierno! Nadie, nadie se acuerda de mí...

—Salvaos—gritó, a la sazón, un guerrero, apareciendo en el adarve—, salvaos, Ataulfo, ya que habéis restituido a mi madre a los brazos de su esposo.

Era Gonzalo, que acababa de trepar por una escalera de mano arrimada a la fachada principal.

El Terrible, que momentos antes ansiaba la vida, ahora tuvo vergüenza de debérsela a su mayor enemigo, y prefirió la venganza. Abanzóse al mancebo, que había saltado adentro para coger a Gontroda, y, abrazándolo por mitad del cuerpo, levantólo en peso y fué a sepultarse con él en el abismo de fuego que rugía bajo sus plantas.

Pero la anciana asió al mismo tiempo las rodillas de Ataulfo, y este pequeño estorbo obligóle a detenerse un instante, que bastó para que Gonzalo sacara un cuchillo y se lo metiera hasta el puño por la garganta.

Hizo el ricohombre un movimiento maquinal, como de apartar de sí aquella hoja fría que penetraba en sus entrañas, y su adversario pudo fácilmente desprenderse, y, dándole un empujón, precipitarlo a las llamas, que, apoderadas ya de la habitación inferior, salían con furia por el hueco de la escalera.

En seguida cogió en sus hombros a la nodriza, que yacía exánime, y descendió por donde había subido, haciendo retroceder a Pelayo, que, inquieto por su suerte, acudía a socorrerle.

Cuando depositó en el suelo la carga que traía vió que tan sólo había salvado un cadáver.

CAPITULO VII Y ULTIMO

De cómo el que no es inocente tiene que ser penitente.

De vuelta de su nocturna expedición al campo de Altamira, la Reina llegó a Santiago con el canónigo Gerardo y demás acompañantes que el obispo le había proporcionado.

Esperábase la más agradable acogida que podía apetecer quien viajaba tan oculta y misteriosamente; el silencio, la indiferencia, no muy a propósito para disipar la nube de tristeza que le cayó al separarse por siempre de Bermudo de Moscoso, frescas y vivas como nunca las heridas del corazón. Atravesó la ciudad sin despertar siquiera la curiosidad de las vecinas y comadres. Diego Gelmírez acababa de partirse a Padrón a recibir al Príncipe Don Alfonso, que había de entrar en Compostela la hora menos pensada. Los vasallos del prelado que no habían concurrido al asedio andaban metidos en faena de levantar arcos de triunfo, tablados y palenques; en adornar calles y plazas con tapices y telas preciosas, y en disponer coros y danzas de mujeres (1), comparsas y mojigangas para las fiestas reales. A excepción de las dueñas y pajes, apenas podía disponer Doña Urraca de más gente que la que traía del campamento.

Entonces conoció que aquella autorización con tantos suspiros, con tantas ansias concedida, era una fórmula que si no sobraba, tampoco hacía la más mínima falta; entonces se desengañó de que, al dignarse permitir al niño Alfonso entrar en Galicia y ser proclamado Rey en Santiago, ya el reino gallego tenía la honra de hospedar a su nuevo señor, y la capital, adelantados con admirable previsión muchos trabajos para la augusta ceremonia.

Pero ni al verse desamparada, sola, sin el obispo, sin los ricos hombres, sin guardia apenas en aquellos lugares peligrosos, testigos de su humillación y del incomprensible abandono del conde de Lara; ni el estar sintiendo a todas horas martillazos de los artífices que alzaban arcos triunfales con los escombros de un trono demolido, nada pudo mover a Doña Urraca para que dejase aquel pueblo hasta tener noticia de la completa restauración del ricohombre de Altamira.

Su permanencia en Santiago no podía ser muy larga, sin embargo; los acontecimientos

tos marchaban con asombrosa rapidez, y al amanecer del día siguiente entró el conde de los Notarios con todas sus tropas y las de la Reina. No fué inmediatamente a verla; previnola su arribo, y, con toda ceremonia, le pidió una audiencia solemne.

Crejó la Princesa que, a fuer de conquistador, tenía Gutierre Fernández la debilidad de solicitar los honores del triunfo, y para complacer a quien debía tantas finezas de lealtad, dispuso, en medio de su mezquina situación, recibirle con la posible pompa.

Posaba desde el día anterior en el palacio episcopal, y allí suplicó a los canónigos, abades y caballeros recién llegados que concurriesen a la entrevista, y cuando le anunciaron la llegada del conde, se presentó vestida de gala, con sus dueñas y pajes.

También el de Castro había mudado de traje. En vez de la armadura de batalla, traía ancha túnica de escarlata recamada de oro y un manto de la misma preciosa tela. Seis pajes le acompañaban: cuatro de ellos vestían sayo vaquero escotado, también rojo, guarnecido de blanco; empuñaban sendas lanzas y embrazaban sendos escudos con seis roeles de plata en campo de sangre, armas que nadie había usado antes de Castro y que nadie osó llevar hasta muchos siglos después (1). Otros dos pajes, vestidos de igual forma, en lugar de lanza y escudo, tenían bandejas de plata.

Si tales preparativos no anunciaban por sí solos algún acontecimiento importante y peregrino, el semblante del conde lo habría presagiado. Grave y adusto de ordinario, pareció más en la ocasión presente por cierta palidez poco natural y un no sé qué de vago y turbado en las miradas, que resaltaba más por lo mismo que Gutierre se esforzaba en mostrarlas serenas y apacibles.

—Castro—dijo la Reina, un poco alarmada, después de haberle dado a besar la mano—, sois el vencedor y os presentáis con el talante del vencido.

—Efectivamente, señora—respondió el caballero, frunciendo casi imperceptiblemente las cejas—; admiro la penetración de mi Soberana, que ha comprendido de una ojeada mi doble situación. Soy vencedor y vencido. Como vencedor, os diré—prosiguió, con tono más desembarazado—que he cumplido todas vuestras órdenes y satisfecho vuestros jus-

(1) «Las armas de esta casa son los roeles, que de este escudo no se hallan armas en ninguna familia de toda España sino de pocos años a esta parte, ni sabemos si las usaron ni aun los reyes.» Saldoval: *Descendencia de la casa de Castro*.

(1) *Historia Compostelana*, lib. I, cap. CIX.

tos deseos, que para mí significan lo mismo. Bermudo de Moscoso está libre y en posesión de sus tierras; Gonzalo Bermúdez, reconocido ya por hijo de legítimo matrimonio, y Elvira de Trava, al lado de su esposo...

—Pues ¿qué?—preguntó Doña Urraca, sin poder ocultar su emoción—, ¿no se decía...?

—Se manifestaron escrúpulos acerca de la validez del casamiento; pero antes de presentarme a vuestra señoría quise yo que fuesen confirmados o desvanecidos; sabiendo que el conde de Trava y el obispo de Santiago se hallaban en el Padrón, pasé allá desde Altamira, y, después de una conferencia con tan ilustres personajes, ninguna duda queda de la legitimidad del matrimonio.

—¿Y Ataulfo?

—Ataulfo, castigado, no por la mano del hombre, sino por la mano de Dios.

—¡Oh!—dijo para sí la Princesa—, quizá será malicia mía; pero se me figura que si el muerto y el abrasado fuese Bermudo y el Terrible el vivo y el glorioso, Pedro Froilaz habría dado por tan vicioso y rufo el primer enlace de Elvira como ahora lo da por válido y honrado.

Algunos de los lectores abundarán acaso en el parecer de la preopinante; la crónica, que no omite opinión alguna sobre punto tan delicado, se limita a decir que alzando la voz prosiguió la Reina de semejante manera:

—Conde de los Notarios, nunca se borrará de mi memoria la satisfacción que vuestros constantes y desinteresados servicios me proporcionan. Sólo un recuerdo tan dulce sería capaz de templar el sentimiento de dejar un reino tan querido como el de Galicia, el primero cuyo gobierno recibí de mi padre. Grandes hazañas os debe la patria y vuestra soberana, y, aunque de vuelta de la expedición, me halláis con un reino de menos, todavía me quedan dos para sacar de entre ellos el término y castillo de Valderra, de que os hago merced.

—La vuestra, poderosa señora, acaba de otorgarme la única que yo apetecía, dirigiéndome tan halagüeñas palabras—respondió Gutierre con agradecimiento—. No anhela más sino oír de vuestros augustos labios que yo os he servido bien y fielmente, a ley de caballero.

—¿Y eso quién osa ponerlo en duda?—dijo la Reina, interrogando con una mirada a los presentes.

—¡Nadie, nadie!—murmuraron todos.

—¡Yo!—repuso Fernández de Castro—. Mi lealtad y franqueza castellana no me permi-

ten dejaros en la persuasión de que tenéis en mí un servidor sin tacha. Yo me acuso de graves faltas, de delitos cometidos contra vos, y por eso, quitándome las galas de vencedor y de buen caballero, que no merezco, me presento con el hábito y el continente de reo y de vencido.

Dijo el conde, y arrojando el manto y la túnica de escarlata a las bandejas, quedóse con un saco de lana burda que traía debajo, arrodillándose con humilde talante.

Terrible impresión hizo en todos aquella singular metamorfosis; murmullos de sorpresa, de espanto y de curiosidad resonaron en torno, y la Reina, entretanto, atónita y muda, le contemplaba con aire de descubrir en el ahinojado caballero alguna vena de locura.

—Señora—prosiguió don Gutierre—: el conde Peranzules, ayo de vuestra merced, nos ha dejado un ejemplo que imitar. Yo no traigo soga para que me ahorquen; pero vengo vestido del saco que he de llevar al suplicio.

—Pero, ¿qué habéis hecho, caballero, qué habéis hecho?—dijo por fin la Princesa, comenzando a vislumbrar la verdad—. El conde de Lara...

—Yo os he aconsejado que le dieseis vuestra augusta mano atendiendo sólo a deberes de conciencia; pero añadí también que en tal caso debíais abdicar la corona de León y de Castilla; no lo habéis hecho: quisisteis desposaros con Pedro González de Lara, reteniendo el cetro de dos reinos, y yo, señora, he querido que conservaseis el cetro sin necesidad de darnos un Rey como Lara.

—¡Cómo! ¡Infeliz! ¿Le habéis asesinado?

—No, señora; el conde de Lara y de Medina no ha muerto más que para vos. Está encerrado en un castillo, cuyo nombre no saldrá jamás de mis labios aunque el verdugo venga a derribar de los hombros mi cabeza (1)

—¡Desdichado! ¿Y habéis visto a Bermudo de Moscoso y os atrevéis a destinar igual suerte a persona humana?

—Su suerte no será igual: no le faltará ninguna de las comodidades de la vida; nada echará de menos, excepto la libertad, que no merece, y la corona, que no puede sustentar; y el día en que vuestra señoría se

(1) El castillo donde Gutierre Fernández de Castro y sus amigos encerraron al conde de Lara es el de Mansilla, a tres leguas de León. Los historiadores señalan la prisión de Pedro González de Lara como principal origen de los bandos entre esta casa y la de Castro. Vide Sandoval, *Crónica del Emperador Alfonso VII*, y Salazar y Castro, *Historia genealógica de la casa de Lara*, Mariana, etc.

case, o tenga a bien dejar el trono para que en él se siente vuestro augusto hijo, en aquél, mis amigos abrirán a Lara las puertas de su prisión.

—No, eso no será; no me contentaré con ahorcarte: iré ahorcando a todos tus cómplices...

—Nadie los conoce más que yo.

—¡Conde de los Notarios, con tantos servicios como te debo, conseguirás que mande ajusticiarte!

—Sí—repuso Castro, con más ufanía que de un reo podía esperarse—; conseguiré que me ahorquéis, para escarmiento de los que os ofendan tan osadamente como yo, aunque no con las rectas y puras intenciones que yo; pero también habré conseguido que vos sigáis reinando en Castilla y León, que conste siempre que estabais dispuesta a cumplir con un deber de cristiana; habré conseguido que, cumpliendo ese deber, no os caséis con un hombre a quien no amáis, a quien no podéis amar, a quien no podrían sufrir un solo día los nobles castellanos; habré conseguido castigar la arrogancia de quien presumía de ser más que el Monarca, y la necedad de quien, abusando de vuestras bondades, os ha comprometido a la faz del pueblo, y esto lo habré conseguido sin derramar una gota de sangre.

La Reina quedóse un rato profundamente pensativa, y dijo después:

—El conde Peranzules os ha dejado un ejemplo a los nobles que se ven forzados, por su fidelidad y su celo, a cometer un delito; el Rey *Batallador* nos dió al mismo tiempo un ejemplo de generosidad a los Monarcas ofendidos. *Gutierre Fernández el de Castro*—añadió con voz solemne—, *yo os doy por bueno e por leal* (1). Solamente os aconsejo que, conservando, en prenda de mi gratitud, todos cuantos castillos y tierras os he dado, hagáis pleito homenaje al Rey mi hijo, pues para teneros por amigo he menester no miraros como vasallo.

—Señora—respondió el conde, inmutado—: puesto que vuestra señoría me da por buen

no y leal, procuraré servir al hijo tan bien y lealmente como a la madre. Y, con respecto a las tierras y castillos, tomaré una piedra del último de que me habéis hecho merced, para no pasar nunca por indigno de ella; pero no espero, señora, que me neguéis la honra de besaros la mano.

—No, Gutierre; tomadla—le dijo la Princesa, que no recordaba la trascendencia que podía tener aquella ceremonia.

—Gracias, señora—repuso Castro, imprimiendo en ella sus labios con afán—; pero besándoos la mano devuelvo a Doña Urraca de Castilla el condado, las villas y alcázares y términos que de ella he recibido.

La Reina, sin aguardar a más razones, despidióse de los canónigos, monjes y caballeros de Santiago, y, tomando una pequeña escolta, se metió en la litera que desde el día anterior estaba prevenida, dirigiéndose al monte del Goz por la puerta del Camino. No habría llegado a la ermita de Santa Cruz cuando sintió el galopar de un caballo que, soberbio y espumoso, subía la cuesta; dióle una vuelta el corazón sin saber por qué, y sin saber por qué enjugóse el llanto que corría por sus mejillas, y compuso sus tocas, disponiéndose a recibir al caballero que tan de prisa venía.

No la engañaron sus esperanzas o presentimiento; cesó el galope, y al poco rato vió en pie delante de la litera al paje del obispo.

El primogénito del ricohombre de Altamira, con ese aplomo, con esa seguridad que infunde una posición elevada, después de pedir perdón a la Princesa por haber osado detenerla en su marcha, dijo:

—Bermudo Moscoso acaba de llegar a Santiago y ha sentido vivamente no hallaros en la ciudad, como creía. Su objeto no era otro que el de besar la tumba del Santo Apóstol, por los beneficios que le ha dispensado, y a vuestra señoría las manos por los favores que nos ha hecho. Ahora quiere que sepáis que, magüer vasallo de vuestro hijo el Rey de Galicia, de vos es más que vasallo, es amigo, y no cesará de rogar al cielo por vos, y por vos dará la vida cuando no se oponga a la fidelidad y pleitesía que ha jurado.

—¡Ah! ¡Gracias, gracias!...—respondió Doña Urraca, echándose un poco atrás para ocultar su turbación—. ¿Conque se acuerda de mí? Es el único, el único que no me ha olvidado en la desgracia; pero su memoria vale por la de todos.

—Al mismo tiempo, me manda poner en vuestras reales manos este pequeño don...

—prosiguió el mancebo con timidez.

(1) Esta respuesta, que ponemos en bastarda, está literalmente tomada de la que, en un caso que tiene puntos de semejanza con el presente, dió el mismo Alfonso VII a Rui Fernández de Castro, hermano de don Gutierre. Rui o Rodrigo acababa de matar a su esposa doña Estefanía, hija del Emperador, por creerla equivocadamente reo de adulterio, y se presentó al padre vestido de sayal con una soga al cuello y el puñal con que había muerto a su mujer en las manos. Trae este cuento el infante don Pedro de Portugal en el libro de Genealogías, y lo reproducen muchos historiadores.

—¡Ah!

—Esta crucecita de madera que ha labrado en su prisión y ha traído al cuello...

—¡Dios mío!—exclamó la Reina sin poderse contener, cubriéndola de besos y bañándola con sus lágrimas—. Dile, Ramiro... ¡Mas no, por Dios, no le digas nada! En cambio—añadió, sacando un pergamino—, toma esta escritura que pensaba remitirte desde Castilla, adonde me parto; es una carta de nobleza para Pelayo, el mudo, que, como escudero de un ricohombre, debe ser de buena sangre; en ella le señalo un solar y tierras correspondientes en una de mis villas realengas. Cuando te cases con su hija vendrás con ella y te cumpliré mi palabra de armarte caballero.

—¡Ah! ¡Señora! Si tal condición ponéis a semejante honra, creo que nunca llegaré a merecerla.

—¿Por qué?

—Porque Munima, con razón o sin ella, empeñada en creer que yo... no la amo..., es decir, que no la amaba con verdadero cariño, ha rehusado formalmente mi mano, que mi mismo padre y yo le hemos ofrecido.

—Entonces...—dijo la Reina, dando vueltas, como distraída, a la crucecita de Bermudo—. ¿Pero qué lema tiene esa cruz?... ¿Qué dice aquí? Léelo, Ramiro: esto no parece romance.

—Efectivamente, es latín—respondió Gonzalo—; dice: *Innocentem non secuti, paenitentem imitemur*.

—¿Y eso qué quiere decir?—preguntó la Princesa, ruborizada.

—No lo sé—contestó Gonzalo, encendido también como una grana—; debe ser una sentencia que don Bermudo querría tener presente en su calabozo, sacada de los libros santos, o de los santos padres, porque muchas veces se la tengo oída al obispo en sus homilías.

—Está bien; dile a Bermudo que yo procuraré estudiarla y conformar con ella mi conducta, para lo cual le ofrezco no apartar nunca de mi pecho esta reliquia. Con Munima o sin ella, ven cuando quieras a la corte de Castilla, y la Reina te dará la orden de caballería.

El hijo del ricohombre montó a caballo súbitamente y tornó a Santiago tan aprisa como había venido. Doña Urraca aguardó en Mellid el resto de sus tropas y siguió luego hasta Burgos sin detenerse.

Aquel mismo día el Rey Don Alfonso VII hizo su entrada solemne en Compostela. Gutierre Fernández de Castro rindióle homenaje, al cual permaneció fiel toda su vida. Murió coronado de gloria y de honores a una edad muy avanzada, después de haber sido mayordomo mayor, alcaide de Toledo, gobernador de Castilla y ayo del Príncipe Don Sancho *el Deseado*.

No tuvo más sucesión que una hija, y la dió por nombre Gontroda, acaso en memoria de la única víctima inocente del incendio de Altamira.

Este alcázar estuvo ardiendo dos o tres días; pero las llamas no pudieron devorar del todo sus robustos murallones, cuyos restos, al cabo de tantos siglos, permanecen en pie con señales inequívocas de la catástrofe.

Cuéntase que al venir del Padrón a Santiago el niño Alfonso, preguntó al conde de Trava la causa de las llamaradas y de la humareda que salía por entre los bosques, a la izquierda del camino.

—¡Qué diablos ha de ser!—respondió, sonriéndose, don Pedro Froilaz—. Seis días hace que Ataulfo de Moscoso me prometió tener iluminado su castillo cuando vuestra señoría pasase por sus Estados, y aunque ayer murió, no ha querido dejar de cumplir su palabra.

APÉNDICES

I

Sobre la peregrinación y el camino de Santiago, lib. I, cap. I, pág. 10.

Desde la conversión al cristianismo de las naciones septentrionales que inundaron la Europa, comenzó la afición a las peregrinaciones. Descubierto el cuerpo de Santiago, su tumba en Compostela fué una de las más favorecidas de los fieles; de suerte que no sólo de España, sino de las más remotas provincias, acudían a venerar sus reliquias. «Visitábanla—dice Méndez de Silva—francos, normandos, escoceses, sajones, albaneses, bretones, flamencos, italianos, griegos, armenios, sardos, candios, húngaros, alemanes, polacos, dacios, noruegos, jerosolimitanos, asiáticos y otros, peregrinando diversos climas por ganar innumerables indulgencias que han concedido los Sumos Pontífices y preladados y plenísimo jubileo cada siete años; habiendo ley en Esclavonia que quede libre de tributos quien tres veces la visitare, y así llevan testimonio auténtico de ello.» Han hecho esta peregrinación muchos santos, reyes, príncipes y caballeros, especialmente franceses, y en los más de los pueblos del tránsito había para recibir a los peregrinos hospitales con renta, fundados por personas reales o caballeros devotos. Iban al principio desde Francia a Guipúzcoa, a Vizcaya, a las Asturias, a Galicia, huyendo las tierras llanas, infestadas de sarracenos. Después, por no pasar tan ásperas montañas, mudóse el rumbo, entrando a Navarra, Alava y Asturias, y si algunos peregrinos caminaban por la Rioja y Burgos, eran sólo los grandes señores, que, fiados en la mucha compañía de criados y gente, se atrevían a pasar por estos países. Ultimamente, expelidos los sarracenos de estas tierras y allanados los inconvenientes del camino, co-

menzó éste a correr por Rioja, Bureva y Burgos, por ser mejor el clima y más abundante el terreno. Hacia el año 993 venían ya los peregrinos por Navarra, Logroño, Navarrete, Nájera, Ormilla, por los campos de Valpierre a San Torcuato, y por fuera del monte Ayuela, entre las villas de Bañares y Castañares, Villalobar y Sansoto, a Leiva, Villafranca y Burgos. Este era el camino que se seguía en tiempo de Santo Domingo de la Calzada.

En medio de la espesura del monte Ayuela o Fayuela subsistía, aunque ruinoso, un palacio con paredes de muy buena piedra sillar, un patio de arcos de la misma materia, otro de pilares de piedra sin arcos y algunas piezas maltratadas, y cerca de él una ermita dedicada a Nuestra Señora, con la techumbre arruinada: casa de recreo y de bosque de los Reyes de Navarra, que dominaban en Rioja, pero que éstos tenían abandonados porque atendían más a pelear con los infieles que a divertirse con la caza. En este sitio resolvió el santo establecer su morada. Remendó primero la ermita, que la tradición asegura ser la misma que hoy existe en la plaza de la catedral de la ciudad que lleva el nombre de este piadoso varón, y en seguida se dispuso por habitación una pobre y humilde celdilla. Allí vivía en la contemplación, y para emplear útilmente sus ocios, labraba un huertecillo en que puso alguna hortaliza y árboles frutales, hasta que, viniendo a España San Gregorio Ostiense, salió para hacerse su discípulo, y, ordenado por él de sacerdote, le acompañó en el ministerio de la predicación.

Habiendo llevado Domingo al santo maestro a su retiro de Ayuela, le habló de las penalidades que los peregrinos y pasajeros padecían en aquel monte, guarida de ladrones, y los peligros en que muchas veces se hallaban por lo pantanoso del sitio y por

heros: pero por ahorrar este trabajo a los que no tengan tiempo o paciencia de entenderlo, presentaremos algunas particularidades de caballeros andantes, comprobadas por otras idénticas que se refieren de personajes auténticos.

»La intervención de la religión en todas las empresas de caballeros andantes vese confirmada en la vida real por muchos ejemplos. Cuando Godofredo de Bouillon lidio con Guy de Montfocon en desagravio de una doncella desposeída por éste de su Estado, después de armados ambos, oyeron misa en la iglesia mayor de la ciudad, y luego cabalgaron a la lid. En el *Paso honroso*, sostenido en el puente de Orbigo, jamás entraron a lidiar los justadores sin oír misa, a pesar de que los religiosos que la decían declararon que tales ejercicios no se podían hacer sin pecado mortal, y que la Iglesia, conforme a lo dispuesto por el Derecho canónico, no rogaba por los que morían en ellos, ni les concedía sepultura en sagrado, disposición que se observó con un caballero aragonés que murió en la justa. Los estatutos de la Orden de la Banda, fundada por el Rey Don Alfonso XI, disponían que cada caballero hiciese mucho por oír misa, para que Dios le ayudase en sus caballerías. Consiguiente a estas máximas fué que en el acto de armar caballeros interviniesen ceremonias religiosas, costumbre que ni fué invención de los escritores de fábulas, ni práctica de solos caballeros particulares, pues la crónica de Don Juan II nos muestra a este Rey velando las armas toda una noche en la catedral de Toledo. Esta usanza era ya antigua, pues Don Alfonso, en las *Partidas*, la describe menudamente.

»Por este mismo principio, los caballeros hacían votos y promesas a Dios y a los santos por el buen éxito de sus empresas, muchas veces injustas; quiénes ofrecían hasta llevarlas a cabo no comer pan a manteles; quiénes privarse de carne y vino ciertos días a la semana; quiénes vestirse de estameña y sayal, y quiénes, en fin, visitar en traje de romeros alguna ermita o santuario. El Rey Don Pedro, que quiso matar al nuncio del Papa que vino a anunciarle la excomunión, se emplea en seguida en devotas peregrinaciones. Beltrán Duguesclin, o Claquin, como le llaman nuestras crónicas, recogiendo el guante que le arrojó en desafío el duque de Lancaster en el sitio de Dinán, ofrece no comer, hasta desempeñarlo, más que tres sopas en vino, a honra y gloria de la Santísima Trinidad; ¿qué más harían los que

trastornaron el juicio a Don Quijote? La penitencia de Amadís en obsequio de su señora parodiada por Cervantes, no es una ficción romanesca; no lo es tampoco el pensar en las damas y encomendarse a ellas en las batallas. El extravío de la imaginación nacía confundir a los caballeros los obsequios que éstas merecían con el homenaje que se tributa a la Divinidad; y esta costumbre de acordarse de las amigas en un trance en que, según los preceptos católicos, sólo debiera el caballero acordarse del Creador, lo recomienda Don Alfonso en las *Partidas* (partida 2.ª, título XXI, ley 22).

»En cuanto al enderezamiento de tuertos y desfaciimiento de agravios, que era la principal incumbencia de la andante caballería, veamos a Diego Ordóñez retando a los de Zamora por la traición cometida por Vellido Dolfos; y como ejemplo de la protección a la justicia, véase al Cid, el más perfecto modelo de la caballería castellana, exigiendo en Santa Gadea juramento a Don Alfonso, antes de rendirle homenaje, de no haber tenido parte en la muerte alevosa de su hermano.

»El culto religioso hacia las mujeres se encuentra recomendado hasta por la legislación: un artículo de los estatutos de la Orden de la Banda prescribe que todo caballero de esta Orden tenga una señora de sus pensamientos a quien rendir su tributo de adoración y ofrecer los trofeos de su brazo.

»Aun en puntos en que la imaginación de los escritores de fábulas caballerescas encontraba más espacio en que volar, se ven éstos apoyados por la Historia. A veces en ellos se encuentran desaforados golpes en que se parten gigantes y pruebas de fuerza que asombrarán en un Alcides. Ya por estar entonces menos viciada la naturaleza humana, ya por la educación que se daba a los jóvenes, se formaban, efectivamente, hombres de una complexión extraordinariamente robusta. En el poema del Cid se cuenta que este héroe, en la batalla de Alcocer, habiendo muerto los moros el caballo de Alvar Fáñez, partió por medio del cuerpo un enemigo; y si por ser de un poeta es recusable este testimonio, en el libro de la *Gran conquista de Ultramar*, hablando del cerco de Antioquía por los cruzados, se cuenta que Godofredo de Bouillon, peleando en una puente contra los sitiados, «atravesó a un moro por la cinta bien cabe los arzones de la silla, así que la cabeza con los brazos y pechos hasta la cinta cayó sobre la puente, y las piernas

con muy poco de lo otro quedó sobre la silla». Michaud, en la *Historia de las Cruzadas*, cuenta otros muchos ejemplos de las grandes fuerzas del Rey de Jerusalén. Aun en tiempo de Felipe II, se refiere de don Gómez de Figueroa, caballero de Córdoba, señor del Encinar, que cortaba de un tajo con la mayor facilidad el cuello a un toro, y, según su paisano don Luis Bañuelos, lo ejecutó, no una vez sola, en los festejos celebrados por la ciudad de Sevilla con motivo del casamiento del Rey. ¿Qué nos dicen las historias caballerescas que pueda parecer extraño después de lo que oímos de Diego García de Paredes, Argüello de León y Alfonso de Céspedes?

»En el *Quijote*, que, aunque en parodia, presenta admirablemente retratadas las costumbres caballerescas, vense pintadas las esperanzas que animaban a los que profesaban este orden de subir en brazos de sus hazañas a la cumbre del poder, ya porque alguna alta dama se enamorase de su valor y gentileza, ya porque algún gran monarca tuviese necesidad de su esfuerzo para libertarse de sus enemigos. Muchos son los ejemplos que presenta la Historia de este cambio de fortuna, que, por no alargarme, no cito. Cierto es que los escritores caballerescos exageraron en este punto la suerte de sus héroes; pero si a don Rogel le hicieron llegar a Emperador de Persia, a don Florisel de Grecia, a Esferamundi de Trapisonda, y del mismo imperio a Reinaldos, como se encuentra escrito en el romance de su prisión y destierro, tienen disculpa con la realidad de los sucesos que elevaron a Godofredo de Bouillon a Rey de Jerusalén, a Emperador de Constantinopla al caballero Labrenne, y dieron otros tronos a otros cruzados.

»Basta, pues lo dicho para comprobar que en los libros de caballería había un fondo de verdad que los hizo la lectura favorita de los pasados siglos. Las costumbres influyeron poderosamente en ellos; pero ellos, a la vez, influyeron también poderosamente en las costumbres, y de esta recíproca influencia nació aquel espíritu aventurero, aquel valor indómito con que nuestra España, después de arrojar los moros de su seno, se lanzó por el océano en busca de un mundo desconocido, y marchó a sojuzgar todos los ámbitos de la Europa bajo la conducta de Carlos V, Príncipe que entusiasmó a esta nación, porque tenía todas las brillantes cualidades de un caballero andante.

»Cuando el Poder central del Gobierno ahogó la fuerza del individuo; cuando, para

castigar los crímenes, a la espada del caballero se sustituyeron los Tribunales de justicia; cuando la invención de las armas de fuego hizo inútil la fortaleza personal, y el descubrimiento de América, separando a los hombres de la guerra, llamó su atención hacia las artes o el comercio, las costumbres variaron, y hubieron de caer en descrédito los libros de caballería. Entonces, sabios varones, como el maestro Granada y Arias Montano, levantaron su voz contra ellos, y, en fin, el jocosó ingenio de Miguel de Cervantes, con su admirable parodia, los desterró para siempre. Los escritores que vinieron después los miraron con total desprecio, considerándolos, sin advertir que muchas de las bellezas que admiraban en el *Quijote* se deben a su fiel imitación como abortos de la ignorancia y barbarie y depósitos de disparates y necedades. ¿Pero es equitativo este juicio? ¿Nada podemos aprender en estos libros que fueron la delicia de nuestros padres? Permitásenos separarnos del común modo de pensar, y opinar que no será perdido el tiempo que dediquemos a estudiar estos monumentos de nuestros tiempos heroicos, cuya época debiera sernos tan interesante como a los griegos la de Agamenón y Aquiles.

»Es cierto que estos libros, representando guerreros feroces, llenos de un valor brutal y sanguinario, autorizado y producido por la poca dependencia de los señores, son, en general, desagradables en su invención, pesados en su composición y toscos en su estilo; pero acaso en ellos pueden encontrarse cosas útiles y curiosas. ¿Qué libro hay en que no se halle algo digno de ser conservado? Además de ser un rico minero de indagaciones filológicas, donde podremos encontrar las severas bellezas de nuestra antigua lengua, los historiadores hallarán en ellos datos para deshacer muchas dudas, ilustrar muchas dificultades y extender sus conocimientos sobre las costumbres con sólo descartar algunas circunstancias exageradas o maravillosas, parto de la invención, que son fáciles de conocer. La instrucción más circunstanciada sobre el modo de hacer la guerra, sobre los derechos, dependencia y diferentes grados de los feudos; sobre la administración de justicia, armas, blasón; en fin, todo lo que concierne a la formación de nuestros usos y costumbres, se encontrará en estos libros. ¿Qué estudio más interesante para un siglo filosófico? Las obras de Historia ocupadas en la relación de los hechos generales, no cuidaron de entrar en estos pormenores que las de caballería nos han

conservado. Si tantos usos y prácticas antiguas tenemos por suficientemente probados con el testimonio de los poetas, ¿por qué los novelistas no han de gozar el mismo privilegio? Felizmente, los que escribieron de caballería no fueron bastante hábiles para conservar lo que se llama colorido local, y aplicando a las historias que escribían, verdaderas o falsas, los usos del tiempo en que vivían, nos dejaron pinturas exactas de sus respectivos siglos, estando siempre conformes en lo esencial de las descripciones y diferenciando, sólo según las épocas, en sus portmenores.

»No menos útil puede ser este estudio a los novelistas. Algunos de éstos, siguiendo las pisadas de Walter Scott, se han dedicado a desenterrar las antigüedades de su patria, con buena acogida de los lectores. Si Cervantes escribió un libro de caballería para desterrar las exageraciones de su siglo, ahora que el egoísmo tiene apagados todos los movimientos generosos del alma, la mollicie enervados los corazones y el interés destruido, todo lo noble y justo de los sentimientos, es oportuno resucitar este género de literatura, que puede llamarse heroica, para ver si con la grandeza y energía de los pasados reviven nuestros espíritus adormecidos. Así, sin duda, lo han concebido los que buscan en la época más gloriosa de nuestra Historia los argumentos de sus novelas. Pero para que los retratos de sus personajes salgan parecidos a los originales; para que el paisaje en que aparezcan no sea el de un siglo al que no pertenecieron, empápanse los autores en la lectura de los libros caballescicos; que algunos momentos de fatiga que les causará la pesadez de su estilo quedarán ventajosamente compensados por la abundante cosecha de nuevas ideas, de tradiciones extrañas, de olvidadas costumbres y de interesantes lances que harán en beneficio de los lectores.»

III

Errores, descuidos y erratas.

De todo, como en la viña del Señor, hay en la presente obrilla. Con sólo advertir que el libro se ha impreso en ausencia del autor, sin que a éste le haya sido posible corregir las pruebas, a excepción de las primeras páginas, y que el original se ha remitido de varios puntos de Navarra y las provincias vascongadas en cartas copiadas por diversos escribientes, parece que podíamos lavarnos las manos y echar la carga en ajenos hombros. Esta suele ser la práctica corriente, que no nos parece, sin embargo, muy digna ni muy noble. Cada cual reconozca y prohíje sus engendros.

Falta es del autor haber dado el tratamiento de *alteza* a los reyes de Castilla y de León en el siglo XII. No lo tuvieron hasta que lo llevó de Navarra y Aragón, donde mucho antes se usaba, importando, sin duda, de Francia, Fernando *el Católico*. En el *Centón Epistolario*, del bachiller Fernán Gómez de Cibdarreal, podemos ver una carta en que este discretísimo médico da todavía al Rey Don Juan II el *vuestra señoría* y *vuestra merced* indistintamente. De manera que, con toda verdad, puede decirse que nuestros reyes andaban entonces entre merced y señoría.

Hacia la mitad de la novela lo echamos de ver, y como el lector puede observar, nos abstuvimos de pecar a sabiendas, ya que de ignorancia tanto hemos delinquido.

Nuestro ha sido también el descuido de hacer a un cierto escudero que llevó a Ramiro al castillo de Altamira, criado una vez de Ataulfo y otra del conde de Trava. Puede ser también que a los dos sirviese, aunque se dice que es imposible servir bien a dos señores; el lector, de todos modos, no ha de pagarle el salario.

ÍNDICE

Págs.

DEDICATORIA	5
PRÓLOGO	7

LIBRO PRIMERO

I.—En que se da comienzo a la peregrina historia de la Reina Doña Urraca.	9
II.—De cómo el Emperador conocía cuando se hablaba de su mujer, sólo por el movimiento de los labios.....	16
III.—Prosíguese tratando de las cosas de la Reina, y de cómo el conde Peranzules compró la sogá con que le habían de ahorcar.....	21
IV.—Cómo el paje del obispo llegó a la corte de la Reina, y del lecho que ésta mandó aderezarle.....	24
V.—En que el discreto lector no puede menos de sonreirse de la sonrisa de don Gutierre Fernández de Castro.....	29
VI.—De cómo el paje del obispo a cada paso daba nuevos motivos para ser colgado, de tal manera, que el conde de los Notarios llegó a creerle infaliblemente predestinado para la horca.....	34
VII.—De cómo los sentenciados a muerte pueden dormir, charlar y comer, como si tal cosa.....	40
VIII.—De cómo sin hablar también se entiende la gente.....	44

LIBRO SEGUNDO

I.—De cómo <i>Luzbel</i> llegó al palacio del obispo, de las cosas que allí hizo y de lo mucho que dió en qué pensar a su amo.....	52
II.—Que trata de grandes y temerosas aventuras.....	58
III.—De lo que vió y oyó Munima, que es ni más ni menos lo que podrá ver y oír el que este capítulo leyere o escuchare.....	64
IV.—Prosíguese el cuento de aventuras descomunales, que pasarían por apócrifas a no estar completamente justificadas en la crónica.....	71
V.—De cómo el paje del obispo principió a echar algo de menos y a ver mucho de más en Compostela.....	77
VI.—De cómo don Ataulfo <i>el Terrible</i> , al que no quería azotes mandaba sacarle los ojos, y al que con ninguna de las dos cosas se contentaba, le regalaba castillos.....	85
VII.—De la sabrosa plática que tuvo don Ataulfo con el caballero de los eslabones, la cual derrama no poca luz sobre algunos puntos de nuestra historia	90
VIII.—En que el paje Ramiro cuenta una historia que se omite, por cuya razón se habla de otra cosa.....	95
IX.—De cómo Ramiro, en la alternativa de casarse o de entrar en religión, se aconsejó de la Reina, y de cómo ésta le dijo que ni uno ni otro... ..	102

X.—De cómo al mudar de vida también se tiene que mudar de amigos.....	108
XI.—De las cosas que el obispo dijo a la Reina, la cual, en cambio, se dejó muchas por decir.....	113

LIBRO TERCERO

I.—De cómo la bastarda de Trava se casó con Ataulfo <i>el Terrible</i> sin llegar a ser su esposa.....	124
II.—De cómo la segunda mujer de don Ataulfo <i>el Terrible</i> recibió la confesión de la primera.....	132
III.—De cómo don Ataulfo <i>el Terrible</i> llegó a temer que su esposa no hubiese muerto de veras.....	137
IV.—De las cosas que a Ramiro acaecieron aquel día.....	144
V.—Que es uno más en esta crónica y dondequiera que haya otra.....	150
VI.—De cómo el paje del obispo fué convertido en murciélago.....	155
VII.—De cómo el sabueso se metió en la madriguera.....	161
VIII.—Que no debemos fiarnos del agua mansa.....	169

LIBRO CUARTO

I.—Que Gutierre Fernández de Castro era muy duro de pelar.....	176
II.—Cómo el obispo y el conde de los Notarios hacían la cuenta sin la huéspedea.....	183
III.—De cómo el conde de Lara, que siempre estaba de sobra, no acudió al lado de la Reina, la única vez que hizo falta.....	188
IV.—De cómo a los ojos de Ataulfo tornóse bermeja el agua del fofo.....	194
V.—En que se refieren las aventuras del villano barbilampiño, con otras cosas.....	199
VI.—Cómo Ataulfo de Moscoso cumplió al conde Pedro Froilaz cierta palabra, lo cual se aclara y se demuestra en el capítulo siguiente.....	207
VII.—De cómo el que no es inocente tiene que ser penitente.....	220

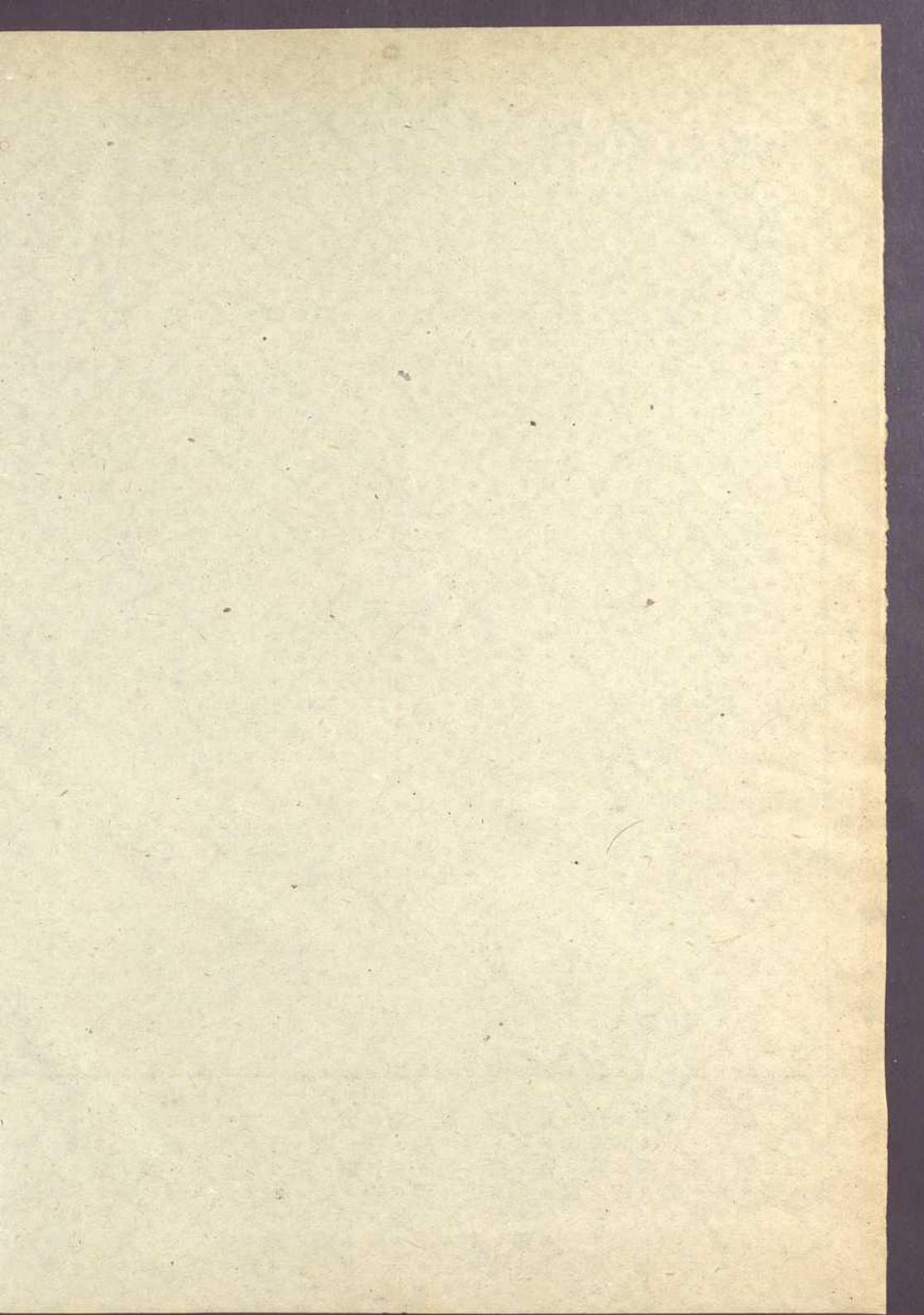
APENDICES

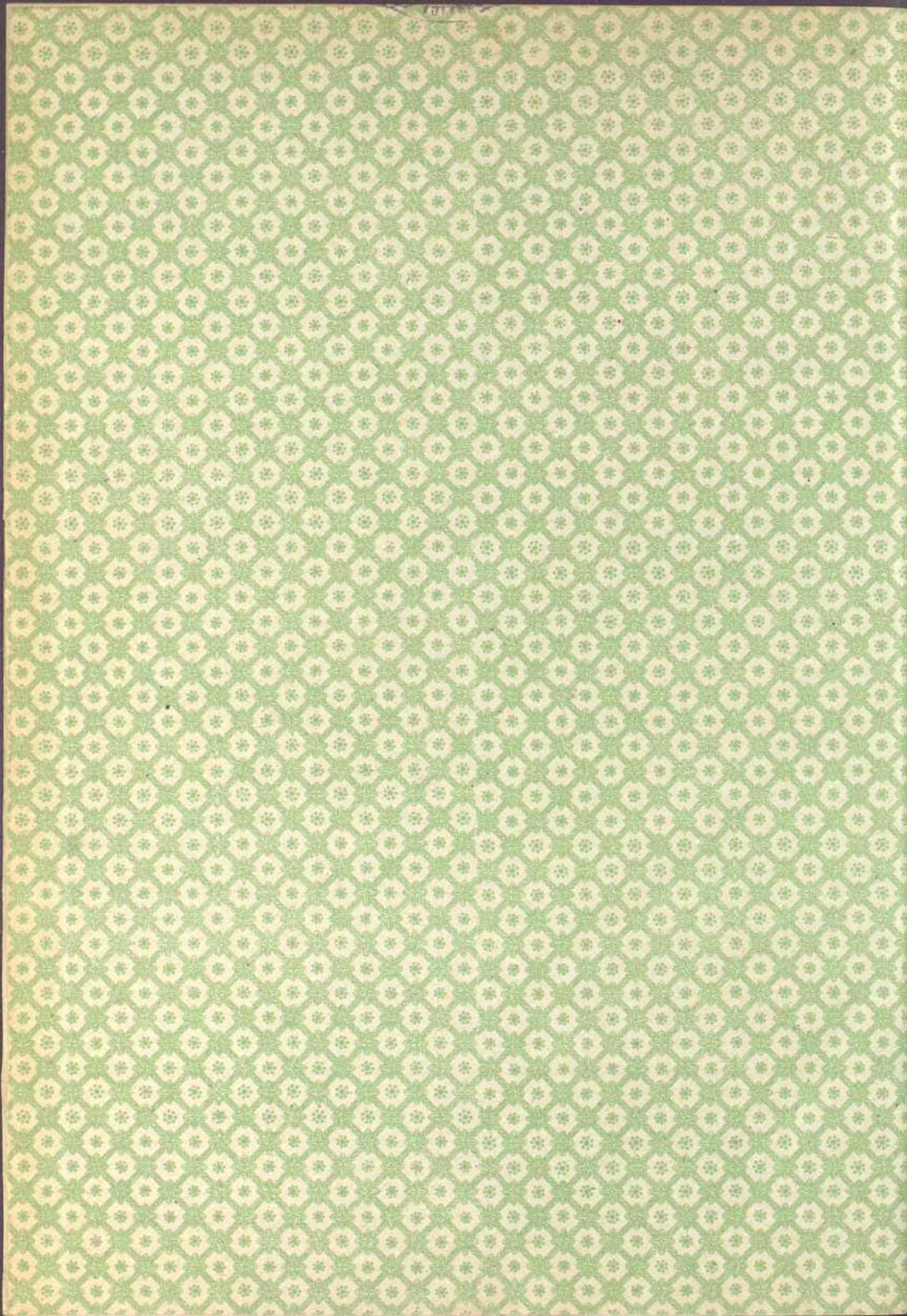
I.—Sobre la peregrinación y el camino de Santiago, libro I, capítulo I, página 10	224
II.—Los libros de caballería fueron la novela de costumbres de su época, libro III, capítulo VII, página 340, nota.....	225
III.—Errores, descuidos y erratas.....	229

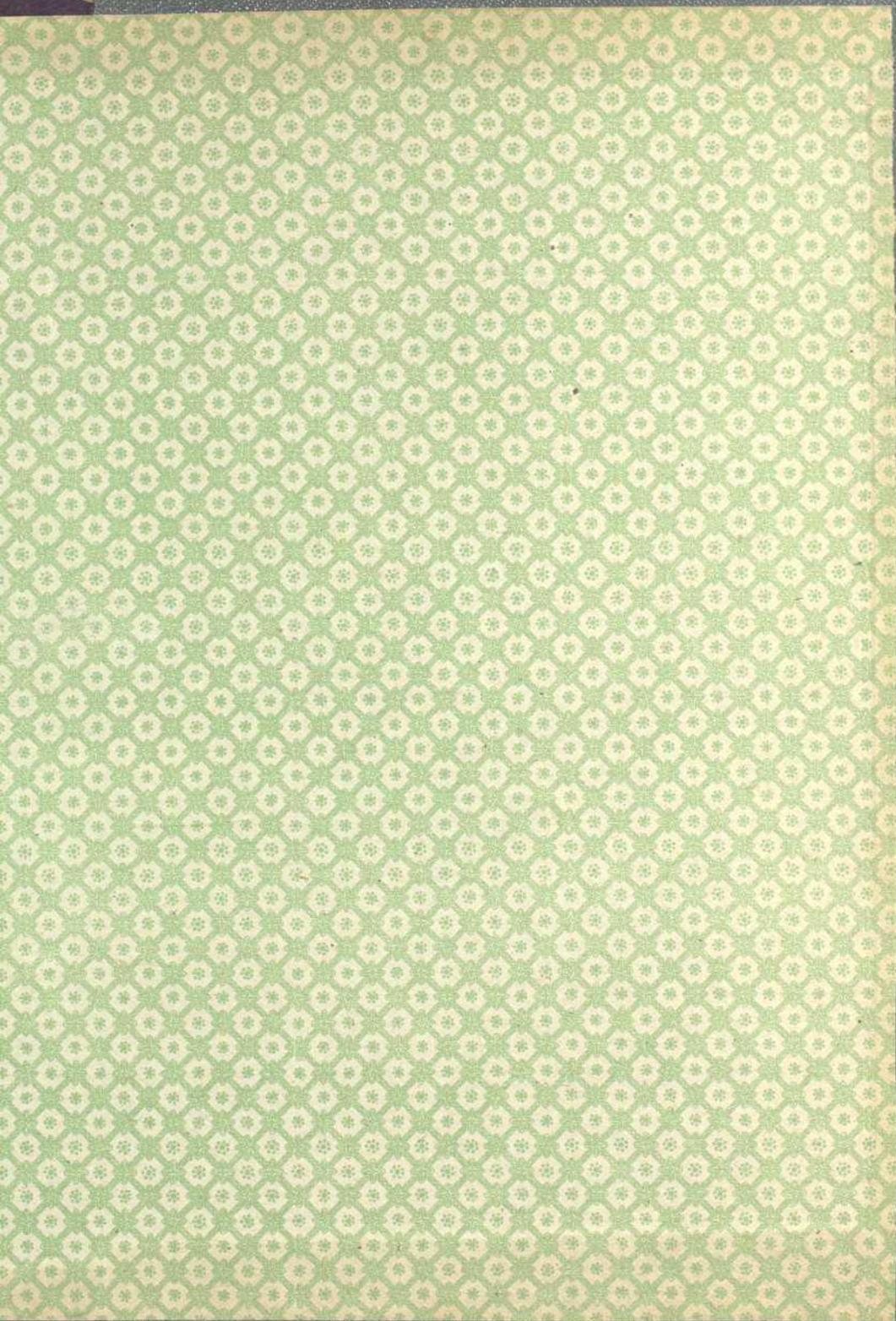














NAVARRO

REGLADO

—

DOÑA

URRACA

DE

CASTILLA

FA

5157